

Bilogía LIBÉLULA  Libro 2

LIBÉLULA

Cuando mis besos acaricien tus alas...

Cyenne L. Paris



LIBÉLULA

Libro 2

Cuando mis besos acaricien tus alas...

Libélula

Libro 2



***Cuando mis besos acaricien
tus alas...***

Genne L Paris

Los nombres, hechos y lugares que aparecen en esta obra son totalmente ficticios. Cualquier parecido con la realidad es producto de la casualidad.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ya sea por fotocopia o cualquier medio electrónico. Grabaciones o cualquier otro método todo sin el permiso previo del autor. De lo contrario, se estará cometiendo una infracción que puede ser constituida como delito.

Registro United State Copyright National Office: 16882550275 CN

Registro de la obra en Safe Creative: n° 1902250042344

Registro de portada en Safe Creative: n° 1802135770822

Diseño de cubierta: Tiaré Pearl & China Yanley

Diseño de portada *Proh í beme amarte*: Tiaré Pearl & China Yanley

Registro en Safe Creative de portada *Proh í beme amarte*: 1902250046878

Registro del logotipo de autor en Safe Creative: n° 1802135770778

Diseño del logotipo de autor: China Yanly

Registro del logotipo de la biografía en Safe Creative: 1808218098210

Diseño del logotipo de la biografía: Lidia S Balado

Maquetación: Marisa Maverick

©Genne L. Paris 2019

Primera edición: marzo de 2019

©Todos los derechos reservados

genparis2017@yahoo.com

<https://www.facebook.com/gennel.paris>

©Todos los derechos reservados

Dedicatoria

A Dios Padre, porque cada día me demuestra que no se está solo nunca, ni los momentos difíciles lo son tanto si en su infinito amor siempre confiamos hasta el final.

A mi amor de hoy y siempre. Frank, sin tu apoyo, tu continua motivación y tu ternura, nada hubiera sido posible. Gracias por estar ahí, en silencio, resguardando mis pasos y caminando a mi lado. Te amo.

A mis tres pilares y razones de vida. Ustedes son mi mayor triunfo, mi más grande orgullo y el amor más perfecto. Mi amor cada vez que los miro se vuelve infinito, hijos míos. Gracias por su cuota de sacrificio. Gracias por sus renunciaciones y su paciencia.

A mi ángel en el cielo. ¿Lo ves? Lo logramos. ¡Y va por ti!

Y a los que creen que el amor, sin importar cuánta paciencia o sacrificio exija, siempre valdrá la pena atesorarlo y luchar por él hasta el final...

Nota de autora

Dicen que los autores recordamos cada uno de nuestros libros con un cariño diferente a los demás, y que este marca nuestras vidas; yo creo que es cierto. A pesar de tener mucho camino por recorrer todavía, puedo asegurar, sin temor a equivocarme, que en mi caso la bilogía *Libélula* es esa obra que perdurará en mi corazón sin importar cuántas más el futuro me permita publicar, sobre todo por las incontables experiencias que me deja.

Empezó como un entretenido manuscrito siendo yo una chica adolescente aún, en el año 1990, inspirada en una fábula que me leyera un ser muy querido y que hoy ya no está conmigo.

Entonces no contaba siquiera con una máquina de escribir antigua, y obvio, mucho menos un ordenador. Mi arma era solo un bolígrafo (cuando podía encontrar alguno en un país donde escribir era una utopía y algo que la mayoría consideraba inútil y absurdo) y la lámpara de keroseno de mi abuela, en esas innumerables noches en las que una ciudad, por obligación, se quedaba a oscuras por horas.

¿Cambios? ¡Muchísimos! Aquel relato quedó extraviado entre varias páginas de lo que hoy terminó siendo toda una bilogía. ¿Satisfacciones? ¡Incontables e invaluable! La más importante es que *Libélula* me deja la bendición de personas increíbles que, gracias a su historia, llegaron a mi vida, y quienes hoy ocupan en ella un lugar especial por siempre.

Gael y Romina, hoy, me hacen derramar lágrimas de nostalgia al tener que dejarlos marchar. Créanme, así se siente, como si le dijeras adiós a un familiar muy querido. Ellos son más que personajes: ¡son mis chicos! Esos que se dejaron rescatar de mi recuerdo y consentir, formando parte durante más de dos años de mis momentos a solas, imaginándolos, sufriendo con ellos y creando sus escenas como si estuvieran frente a mí. ¡Porque, sí! No exagera quien dice que los autores padecemos un poco de locura a la hora en la que las musas nos visitan.

En fin, hoy les entrego la segunda y última parte de esta historia donde, entre líneas, espero tan solo recuerden lo que dijo Lord Byron: «No hay instinto como el instinto del corazón».

¡Así que os exhorto a seguir el vuestro, mi gente bonita!

Hermoso vuelo, mi pequeña *Libélula*...

¡GRACIAS!

Genne L Paris

Todo vuelo de un amor verdadero puede sentarse a esperar que el tiempo lo alcance, pero siempre reconocerá en el viento el milagro que le traerá de regreso el corazón al que pertenece...

En costa lejana y en mar de Pasión, dijimos adioses sin decir adiós. Y no fue verdad la alucinación. Ni tú la creíste ni la creo yo, «y es cierto y no es cierto», como en la canción.

Que yendo hacia el Sur diciendo iba yo:

—Vamos hacia el mar que devora al Sol.

Y yendo hacia el Norte decía tu voz:

—Vamos a ver juntos donde se hace el Sol.

Ni por juego digas o exageración que nos separaron tierra y mar, que son ella, sueño, y él alucinación.

No te digas solo ni pida tu voz alberque para uno al albergador. Echarás la sombra que siempre se echó, morderás la duna con paso de dos...

¡Para que ninguno, ni hombre ni dios, nos llame partidos como luna y sol; para que ni roca ni viento errado, ni río con vado ni árbol sombreador, aprendan y digan mentira o error del Sur y del Norte, del uno y del dos!

Adiós, Gabriela Mistral

Él...



«Y he terminado convirtiéndome en el hechicero que eterniza bajo su piel todas esas memorias que lo hacen regresar al único lugar donde, alguna vez, supo lo que era realmente amar la vida...».

Esa sensación fresca que me produce el contacto del agua templada bañando mi rostro, la siento como si este hubiese sido sometido durante toda la noche a la cercanía de la fuerte brasa de una hoguera. No quiero rememorar el sueño que he tenido y el cual me ha hecho despertar con el corazón a punto de colapsar. Los fuertes latidos y la ansiedad casi me ahogan al abrir los ojos, junto a las imágenes que todavía pasan perdidas y agitadas por mi mente como si quisieran con ello torturarme; pero decido no dejarlas, o al menos sabotear por el momento a aquellas que más dolor me causan.

Salgo del cuarto de baño, aún secando con la toalla mi cabello, y el golpe

del cambio de temperatura de la habitación atenta en mi contra debido al tibio espacio que dejo atrás, gracias al tiempo en el que mantuve abierto el grifo y dejé correr el agua caliente esparciendo su vapor, me hace erizar la piel a pesar de llevar puesto el albornoz.

Miro el reloj transparente sobre la mesa de noche y fijo mis ojos en el día que es hoy, como si a esos números que visualizo en la acrílica pantalla pudiese implorarle la paz que necesito.

Por un segundo, le ordeno a mi cerebro detener esa vorágine interminable en la que se convierten a veces mis pensamientos, y analizo el día de ayer. Esa misma fecha que, durante los últimos doce años, ha sido mi calvario personal, y me repito una vez más que el almanaque la ha dejado atrás, aunque no así el peso que carga mi alma.

Enciendo la lámpara alta de la esquina para sacar una muda de ropa del armario; definitivamente, he decidido cumplir con los pedidos de mi familia e iré a compartir con ellos.

Me detengo a mirar a través de la ventana; todavía no amanece del todo, los rayos de sol son imperceptibles y terminan confirmándome lo temprano que he despertado esta mañana. Esto es algo que estaba contra todos mis pronósticos ayer, pero era obvio que no podía ser de otra forma cuando fui capaz de dejarme arrastrar por la tristeza y una botella de whisky, que hizo el resto.

Finalmente terminé como quería: ¡solo!, y pasándome como un masoquista la factura de los años, lo que terminó dejándome, mucho antes de que anoheciera, tirado casi inconsciente en el sofá de la sala, después de llegar de mi fría y desolada oficina dispuesto a lamer mis heridas aún abiertas.

Respiro profundo y recuerdo la conversación por teléfono que tuve ayer con mi madre, mientras me visto. Es un hecho que no me entenderá nunca, tuerzo el labio pensándolo y admito que es algo que ya tengo asumido; pero no evita que lo más difícil, siempre al hablar con ella, sea cuando sus palabras inevitablemente me hacen retroceder en el tiempo, haciéndome revivir las discusiones con mi padre y el golpe de realidad que me devolvió, en esa ocasión, el saberme parte de un exilio. Rememoro especialmente el momento en el que me sentí tan lejos y tan ajeno a ella, absurdamente esperanzado en verla frente a mí por la mañana, a pesar de saber que jamás la recuperaría, sin importar lo que hiciera.

Cierro los ojos y dejo caer hacia atrás la cabeza. Me visualizo corriendo por aquellas playas floridenses, justo hasta la punta del final de los cayos,

perdiéndome en el horizonte y esperando un milagro que me permitiera atravesar aquel océano... ¿Para qué? Eso también me lo pregunté muchas veces y la respuesta siempre me estrujaba el corazón, y, lo que es peor, ¡aún lo sigue haciendo!

Sacudo la cabeza alejando cualquier gris recuerdo que vuelva a dejarme como ayer: sin encontrarle sentido a la vida, y... ¡sin rumbo!

Termino de abotonarme la chaqueta y me calzo los zapatos, pero entonces el sonido del móvil me avisa que han entrado mensajes. Me acerco a la mesa donde lo he dejado, junto a mi llavero, y, luego de hacerme de ambos, reviso el buzón de entrada y confirmo que me ha escrito el conserje del edificio.

Me está avisando de que la entrega de paquetería ha llegado y que esta ha sido guardada en la cajuela de mi auto, como le pedí hace días que hiciera al recibirlos. El otro es de mi madre que, para no variar su intensidad, me recuerda que están todos a la expectativa, esperándome.

Tomo aire. Primero contesto al encargado y le doy las gracias, y, abusando de su generosidad, le pido que saque mi auto del garaje y lo deje en la entrada, a lo que me contesta un *OK* y un símbolo del dedo pulgar en alto.

Después de darle a enviar por segunda vez a un texto de agradecimiento para él, le respondo a mi madre:

Voy saliendo para allá. No te preocupes, que llegaré a tiempo.

Su respuesta no se hace esperar, e imagino que se deba a la angustia que siente ante la posibilidad de que, a última hora, decida no acompañarlos hoy. Me es inevitable sentirme mal por ella, consciente de saber que hace ya mucho tiempo que dejé de ser el hijo que tanto merece.

Esperamos por ti, hijo. ¿Cómo te encuentras hoy?

Observo su pregunta por unos segundos, cerrando por un instante los ojos para, antes de salir, contestarle aquello que me ha nacido tan natural responder por más de una década...

No te angusties, aún sobrevivo...

Ella...



«Soy quien intenta descubrir cada día, detrás de las oscuras nubes de mi pasado, a todas esas estrellas dormidas que guardan las cien respuestas que implora a voces mi presente».

No sé cuántas veces he mirado hacia la puerta esperando que entre alguien y me abrume a preguntas. Agradezco en silencio que en esta ocasión, y por primera vez en todo el tiempo que han durado conmigo las dolorosas pesadillas, no me hicieran gritar espantada.

Miro en mis manos la botella de agua vacía, moviéndola entre mis dedos, esa que mi madre me deja cada noche al lado de mi cama, para que la calefacción no seque mi garganta, cuando yo olvido traérmela. Trago a trago,

despacio, me la he bebido toda sin poder detener las decenas de pasos desesperados que he dado alrededor de la habitación, una y otra vez.

Intento, inconscientemente, volver a beber de ella, pero al percatarme de que no queda una gota me recrimino mi falta de control y lanzo el plástico a la papelera.

Me acerco entonces a la agenda terapéutica, ¡patético nombre! Lo sé. Ahí está, continúa abierta sobre mi cama ese regalo de mi abuelo, y el cual terminé utilizando para desahogarme e intentar darle forma a la confusión más grande que mortifica mi vida. Es una especie de cuaderno de bitácora de cada uno de mis extraños sueños, y en ella anoto cada imagen o palabra que aparece en ellos, esperanzada en que, algún día, pueda dar orden y explicación al tablero de fichas perdidas en el que se ha convertido mi mente.

Ya casi está llena hasta la última página, pensé ingenuamente que, para cuando llegara este momento, mi realidad sería otra.

Los lugares que veo, las praderas que se pierden en la lejanía, el llanto que escucho, la voz de la chica que me habla y a la cual nunca le distingo el rostro, ese jinete y... ¡En fin! ¡Todo está ahí! Esperando sus respuestas...

Mis padres parecen haber hecho un voto de silencio absurdo, de eso estoy segura y asustada a partes iguales. A pesar de que siempre los veo llorar en mis pesadillas, y la sensación de vacío que esto me provoca es lo que más daño me causa, solo recibo de ellos respuestas evasivas. No logran comprenderme, y es como si todo el tiempo sintiera que no pertenezco a ningún lugar de los que forman mi vida actual; sin embargo, por muchas explicaciones que me den, esa sensación no desaparece. Esta inmensa añoranza y un gran sentimiento de pérdida es lo mínimo que padezco, comparado a la inexplicable tristeza que se alberga en mi espíritu cada vez que despierto tras uno de estos sueños.

—¡Ojalá lo entendieran de una vez! —me digo en voz alta, enojada, frustrada e intentando calmar mi ansiedad.

Los sonidos provenientes de afuera me dicen que mi familia ya está por comenzar el día, e intento, a pesar de no contar con la fuerza de voluntad suficiente, evitar pensar en lo que ha sido mi atormentada noche. No quiero que mis padres se enteren, me he propuesto aliviar su preocupación por mí, y no será ahora, que tanto sosiego necesita mi madre, cuando permita que vuelva la angustia a ellos.

Guardo la agenda en el lugar de siempre y me dispongo a arreglarme. Hoy será un día intenso y espero que, con suerte, todo salga como deseo y pueda

por fin lograr llenar esa solicitud de trabajo.

Me decido, después de varios minutos frente al armario, por el conjunto cardenal. Este es el que usaré, no solo porque me gusta mucho, también es de lana, un tejido que abriga lo suficiente teniendo en cuenta el pronóstico del clima. Antes de maquillarme, uso mis gotas oculares, pidiendo en silencio que me ayuden a disipar cualquier enrojecimiento causado en mis ojos por el inevitable llanto de hace un rato, y deseando que mi familia, especialmente mis padres, no puedan darse cuenta de lo que he padecido víctima de mi tormento, otra vez.

Termino y la imagen que me devuelve el espejo me deja satisfecha. «Casual sin dejar de ser elegante». Como aconsejaría mi abuela cuando se trata de impresionar con algún importante propósito. Guardo la bolsa de maquillaje con todos los accesorios en el último cajón y me hago de la botella de loción, con fragancia a magnolias. Tomo una pequeña porción para masajear la piel de mi cuello y mis brazos. Los broches del lazo que anudan delante mi blusa están abiertos, me los abotono con lentitud, pero mi vista, como casi siempre que hago esto, se queda fija en ella.

«Mi marca de la vida», como desde hace mucho tiempo me refiero a ella. Con la punta de mi dedo la rozo con suavidad desde donde inicia hasta el borde del *brasier* que uso, el cual la atraviesa, me lo permite. Recuerdo que durante muchos años, al hacer esto, notaba una sensibilidad en la piel que en ocasiones me resultaba un tanto aterradora, y a pesar de que los médicos explicaban que era normal sentirla, para mí no fue sencillo asimilar que mi pecho en algún momento fue abierto por la mitad, mucho menos teniendo en cuenta, además, de que entonces yo estaba c... Cierro los ojos y me niego los pensamientos que me llegan, sacudiendo a ambos lados la cabeza.

«Sin presiones que te hagan retroceder todo lo avanzado hasta ahora», me repito las palabras de mi psicóloga; pero esto no evita que el llanto me amenace según ese relieve que, sobresale sobre mi piel, va pasando bajo las yemas de mis dedos, haciendo que finalmente se humedezcan mis ojos. Lentamente, mis lágrimas permiten que se escape del escondite de mi memoria la voz que siempre me acompaña entre sueños; y el volver a recordarla hace que mi pecho deje huir más de un fuerte sollozo sin que yo pueda entenderlo ni hacer nada para evitarlo...

«¡Está tan cerca! ¡Búscalo! Te necesita, no lo dejes solo, por favor... Ha sufrido tanto... ¡Los dos han sufrido...!».

Capítulo 1



*Sábado, 26 de noviembre del 2016
Houston, Texas, Estados Unidos*

Cerró los ojos al leer la última frase y guardó el libro con cuidado en su portafolio, como si se tratara de un bien preciado. Y es que así era, no solo por ser uno de los que más disfrutaba, también porque estaba escrito por su poetisa favorita: Gabriela Mistral. Y, además, se lo había obsequiado su padre en uno de los días más importantes de su vida: ese en el cual volvió a descubrir nuevamente el mundo.

Lo leía una y otra vez en cada oportunidad que tenía y, de hecho, había memorizado varios de sus versos, ya que la poesía continuaba siendo una de sus grandes pasiones, especialmente en sus momentos de soledad, logrando transmitirle una paz interior invaluable.

Absorta en sus pensamientos, le dio un sorbo al capuchino y miró una vez más su reloj. Eran ya pasadas las diez de la mañana, y comenzaba a impacientarse. Levantó la vista y observó a través de los cristales que tenía frente a ella, vio la avenida humedecida por la lluvia matutina, para luego,

involuntariamente, volver a confirmar la hora.

—¿Será que nunca podrás ser puntual a una cita? —se dijo en voz baja, llevando a sus labios nuevamente la tibia bebida.

Hacía más de una hora que esperaba a su amiga Adara. Las dos quedaron en verse en aquella cafetería que había sido siempre la escogida para sus encuentros de chicas, desde la época de la universidad. Pero Ada, como cariñosamente la llamaba, no podía ni un solo día ser puntual con su llegada, y ni siquiera el quedar con alguna pareja era prioridad para ella. Definitivamente, una adolescente en un cuerpo de mujer en cuanto a puntualidad se trataba, sonrió pensándolo.

Se entretuvo una vez más observando el paisaje a través del vidrio, para así continuar dando tiempo a que ella llegara. Advirtió cómo la mañana se coloreó de todas las tonalidades grises existentes, y frunció los labios. Le gustaba el otoño, pero siempre y cuando los colores ocres, mostazas y cardenales no les cedieran espacio a los tristes plomizos, estos últimos siempre terminaban deprimiéndola mucho.

La verdad era que los últimos días habían decidido despertar más gélidos de lo acostumbrado normalmente para la temporada actual; al parecer, el invierno, ese año, prometía mostrarse bien embravecido. Lo demostraba anunciando su absoluta y fría llegada con fuertes ventiscas, apenas en las puertas del mes de diciembre. Y esto, sin dudas, lo confirmaba la brisa congelada y húmeda que azotaba la ciudad en aquel momento, alardeando de su dominio y apareciendo con prepotencia a cualquier hora del día, obligándolos a abrigarse en extremo, y mucho antes de lo previsto, a todos los habitantes de la ciudad.

Siguió por varios minutos más ensimismada; dejando libre su mente a través de los grandes ventanales de la CleBurne Cafetería, una de las más agradables y concurridas de la zona, no sin antes volver a cerciorarse de la hora y llegando a la conclusión de que no creía poder esperar por mucho tiempo más a su amiga.

Intentando no darle cabida a otra dosis de tensión, intentó relajarse al recordar lo importante que era ese día para ella y de cómo debía planificar bien su tiempo. Aún tenía pendientes algunos regalos navideños; además de la entrevista de trabajo el siguiente lunes; justo antes de empezar el nuevo semestre escolar. Estaba algo nerviosa; a pesar de las muchas horas de estudio, no podía dejar de decirse que no se encontraba preparada del todo, y continuaba con aquella sensación de aún no sentirse lo suficientemente lista

para la presentación. La ansiedad por querer sorprenderlos y causar una buena impresión profesional la tenía inquieta; ya que si lograba satisfacer al tribunal del instituto, por fin tendría el empleo de sus sueños, ese por el cual se había esforzado tanto durante los últimos tres años.

Le ilusionaba mucho poder lograrlo y oraba por esa oportunidad. Su mayor motivación, independiente a lo mucho que amaba su profesión, era su familia, quería salir adelante por ellos. Sabía por todo lo que habían pasado, incluyendo las deudas contraídas por su causa y las cuales todavía no tenía claro si se finiquitaban del todo; también estaban esos grandes retos que enfrentaron juntos y que la hacían querer lograr todo aquello por lo que sus padres habían luchado tanto.

«Pero eso solo sería posible si obtengo el trabajo al que estoy aspirando», se dijo, y se pasó una mano por la frente.

El que sus padres la vieran lograr sus metas sabía que era tan solo una mínima parte de la felicidad que les devolvería, teniendo en cuenta todo el sacrificio que le entregaron durante años para que ella pudiera cumplir sus sueños profesionales.

Pensó entonces en su madre; estaba segura de que ella cargaba una gran cruz de tristeza debido al accidente que sufriera su padre años atrás. Ninguno de ellos quería jamás hablar de lo acontecido; pero esa intensidad de ella en el trabajo y todo su esfuerzo constante evidenciaba que era la forma que encontró para demostrarle a él que podrían salir adelante juntos, a pesar de cualquier discapacidad.

Entre más lo analizaba más segura estaba de que la vida de ellos cargaba varias cicatrices; las cuales ocultaban tras ese pesar reflejado en sus ojos y del que no se atrevían nunca a expresar con palabras a nadie.

«¿Por qué se niegan siempre a hablarme del pasado? De lo que en realidad le sucedió a mi padre... Si confiaran en mí, quizás pudieran liberarse un poco de...».

—¡Ami! ¡Ya estoy aquí!

La voz de Adara la hizo girarse, interrumpiendo sus reflexiones, y por fin vio a la loquilla de su joven amiga, cariñosa, saludándola mientras colgaba su abrigo, levantando su mano desde la entrada con esa intranquila energía especial que tanto la caracterizaba.

La muchacha era de ese tipo de persona que se dejaba querer fácilmente. Una chica auténtica y sencilla que se había ganado un lugar entrañable en su corazón.

Se conocieron en la época de estudiantes universitarias, cuando su amiga iba en primero y ella ya cursaba el último año. Desde entonces se volvieron inseparables, a pesar de la diferencia de edad. Adara era cuatro años más joven, pero su carácter hiperactivo y alegre hizo el contrapunto junto al suyo, mucho más pasivo y hasta cierto punto conservador.

El cariño de ambas era sincero y su afinidad se dio naturalmente desde el primer momento en el que se conocieron, haciendo que de inmediato compartieran su día a día y descubrieran en el camino las muchas cosas que tenían en común. Bueno... ¡Menos sus personalidades! Estas eran absolutamente diferentes, pero quizás fue precisamente eso lo que desde el principio hizo tan especial su empatía. Lo que sí era un hecho es que ella era la calma, y su amiga... ¡Un absoluto huracán humano!

Recordó a su madre intentando darle explicación al carácter tan intranquilo de la chica, y no pudo evitar reírse. Ella alegaba que, solo quizás, este se debiera a su origen irlandés, pues la gente de esa tierra era muy alegre. Adara nació en Dublín; fue adoptada con apenas seis semanas de nacida, cuando sus padres la conocieron en un orfanato al que llegaron como misioneros. Estos, a pesar de ser estadounidenses, nunca dejaron que ella desconociera sus orígenes y la encaminaron siempre a que amara la cultura del país que la vio nacer, razón por la que, según consideraba su madre, la hacía ser una mujer tan extrovertida y natural.

Definitivamente, lo cierto era que tenía una familia increíble y unos papás maravillosos, y a los que ella consideraba también parte de la suya.

Katherine y Josef, o los señores Carter, como ella los llamaba a pesar del reproche de ellos al escucharla, eran unas personas muy especiales. Él, estomatólogo; y ella, profesora de universidad, la misma donde las dos chicas se habían titulado tiempo atrás. Un matrimonio muy tierno del que había recibido siempre un sincero cariño y un invaluable apoyo por años.

«¿Cómo no iba a ser su hija así de dulce y alegre?», concluyó pensando.

—¡Ufff! ¡Pensé que no llegaba! Con este frío y la revolución de gente que hay en la calle, el tráfico es un caos; y ya sabes, ¡a mi jicotea no le gusta correr mucho! —hablaba sin descanso, sentándose a su lado tras abrazarla mientras movía las manos y se arreglaba su rojo y largo cabello ensortijado ante la sonriente y graciosa expresión de su amiga.

—Eres un caso perdido, Adara, y una especie en peligro de extinción, ¡pero de esas de las que nadie quiere hacerse cargo! —admitió, riendo al verle su cara fingiéndose ofendida.

—¿Perdón...?! Bueno, pero esta especie tiene su encanto, querida. ¡Mira que me lloran detrás todo el tiempo! —refutó, abriendo y cerrando las yemas de sus dedos en señal de cantidad, con los ojos pícaros, entrecerrados, y moviendo sus rizos de un lado al otro.

»Ahora sí —prosiguió—, cuéntame de ti. Mira que no vernos en casi tres semanas ha sido un récord digno de un Guinness —expresó, exagerada, y poniendo una mirada dramática de asombro—. Todo por la necedad de mi familia de dar ese viaje de Acción de Gracias a New York; por cierto... ¡Mega aburrido! Obvio, por tú no querer acompañarnos, ¡conste!

Al escuchar reprochárselo, movió la cabeza negando lentamente, pero sin dejar de sonreír.

—Me era imposible ir; entiende que no podía dejar a mi madre con tanto trabajo, ya sabes cómo son estas fechas de movidas, y no podemos desaprovecharlas. Además, no te has perdido ningún acontecimiento importante, créeme. —Levantó los hombros al decirlo, pero dejó de hablar al ver que se acercaba un empleado, al que ella le había hecho un gesto con la mano para pedirle que la atendiera.

El joven se dispuso a tomar su orden y las dos le pidieron unos cruasanes y dos capuchinos. A pesar de la negativa que dio ella de no querer seguir cargándose de cafeína, Adara hizo caso omiso y le pidió otro; alegando que era mucho lo que tenían que conversar aún y necesitaban de una buena dosis extra de energías.

«*Como si tú necesitaras más, amiga. ¡Tienes de sobra para repartir a media ciudad!*», se dijo y se echó a reír en silencio, sin dejar de observar a la dinámica pelirroja.

—¿No me he perdido ningún acontecimiento dices? —reinició su charla, Adara—. Pero cuando me fui te dejé pensando acerca de darle una oportunidad a Brian Welch, aceptando salir con él, y la verdad es que me intrigó que en todas nuestras llamadas y encuentros en el chat no volviesses a mencionarlo —respondió con los brazos cruzados sobre la mesa, mirándola fijamente.

—¿Para qué comenzar con algo que no funcionará, amiga? Es como perder el tiempo; además, hacérselo perder a él, porque tú y yo sabemos que eso de que saldríamos en plan de amigos no era más que una excusa sin sentido que...

—¡Por Dios! ¿Será posible? ¡Contigo me dará un infarto masivo! ¡Te lo juro! —Como era su costumbre, exageró su expresión corporal llevándose las manos a ambos lados de la cabeza—. Te aseguro que lo intento, pero no logro

comprenderte —reprochó entre enojada e impaciente, cruzando esta vez sus dos manos al frente.

Justo en ese momento, el joven camarero volvía a acercarse, cordial, para entregarles su pedido. Lo dejó delante de ellas, que se mantenían en silencio, luego de reiterarles que estaba a sus órdenes y que cualquier otra cosa que desearan se lo hicieran saber; para Adara no pasó desapercibido la cara del chico, embobada, mirando fijo a su amiga como si ella no estuviera sentada a su lado.

—¿Ves lo que te digo? —Señaló al mozo con el dedo mientras este se alejaba—. Por donde pasas dejas a más de uno suspirando y babeando por tus huesitos. ¡¿Es que acaso piensas entrar en una especie de convento?! ¡Porque si es así, dímelo, amiga, para ir preparando mi buen surtido de ansiolíticos! —dijo masajeándose las sienes, para acto seguido probar su primer trago del capuchino que le acababan de traer.

La joven se quedó pensativa mientras entre las manos sostenía su propia bebida. La leve sonrisa de sus labios daba fe de que sabía cuánta razón tenían aquellas palabras, pero los argumentos ya no servían de mucho a la hora de explicarse.

—Sabes que te quiero como a una hermana, ¿verdad? —Se sosegó Adara, y con un tierno gesto, acercando su mano a la de ella, su acompañante le devolvió una sonrisa tímida, asintiendo.

»No sabes cuánto me gustaría que encontraras el amor. En casi ocho años que te conozco, no has tenido una pareja estable, bueno, solo uno que otro enamorado y alguna que otra salida, las cuales siempre terminan alejándose de ti luego de tus desaires y tu frialdad, amiga. ¿Te has mirado en un espejo? Ya no están de por medio aquellos lentes de fondo de botella que tanto utilizabas como pretexto para no acercarte a ningún chico, ¿recuerdas eso? —Las dos sonrieron recordando tantas anécdotas al respecto—. Eres una mujer no solo bellísima, sino también sumamente inteligente, preparada y llena de virtudes, pero que está empeñada en dejar pasar sus mejores años de largo sin darle oportunidad al amor, o al menos..., no sé, ¡intentarlo!

Mantecía la cabeza baja con la mirada en sus manos. Su amiga tenía razón en muchas cosas, pero sabía que intentar explicarle sería en vano; ella no entendería nunca que en su interior había algo que no le permitía llegar a consolidar una relación más allá de una simple amistad con ningún hombre. Durante muchas sesiones de terapia, le hacía la misma pregunta a su psicóloga, y esta solo llegaba a la conclusión de que todo estaba atrapado en su

subconsciente haciéndola sentir amenazada, un miedo irracional a encontrar en este algo que pudiera hacerla caer en una fuerte crisis, de nuevo, en caso de llegar a recordar algún hecho doloroso. Solo el día que desde allí pueda liberar esos recuerdos, encontraría todas las respuestas que necesitaba para tener paz.

«No fuerces tu mente, los recuerdos llegaran, y, si no es así, aprenderás a sentirte satisfecha con las que tu pasado inmediato ha ido atesorando», se repetía constantemente las palabras de la doctora Milene, su psicóloga, terapeuta y amiga. No obstante, su dilema interior continuaba siendo esa certeza de nunca haber podido convencerse, resignarse quizás; pero de eso a estar conforme con no llegar a rescatar dentro de su mente perdida un pasado que sabía era de vital importancia para ella, había una gran diferencia, y esto era lo que la tenía siempre sumida en la más profunda incertidumbre.

—Estoy bien así, Adara —aseguró intentando convencerla una vez más, pero sabía que, como tantas otras, esto era como ir contra una fuerte corriente oceánica—. Creo firmemente que el día que deba enamorarme o mantener una relación estable, llegará sin buscarlo con tanto afán ni forzar nada. Tal vez no es el momento de que conozca a mi príncipe azul —ironizó, alzando las cejas y buscando con ello quitar peso a la conversación.

—Ami —habló bajo al llamarla con ese mote con el cual casi siempre se refería a ella—, es cuestión de vivir, de conocer y relacionarse; de darse la oportunidad de ser feliz, cariño. No te martirices más con esa espera y con la esperanza puesta en el regreso de tu pasado —aconsejó consciente de que era esa la muralla que frenaba su vida—. Lo que sea que quedó atrás, déjalo allí: ¡en el pasado! Estas a punto de cumplir los treinta años y dejas escapar la vida entre tu profesión, tu familia y el negocio de tu madre.

—Soy feliz así, Ada, créeme —contestó con ternura, pero con la silenciosa seguridad muy dentro de ella de que nada de lo que decía era cierto.

Había algo que siempre le había hecho falta, aunque nunca pudo entender qué era exactamente. Lo describía como un vacío oculto en su pecho, la sensación de que un pedazo de su ser no estaba en el lugar correcto, y la impotencia que sentía al no poderle poner nombre o razón a aquel sentimiento de pérdida era lo que muchas veces la atormentaba.

—¡En fin! ¡Sabes que eso ni tú, ni yo, te lo crees! Pero está bien, cambiemos de tema. —Tamborileó los dedos en la mesa—. ¿A dónde nos vamos esta noche? —Se frotó, traviesa, las manos al preguntárselo—. Sebastián, mi primo, está aquí y nos ofrece llevarnos a donde queramos

—confirmó muy entusiasmada y levantando varias veces las cejas con picardía.

—Pues creo que los decepcionaré a ambos, porque no me será posible acompañarlos.

La vio desinflar su entusiasmo como un globo pinchado, así que decidió explicarle rápido la razón de su negativa antes de que volviera con su eterna diatriba de reclamos.

—Pero tengo mis muy buenas razones esta vez para negarme a acompañarlos. —Aún su amiga no parecía convencida y, por la expresión de su cara, estaba esperando de seguro alguna de sus acostumbradas justificaciones para no salir de fiesta—. Es que tengo una noticia importantísima que darte.

—¿Noticia?! —chilló—. Espera... ¡Tienes una cita a ciegas para conocer a alguien! —habló un poco más alto de lo normal, con algarabía, logrando que una pareja que se encontraba cerca girase para verlas. Mientras, la chica frente a ella ponía los ojos en blanco, riendo.

—¡No! Ni citas ni nada que se le parezca. Por favor, Adara, tómate unas vacaciones de tu trabajo de celestina. ¿Sí? —sonrió al decírselo—. La noticia es mucho más increíble que eso, te diré que... —comenzó a decir creando expectación y dejando en el aire sus palabras.

—¡Ay, ya, Ami! ¡Ten consideración de mis débiles nervios! —Como era su costumbre siempre, afloraba su exagerada y dramática personalidad, y esto la volvió a hacer reír.

—Me concedieron la entrevista de trabajo en Shepher of School, esta mañana, y estoy pletórica de alegría, amiga. —Se le notaba su dicha al contárselo, más la gran ilusión que le causaba esta posible oportunidad profesional le concedía un brillo especial en la mirada.

—¡Wow! ¡Eso sí que es un notición, Ami! —Se levantó para rodear la pequeña mesa y abrazarla—. ¿Cuándo es?

—Este próximo lunes a las nueve de la mañana. Aún debo terminar mi portfolio y tenerlo listo para ese día. No tendré otra oportunidad como esta, amiga; necesito asegurarme de que todo salga bien. ¿Te imaginas? Lograré mi sueño de toda la vida si me aceptan.

—Lo vas a conseguir, eso ni lo pongas en duda. —Tomaron sus manos y las apretaron unidas, con verdadera confianza y fe en que ese gran sueño se haría realidad.

—Bueno..., entonces le tendré que decir al Sebas que no nos puedes

acompañar. Pobre, ¡vive chiflado por verte! Otro corazón deshecho que dejas en tu camino, querida, y esta vez... ¡Es el de mi pobre primo! —dijo haciendo una mueca divertida con la boca y arrugando los labios en señal de lástima por el aludido.

—¡Exagerada! ¡Ese menos que ninguno, con lo coqueto que es! —contestó también entre risas e incitándola a terminarse cada una sus capuchinos que, entre tanta charla, ya habían perdido su calor casi por completo.

Después de disfrutar un rato más, conversando y contándose el más mínimo acontecimiento de los últimos días, terminaron sus cruasanes y se despidieron en la puerta.

Adara le ofreció llevarla en su «jicotea»; como nombraba a aquel Volvo del 1998 y al cual adoraba por ser su primera adquisición al ganar el primer salario como diseñadora de interiores. Pero ella le dijo que no era necesario, que estaba cerca de a donde se dirigía; no sin dejar de recordarle lo que el padre de la chica le había pedido mil veces: que era hora de comprar algo más seguro y dejar a ese vejestorio atrás. A este reclamo, la ingeniosa y divertida muchacha, le contestaba siempre lo mismo: «¡Entonces veré qué padre más joven me encuentro, porque el mío también está hecho un vejestorio y necesita reemplazo!». Causándole puras carcajadas al buen señor.

Finalmente, cada una tomó su camino. Adara, hasta el aparcamiento, al otro lado de la calle; y ella se alejó caminando por la acera, rumbo a la parada del autobús.

Allí se quedó esperando sin poder disimular que se daba cuenta de cómo unos jóvenes, que aparentemente también tomarían el autobús, no perdían la oportunidad de observarla, y por sus gestos se notaba que hablaban algo agradable acerca de ella.

No pudo evitar bajar los ojos y sonreír tímida, reconociendo que no era la primera vez que esto le sucedía; pero no por ello dejaba de hacerla sonrojar y cohibirla un poco.

Ese día había cuidado mucho más que otras veces su arreglo; de hecho, siempre le había gustado lucir sencilla pero sin dejar de lado la elegancia femenina, consejos de alguien querido que nunca olvidaba. La ropa de invierno era la de su temporada favorita, así que, repasándose con disimulo, volvió a concluir que había decidido bien su atuendo en la mañana, más al añadir los guantes y un gorro en una tonalidad más oscura, pero haciendo contrastes de color con su vestuario. Las botas, de tacón de aguja, a la rodilla, con medias de invierno y una corta falda invernal terminaron también siendo

un acierto, haciéndola lucir sofisticada al darle un toque aún más hermoso de distinción.

«Sí, creo que ha sido un estilo sin duda adecuado para presentarme hoy a completar la aplicación del que puede llegar a ser el trabajo que tanto tiempo he esperado», se dijo.

Sonrió esperanzada, y al levantar los ojos de sus manos, abrigadas por los guantes de piel, volvió a chocar con la mirada de uno de los jóvenes, quien hizo un ademán con la cabeza, asintiendo en forma de saludo.

Su madre le había repetido varias veces, antes de salir de la casa, que lucía especialmente hermosa, pero la verdad era que consideraba siempre que sus seres queridos no eran muy objetivos al respecto, en especial su padre y su abuelo.

Y como si la vida pretendiera quitarle la razón, al girarse de lado se encontró con la imagen que la pared de vidrio, del costado de la cabina de espera de autobuses, le devolvía.

Su cabellera castaña le caía como cascada hasta media espalda, y pasó su mano por debajo de ella, para sacudir un poco la humedad que la espera a la intemperie le estaba causando a pesar del gorro invernal que usaba. El gesto no pasó desapercibido para los chicos, que intentaban aparentar ver sus móviles, cuando en realidad no era ajena a las miradas de reojo que le dirigían, sin embargo, esto no era de interés para ella.

Volvieron a llegar a su mente las mismas interrogantes: ¿por qué aquella imposibilidad de atracción y esa incapacidad para entregar sin reservas sus sentimientos a alguien? Nunca encontraba explicación lógica, menos una que la convenciera del todo.

Era absurdo, pero incluso en algún momento llegó a pensar que podía ser que sus gustos no estaban precisamente dirigidos hacia los hombres, y ahora, recordándolo, su duda de entonces la divertía sobremanera. Definitivamente, al conocer a Hugo, a pesar de que las cosas entre ellos no funcionaran, esto le sirvió para llegar a la conclusión de que un supuesto rechazo físico contra el sexo opuesto no era la razón para no querer interesarse por una relación de pareja, y, que tal vez, nunca pudiera encontrar la verdadera causa... ¿O sí?

El autobús llegó, luego de subir y sentarse cerca de la ventanilla, viendo pasar la ciudad y sus tonos grisáceos, continuó pensando en todo lo que le había dicho Adara, reconociendo que no podía quitarle crédito a sus palabras. Había conocido chicos, tenido relaciones esporádicas, pero estas nunca habían sido duraderas y tampoco pasaron a ser muy íntimas. ¡En fin! ¡Lo cierto

era que no quería atormentarse más con lo mismo! Desde su última relación, de apenas tres meses atrás, había decidido darse un tiempo, emocionalmente hablando, y pretendía cumplirlo. Lo mejor era dejarle al destino hacer su trabajo y, por ahora, solo dedicarse a poner mente y espíritu en esa entrevista, confiando en que todo saliera bien. Luego... ¡Ya la vida diría su última palabra!

Vio que se acercaba su parada, miró la hora en su reloj y se alarmó al confirmar que hacía mucho que había pasado del mediodía, así que se dispuso a bajar apresurada, proponiéndose no demorarse más en llegar al negocio de su madre.

«¡Dios! ¡Cuánto me he entretenido con Adara!», se reclamó sonriendo.

Pero eso siempre le sucedía cuando las dos se encontraban, así que volvió a sonreír satisfecha porque, definitivamente, era algo que su amiga y ella no podrían evitar jamás. Con todas estas reflexiones, siguió andando con el portafolio en mano y su bolso al hombro, hasta llegar a ese edificio donde estaba la repostería que llevaba atendiendo su madre durante más de seis años, decidiendo que, en lo que quedaba de jornada, se concentraría en apoyarla en todo lo que pudiera para garantizar los pedidos y compromisos de navidad, con los cuales se habían comprometido.

En el otro extremo de la ciudad...

El día se había ido en un abrir y cerrar de ojos y las alboradas del atardecer caían en el horizonte como mantos coloreados de añil. No creyó que demoraría tanto en el centro comercial comprando el regalo perfecto para ella; pero, definitivamente, esas fechas eran sinónimo de locura total si de hacer compras se trataba. Pensándolo dio una rápida ojeada al paquete con envoltura rosa, en el asiento a su lado, y una sonrisa ladeada apareció en sus labios sin poder esconder una tímida ternura reflejada en su rostro. Conducía su lujoso Mercedes Benz S 600 rumbo al condado de Town of Westlake. Allí tenía la residencia su familia y, por las más de seis llamadas de su madre, era un hecho que lo esperaban ansiosos.

Echó un vistazo al paisaje que iba dejando atrás, y esto le hizo dejar escapar un profundo suspiro. Indudablemente era una zona muy exclusiva, campestre y de muy pocos habitantes; generalmente, personalidades o familias de la alta sociedad texana, lo que a él, francamente, le importaba muy poco.

No obstante, tenía que reconocer que aquel sitio era casi paradisíaco y transmitía mucha tranquilidad, perfecto para vivir alejado de la vorágine del centro de Houston, como tanto preferían sus abuelos.

En más de tres décadas viviendo en el país, Elena y Román Alcázar habían levantado junto a su tío, y posteriormente a su padre, una muy solvente empresa ganadera que, con el tiempo, la fueron incrementando a otras ramas mercantiles, y con ellas vino la compra de varios negocios que, poco a poco, elevó la acaudalada fortuna Alcázar, convirtiéndola en un emporio que había logrado expandirse tanto nacional como internacionalmente.

Con los años, y a raíz de todo eso, fue como llegó el gran cambio en su vida. Aún sin explicación para él, un día decidió cambiar su vocación por la biología marina por la de los negocios; terminando con un doctorado en Administración de Empresas, para tomar las riendas, y la presidencia, de la sucursal más importante de la familia, tras la retirada de su abuelo. Solo pidió como condición una sola cosa: que esta llevara sus dos apellidos, y no solo el Alcázar. Para él, era como rendirle un tributo en silencio a su querida prima Lourdes, a quien jamás podría olvidar.

Meditándolo desde el día anterior, y recordando las palabras de su madre durante la conversación con ella desde la soledad de su despacho, llegó a la conclusión de que no quería más desavenencias con la familia; era mejor seguir el curso de los acontecimientos y pasar tiempo con ellos. Los quería mucho y estaba muy agradecido por cuanto habían hecho por él, especialmente sus abuelos, quienes los últimos doce años se convirtieron en su refugio y en los dos seres que le dieron la comprensión que tanto necesitaba, sin juzgarlo ni reprocharle nunca nada; tan solo siempre estuvieron y estaban ahí para él.

Habían sido años difíciles, y memorizaba como si fuera ayer la llegada junto a sus padres a Florida, al salir clandestinamente de Cuba. Lo que sintió al darse cuenta de dónde estaba y el porqué de toda aquella situación. Fue un golpe duro, seguido de una dolorosa impotencia, a la que le siguió la rabia y la rebeldía que había atravesado en aquella época, hasta convertirse en el ser hosco y frío que era hoy día.

En la isla, los Belmonte prácticamente los declararon en destierro total, y jamás quisieron volver a saber nada de ellos, como si al tomar aquella decisión hubieran muerto en esa travesía. De hecho, a sus oídos llegó la versión que habían dado a todo aquel que se interesaba por saber cómo se encontraban. Su familia materna mentía a quien preguntaba por él o por sus padres diciéndoles que los tres, más quienes los acompañaron, habían

naufragado y finalmente muerto en alta mar sin lograr su objetivo de llegar a tierra estadounidense.

La que más sufrió fue su madre al ver que era en vano cualquier intento de comunicación con sus seres queridos, ya que siempre era rechazada. Durante años insistió, pero fue inútil, y en realidad no sabía a ciencia cierta si logró finalmente aceptarlo o se conformó para intentar dejar de sufrir por el desprecio de los suyos.

Solo mantuvieron contacto con su querida madrina, y por ella se enteraron durante mucho tiempo de los acontecimientos en Viñales. En el transcurso de poco más de una década murieron sus abuelos, casi uno detrás del otro; sus primos se habían casado, y ya tenían hijos algunos de ellos. Sus tíos continuaban su rutina de vida, y al menos los confortó saber que, aunque la tristeza siguió acompañándolos, la resignación se abrió paso y alivió en algo su existencia con el regalo de sus, hasta ahora, dos nietos varones, para poder sobrellevar el sufrimiento tras el dolor de haber perdido a Lourdes.

Pero hacía ya más de un año que no sabían nada. Su tan querida Manuela también partió, dejándoles una profunda añoranza de ella y causándoles un gran dolor por nunca más haber vuelto a tener la oportunidad de abrazarla. Sus padres, desde la distancia, se mantuvieron en contacto con algunos amigos; esos que siempre fueron leales a pesar de todo. Sabía que su padre no dejaba de ayudarlos económicamente y de hacer por ellos todo lo que estaba a su alcance, como nunca dejaron de hacerlo por su madrina, y eso era algo que lo enorgullecía en silencio.

A pesar de ello, el distanciamiento que se produjo con sus progenitores, cuando regresó de aquel letargo despertando en la ciudad de Miami y rodeado de gente desconocida, lejos de todo su entorno, marcó un antes y un después entre ellos.

No podía ser ingrato, sus condiciones de vida eran otras; por eso luchaba contra aquella soberbia, que lo amenazaba cada día para que esta no le ganara, y con el resentimiento que le provocaba pensar en el pasado.

Rebuscaba siempre en su interior la manera de sacar todo lo positivo de cada situación, pero llegaba cada día a la misma conclusión: podía vivir mucho mejor, tener la vida soñada para algunos, las condiciones creadas para un futuro prometedor, sin embargo... ¡No! Ahí seguía esa opresión; honda, vacía, inconclusa; e inexplicablemente sombría ganándole a cualquier sentimiento. La falta de todo lo que dejó atrás le recordaba que no sería retribuida su alma solitaria con nada, que esta solo se auxiliaba de recuerdos y

se alimentaba de nostalgia. Una nostalgia perpetua y dolorosa que lo acompañaría por siempre.

Con el tiempo llegaron las explicaciones y los supuestos porqués a todas sus preguntas. Sus abuelos fueron los intermediarios en aquella batalla de discusiones, principalmente con su padre. Aún no podía perdonarle del todo el hecho de que tomara una decisión así sin consultarle. Que por meses y meses estuviera planeando un cambio de vida tan radical y lo mantuviera ajeno a los planes que también lo involucraban a él. Que fuese capaz de subirlo a una lancha, inconsciente, y llevarlo lejos sin tener la posibilidad de objetar nada. Tal vez un día intentaría comprenderlo, pero todavía no estaba del todo listo para hacerlo.

Además, no le permitió despedirse de ella, y eso nunca lo olvidaría. No le dio la oportunidad tan anhelada de vivir su duelo, de superar su pérdida. Era cierto que ya no estaba, concienciarse aún le dolía en lo más hondo; pero Cuba no es un imperio romano gigantesco donde no se pudiera llegar hasta una sepultura y dar un último adiós. Su padre le privó de ese momento irrecuperable, le robó ese derecho y manipuló decisiones que tenían que ver, y mucho, con su vida, independientemente de que estas fueran tomadas por su bienestar o no, precisamente él, defensor de la libertad, tenía que haberle respetado la suya, dejándolo decidir el rumbo de su vida.

Llegó a solicitar visa de entrada a Cuba en tres ocasiones; quería lograr llegar hasta la tumba de su libélula y terminar de derramar esas lágrimas que, en la soledad, lo aniquilaban dejándolo seco de sufrimiento, pero hasta eso le fue negado sin explicación alguna, o bueno... ¡Sí! Había salido ilegalmente, como un fugitivo, y eso les daba el derecho de negarle la entrada a su tierra las veces que el gobierno quisiera.

Junto a sus pensamientos, pasándole factura, llegó sin darse cuenta frente al portón de hierro que custodiaba la entrada a la impresionante residencia Alcázar. No le fue necesario hablar por el intercomunicador, ya que supuso lo vieron por las cámaras de seguridad, y le dieron vía libre abriendo las verjas de inmediato.

—¡Llegó el primo Gael! ¡Llegó el primo Gael! —exclamaba eufórica y corría por aquel pasillo de madera caoba, exquisitamente pulida, una pequeña de unos cinco años. Iba impecable con un precioso vestido púrpura y un gran lazo de terciopelo adornando su cabeza, en el mismo color, y con una rosa plateada.

Se acercó a la puerta que ya se disponía a abrir una de las chicas de servicio, y, sin más, se escabulló por su lado y bajó la escalinata de la entrada para tirarse a los brazos de un Gael sonriente que nada tenía que ver con el apesadumbrado y triste que llegó conduciendo hasta allí.

—¡Mi hormiga, que rico verte y abrazarte! ¡Te extrañé desde aquí hasta las nubes! —le dijo, besándola en sus cachetes rosados y revolviendo el flequillo de rizos en su frente.

—¡Hormiga no, Gael! —reclamó muy seria—. Tienes que cambiarme el nombre cariñoso, ya crecí, y mira, tengo estos... *¡Five!* —dijo abriendo su manita completa y con la otra contando sus pequeños deditos regordetes.

—¡Tienes toda la razón, preciosa! Ya no podré decirte mi hormiga, tendremos que pensar en otro porque ya eres una chica grande y muy inteligente. —La niña sonrió orgullosa tras su respuesta—. Hay que pensar en uno que sea lindo como tú y, sobre todo, muy especial, ¿verdad?

La pequeña lo miraba con sus ojitos verdosos llenos de cariño, asintiendo feliz.

Alma era la hija de su primo Ignacio, y la consentida de todos. Ella había sido el fruto de un fugaz romance de su padre con una chica que conoció en Las Vegas, y de la cual se enamoró como un colegial hacía poco más de seis años.

Cuando se enteró del embarazo, y a pesar de la premura y la sorpresa que le produjo el saber que iba a ser padre, se sintió en extremo feliz y la trajo a vivir con él a un pequeño apartamento que compró para ellos, rodeándola de atenciones y sin dejar de brindarle todo su amor y apoyo.

Sus tíos siempre tuvieron recelos respecto a la futura madre de su nieta; de hecho, apenas mantuvieron una relación cercana con ella, lo cual aparentemente esta aceptó dada su actitud poco familiar y sí muy esquiva.

Al final del camino no se equivocaron; cuando la nena nació la madre sacó su verdadera casta, derrumbando la vida familiar perfecta que había idealizado su primo junto a ella y la niña; pues cambió la propuesta de matrimonio de Ignacio por una cuantiosa suma, junto a la renuncia de sus derechos maternales. Esto lo destruyó por mucho tiempo y terminó convirtiéndolo en un hombre parco y callado, para quien el trabajo y su hija eran su único compromiso de vida, ya que no creía en nada ni en nadie más, y mucho menos en intentar volver a amar nuevamente. Las mujeres, para él, estaban vetadas en su vida, al menos aquellas que llegaran a esta albergando expectativas de tener algún tipo de relación seria algún día.

Por su parte, Alma era el milagro máspreciado de los Alcázar, y tenía una afinidad increíble con Gael. Adoraba a su primo, siendo la única que lo hacía reír por horas, viéndosele a este siempre feliz al estar al lado de aquella dulce criatura. También la nena se beneficiaba de ese cariño compartido, ya que su padre la amaba como a nada en el mundo; eso nadie lo dudaba, pero no era tan expresivo ni amoroso como lo era su primo. De ahí nacía esa dicha por verlo llegar y, entre los dos, parecían equilibrar todo aquello que les faltaba, canalizando juntos el peso que cargaban. La nena, inconscientemente, sufriendo por el abandono de su madre; y él languideciendo por su doloroso pasado en silencio, y esto los hacía buscar refugio siempre uno en el otro, compartiendo aquel sincero e infinito cariño.

—Bueno, traviesa, vamos a llamar para que nos ayuden a bajar todos los regalos que traigo para ponerlos bajo el árbol, están en el maletero, pero ¡hay otro especial para ti esperando en el sillón delantero! —La bajó de sus brazos, e inclinándose frente a ella, le enfatizó, esperando que este año no hiciera la travesura de abrir los regalos antes del día señalado—. Recuerda que solo se abren en Navidad, son adelantos de Santa Claus porque no le dará tiempo traerlos todos ese día. ¿De acuerdo? —Alma abrió grandes y llenos de ilusión sus ojos subiendo rápido dos escalones, con la intención de buscar a alguien que la ayudara con lo que había traído su primo, pero antes de continuar, se viró a mirarlo para decirle.

—¡No seas regañón, Gaelito! Voy a portarme bien y no los abriré, ya no soy una bebida. ¿Te acuerdas de que soy una chica grande?

Al verla con sus manitas en la cintura, llamándolo con ese diminutivo y tono de voz de niña «grande», más aquel porte de mujercita en miniatura, lo hizo carcajearse a todo pulmón.

—Sí, señorita, ya me quedó claro y prometo no olvidarlo.

—Entonces... —Lo miró poniendo chiquitos y pícaros aquellos ojitos claros como aceitunas—. ¡Voy corriendo! ¡Ahora viene Ligia y me ayuda! ¡¿Cuántos serán para mí, Gael?! ¡¿Santa te dijo?! Prometo no abrirlos hasta Navidad ¡Te lo prometo! —Sin dar respiro a su entusiasmo, levantando la manita en señal para sellar su promesa, no esperó respuesta, entró corriendo a la casa en busca de la colaboración de alguien para hacer lo que más disfrutaba: ¡llenar de regalos el árbol navideño!

Gael, todavía riendo gracias a la inocencia de aquel ángel, al que quería como a una hija, subió lento los peldaños de la escalera de piedra, entrando en la gran mansión.

Le gustó ver que el recibidor estaba ya adornado para las fiestas, en tonos pastel; y el majestuoso árbol de más de veinte pies de altura daba la bienvenida inundando la casa con su natural olor a madera de abedul. Las guirnaldas, las figuras de venados y las de avellanas hacían gala en todo el pasamanos de caoba brillante de la extensa escalinata; así como decorando la grandiosa chimenea del salón de la derecha. Como cada año, su abuela había cambiado las cortinas con tonos de colores más vivos, esta vez eran de matices ocres rojizos y dorados, haciendo juego con las esferas y demás adornos que se destacaban por doquier.

Se respiraba armonía y mucho amor en aquel lugar, eso no podía negarlo, y no pudo evitar el pensar que todo en la vida tenía una razón, y, aun cuando a pesar de que él continuara buscándole explicación a muchas situaciones adversas dentro de la suya, de todas formas, reconocía que Dios al final lo premió con una familia amorosa y dedicada; siendo ese su mayor consuelo para sobrellevar todo lo demás.

—¿Hijo? Me alegra que finalmente estés aquí. —Su padre interrumpió sus pensamientos y se acercó, haciéndolo girarse, sorprendido pero sin dejar de mirarlo. Lo vio adelantarse a él, tímido, con las manos en los bolsillos y taciturno.

—Le prometí a mi madre que vendría, y no pensaba incumplir mi promesa esta vez —se dirigió a este sin ninguna expresión emotiva y, con una hiriente frialdad en la mirada, le estrechó la mano.

—Eso me complace, no son lo mismo estos días sin tu presencia y yo...

—¿Cómo estás? —interrumpió las palabras de su progenitor, sintiendo como su rebeldía y soberbia se removían inquietas en cuanto percibía el intento de acercársele.

—Estoy bien, hijo, y...

—¡Hola, Gael! ¡Pero qué dicha verte, corazón! —Con desmesurada efusividad, aquella mujer que aparecía por el pasillo lateral, proveniente del fondo de la casa, se abalanzaba a abrazarlo sin reparar en que acababa de interrumpir la conversación entre ellos.

—¡Me encanta que vinieras! —repetía con las dos manos a los lados del rostro del joven; quien, con delicadeza, se las tomó bajándoselas con cortesía y evidenciando que no le agradaban sus exageradas muestras de cariño.

—Gracias, Roxana, es bueno pasar tiempo en familia —contestó secamente.

—En familia y con la gente que te quiere sinceramente —aseguró ella con

cierta picardía e insinuación—. Ven, vamos, que todos están en el área de la piscina. Hay que reconocer que tu abuela tiene un gusto divino para organizar cualquier evento. Además ha contratado un exquisito cáterin para la ocasión. ¿Viene con nosotros, señor Alcázar? —preguntó mirando esta vez al padre de Gael.

—Adelántense ustedes, Roxana, que enseguida yo los alcanzo —le respondió sin quitar los ojos de su hijo, y dirigiéndose a él le preguntó antes de que se alejara—: ¿Más tarde charlamos...?

Pero Gael solo asintió con un movimiento de cabeza casi imperceptible porque no estaba seguro de que esa conversación tuviera oportunidad de darse. Luego se dejó guiar por la chica, que se aferró a su brazo como si quisiera soldarlo a su piel, sin ocultar un minuto su fascinación por estar a su lado.

Rolando los siguió con la vista hasta que se perdieron en el largo pasillo, y no pudo evitar soltar el aire que, sin darse cuenta, tenía oprimido en el pecho desde que se acercó a su hijo. Le dolía en el alma seguir sintiendo su resentimiento, su dureza y distancia a pesar de tanto tiempo. Esto lo abrumaba como una losa auestas que ya tenía más de una década cargando; y era entonces cuando llegaba aquel secreto a martirizarle la conciencia. Ese que nunca se atrevió a decir, y que ahora, al confirmar lo cerca que podría su hijo estar de descubrirlo, gracias a que su esposa ya estaba al tanto de este, no cesaba de torturarle constantemente...

—¡No creo poder! No seré capaz de decirte esa verdad porque no sería solo tu rencor lo que recibiría, sino... tu odio, y eso... ¡No podré soportarlo! Intentaré con todas mis fuerzas devolverte parte de la felicidad que te negué, rogando para que un día logres perdonarme y comprenderme, hijo mío —se dijo en voz alta, y sus ojos se nublaron de tristeza junto a la sombra de sus lágrimas.

A poca distancia de ahí...

—No puedo hablar mucho, pero explícame algo, ¿cómo es eso de que no tienes nada todavía?! ¡Esto no es un juego y puedo terminar pagando tu inutilidad!

Caminaba de un lado a otro con el teléfono en una mano, encerrada en aquella habitación, alejada de donde pudieran escucharla y con un vaso de

licor en la otra, dándole un sorbo cada varios segundos. Mientras, prestaba atención con evidente consternación a todo lo que le decían al teléfono.

—¡Maldita sea! ¡Hablé claro contigo cuando fui a verte, y me prometiste resolverlo! ¡Deja tus andanzas y puterías! Te advierto algo, si no logramos cumplir con nuestro objetivo, todo se irá a la mierda. ¿Entiendes? ¡A la mierda!

Colgó la llamada y de una vez vació la bebida que tenía, de un solo trago. Después de jugar en su mano con el vaso, su rostro se transformó y junto a un grito gutural, desagradable, olvidándose de si podían oírla o no, lanzó con fuerzas el recipiente contra la pared, haciendo saltar el vidrio en diminutos pedazos.

—¡Te odio, maldito fantasma! ¡Te odio! —gritó con la cara enrojecida y la respiración acelerada, sus puños parecían piedras, haciendo que sus nudillos se tornaran pálidos por la fuerza que ejercía en ellos.

Capítulo 2



Los aromas a caramelos, chocolate derretido, almendras tostadas y panes recién hechos se disfrutaban desde que entrabas al lugar; incluso muchos metros antes de llegar a la puerta de este. La música clásica que escuchó al entrar, la guio con seguridad hasta donde sabía que encontraría a su madre.

—Mamá, ya estoy aquí. Perdona la demora, pero ya conoces a Adara.

La vio en cuanto se asomó a la entrada de la zona de elaboración. Amasaba unos bolillos y se acercó para darle un beso en la mejilla, luego, con cariño, le pasó la mano por esta, que estaba toda polvoreada de harina.

—No te preocupes, corazón, Natalia y Alfredo me han ayudado mucho y ya casi todo está empaquetado y listo para las entregas. —Secándose las manos con un paño blanco, después de haberlas lavado, y vestida con un típico uniforme de cocina junto a la tradicional redecilla en el cabello, su madre la recibía y le devolvía un tierno beso en la frente.

—¿Cómo te fue con Adara? ¿Sigue tan loquilla como siempre?

—Creo que su mal es crónico e incurable, mamá. Ya la conoces, así de intensa es ella siempre —contestó sonriendo.

—Pero sin dudas es una gran chica, y me alegra que pasaran tiempo juntas. Necesitas distraerte, mi vida, no todo pueden ser mortificaciones y

compromisos —se complació diciendo y exhaló profundo.

—Lo sé, mamá, quiero que estés tranquila, que yo estoy bien y la que no debe estar angustiada eres tú. ¿Vale?

—Está bien, mi niña, si tú estás bien, sabes que yo lo estaré; bueno, lo estaremos todos. —La miró con dulzura y le dio un abrazo que decía más que mil palabras

—Vamos al salón que ya están allí todos en plena faena.

—¡Pues vamos!

Salieron por una puerta lateral de la amplia cocina donde estaban, y luego de recorrer un pasillo que daba a un enorme patio techado en la parte de atrás, enlosado con cerámicas y rodeado de varias puertas de color marfil, llegaron al salón del que hablaban.

Allí se encontraban alrededor de una docena de mesas rectangulares, las cuales tenían un mínimo de seis sillas cada una. Encima de ellas se apreciaban cajas, papel celofán de varios colores y cintas de adornar. Había todo tipo de pastelería, panes de diferentes formas y roscas azucaradas. Varias personas, ataviadas igualmente con pulcros uniformes blancos de repostería, se encargaban de empaquetar con exquisito cuidado aquellas delicias. Todos la saludaron al verla llegar y varios de ellos, mayormente personas de la tercera edad, se levantaron para darle un beso en la mejilla y demostrarle su afecto.

«Sunset Bakery», así se llamaba aquel lugar donde su mamá había dejado el aliento de los últimos años con su arduo trabajo. Aunque pequeño, era ya reconocido y contaba con una muy selecta clientela, además de convertirse en la oportunidad de muchas personas mayores para sentirse útiles y ayudarse con un salario extra que complementara los escasos recursos económicos de su jubilación.

De ahí que una gran mayoría de los empleados fuesen retirados y pasaran de los cincuenta y cinco años. Otras, eran madres solteras, o jóvenes necesitados de un empleo que les permitiera coordinar horarios con sus clases universitarias para así pagar las costosas matrículas. En fin, todos ellos eran como una gran familia junto a su madre y a sus abuelos; ya que su tío y su padre se dedicaban a la industria de la construcción. Este último había unido fuerzas con su cuñado y lo ayudaba llevando las finanzas y los contratos que conseguían para la pequeña compañía constructora que su familia materna había fundado con su modesto patrimonio familiar, antes de que ellos llegaran a radicar en América.

—¡Mi reina! —escuchó aquella efusiva bienvenida.

A corta distancia de ella, un señor de ojos azules y cabello blanco como el algodón, se incorporaba feliz de su silla abriéndole los brazos.

Ella le sonrió y pensó que su abuelo, con su piel nacarada y rosada, unido a sus libras de más, podía ser el perfecto Santa Claus de cualquier centro comercial durante esa temporada navideña.

—¿Cómo ha estado, nono? ¿Esa artritis nos da tregua, o no? —preguntó recibiendo aquel bendecido abrazo.

—Ahí vamos, pero tú sabes que tu abuelo es como hueso de vikingo: ¡duro de roer! —dijo flexionando un brazo con mucho estilo.

—¡Veremos si ese hueso duro de roer toma conciencia también de su presión arterial y deja de ser tan tozudo y tragón! —Su abuela se les acercaba con los labios fruncidos y su andar pausado, oliendo a pura avellana, de seguro por estar preparando uno de los pasteles que tanto le gustaban a ella, concluyó para sí—. Hola, preciosa, me avisaron de que ya estabas aquí, así que dejé mis dulces a fuego lento para venir a verte. —La abrazó y dio un beso cariñoso en la mejilla al llegar a su lado.

—Hola, abuela; pero no me lo lloves tan recto —habló pasándole la mano por aquella lana de cabello blanco al anciano a su lado—, mira que es un amor mi viejito —dijo acurrucándose en los brazos protectores de este, que la miraba con idolatría mientras hacía pucheros chistosos a su esposa.

—¡Sique consintiéndolo! ¡Mira que es peor que un chico malcriado! —regañó a ambos, pellizcándole el brazo a su viejo, haciéndolo sobresaltarse ante la risa de todos.

—Bueno, hija... —intervino su madre, que hasta ese momento solo observaba y sonreía—. Ve a cambiarte y te esperamos en la mesa de empaquetar. ¿De verdad tienes hoy tiempo para ayudarnos?

—Por supuesto que sí, mamá, ya regreso.

Luego de besar a su abuelo, que aún seguía pegado a ella, se alejó a los cambiadores para empezar la jornada, seguida de la mirada de orgullo y amor de sus tres ángeles de la guarda.

—Mi milagro... —pensó en voz alta la madre.

—¡Nuestro milagro! —rectificó la abuela, y las dos se miraron con emoción mientras el anciano las rodeaba con sus brazos a ambas.

—¿Irás conmigo a la junta con los alemanes, sobrino? La verdad es que me gustaría que me acompañaras —le expresó con la expectativa de obtener una

afirmación de su parte.

Estaban sentados en la terraza, Gael ya había saludado a toda la familia, excepto a sus primos Viviana e Ignacio, con los cuales aún no coincidía.

Su madre, en cuanto lo vio llegar, al igual que sus abuelos, respiraron aliviados y con la expresión de sus rostros, y el abrazo que cada uno le dio, le demostraron lo felices que estaban por tenerlo por fin allí con ellos.

—Aún no puedo darte una respuesta segura, tío. ¿Cuándo es? —contestó mostrando sincero interés y llevándose la bebida a los labios. Sabía lo importante que sería para la empresa que se consolidara esa fusión con los alemanes, llevaban meses trabajando en ello.

—En poco más de tres semanas, viajaríamos justo dos días después de Navidad, pero no podremos estar aquí para año nuevo.

—Hagamos algo, reviso todos los pendientes; prometo reajustarlos lo más que pueda para poder ir juntos. ¿Te parece?

—¡Perfecto! Si tu respuesta es afirmativa, esperaré todo lo que me pidas. Confío en tu gran intuición financiera, sobrino —confesó quiñándole un ojo—. Ahora vamos, que mira a tu abuela —indicó con un gesto—, parece que está haciendo señas como un semáforo de la quinta avenida para que nos acerquemos a las mesas.

Gael se rio por su ocurrencia y, con su bebida aún en la mano, se levantaron, él con el brazo de su tío Octavio sobre el hombro, para finalmente acercarse ambos a reunirse con sus familiares e invitados.

Comenzaron a disfrutar de aquel banquete hablando cada uno con su acompañante de al lado, siempre de varios temas diferentes. Gael vio que también llegaron sus primos, y como se habían sentado un poco distanciados de él, solo levantó una mano indicándoles con un gesto que se verían luego.

La verdad era que aceptó de buena gana intentar hacer ese viaje con su tío. Desde que lo conoció, siempre habían congeniado muy bien, inclusive le había confesado en privado que se sentía más abierto y cómodo con él que con su propio hijo, Ignacio.

Era cierto que este siempre se mostraba un poco ajeno y nada sociable; pero él, en su momento, le explicó que su primo albergaba otros intereses profesionales que nada tenían que ver con la rama en la que se movía el resto de la familia.

Ignacio era médico cirujano, especialista en ortopedia y traumatología; de hecho, se encontraba entre los mejores del estado y de buena parte del país. Nada más alejado de eso que las transacciones bancarias, la ganadería, las

exportaciones mercantiles y los contratos con compañías extranjeras, que era el punto fuerte del resto de los Alcázar.

Miró en derredor y dio gracias en silencio. Estaba toda la familia reunida, y la fallida cena de Acción de Gracias, por la ausencia de él en ella, estaba siendo rescatada ese día. Era una espectacular velada preparada por su abuela, su tía y su madre en la terraza climatizada de la casa, alrededor de la piscina y rodeados de todas las personas que sinceramente apreciaban y de quienes, recíprocamente, les era devuelto el mismo afecto hacia ellos.

Los Alcázar no eran muy asiduos a los grandes eventos sociales o a comparecer dentro de la tan selecta sociedad texana; a pesar de que, en algunas ocasiones, aparecían como invitados en las exclusivas listas de varias recepciones importantes.

Siempre preferían resguardar su privacidad, y quizás por eso fueron objeto de algún que otro erróneo rumor de la prensa amarillista. Como cuando especularon varias columnas publicitarias contra su primo, hacía varios años, tras el nacimiento de la pequeña Alma y la desaparición de su madre. Desde esa ocasión, fueron aún más estrictos y conservadores con su vida, y solo amigos muy cercanos compartían momentos íntimos como el que se desarrollaba aquel día.

Era cierto que esa nueva tierra les había dado la posibilidad; con mucho esfuerzo por su parte, de lograr y disfrutar de un estatus social alto y distinguido; pero para ellos eso no eran más que banales etiquetas de pomposidad completamente innecesarias para vivir. Seguían siendo esa familia con el alma muy cubana y humilde, donde una cena familiar, y las tradicionales conversaciones durante ellas, valían mucho más que cualquier gran fiesta o evento social de reconocimiento público.

Sentados en una arreglada y decorada mesa en tonos plateados y blancos, junto a un excelente menú; se encontraban degustando algunos aperitivos todos los miembros de la familia y algunos amigos cercanos, esperando que llegaran el resto de los invitados.

Su tío Octavio y su esposa, Nancy, una americana de ojos alegres que terminó siendo más latina que todos ellos juntos y la mejor bailarina de salsa que se pudiera ver, no dejaban de sonreír dándose uno que otro cariñoso beso, como tenían siempre acostumbrados a todos y pareciendo eternos recién casados. Ellos eran los padres de sus dos únicos primos Alcázar: Viviana e Ignacio. Unos hermanos muy especiales, y cuyo parentesco se constataba solo porque así lo decían sus actas de nacimiento. Si de sus físicos dependía, y

menos aún de sus personalidades, nada tenían que ver uno con el otro.

Viviana era idéntica a su padre y heredó todo lo hispano de él. Su cabello lacio y oscuro era prueba fehaciente de su herencia latina, al igual que el color de su piel, logrando con ello una combinación perfecta con el raro y claro color de sus ojos. Su predilección por las leyes había sido una pasión profesional heredada por su progenitora, que era una reconocida abogada en litigio familiar, y ahora una orgullosa madre por estar viendo a su hija menor cursando ya el último año de su doctorado en leyes, y, al parecer, prometiendo profesionalmente ser una buena letrada.

Mientras, su primo no pudo ocultar su raíz americana, y a pesar de que los ojos claros de por sí eran una marca de familia, heredada por parte de su abuelo Román, el resto de su fisonomía también gritaba América. Desde hacía poco más de dos años, Ignacio se dejaba una recortada barba; según él, era un detalle que enloquecía a «mujeres de paso», como se refería a sus esporádicos encuentros de padre soltero, y quienes al verlo con aquella piel y cabellos claros, de alta estatura y cuerpo musculoso, gracias a largas jornadas en el gimnasio, entendían inmediatamente por qué en su círculo de amigos todas las del sexo opuesto se referían a él como *el adonis*, un apodo que le era totalmente indiferente dado su carácter solitario, desolado y esquivo en cuanto a cualquier relación de compromiso o de estilo romántico pretendiera tener alguien a su lado.

Esta actitud era el resultado de la amarga experiencia vivida con la madre de su hija; dejándole como única pasión su pequeña niña y su trabajo como doctor jefe del equipo multidisciplinario en cirugía ortopédica reconstructiva del hospital Baylor University Medical Center de Houston. Pero a pesar de la herida que aún no cicatrizaba dentro de su corazón, luchaba por darle lo mejor a su princesa, aunque a veces él no supiera cómo expresarle su amor, y los estragos de tan fuerte traición y desengaño lo aniquilaran en muchas ocasiones.

Sus abuelos, Román y Elena, eran adorables. Las dos personas más increíbles que había conocido y el pilar fundamental de todos los Alcázar. Si a alguien le debía él agradecer continuar de pie, haber seguido adelante y no caer en un abismo que lo hubiese arrastrado Dios sabe a dónde, era a ellos. Al conocerlos, la vida le devolvió con creces ese amor sincero, incondicional y noble que entregaban los abuelos y que nunca había recibido por parte de los padres de su madre, aunque eso no influyó nunca en el sincero cariño que, a pesar de todo, siempre sintió deseos de entregarles.

Amaba verlos como lo hacía ahora, disfrutando con la pequeña Alma en

sus piernas, riendo de sus ocurrencias; esa escena lo embriagaba de ternura y mitigaba cualquier pesar arrastrado en el tiempo.

No llegaban todavía todas las amistades a quienes habían invitado, en su mayoría, eran trabajadores de la empresa, con sus familiares, y cercanos a ellos. Quien sí estaba ya presente era el matrimonio formado por Guillermo y Nora Sandoval.

El señor Sandoval se encargaba de llevar parte de sus asuntos legales, dado que era el abogado de la familia y persona de confianza de su abuelo. Padres de Roxana, que en aquel momento estaba sentada a su lado luego de traerlo casi corriendo desde la sala una hora antes. Ella fue una de las primeras personas que conoció fuera de la familia al llegar desde Cuba. Era una mujer hermosa, pero demasiado sofisticada, frívola y vanidosa para su gusto. El hecho de ser la única hija de aquel matrimonio, y de tener una vida de concesiones y caprichos cumplidos por sus padres, la hacía antipática y superficial en la mayoría de las veces, rozando incluso lo vulgar y lo desagradable. No era tonto, reconocía los coqueteos constantes de ella; pero la verdad, no creía que pudieran tener un día alguna relación más allá de la obligada amistad que le debía por el trabajo que desempeñaba su padre para la familia. Sin lugar a duda era muy llamativa y con curvas dignas de enloquecer a cualquier hombre, no podía negarlo, pero..., francamente, ¡no a él!

—Entonces, Gael... ¿Cómo ves tú lo del negocio con los alemanes? —Se acercó Guillermo preguntándole directamente, y sacándolo de sus reflexiones ante la cara de frustración de su hija, que tenía la esperanza de por fin tener un momento de privacidad con él al lograr sentarse a su lado.

Guillermo era un hombre muy capacitado del cual no se tenía queja alguna, y al que su familia en general apreciaba; pero Gael siempre veía un brillo de avaricia en su mirada que no le terminaba de agradar, y, mucho menos, lo hacía confiar en él a pesar de los años que llevaba ya conociéndolo.

—La verdad, Sandoval, no puedo así...

—Llámame Guillermo, muchacho, mira que ya hace mucho que nos conocemos y no son necesarias tantas formalidades si se está como en familia, ¿verdad? —interrumpió riendo de una forma que para Gael resultaba más falsa que un billete de quinientos dólares.

—Muy bien..., Guillermo. Le decía que no me he informado a fondo de todo lo referente al contrato y sus estipulaciones, ya sabe que es mi tío quien está encargado personalmente; pero como le dije a él... —miró a su tío, que

no dejaba desde lejos de prestar atención a lo que sucedía entre ellos. Algo le decía a Gael que Guillermo Sandoval tampoco era del completo agrado de Octavio Alcázar—, trataré esta semana de finiquitar algunos compromisos para estudiar bien la propuesta, ya que debemos tener en cuenta los costos de aranceles, así como los de impuestos mercantiles y lo que debemos pagar en puerto.

»Además, por la categoría de estas transacciones de importación, estas deben ser revisadas por la Cámara de Comercio y reportadas al IRS, como ganancia neta, por lo que debemos estar seguros de que la inversión se mantenga con un interés fijo; o mejor aún, si este baja un poco, creo que podemos tener un buen trato equitativo en puerta y con una visualización a futuro muy lucrativa.

—Creo que los aranceles e impuestos dejan de ser tan notorios si las ganancias a largo plazo valen la pena —refutó diciéndole Sandoval, y quitándose los espejuelos para, con un pañuelo fino que sacó de su bolsillo, limpiar los cristales de estos.

—Depende de a cuánto tiempo nos estemos enfrentando para recuperar la inversión; de lo contrario, Sandoval, las matemáticas siempre son precisas y nos estaremos arriesgando con una inversión millonaria y dividendos muy inestables a largo plazo, y no creo que sea ventajoso para la empresa de ser las condiciones en esos términos.

—Eres muy joven, querido Gael —continuó Guillermo con tono autosuficiente—, te falta mundo, y mucho por conocer en el complejo ámbito de los negocios; lo cuales, incluso tienen su propio lema, y te lo diré para que no lo olvides, ya que es una frase célebre de uno de los grandes: Napoleón Bonaparte. Él dijo: «La ambición jamás se detiene, ni siquiera en la cima de la grandeza» —citó y sonrió de lado, egocéntrico y triunfal al decirlo.

Gael también lo hizo; sin embargo, en él era una sonrisa despreciativa para aquel hombre que cada día le recordaba más a su abuelo Martín en altanería y arrogancia. Solo pena ajena sentía por ser como ellos, pero no por eso iba a dejar de contestarle, ni mucho menos hacerle creer que podría arrastrarlo a caer en su juego. Ya no era aquel muchacho de dieciocho años que bajaba la cabeza evitando retar a sus mayores, aun teniendo la razón en ciertas circunstancias. Su carácter se había endurecido, era consciente de ello, pero poco le importaba y prefería mil veces la actitud que hoy regía su vida a la de hacía años atrás.

—¿Sabe, Guillermo?... Cada persona tiene el libre albedrío de crear la

forma en la que quiere vivir y por lo que quiere luchar; y, sin dudas, esto incluyó en su momento a «su Napoleón». —Levantó las cejas, irónico—. Obviamente, también a muchos más, dentro de la historia, la vida les dio quizás esa misma errónea oportunidad de pensar de esa manera. Por eso, yo, esa frase, señor *Sandoval* —enfaticó su apellido—, la contesto con otra que me parece más noble y sencilla. —Lo miró fijo a los ojos, retándolo por unos segundos, para terminar citándole él—: «La ambición es el último refugio del fracasado y de la arrogancia disfrazada de humildad humana» —concluyó, seguro de sí y dejándolo sin palabras.

»Ahora, si me lo permiten, me acercaré a mis abuelos para dedicarle un poco de mi tiempo a ellos; ya que, al final, ese ha sido mi verdadero propósito al asistir esta noche aquí. Con su permiso. —Se levantó serio, y tras saludarlos a él, a su esposa y a su hija, quienes permanecieron mudas a su lado, se alejó de la mesa y de aquellos acompañantes que ya comenzaban a asfixiarlo, para acercarse a donde estaba su familia saludando a las personas que iban llegando.

—¿Viste lo que hiciste, papá?! ¿Hasta cuándo tus impertinencias me alejaran diez pasos hacia atrás con Gael si solo he adelantado tres?! —Roxana quería fulminar a su padre con una mirada venenosa, y trataba a duras penas de disimular conteniendo la rabia que sentía y la cólera que la consumía.

—¿No es más que un petulante con ínfulas de grandeza! ¿Un campesino ignorante de ese monte cubano! ¿Desde que su abuelo le cedió la presidencia, se ha vuelto impertinente y arrogante! Un engreído que se cree que puede ponerse a la par mía, ¡y no me da la gana de permitirselo! —escupió sus palabras con ira Guillermo, en voz baja y apretando los dientes porque, finalmente, se sintió ridiculizado por el nieto menor del hombre que durante años había envidiado en silencio.

—¿Basta ya los dos! ¿Si no fuera por la música de fondo y esos invitados de la empresa que están recibiendo ahora los Alcázar, ya se hubieran dado cuenta de sus estúpidas discusiones! —intervino Nora Sandoval para calmar tanto a su marido como a la muchacha, que no dejaba de removerse alterada en la silla. Conocía los temperamentos de ambos y sabía cuándo hacerlos frenar sus impulsos, antes de que estos se salieran de control.

—Yo solo sé, ¡padre! —ironizó—, que Gael es importante para mí, y tus celos profesionales con los Alcázar, más tu frustración porque ni siquiera te tuvo en cuenta Román para el puesto de la presidencia, ¡me tienen sin cuidado! —reclamó con más ira.

—¡Tú, chiquilla altanera, ni sabes la cola que carga detrás Gael Alcázar! Dudo que un día logres algo de él, así que... ¡No sueñes! —le dijo con gesto de quien sabe algo confidencial y se aprovecha de eso

La chica lo miró furiosa, pero, a la vez, con cierta burla pensando... «*¡Qué iluso eres, padre! ¡Muy pronto puede que yo sea quien tenga el control que tanto ambicionas, y quizás entonces esa información que consideras solo de tu conocimiento sea la que me lleve a lograr mi propósito cuando tenga a Gael comiendo de mi mano!*» , se dijo segura.

—¡Terminen ya con esta discusión absurda y vamos a unirnos a todos, que están llegando más invitados! —alegó Nora, enojada.

—¿Invitados? ¡Querrás decir la plebe en su mejor representación! ¡¿A qué familia pudiente se le ocurre invitar a los empleados y a sus familias a una celebración íntima, en lugar de al alcalde o a políticos importantes?! —criticó con burla Guillermo sin ocultar su desprecio mientras, junto a su esposa y su hija, se disponía a acercarse a donde todos charlaban animadamente con la llegada del nuevo grupo de personas, escenificando la más hipócrita de las sonrisas.

Los Alcázar eran respetados y queridos por todo el personal de trabajo cercano a ellos. Allí llegaban las secretarias de cada uno junto a sus esposos, o sus asistentes con sus familias, agradecidos por haber sido invitados a compartir una época tan hermosa. Todos se hablaban con una familiaridad y afecto increíblemente dignos de admirar.

—¿Cómo estas, primo? —saludó Ignacio a su espalda, palmeándole el hombro, y con quien no había tenido la oportunidad de charlar aún.

—Bien, Nacho; aquí, orgulloso por este gran gesto con la gente de la empresa.

—Sí, la verdad es que fue una idea increíble el invitar a los trabajadores —contestó observando el cariño y el respeto que le ofrecían a sus queridos abuelos.

—¿Y cómo marcha todo? —se interesó Gael para ver si lograba, por primera vez en mucho tiempo, conseguir un vestigio de algo más que no fuera frustración en el rostro de su primo.

—Todo igual. Trabajo, pendientes, Alma... Ya sabes, un día detrás de otro —respondió pensativo.

Ignacio Alcázar tenía tan solo poco más de treinta y tres años, pero hablaba como un hombre de mucho más de cincuenta; de hecho, a veces lucía de esa edad por su carácter en exceso serio e impenetrable.

—Debes avanzar, Nacho, y salir de ese cascarón en el que te has refugiado desde hace casi seis años. Hazlo por la nena, Almita necesita un padre que sonría de vez en cuando para ella. —Ignacio lo escuchó y le regaló una irónica sonrisa de lado.

—¿Y eres tú precisamente quién me dice eso, Gael? ¿Esta te parece bien? —Le representó con una mueca lo que para él era sonreír—. ¡Que seas tú el que me diga esto, me llena de sorpresa! Tú, que andas como zombi por la vida y alejándote siempre de todos nosotros. Huraño, indiferente, hosco y, especialmente, ajeno a toda emoción o sentimiento humano a tu alrededor.

—¡Es diferente, Nacho! ¡Es totalmente diferente, carajo! —reaccionó tenso Gael por su reproche; pero reconociendo muy en el fondo de sí mismo que sus palabras encerraban toda la razón del mundo.

—¿Dime en qué es diferente?! ¡¿En que el amor de tu vida se murió y te trajeron a este país engañado; y, en cambio, mi hija y yo fuimos una transacción bancaria con varios ceros en un cheque?! ¡¿Es esa la diferencia?! —reclamó dolido Ignacio—. Es cierto que tu historia es muy difícil y las circunstancias también, Gael; pero mi dolor no lo es menos. Entregué el corazón y me lo hicieron mierda. ¡Mierda! ¿Sabes qué siento cuando veo a mi hija?

»Siento que se me abre una herida profunda, y la veo a ella, y aunque adoro con el alma a esa criatura... —confesando esto, miró hacia donde se encontraba la niña, que reía en los brazos de su abuela Nancy—. No sé, no me sale demostrárselo como quisiera. El abandono de su madre, y el recordar cada minuto que nos cambió por medio millón de dólares, hace que esta roca que tengo aquí se solidifique más cada día —hablaba con la mano cerrada, golpeando el lado de su corazón.

»Me dejó seco, primo. ¡Seco! Tú al menos supiste hasta el último momento que te amaban sinceramente, a mí me vieron como un ventajoso canje de estatus social y económico, y a mi hija como el beneficio monetario. Eso, Gael, es algo que no puedo olvidar fácilmente porque el cruel recuerdo siempre está ahí, en los ojos de ese ángel que es quien me sostiene el alma. A veces creo que la nombré así por eso, porque de alguna manera siempre supe muy en el fondo que sería mi ancla en esta vida. —Dirigió sus ojos nuevamente a su tesoro, que andaba como mariposita revoloteando entre las plantas de su abuela y tratando de atrapar algo allí.

»Imagina qué sentirías dentro de ti si tuvieras delante algo, o a alguien, no sé... Tal vez como una señal que constantemente te da un jalón de dolor en las

entrañas y te recuerda tu sufrimiento día a día. Sufro por mí, pero más sufro por ella. Solo una fría nota, Gael, una cruel cartilla fue lo que ese día nos dejó a ambos, con la condición de que depositara en la cuenta bancaria la cantidad exigida para renunciar al bebé. —Apretó fuerte la mandíbula recordándolo.

—Te entiendo, Nacho, yo solo quería que tú... —Entonces dejó de hablar, ya que los interrumpió la voz de la pequeña, llamándolos.

—¡Papi! ¡Gael! ¡Miren, miren! ¡Atrapé un hada! ¡Creo que atrapé un hada!

Alma se abrió paso entre la gente que conversaba, rodeando la majestuosa piscina y disfrutando de las exquisitas bebidas. Todos la observaban con ternura en su intento de llegar, con las manitas unidas y cerradas, hasta donde estaban su papá y su primo, con el vestidito púrpura ya un poco desarreglado junto a la rosa deslizándose por el cabello.

—A ver, cariño, ¿qué traes ahí? —La cargó su padre en brazos.

—Enséñanos, traviesa —pidió Gael curioso y con voz dulce.

La niña abrió solo un poquito el pequeño escondite que había hecho con sus manos y ahí estaba, quieta, con las alas abiertas y un lento movimiento en ellas.

Gael volvió a sentir aquel latido fuerte en su pecho, como cuando le pides a la vida una señal y ella te la envía sin reclamar nada a cambio. El corazón le aguijoneaba acelerado y ese nudo que conocía tan bien le aprisionaba la respiración una vez más.

—¿Es un hada, papi? —Escuchó la pregunta inocente de su primita.

—Creo que es una cigarra, princesa. ¿Tú qué crees, Gael?

¿Cómo responder cuando él se perdía entre una nube de memorias mientras acariciaba aquellas diminutas alas con la yema de sus dedos, encerradas en las manitas de Alma?

No le salían las palabras y el peso de un recuerdo hermoso, y cruel a la vez, lo paralizaba. Ese amor se despertaba para sembrar un caos que como rayo lo volvía a invadir. Era imposible no repetirse ese adorado nombre una y mil veces, hasta que arrasara con cualquier posibilidad de reconciliación entre el tiempo y la distancia con la que el destino injusto se había empeñado en castigarlo siempre. Aparecía entonces, como fantasma doliente, esa realidad perpetua imposible de aceptar, para decirle, traicionera: ¡Aquí estoy! ¡Presente y despiadada en forma de un frágil insecto moribundo! Y una mezcla de sentimientos y sensaciones hirientes se le agolpaban muy profundo volviendo a hacerlo vulnerable, recordándole y reafirmando su futuro sin rumbo...

Hoy había amanecido con la voluntad de luchar, de seguir adelante. ¡Y de pronto...! Llega el tiro de gracia como si fuera una señal llena de... ¿esperanza?

«¡¿Cuál esperanza?! ¡¿Cuál, maldita sea?! ¡¿Cuál?!», cuestionó fuerte y en silencio.

—¿Gael? ¿Sucedo algo...? Alma y yo te preguntábamos si era una...

—Libélula... —contestó sin fuerza—. Es una... preciosa y... perfecta libélula... —balbuceó finalmente, con la mano izquierda apretando su corazón y los ojos aguados, brillantes, por las lágrimas que se obligaba a no dejar salir. No pudo entonces soportarlo más.

—Lo siento, princesa, pero... debo irme.

Miró a su primo, le quiso decir con una mirada todo lo que él no sabía acerca de su pasado; sin embargo, las palabras parecían piedras en su garganta. Besó a su niña hermosa en la frente, y agradeció la inocencia de su edad al ver que estaba concentrada en su «hada». Finalmente, en silencio, se alejó de ellos dejando a Ignacio con su hija en los brazos y mil interrogantes más en su mente, producto de su actitud.

Capítulo 3



—¿Cómo vas, querida? Deberías descansar ya, ha sido un día agotador y continúas ahí enfrascada. Toma, te he traído un vaso de leche tibia con canela. —Le entregó la bebida que había ido a prepararle al percatarse de que seguía despierta en su habitación, estudiando para la entrevista que tanta ilusión le hacía.

—Gracias, mamá, ya casi termino. Estoy finalizando las conclusiones de mi trabajo de presentación y solo me faltaría imprimir. —Mientras hablaba se masajeaba con una mano la nuca y con la otra tomaba el primer trago de la leche tibia, que, indiscutiblemente, le supo a gloria.

—¿Los abuelos ya duermen? —Su madre asintió.

Vivían en una casa bastante amplia y cómoda, nada ostentosa; pero sí confortable y en una zona bastante céntrica de la ciudad, muy cerca de la pastelería de la familia. Sus padres, los papás de su madre y ella no contaban con lujos, aunque sí con una vida holgada, tranquila y armoniosa. Hacía dos años que los abuelos vivían con ellos, desde que a él le dio un preinfarto, pues necesitaba estar vigilado todo el tiempo.

—¿Sucede algo, madre? —preguntó al notar un poco de nostalgia en ella y cómo la miraba con intensidad.

—Nada, hija, solo te observaba y me enorgullecía de todo lo que has sido capaz de lograr estos años, a pesar de tan difíciles obstáculos —suspiró complacida.

—Nada hubiera sido posible sin ustedes; especialmente sin ti mamá. Has sido no solo mi fuerza, sino la de mi papá también. —La observó detenidamente, cómo bajaba los ojos al regazo, sentada en su cama—. Solo quisiera, al menos, que confiaras en mí, en mi fuerza de voluntad igual a la tuya y a prueba de todo. Y que sin miedo me abrieras el doble candado que llevas en ese corazón que, a veces, creo que quiere decirme algo pero no se atreve, y...

—No volvamos con lo mismo, hija, por favor —repuso de pronto, interrumpiéndola y levantándose rápidamente de la cama, pero ella la sostuvo del brazo.

—¿Por qué, mamá? ¿Cuántos secretos más me guardas? Sabes que me es imposible saber. Intento entender muchas cosas dentro de esas lagunas de recuerdos que aparecen como cortinas de nubes, especialmente en mis sueños, pero no puedo y... ¡Tú lo sabes! —La frustración se hizo evidente con sus palabras, y a su madre se le hizo un nudo en la garganta que, con mucha dificultad, logró ignorar.

—Como dice tu médico y tu terapeuta: un día a la vez. Sabes que...

—¡Basta, mamá! No digas nada. —El tono triste de su voz la hirió—. Eso lo llevo escuchando desde hace más de una década, ya no me sirve de mucho que lo repitas. ¿No crees?

—Hija, entiéndeme, eres nuestra vida entera, lo más sagrado que tenemos, y hemos sufrido tanto, padecido mucho dolor y...

—Y me da tristeza... —interrumpió esta vez ella sus palabras—, que teniendo ustedes las respuestas que necesito no me las den, y prefieran que yo siga viviendo dentro de esta burbuja de incertidumbre y doloroso olvido. ¿No se dan cuenta del daño que me hace no recordar?

Su madre la miró, y en sus ojos no se visualizaba más que una pena angosta y oculta que sabía no acabaría nunca. ¿Cómo explicarle, o contarle un pasado tan doloroso? Después de aquel viacrucis de nueve largos meses, estuvieron casi resignados a que ella no volviera a ser la misma. Durante las primeras semanas creyeron caer todos en un gran abismo que, finalmente, colapsó como un apocalipsis bíblico. Ni ella ni su esposo sabían qué hacer, y la desesperación los consumió al verla en aquel estado con constantes y dolorosas crisis de ansiedad al despertar del prolongado estado comatoso.

Luego empezaron a aparecer los ataques de pánico y los inexplicables estados depresivos, para todos sin explicación; menos para ellos, que al escucharla hablar de sus pesadillas entendían a qué se estaba enfrentando su mente perdida.

Decidieron entonces, los doctores, que para lograr su recuperación era necesario mantenerla sedada casi todo el tiempo. Los psicólogos coincidían en que su subconsciente retenía, a pesar de ella no recordarlo, el choque emocional sufrido antes de que perdiera el conocimiento por los eventos ocurridos de forma tan brutal, y pusieron en sus manos la decisión de revelar todo lo acontecido o decidir no hacerlo, pero era muy difícil resolver qué hacer. Como madre se negaba a arriesgarse a pasar por todo nuevamente, así que apartó de golpe todos sus recuerdos de esa época por la decisión que tomaron ella y su marido, más cuando este recibió las respuestas a todas las averiguaciones que hiciera sobre ellos y...

«¡No! ¡Iba a seguir siendo una egoísta, pero no le importaba!», se repitió con fuerza

Ya de nada servía que supiera la verdad, una verdad que, de conocerla, la terminaría destruyendo, hundiéndola y haciéndola sufrir mucho más, y sin que esta vez pudieran hacer algo para evitarlo.

—Te amamos más que a nuestra vida, hija, eso nunca lo dudes.

Le acarició su mejilla y le dio un beso en la frente, repitiéndose que prefería una y mil veces sus reproches a tener que arriesgarse a poner su estabilidad emocional a prueba. Además, ¿ya de qué podría servir que lo supiera todo?

—Toma tu leche, por favor, y trata de no desvelarte mucho, ¿vale? —dijo y, ante el silencio de ella, decidió dejarla sola y salió cerrando la puerta tras ella.

La fiesta llegaba a su fin y los Alcázar despedían a sus últimos invitados en la entrada de la casa, como grandes anfitriones.

Entre estos estaba el matrimonio Sandoval y su hija, la cual no disimulaba su mal humor por no haber tenido la oportunidad de terminar la tertulia al lado de Gael, al haberlo perdido de vista. Así lo denotaba su constante intranquilidad con las manos, enrollando en ellas una y otra vez el asa dorada de su pequeña bolsa de lentejuelas.

—Me despide de Gael, Elena, y, por favor, dígame que me llame para

planear esa salida que hemos estado posponiendo por nuestros diversos compromisos —mintió, hablando con un deje de falsedad tan grande que logró que aquella pose fingida de educación desagradara a la vista.

—Le diré, querida, al parecer se sintió indispuerto y por esa causa se retiró temprano de la fiesta. La verdad es que mi nieto ha estado muy saturado de trabajo en la empresa —justificó Elena, sin dejar de estar extrañada porque en las últimas dos horas no vio más a su muchacho, y esto la tenía intranquila.

—Bien, ha sido una noche estupenda, Román —reconoció Guillermo, extendiéndole la mano a forma de despedida—. Espero que podamos compartir nuevamente muy pronto y, que esta vez, sea para celebrar el triunfo empresarial con la firma alemana.

—Esperemos sea un éxito, Guillermo; por ahora, estamos también concentrados con el contrato de Londres primero, no lo olvides.

—Verás que los dos serán un éxito rotundo, amigo —diciendo esto, su hija y su esposa se acercaron para despedirse de todos.

—Hasta pronto, Nora, y gracias por venir —se despidió Elena.

—Gracias a ustedes; como dice mi marido, ha sido una noche increíble y muy agradable. Octavio, Nancy, Rolando, Adelita... —se despedía nombrando con falsa naturalidad al resto de la familia, que estaban detrás de los patriarcas Alcázar—, nos despiden de Gael, de Nachito y de Vivianita también.

—De su parte, *Nora* —contestó Adela, resaltándole el nombre, ya que no soportaba a aquella mujer y odiaba cuando se dirigía a ella con un ridículo diminutivo. Sabía que lo hacía por cualquier intención, menos por cariño.

Finalmente, los Sandoval se retiraron y cuando vieron que su auto se alejaba, y desaparecía tras la verja de salida, todos entraron a la casa.

—¿Alguien puede decirme donde están mis nietos? —reclamó Román.

—Ignacio fue con Ligia a acostar a Alma, que no quería irse sola con ella a la cama, y Viviana tenía una videoconferencia con su amiga Aymara, desde París, por eso subió a la habitación —explicó Nancy, la esposa de Octavio.

—¿Y Gael? ¿Alguno sabe dónde está? Lo busqué hace unas horas para presentarle a uno de los ejecutivos de New York y no lo vi. ¿Sabes a dónde fue tu hijo, Rolando? —preguntó con rostro serio.

—No, papá, sabes que hace mucho que Gael no comparte nada de su vida conmigo —dijo cabizbajo.

—¡Pues es hora de que soluciones eso de una vez, carajo! ¡Eres su padre, y no un jodido extraño! —concluyó, enojándose seriamente su padre—. ¡No es

posible que te permitas continuar así con tu hijo!

Octavio y su esposa se miraron y, tras dar las buenas noches, se retiraron con discreción. Sabían que era un tema del que debían mantenerse al margen por respeto a Rolando y a Adela.

En el gran salón se hizo un silencio donde solo los sonidos de las chispas de la chimenea era lo que se escuchaba. Rolando y su esposa no podían ocultar su dolor, y Román y Elena eran conscientes de eso, pero también de que era hora de hacer algo para acabar con la fractura familiar entre su nieto y sus padres.

—¿Cómo pretendes que haga algo si es mi hijo quien no quiere darme oportunidad alguna? —se desahogó por fin Rolando—. Hoy mismo le pedí que habláramos y su respuesta sigue siendo nula, indiferente, simplemente no le interesa y me ve como a un pariente lejano con el que no quiere compartir nada.

—Lo primero que debes hacer, hijo, es entenderlo, escucharlo y...

—¿Entenderlo?! ¿Qué carajos debo entender, padre?! ¡Lo salvé de una dictadura! ¿Crees que esta vida que tiene ahora la podría siquiera haber podido soñar en Cuba? —reclamaba con dolor y desesperación, expulsando fuera toda aquella carga de desamor de su hijo y, a la vez, intentando aliviar su conciencia al justificar su propio proceder.

—Ahí está tu problema, Rolando —empezó a decirle pausadamente su padre—, solo has analizado desde tu altura y tu posición los acontecimientos, así ha sido durante más de doce años, y, por eso, no logras dialogar con Gael. —Tomó aire con fuerza y se levantó del sillón que había ocupado. Caminó unos pasos y, parado, desde la ventana, continuó explicando:

—¿Sabes por qué Gael se acercó a nosotros en cuanto llegó? —No respondió su hijo—. Porque, Elena y yo, al ver su desesperación cuando volvió en sí en Florida y enterarnos de que había venido ajeno a todo, y más aún, las circunstancias que previamente había pasado el muchacho, no pudimos hacer otra cosa que escucharlo, entenderlo y ponernos en su lugar. Estaba desorientado, Rolando, herido y manejando el dolor de un doble luto que tu subestimaste y mandaste a un segundo plano sin ponerte en su posición.

»Gael no era un niño cuando llegó aquí, era todo un hombre, golpeado y lleno del sufrimiento y del dolor de una pérdida por partida doble que no tuvo tiempo de superar, de entender. Entonces, ¿qué se encuentra? Un día abre los ojos de esa depresión y se descubre con una vida desconocida que no pidió, que no se le consultó; ese fue tu mayor error, hijo, no tener en cuenta a Gael y

decidir por él. Sé que tu amor de padre es inmenso y que solo quisiste hacer lo mejor para tu muchacho, y te entiendo. ¿O crees acaso que cuando te negaste a venir con nosotros, por no dejar atrás a tu novia, no me dolió en el alma? —le preguntó mirando a Adela con mucho cariño, para que entendiera que no eran un reproche sus palabras.

»Casi muero de dolor, Rolando, y tu madre más —señaló a su esposa, que permanecía callada escuchando—. Pero te di la oportunidad de escoger tu destino y respeté lo que te hacía feliz a ti, aunque el corazón de padre se me hiciera pedazos. No sabías si Gael los seguiría o no, y estoy seguro de lo que la sola idea de una posible negativa de parte suya pudo atormentarte; pero era él quien debía decidir, no tú. Su respuesta pudo ser un *sí*, pero eso ya no lo sabrás, hijo, y ahora tienes que lidiar con esto e intentar subsanar los daños colaterales que ocasionaste en nombre del bienestar, y lo que consideraste, en su momento, sería la felicidad de tu hijo.

Las palabras de Román hicieron bajar la vista a todos.

Rolando, con los codos apoyados en sus rodillas y estrujando sus manos, estaba seguro de que su padre tenía razón. Se precipitó al no tratar a su hijo como lo que era: un hombre. Y al no darle tiempo a vivir su duelo, defraudó la confianza que siempre le proclamó que tendrían, y estaba sufriendo las consecuencias.

—No sé... No sé qué puedo hacer ahora, papá, yo...

—¡Decirle la verdad a Gael! —intervino Adela, ganándose una mirada dura y seria de parte de su marido—. Eso te ayudaría a ti a liberarte de la culpa, y a él a encontrar sosiego entre tanta angustia.

—¿A qué verdad te refieres? —le preguntó su suegro extrañado.

Adela y Rolando volvieron a mirarse; ella estaba decidida a intentar que su marido confesara lo que había ocultado a todos, y que solo por casualidad logró conocer tan solo pocas semanas atrás. Rolando movía la cabeza lentamente negando y, a la vez, observando a su esposa, no estaba preparado para más reclamos.

—Hijo, ¿a cuál verdad se refiere tu mujer? —Román analizaba su actitud, no tenía dudas: ¡algo importante callaba!

—Lo siento, padre... No puedo ahora seguir hablando de esto. —Se sintió presionado y la cabeza le iba a estallar, así que, sin ninguna justificación más, se levantó y se alejó del salón.

Román y Elena fijaron sus ojos en Adela, y esta, al sentirse acorralada, levantó las manos y dijo:

—Quien debe hablar es él, yo solo intento hacérselo comprender de una vez; pero es algo que solo a Rolando le corresponde hacer.

—Por hoy dejaré, por la paz, este tema, Adela —respondió Román—. Pero como creo que es algo relacionado con Gael, Rolando tendrá que enfrentarlo. No permitiré que le sigan haciendo daño a ese muchacho, escudados en la errónea creencia de que lo están protegiendo.

Terminando de decirlo, le extendió la mano a su esposa y le dio un beso en la frente a su nuera, junto al deseo de buenas noches, para luego retirarse a descansar. Adela, al verlos alejarse, se levantó y se acercó al interruptor de control de las grandes lámparas del salón, apagándolas, y dejando que solo la tenue luz de las farolas del jardín entrase por los grandes ventanales.

Miró caer el manto de la noche, tranquilo y apacible, su hijo ocupaba todos sus pensamientos en aquel momento, y sus ojos inevitablemente se aguaron.

—¿Cómo lograrás hacerlo, Rolando...? ¿Cómo? —Se retiró entonces a su habitación con la angustia acompañándola...

Necesitó salir de allí después de aquel recuerdo que llegó demoledor entre las inocentes manos de su primita. Hasta el murmullo de las personas le molestaba al punto de sentirse aturdido, y era casi irracional aquella desesperación que lo reducía a la nada. Condujo por más de una hora y, sin apenas percatarse, fue a aquel lago en el que muchas veces ahogaba sus momentos de tristeza y soledad. Se apeó del auto y caminó justo hasta el césped, desde donde se apreciaba la oscuridad del agua, iluminada solamente por la cristalina luz que regalaba la luna. Sacó la servilleta de papel, en la que estaba perfectamente acomodada aquella libélula que Alma había encomendado a su resguardo cuando corrió tras él para pedirle la llevara a dormir al país de las hadas y la dejara allí, y con aquella vocecita de querubín pidiéndoselo, sintió estremecerse como en una sacudida todo el cuerpo.

El silencio se hacía cómplice de sus callados pensamientos y un abismo se abría dentro de él, queriendo revelarse en su contra y estallando en forma de lágrimas para con ellas poder limpiar su adolorida alma...

«¿Cómo explicar al mundo lo que siento sin que les parezca una utopía, mi preciosa libélula...? Mi dolor no está en las lágrimas que empañan mil espejos en mis sueños... Mi dolor está... en ese camino que transito al salir de ellos para encontrarme con la cruel realidad de tu ausencia... Sé que, tal vez, hoy no tengo rumbo ni idea de a dónde ir; pero... si mañana abriera mis

ojos y viera los tuyos, sin duda, sabría dónde quedarme...».

Después de decirse esto y dejar libre su llanto, abrió aquel pequeño papel blanco para dejar caer en el césped la hermosa hada que le trajo de obsequio la noche.

Y se dejó envolver, nuevamente en sus eternos recuerdos.

Capítulo 4



Era el mejor día desde hacía muchísimo tiempo, la felicidad que la embargaba amenazaba con hacerla gritar en pleno pasillo de aquel instituto mientras se acercaba a la salida con su portafolio en la mano y una sonrisa de dicha adornándole el rostro. Al pasar la gran entrada y salir, no aguantó más y sacó el móvil de su bolso para llamar a su madre en plena calle.

—¿Mamá? ¡Felicitame! ¡Me dieron el trabajo! —La escuchó gritar e imaginaba que estaban a esa hora en plena elaboración, así que todos ya sabían que su entrevista había sido exitosa.

—¡Ay, mi niña, qué feliz estoy por ti! —le dijo después de armar todo un alboroto de dicha—. Estaba ansiosa porque llamas, y tu padre también se pondrá feliz. Estaremos esperándote para celebrarlo con una rica cena.

—Está bien, mami. Primero debo pasar a terminar algunos trámites; como son la prueba de drogas y buscar el certificado de antecedentes. Quieren que comience esta misma semana y apenas me dieron dos días para toda esta gestión, pero intentaré resolverlo hoy mismo. ¿Sabes? ¡Les gustó mucho mi ponencia! —exclamó feliz y complacida.

—¡Qué maravilloso, mi vida! Bueno, ve y haz lo que tengas que hacer, pero con cuidado, que aquí esperamos por ti. ¡Ah! ¡Llamaste a Adara?

—recordó—. Hace un rato habló y me dijo que no se atrevía a llamarte porque quizás aún estabas en medio de la entrevista, le prometí avisarle en cuanto supiera de ti; por favor, llámala.

—Lo haré ahora mismo, no te preocupes. Un beso, y nos vemos en un rato.

Tras escuchar la despedida de su madre, cortó la llamada y suspiró lo más profundo que le fue posible.

Después de un día de tanta tensión y emociones, estaba esperanzada en que su vida se encauzaría ahora por un hermoso camino.

Se dispuso a andar, optimista, pensando en terminar lo antes posible todas las gestiones que la directora del instituto le pidió hacerle llegar; si tenía oportunidad, iría esa misma tarde al departamento de personal para que comenzaran con su informe. El salario sería estupendo y con muy buenas bonificaciones a largo plazo; así como la posibilidad de, según su desempeño, que este se fuera incrementando dándole, además, la posibilidad de hacer una maestría. Estaba decidida a dar lo mejor de sí, era una oportunidad que había esperado durante mucho tiempo y no la iba a desperdiciar.

Con su mente llena de planes y totalmente entusiasmada, decidió que llamaría a su amiga en cuanto subiera al autobús, que la llevaría al centro de la ciudad.

Elena Alcázar se había despertado más temprano de lo acostumbrado ese día. Su esposo y sus hijos se habían ido dos horas antes a la empresa para una junta importante. Le hubiese gustado, además de desayunar con ellos, saber si tenían más noticias de Gael; pero el enterarse, más tarde, que hablaron temprano con él y les confirmó que se encontraba bien y en su apartamento, la tranquilizó.

No había podido pegar ojo durante la noche anterior, se quedó muy intranquila con las palabras de su nuera, donde claramente evidenciaba que su hijo Rolando ocultaba algo importante. Necesitaba saber qué era, quizás así podría hacer algo para ayudarlos a los tres de una vez por todas.

Tomaba su café con leche descremada en la mesa de la cocina; Ligia, la señora que los ayudaba en la casa, había ido al mercado con José, el chófer, y con Matilde, la otra chica de servicio. Quizás esa era la oportunidad que necesitaba para hablar con Adela antes de que ella se fuera al centro comunitario para emigrantes, donde hacía voluntariado. Pensando en esto, sintió pasos que se encaminaban a la cocina, y creyó que podría ser su nuera,

pero...

—Buenos días, abuela. ¿Tan temprano levantada? —Ignacio venía con su maletín en mano, pero lo dejó sobre la mesa para intentar anudarse el nudo de la corbata. Al verlo Elena, impaciente y apurado haciéndolo, se levantó y, apartándole las manos, comenzó a ayudarlo. Este era otro que la traía de cabeza siempre, no ganaba para angustias con sus dos nietos, se decía en silencio.

—Sí, Nacho, quise desayunar con tu abuelo, tu tío y con tu padre, aprovechando que los tengo a todos estos días aquí —explicó—. Pero hoy se fueron antes, creo que por algo acerca de una videoconferencia desde el extranjero, o algo así; la verdad, no lo sé bien —dijo terminando ya de acomodarle el cuello de la camisa con una corbata magistralmente anudada—. ¡Listo! Ahora sí quedó perfecta. ¿Vas para el hospital, hijo?

—No, primero pasaré por la nueva escuela para Alma, tengo una entrevista con la directora y un recorrido por la institución, veremos qué tal veo todo —expuso ladeando un poco la cabeza, y, por su expresión corporal, parecía que no estaba seguro aún de darle el beneficio de la duda al nuevo colegio.

—Entonces, estás decidido a trasladarla de escuela. —Se quedó observándolo, y fue más una afirmación que una pregunta lo que denotaron sus palabras.

—Sí, creo que en esta podrá desarrollar mucho su vocación; además, su actual maestra la recomendó e hizo mucho hincapié en que debía ser a partir de esta edad que comience a poner interés en ello, y si a eso le unes que está muy cerca del hospital, creo que será una buena decisión. Claro, si confirmo primero que es un excelente lugar y me convencen sus condiciones.

Su abuela le sonrió, a pesar de toda su parquedad y poca demostración de cariño a veces, nadie dudaba de su dedicación y esmero por la seguridad de su hija y para que esta recibiera siempre lo mejor. Solo que su corazón estaba enfermo de desconfianza y herido por el desamor.

—¿Y qué piensa mi princesa? ¿Está feliz con la posibilidad del cambio de colegio? No hagas nada que ella no quiera hacer; sería contraproducente presionarla a su edad.

Ignacio frunció el ceño.

—Sabes que nunca la obligaría, abuela. Está entusiasmada, le han hablado maravillas de la escuela, y allí le será más factible desarrollar su talento, eso la motiva mucho.

—Bien, adelante entonces —aceptó tranquila—. Por cierto, ¿has visto a

Adela? Me extraña que aún no se levante, la estoy esperando hace un buen rato.

—A la tía Adela la vi irse en el auto de mi tío, hace como una hora, creo que bajó por la escalera lateral que da a las terrazas, directo a los garajes.

«¡Vaya! Se escurrió evitándome, debí suponerlo», se quedó pensando Elena.

—¿Sucede algo con la tía, abuela? —indagó Ignacio, extrañado por la expresión que le vio en la cara.

—No, hijo... —se apresuró a decirle—, solo que necesitaba que me trajera algo del centro, olvidé pedírselo a Ligia; pero la llamaré a su teléfono y se lo digo.

—Bien, ¡y me voy ya!, que estoy justo de tiempo —exclamó viendo su reloj tras servirse una taza de café, que estaba aún tibio en la cafetera. Después de beberse, se acercó para darle un beso en la frente, de despedida.

—Siempre te mal pasas con tu alimentación, no has desayunado como Dios manda —aplicó el tradicional reclamo de abuela.

—Pediré algo de la cafetería cuando llegue al hospital, te lo prometo —contestó alejándose a toda prisa hacia la salida.

Elena se quedó mirándolo irse y un pensamiento le surcó la mente rápido, llenándola de nostalgia...

«Ayuda a mis nietos, Padre, ayúdalos a encontrar su camino a la felicidad; te lo pido con todo mi amor»

Mientras, en la corporación Alcázar...

Se abrió la puerta del ascensor y de inmediato Mery, su secretaria, se acercó a él para recibir su abrigo y parte de la documentación que traía y en la que había trabajado desde la casa.

—Buenos días, Gael, déjame y te ayudo con eso —ofreció amable la mujer, que debía pasar de los cuarenta años y que, antes de él, había trabajado para su abuelo Román durante más de diez años, lo que hacía indiscutible su respeto, fidelidad y cariño por toda la familia.

—Gracias, Mery. ¿Están ya todos en la sala de juntas?

—Sí, tu abuelo, tu tío y tu padre te esperan con los ejecutivos de ventas.

—Muy bien, por favor, avísales que en diez minutos estoy con ellos.

—Por supuesto, enseguida los aviso.

Lo siguió hasta su oficina y, luego de acomodar el abrigo y el portafolio en los lugares de siempre, le preguntó una vez más, antes de retirarse, si necesitaba algo. Al él agradecerle y confirmarle que todo estaba bien, salió cerrando la puerta a su espalda, dejándolo solo y pensativo.

Gael respiró profundo y aflojó el nudo de su corbata. Presentía que sería un largo día, ya que tenían una videoconferencia con Londres y debía concentrarse bien en los nuevos cambios que se harían en la sucursal allá; especialmente, el tema acerca del monto de la inversión que aún se encontraba con muy bajos recaudos. No quería fallarle a su abuelo, y el estado de ánimo de ese día no le estaba ayudando, escuchó entonces que llamaban a la puerta.

—Adelante...

—Gael, te estamos esperando. ¿Todo en orden, hijo? —Román Alcázar entraba con cautela y no fue difícil para él percatarse de su rostro un tanto preocupado.

—Todo perfecto, abuelo, ya los iba a alcanzar; estaba tan solo rectificando algo de la parte financiera, pero estoy listo. ¿Vamos ya? —habló atropelladamente; después de recoger las carpetas fue a pasar por su lado, cuando sintió cómo este lo detenía por el codo.

—Gael... —comenzó a hablarle, dubitativo—. Sabes que puedes contar conmigo siempre, ¿verdad? —insistió, y los ojos de su nieto eran como si hablaran, en ellos podía siempre ver esa infelicidad que cargaba, y eso le dolía en el alma.

Durante años había intentado todo por sacarlo adelante, pero no había podido conseguir mucho con su empeño. El joven se convirtió en su ser impenetrable en cuanto a sentimientos y se cubrió de una ruda coraza emocional imposible de traspasar desde el mismo momento que, desvalido y muy herido, había llegado más de una década atrás desde la isla.

—Todo está bien, viejo —le dijo con paciencia y mucho cariño, no permitiría que por su causa se angustiara más—. Es solo cansancio, primero, la fiesta en casa; y, luego, necesitaba terminar el informe financiero que presentaremos hoy. Fue por eso por lo que me fui anoche temprano a mi apartamento —mintió para tranquilizarlo.

Román Alcázar suspiró, no muy convencido, pero decidió que le daría tregua a cualquiera que fuese la batalla de emociones que, esta vez, estaba librando su nieto.

—Bueno, me tranquiliza que estés listo para la pelea, campeón. —Palmeó su hombro jocosamente—. ¡Vamos a darle duro a esto y demuéstrales a esos

europesos que eres un león en lo tuyo!

Los dos sonrieron ante aquella afirmación y salieron juntos hasta la sala de conferencia, donde ya todos los esperaban.

Las gestiones salieron adelante en tiempo récord, y ya tenía la documentación solicitada en sus manos. Claro, necesitó persuadir con mucha amabilidad a algún que otro funcionario público explicándole la urgencia que tenía; pero gracias a la «Providencia Divina», como decía siempre su abuela, se había encontrado con personas muy amables que la ayudaron con los trámites. Se bajó de aquel taxi justo a la hora que había previsto: antes de que la oficina de personal cerrara. Si se apuraba un poco, podría llegar con el tiempo exacto. Pagó al taxista y de inmediato dirigió sus pasos a la entrada del instituto. Iba entretenida, todavía hojeando algunos papeles dentro de la carpeta, necesitaba asegurarse de que no le faltara ninguno, o de lo contrario estaría perdido el esfuerzo que dedicó durante la tarde a resolverlo todo, pensando estaba cuando...

El golpe lo sintió en el hombro y solo reaccionó cuando vio volar por el suelo sus documentos, así como la bolsa que, al caer, se abrió y salieron de ella varios lápices, su agenda, e incluso el pequeño estuche de maquillaje.

—¡Perdón, perdón! Discúlpeme, por favor, no lo vi, venía distraída —se excusaba una y otra vez sin levantar la mirada por tenerla en el suelo, recogiendo aquel desastre con el que la persona con la que tropezó en pleno pasillo también la ayudaba, repitiéndole a su vez cuánto sentía de su parte el incidente.

—El torpe fui yo, señorita, he salido sin mirar de la oficina de la directora y también venía distraído; por favor, no se culpe usted.

Las dos miradas, por fin, chocaron al levantarse al mismo tiempo y posicionarse frente a frente. Él se quedó sin palabras, aquel rostro de ángel sintió que le desnudaba cada uno de sus sentimientos resguardados detrás de cinco murallas de indiferencia, una por cada año desde que fue vilmente humillado, y las sentía desmoronarse a cámara lenta. Jamás creyó volver a sentir esa ráfaga emotiva que, ahora, una sola mirada le provocaba.

Ella no entendía aquella confusión que le trasmitían esos ojos claros, de un verde extraño y tan familiar a la vez. Una añoranza totalmente desconocida le ocupó todo su ser, como si de alguna forma se acercara a algún lugar al cual pertenecía.

«¿Cómo explicarme esta sensación? ¡Es un absurdo!», se dijo.

—Nuevamente discúlpeme, ha sido un penoso incidente, señor...
—quedaron en el aire las palabras, esperando le diera su nombre.

—Alcázar, me llamo Ignacio Alcázar; un placer, señorita... —Extendió su mano asombrándose de cuánta ansiedad sentía por recibir su respuesta.

Mucho tiempo había pasado desde la última vez que sintió aquel frío recorrer su cuerpo. Apenas recordaba por cuál motivo fue, pero ahí estaba, levantándose muy dentro y cubriendo todo su pecho como el milagro de quien vuelve a la vida. Escucharlo decir su nombre la estremeció, especialmente el apellido; una sensación gélida la recorrió sin poder encontrar explicación a lo que aquel desconocido le acababa de provocar en pocos minutos.

—Creeré que en realidad está enojada por mi torpeza; por eso no me quiere revelar su nombre —dijo fingiendo contrariedad por su silencio, pero, en el fondo, más que interesado por saber cómo se llamaba.

Reaccionó por fin, avergonzada, ya que sin darse cuenta se quedó como en un limbo al escucharlo presentarse, y sin entender por qué todavía continuaba turbada, aquellos ojos le hacían palpitar el corazón tan fuerte... Al punto de sentirse intimidada.

—Vuelvo a disculparme. Pensaré que soy rara o, lo que es peor, muy maleducada por esta actitud inadecuada —expresó tímida—. Por supuesto que no estoy molesta; al contrario, es un placer conocerle, señor Alcázar. —Por fin le extendió la mano que no tenía ocupada, para saludarlo—. Mi nombre es Romina... Romina Sanfield.

«Romina... Angelical nombre, igual que su dueña», pensó Ignacio.

«¿Por qué me provocas esta inquietud, este temor y esta sensación de inexplicable anhelo?», se preguntó confundida.

Capítulo 5



La junta transcurrió como se esperaba y, desde Londres, los inversionistas quedaron más que satisfechos con la exposición de Gael. Este se mostró muy profesional, no solo en lo referente al proyecto propuesto por ellos, sino también al responder con seguridad cada duda o solicitud que le pidieron los socios de la firma londinense. Al final, dejó perplejos a todos por su profesionalismo y, como era de suponer, también hipando a parte del equipo femenino de inglesas, que no podían ocultar su admiración por el recién presidente de Alcázar & Belmonte Enterprise.

Todos se levantaron complacidos por los resultados, estrechando la mano de Gael, del resto de los Alcázar y de su equipo efusivamente. Los felicitaban por la excelente presentación del proyecto y, en general, todos salían de la sala de juntas visualizando los grandes beneficios que traería el casi finiquitado contrato mercantil; todos menos Guillermo Sandoval, que se escurrió como fantasma, rabiando, porque las dos propuestas suyas fueron rechazadas por el joven presidente tras considerarlas demasiado arriesgadas.

Por otro lado, Román no podía sentir más orgullo por el menor de sus nietos, y aprovechando el momento de satisfacción que todos disfrutaban, se acercó a él, que guardaba la documentación en sus respectivas carpetas

mientras se despedía agradecido de una de las chicas que colaboraban en su equipo, dispuesto a hacerle una propuesta.

—¿Por qué no vamos a celebrar un rato en familia a algún lugar? Podríamos llamar a Nacho, quizás no tenga tantas citas programadas hoy y así podemos irnos todos a...

—Gracias, abuelo... —lo interrumpió rápidamente antes de dejarlo continuar—, pero, sinceramente, quisiera contar con el resto de la tarde para descansar, aún falta mucho por terminar y, la verdad, necesito un poco de tiempo para relajarme, espero lo entiendas.

—Entiendo, hijo, solo quería que te desconectaras un poco de tanto trabajo —le dijo, decepcionado por su habitual indiferencia para compartir todos juntos, y su rostro desencajado demostró la frustración por su rechazo.

Gael se sintió mal por él, reconocía que siempre era una respuesta negativa la que le daba cada vez que intentaban un acercamiento familiar más allá del trabajo, y si existía alguien que no se merecía esa actitud de su parte, ese era su abuelo Román. Así que decidió rectificar y complacerlo.

—Venga, abuelo, con esa cara de muchacho regañado que pones convences a cualquiera. Llama a Nacho y escoge el lugar tú, ¿vale? —Vio enseguida que se agrandó una sonrisa en el anciano de oreja a oreja, y le complació hacerlo feliz aunque no se lo confesara. Ahí aparecía de nuevo esa necesidad de apartar cualquier sentimiento de afecto, no sabía explicárselo bien, pero era una sensación de estar a salvo de sufrir lo que le provocaba actuar de esa forma.

—Deja todo en mis manos, ¡verás que lo pasaremos de miedo!

Gael no pudo evitar soltar una corta carcajada por aquella expresión tan poco convencional dicha por Román Alcázar, mientras lo veía salir apresurado haciendo gestos de artista de rock y feliz por ir a organizar su escapada de la tarde. Pensó entonces que, al final, quizás fuese posible que esos intentos del abuelo de sacarlo de su eterna apatía ayudaran a dar un paso a la vez en su vida, eso...

«Tan solo un paso a la vez...», se repitió en su mente.

En el conservatorio de música...

—Gracias por acompañarme a la oficina de personal, señor Alcázar. La verdad es que acabamos de conocernos y usted ha sido muy...

—¿Señor Alcázar? ¿Usted? ¿En qué quedamos? —objetó perdiéndose en aquella mirada azul que lo había... ¿hechizado? ¡Por Dios! ¿Qué le sucedía? No dejaba de repetirse la pregunta entre aterrado y enojado consigo mismo, pero inevitablemente impresionado con aquella angelical mujer.

—Está bien, disculpa..., Ignacio —lo nombró informalmente al fin.

Después de aquel encuentro, un poco engorroso y accidental, Ignacio se ofreció acompañarla hasta la oficina al saber que venía a entregar la documentación para poder emplearse en la escuela como maestra de música. Esta noticia lo tomó de sorpresa y le fue imposible no sentir una inusual alegría mezclada con ansiedad.

—Entonces, ¿cuándo comenzarás a impartir tus clases aquí? —indagó con un tono donde la expectativa que lo embargaba no podía ocultarse en su voz.

—Según me dijo la encargada de personal puedo comenzar este jueves, es cuestión de que ellos terminen el proceso de admisión de empleo, incluso puede que me llamen antes. Todo depende de cuánto se agilicen los del área de contrataciones —le explicó, evidentemente feliz.

—¿Sabes? Puede ser que seas maestra de mi hija —dijo ilusionado.

—¿En serio? ¿Estudia tu hija aquí? —Se sorprendió, no habían logrado hablar más que de detalles acerca de ella. Del origen ruso de su familia, y cubano de la de él, al igual que la de su padre, y llegó a imaginar que era un profesor de allí, y no el padre de una alumna.

—Aún no, de hecho, hoy vine a la entrevista previa a la matrícula y a dar el recorrido por el colegio. La verdad, he quedado complacido con todo lo que me han mostrado —le contaba sin dejar de mirarla fijamente con verdadero... ¿delirio? Sacudió la cabeza un poco—. En fin, creo que Alma se sentirá muy bien en este colegio y podrá desarrollarse en lo que más le gusta, ya que, a pesar de su corta edad, tiene mucho talento con el piano.

Él hablaba y le describía con adoración a su hija, mientras Romina no podía dejar de reír al imaginarse a la pequeña de Ignacio siendo su alumna y tan enamorada del piano como ella, según su madre, desde siempre, aunque esa parte de su niñez tampoco la recordaba bien.

—Entonces, creo que tu nena... Alma dijiste, ¿verdad? —Él asintió sin dejar de sonreír—. Hermoso nombre —reconoció con sinceridad—. Te decía que puedo augurar una relación muy bonita entre nosotras, sea su maestra o no, ya que mi especialidad dentro de la música es precisamente el piano.

—Sería increíble que coincidiera como tu alumna. De su actual escuela es de donde le recomiendan a esta por la actitud que han descubierto en ella y...

El móvil de Ignacio interrumpió la conversación y, luego de ver que se trataba de su abuelo, se disculpó con Romina para atenderlo.

—¿Abuelo? ¿Todo bien? —esperó su respuesta—. Sí, por supuesto, ya terminé con la gestión de la escuela de Alma. —Prestó atención en escuchar lo que le decían del otro lado de la línea—. Por mí está bien, nos vemos ahí en... —consultó su reloj de pulsera— ¿Una hora te parece? Perfecto, allá nos vemos, un abrazo. —Terminó la llamada para volver a prestar atención a Romina, quien aún seguía a su lado.

—Bueno, Ignacio, ha sido un placer conocerte —dijo apresurada ella a modo de despedida, dado que intuyó por la llamada que él tenía un compromiso pendiente—. Estaré ansiosa por conocer a tu pequeña, en cuanto esté aquí no dudes en presentarnos, tenga el privilegio de ser yo su maestra o no, me encantará conocerla. ¿Vale?

Ella hablaba y él solo podía perderse en aquellos ojos azules y aquel rostro que irrumpió en tan solo un momento en su vida para en cuestión de... ¿Cuánto, dos horas? Comenzar lentamente a tirar por tierra toda esa montaña de resentimiento que llevaba años cargando en su alma.

—Por supuesto, Romina, te buscaré en cuanto mi hija entre a la escuela. Pero si quieres, puedes darme tu número, si no te molesta, claro. —Temblaba como un adolescente pidiéndole así, de imprevisto, su contacto telefónico.

«*¡No le estás pidiendo la primera cita, carajo, Nacho! ¡Mira que es solo su número!*», se reprendió mentalmente

—Es solo por si quieres conocerla el primer día y...

«*¿Acaso estás usando a tu hija como pretexto? ¡Patético!*»

Volvió a recriminarse, pero, francamente, no le importó. Todo fuera por tener la oportunidad de acercarse a ella nuevamente.

—Está bien, Ignacio, dime el tuyo y te marco para que guardes el mío —aceptó amable, y no sabía por qué seguía sintiendo aquel temblor en sus manos.

«*¡Dios, es un extraño!*»

Pero el punto era que él continuaba siéndole familiar, como si algo en su persona estuviese perdido en su memoria. Era una sensación de ¿nostalgia?

«*¡Te volverás loca, Romina, si sigues buscando conexión a todo y a todos con lo que pudo haber sido tu pasado!*», se amonestó, entrecerrando los ojos, frustrada.

Finalmente, intercambiaron contacto de teléfono junto a la promesa de ella de estar muy pendiente a cuando Alma ingresara al instituto. La despedida fue

un simple saludo de manos, aunque a gritos el corazón de Ignacio daba saltos por acercarse más. No aceptó que él la acompañara al sitio adonde iría, menos que la acercara en su auto. Aquel hombre la seguía haciendo estremecer cada vez que la miraba y, por alguna desconocida razón, se sentía intranquila al verse reflejada en el verdor de su mirada.

¿Temor?

¿Angustia?

¿Dolor...?

¿Qué era lo que le provocaba exactamente?, se preguntaba abrumada. Le explicó entonces que no era lejos su punto de destino y que, de hecho, allí la esperaba una amiga. Esto era cierto; ella y Adara quedaron en encontrarse a poca distancia, en un pequeño restaurante puertorriqueño.

Ignacio caminó hasta su auto y, mientras la veía alejarse, sintió un calor casi olvidado por él recorriéndole el pecho. Por primera vez, en casi seis años, una tenue luz de esperanza se comenzaba a encender en su corazón, dándole una mínima posibilidad, por fin, de verle los colores a su daltónica vida.

—¡Felicidades, amiga!

Romina vio a su fiel Adara al final del pequeño restaurante en cuanto entró, y se dirigió hacia ella.

—Hola, Ada, hoy te hice esperar yo a ti, lo siento. —La chica se levantó, la abrazó y besó la mejilla, efusiva como siempre.

—No te preocupes, estoy tan feliz por tu logro que te perdono. Además, alguna vez tenía yo que esperar por ti. Oye, por cierto, hace un momento te pedí unos saladitos y tu jugo de piña. ¿Eso está bien?

—Claro, y la verdad es que vengo con hambre —agradeció al ver que ya su menú esperaba en la mesa.

Mientras acomodaba el bolso en el espaldar de la silla y se quitaba el abrigo, su amiga la analizaba al notarla pensativa y ausente por varios minutos, esto la intrigó.

—¡Suéltalo! —Romina levantó la mirada y la vio con gesto sorprendido.

—No te extrañes, es el precio que pagas cuando tienes una amiga que te conoce demasiado bien. ¿Cierto? —La respuesta fueron sus ojos en blanco y un gesto torcido del labio por parte de ella.

—Es que... digamos que conocí a alguien que me provocó una sensación

extraña, no sé... La verdad, quisiera explicarte, pero es que ni yo puedo definirlo. —Su amiga abrió los ojos desmesuradamente y una pícara sonrisa apareció en su rostro.

—¿Me estas queriendo decir que, finalmente, alguien llamó tu atención y te revolvió ya sabes... —Movi6 graciosamente su torso—. ¿Los instintos pecaminosos? —exclamó entusiasmada.

—¡No, Adara! No va por ahí, es diferente y no lo sé con exactitud. Es como si este hombre me inquietara, como una sensación de que lo conozco y... ¡Estoy segura de que no es así! De hecho, es la primera vez que lo veo en mi vida —dijo con un tono irritado.

—Pues ahora sí que no te entiendo, amiga —le confesó, intrigada por la tensa actitud que veía en ella.

—Es que no me lo explico bien, Ada; fue una sensación extraña para mí. No sé definir lo que me provocó escucharlo decirme su nombre, o el ver su rostro tan... ¡No sé! Es como si esos ojos verdes significaran algo. Te juro que su mirada me...

—Humm... ¡Ya entiendo! Ojos verdes, ¿no?

—¡Por favor, Adara, que es en serio! —reclamó viendo por donde venía la insinuación.

—Pero si yo hablo en serio. —Dio un sorbo de la limonada que le habían servido hacía un rato—. Solo estoy queriendo decir que, hasta a mí, unos ojos verdes me hubieran dejado perturbada. —Pícara, parpadeó rápido—. ¡En fin! Fue tan solo un encuentro casual que ni siquiera se repetirá, así que...

—No creo estar tan segura de eso. —Adara levantó la vista hacia ella desde su plato, donde iba a pinchar con el tenedor una aceituna en ese justo momento, quedándose con este en el aire.

—¿De qué hablas? ¿Por qué no lo estás? —Abrió desmesuradamente los ojos, como era su costumbre cuando algo la intrigaba o sorprendía mucho.

—Porque su hija será alumna de la escuela que me acaba de contratar; de hecho, tiene, según su padre, un gran talento para el piano —diciéndoselo vio como la boca de la pelirroja se convertía en un perfecto óvalo y las palabras no le salían—. ¿No dirás nada?

—Es que si te digo lo que pienso corro el riesgo de que te enojés, así que, ¿puedo resumir todo lo que creo con una sola palabra y según mi versión de los hechos?

Romina movió lento la cabeza, aceptando, su amiga era un caso especial.

—A ver, veamos, ¿cuál es esa palabra según tú?

Adara pensó por unos segundos y aclaró su garganta.

—¡Destino, amiga! —concluyó segura—. Esa es la palabra que, a mi entender, define este encuentro con ese hombre que te ha dejado tan intranquila.

Y al escucharla Romina, nuevamente ese palpito apareció en su pecho.

Definitivamente, su abuelo se jugaba todas las cartas cuando se trataba de compartir en familia o reunirse para «regalarse vida», como él decía, en eso no había quien lo superara en organizar una reunión. En poco tiempo contactó con su amigo Gilbert, el *chef* del restaurante 024 Grille, y reservó una mesa para diez personas. Al principio no entendió la exageración, pero rápidamente se dio cuenta de los alcances de «Don Román», como lo llamaban en la hacienda, cuando al entrar al hotel The Westin Memorial City, donde se encontraba el restaurante, estaba toda una comitiva esperándolos en la recepción; algo que por un lado lo hizo alegrarse, mientras que por el otro no pudo evitar cierta tensión, y su habitual ansiedad antisocial de los últimos años se disparó sin remedio.

Sonrientes y listos para la tertulia, no solo se encontraban su tío y su primo, sino también, parte del grupo de amigos que compartía con este último desde su época universitaria: Los Gin Tonic, como se hicieron llamar desde aquella excursión en la que todos se pasaron de tragos y amanecieron abrazados a las copas plásticas gigantescas que compraron en una tienda de segunda mano del pueblo norteño al que fueron, y las cuales tenían el nombre de este coctel grabado en ellas con letras fluorescentes.

«¿Cómo olvidar aquellas locuras cometidas? En mi caso, para intentar anestesiarse con alcohol las heridas del alma», pensó mientras veía que ahí estaban los muy cabrones, dándole palmazos en la espalda y armando su algarabía de siempre.

Arnold, Jordán, Julissa y Beatrice, cuatro de los nueve si se contaban él, Ignacio y su prima Viviana, la cual tampoco estaba, al igual que Marlon y Débora, dos más de aquel grupo imparable, como los solía llamar su abuelo que, en su afán por ayudarlo a salir de su tristeza, siempre fue su cómplice y patrocinador de juergas.

—¡Si no es por el abuelo Román, no sabemos si estás vivo o te abdujeron los extraterrestres! —Ese era Jordán, que con su habitual carácter jovial lo abrazaba y le reclamaba el estar tan alejado de ellos ante la mirada seria de

Arnold, que se acercó callado dándole un conservador abrazo.

—Bueno, bueno, ¡tampoco estén enfatizando con eso de «abuelo»! ¡Miren que entre tantos jóvenes uno se siente momia si se lo remarcan tanto, carajo!

—Todos se echaron a reír por el simpático reclamo de Román Alcázar.

—Es que, viejo, ¡tampoco es que los años se puedan ocultar mucho! ¿No? —Lo fastidió su hijo Octavio para buscarle las pulgas.

—¡Cállese usted, que también luces canas ya! —refutó aguantando la risa y disfrutando estar rodeado de tanta cordialidad, viendo como cada uno de aquellos muchachos abrazaban a sus nietos amistosa y sinceramente.

—Primo, me alegra mucho que estés aquí —se dirigió Gael a Ignacio.

—Hoy había pedido la tarde para ir a recorrer la nueva escuela para Alma, así que, gracias a eso, cuando el abuelo me llamó pude aceptar.

—Pues me alegro mucho de que nos acompañes. —Se le acercó y lo abrazó—. Después, con calma, me cuentas cómo te fue con ese instituto y si crees que por fin este llenará las necesidades de la niña —se interesó como siempre por la pequeña que tanto amaba.

—Por supuesto, ya hablaremos y te contaré; solo te adelanto que quedé muy satisfecho con todo lo que me mostraron hoy.

—Perfecto, entonces creo que Almita...

—Hijos... —los interrumpió Octavio detrás de ellos, echándole uno de sus brazos a cada uno por encima de sus hombros—, ya está lista nuestra mesa, así que caminando que se siente hambre.

Los tres se acercaron hasta la puerta de entrada del restaurante, donde Román ya se divertía con la conversación de los cuatro jóvenes, a quienes conocía desde hacía tiempo gracias a la amistad con sus nietos, lucía feliz y con su siempre afable carácter pareciendo uno más de ellos.

Una joven, amable e impecable con un uniforme de color blanco y azul marino de servicio, los dirigió a la mesa, mientras que otra, igual de atenta y profesional, se les acercó casi inmediatamente para tomar las órdenes de bebidas y aperitivos.

Las conversaciones enseguida se dieron sin parar entre ellos; cada uno contaba sus rutinas, y las chicas se divertían con las ocurrencias del abuelo de Gael. Él, por su parte, no dejaba de sentirse un poco presionado por tantas muestras de afecto, pero intentaba pasarlo bien con los chicos y ayudaba mucho que, tanto su primo Ignacio como Jordán y Arnold compartieran con él, desde hacía años, una gran afición por el fútbol americano, así que el último partido de los Houston Astros era el tema para debatir y esto lo mantenía

entretenido.

Justo cuando hablaban del defensa del equipo estatal y de la estrategia que este llevó a cabo en el último encuentro, uno de los chicos dejó el tema y prestó atención a la otra esquina de la mesa.

—Creo, amigo, que alguien desde hace rato sigue cada gesto tuyo, y no precisamente porque quiera dibujarte un boceto —comentó Arnold bastante serio e intentando ser discreto, llevándose su cerveza a los labios y refiriéndose a Beatrice, la amiga de todos, licenciada en Bellas Artes, y de quien conocían su eterna atracción por el más joven de los primos Alcázar. Este se había dedicado los últimos minutos a observarla y veía que no dejaba de buscar coincidir con los ojos de Gael.

«¿Ahí ya está pasando algo y uno ni enterado?», pensó Arnold.

—¡Oye! ¡Que es contigo, socio! —exclamó esta vez Jordán, pero también en voz baja para que no se escuchara en el otro extremo de la mesa, aunque de todas formas lo creía improbable. Entre la conversación de las dos muchachas con el tío y el abuelo de Gael, más la música de fondo, difícilmente pudieran oír lo que ellos cuatro hablaban.

Gael bajó su bebida, acababa de tomar un trago en ese momento, y uniendo sus cejas en gesto sorprendido fue entonces que cayó en cuenta de que se referían a él. Miró hacia donde estaba Beatrice y, efectivamente, sus ojos chocaron y ella le regaló la misma dulce sonrisa de los últimos meses. Mientras que él, por su parte, le devolvió una más cauta asintiendo con la cabeza y levantando su copa, un gesto que ninguno de los que estaban a su lado pudo saber interpretar con exactitud, dejando más interrogantes que respuestas a las posibles hipótesis a cerca de ellos dos.

Hacia poco menos de un año había coincidido con Beatrice en la reunión de generación de la universidad. Ella era una de las que no había vuelto a ver tras graduarse y, al encontrarla nuevamente, se dio entre ellos una relación bastante cercana. Era una chica hermosa, de ojos cafés y piel dorada no artificialmente por esas camas de bronceado, sino por la herencia que el ser hija de madre brasileña le otorgaba.

Beatrice da Silva le había hecho compañía en muchas ocasiones, hacía ya unos siete u ocho meses, no sabía con exactitud si más o menos tiempo. «¿Para qué importaba saberlo?», se decía siempre.

El punto era que lo había ayudado a salir de su personal enclaustramiento emocional en más de una ocasión y... Sí, habían llegado mucho más allá que a un simple roce de amistad.

Nadie estaba al tanto de los encuentros que mantenían, y lo principal era que siempre los dos habían sido sinceros uno con el otro. Ella le confesó que venía de terminar una relación tóxica y que en sus planes no estaba el atarse, y mucho menos el enamorarse, algo que Gael le agradeció aliviado en aquel momento por su honestidad. Para él tampoco era un plan a futuro involucrarse sentimentalmente con nadie; así que, al darse cuenta de que los dos tenían la misma visión en sus vidas, decidieron compartir ratos juntos, donde el sexo, y la satisfacción de este para cada uno de ellos, era el único patrón que seguir cada vez que acordaban verse.

—Arnold, hermano, creo que nos estamos perdiendo algo —dijo Jordán al percatarse de las miradas de Beatrice y Gael, y ver a este bajar su vista a la mesa con complicidad—. Dinos algo tú entonces, Nacho, y suelta el secretico que se trae este hombre. —Con el movimiento de su cabeza hizo referencia a quien robaba la atención de su amiga.

—A mí no me miren, que este tipo nunca suelta prenda de su vida —contestó levantando las palmas abiertas de sus manos el aludido, mientras su primo seguía mirando el vaso, al que daba vueltas, escuchándolos a todos indagar acerca de él y sin dejar de sonreír de lado.

—¡Cuéntanos, Gael, hermano! Suéltanoslo de una buena vez. ¿Qué hay entre tú y Beatrice? —interrogó Jordán.

—Solo una amistad... cercana, por llamarlo de alguna manera —respondió haciendo énfasis en las últimas palabras.

—Cercana... Vaya... ¡Carajo, socio, si nos vas a compartir vuestra aventura de romance, hazlo con ganas!

Alzó su mirada, al fin, y la pasó de uno a otro.

Ya su semblante había cambiado, y tanto sus amigos como su primo lo notaron, entonces la acostumbrada seriedad triste apareció en él junto a una expresión de cierta severidad. Miró de nuevo cómo su abuelo mostraba en su celular algo a las chicas y estas reían, movió la cabeza negando con lentitud y suspirando fuerte a la vez.

—No existe ningún romance, Jordán. Beatrice y yo tenemos las cosas muy claras. —Miró fijo a su amigo antes de continuar. Jamás hablaba de su vida privada con nadie, y el hacerlo lo molestaba muchísimo, pero no quería ser desagradable con los muchachos.

»Nos encontramos cuando a ambos nos apetece, cuando tenemos tiempo, y nos dedicamos a pasar un buen rato juntos. Fuera de eso, cada uno sigue con su vida. No hay compromisos ni llamadas; a no ser que sean para saber si

podemos vernos, y según lo que cada uno desee, o cuando lo quiera. No hay reclamos y mucho menos sentimientos involucrados. Creo que tienen claro a qué me refiero. —Los observó, inmutable, indiferente como si hablara del mismo deporte de hacía algunos minutos. ¡O no! Con mucho menos interés que al comentar de fútbol.

Ahora era su primo, quien serio, frotaba sus manos, cabizbajo, mientras sus dos amigos, tras mirarse uno al otro, se quedaron en silencio y, como si se hubiesen puestos de acuerdo, dieron un trago de sus respectivas bebidas a la vez.

—¿Qué...? —cuestionó Gael al verlos adoptar aquella actitud a todos—. Es un acuerdo mutuo, y nos sentimos bien así los dos.

—¿Estás seguro de eso, Gael? —Fue Arnold, nuevamente, quien hizo la pregunta según pasaba la mano por su rubio cabello hacia atrás, reclinándose más en la silla y sin dejar de mirar a su amigo, inexplicablemente molesto.

—Completamente, somos adultos y son los términos que aceptamos mutuamente —afirmó pasando sus ojos de uno al otro de nuevo.

—¿Y no crees que estás siendo injusto con ella? Conozco a Beatrice desde hace años y sé que es...

—Arnold... —lo interrumpió, imaginando por dónde seguiría su alegato. Se sintió tenso, molesto, y el removerse intranquilo en el sillón lo delataba—. Beatrice tiene claro los términos de este... *acuerdo* —volvió a enfatizar—. Ni siquiera le ponemos nombre, y mucho menos lo llamamos *relación* —recalcó.

Arnold asintió con lentitud pero, evidentemente, poco convencido. Mientras, Ignacio y Jordán prefirieron mantenerse en silencio; algo les decía a los tres que, dado el rechazo que siempre había manifestado Gael ante cualquier tipo de compromiso, la que podría estar en peligro de salir lastimada emocionalmente sería su amiga Beatrice.

La conocían bien, era una chica dulce y de un carácter muy empático con el de cualquier persona por su calidez y ternura; definitivamente, estaban seguros de que estaba poniendo sus esperanzas en el tiempo que pasaran juntos para llegar al corazón de su amigo; algo que era muy poco probable que pudiese suceder; aun así, lo mejor era darles el beneficio de la duda.

Gael siempre se había mantenido muy hermético en cuanto a revelar su pasado; no obstante, sus amigos sabían que detrás de aquella pose de hombre frío y duro que mantenía la distancia ante cualquier relación que lo involucrara sentimentalmente con alguien, era tan solo la consecuencia de algún doloroso evento ocurrido en su vida lo que se ocultaba. En alguna ocasión, preguntaron

a Ignacio pensando que al ser primos este podría decirles algo; pero a pesar de él saber a grandes rasgos lo sucedido en la vida del menor de los Alcázar, respetó la privacidad de Gael y no dio detalle alguno de aquello que lo marcó para siempre, considerando que era algo que le pertenecía explicar solo a él, si así este lo deseaba hacer algún día.

—¡Ey, chicos! —intervino el abuelo Román—. Dejen tanto secreteo masculino en esa esquina y únansenos, caray.

Todos rieron y dejaron por el momento el tema acerca de la relación que, supuestamente, Gael y Beatrice se negaban a aceptar como tal, pero que definitivamente pensaban que se estaba dando entre ellos.

Al final, sin dudas, Román Alcázar había tenido una excelente iniciativa organizando aquella reunión; y la tarde terminó entre risas y bromas con su hijo y sus nietos, unido a la dicha de verlos compartir y disfrutar junto a sus amigos.

Esa era la idea, que Gael saliera de esa zona de aislamiento que tanto tiempo llevaba cargando como un escudo. Quería verlo realizado y feliz, no solo profesionalmente, sino también en su vida personal; se había propuesto no desistir y seguir haciendo todo a su alcance para lograrlo. Por lo pronto, se conformaría con terminar aquel día viéndolo como ahora: sonriendo en buena compañía mientras el atardecer caía benevolente sobre ellos.

El día terminó y aquel encuentro aún la hacía cerrar los ojos y sentir el olor de su colonia a su lado. Tras cerrar la puerta, se quedó unos segundos recostada en esta, jugando con el llavero entre sus manos. A pesar de venir un poco más relajada después de desahogarse, no pudo evitar pensar en que los días pasaban y sus planes no se concretaban con la rapidez y la eficacia que ella requería. Luego de acudir a la única persona a la que jamás creyó volverle a pedir ayuda, no le quedaba otra opción que contar con que fuera lo suficientemente sagaz, discreto e inteligente como para enlazar con hilos muy precisos los cabos sueltos de aquel rompecabezas.

Necesitaba mantener la calma, algo que cada día se le hacía más difícil, el haberse reunido y compartido aquel momento juntos, donde en cierta forma se sintió tan observada por él y satisfecha de que así fuera, la había dejado aún más ansiosa. No iba a ceder terreno, eran muchos los años dedicados a esperar su momento, a que se dignara a mirar en su dirección y valorara el hecho de tenerla cerca, para ahora darse por vencida tan solo por haber tenido

la oportunidad de escuchar aquella conversación que terminó por echar por tierra su estabilidad emocional y su seguridad.

Llegaría hasta las últimas consecuencias por lograr su objetivo, así tuviera que condenarse de por vida. Al principio, el objetivo era otro: ¡la revancha! El hacer pagar con creces todo el sufrimiento de... ¡Pero llegó él! Y todas las fichas cambiaron de lugar... Ya no solo quería el ojo por ojo y diente por diente tan exigido por ellos. ¡Ahora lo quería todo a su favor! Y eso incluía a Gael Alcázar.

Caminó hasta las puertas corredizas de cristales que daban al amplio balcón de su *penthouse*. Acababa de llegar y aún se excitaba con tan solo recordar su mirada esmeralda, tan profunda y triste a la vez como seductora y apasionada.

Sacudió la cabeza, suficiente era a donde necesitó ir a parar para dejarse arrastrar por las órdenes de la lujuria, y ya no estaba dispuesta con conformarse con poco, no podía olvidar que, a pesar de todo lo vivido unas horas antes, lo primero y más importante era mantenerse centrada para poder hacerse con el mayor triunfo al que aspiraba en su vida.

A su paso, dejó caer la cartera en el sillón de la derecha, junto al llavero y el móvil que traía en una mano, y al salir al balcón, el aire fresco de la ciudad, mucho más intenso desde aquel décimo piso, la hizo respirar profundo y llenarse de la seguridad que en las últimas horas le había faltado.

—Esto tan solo es una piedra en nuestro comienzo, lo mejor entre nosotros está por llegar.

Se llevó una mano a su muñeca izquierda y apartó la ancha pulsera plateada que nunca dejaba de usar, y con la cual siempre la cubría.

Debajo de esta, una fina cicatriz bordeaba esa zona, la acarició con la yema de su dedo índice sintiendo la rugosa textura, percibiendo el temblor que le provocaba recordar y perdiendo la vista en la distancia.

—Dejaré de ser invisible en tu vida para volverme necesaria y única. ¡Y haré lo que sea para lograrlo! ¡Hasta deshacerme de ese maldito fantasma que se ha instalado en tu alma! —remarcó en voz alta.

Capítulo 6



La vibración del teléfono celular, sobre la pequeña mesa de noche a su lado, le despertó con su alarma anunciándole que eran ya las seis de la mañana; pero el calor de su esposa, apoyada en su pecho, era lo suficientemente reconfortante como para tentarlo a no levantarse de la cama en todo el día, algo que, definitivamente, le era imposible.

Su cuñado lo esperaba para actualizar el presupuesto del contrato de los Estrada Palma, más otro nuevo que, aparentemente, lucía muy lucrativo y del que ya le había hablado Boris, el representante de ventas, el día anterior. Así que no podía dejar solo a Iván con todo tirado. Además, era una excelente cuenta comercial de toda una cadena de restaurantes colombianos el primero; y el segundo, según le comentó su cuñado, se trataba de la construcción de varios almacenes comerciales próximos a abrir y los cuales podrían darle grandes ingresos al negocio, y también una importante inyección de capital, esa que, obviamente, necesitaban para por fin intentar expandirse.

Salió de debajo de las sábanas despacio, con cuidado, deslizó a un lado a su mujer y se fue levantando con calma del lecho. Al hacerlo, un gesto de dolor en su pierna le hizo morderse el labio, pero no retrocedió y terminó incorporándose con el rostro contraído. Se dirigió al cuarto de baño, se aseó y

retocó su barba, de la cual solo dejaba siempre una sombra desde los últimos años, luego de que su esclava le pidiera hacerlo.

«Luce usted muy atractivo con ella, señor Sanfield, más ahora que se vislumbran sus primeros vellos grisáceos...».

Reía solo de recordarla con su coquetería acariciándole sensual las mejillas. Nunca olvidó esa petición, y ella lo sabía; se lo hacía ver cada vez que confirmaba que él no se rasuraba por completo, aunque... *«¿Y si es la compasión la que la impulsa a comportarse así?»*, volvía a dudar.

Dejó de aplicarse la loción en el rostro, quieto, mirando su reflejo en el espejo con la mano suspendida en el aire, sosteniendo la cuchilla de afeitar, bajó entonces la vista y observó su pierna.

«¡No, Armando! ¡Ya no eres ese hombre inseguro y lleno de dudas!», se reafirmó en su interior con fuerza y mucha seguridad.

No era momento de amilanarse, ni mucho menos reprocharle a la vida el reto impuesto cada día. Con gusto lo agradecería una y mil veces si con ello pudiera seguir viendo a su hija tan feliz y entusiasmada como la había visto la noche anterior durante la cena.

Salió del baño secándose el rostro y viendo cómo, a pesar de la oscuridad que las cortinas imponían en la habitación, ya lo era menos gracias al amanecer que se levantaba tras su ventanal. Se sentó en un sillón estilo colonial, cerca de la cómoda de madera, para buscar en uno de los cajones su reloj, la alianza de matrimonio y la billetera.

Aún sentado, se deslizó despacio con el fin de alcanzar el soporte para su rodilla y la tobillera que el doctor le ordenó usar para ayudar con la movilidad de la pierna. Se deshizo con algo de dificultad del pijama y, finalmente, logró ponérselos. Luego, con el mismo esfuerzo, se dirigió al armario, tomó de este unos vaqueros que, con mucho trabajo también pero sin dejar que esto se volviera un acto imposible para él, logró ponerse junto al jersey negro de cuello alto que previamente había alcanzado del perchero.

Al estar de pie, miró hacia la cama y sonrió de nuevo. Ella seguía rendida, y un sentimiento de orgullo y felicidad lo embargó al recordar la pasión compartida durante la noche anterior, satisfecho de que, a pesar de los años, estos no hubiesen mermado su maravillosa y especial forma de amarse, de entregarse todo el amor y el placer del que eran capaces.

El amor de Ivanna lo sanaba cada día más y reconfortaba su espíritu. Ella continuaba siendo cada minuto su cable a tierra, su motivación personal junto a su hija; y a pesar de todo el dolor vivido, podía sentir cómo la benevolencia

de la vida y la tan ansiada paz llegaba por fin a ellos.

«¿Lo demás?... ¡No importaba ya!», se dijo, y pensándolo bajó su mano derecha para frotarse la rodilla.

«Quizás esta es mi cuota de sacrificio por tantos errores cometidos», aceptó.

Ya estaba resignado a cargar con ello, por eso cada día estaba más convencido de que solo la felicidad de su esposa y de su hija era la única prioridad en su vida.

Se acercó en silencio a la cama y dejó un beso en la frente de su mujer, dormida profundamente. Ella se removió, pero era evidente que el agotamiento de los últimos días en la pastelería había dejado su huella, y era necesario dejarla descansar.

Calzó sus botas antes de salir y, procurando hacer el mínimo ruido, cerró la puerta tras de sí con sumo cuidado. El silencio de la casa lo envolvió, pues era poco habitual que sus suegros no estuvieran ya despiertos, pero sabía que la jornada anterior había sido agotadora también para ellos por el pedido tan grande que habían tenido que cumplir. Las fechas navideñas eran tan fructíferas como extenuantes, más cuando tenías un negocio de repostería y cuatro empleados enfermos, de ahí que Ivanna tuviese que tomar el mando de todo, pero había que dar gracias por eso.

Se extrañó de ver luz proveniente de la cocina, y creyó que se había equivocado y Svieta, su suegra, estuviera haciéndose su café, pero no fue a ella a quien se encontró.

—¡Buenos días, hija! ¿Pero qué haces despierta tan temprano? —se sorprendió al verla en la esquina de la mesa, a media luz, y tomando ya una taza de su chocolate favorito.

—Hoy debo ir al instituto, me entregarán el local que será el aula donde impartiré las clases para que lo acondicione según mi criterio. Además, también debo revisar los instrumentos. ¡Ay, papá! ¡La verdad, estoy tan emocionada que no he podido dormir tranquila por tanta ansiedad! —Y esto último era inevitable que no se notara en el timbre de su voz.

Su padre se acercó, besó su frente y, deslizando a un lado una silla, se sentó a su lado, tras servirse del chocolate que ella misma preparara.

—Me siento muy feliz por ti, hermosa, y estoy seguro de que lo harás increíble; es más, cada uno de esos profesores del instituto se quedará impresionado contigo, mi cielo, eres maravillosa con la música. ¿Recuerdas cómo te digo siempre? —Ella asintió—. La música y tú son como almas

gemelas.

—De lo que sí puedes estar seguro es de que haré mi mayor esfuerzo. Este ha sido mi sueño, y no pienso desaprovechar esta gran oportunidad.

—Lo sé, y nosotros estaremos aquí, como siempre, para apoyar cada uno de tus pasos.

Se entrelazaron las manos sobre la mesa, y en sus ojos no se podía ocultar el gran amor que sentían uno por el otro.

—Bueno... —Palmeó el mueble, seguido de la intención de levantarse—. Debo irme, cariño, y...

Un gesto de dolor, al ponerse completamente de pie, le hizo arrugar la frente y apoyar las palmas abiertas sobre la superficie de madera. Su hija se incorporó rápido, acercándose más a él y rodeándole su cintura.

—¿De nuevo el espasmo? —Él solo asintió con la cabeza, la preocupación reflejada en su mirada. Aquel dolor lo dejaba sin aire y sin fuerzas para responder—. Debemos agotar todos los recursos, papá. Si el seguro no cubre la cirugía en ese hospital, encontrar otras opciones, quizás un financiamiento médico y...

—No, hija... —dijo bajo—, no arriesgaré nuestras finanzas y lo que tenemos ahorrado para el futuro cuando los doctores ni siquiera me garantizan un éxito medianamente razonable en la recuperación de los músculos y los tejidos atrofiados.

—¡Es que no quisiste continuar buscando otras opiniones! —Se escuchó desesperada, la condición de su padre la superaba y la impotencia que sentía por no tener una solución rápida le dolía en lo más profundo—. Necesitamos buscar opciones, papá, no rendirnos, por favor... —suspiró.

—Hija, sabes que no las hay.

—No lo sabemos con certeza. Que la salud pública nos cierre las puertas, y los seguros se nieguen a pagar una cantidad razonable, no quiere decir que no podamos buscar alternativas en el sector privado.

—Jamás podríamos costear algo así sin irnos a la quiebra, ¡no permitiré eso! Menos si las expectativas son pobres o nulas. Mira... —tomó aire, necesitaba tranquilizarla—, generalmente me siento bien y los soportes ortopédicos me han ayudado muchísimo con la pierna. Ahora me he sentido así porque ayer hice bastantes gestiones con tu tío y la gran mayoría de ellas exigían caminar más de lo permitido para mí; lo confieso, me excedí.

Lo observó intentar relajar con algunos movimientos la extremidad, pero lo conocía, sabía que estaba aguantando el dolor y solo pretendía calmarla.

—Debemos solucionarlo, papá. De la forma que sea, sé que podemos encontrar la ayuda que necesitamos, no te niegues esa posibilidad, deja de lado tu terquedad, por favor.

—Hija... —Puso la mano en su hombro, tras acariciarle la mejilla. Lo que menos quería era verla angustiada, no soportaba que estuviera tan ansiosa por su causa—, estoy bien, hay personas que viven con una dificultad física mucho mayor que esta, ¡tú mejor que nadie puede dar fe de ello! Y yo...

—¿Qué fue lo que te sucedió en esa pierna, papá?

La pregunta interrumpió sus palabras y lo volvió a hacer estremecer como en otras ocasiones, a pesar de que esta vez la hizo casi en un susurro.

Los recuerdos volvieron a golpearlo, visualizándose en aquella celda, con la pierna operada para tan solo sacar la bala y no permitir que se desangrara; pero sin prestar atención a la lesión del hueso y los músculos afectados, los cuales terminaron atrofiándose por la falta de una atención médica apropiada y, al menos, las condiciones óptimas para su recuperación. Casi tres meses pasó en aquel encierro, donde no solo recibió las peores humillaciones de parte de Durán, Castillo y varios de sus superiores, sino que lo peor vino después, de la boca de aquella víbora de Raquel cuando, haciéndose pasar por su esposa, logró llegar hasta él en la prisión.

Aún, al cerrar los ojos, puede verla. Sus instintos de venganza emergieron ese día al estar frente a ella, pero cuando la vio, parecía un cadáver, y estaba muy lejos de recordar a la mujer altiva y segura de su belleza que alguna vez fue. Lamentablemente, una cirrosis hepática agresiva estaba consumiéndola, y llegó por algunos minutos a sentir una sincera compasión por ella al ver su cuerpo tan deteriorado y débil. Sin embargo, dicen que los seres oscuros siempre viven entre tinieblas, y al escucharla disfrutar con las primeras confesiones que le hiciera, terminó confirmando que aquella mujer siempre había pertenecido a ese grupo. Ahí supo que fue ella, con ayuda de su pérfido padre, quienes enviaron todos aquellos anónimos y fotografías a sus misiones para hacerle la vida miserable. El recordarlo aún le hacía apretar sus puños con fuerza, junto al recuerdo de cómo necesitó controlarse para no cometer una locura.

Cerró los ojos unos segundos, y a su mente llegó la imagen suya esa noche en aquella prisión cubana, arrodillado en la celda y haciendo lo que jamás creyó que haría alguna vez: pedirle a Rafael perdón en silencio, ya que nunca volvieron a saber de él tras su regreso a Cuba, y recibiendo con ello una gran lección de humildad y arrepentimiento en su vida.

Por su parte, Romina lo miraba atenta, y le dolía detenerse a pensar en las veces que le había preguntado lo mismo, pero se negaba a perder la esperanza de que, en alguna ocasión, su padre le contara ese pasado del que tanto él como su madre se negaban a hablar. Lo vio frotar su rostro, mientras sabía que sus pensamientos viajaban muy lejos, haciendo énfasis en su frente y evitando mirarla a los ojos.

—¿Papá...? —La voz de su hija lo trajo de nuevo al presente, viendo la preocupación reflejada en sus ojos—. Te hice una pregunta y te quedaste serio y pensando. ¿Puedes contestármela esta vez? —Lo vio observarla un poco triste y pasar nuevamente por la frente su mano, nervioso.

—Hay situaciones en la vida que uno prefiere dejar atrás, no mencionar, y mucho menos recordar, porque entonces le estarías dando un espacio nocivo en tu presente, hija.

Ella asintió con lentitud, pero negando después; y le salió una sonrisa forzada, más por la desilusión al recibir la misma evasiva respuesta de siempre que por comprender las palabras de su padre.

—Sé que no fue un accidente automovilístico, al menos eso, no intentes hacérmelo creer. ¿Fue en alguna misión internacional de las tantas a las que te designaron viviendo en Cuba? ¿Fuiste herido en combate? De ser así... ¿Por qué nunca quieres hablar de ello?

—Por favor, Romina, dejemos este tema, no vale la pena recordarlo.

—Escuché cuando aquel doctor dijo que el disparo debió ocurrir casi a quemarropa; de ahí que la cercanía con la que entró el proyectil sea lo que ocasionara más daño a los ligamentos alrededor del hueso, unido a la demora que hubo para someterte a una intervención quirúrgica. Hay tantas cosas que quisiera que tú y mamá me contaran, padre. ¿Por qué no confían en mí?

Armando suspiró, ella nunca entendería el temor que los atormentaba al suponer que llegara a recordar, o a saber todo ese pasado doloroso que tanto la involucraba. Su falta de memoria en un principio, los alarmó; fue muy triste verla despertar sin recordar siquiera a sus seres queridos. Luego, cuando su mente comenzó a devolverles sus rostros y la conciencia de quiénes eran, sintieron hasta un alivio egoísta porque una parte de lo sucedido se perdiera en su mente. Sí, quizás estaban siendo injustos, pero era preferible a verla sufrir por saber lo ocurrido a su amiga, a su novio y su familia, y, sobre todo, a ellos.

Romina lo vio quedarse unos minutos en silencio, y comprendió que su intento era una lucha en vano.

—Creo que mejor nos vamos, papá. No te preocupes, seguiré esperando que estés algún día listo para contarme todo lo que, hasta ahora, no te has atrevido a decirme.

Armando sonrió con melancolía, agradecido de que aquella conversación no continuara.

—Te adelanto al instituto. Por cierto, necesitaremos, ahora sí, ir a comprar un auto para ti. Tu tío tiene un amigo que puede ayudarnos. —recordó, sabiendo lo necesario que era el que ella contara con un medio de transporte propio.

—Está bien, pero nada costoso, y sí algo que yo pueda asumir con un pago mensual y accesible a mis ingresos, no permitiré que tú y mi madre sigan facilitando mi vida como si fuera una niña. ¿Vale?

—De acuerdo, señorita. —La hizo reír con un exagerado saludo militar al decirlo, intentando espantar el embarazoso tema de la conversación que mantenían hacía unos momentos.

—¿Nos vamos? —le preguntó ella.

—Claro, hija, espérame en el garaje; me tomo las píldoras de la circulación y te alcanzo.

Romina se hizo con su cartera y su portafolio, pasó por su lado y le dejó un beso en la mejilla que ya él le inclinaba, como era su costumbre.

—No demores, papi.

—En cinco minutos nos vamos, mi cielo.

La vio alejarse en busca de la puerta trasera que guiaba al estacionamiento privado, y mientras se llevaba a sus labios lo que quedaba de su bebida, su pensamiento viajó por algunos segundos al pasado, haciéndolo sacudir la cabeza para espantar aquellos malos recuerdos.

«No sé si algún día estarás lista para saber todo lo sucedido, hija. No me perdonaría que sufieras por ello, bastante dolor padeciste ya; el pasado que se quede donde está, lejos de nosotros, es la única manera de que vivamos en paz y de que tú construyas un futuro feliz».

Respiró hondo, buscó en el cajón de las medicinas sus píldoras, se las tomó y se dirigió a alcanzar a su muchacha.

Como era costumbre desde que estaban compartiendo juntos, ella nunca se quedaba a pasar la noche. Luego de aquel sexo casi salvaje, con el que cada uno desahogaba su deseo carnal por el otro, él quedaba exhausto y terminaba

durmiéndose, y al despertar, ya ella se había marchado. Eran las condiciones de su acuerdo personal, lo hacía sentir cómodo el que ella las entendiera, respetara y compartiera también. ¡No era ya el hombre de sentimentalismos sin sentido alguno!

Rosa le había dejado el desayuno antes de irse al mercado, y al bajar de su habitación se encontró la mesa servida. El tenerla trabajando para él desde hacía más de tres años, le permitía saber sus gustos sin necesidad de preguntar nada, y eso les facilitaba mucho las cosas a ambos. Se detuvo por unos segundos a pensar lo satisfecho que se sentía por haber ayudado a aquella mujer emigrante cuando la conoció en la calle, como jornalera, de más de cincuenta años y con una situación personal muy difícil. Ese día llevaba un cartel en la mano ofertando sus servicios para trabajar en cualquier faena. «*Siempre que sea un trabajo honrado y decente*», recordó sonriendo aquellas palabras escritas con una caligrafía casi ininteligible y sobre un viejo cartón, mientras que untaba margarina a una tostada de las que ella le había dejado listas. No olvidaba lo que muchos le dijeron entonces: ¡Que estaba loco al emplear a una desconocida! Y peor aún, ¡a una ilegal!

Hoy se complacía al confirmar que no erró en su decisión de ayudarla. Él también era un emigrante, contando hoy con una nacionalización que lo hacía ser un ciudadano norteamericano más, y también con un poco más de recursos económicos y suerte, pero un emigrante al fin; al igual que tantos que dejaban su vida atrás para intentar luchar por un futuro mejor para ellos y para sus familias.

Abrió su portátil para revisar la última información que suponía ya le habían hecho llegar desde el concesionario. Consultó la hora en su reloj, aún era temprano; así que decidió tomarse tiempo para terminarse el café y ni siquiera se preocupó en apresurarse en arreglar su vestimenta, permaneció con la corbata sin anudar, suelta en el cuello y con la chaqueta del traje a un lado, en el espaldar de la otra silla.

Debía reconocer que se sentía un poco más relajado que en los últimos días; quizás fuera porque las fechas que cada año lo deprimían iban pasando de largo, o por la buena idea que tuvo su abuelo al organizar aquella celebración con sus amigos en el restaurante, y la que, finalmente, terminó con la agradable compañía de Beatrice por algunas horas más en su apartamento de soltero y, por supuesto, en su cama también.

El móvil comenzó a vibrar sobre la mesa de cristal, cayó entonces en la cuenta de que no le había subido el volumen desde el día anterior durante la

comida, y antes de contestar lo hizo, después de ver en la pantalla que era su primo Ignacio quien lo llamaba.

—¿Vas ya camino al hospital, doctor Alcázar? —preguntó, suponiendo que ya conducía hacia su trabajo.

Él siempre lo llamaba cuando salía de casa, nunca estando presente la familia. La mayoría de las veces sabía la razón por la que lo hacía e intuía que esta vez no sería diferente.

—Primero dime... ¿Cómo te fue anoche? ¿Avanzamos?

¡Ahí estaba el punto! Y el motivo de su llamada tan temprano desde la privacidad de su auto.

—Nacho... ¡¿Aquí vamos de nuevo?! —le cuestionó sonriendo y llevándose con una mano el café a los labios, mientras que con la otra ponía el altavoz en su teléfono y lo dejaba sobre la mesa para poder continuar tecleando en su portátil.

—Beatrice se ve enamorada, Gael, y es buena chica, dulce, amable. Date la oportunidad con ella al menos de no tenerla en la clandestinidad, primo.

—Ya hemos hablado de eso, sabes que no busco una relación, no la buscaré nunca, y ni siquiera me interesa. Esperaba que tú, mejor que nadie, me entendieras. Ella lo sabe, y tú también sabes a qué me refiero con eso, ya que eres mi primo y confidente. Ya lo hemos hablado muchas veces, Nacho —contestó inquieto, volviendo a tomar un trago de la energizante bebida.

—No tan confidente, que hay muchas cosas que nunca me has contado —reprochó—. Y sí, puede que te entienda, pero me mueve más el afecto que le tengo a Beatrice. La conozco de toda la vida, desde niños, Gael; y no me gustaría que la lastimases. Sabes lo que pienso de las mujeres y... ¡No me reclames, que no estoy para eso ahora! ¿Ok? —advirtió, porque ya le conocía sus diatribas cuando lo escuchaba hablar así—. Pero por eso mismo no me enredo con ninguna que sea cercana a mí en ningún aspecto, y es lo que tú estás haciendo ahora.

—No pretendo lastimar a Beatrice, primo, ella tiene claro qué esperar de mí. Nunca le prometí, ni le prometería, algo que no cumpliré, mucho menos amor... Eso no puedo ofrecerlo, no está a discusión en mi vida porque murió en mí hace mucho tiempo. —Llevó una mano a la frente y la frotó despacio. Ahí estaba ese pálpito de nuevo, como si su corazón quisiera reclamarle a sus labios por decirlo.

—En fin, solo dime, ¿se quedó esta vez contigo toda la noche? —preguntó, directo al asunto.

—Sabes la respuesta, es un acuerdo de ambos y estamos cómodos así.
—Le escuchó resoplar del otro lado de la línea.

—No es justo para ninguno de los dos, Gael, y lo sabes. Tú seguirás sin atreverte a darte una verdadera oportunidad, ¡y te entiendo! No pienses que no lo hago. En cierta forma, soy otro defensor de esa teoría. Pero aquí el punto es que ella continuará haciéndose ilusiones, porque, créeme, se las está haciendo aunque tú no lo quieras ver; es más, creo que eres el único que no lo ve, y Beatrice no es una completa desconocida como las que yo me tiro.

Gael detuvo la mano con la que movía el cursor de su computadora, lo había estado haciendo inconscientemente; en realidad, no estaba concentrado debido a la conversación telefónica, pero esto último que dijo su primo lo terminó inquietando.

—¿Beatrice te ha comentado algo? Te agradecería mucho que me dijeras la verdad de ser así.

—No es necesario que ella diga nada, Gael; solo tú no te das cuenta de lo enamorada que esa muchacha está de ti, y la verdad, no creo que merezca ser utilizada como válvula de escape si es que no pretendes nada con ella. —Se escuchó un poco duro, pero quería a su primo y siempre se habían hablado con honestidad, y esta vez no sería diferente.

—Nunca la utilizaría de esa forma, Nacho. ¿Por quién me tomas? Entre nosotros siempre todo ha quedado muy claro referente a nuestros encuentros. Es sexo, compañía esporádica, desahogo personal, sin mezclar sentimientos. Ella lo ha tenido muy presente, al igual que yo.

—Vuelvo a hacerte la misma pregunta que te hizo ayer Arnold: ¿estás seguro de que así es, al menos para ella? —El silencio fue la respuesta por algunos segundos, siendo interrumpido por Ignacio, que ya estaba llegando a su destino.

»Estoy frente al hospital, piensa en lo que hemos hablado, y si quieres que almorcemos juntos, mándame un texto o déjame el mensaje con mi secretaria, en el caso de que esté aún en cirugía. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —culminó la conversación, escueto, tras mandarle un abrazo y decirle que dependiendo de cómo estuviera de ocupado el día podrían quizás verse más tarde.

Cerró el portátil decidiendo que lo que tuviese que revisar lo haría desde la oficina. Terminó por anudarse la corbata y colocarse la chaqueta del traje, azul grisáceo. La conversación con Ignacio lo había dejado pensando, definitivamente era hora de sentarse a conversar con Beatrice. Meditando esto

tomó el portafolio, las llaves del auto y salió de su apartamento rumbo a la empresa.

Las puertas del elevador del piso de ejecutivos se abrieron y, antes de salir de este, se observó en el espejo de la pared de uno de los laterales, ahuecó un poco su melena oscura para crearle más volumen y luego, con andar altivo, dio la vuelta a la derecha para dirigirse al área de presidencia. Según caminaba por el pasillo, iba con las manos alisando las inexistentes arrugas de su estrecha falda estilo lápiz, arreglando el cuello de su blusa de seda color mostaza, e intentando caminar sobre los negros y brillantes Louis Vuitton, de once centímetros, lo más erguida posible.

Después de abrirse la primera puerta de cristal automática ante sí, vio como la secretaria, detrás de su mesa, levantaba la mirada del portátil hacia ella e, inmediatamente, su rostro pasó de la cordial sonrisa inicial al disgusto por verla allí; pero, sinceramente, su antipatía era algo que le había tenido sin cuidado siempre, y, además, era correspondida.

—Buenos días, doña Meredith —saludó sin usar el diminutivo de su nombre, como hacían generalmente todos los empleados en la empresa, demostrándole con esa familiaridad su cariño, sabía que esto la contrariaba.

—Buenos días, señorita Robinson —contestó la mujer, ignorando su evidente sarcasmo al utilizar el apelativo de «doña», para referirse a ella.

—Puedes llamarme Débora, querida —ironizó provocándola, pero era obvio que, viéndole su actitud serena, no iba a contrariarla como hubiese querido.

—¿Gael ya está en la oficina? No tienes que anunciarme. —Se dispuso, altanera, a entrar; sin embargo, en ese momento, Mery se levantó del asiento y la detuvo.

—Señorita Robinson... —habló casi dividiendo en sílabas su nombre—, el señor Alcázar no ha llegado, hace unos minutos avisó que hoy lo haría un poco más tarde, pero no dijo la hora exacta. —La vio arrugar la frente con un gesto de frustración, pero ignoró su descontento. La verdad era que no soportaba a la engreída de Débora Robinson.

—Entonces lo esperaré dentro. ¿Me pides un café, Meredith? —preguntó un tanto exigente y volvió a intentar caminar hacia allí, cuando nuevamente fue detenida por las palabras de quien, para ella, no era más que una petulante vieja secretaria a la que ya hubiese despedido de haber tenido esa potestad.

—Siento contradecirla, señorita, la oficina está cerrada por órdenes del señor Alcázar, dado que, desde hace semanas, hay una buena cantidad de documentación confidencial en su escritorio acerca de las negociaciones con Londres.

—Soy de absoluta confianza, creo que lo sabes, ¿verdad? —refutó engreída—. Imagino que tú tendrás la llave, Meredith. ¿O me equivoco? —Esta vez la miró con rabia, y la escondida impotencia que aquella mujercita le provocaba al ver que tenía mayor control de la situación que ella le era muy difícil de disimular.

—Por supuesto que tengo llave, señorita; pero, lamentablemente, no puedo hacer uso de ella para abrir la oficina a personal ajeno a esta. Tan solo puedo hacerlo bajo autorización de alguno de los miembros de la familia Alcázar, en caso de no ser el propio Gael quien así lo mande. —Creyó verla palidecer de ira.

—No sé si... por tu edad, Meredith... —intentó humillarla—, has olvidado que soy una de las coordinadoras de ventas, de hecho, la secretaria general del departamento y también colaboradora de asuntos internos.

—Imposible olvidarlo, señorita —le contestó, segura de que mentía con ese último cargo que se había adjudicado. De ninguna forma iba a permitirle su altanería con ella.

—Entonces, te ordeno me abras la oficina de presidencia para esperar a Gael en ella, es importante lo que debo decirle —demandó apretando un poco los labios.

Débora se repetía en su interior que estaba a punto de perder el control con aquella mujer impertinente, pero no le daría el gusto, pensaba que, para su desgracia, la muy estúpida se había ganado la simpatía de todos los Alcázar durante los muchos años que había trabajado con ellos, y ahora era Gael el que caía en las redes de su pose de señora solidaria, honesta y leal.

—Vuelvo a disculparme, señorita Robinson, pero me es imposible hacer lo que me pide, ya que yo...

—¡Basta, Meredith! ¡He sido lo más comprensiva y paciente que he podido contigo, pero ya tu atrevimiento supera mi capacidad de control! —Perdió finalmente la calma que se había obligado a tener hasta el momento.

—No ha sido mi intención incomodarla, solo que...

—¡No mientas! —gritó ya sin el más mínimo recato.

—Le juro que no es así, además...

—¿Qué está sucediendo aquí, Mery?!

La aludida desvió la mirada al lado derecho del salón, justo hacia la puerta de cristal, encontrándose allí con la mirada enojada de su jefe, y apenada por lo que este hubiese podido escuchar de aquella absurda discusión. Mientras, Débora, quien hasta hacía pocos segundos mantenía descompuesto el rostro, forzaba una sonrisa fingida dándole la bienvenida.

—Hola, querido Gael, no sucede nada, solo un malentendido entre Meredith y yo. Quizás ella no entendió bien tus orientaciones... Me estaba diciendo que ni siquiera a mí podía darme paso a tu oficina, así que yo solo intentaba explicarle...

—¡Mery no está equivocada, Débora! —afirmó brusco, interrumpiéndola y con un tono de voz de mando que la hizo estremecer—. Mis órdenes fueron muy precisas y, en mi ausencia, nadie puede tener acceso a mi despacho, a no ser mi abuelo, mi padre o mi tío Octavio. Ella solo está cumpliendo con su trabajo, y sabes que lo que ordeno no se discute. Gracias, Mery —se dirigió entonces a su secretaria con sinceridad, y al girar el rostro para hacerlo, no pudo ser testigo de cómo Débora apretaba con fuerza los labios sintiendo que había quedado en ridículo delante de aquella mujer que tanto le desagradaba.

Gael sabía lo impertinente que Débora podía llegar a ser, era su amiga desde hacía poco más de cuatro años, cuando aquel amigo de su abuelo se la presentó estando él estudiando su maestría en la universidad. Le dejaba pasar algunas de sus excentricidades en consideración a todo lo vivido ella, y de lo cual se enteró poco tiempo después por su familia. Desgraciadamente, una tragedia terminó marcando su vida cuando sus padres murieron en un espantoso asesinato, ejecutado por pandilleros de la zona pobre en la que estos colaboraban como profesionales de la salud, y del cual la policía jamás pudo llegar a encontrar pistas concretas.

El matrimonio Robinson fue muy cercano a sus abuelos durante algún tiempo, hasta que se mudaron a Seattle. Eran activistas comunitarios, y buena parte de sus ingresos; los cuales eran muy considerables dado que los dos fueron reconocidos médicos, los destinaban a la ayuda de centros de apoyo para emigrantes o personas desamparadas y de bajos recursos, en nombre de la congregación a la que pertenecían: la iglesia presbiteriana.

Débora era su única hija y, además, heredera de sus bienes; los cuales habían puesto a buen recaudo haciendo varias inversiones. Gracias a ello, ella vivía en la actualidad de los fideicomisos que estas generaban, así como de los beneficios y rentas dejadas por el matrimonio y de las que recibía sus jugosas cuotas mensuales.

Hacía poco más de un año que le había pedido a Gael que le permitiera trabajar con ellos. Era graduada en Administración Comercial, y aunque según ella nunca tuvo la necesidad de ejercer, el ocio comenzó a afectarle y estaba sumiéndola en varios episodios depresivos. Así fue como llegó a la conclusión de que necesitaba mantenerse activa socialmente y fue la principal razón por la que Gael, con el beneplácito de su abuelo; aceptó darle el puesto de coordinadora de ventas, además de que, profesionalmente hablando, debía reconocer que hasta el momento había desempeñado muy bien su cargo. No obstante, era consciente de su carácter voluble y en ocasiones autoritario, y en ese aspecto no estaba dispuesto a ceder con ella, como no lo hacía con nadie jamás.

—Espero entiendas que hay reglas dentro de la empresa que todos deben respetar, Débora. Por favor, no lo tomes como algo personal por parte de Mery; puedes estar segura de que su intención jamás ha sido la de llevarte la contraria o molestarte, ella solo cumplía mis órdenes.

—Entiendo, Gael, y por mi parte no tienes nada que aclarar. Por supuesto que comprendo que las reglas son para acatarse —justificó con un tono de voz difícil de convencer a alguien, viendo por el rabillo del ojo lo que ella quiso interpretar como un gesto de triunfo en el rostro de la despreciable secretaria, como solía referirse a la señora.

En realidad, toda la gente de estatus social inferior al de ella le producía aberración y desprecio, y le traían recuerdos que le causaban náuseas. Por culpa de gente así de miserables, como consideraba a Mery, unido a la obsesión caritativa de quienes fueron sus padres, estos habían sido asesinados y ahora ella no podía decidir hacer todo lo que quería con el dinero de estos; eso nunca lo olvidaría ni se lo perdonaría a la vida, junto a todo lo demás.

—Bueno, aclarado el altercado debo ponerme al día. ¿Qué era lo que necesitabas tan urgente, Débora? No tengo mucho tiempo —preguntó Gael, deseando por fin ponerse a trabajar de una vez y salir de aquella molesta situación.

—¿Podríamos, ahora sí, pasar a tu oficina y hablar en privado? —contestó con otra pregunta, viendo de reojo a la secretaria, que, aunque con discreción, se había retirado a su puesto de trabajo detrás del amplio buró, intuía que no perdía detalles de la conversación.

—Por supuesto, sigamos entonces. Por favor, Mery... —Esta le prestó de inmediato atención—, no me pase en la próxima hora ninguna llamada, ya después nos ponemos de acuerdo y al día tú y yo con lo que quedó pendiente

de la junta.

—Claro que sí, Gael, como decidas. —Al responderle vio que Débora alzaba su ceja izquierda, y sabía que era por escucharla tutearse con el joven Alcázar.

Débora lo siguió a su oficina, entraron y lo vio deshacerse de su portafolio y quitarse la chaqueta, poniéndola en un perchero con pedestal de madera pulida y ubicado al lado de su sillón ejecutivo. Recorrió con la vista el amplio lugar, disimulando su nerviosismo. Siempre el estar a su lado la hacía sentirse intranquila, pero pronto se dio cuenta de que él la observaba esperando que le dijera el motivo que tanto la apremiaba. Como siempre, la habitual seriedad e inmutabilidad de su rostro la intimidó. Ningún rasgo en él demostraba condescendencia o afabilidad con nadie nunca, y no sabía a ciencia cierta si eso era lo que la hacía desearlo más.

—Bueno, ahora que estamos solos, sí puedo decirte con sinceridad a qué vine.

—Te escucho. —Se sentó y le hizo un gesto para que ella hiciera lo mismo frente a él.

—Supe ayer, antes de irme a casa, que tienes planeado ir con tu tío en el viaje que hará a Alemania.

—¿Y cómo te enteraste de algo que hace muy poco tiempo mi tío me ha propuesto y solo sabemos él y yo? —preguntó contrariado, rudo y sin disimular su molestia por los alcances de la información privada que sabía cuando él ni siquiera tenía claro aún si podría viajar o no.

—Lo supe de forma casual. —Aclaró la voz antes de proseguir. Lo menos que quería era que la tildara de impertinente o pensara que estaba husmeando en sus asuntos—. ¿Recuerdas cuando ayer nos tomamos ese café, aquí mismo, luego de terminar la videoconferencia?

Gael asintió, recordando las dos horas en las que necesitó llenarse de paciencia mientras la escuchaba hablar de sus últimas adquisiciones de bienes raíces y del talento innato de su abogado para estos menesteres. Pero aún continuaba sorprendido porque ella supiera lo del posible viaje a Alemania.

—Pues bien —siguió halando—, cuando nos separamos, tras yo recibir la llamada de mi amiga pidiéndome que fuera urgente a verla, ¿recuerdas? —Volvió a asentir, un poco impaciente por tanta explicación innecesaria—. Escuché a Meredith confirmándole a alguien que dejara abierto un billete aéreo a tu nombre porque era muy probable que viajaras con tu tío a Alemania.

—Vaya, ahora entiendo, pero... ¿Qué tiene que ver la posibilidad de este

viaje contigo? —cuestionó hosco, deseando terminar de una vez con aquella conversación.

Débora lo miró unos instantes como si midiera sus palabras antes de decirlas.

—¿Podría acompañarte? —decidió pedirle de una vez.

—¿Acompañarme tú? —Gael frunció el ceño—. Perdón, pero no entiendo, no es necesario que un coordinador vaya. Estoy informado de que el departamento jurídico tiene todo listo, y nosotros solo...

—No sería en plan de trabajo... —lo interrumpió, percibiendo lo que él estaba interpretando de su petición—. En realidad, quisiera visitar Alemania para conocer un poco la tierra que vio nacer a mis abuelos maternos —insistió, evidenciando una gran ansiedad tras sus palabras y haciéndole recordar a él que era cierto: aparentemente, los padres de la fallecida señora Robinson, madre de Débora, eran de descendencia alemana.

»No sé, es increíble, pero es uno de los pocos países que no visité nunca con mis padres, ni tampoco lo hice cuando ya ellos no estaban, a pesar de tener la posibilidad de hacerlo; pero sabes que no me atrevo a viajar muy lejos sola —continuó, y él la vio pasar nerviosa la mano derecha sobre su hombro izquierdo hasta llevarla al codo, con movimientos un poco erráticos, como si decir aquello le costara.

Sabía que mencionar a sus padres muertos la ponía siempre tensa; a pesar de los años pasados desde la tragedia, era algo que evidentemente seguía afectándola mucho, y no era para menos, dada las circunstancias violentas en las que murieron.

Gael meditó su petición unos instantes. Débora era una chica que le había dado la impresión siempre de que intentaba pedir a gritos la atención y la protección de las personas que la rodeaban; como si el hecho de ser huérfana, y no tener más familiares, la hiciera sentir desamparada en el mundo. De ahí creía que le nacía ese carácter duro que a veces demostraba a todos, llegando incluso a ser cruel; quizás podía este ser una especie de coraza con la cual intentaba resguardarse para no salir lastimada por los demás. Él sabía mucho de eso, ¡por supuesto que lo sabía!

—Débora, para serte sincero, no seré una compañía acorde dado que estaremos muy ocupados y, de concretarse el trato de la compra de acciones, es muy probable que sea necesario que viajemos también a Japón. La verdad, no creo que este viaje sea el ideal para que conozcas tus raíces, al menos no si te refieres a contar con que podamos acompañarte. —La vio hacer un gesto de

decepción al hablarle en plural, incluyendo a propósito a su tío en caso de que hubiese sido posible acompañarla a hacer turismo, pero no se sintió mal, estaba siendo realista.

—¿No será que te preocupa que Beatrice sepa que yo viajo contigo? —cuestionó y... ¡Grave error!

En cuestión de segundos, sin siquiera haber terminado de decirlo, se arrepintió de haberle hecho esa pregunta tan indiscreta.

Era consciente de que nadie tenía constancia de que existiera una cercanía especial entre ellos, pero desde que lo vio en aquel restaurante junto a la sosa de la pintora, confirmó que estaban teniendo mucho más que una relación de amistad, y la sangre se le había agriado solo con imaginarlos

—¡Me haré a la idea de que no te escuché preguntarme eso, Débora! —En su rostro vio la rabia que le produjo que ella se atreviera a inmiscuirse en su vida privada; eso era algo que nunca le permitía a nadie y que, en más de una ocasión, había dejado bien claro delante de todos. De ahí que tanto amigos como familiares a su alrededor, midieran sus palabras a la hora de preguntar o intentar saber algo de su vida fuera de aquellas paredes.

—Lo siento, solo quería cerciorarme de que no te estaba poniendo en una situación comprometedoras con mi petición —se disculpó, pero sabía que acababa de cometer una imperdonable indiscreción.

—No puedes provocarme ningún tipo de situación desagradable porque no tengo que darle explicaciones a nadie de mi vida, Débora —le reclamó serio, inclinando el torso un poco hacia delante, remarcando su nombre y mostrándole en los ojos cómo contenía ante ella la ira que le produjo su atrevimiento—. Pensé que, gracias a conocernos desde hace suficiente tiempo, esto era algo que tenías claro. No tengo novia, no pretendo tenerla, y lo que pueda existir entre una mujer y yo fuera de estas paredes... —señaló el lugar dando vueltas al aire con una de sus manos— es algo que solo a nosotros nos interesa. ¿Entiendes eso?

La vio asentir nerviosa, pero no se arrepintió de la rudeza con la que sabía le había hablado. Detestaba cuando cualquiera se atrevía a hacer conjeturas de su vida o intervenía indiscretamente en ella.

—Lo siento si te ofendió mi pregunta, discúlpame.

—No te preocupes, y terminemos con este asunto ya. —Respiró profundo para sosegar el evidente enojo que se alzaba dentro de él—. En cuanto al viaje, puedo ayudarte a organizarlo, incluso a que coincida con nuestra estancia allá; lo que no puedo hacer es garantizarte que tenga algún espacio

libre o la posibilidad de que en alguna ocasión pueda yo, o mi tío Octavio, estar contigo. Vamos por asuntos de trabajo, Débora, y no creo que tengamos tiempo para hacer turismo. ¿Por qué no invitas a Jordán, por ejemplo? Él está de vacaciones; y ahora que estuvimos en el restaurante y que, por cierto, preguntaron todos ellos por ti, me dijo que aún no sabía qué hacer en sus días libres, tal vez los dos puedan ponerse de acuerdo.

Ella lo observó en silencio, la decepción que sentía por su rechazo la tenía con un nudo de rabia atorado entre pecho y espalda; más aún ahora, por esa propuesta que acababa de hacerle respecto al insoportable de Jordán.

«La culpa la tiene Beatrice, se ha colado bajo sus sábanas y lo ha idiotizado», pensó con odio.

—Tranquilo, Gael, no creo que Jordán y yo podamos hacer un viaje juntos, jamás; ya nos conoces, somos dos «especímenes incompatibles». —Enmarcó en el aire con sus manos la última frase y lo vio por fin medio sonreír, o tal vez fue solo una mueca, no importaba, se conformó al ver en sus facciones que se aliviaba el molesto peso de la conversación anterior.

No quería que terminaran distanciándose, y era obvio que recordar las innumerables y absurdas discusiones entre ella y Jordán, de las que él había sido testigo, suavizó la tensión del rumbo que tomara minutos antes su charla.

—¿Me dejarás saber si puedo ayudarte con tu viaje? En serio, mi secretaria puede encargarse de facilitártelo todo.

Ella asintió poco convencida, evitando que le saliera un involuntario gesto desagradable al escucharlo mencionar a Meredith. Esperaba otro desenlace de aquella reunión, y la impotencia la consumía al no encontrar una salida que le permitiera lograr su objetivo: viajar con él.

—Gracias, y no te preocupes, prometo pensarlo y si no es en este viaje, quizás en otra ocasión, ¿verdad? —pretendió mostrarse calmada, pero sabía que con lo perspicaz que era Gael, no podría llegar a demostrarle una resignación que estaba muy lejos de sentir—. Ahora mejor me voy —se incorporó del asiento—, debo terminar de revisar los últimos informes de la sucursal de Boston para darles vía libre con el presupuesto —diciéndolo se puso de pie, alisó su falda y bordeó la mesa para acercársele y dejarle un beso en su mejilla.

»Nos vemos pronto, déjame saber si por fin viajas a Alemania, no sé, si no te vas con tu tío, quizás podamos quedar en cenar un día de estos —intentó persuadirlo con un último intento.

—Ya veremos, pero es casi seguro que viaje. Cuídate tú, y recuerda, si

quieres hacer ese paseo turístico, puedo ayudarte a gestionarlo, solo házmelo saber —insistió, pero evidentemente impaciente por terminar, viéndola asentir.

No era tonto, sabía lo que había detrás de ese deseo de Débora por viajar juntos, no le pasaba desapercibido ese interés de ella por él. Llevaba mucho tiempo dándose cuenta, pero no estaba dispuesto a alimentar en ella ningún tipo de esperanza al respecto. Solo podía brindarle su amistad, nada más, y la mejor forma de que terminara desistiendo algún día era manteniendo ciertas distancias entre ellos.

—Lo tendré en cuenta; cuídate, por favor. —Pasó su mano por el brazo de él antes de darse la vuelta y el sentir aquellos duros músculos bajo la fina tela de su camisa, le provocó un leve estremecimiento en el bajo vientre.

No dilató más el salir de allí. Al cerrar detrás de ella la puerta de la oficina, se negó a mirar hacia donde estaba la insulsa secretaria; sabía que la miraba, y no estaba dispuesta a que descubriera la frustración en su rostro, nunca había sido buena ocultando sus emociones.

Salió del salón y caminó hacia los ascensores, afortunadamente uno estaba vacío y detenido en ese piso. Entró en él y pulsó el número de su planta de trabajo. Mientras este bajaba, apoyó la frente contra el frío espejo que cubría la pared a su lado para controlarse, era consciente de que había una cámara de seguridad en cada elevador. Necesitó respirar hondo y cerrar los ojos, apretó con fuerza sus puños y dejó correr una lágrima de rabia que bañaba su rostro.

Capítulo 7



—Entonces, señorita Sanfield, ¿qué le parece?

Theresa Walsh era una mujer amable, de unos cincuenta años, de los cuales llevaba más de veinte como directora docente del instituto. Le acababa de mostrar lo que sería a partir del día siguiente su salón de clases, y la emoción se agolpaba en el pecho de Romina, llegando a provocar en ella, por algunos momentos, una sensación de incredulidad al visualizarse, oficialmente, como una de las profesoras de música del conservatorio Shepher of school.

A pesar de que ya hacía cinco días desde su aceptación como maestra en aquel instituto, el estar viendo en ese momento su aula; hermosa, iluminada, amplia y absolutamente equipada, era como palpar en sus manos su mayor sueño hecho realidad.

—Está maravillosa, señora Walsh. Tiene suficiente espacio, mucha luz y, especialmente, los instrumentos son increíbles. ¡Por Dios! Mire esta belleza, es una joya, nada menos que un clásico Steinway & Sons —le hablaba y pasaba a la vez una de sus manos por la brillante superficie de aquel piano de cola delante de ella, mientras que con la otra convertía casi en una caricia el roce de sus dedos por sus nacaradas teclas.

—El entusiasmo y la emoción que muestra usted me complace mucho,

señorita Sanfield. —La vio bajar la tapa del instrumento cubriendo su teclado casi con reverencia—. Estoy muy feliz por tenerla junto a nosotros. Nos hemos caracterizado siempre por ser uno de los conservatorios con mayor prestigio académico en el país, y esto se debe a que contamos dentro de nuestro claustro de profesores con personas que aman la docencia y, sobre todo, la música; estoy segura de que usted está entre ellos.

—Me siento honrada por esta increíble oportunidad, señora Walsh. Le prometo que daré lo mejor de mí para no defraudarlos y estar a la altura de esta hermosa responsabilidad y, también, de esta prestigiosa institución —contestó sincera y profundamente emocionada.

—Estoy segura de eso, querida. Ahora, si quieres, puedes acompañarme y así te presento a algunos de nuestros maestros para que vayas familiarizándote. ¿Qué te parece?

—Por supuesto que sí.

—Vamos entonces.

Salieron del salón de clases y la señora Walsh le iba haciendo el recuento de algunas de las diferentes actividades que se realizaban durante el año escolar y, a la par de eso, le iba mostrando durante el recorrido los diferentes lugares de interés dentro del colegio; como lo eran la biblioteca y el teatro. Romina se iba sintiendo muy cómoda y relajada según la amable mujer les presentaba a todos los que iban encontrándose a su paso; aún faltaban muchos, le aclaró, pero una gran mayoría estaban a esa hora impartiendo sus clases, por lo que le propuso hacer una pequeña reunión al final de la tarde para presentarla ante todos.

—¡Señora Walsh!

Las dos se volvieron cuando, detrás de ellas, escucharon la llamada de alguien. Una chica muy joven, tal vez de unos veinte años, se acercaba casi corriendo y sujetándose unos grandes lentes que a Romina le parecieron exagerados para su alargado y fino rostro.

—¿Pero por qué tanto apremio, Susan?! —cuestionó asombrada la directora—. Señorita Sanfield, ella es Susan, o Susy, como le decimos todos, mi asistente —formalmente las presentó y las chicas se dieron las manos con simpatía.

—Ahora sí, Susy, ¿cuál es el asunto que te trae sin aire corriendo por todo el pasillo, muchacha?

La chica respiró profundo, sin atreverse a confesar que, no solo había corrido todo aquel corredor, sino más bien toda la escuela buscándola.

—Es que la esperan en la oficina —dijo finalmente, todavía hiperventilando un poco.

—¿Que me esperan? —Consultó su reloj—. No teníamos ninguna cita programada para esta hora, Susy. ¿O sí? —Se extrañó. Ningún padre se había comunicado con ella para pedirle algún tipo de audiencia.

—Es el señor Alcázar, ¿lo recuerda? El que matriculó a su nena hace algunos días. —Volver a escuchar aquel apellido hizo que a Romina se le hiciera un nudo en el estómago—. Quiere que su hija vea parte de la escuela, ya sabe, antes de que empiece el próximo lunes, y teniendo en cuenta que la niña viene con ciertos problemas emocionales de adaptación anteriormente, no pude negarle que se reuniera con usted. Además, como este señor fue quien nos hizo la donación de ese piano tan costoso y...

—¿El señor Alcázar fue quién compró el Steinway?! —Se dio cuenta de que había preguntado aquello con demasiada efusividad cuando ya sus palabras fueron escuchadas por las dos mujeres, y estas se volvían a verla.

—Así es, señorita...

—Llámeme Romina —le pidió interrumpiéndola, y otra vez se preocupó por dejarse llevar por un impulso, el cual podría interpretarse como un abuso de confianza en su primer día—. Al menos cuando no estemos frente a los estudiantes, ¿podría hacerlo? —Estaba nerviosa y, lo peor, no sabía por qué motivo; o mejor... Sí, ¡era por ese hombre que la inquietaba y le causaba una ansiedad inexplicable!

—Claro, querida, y tú también puedes llamarme Theresa, la mayoría dejamos las formalidades para cuando estamos frente al estudiantado. —La sencillez con la que la trató la hizo respirar aliviada.

—Gracias, Theresa. —Ella asintió complacida y pasó su mano por su hombro, comprendía cuán nerviosa podía estar en su primer día.

—Bien, Susy, vamos a reunirnos con el señor Alcázar y a conocer a su hija —se dirigió a su asistente, y la aludida asintió.

—¿Puedo acompañarlas? Es que tuve la oportunidad de conocer a este señor hace algunos días. Coincidimos accidentalmente y se mostró muy amable, incluso me habló de su pequeña hija, y quizás la niña llegue a ser mi alumna. —Las dos mujeres la miraron atentas, y no supo entonces si debía arrepentirse o no por haber hablado de más.

—Creo que sería conveniente señori... Perdón, Romina —rectificó Theresa—. Tienes razón —meditó un momento, dado que conocía las especiales circunstancias de esa alumna, ya que su maestra anterior le envió un

amplio informe acerca de ella—. Puede que llegues a tener como discípula a la niña, así que sería idóneo que la conocieras antes. La chica ha tenido algunos episodios de rechazo en escuelas anteriores, y puede que el conocerte le facilite adaptarse sin contratiempos desde el primer día. Algo me dice que tienes un don especial con los niños, Romina. —La vio sonreír agradecida.

—Será un placer ayudar para que Alma se sienta bien con nosotros.

—Ah, ¿pero conoces hasta su nombre? —Se sorprendió la directora.

—Sí, como os dije, su padre y yo nos encontramos casualmente. Él me habló de su hija y de la alta probabilidad de que ingresara en esta escuela. Me dijo su nombre y, al ser este tan especial, difícilmente lo olvidaría.

—Pues entonces tenemos una buena parte ganada —aceptó Theresa, y su asistente movió la cabeza confirmándolo—. Vamos entonces a conocer a esa preciosa.

Las tres se dirigieron por el amplio corredor hacia el vestíbulo de la institución escolar, donde se encontraban las oficinas administrativas y, por supuesto, la dirección.

Cuando estaban a pocos pasos de la entrada del despacho de Theresa, justo frente a la mesa de Susy, en la parte de afuera, la primera se giró hacia la muchacha y le preguntó.

—¿El señor Alcázar firmó la documentación del historial de salud de la niña?

—No estoy segura, Theresa, ese día no habíamos terminado el expediente de ingreso y creo recordar que él pidió pasar a firmarlo más tarde porque tenía una cita importante. No sé si llegó a hacerlo.

—De ser así, de hoy no puede pasar o su hija no podrá comenzar el lunes con nosotros. Mejor búscalo en el archivo para estar seguras, y si no lo ha firmado, entonces que lo haga ahora.

—Por supuesto, voy a buscarlo y... —El teléfono del despacho de la asistente comenzó a llamar haciéndola mirar detrás de ella.

—No te preocupes, Susy, ve y atiende; yo iré al archivo. Por favor, Romina —la observó callada al lado de ellas, con sus manos apretadas, evidentemente seguía nerviosa, pero dedujo que era algo normal para todos los principiantes—, ¿podrías ir atendiendo al señor y a su hija? Regreso rápido.

No esperaron su contestación; una se fue a responder el teléfono, que no paraba de llamar, y la otra entró dentro de lo que parecía una pequeña habitación a pocos pasos de ella.

Sin saber cómo contrarrestar su ansiedad, Romina se acercó a la que sabía

era la puerta de la oficina de Theresa. La misma contaba con una gran pared totalmente de cristal, justo al lado de la puerta, quizás para desde adentro dar la impresión de una mayor amplitud del espacio, ya que no era muy grande. Cuando hubo dado seis o siete pasos, quedó justo frente a esta y la imagen que vio le hizo sentir apretarse más aún el nudo de su estómago.

De espaldas a ella, sentados en los sillones que daban frente al escritorio de Theresa, se encontraba Ignacio Alcázar y, a su lado, quien sin dudas era su pequeña Alma.

Verlos enterneció a Romina; los dos parecían mantener una conversación muy amena, de la cual obviamente ella no tenía ni idea, ya que solo podía observarlos mover sus labios y, en el caso de él, sonreír todo el tiempo por lo que parecían ser las infantiles ocurrencias que le decía su hija.

La niña era preciosa, incluso tan solo viéndola un poco de perfil podía llegar a esa conclusión. Vestía unos coquetos vaqueros en color azul claro, con una chaqueta de color violeta, combinándola con el lazo que llevaba en su cabello. Sentada al lado de su padre, jugaba con él, poniéndole en la cara un simpático conejo rosa de felpa que cargaba en sus manos, feliz, y parecía pretender que mantenía un entretenido diálogo con su juguete y su padre. Mientras, sus cortas piernas se balanceaban en la silla, cubiertas por unas botas de piel color caramelo con un broche dorado a los lados.

Ignacio la miraba enamorado, e igual a la única vez que lo viera, él lucía impecable, con un traje color gris y el cabello liso, de color miel, perfectamente peinado hacia atrás. Su sonrisa era tierna y cargada de una especial devoción por aquella criatura, e indudablemente se veía en su rostro el gran amor que le profesaba.

Lo observó con detenimiento, intentando adivinar y rebuscar dentro de ella por qué le provocaba aquel desasosiego; pero no supo definirlo. Era un hombre atractivo, no podía negarlo; sin embargo, no era una atracción física lo que sentía al verlo. Sus ademanes, su forma de hablar, su gallardía natural, parecía que de alguna forma las identificaba con parte de su vida, como si un hilo invisible y emocional los uniera, y la sensación de conocerlo de mucho antes de ese día en el que tropezaron al azar, volvió a abrumarla.

—¿Pero por qué no has entrado, querida? —Theresa la sorprendió detrás de ella.

—Lo siento, me sentí un poco cohibida, el señor Alcázar te espera a ti, y no sé si...

—No te preocupes, vamos. Como te dije, será muy beneficioso para la

niña que la conozcas.

Nuevamente no esperó a que dijera nada y, con la carpeta que había buscado en los archivos sujeta en una mano, la tomó con la otra por el codo y se la llevó adentro de su oficina.

—Muy buenos días, señor Alcázar, disculpe la demora, pero vengo acompañada y creo que a esta preciosa le encantará saber de quién se trata. —Señaló a la pequeña expresándose entusiasmada, sin apartar la vista de ella, que se dedicó a observarlas con curiosidad.

Ignacio se puso de pie, girándose en cuanto se abrió la puerta y escuchó la voz de la directora. Su cálida mirada brilló de una forma especial al ver nuevamente a Romina, y un estremecimiento pasó por su columna como un rayo cuando aquellos profundos ojos azules se encontraron con los suyos.

—Creo que ya conoce a la señorita Sanfield, nuestra nueva maestra de música. Ella acaba de incorporarse con nosotros, y quería que conociera a su hija, pues acabo de confirmar que esta belleza será una más de sus alumnas de piano —dijo la directora y continuó sonriendo, mientras se acomodaba en su escritorio y abrió sobre este la documentación que traía.

—Por supuesto que ya tuve el gusto de conocerla. Un placer volver a verte, Romina. —Le extendió su mano y, al ella recibirla, una extraña corriente de emoción recorrió su cuerpo.

—Igualmente lo es para mí, Ignacio. ¿Así que esta hermosa niña es tu hija? —Soltó su mano mucho más rápido de lo que él hubiese querido, pero la verdad era que no solo quería prestar atención a su futura alumna, a la cual veía demasiado callada y no dejaba de mirarla, sino que también necesitaba intentar sosegar aquella ansiedad que el estar cerca de su padre le provocaba.

—Así es, ella es mi hija, Alma. ¿Quieres saludar a tu futura maestra, cariño? Mira que ella será quien te enseñe a interpretar tus canciones y melodías favoritas en el piano.

La niña sonrió sin apartar los ojos del rostro de Romina.

—¿De verdad serás mi maestra de piano? Pareces una princesa. —Todos rieron al escucharla y Romina se acercó más.

—La princesa eres tú, Alma, eres muy linda —le contestó, acuclillándose delante de ella para ponerse a su altura y besar su frente.

Ver aquel gesto con su hija, dio un golpe profundo de emoción a Ignacio en el centro del pecho.

—¿Puedo llamarte señorita Romi? —preguntó con dulzura, queriendo buscarle un diminutivo a su nombre como lo hacía con todos aquellos a

quienes quería mucho. Como por ejemplo: su abuelo, a quien llamaba «lindo Abu», o a su primo, al que bautizó con «Gaelito».

—Puedes llamarme como quieras, hermosa.

Las dos se miraron y un afecto sincero y genuino surgió como magia entre ellas en tan solo un momento. La niña puso su manita en la mejilla de su maestra, encantada de saber que muy pronto sería a su lado donde pasaría buena parte de su tiempo diario, y para Romina era ya una certeza que aquella niña le había robado el corazón solo con verla.

Mirar sus ojitos la enternecía como nunca; seguía sin explicarse sus emociones, pero solo algo tenía muy claro: Alma acababa de convertirse en alguien muy importante para ella, y percibía nacer en su interior un instinto inexplicable de protegerla y amarla, como si aquella dulce criatura fuera desde siempre parte de su vida o de su familia.

—Creo que tú y yo nos vamos a divertir mucho, preciosa. Me han contado que compartimos la misma pasión: el piano. —La vio abrir exageradamente sus hermosos ojos.

—¡Sí, el piano me gusta mucho, mucho! —exclamó feliz—. ¿Sabes? Uno de mis compositores favoritos es Richard Clayderman, y de sus melodías, la que más me gusta es *Ballade pour Adeline* —explicó con su vocecita inocente, pero sin dejar de ser perfecta su pronunciación del francés, lo que hizo que Romina la premiara con otra de sus sonrisas.

—En eso también coincidimos, Alma. Clayderman es uno de mis compositores contemporáneos preferidos. ¿Te gustaría que comenzáramos con varias de sus melodías? *Love story*, *Fur Elise*, *Eleana*, o la más trascendental de él: *Titanic symphony*. Esta última es todo un éxito en su carrera musical. —Quiso hacerla sentir muy importante, hablándole como si la pequeña fuera toda una profesional, deseando que notara que también admiraba su talento infantil por la música, el cual, sin duda, sabía de antemano que la impresionaría.

Alma la escuchaba ensimismada y llena de emoción, esto no pasó desapercibido para su padre ni para la directora, que las observaba atenta. A esta última, le quedaba cada vez más claro que aquella pequeña era una futura gran pianista, a su corta edad se notaba su pasión, incluso tenía información de sus autodidactas conocimientos.

«*No se equivocaron sus anteriores maestros en recomendarla a este conservatorio*», se dijo.

—¡Sí, comencemos a interpretar a Clayderman! —Palmeó suave sus

manitas diciéndolo—. ¿Puedo quedarme hoy con mi maestra, papi?

A todos les tomó su petición por sorpresa, menos a su padre. Muy en el fondo, cuando Ignacio la escuchó y desvió su mirada al rostro de Romina, estuvo seguro de que la actitud de su hija no podía ser otra; y algo en su interior le gritó con fuerza que aquel ángel de ojos azules había llegado a sus vidas para cambiarla por completo y quedarse en ella quizás... ¿para siempre? Se asustó al pensar cuánto necesitaba con todas sus fuerzas creer que así sería.

Gael se bajó de su auto frente al edificio donde vivía, entregó las llaves al encargado del aparcamiento y, levantando amable su mano para saludar de lejos al personal de la recepción, siguió de largo, rumbo a los elevadores.

Supuso que la correspondencia ya había sido recogida por Rosa, de lo contrario lo hubiesen detenido para entregársela, algo que agradeció en silencio, ya que el día en la oficina había sido agobiante y tan solo quería estar en su casa para descansar y liberar tanta tensión acumulada. Al abrirse las puertas en su piso, salió al pasillo, desanudándose la corbata para dejarla sobre la chaqueta de su traje, que ya traía doblada en el antebrazo izquierdo. Ya frente a la puerta de su apartamento, digitó el número de entrada en la cerradura electrónica y, al entrar, finalmente soltó el aire por el estrés retenido, dejando caer a un lado, en uno de los sillones, todo lo que traía, desde el maletín ejecutivo hasta las dos prendas de ropa que previamente se había quitado.

El olor de un asado, desde la cocina, llegó hasta él.

«Quizás Rosa dejó algo horneándose antes de irse a visitar a su amiga al hospital», pensó recordando el mensaje que horas antes le hiciera llegar su ama de llaves; pero cuando se acercó hasta allí, le sorprendió encontrar a quien menos esperaba.

—¿Beatrice?

Involuntariamente frunció el ceño al encontrársela de espaldas a él, vistiendo uno de los delantales que acostumbraba a usar Rosa cada día y revolviendo en una fuente de cristal, sobre la amplia isla de la cocina, lo que parecía ser una ensalada de vegetales.

—¡Hola, Gael! Pensé que llegarías más tarde. Rosa me dijo que nunca lo hacías antes de las seis. —Se le acercó y besó suave sus labios, sin importar que él se mantuviera inmutable a su gesto de cariño. Lo conocía, su actitud

tensa al encontrarla allí le dijo enseguida que la sorpresa al verla no había sido del todo grata.

Intentó ignorar la pose molesta que le vio adoptar y retrocedió con disimulo a su labor, evitando mirarlo a los ojos.

—La sazón, definitivamente, es la de Rosa; antes de irse lo dejó todo listo, solo me ofrecí a terminar esta ensalada, y dado que ella sabe que conozco cómo te gusta: con un toque de miel y vinagre, ¿verdad? —No contestó, pero decidió fingir que no se daba cuenta de su indiferencia—. Solo así me permitió terminarla yo —finalizó y levantó su mirada hacia él por un segundo, que continuaba serio y en silencio.

—Dime algo, Beatrice... —Ella detuvo el movimiento de sus manos sin atreverse a mirarlo otra vez—. ¿Habíamos quedado en vernos y fui yo quien lo olvidé?

La escuchó suspirar, se giró hacia la nevera y dejó en ella la fuente con la ensalada que terminaba de preparar, luego de enjuagar sus manos y de tomar una pequeña toalla para secarlas, buscó su mirada.

—Mi intención no ha sido molestarte, estaba cerca de aquí, viendo algunas obras que necesitan restauración en la galería judía y analizando los presupuestos que ofrecen; por eso me atreví a pasar creyendo que quizás podríamos...

—Creía que teníamos claro los dos que eso de *creer o suponer algo* está fuera de nuestro acuerdo. ¿O me equivoco? —enfaticó un poco cruel la aclaración.

Él vio como sus ojos brillaron, impidiéndole a alguna lágrima que se manifestara, y era consciente que se estaba portando como un cabrón con ella; pero el corazón lo tenía demasiado dañado desde hacía muchos años como para aceptarlo o disculparse, así que prefirió ignorarlo y esperar su explicación.

—Lo siento, Gael —le habló finalmente—. Sé que, al venir hoy sin avisarte, rompo con ello nuestras normas y costumbres; sin embargo, no pensé que te molestara tanto. Como te dije antes, estaba cerca y se me hizo fácil llegar. Tan solo quería sorprenderte, pero es obvio que no lo logré.

Se quedó esperando alguna reacción de su parte, que no llegó. Respiró profundo y, mientras desanudaba el delantal de su cintura y se lo quitaba, intentó despedirse.

—Lo mejor será que me vaya, imagino que vienes exhausto de la oficina. Rosa, como te dije antes, te dejó todo listo, y aparte de terminar tu ensalada, te

puse en la nevera una botella de tu vino favorito.

Se sentía herida, decepcionada y profundamente ofendida. Sin darse cuenta apretó fuerte uno de sus puños, suavizando la presión en su mano cuando lo vio bajar su vista a esta, percatándose de su gesto. Por supuesto que sabía del acuerdo que hicieron ambos cuando comenzaron su relación, si es que así podía llamar a sus encuentros ocasionales y con tiempo limitado cada uno de ellos; pero cada día guardaba la secreta esperanza de que él la viera con otros ojos y pudiera llegar a ser en su vida algo más que un pasatiempo agradable.

Salió de la cocina y se encaminó al salón principal en busca de su cartera, la había dejado sobre el amplio sofá. Lo sintió detrás de ella, en silencio, y cuando ya estaba decidida a dejar que su orgullo herido ganara la batalla y se mantuviera invicto, volvió a prevalecer toda aquella necesidad que sentía por él.

—¿Por qué, Gael? —habló sin volverse a mirarlo y dejando libre su mirada a lo lejos, a través de los cristales de la gran puerta que daba al balcón—. ¿Por qué no te das la oportunidad de vivir, de sentir y de, al menos, corresponder a algún tipo de sentimiento que quienes estamos a tu lado deseamos ofrecerte? El pasado debe quedarse donde está, no es sano que se apegue a nuestro presente hasta convertirse en una dolorosa cruz.

Al terminar de decir aquello, se viró lentamente hasta quedar frente a él, su postura seguía inerte y su rostro estaba tan serio, tan frío, que parecía que no había prestado atención a sus palabras y que estas ni siquiera tuvieran un mínimo de valor para él.

—Seguimos pasando límites infranqueables, Beatrice. ¿Acaso lo olvidaste? —Lo vio pasar por breves segundos sus manos por la frente mientras cerraba los ojos, evidentemente agotado—. Ningún sentimiento, ningún reclamo, acordar siempre para vernos, respetar nuestros espacios y, lo más importante, jamás preguntar por el pasado ni cuestionar el presente de cada uno. ¿No fue ese nuestro acuerdo?

—¡Ella no regresará! —Sus palabras afirmándolo salieron duras, desesperadas, como fugitivas de aquel doloroso enojo que le producía el que él le hablara de aquella forma. Pero al ver de qué manera al escucharlas dio dos pasos adelante, unido al gesto en su rostro de morder fuerte la mandíbula hasta marcarse cada una de las venas de su frente, le hizo darse cuenta del grave error cometido.

—¡Beatrice...! ¡No te atrevas a tocar un tema que ni siquiera mis padres, ni nadie en mi familia, tienen derecho a mencionar!

La firmeza con la que ella le gritó esa certeza de su vida, que era su mayor sufrimiento y desesperanza, se clavó como un puñal y necesitó de toda su ecuanimidad para no perder los estribos, respiró entonces profundo.

—Creo que nos debemos replantear lo que sea que tenemos; al parecer, hay cosas que se te están escapando de las manos y no estoy dispuesto a que tomes el rumbo equivocado, lo mejor es que terminemos esto que...

—¡No! —En tres rápidos pasos llegó hasta él, tomándolo por sorpresa y abrazándose a su cuello—. Tú tienes razón, por favor, olvida este altercado, a veces me rebasa el sentirme un poco perdida e insegura; pero estuve de acuerdo cuando comenzamos a estar juntos con todo lo que nos prometimos, y eso no ha cambiado. De verdad, lo siento...

—No estoy tan seguro de ello, Beatrice.

Ella tenía el rostro recostado en su pecho, y él ni siquiera había tenido la intención de abrazarla; pero se sintió culpable a pesar de su decisión de no importarle emoción alguna, y el hecho de llegar a hacerla sufrir le cayó como un duro cargo de conciencia instantáneo.

—Mírame, por favor. —La tomó por la barbilla y le hizo levantar su rostro hasta quedar los dos frente a frente—. Jamás quiero hacerte daño, lo sabes, ¿verdad? —Ella asintió, cerrando los ojos—. Te he sido sincero desde aquel día que nos encontramos en la fiesta de la universidad. Primero, salimos solo como amigos; y cuando sentimos que podíamos pasar a otra etapa, te hablé con toda la honestidad del mundo, Beatrice.

»Mi corazón murió hace muchos años, está aquí... —golpeó suave con la mano el lado izquierdo de su pecho— solo porque necesita latir para que yo tenga vida; pero no es ni será capaz de ofrecer sentimiento alguno a nadie en este mundo. No voy a engañarte, ni ahora ni después; no esperes más de mí que esto que te he dado. Y si crees, como lo creo yo, que mereces mucho más, por favor, no dudes en decidir lo que sea mejor para tu vida. Tienes derecho a ser feliz, Beatrice, y no seré yo quien te detenga si quieres encontrar a la persona especial que realmente merece tu cariño. Simplemente, la felicidad para mí no es ni una efímera ilusión a futuro. ¿Lo tienes claro?

Lo escuchó en silencio, y al terminar de hablarle volvió a apoyar la cabeza en su pecho. Por dentro, libraba una lucha entre la impotencia que sus palabras le producían junto a una oculta rabia en su alma, torturándola, al no poder ser para él ni la mitad de lo que este significaba para ella, y mucho menos lo que ese maldito amor del pasado fue alguna vez.

—No es solo tu corazón el que está muerto, Gael; así que, por favor, al

menos sigamos dándonos la compañía que nos ayuda a sanarnos a ambos, o mejor, a sobrellevar el dolor que cada uno carga.

Esta vez no pudo evitar sentirse mal por ella, sabía su historia, al menos, la parte que Beatrice decidió contarle; y era cierto, no le había sido fácil reponerse de todo lo que padeció. Tuvo un matrimonio, siendo muy joven, donde la ilusión del primer amor abanderaba un futuro de promesas, las cuales, al poco tiempo, se volvieron un castigo de mentiras y traiciones; y lo peor, de maltrato físico y emocional. Tres años de humillaciones y malos tratos marcaron su vida, según ella, y donde su exmarido se convirtió en el fantasma de sus pesadillas y en el detonante de sus crisis emocionales, y que la llevaron a recibir terapia durante varios meses. No podía reprocharle nada, ella también tenía su buena cuota de tragedia a la espalda y no se merecía su hosquedad.

—Tienes razón, lo entiendo —contestó.

—¿Eso quiere decir que me perdonas?

Por la posición que tenía ella, aún recostada en su pecho, no lo vio cerrar los ojos, meditando y dudando su respuesta; pero sí lo sintió respirar profundo.

—Solo espero que tengas muy presente lo que hemos hablado, Beatrice. Está bien, olvidemos lo sucedido, ¿te quieres quedar a cenar? —Se apartó de su lado para mirarlo, sonriendo.

—Acepto tu propuesta, pero antes... tengo una para ti mucho más entretenida. —Lo vio achicar los ojos, intuyendo a qué se refería, y no esperó más.

Comenzó a desabotonar su camisa. Mientras lo hacía, iba dejando besos por todo aquel deseable y trabajado torso. Gael pensó en detenerla; la conversación de hacía unos momentos lo había contrariado, pero al sentirla acariciarlo y, a la vez, sensualmente rozar su cuerpo contra el de él, no pudo evitar que su deseo masculino despertara con la urgente necesidad de enterrarse en ella y olvidar, especialmente eso... ¡Olvidar!

Beatrice terminó deshaciéndose de todo sin dejar de tocar algunos lugares sensibles, esos que sabía estaban a punto de enloquecerlo. No se detuvo un segundo en sus caricias, dejándolo solo con la ropa interior y masajeando su miembro por encima de esta, dispuesta a llevarlo al límite de aquella necesidad por el sexo que compartían y que los dejaba siempre satisfechos a ambos. Sonrió como una felina, según la parte de su cuerpo más deseada por ella crecía entre sus dedos, pareciendo que en cualquier momento podría

romper la tela que todavía la cubría. Estaba duro, excitado y listo para entregársele, y el provocarle sentirse así, la complacía como nada en el mundo. Los besos, que en un principio eran lentos, terminaron por volverse voraces, salvajes.

Gael la alzó dejándose llevar por lo que aquella atrevida boca le hacía a su cuello, retándolo a controlar todo su deseo para no terminar siendo brusco con ella. La llevó hasta el sofá, recostándola, y estando allí actuó como era ya su costumbre...

—Desnúdate ya...

Beatrice tragó en seco, como siempre, su falta de romance y de ternura le dolía; pero apartó de su mente esa sensación de vacío y lo complació. Él se había convertido en su mayor premio en la vida, en su constante necesidad; dolorosa la mayoría de las veces; no obstante, necesaria al fin. No iba a apartarse de él ni dejaría que nada ni nadie lo hicieran, costara el precio que fuese. Gael era suyo y, aunque tuviera que adaptarse a hacer grandes sacrificios por retenerlo a su lado, no le daría nunca la oportunidad para alejarse de ella.

Completamente desnuda ante él, lo vio deshacerse de su ropa interior. La impresión al verlo así nunca cambiaba: la de un hombre que podía remover, apropiarse y doblegar con aquella perfecta desnudez la libido de cualquier mujer; y era solo a ella a quien le pertenecía disfrutar de aquel privilegio, pensó satisfecha, tirando e ignorando a un lado su orgullo herido.

Gael se dejó caer sobre su cuerpo, no sin antes sujetarle con una de sus manos las dos de ella y llevarlas sobre su cabeza. Se apropió de su cuello, de sus pechos... Sus labios la recorrieron con deseo animal; como el macho que solo necesita copular a la hembra y desahogar en ella toda su virilidad. Bajó la mano libre hasta su intimidad, como siempre, la humedad en ella le aseguraba el paso; aun así, decidió alargar el deseo de poseerla.

Beatrice se removía bajo el calor de su cuerpo y todo en ella le gritaba que lo quería dentro, profundo, no creía aguantar mucho tiempo más.

Él la complació con sus dedos, penetró y acarició su entrada una y otra vez hasta hacerla suplicar.

—Por favor... Gael... Ahora... Lo necesito.

—Libéralo, no lo retengas más, y entonces te daré lo que me pides de una sola vez —le contestó sofocado, rudo, sin dejar de irrumpir con su mano en ella, sintiéndola empapada por sus fluidos y adivinando que estaba a punto del orgasmo.

Este llegó, su espalda se hizo un arco bajo sus brazos, y mientras la veía intentar recuperarse, se apartó un poco hasta la pequeña mesa de al lado, abrió su cajón superior y buscó allí hasta dar con un preservativo.

—¿Estás lista? —preguntó, deslizando la protección en su miembro, masajeándolo a la vez ante sus lujuriosos ojos. Ella asintió, con el pecho todavía subiendo y bajando... La respiración muy agitada.

Se volvió a poner sobre ella.

Esta vez, sus manos fueron a su trasero, levantándolo un poco para poder entrar profundo. Beatrice se abrió para él y sintió la suavidad de la punta de su pene tentando su entrada. Cerró los ojos para disfrutar al máximo ese momento, en el que lo sentía solo suyo, en su interior, perteneciéndole por completo. La certeza de saber que el amor era un complemento inexistente entre ellos la golpeó por algunos segundos, pero se trataba de aceptarlo o perderlo para siempre, y esto último no era siquiera una mínima opción para tener en cuenta.

Gael entró en ella de un solo impulso, dejando libre un crudo gemido al sentirse envuelto por su carne. Según sus movimientos se hacían más rápidos y casi salvajes, intentaba pelear con aquellos recuerdos que batallaban por aparecer; esos que invitaban siempre a su alma a recordar el momento en que el amor verdadero lideraba aquella entrega. Ese en el que tembló como un niño, en el que una mezcla de temor y orgullo lo invadió y lo hizo sentirse el hombre más feliz de toda la existencia, sintiéndose bendecido por el más sublime de los sentimientos, para luego querer morir y destruir al cabrón mundo que fue capaz de arrebatárselo para siempre.

Apretó fuerte los ojos, espantando cualquier sensación de culpa, repitiéndose que la vida, y sus injustos designios, era la responsable de quién era él ahora: tan solo un ser frío y vacío. Un estuche hecho de piel humana dejándose llevar solo por sus instintos animales y de supervivencia. Se mordió el labio, y con su mente perdida, enfurecido por aquel desamor al que fue condenado cuando el destino decidió arrancarle lo que más quería, decidió ser egoísta y aceptar lo que se le ofrecía a cambio: a aquella mujer que temblaba de placer entre sus brazos y acataba sus propias reglas y condiciones.

Levantó entonces un poco más el cuerpo de Beatrice hacia él, casi hasta quedar sentados, y agarrándola fuerte por sus caderas la instaba a subir y bajar sobre su entrepierna sin importarle que sus dedos dejaran marcas rosáceas en ella, escuchándola emitir aquellos sonidos que terminaban drogando sus

sentidos. Esa era la idea: no recordar, no sentir y... ¡No esperar nada...!

La embistió fuerte, como un desquiciado, escuchándola soltar un grito erótico y dejando caer hacia atrás su cabeza para, cuando la vio dejarse arrastrar por el clímax de su cuerpo, vaciarse en ella pudiendo encontrar, al fin, en aquel placer sexual, la momentánea liberación de su más sufrida carga...

Capítulo 8



Fumaba un puro frente a la piscina de su residencia mientras, según expulsaba el humo, no dejaba de caminar de una esquina a la otra como un león enjaulado. La impotencia lo carcomía, y por más que buscaba una forma de salirse con la suya y lograr que aquel petulante muchachito tuviera en cuenta sus opiniones, no la encontraba.

—Bufando así solo lograrás que te dé una apoplejía, Guillermo.

Nora se le acercaba con una cerveza fría para ofrecerle, lo conocía demasiado, y desde que lo vio llegar andando como perro rabioso, entrando primero a su despacho por un habano para luego irse en busca de aire a la terraza, supo de inmediato que algo lo había desequilibrado en la empresa.

Su marido la miró con el rostro contraído, aceptando la bebida que le entregaba.

—Pensé en traerte una tisana, pero sabes cuánto aprecio mi vajilla china, y, teniendo en cuenta cómo estás, imaginé que no debía arriesgarme a que la descompletaras haciendo añicos una de sus finas piezas. Dime, ¿qué sucedió ahora con los Alcázar?

Guillermo Sandoval se tomó su tiempo para contestarle, dio un largo trago a la cerveza, saboreándola, sin dejar luego de mirar la botella en sus manos

como si controlara el impulso con el que pudieran salir sus palabras, pues estas podían llegar a parecer un aullido de animal herido, porque así se sentía.

—¡Ese nieto de Román tiene la capacidad de hacerme querer asesinarlo! ¡Y no sé por cuánto tiempo más logre controlar mi instinto y mi rencor por él! —habló con el odio dibujado en su rostro.

—¿Rechazó alguno de los contratos que estás gestionando? —La miró fijo, devolviéndole por respuesta una sonrisa torcida.

—No lo rechazó, ¡pero el muy hijo de puta lo puso en espera hasta su regreso de Alemania! Un viaje que, cabe notar, harán solo él y su tío, cuando fui yo... ¡Yo! —Se golpeó el centro del pecho señalándose—, quien logró finiquitar esa transacción. ¡Tengo derecho a estar ahí, a representar a la empresa y a ser parte de sus decisiones!

—¿Pero cuál explicación te dieron para que no viajaras con ellos? —preguntó extrañada.

—¡Una muy sagaz! —Respiró profundo intentando calmarse—. Según escuché, el nieto pródigo quiere que me quede en América porque su abuelo me necesita para poder cerrar el contrato con los ingleses. ¡No me jodan! Eso está prácticamente cerrado y Román puede encargarse de terminar lo que falta perfectamente sin mí. Estoy seguro de que es Gael quien no me quiere viajando con ellos. —Volvió a tomar un trago de su bebida—. Pero no le daré el gusto de sacarme del camino. Lo que tenga que hacer... ¡Lo haré! ¡Me lleve por delante a quien sea!

Su esposa fue a decirle algo, pero no le dio tiempo, con rudeza puso la botella casi vacía en sus manos y se alejó de ella, dejándola con una dolorosa zozobra en el interior. Sabía que si ese rencor y esa envidia enfermiza que su marido sentía por la familia Alcázar seguían alimentándose, terminarían muy mal todos, especialmente su propia familia, y ese era su mayor temor.

—Entonces, hijo, ¿qué han decidido?

Se encontraban cenando, tan solo faltaban Viviana y Gael en aquel momento familiar de los que acostumbraban a reunirse en la residencia Alcázar la mayoría de las veces; ya que, aun cuando todos contaban con su propia vivienda, aquella casa era el lugar donde permanecían habitualmente juntos, y en la cual cada uno tenía su propio espacio por deseo de Román y su esposa.

Nancy, Octavio, Adela y Rolando prestaban atención, mientras disfrutaban

de sus alimentos, a la pregunta de Román. Del otro lado de la mesa, Elena e Ignacio ayudaban a la pequeña Alma a cortar sus vegetales, incitándola a que los comiera y lidiando con el rostro de protesta en la pequeña.

—Gael me acompañará, papá, esta tarde nos pusimos de acuerdo; aunque nos faltan algunos detalles por coordinar, creo que está todo listo para el viaje a Alemania —contestó Octavio.

—¿Cuánto tiempo crees que demoren estando allá? —Se interesó en saber Rolando, según pinchaba en el plato un trozo de la ternera al vino que degustaban.

—Yo calculo que máximo entre ocho a doce semanas, pero ya sabes que puede extenderse un poco si encontramos pormenores o inconvenientes para nosotros dentro de los términos del posible contrato de unificación con la sucursal de Washington.

—Es un acuerdo muy delicado, hermano, y también mucho tiempo para ustedes; pero según me estuvo explicando papá, cualquier revisión y cautela no estará de más. Estoy tranquilo con que esto lo hagan en equipo, tú y mi hijo.

—La idea es unir mi experiencia a la sagacidad y visión futurista de Gael; sé que saldrá bien, Rolando —le respondió complacido por su confianza, levantando su copa en señal de un brindis, siendo este correspondido.

Román Alcázar, desde la cabecera de la mesa, los observaba y escuchaba complacido. Se sentía orgulloso. Su legado y su empresa, la que tanto esfuerzo y sacrificio le costó levantar, estaban en buenas manos; y no había mayor recompensa de vida para él que ese.

—Por cierto, padre —intervino Rolando—, ¿fue a hablarte Guillermo? Me vino a ver a la oficina y lo noté un poco ofuscado porque Gael le dijo que no viajaría con ellos. No supe qué explicarle, solo que la directiva no era mi área y que mejor te preguntara a ti.

—Sí, ya hablé con él del asunto. —Respiró fuerte y bebió un trago de su bebida antes de proseguir—. Le expliqué que lo necesitábamos aquí para finiquitar con Londres. Al final lo entendió, pero ya lo conocen, se apasiona mucho con el funcionamiento de la empresa y llega a creer que si no está él presente, algo puede llegar a salir mal.

—Sandoval debe comenzar a dar espacio en lo que a asuntos internos de la compañía se refiere, padre. Apreciamos su trabajo, al final es quien nos prepara el camino limpio, legalmente hablando, pero de ahí en adelante su función termina. Perdón si no estoy siendo justo, pero creo que él cada vez tiene más problemas para aceptar eso.

Octavio nunca se había atrevido a ser tan directo en la intuitiva opinión que tenía acerca del abogado de su padre; pero la verdad era que, a medida que el tiempo había pasado, sus dudas acerca del comportamiento irracional de este aumentaban.

—Es tan solo la edad, hijo. Sandoval ha sido un pilar importante en Alcázar Enterprise los últimos siete años, y eso no podemos negarlo —alegó, pensativo y un poco preocupado, intentando ser condescendiente con su amigo, al que, a pesar de su errático carácter, consideraba un gran profesional de las leyes.

—¿Y no será que el que cedieras la presidencia a Gael no es de su total aprobación como nos ha hecho ver? —insistió Octavio sin pretender sembrar inquietud, pero sin dudas lo había hecho dado el silencio de los demás tras sus palabras—. Discúlpame, papá, es solo que... No sé, a veces me parece que Guillermo no tolera acatar una orden de mi sobrino, su mirada es como desafiante con él y...

—¡Ya terminé mi brócoli! Y no quiero más hasta dentro de... ¡Así de años! —Alma abrió y cerró sus dos manitas varias veces, interrumpiendo la conversación en la mesa y enseñando sus dedos con una simpática carita, haciendo graciosos gestos de rechazo, ante los que todos rieron enamorados de aquella preciosa niña.

—Pues quiero que sepas, cariño, que es muy importante que lo comas para crecer grande y fuerte —le explicó su padre sin dejar de sonreírle mientras limpiaba sus pequeñas manos con una servilleta, y recordando que a él tampoco le hacía gracia alguna cuando de niño le insistieron en comerlo, por muchas razones que le dieron los adultos, pero obviamente, eso era un secreto que no le podía decir a su hija.

—Pues no me gusta *nadita*, papi —contestó arrugando su nariz.

—Bien, preciosa, prometo que Ligia buscará la forma de cocinarlos diferente para ti la próxima vez, y yo la ayudaré con eso, ¿vale? —La vio Elena asentir sonriendo—. Ahora vamos para que te apees y te cambies la ropa —le pidió cariñosa su bisabuela, tomándola de la mano e incitándola a levantarse de la mesa.

—Sí, abuela Elena, pero... ¿Puedo antes practicar un poquito con el piano? Debo hacerlo muy bien para que mi nueva maestra esté feliz y orgullosa de mí.

Cuando la niña mencionó su deseo, Ignacio no pudo evitar aquella sensación de alegría recorriéndole el cuerpo al recordar el dulce rostro de

Romina, y la sonrisa involuntaria que se dibujó en sus labios dio fe de ello.

—A todos nos alegra mucho verte tan entusiasmada con tu nuevo colegio, princesa —habló su abuelo, Octavio—. Seguro que destacarás mucho allí y también aprenderás más del piano.

—Sí, abuelito, estoy feliz y... ¡Mi maestra es muy, muy, muy linda! ¿Verdad, papi? —Lo miró con las dos manitas apretadas y los ojitos brillantes.

A su padre lo abrumó al sentir aquel temor y emoción a la vez. Por algunos segundos, se quedó en silencio, solo observándola y sin saber por qué le costaba responder aquella sencilla pregunta de su hija; pero se dio cuenta de que todos lo miraban y, luego de tomar aire profundo, confirmó lo que su niña decía.

—Así es, cariño, es muy... bonita tu maestra de piano y también muy amable. —Una sonrisa tierna y espontánea fue la respuesta que le devolvió la pequeña.

—Bien, ahora sí nos vamos, traviesa —insistió Elena.

La consentida de toda la familia se acercó a cada uno de los que estaban a la mesa antes de retirarse, y no se fue sin primero dar un beso de buenas noches, dejando para último lugar a su padre, de quien se colgó del cuello por unos segundos abrazándolo fuerte.

—Es un encanto de nena. —No pudo evitar comentar su abuela Nancy, mirando a su esposo primero y luego viendo a su nieta alejarse de la mano de su suegra.

—Y tanto —contestó este—, has hecho un gran trabajo, hijo. Te felicito y te agradezco tanto por esa bella nieta.

—Todos estamos orgullos, sobrino —intervino Rolando mirando a Ignacio, después de ver en la sonrisa de su padre y de su esposa, a su lado, que todos compartían el mismo sentimiento por aquella criatura.

—Sí, creo que no lo he hecho tan mal hasta ahora para ser un padre... abandonado. —La hiriente ironía no podía ocultarse en sus palabras tras la sonrisa forzada en su rostro.

Terminó expresando aquello con dureza, arrastrando cada sílaba, él mismo se dio cuenta de esto y sabía que su familia se había quedado observándolo, pero no levantó el rostro hacia ellos. Comenzó a servirse el postre en su platillo intentando quitar peso e importancia al asunto; cuando, en realidad, era consciente de cuánto ese tema no solo lo hería y molestaba a él, sino a los suyos también.

—Lo importante es que tenemos mucha fe en que esta vez Almita se logre

adaptar muy bien a la escuela. Solo hay que ver su carita entusiasmada y feliz hablando de la maestra —añadió Nancy acercando su mano a la de su hijo, y esperando darle ánimos con sus palabras. Como madre sabía cuánto había sufrido su muchacho desde que su nieta nació.

Ignacio, finalmente, levantó la vista hacia ella. Por el rabillo del ojo se percató de la expresión seria de su abuelo y de sus tíos, haciéndole compañía la de su padre. Y eso era lo que menos quería recibir de parte de nadie: ¡compasión!

—Voy arriba con Alma y la abuela. —Se limpió las manos y deslizó hacia atrás la silla, levantándose y dejando en la mesa la servilleta—. Conozco a mi hija y se cuán difícil es a la hora de dormir. Buenas noches para todos.

Se acercó a su madre y le besó la frente, para seguido alejarse escuchando cómo los demás le deseaban un buen descanso también.

Por algunos minutos, el silencio fue el protagonista hasta que Nancy lo espantó con su pregunta.

—¿Creen que algún día encuentre mi hijo la felicidad que merece? —Sus ojos de madre regalaban un brillo opacado por las lágrimas que pugnaban por salir.

—Claro que sí, hija —afirmó su suegro—. Allá afuera... —señaló con el dedo hacia el gran ventanal de cristal a su espalda— hay una chica tan especial como mi nieto esperando unir su destino al de él, es solo cuestión de tiempo.

—Eso espero, suegro, eso espero sinceramente, porque... ¡Nuestro Nacho ha tenido ya bastante cuota de desilusión en esta vida! —contestó dolida, levantándose y alejándose también de la mesa.

En unas oficinas, en el centro de la ciudad...

—Entonces, ¿qué crees de la propuesta?

El hombre que preguntaba mantenía los codos sobre el escritorio y con una mano apoyaba su mentón. Estaba a la expectativa, esperando que su acompañante, sentado frente a él, terminara de revisar la documentación que acababa de extenderle. Era muy alto, de cabello rubio y ojos azules; además, el que su tez fuera tan clara le hacía tener enrojecido el rostro debido al efecto de la calefacción del lugar o, quizás, era a consecuencia de la ansiedad que sentía, evidenciándolo con un poco de sofoco, por lo que se levantó y graduó

el termostato. Mientras lo manipulaba, escuchó a su espalda la pregunta que le hacía la persona por la que, en silencio, había esperado durante casi media hora su opinión.

—¿Cuándo dices que debemos reunirnos con el cliente, Iván?

—Nos dieron cita para finales de la próxima semana —respondió, regresando a la mesa después de tomar una botella de agua de la pequeña nevera con la que contaban allí, y comenzar a beberla.

Armando continuó atento y hojeando unos segundos más el contrato, aun sin firmar por ellos, que le había pedido revisar su cuñado. Todo parecía en regla y, efectivamente, era una oportunidad muy lucrativa para su pequeña empresa de construcción.

—Esta gente no es cualquier cosa, Iván, hablamos de una empresa millonaria y, aparentemente, esta es tan solo una de sus sucursales. ¿Te has preguntado por qué nos hacen la oferta precisamente a nosotros? —dijo, dudando por un instante, desconfiado—. No quiero ser ave de mal agüero, cuñado, pero seamos realistas: somos una empresa bastante pequeña en comparación con las que estas personas pueden llegar a poder contratar para construir sus almacenes, más teniendo en cuenta las facilidades de costos y materiales que ellos ofrecen.

—Según Boris, los dueños son de raíces hispanas y les gusta dar oportunidad a negocios pequeños. Vaya, que parece que son unos altruistas solidarios con eso —comenzó a explicar—. Esta es la sucursal que tiene que ver con el área agrícola y ganadera que tienen, que incluye a sus dos haciendas, y la cual dirige una de las cabezas directivas de la familia. Es, además, el negocio con el que comenzaron y uno de varios de los que conforman la casa central o matriz.

Armando regresó a la primera página y leyó nuevamente el nombre, en letras negras y muy bien enmarcadas: Alvizar & Comercial Enterprise Corporation.

—Pues si es como dices, creo que todo está en regla y que el proyecto amerita que le prestemos atención cuanto antes —le confirmó a Iván.

—¿Cuento entonces contigo para ir a verlos?

—Por supuesto, allí estaremos. Me llevo de todas formas todo esto para revisarlo una segunda vez en casa con más detenimiento. ¿Te parece? —le dijo organizando toda la documentación en la carpeta.

—De acuerdo, sabes que confío completamente en ti y en tu criterio; a mí solo háblame del trabajo en bruto; de la burocracia y el papeleo te encargas tú,

como siempre, ¡señor embajador! —Los dos se echaron a reír, aunque para Armando su sonrisa fue más parecida a un mohín de sus labios fruncidos al escuchar llamarlo así.

Ambos se levantaron a la vez y comenzaron a ponerse los abrigos para salir de la pequeña oficina, ya que el invierno arreciaba con fuerza.

Iván era un hombre que impresionaba con su estatura, un luchador de la vida, y siempre mantenía una actitud decidida y fuerte ante ella. Se acercó a su cuñado y le palmeó el hombro al verlo quedarse un poco serio y pensativo mientras se ponía los guantes, quería transmitirle su optimismo.

—¡Creo que ahora sí la pegamos con este trabajo, Armando! —expresó emocionado—. Era lo que estábamos esperando: un contrato de peso que nos hiciera salir adelante. ¡Creo que nos cayó del cielo, socio!

—O lo trazó el destino, Iván, me gusta más pensar así; además, después de tanto esfuerzo de años ya era hora que nos tocara. ¿No crees?

—¡Por supuesto que lo creo!

Al salir les golpeó a ambos la gélida brisa, se estrecharon las manos e Iván les envió cariños a sus padres, a su hermana y a su sobrina, junto a la promesa de reunirse todos el siguiente fin de semana. Armando fue igualmente recíproco, envió saludos para su esposa e hijo, y ambos se dirigieron, tras despedirse, a sus autos para regresar a casa. Cada uno con grandes expectativas puestas en los días que se avecinaban.

La noche caía como era costumbre de la época: fría, callada y acompañada de los susurros de la fuerte ventisca invernal colándose entre las fastuosas luces de los edificios de la ciudad, y removiendo impetuosa la vegetación a su alrededor.

Rolando Alcázar había tenido un día pesado, lleno de compromisos y pormenores empresariales que finiquitar. A media mañana, recibió un mensaje de su esposa diciéndole que esa noche prefería quedarse en su apartamento de Lincoln Avenue, y que lo esperaba allá. Se sintió tenso toda la tarde por esto.

Hacía mucho tiempo que, especialmente en estas fechas de finales y luego principios de año, todos preferían estar reunidos con sus padres en la «casona familiar», como llamaban a la amplia residencia de la que Román y Elena habían hecho más que su propio hogar, el de sus hijos y sus familias. Además, se había convertido en una hermosa tradición que cada uno disfrutaba y amaba seguir.

El hecho de que Adela se hubiese ido a su apartamento ese día y le pidiera no solo verse allí, sino también le comunicara su deseo de quedarse toda la noche, lo tenía más que mortificado y no le había permitido tener paz en todo el día. Las cosas entre ellos se habían tornado tensas desde hacía algunas semanas, cuando su mujer logró dar con aquellos documentos de investigación que tan celosamente guardara por años, incluyendo la vieja nota que le entregara Narciso la noche de la huida, hacía tanto tiempo ya.

Al principio, creyó que después de tanto dolor y sacrificio se ganaría el desprecio de su esposa, a quien amaba más que a su vida, debido a las decisiones que tomó entonces. Gracias a Dios, se decía, ella terminó por entenderlo aunque no justificó su proceder, dándole el beneficio de la duda y el tiempo necesario para intentar enmendar su error.

«Pero... ¡¿Cómo lograrlo sin perder en el camino al ser que más amo?!», se cuestionó.

Absorto en sus pensamientos, llegó hasta la entrada del garaje del edificio donde vivían o, al menos, donde se aislaban cuando querían estar a solas. Digitó el código de seguridad y, tras abrirse las puertas, condujo hasta el espacio asignado para su auto.

Salió de este y sacó del maletero su portafolio y una bolsa con un ramo de gardenias, el cual había comprado de camino junto a una botella de licor, Amaretto, el favorito de su esposa, y tras respirar hondo, se encaminó a encontrarse con ella.

El lugar era tranquilo; una construcción moderna, residencial, que se levantaba en el corazón más cosmopolita de Houston, y en el cual decidieron comprar su vivienda cuando vendieron la casa en las afueras de la ciudad. La primera que obtuvieron en este país y de la cual, a pesar de tenerle mucho apego emocional, decidieron deshacerse cuando su hijo se hizo de su propio lugar y terminó independizándose, mucho antes de lo esperado por ellos. ¿Para qué querían una residencia tan grande si iban a estar solos?, se preguntaron en esa época.

Ensimismado en sus pensamientos, se percató de que ya había llegado a su piso. Pasó con un poco de dificultad todo a una mano, teniendo especial cuidado en sujetar el ramo de flores bajo su antebrazo, para poder abrir, y al lograrlo, lo primero que hizo fue llamar a su esposa en cuanto pasó a la sala y cerró tras de sí.

—¿Cariño...? Estoy aquí... ¿Adela?

Dejó su portafolio en el sillón más cercano y se acercó a la isleta de la

derecha, donde tenían un extenso bar en forma semicircular, dividiendo el salón principal del área para ver televisión, o *family room*, como comúnmente se le llamaba en América. Era un apartamento amplio pero sencillo, y decorado con un estilo casi minimalista, donde predominaban los colores claros. Sobre la brillante superficie de la barra puso las flores y el vino, y sin esperar más se dirigió al pasillo que conducía a las habitaciones, preocupado por no recibir respuesta de ella. Finalmente, al entrar a la principal de todas, la del matrimonio, la encontró recostada y con los audífonos puestos. Entonces se acercó y se arrodilló con cuidado a su lado, besándole la frente. Adela abrió los ojos y los dos se miraron por algunos segundos.

—¿Cómo estás, cariño? —pregunto él, tímido, y un poco nervioso esperando su respuesta.

Adela se incorporó un poco para reclinarse en el cabezal de la cama. Luego se acomodó una almohada como soporte en la espalda, retiró sus auriculares y se pasó las manos por el cabello.

—Estoy bien, quise venir aquí en busca de un poco de... tranquilidad —contestó con una evidente expresión de preocupación en su rostro.

—¿Tranquilidad? ¿Acaso sucedió algo? —se angustió Rolando al escucharla expresarse tan decaída.

Adela levantó la vista a sus ojos junto al gesto de tomarle las manos, apretándoselas entre las suyas.

—Nada... Solo que después de la conversación que tuvimos, sé que tu mamá no me dejará tranquila hasta que le diga a qué me refería la otra noche. —Los dos quedaron en silencio, hasta que ella lo rompió con su petición—. Debes decírselo ya, mi cielo, por favor...

Rolando enseguida supo a qué hacía referencia y no pudo evitar tensarse de inmediato. Se levantó de su lado y se alejó hasta la esquina de la habitación, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón, pensativo durante varios segundos antes de contestarle.

—Si aún no me perdona del todo la forma en la que lo traje a este país, imagina cómo reaccionará cuando sepa toda la verdad, Adela. —Se frotó el rostro y tomó aire—. No podré soportar su rechazo. Vivir con el distanciamiento que ha levantado entre nosotros ha sido extremadamente doloroso; si tengo que, además, soportar el odio de mi hijo, sería mejor mor...

—¡No digas semejante barbaridad, Roly! —lo interrumpió su esposa al adivinar cómo acabarían sus palabras. Terminó por incorporarse y fue hasta él, acariciándole los hombros—. Gael es un alma noble; cuando le expliques

las circunstancias, entenderá. Sé que será un momento difícil, para mí lo fue al saberlo todo, pero finalmente logré comprender y...

—¡Con él será diferente, Adela! —Se alejó de ella con las manos, esta vez, cruzadas en la nuca—. ¡Empezando porque no me creerá cuando le diga que me enteré de todo justo en medio de aquel manglar, a punto de ser perseguidos como animales!

—¡Yo te creí!

—¡Es diferente! —Necesitó respirar de nuevo—. Me equivoqué, tienes razón. ¡Todos la tienen! —Pasó una mano por la frente demostrando su frustración y el dolor que le provocaba aceptar su grave error—. Subestimé a mi hijo y, lo que es peor, no valoré entonces el gran amor que sentía... ¡No! —Levantó los ojos a su esposa, que lo observaba y escuchaba con los suyos brillantes y humedecidos—. ¡Que siente por ella! A estas alturas, nos queda claro a todos que Gael no volverá a ser el mismo, y que todos esos acontecimientos tan difíciles del pasado no son siquiera una mínima parte de la causa del dolor que carga. El mayor culpable es el hecho de haberla perdido a ella, y no sabes cómo quisiera revertir el tiempo, Adela.

—¿Por qué no confiaste en mí? —reprochó su esposa.

—Te lo he dicho muchas veces... —respondió agotado—, mis planes eran otros. Pretendía llegar aquí, contactar con ellos y explicarle todo acerca de nuestro hijo. Seguir manteniendo contacto y, cuando llegara el momento, contarle a Gael. Quizás él hubiese podido regresar y... ¡Dios! Todo se enredó más al recibir la noticia de que ellos también habían salido de Cuba, supuestamente con destino a Rusia.

Alisó su pelo hacia atrás y se dejó caer en el sillón de la esquina de la habitación cubriendo el rostro con las manos.

Adela, por su parte, dio unos pasos a la cama y se sentó en ella, pensativa. Los minutos pasaron, en silencio, como si entre ambos meditaran y revivieran cada palabra dicha en el pasado y cada consecuencia que estas terminaron trayendo al presente hasta convertirlo en una constante incertidumbre. Ella observó a Rolando, que recostó la cabeza hacia atrás cerrando los ojos.

Se incorporó y caminó hasta el pequeño escritorio del saloncito anexo a la habitación. Al llegar a este, se acercó a la pared y desmontó un cuadro de una pintura campestre, dejando ver la caja fuerte incrustada que había detrás. Digitó la combinación, la abrió levantó varios sobres de la abundante documentación importante que allí se guardaba, para coger el que le interesaba.

Al volver a donde estaba su esposo, lo encontró todavía sentado en el mismo lugar, esta vez con el cuerpo inclinado hacia delante y los codos apoyados en los muslos. La miró intrigado, pasando sus ojos de lo que traía en sus manos a su rostro, era obvio que sabía lo que contenía aquel sobre.

—¿Qué pretendes, Adela?

Ella lo miró sin contestarle y comenzó a sacar el documento para abrirlo ante él. Era una copia de la hoja de una historia clínica, proveniente del hospital general de Pinar del Río, en Cuba, con fecha de más de una década atrás. Los años habían logrado que la amarillez de esta no dejara muy visibles algunas de las palabras escritas allí con tinta regular, mucho menos por ser una copia y no un original; pero sí había mucha información que era absolutamente clara al leerla:

Nombre: Romina Sanfield.

Diagnóstico: Cardiomiopatía congénita, complicada con una insuficiencia cardíaca y un paro respiratorio postquirúrgico.

Procedimiento: Trasplante.

Condición postoperatorio: Estable.

Recomendación o conducta médica a seguir: Traslado al hospital CIMEQ, en Ciudad de la Habana, bajo tratamiento estricto y prescrito por el profesional especialista a cargo en sala de C.I. Pronóstico reservado.

Debajo, una extensa anotación médica ininteligible, como era habitual en la peculiar caligrafía de los galenos, y seguido de esta, en el espacio en blanco que quedaba en la hoja, la confirmación de una torturante verdad arrastrada por más de doce años como una lápida.

Mi estimado amigo Rolando:

Aquí te hago llegar con Narciso la prueba de lo que me pediste averiguar. Como verás, creo que esto ha sido un lamentable error de información. La chica Sanfield no falleció; hoy me aseguraron algunos colegas de intensivo, y no sin antes hacerme jurar absoluta discreción; ya que no sé por qué razón el hospital está manejando esto como una situación confidencial y de estricta prohibición para el conocimiento público, que la joven fue trasladada de forma inesperada al hospital CIMEQ. Al parecer, detrás de esto hay algún «pez gordo», mi hermano, ¡ya sabes!, uno que obviamente no quiere que salga a la luz el hecho de que está haciendo uso

de sus influencias en beneficio de un familiar, eso es lo que me parece a mí. En fin, luego de lograr obtener esta copia de su historia clínica, confirmé, además, que la paciente sí está ingresada en este hospital y continúa estable; pero aún en las manos de los intensivistas.

Deseo, hermano, haberte sido de ayuda. Buen viaje y que la suerte esté con ustedes.

Un abrazo

Dr. D. (Espero comprendas el porqué solo pongo mi inicial)

Adela levantó los ojos de la hoja al rostro de su marido, que permanecía quieto, observándola leer.

—Esto es hora de que esté en manos de nuestro hijo, Rolando. —Él, al escucharla, abrió los suyos, espantado, y se acercó.

—¿Acaso tienes una idea de lo que dices?! —contestó alterado y asustado a la vez.

—¡Por supuesto que la tengo! ¡Nuestro hijo no merece seguir engañado! ¡No lo entiendes?! —

La miró desesperado e intentó calmarse.

—Dime algo... —retiró de sus manos el documento y pasó la vista, triste, por este—. ¿Qué vas a decirle cuando se lo entregues? ¿Le podrás decir dónde está ella? ¿Tienes datos precisos que le permitan encontrarla?

Silencio, solo silencio y tres pasos atrás para luego darle la espalda, fue todo lo que recibió de su esposa como respuesta.

—Durante los primeros meses, tras nuestra llegada, hice lo indecible por hacer todo tipo de averiguaciones con los pocos amigos con los que pude comunicar y que estuvieron dispuestos a ayudarme, ya que sabes que con nadie de tu fami...

La vio tensarse a pesar de estar de espaldas a él, y se arrepintió de inmediato por ser tan imprudente y casi llegar a tocar un tema tan sensible, como era el de los Belmonte y su doloroso rechazo.

—Lo siento... —Ninguna reacción a su disculpa obtuvo—. Solo quiero que sepas que no fui un indolente. Claro que quise saber, indagar qué era lo que estaba pasando en Cuba respecto a Romina y su familia. Los primeros meses supe que continuaba igual a como la dejamos la última vez que la vimos en el hospital: en coma. —Tragó en seco y se llenó de fuerzas para llegar al final de toda aquella conversación—. Luego me alegré mucho cuando supe que había sido dada de alta en el hospital, eso quería decir que había salido

adelante. Pedí hacer contacto con ellos, incluso Narciso viajó a la capital con ese propósito; pero todo cambió al saber que su padre había estado envuelto en una situación bastante seria y delicada con el gobierno, no me dieron detalles, solo que estuvo detenido casi tres meses y pendiente a ser juzgado.

»Más tarde, deduje que había sido algún asunto político cuando llegó hasta mí la noticia de que Romina y su madre salieron de regreso a Rusia primero, y de que Sanfield las siguió poco tiempo después cuando...

—Nunca me dijiste cómo lograste obtener tanta información acerca de ellos —lo interrumpió, volviéndose de frente a él. La verdad era que esto no había logrado entenderlo aún.

—Deberías saber a estas alturas que en Cuba, la mayoría de las veces, no existe estatus social, político o cargo en el gobierno que no se doblegue a unos billetes por debajo de la mesa, menos si se trata de «moneda dura» —contestó seguro de que entendía a qué se refería y a lo que tuvo que hacer para lograr toda aquella información en la distancia, y el verla asintiendo, se lo confirmó.

—¿Qué más sabes? —indagó. Era el momento de conocer todos los detalles que faltaban.

—Lo último que supe fue eso, que habían salido de regreso a Rusia. ¡Ah! —Se tocó la frente al recordar—. También me hicieron llegar, mucho tiempo después, la noticia de que los abuelos de Romina vendieron la casa de Viñales, y eso fue otro contratiempo para no poder llegar a saber más y lo que me hizo creer que algo muy serio sucedió en esa familia tras nuestra salida. Quizás por ellos hubiésemos podido saber una dirección en Rusia, o... ¡No sé! Algún dato que nos facilitara contactar con ellos, pero no fue posible. —Nuevamente el silencio los envolvió por algunos minutos.

—Ahora... —dudó Adela lo que quería decir— existe mucho avance tecnológico. Redes sociales, por ejemplo. Tal vez Gael pueda, al saber todo esto, tener un poco de esperanza en su vida y por fin cerrar un ciclo que le ha hecho tanto daño, y además...

—¡Cariño...! —interrumpió sus palabras—. Te has puesto a pensar si... —No quería escucharse cruel, pero necesitaba que fuese objetiva.

—¿Si... qué? —insistió.

—¿Y si Romina finalmente no sobrevivió? ¿Y si lo hizo, pero su condición no es la misma y...? —La vio cubrirse el rostro, sollozando.

—No puedo más con esta mentira. ¡No puedo más! ¡Es a nuestro hijo al que traicionamos con nuestro silencio cada día! ¡¿No lo ves?! ¡No tenemos derecho a esto, Rolando! —gritó histérica, deshecha por el cargo de

conciencia que llevaba martirizándola cada vez que veía a su Gael, o recordaba todo lo que había sufrido y lo que aún sufría.

Rolando llegó a ella y la abrazó fuerte, con el dolor de saber el cargo de culpa que solo él cargaba por aquella situación.

—Encontraré el momento. ¡Te lo prometo! —le dijo decidido a terminar con aquella tortura emocional de su esposa y que era consecuencia de sus actos. No podía permitir que ella siguiera así—. Dejémosle ir con mi hermano a Alemania. Lo que tratarán allá es importante para la empresa, te prometo que cuando regrese le contaremos todo y... —El pecho se le encogió solo de imaginar la reacción de su hijo—. ¡Que Dios nos ayude, mi cielo!

Rolando le besaba el cabello mientras la tenía cobijada entre sus brazos, escuchando sus sollozos. El momento que tanto temía estaba llegando, pero era consciente de que no podía dilatarlo más. Solo le quedaba confiar y pedirle a Dios que le diera la sabiduría necesaria como padre para abrirle por fin su corazón a Gael, y poder llegar a merecer su perdón.

Capítulo 9



—¡Buenos días, familia hermosa!

La mañana despuntaba y Romina aparecía en el comedor de su casa llenando de luz y alegría a sus seres queridos. Vestida con un conjunto de pantalón y chaqueta color azul turquesa, de corte recto, y un jersey blanco de cuello alto, sin lugar a duda era la viva imagen perfecta y hermosa de una clásica profesora de conservatorio.

Llevaba el cabello semirecogido en una cola baja, y el tono de su vestuario terminaba por hacerle resaltar más aún el profundo color de sus ojos junto al sencillo maquillaje.

—Hola, preciosa, ¿cómo dormiste? —le preguntaba su abuela Svieta sin dejar de darle vueltas a un chocolate en el fuego, mientras ella pasaba de uno a otro en la mesa dejándoles besos en las mejillas; a sus padres, primero, y a su consentido abuelo, después. Por último, llegó hasta su abuela y también la besó, para luego sentarse a la mesa.

—¡Muy bien! Y llena de energía y emoción por conocer hoy a mis alumnos, por fin —le respondió plena de dicha.

Todos la miraron con una mezcla de infinito amor y orgullo a partes iguales, viéndola ubicar a un lado su portafolio y luciendo absolutamente

profesional.

—Pues, mi tesoro... —empezó a hablarle Armando acercando la silla a donde se había sentado su hija—, me parece que hoy celebrarás doble. —La vio mirarlo achicando los ojos—. Te queremos decir algo que seguro te causará una gran alegría —continuó con el misterio para picarla.

—¡Vale, papi, no seas así y suéltalo ya! —reclamó con una palmada en el hombro de este, y lo vio hacer un gesto fingido de dolor, soltando una carcajada.

—¡Está bien, está bien! ¡No me maltrates! ¡Tus abuelos Esther y Rigo llegan de Cuba este domingo! —le dio la noticia de una vez.

—¡¿Es cierto?! ¡¿No estás bromeando?! —preguntó emocionada pasando sus ojos de uno al otro, viéndolos mover a todos la cabeza, confirmándolo—. ¡Por Dios, papá, qué alegría!

Romina se levantó y lo abrazó fuerte.

—¡Por Dios, digo yo! ¡Creo que voy a tratar de tenerte siempre noticias similares a estas y así me gano estos *abrazotes*! —confesaba risueño Armando, escuchando reír a todos por la efusividad de su hija mientras esta lo besaba.

—¡No seas ingrato, papá! ¡Siempre te doy mimos!

—¡No tanto como yo quisiera!

—¡Ambicioso!

—¡Por tu cariño? ¡Siempre! —confesó su padre haciéndola besarlo nuevamente en las mejillas en medio de las incesantes risas familiares.

—Bueno, ahora díganme. ¿Cómo fue que lograron convencer a mis abuelos de que regresaran? ¿Cuánto hace que vinieron? ¿Dos, tres años? —indagó Romina deseando saber detalles acerca de aquella gran noticia. Deseaba con toda el alma ver a Rigo y a Esther nuevamente.

—Hace casi tres años que nos visitaron, y, según tu padre, no fue nada sencillo convencerlos esta vez, hija —contestó Ivanna terminando de poner los platos y las tazas de chocolate en la mesa, que le alcanzaba su madre.

—Es que, la verdad, no entiendo la razón de ellos para pensarlo tanto. Por fin tienen un visado expedido por cinco años que deberían aprovechar, y bueno, tampoco es que su otro hijo no pueda asumir estar solo en Cuba por unos días más. Pero, en fin, ahora Arturo viajará a Canadá y eso los tendrá más tranquilos aquí, ¿cierto? —concluyó Svieta.

Armando miró a Ivanna y no pudo evitar verse tenso, mordiendo su mandíbula; pero la mirada de su esposa, como siempre, logró el milagro de

hacerlo relajarse.

—¡Bueno, lo importante es que ya tendremos a esos dos aquí el domingo! ¡Ese viejo de los mil demonios me debe una revancha de ajedrez desde hace casi tres años, luego de que me retara! —soltó el padre de Ivanna refiriéndose a Rigo, y todos se carcajearon, sin saber este lo oportuna que había sido su intervención.

—¡Ay! Tengo deseos de abrazar a mi abuela Esther y oler su aroma —expresó con amor Romina, entrecerrando los ojos.

—¡Momento! —intervino Svieta—. ¿Acaso yo no huelo bien? —Le frunció el ceño haciéndose la celosa.

—No digas eso, abuela, es solo que es diferente. —Se incorporó y se le acercó riéndose, abrazándola por la espalda y dejándole varios besos en su mejilla arrugada.

—¿Y cuál es esa diferencia por ver?

—Que tu olor es a nieve, a chocolates, a almendras e invierno. Y el de mi abuela Esther es a campo, a tierra y a océano. Cada una es muy, ¡muy especial para mí! Y yo diría que son las dos mitades de quien soy.

Su abuelo y sus padres la observaron, enternecidos por sus palabras, y Svieta la rodeó con sus brazos y la abrazó fuerte, con los ojos aguados.

—Bien, ¡ya me tengo que ir! —dijo Romina mirando su reloj en la muñeca.

—¡Pero si no has desayunado como Dios manda, hija! —reprochó su madre.

—Madre, he comido lo suficiente. —Señaló su plato, con apenas un trozo pequeño, que era el resto de su cruasán, y la taza casi vacía—. En serio, debo irme o no llegaré a tiempo al instituto, y menuda carta de presentación personal daría de ser así.

—Si quieres, puedo llevarte, hija —ofreció Armando.

Romina confirmó la hora nuevamente en su reloj, faltaba menos de cincuenta minutos para estar lista frente a sus alumnos, no podía arriesgarse a no llegar a tiempo en caso de que el autobús se retrasara, así que decidió aceptar la oferta de su padre.

—¿En serio puedes llevarme sin que te retrase yo a ti?

—Por supuesto que sí, hermosa —contestó de inmediato, levantándose de la mesa, terminando su café y acercándose hasta el soporte en la pared, donde todos colocaban siempre las llaves, para coger las suyas.

—¡Vámonos ya! Que esta preciosa profesora hoy cuenta con chófer privado —habló divertido y salió para sacar el auto del garaje, guiñándole un

ojo antes a su hija.

Romina se dispuso a despedirse de su madre y su abuela, pero al acercarse a su abuelo, este se levantó de pronto de la silla y le dijo que esperara porque al parecer había olvidado entregarle algo.

Con su lento andar, lo vio alejarse a su habitación, en medio de la diatriba de Svieta reclamándole por su imprudencia y pidiéndole que, lo que fuese a buscar, podía esperar, ya que su muchacha corría el riesgo de no llegar a tiempo en su primer día en el colegio. Pero su marido le hizo caso omiso, y a los pocos minutos regresó con una cajita en la mano para entregársela a su nieta.

—Por fin pude recogerla ayer, mi hijita —le dijo cariñoso abriendo el estuche y sacando la joya que este contenía—. Le cambiaron el cierre y la pulieron bien, mira qué hermosa quedó ahora.

A Romina le dio un brinco el corazón y la emoción en ella apareció como una oleada arropándole el cuerpo. Su abuelo le entregó en las manos el colgante de su libélula, ese que, sin saber por qué, tenía un significado tan importante para ella. Hacía varias semanas se había roto el broche, y sintió un dolor muy profundo al tener que desistir de usarlo. Nunca se había separado de este desde que su memoria dañada le permitía recordar.

Era un colgante hecho de plata, y cerca de allí no habían podido encontrar ninguna joyería u orfebre que pudiera repararla, ya que solo trabajaban el oro. Su abuelo prometió llevarlo a un lugar que él conocía, a las afueras del centro, y por fin lo volvía a tener con ella.

Acarició las alas de la libélula con la yema de sus dedos, como si pretendiera lograr que esta tuviera vida bajo ellos y terminara respondiéndole todo lo que la atormentaba. Rememoró entonces la conexión silenciosa y profunda que percibía tener con aquel objeto, y sin poder evitarlo, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Mi niña, ¿estás bien? —preguntó su abuelo preocupado al verla tan emocionada.

—Sí, abuelo, es solo la emoción de tenerla nuevamente conmigo. ¡Te lo agradezco tanto! —Se acercó a él y lo abrazó.

—Ven, déjame ponértelo —le pidió él, y, tomándolo de sus manos, la rodeó para abrocharlo a su cuello.

Romina la sujetaba en medio del pecho, con la palma abierta sobre ella. ¡Aquella libélula le trasmitía tantos sentimientos encontrados! Levantó la vista desde esta hasta los ojos de su madre, que, junto a su abuela, la observaban en

silencio, llorosas.

—¿Algún día me dirás cómo llegó hasta mis manos, madre?

Ivanna cerró los ojos, le partía el alma no tener el valor de decirle a su hija que aquella joya era un hermoso recuerdo de su gran y único amor de juventud, pero el miedo la paralizaba con las mismas aterradoras interrogantes de siempre.

«¿Y si cae en una crisis? ¿Y si no puede soportar la verdad de lo ocurrido y se deja vencer nuevamente? ¿Y si su corazón “prestado” no soporta el golpe por saber que existe tanto dolor detrás de él?».

Era tanta la incertidumbre que siempre terminaba callando, y prefería mil reproches de su hija durante toda su vida... a ponerla emocionalmente en riesgo. Se consolaba pensando que por algo la vida había querido que se quedaran dormidos sus recuerdos, y no sería ella la que retaría ese designio. Además, ¿de qué servía ya si Gael estaba...?

—¿Mamá? No me contestarás, ¿verdad? —insistió.

—Siempre lo guardé para ti, hija... —Ahí estaba la misma escueta respuesta. Una que no era verdad, pero tampoco era una mentira.

—Entiendo... —La miró triste, sin saber cuánto despedazaba el corazón de su madre, y de su abuela también, quien conocía la historia de aquel colgante gracias a que su hija se lo contara en una ocasión—. Ya me voy, papá seguro que está impaciente afuera, y ahora sí vamos justo de tiempo.

Se despidió de cada uno una vez más, con un beso; pero sin quitar la mano de su pecho, como si quisiera cerciorarse de que aquella libélula estaba protegida bajo su piel. Al pasar por el lado de su abuelo, volvió a abrazarlo y le susurró un *gracias*, acompañado de un, *te quiero mucho* al oído, para alejarse dejando atrás la mirada de aquellos tres seres que amaba con toda el alma, pero que cada día se convencía más de que sabían toda una historia de su pasado que ella desconocía, y no entendía el porqué se negaban a revelársela...

—Solo me queda confiar en ti —dijo en voz alta observando unos segundos al cielo al salir, mientras se acercaba al coche de su padre—, y en una de mis palabras favoritas: ¡destino!

Le pidió a Mery que no le pasara llamadas, la noche anterior no la había pasado del todo bien y las pesadillas terminaron siendo sus verdugos.

La cabeza quería estallarle en las sienes hasta hacía poco tiempo, pero

agradecía que las aspirinas que su secretaria le trajera media hora antes le estuvieran haciendo, finalmente, efecto. Se recostó en su sillón, masajeando la frente un poco y dejándose arrastrar por el silencio de la oficina.

Su tío le había hecho llegar ya los billetes de avión para el viaje, que sería este domingo, y a pesar de que en un principio consideró que era demasiado pronto, y se estresó un poco, luego, pensándolo mejor, concluyó que era una buena idea el alejarse varias semanas, aunque fuera bajo términos de trabajo.

Se levantó del asiento y comenzó a enrollar las mangas de su camisa, subiéndolas a la altura de los codos. Se sirvió un vaso con agua tras acercarse al funcional bar que tenía en una de las esquinas, haciéndose también de la botella para continuar hidratándose.

«*Dicen que es bueno tomar mucha agua cuando se sufre de jaqueca*», recordó.

Exhaló fuerte y caminó hasta quedar de frente al ventanal, deleitándose con la vista de la ciudad desde la altura.

Definitivamente, la soledad se había convertido desde hacía mucho tiempo en su mejor acompañante de vida y su más confiable consejera.

Mientras bebía pequeños sorbos de agua, se intentaba reconocer tras la difuminada imagen suya que el cristal de la ventana le devolvía mezclada con el paisaje urbano de fondo. No era nítida, como las veces que se miraba uno en el espejo; pero en su caso, ¿cuál de las dos le mostraban sin dudas la verdadera esencia de todo lo que su rostro podía expresarle a la vida: indiferencia, apatía, rechazo, rencor, enojo y sobre todo... ¿desamor!?

No había terminado de pensar en la última definición, por instinto se giró para ver aquel cajón bajo llave en su escritorio, y se acercó para abrirlo.

Hacerlo era siempre como un ritual de quien va al encuentro de su pasado para morir espiritualmente o para renacer con este. La volvió a tener en sus manos, acariciándola, sintiéndola como parte suya y aceptando dolorosamente que no era suficiente consuelo. Nunca lo sería, eso era cierto, y podía ser incluso algo torturante para muchos, pero no para él. Aquel colgante, de alguna forma, lo había asegurado a ella, lo había atado a su recuerdo y a lograr lo que precisamente siempre se juró: ¡no olvidar jamás!

Observó por unos instantes el estuche vacío, y de este desvió sus ojos a la pequeña libélula con las alas abiertas en la palma de su mano. Recordó entonces a su réplica, a esa que un día colgó en el cuello de aquel ángel que llevaba aún tatuado en su alma y en su vida.

—Tal vez su madre la guardó en un lugar especial después de... —Aún no

podía decirlo en voz alta a pesar del cruel paso del tiempo—. O quizás reposa junto... —el pecho se le contrajo de nuevo, y un nudo fuerte lo aprisionó, subiendo a sus ojos para retar a las lágrimas hasta hacerlo apretar su mano, encerrando aquel símbolo de su amor y su dolor más grande dentro del puño— a ella... —murmuró por fin como un susurro, los ojos cerrados.

No quiso analizar la razón, ni por qué justo ahora lo hacía, pero se llevó por un impulso inexplicable aquel colgante a su cuello y lo volvió a dejar allí, donde su corazón, a puro latido, le hizo saber que era a donde pertenecía.

—Necesito sentirte cerca en la distancia, presente en mis recuerdos y viva en mi corazón... porque no sé sobrevivir de otra manera —diciéndoselo muy bajo, acarició la pequeña imagen de plata en su pecho, asustado, aterrado por sentir, después de mucho tiempo, esa necesidad de no quitarla de ahí nunca más.

La vibración del celular sobre el escritorio lo sacó de sus pensamientos, lo tomó y le extrañó ver que era su secretaria quien marcaba su número. Miró hacia el intercomunicador y se dio cuenta de que estaba apagado, recordando que no le había desbloqueado el volumen desde que lo cerró al llegar, hacía unas horas, para no ser molestado, finalmente lo atendió.

—Dime, Mery. —Al contestarle, se percató de que una lágrima atrevida, que al parecer había acampado en su ojo, se precipitó por su mejilla, y la barrió con sus dedos de inmediato.

—Discúlpame por incomodarte, Gael, pero aquí está la señorita Beatrice, que dice que tiene una cita al mediodía contigo.

«*Joder! Lo había olvidado por completo*», se reclamó.

Miró la hora en su reloj, no tenía excusa, eran exactamente las doce y quince minutos. No podía despreciar a Beatrice, al menos un mínimo de respeto le debía y, esta vez, ella le había preguntado y él estuvo de acuerdo en que viniera.

—Puedes hacerla pasar, Mery, gracias; y discúlpame tú a mí por apagar el intercomunicador y luego olvidar encenderlo.

—No tiene importancia, Gael; lo que sí la tiene es que finalmente lograras descansar —respondió amable y solidaria—. Ahora le digo a Beatrice que pase.

Terminó la llamada y, junto al eco de unos pasos acercándose a la puerta, guardó aquel estuche, esta vez vacío, en el cajón de su escritorio y se apresuró a acomodarse las mangas de la camisa y terminar su botella de agua.

Unos nudillos dieron un par de toques suaves en la entrada, y, detrás de

ellos, una Beatrice con semblante feliz entraba en la oficina cargando dos bolsas, aparentemente, bastante bien surtidas de comida con el logotipo de Zakura, uno de sus restaurantes de comida japonesa favorito.

—¿Puedo pasar, joven Alcázar? —preguntó coqueta, aunque sabía ya la respuesta y, de hecho, ya estaba dentro.

—Por supuesto, adelante, Beatrice —respondió él abotonando el último botón del puño izquierdo de la manga.

Antes de acercarse a saludarlo, la chica se dispuso a dejar todo lo que traía en una mesa circular, con dos sillas, que se encontraba muy bien ubicada en el lado derecho de la oficina y un poco apartada de lo que era la zona del despacho. Sabía que, habitualmente, ese era el lugar donde almorzaba Gael cuando no podía salir por compromisos u obligaciones del trabajo.

Le gustaba mucho el estilo imperante, pensaba mientras se regocijaba con el momento y miraba por el rabillo del ojo todo lo que la rodeaba.

Desde el majestuoso librero hasta los cuatro elegantes sillones estilo anglo del fondo, acompañados por una mesa de centro al lado del minibar y que tenían como objetivo crear un área de descanso. Todo era sinónimo de elegancia, e incluso había una televisión de unas setenta pulgadas, de última generación en tecnología, enmarcada en la pared, haciendo del lugar un sitio muy relajante, al punto de no parecer tan solo una oficina ejecutiva de un consorcio. Indudablemente, el buen gusto imperaba; resaltando en el lugar el amplio escritorio de ejecutivo de Gael, confeccionado de caoba roja y con la superficie de mármol negro.

—No debiste molestarte, Beatrice, no era necesario —expresó observándola, de espaldas a él, absorta en sus pensamientos y acomodando todos los utensilios y alimentos sobre la mesa con demasiada lentitud para su gusto.

—Es un placer hacerlo, lo sabes; además, no puedes negar que esta es la comida de tu restaurante asiático favorito —contestó sin volverse para mirarlo.

—Creí que me preguntaste si podías pasar a saludar, ya que ibas a estar cerca, nunca hablaste de almorzar juntos —habló con cierto enojo al expresar cada palabra, pues no podía evitar el sentirse presionado y un tanto invadido por ella. La escuchó suspirar mientras sacaba la última caja china con comida, pero se abstuvo de responder.

—Bien, ¡listo! Puedes sentarte, traje para ti los *orange rolls chicken* y, por supuesto, tus sushi vegetarianos. Estoy segura de que te encantará cómo hoy

hicieron la...

Al girarse para mirarlo, ya él se le había acercado lo suficiente, y sus ojos se clavaron en su pecho como dos dagas. Llevaba los dos primeros botones de la camisa abiertos, y la expresión de ella en su rostro pasó del enojo a una rabia visceral en cuestión de segundos, que difícilmente podría controlar con facilidad. Esta reacción no era precisamente por el desarreglo ocasional que podía existir en el impoluto y acostumbrado estilo de vestir de él, sino por lo que veía que colgaba de su cuello.

Para Gael, su gesto no pasó desapercibido y era obvio que no le extrañó ese cambio de comportamiento, ya que, inevitablemente, supuso que el traer aquel colgante era lo que había provocado ese aire de ira en la actitud en Beatrice, solo esperaba no pasara los límites de nuevo.

Ella nunca lo había visto, pero sí conocía de su existencia; pues una noche, de esas que no volvería a permitir que se repitiera jamás, unas copas extras lo hicieron vulnerable ante ella y las palabras escaparon indiscretas, hablando de más y convirtiéndose en confesoras equivocadas por algunas horas.

—Por favor, retírate eso. —Dio dos pasos adelante, acercándose—. No entiendo el sentido que tiene que lo llesves —intentó que su tono fuera conciliador, pero fracasó en ello y el trasfondo de su exigencia se dejó ver sin remedio.

Gael frunció el ceño y su mirada se oscureció, observándola con detenimiento al escucharla exigirle algo por lo cual no tenía derecho, y tras bajar, primero, los ojos a su pecho para mirar la libélula, siguió la furia de los de ella hacia el mismo lugar.

—Creo que no te he entendido, Beatrice —contestó entre dientes, tensando su mandíbula e intentando mantener la calma.

—¡Sí me escuchaste! —levantó la voz, y al ver la ira tiñendo su rostro, respiró e intentó dialogar a pesar de sentir crecer la de ella en su interior hasta casi ahogarla de rabia. Era consciente de que había cruzado una fina línea prohibida y acababa de estropearlo todo—. Considero... —tomó aire— un insulto que seas capaz de...

—¡Cállate, Beatrice! —le exigió, apretando por unos segundos el puente de su nariz y utilizando aquel gesto para romper el contacto visual entre ellos, porque de lo contrario no sabía qué sería capaz de decir—. Creo que será mejor que te retires, esto —señaló la mesa servida— no fue buena idea. Al aceptar que vinieras, fui el primero en incumplir nuestras propias reglas... Me culpo por ello, y...

—¡Tus malditas reglas, Gael! ¡No las mías! —Sus palabras, esta vez, no se acogieron a medida ni sensatez alguna, y se dio cuenta al liberarlas de que la suerte estaba echada; más al verlo dar dos pasos hacia ella, aparentemente inmutable pero con la ira reflejada en la profundidad de sus verdes ojos.

—Esta es la razón por la cual te dije hace algunos días atrás que era mejor poner un punto final a nuestros encuentros. —La vio sonreír con ironía.

—¿Encuentros? ¿Citas consentidas? ¿Acuerdo de sexo, pero sin derechos?... ¿Te parece bien alguno de estos calificativos como sustituto por el que tanto pavor te da decir? ¡Relación! —gritó con furia pegándosele un poco más—. ¡Eso es lo que tenemos! ¡Maldita sea! ¡Una relación aunque te cueste admitirlo!

De golpe, le cayeron como lluvia de recuerdos, uno detrás de otro, la conversación con Arnold y los demás el día que se reunieron en el restaurante, así como la charla telefónica con su primo. ¡Todos tenían razón!

Beatrice lo observaba atenta a cualquier reacción de su parte, y Gael siguió su vista justo hacia donde la dirigió ella. Y en el preciso momento en el que adivinó su intención, su instinto ganó la partida y atrapó en el aire su mano antes de que esta arrancara de su cuello aquello que tanto valor tenía en su vida.

—¡No te atrevas, Beatrice! ¡No me tientes a mostrarte mi parte más oscura, esa que estoy seguro de que no te gustará y que se ha alimentado de dolor por años! —Le dejó caer con fuerza el brazo que le sostenía en el aire.

—¡Eres un imbécil! —chilló sin poder detener las lágrimas que empezaron a correr por su rostro.

Una mezcla de odio, rencor y dolor la sacudieron por dentro porque era consciente de que aquel momento era la despedida definitiva entre ellos, a pesar de negárselo constantemente en su mente.

—Sé que lo soy —aceptó con tranquilidad—, no por gusto te he repetido todo el tiempo que mereces a alguien mucho mejor a tu lado, hoy lo acabo de confirmar y mi mayor deseo es que esa persona llegue a tu vida pronto, Beatrice. Ahora será mejor que te vayas.

No quería ser un cabrón, pero el Gael que aborrecía serlo se había quedado perdido hacía mucho tiempo entre el viento y las montañas de una isla; esta versión suya era lo que había ahora, era su realidad, era en lo que lo había convertido la vida y su destino...

—Me iré. —Desvió la mirada de sus ojos claros y se acercó a su cartera, sacando de esta un pañuelo de papel para secar la humedad de su rostro, y

respiró profundo haciéndolo—. Es lo mejor, en unos días podremos retomar esta conversación y tal vez entonces...

—No, Beatrice.

Se giró al escucharlo, descubriendo en sus ojos que de nada servía negárselo, sabía lo que diría.

—No retomaremos ninguna conversación, no volveremos a hablar de esto, ni volveremos a...

—Vernos... —finalizó ella la frase, y lo vio asentir.

—Es lo mejor.

—¿Para quién?

—Para ambos, Beatrice.

Lo observó por algunos minutos y no supo qué era lo que más la hería por dentro, si el que estuviera terminando con ella, o la frialdad con la que sus palabras salían golpeándole el alma. Acomodó con sus manos algunos cabellos tras su oreja, bajó los ojos y dio unos pasos lentos hacia él, hasta quedar a corta distancia de nuevo.

—Otra vez... —Gael arrugó la frente sin entender—. Otra vez entregué el corazón y lo hicieron añicos; la diferencia es que, en esta ocasión, no fue necesario el maltrato físico.

Estaba intentando manipularlo con su supuesta historia pasada, lo sabía, era patética; pero no le importaba si con ello lo retenía a su lado, o, al menos, lograba que aceptara verla para intentar recuperar lo que tenían, sin importar qué nombre darle a su unión. No era importante ya; su dignidad, Gael hacía meses que la envolvía y moldeaba entre sus manos como el escultor que se sabe dueño de su obra.

—No te hagas esto, Beatrice. —En su voz no se denotaba arrepentimiento ni compasión alguna por ella, pero sí una gran decepción—. Detrás de esa puerta —la señaló— existe una vida que mereces. Ve a por ella, no tienes necesidad de intentar que sientan lástima por ti, eres demasiado valiosa para conformarte con eso.

Beatrice enrojeció, se sintió despreciada; pero lo que más le dañó fue la indiferencia en aquel rostro tan hermoso, que lucía tan cruel a la vez ante sus ojos.

—Nunca serás feliz. —Y la afirmación cayó como una dura amenaza.

—Tal vez eso sea lo que precisamente busco, Beatrice. Una razón de peso para que pongas distancia entre nosotros. ¿No crees?

Las lágrimas aparecieron nuevamente bañando sus mejillas, pero en esta

ocasión la impotencia, convertida en ira, le hizo compañía al recorrerlo con sus ojos y verlo imponente, de pie frente a ella, sin mover un solo músculo, con las manos en los bolsillos y una expresión de absoluta indolencia.

—¡Ella no volverá! —gritó fuera de sí—. ¡Está muerta! ¡¿Entiendes?! ¡Muerta!

En solo dos pasos estuvo a su lado, herido y con una mirada parecida a un pozo de rencor al escucharla escupir en su cara la más dolorosa verdad. Agarrándola fuerte por los hombros perdió por unos segundos la paciencia con ella.

—¡Cállate, Beatrice! ¡Y sal de esta oficina antes de que sobrepase mi límite y me hagas hacer algo de lo que me arrepienta toda mi vida! —La soltó viéndola tambalearse un poco hacia atrás—. ¡Vete de aquí ahora! ¡Por favor! —exigió con furia, señalándole la puerta.

El pecho de Beatrice subía y bajaba lidiando con la necesidad de sus pulmones de aire, buscando una calma inexistente para neutralizar la rabia que la consumía. Le dio la espalda, acercándose a la mesa donde minutos antes le preparara lo que podía haber sido un agradable almuerzo.

De un violento manotazo, y dejando escapar lo que parecía un aullido, tiró al suelo toda la comida servida. Se irguió enseguida, respirando entrecortado, esperando la reacción de él, pero como siempre... ¡Nada!

Ni un acto violento era capaz de provocarle, y esta descabellada idea aguijoneó más su orgullo. Ladeó la cabeza un poco y pudo verlo detrás de ella, en la misma posición inmutable. Frotó sus manos, apartó con la puntera del zapato algunos residuos de comida que cayeron cerca, y colgó su cartera al hombro, todo sin mirarlo, y haciendo un gran esfuerzo emocional se dirigió a la salida.

Justo al llegar a esta, con el pomo de la puerta apretado entre sus dedos temblorosos y aún de espalda, soltó un poco más la frustración que la carcomía.

—¡Mereces sufrir, Gael Alcázar! —Su respiración se alteró más—. ¡Te mereces continuar siendo dominado por el dolor con el que te ata cada día más ese maldito fantasma!

—¡Largo! —contestó él como un gruñido bajo, entre dientes, arrastrando cada sílaba luego de dar unos pasos atrás y aferrarse al borde del escritorio, recostando su cuerpo de espaldas a este.

—¡Vete al infierno, Gael! —Y el portazo dejó un eco extenso vibrando entre aquellas paredes.

—Estoy en él desde hace más de doce años, Beatrice —respondió con un murmullo seco y los dientes apretados, siendo consciente de que aquella confesión la había dicho en voz alta solo para él.

Caminaba lo más deprisa que le permitían sus fuerzas, el hecho de que él no respondiera a sus llamadas, y ni siquiera atendiera sus mensajes, terminó por disparar sus nervios al máximo.

Escuchó el fuerte claxon de un auto detrás de ella, no le importó cruzar la peligrosa avenida sin tener en cuenta la señalización peatonal. Volvió a marcar en su móvil el número que podía darle un poco de paz, sin aminorar su frenética marcha, gracias a que no había guardado su teléfono en el bolso desde el último intento de comunicación que hiciera.

Un tono, dos, tres..., cinco y... ¡Nuevamente la enviaba al buzón de voz!

—¡Maldita sea, contesta!

Miró la pantalla al gritarlo e ignoró el hecho de que una pareja que pasaba por su lado la mirara por unos segundos como si estuviese poseída. Se acercó al borde de la acera y levantó la mano haciendo señales para detener un taxi. En tan solo un minuto, uno estaba a su lado y entró en él, apurada.

—¡Lléveme a esta dirección! —pidió demandante y sin aliento—. Además, le daré cincuenta dólares extra de propina si logra llegar en quince minutos.

El taxista, un hombre de mediana edad y que por sus características y vestuario era evidente adivinar su descendencia india, recibió por encima de su hombro el retazo de papel que le entregaba y leyó la dirección escrita. Dirigió entonces su mirada al espejo retrovisor, y con un pronunciado acento hindú le explicó paciente, esperando que lo mirara desde el asiento de atrás.

—Es imposible llegar en quince minutos, ese lugar está en las afueras de la ciudad, señorita, y si el tráfico nos ayuda, lo más que puedo prometer es llegar en aproximadamente en poco más de cuarenta minutos.

La vio frotarse la sien derecha y observar con la mirada perdida a través de la ventanilla del auto por unos minutos, cuando comenzaba el individuo a impacientarse, ella habló.

—¡Vámonos de una vez e intente llegar lo antes posible!

El hombre asintió observando cómo su pasajera se pasaba las uñas, compulsiva, por uno de sus antebrazos, y decidió no preguntar nada más. Puso en marcha el automóvil y tecleó la dirección en el GPS; finalmente, el vehículo se perdió abriéndose paso entre la vorágine de la ancha avenida en

busca de su destino...

Capítulo 10



El día transcurrió en un suspiro, y a pesar de haber terminado ya, no se creía aún su hermosa realidad. Los chicos eran adorables. Doce en total eran la matrícula del grupo de primer año con el que trabajaría, siete niñas y cinco niños que estaban entre los seis y los siete años. Ya era oficial que Alma Alcázar era una de las alumnas a su cargo, y al verla entrar al aula en la mañana, con su tímida expresión infantil y un poco asustada al principio, no pudo evitar que aflorase en su interior una gran ternura por esa preciosa criatura. Inmediatamente, la niña se mostró feliz y entusiasta al verla, y salió corriendo a su encuentro para abrazarla. Fue entonces cuando supo que le iba a ser muy difícil disimular ante todos los demás su fascinación y apego por aquella pequeña; así que tomó nota mental para intentar no ser tan evidente.

No podía aclarar todavía sus ideas ni buscar una explicación que la hiciera entender bien lo que estar cerca de Alma le provocaba. Ciertamente que era una preciosa niña de mirada celeste y muy expresiva, además de tener un rostro angelical como pocos, pero... existía algo más.

Cuando en la mañana la abrazó, escuchándola explicarle que su abuelo la había traído, pero que ella le pidió caminar sola hasta el salón de clases porque ya era una chica grande, se quedó ella misma sorprendida,

ensimismada de cómo aquella criatura la envolvía en una ola de amor que crecía en su interior, al punto de llegar a creer ser capaz de hacer cualquier cosa por ella en esta vida.

¿Por qué si había otras niñas tan dulces como Almita en su grupo, solo era capaz de sentirse así de protectora con ella? En absoluto era que sus otras alumnas no contaran con su cariño y dedicación; por el contrario, sus chicos, desde el momento en que los conoció, se ganaron su corazón y ternura para con ellos, pero su inquietud era otra...

Alma era muy parlanchina, y mientras hablaba movía la cabecita meciendo sus rizos de un lado a otro y arrugaba su nariz. Ver aquel gesto en ella era como si la conectara con una parte especial de su vida, haciéndola sentir que la niña siempre había pertenecido a ella. Se quedó emocionada cuando, tras terminar su clase con ella, la niña se quedó unos minutos más, diciéndole que prefería estar a su lado los quince minutos de descanso que tenía antes de ir a su salón para dar sus clases regulares.

En ese corto tiempo hablaron mucho de música, de piano principalmente, como era obvio, y de todas las melodías que le fascinaba escuchar, además de aquellas en las que, muy seria, le había pedido ayuda para poderlas interpretar a la perfección muy pronto.

El conversar con Alma le provocaba una sensación de añoranza, de nostalgia inexplicable, como si ella le devolviera un sentimiento perdido, o como si ambas compartieran uno en secreto, muy especial y único, por algo o... ¿por alguien?

En cada ocasión en la que la observaba mientras todos, incluyéndola a ella, leían sobre solfeo, nacía en ella esa necesidad de querer tenerla a su lado siempre. Se enternecía con el brillo de sus ojitos, esos de color indefinible y casi milagroso. Pero lo que más la enamoraba, y la hacía sonreír, era su peculiar forma de hablar y su carita dibujada con pequeñas y adorables pecas.

Suspiró y, tras terminar de acomodar todo en su portafolio y bajar las cortinas del salón con el control remoto, dio una última ojeada a su alrededor. Los instrumentos ya estaban cubiertos y las sillas y pupitres en orden. Justo cuando se disponía a alistarse para salir, escuchó que llamaban a la puerta. Al mirar detrás de ella, vio el rostro de Theresa a través del cuadrante de cristal en la parte superior de la entrada.

—Hola. —Asomó su rostro la directora entreabriendo la puerta—. Señorita Sanfield, he encontrado a alguien buscándola y me he tomado la libertad de traerlo hasta aquí antes de que usted se retire.

Luego de entrar, y dejándola con la respuesta a medio camino, le dio paso a la persona de quien hablaba, y que no era otro que Ignacio Alcázar. Al verlo, Romina sintió que inmediatamente ese imprevisto pálpito en su pecho la inquietaba.

—Buenas tardes, señorita Sanfield. ¿Me podría usted conceder algunos minutos? —le preguntó él, y nuevamente su mirada la hizo estremecerse.

—Por supuesto..., señor Alcázar, adelante. —Se aclaró la garganta, dándose cuenta de que su voz denotó nerviosismo, confirmándolo al mirar la picardía en los ojos de Theresa, quien no demoró en despedirse.

—Bien, lo dejo en buenas manos, señor Alcázar. —Le extendió su mano e Ignacio, a su vez, le agradeció su ayuda—. Y nos vemos mañana, querida, me alegra que tu primera semana haya sido excelente —se dirigió a ella.

—Gracias, Theresa, los niños son increíbles y, la verdad, ha sido un inicio perfecto. —Por fin pudo hablar escuchándose ecuánime. Aunque sentirse observada por aquel hombre no ayudaba en su empeño por lograrlo.

Al salir Theresa del aula, finalmente, quedaron a solas. Romina sonrió, se dirigió a su escritorio y lo invitó a tomar asiento, notando cómo le temblaban hasta las pestañas.

Volvía a confirmar que no era en realidad una atracción física lo que entendía que le sucedía cuando lo tenía cerca, era muy guapo, tanto que dolía, no podía negarlo; pero el magnetismo que sentía con su presencia era más cercano a una sensación de que algo en él la reconocía, la conectaba con *algo* que, evidentemente, se le perdía en aquellos enigmáticos y tan inexplicablemente conocidos ojos verdes.

—No sé si es buen momento para abordarla, señorita Sanfield. ¿Tiene usted tiempo realmente? —Ella asintió y con su gesto hizo que él sonriera—. Imagino que estará agotada y, seguramente, ya de salida; pero hoy mi trabajo me absorbió más horas de las que imaginé —se disculpó.

—No se preocupe, señor Alcázar. Siempre debo, como docente, contar con tiempo extra para los padres, y este generalmente se designa al terminar las clases.

—Me tranquiliza saberlo, pero... —Se perdió en sus ojos por unos segundos escuchándola hablar.

—¿Algún problema con Alma? —decidió abordar el tema de su alumna, alarmada y algo nerviosa al verlo dudar y dejar sin terminar su frase.

—¿Podríamos tutearnos? ¿O considera que sería un abuso de confianza ahora que oficialmente es la maestra de mi hija? Es que anteriormente lo

hicimos y...

—Por supuesto que sí, Ignacio —lo interrumpió viéndolo apenarse.

Era cierto, antes se habían tratado con total informalidad, no veía por qué ahora debía ser diferente.

—Gracias, Romina.

—Entonces, ¿está todo bien con Alma? ¿O es otra tu inquietud? —insistió de nuevo, preocupada.

—No, por el contrario. Alma está fuera con mi hermana, hemos venido los dos a por ella; y, la verdad, no sabes la impresión que nos hemos llevado al verla tan extrovertida y feliz después de su primera semana en este colegio. Esto no es común en mi hija, de hecho, nunca ha sido fácil para ella adaptarse a un medio ajeno a su hogar, convirtiéndose en la batalla que todos hemos tenido que librar con ella siempre.

—Comprendo y... Disculpa si esta pregunta pueda ser indiscreta, Ignacio, pero es muy importante para mí como maestra, así podré enfocar el camino educativo de Alma con mayor precisión —explicó dubitativa, no sabía cómo él tomaría la pregunta.

—Imagino a qué te refieres. Es acerca de la madre de mi hija, ¿no es así?

Fue evidente la sorpresa de ella ante su deducción tan acertada.

—Así es, y no quiero que te parezca inadecuada mi pregunta, pero es que...

—Nos abandonó siendo la niña muy pequeña, ni siquiera alcanzaba a cumplir aún el primer año de vida cuando su madre se fue.

Al interrumpirla y soltar toda esa confesión de golpe, le provocó una gran pena a Romina. Había creído que la madre de la niña había fallecido, nunca imaginó que se tratara de un abandono materno, y eso fue más doloroso de imaginar para ella.

—Comprendo... —fue lo único que alcanzó a decirle.

—No es fácil de comprender algo así, Romina, y no lo digo por mí, ¡en absoluto! Lo digo por el hecho de que alguien sea capaz dejar atrás a su propia hija —habló con dolor—. No te preocupes, sé que es algo difícil de entender. Si te lo he contado, es para que cuando Alma se muestre un tanto retraída, puedas como su profesora identificar de dónde vienen sus cambios de ánimo. Alguna vez, la terapeuta infantil nos explicó que, inconscientemente, mi hija carga una especie de trauma psicológico al no contar en su entorno con la figura de una madre biológica. —Tomó aire para poder continuar abordando aquel tema que tanto le afectaba.

»Antes era más sencillito, ahora se ha vuelto una chica más grande, más inteligente, que hace preguntas, ¡muchas preguntas! —Sonrió de medio lado como si recordara alguna travesura de la pequeña—. Y, obviamente, esto trae como consecuencia que sus análisis y percepciones de su vida sean más precisos, como lo es el hecho de que no hay una madre en ella.

Romina lo escuchó en silencio y un pesar se le alojó en el pecho al imaginar a aquella bella criatura añorando a una mamá a su lado.

—Gracias por confiar en mí y contarme todo acerca de Alma. Te prometo que aquí haremos todo lo posible por canalizar sus emociones e intentar que descubra y disfrute de todo aquello que la hace feliz, a pesar de cualquier situación que ella considere diferente en su entorno.

Ignacio asintió, queriendo confesarle cuánta dicha sentía al saber que su hija estaba a su lado y, más aun, cuánta paz le transmitía a él tenerla tan cerca, pero se contuvo.

—¿Te gustaría conocer a la tía de Alma, o sea, a mi hermana? —Se asustó al pedírselo, ni siquiera entendía por qué lo había hecho.

Quizás porque quería descubrir la impresión que se llevaría Viviana de ella. ¡Por Dios! Cada vez más su confusión se acrecentaba respecto a Romina.

—Ella vendrá en ocasiones a recogerla, así que, bueno... quise decir que tal vez... —Se sintió como un colegial intentando dar explicaciones absurdas.

—Por supuesto que me encantaría conocerla —contestó segura al verlo titubear ante el hecho de presentársela. Demostrándole que todo lo que concernía a Alma era ya de su total interés.

—¡Pues bien! —Se levantó entusiasmado—. Las dos están esperándome. ¿Vamos de una vez?

Romina asintió, sonriente, recogió su portafolio y su cartera, y los dos marcharon rumbo a la salida del instituto.

Mientras caminaban por el pasillo, algunos profesores, que le habían sido presentados por Theresa varios días atrás, se despedían cordialmente de ella con algún ademán de manos. Al llegar al vestíbulo, vio a Alma haciendo algún tipo de juego de palmas junto a una chica trigueña, muy hermosa, y que al ver a la niña correr hacia ella, percatándose de su presencia, se les acercó sonriente.

—Viviana, te presento a Romina, la maestra de música de Alma —la presentó muy formal Ignacio.

—Hola, es un placer, y como seguro ya sabes, soy la tía de este pequeño «torbellino». No tienes idea de cuánto me alegra conocerte, Almita habla de ti

todo el tiempo desde que te conoció —le dijo la joven, amable, dándole un abrazo y muy complacida por conocer, por fin, a la maestra que estaba logrando tantos cambios positivos en la conducta emocional de su sobrina en tan corto tiempo.

—Es igualmente un placer para mí, Viviana, y estoy muy feliz de que este precioso «torbellino» sea mi alumna. ¡Ya verás cuántas cosas aprenderemos juntas! ¿Verdad, cariño? —se refirió a la niña, que la miraba extasiada a su lado y asentía con la cabecita sin dejar de sonreír.

—La verdad es que todos estamos muy felices de ver a Alma adaptándose tan bien y tan entusiasmada esta vez, Romina. Gracias por todo y, como tía de esta chiquilla —le revolvió el flequillo de la frente a su sobrina de nuevo—, no dejes de comunicarte conmigo ante cualquier situación o ayuda que requieras, mi número está junto al de mi hermano en el registro escolar de Almita.

—Por supuesto, Viviana, lo tendré en cuenta siempre. Por ahora, esta chica hermosa y yo ya tenemos pensado comenzar a practicar dos de sus melodías preferidas. ¿Verdad, preciosa? —comentó para motivar a la niña a hablarle de sus proyectos.

—¡Sí, papi! ¡Sí, tía Viviana! ¡El lunes comenzaremos! ¡¿Verdad, señorita Romi?! —Ella asintió sin dejar de sonreír, feliz por verla tan motivada. Si antes sentía una empatía muy fuerte por la criatura, ahora esta se había duplicado al conocer su historia.

—Bueno, hija, creo que por hoy tu maestra ya se encuentra agotada y estará deseosa de llegar a su casa a descansar —intervino Ignacio, a quien le apenaba seguir robándole tiempo a Romina, por muchos deseos que tuviese de permanecer a su lado—. Si nos lo permites, ¿podemos acercarte a donde vayas, Romina? —No pudo evitar preguntarle, ansioso.

—Muchas gracias, pero mi padre viene hoy a por mí, ya que... ¡Por cierto! Ahí acaba de llegar.

Ignacio y su hermana se giraron para mirar hacia donde señalaba Romina.

En ese momento, a los pies de la escalinata del instituto, aparcaba un Chevrolet Impala de color blanco, y de este salía Armando con un poco de dificultad al andar, apoyándose en su bastón, aparentemente, con la intención de buscar a Romina al interior del colegio. Al encaminarse unos pasos y verla desde la acera, la saludó levantando la mano, y haciéndole un gesto le avisó, al verla acompañada, de que la esperaría en el interior del vehículo; pero sin pasar desapercibidas para él, antes de volverse hacia el auto, las personas que

en ese momento conversaban con ella.

—¿Él es tu papi, señorita Romi? —preguntó Alma apuntando con un dedo el auto de Armando, quien ya había vuelto a entrar en él para esperar a su hija.

—Sí, cariño, ese es mi papá.

—¿Tiene un *piecito* enfermo? ¿O es muy viejito y por eso usa un bastón para caminar? —preguntó inocente, por lo que se ganó que su tía le llamara la atención.

—Almita, no se puede ser tan indiscreta, cariño. —La niña bajó los ojitos apenada.

—No te preocupes, Viviana, los niños suelen ser curiosos y es lógico que le llamara la atención —dijo Romina, y se puso de cuclillas para estar a la altura de la pequeña—. Mi papi no es tan viejito. —Le guiñó un ojo y Alma sonrió—. Tan solo es que hace mucho tiempo tuvo un accidente y su pierna no sanó muy bien, ¿comprendes?

Ignacio se mantenía en silencio. Como buen profesional, se dio cuenta enseguida al ver al padre de Romina, a pocos metros de ellos, de que este sufría de una discapacidad motora en su extremidad izquierda inferior. Al escuchar hablar a Romina de un accidente del pasado, sin duda pensó que podría ser una lesión postrauma. No solo lo constataba el uso del bastón como apoyo para caminar, sino, además, que sus años como traumatólogo le revelaron que el señor también usaba una prótesis externa de soporte. Notándosele esta por el movimiento limitado y rígido de su pierna al apoyarla; unido a esto, las hebillas sobresalían por debajo de la tela de su pantalón al andar, terminando por confirmarle en su totalidad la acertada conclusión médica a simple vista.

—¿Ha sido intervenido tu padre, Romina? ¿O quizás valorado por algún equipo de traumatólogos ortopédicos? —preguntó mostrando un genuino interés.

—Su accidente ocurrió hace muchos años, en Cuba. Aquí ha sido evaluado y sometido a diversas terapias, pero la verdad es que por algunas inevitables circunstancias —bajó la vista unos segundos al recordar que, la mayor razón de todas había sido ella, ya que los recursos de sus padres siempre habían sido destinados a dar prioridad a sus necesidades y no a la recuperación total de él—, no hemos podido encontrar un buen lugar donde le puedan ofrecer alguna opción para mejorar su condición. Pero aún estamos enfrascados, intentando buscar alternativas médicas.

—Creo que quizás pueda yo orientarte a encontrar esa opción de la que

hablas —ofreció Ignacio sin pensarlo mucho.

—¿A qué te refieres?

—¡Mi papi cura los huesos de las personas, señorita Romi! ¡Él puede coserle el *piecito* a tu papá bien fuerte!

Viviana se carcajeó con la ocurrencia de su sobrina mientras Ignacio la miraba con dulzura, y en Romina apareció una expresión de sorpresa en el rostro. Entonces él recordó que, en las veces que habían coincidido, nunca le habló de su profesión.

—Soy ortopédico, Romina. Específicamente, me especializo en traumatología, digamos que probablemente en las condiciones clínicas como la que, aparentemente, puede presentar tu padre. En fin, como dice esta traviesa —le apretó con dulzura la barbilla a su hija, que seguía sonriente la conversación—: ¡zurzo los huesos de la gente! —terminó jocoso.

Romina estaba anonadada por la revelación de la profesión de Ignacio, y unos pellizcos de esperanza le azotaron el pecho.

—No hubiese imaginado nunca que eres todo un profesional de la medicina.

—Es que, ¿acaso no lo parezco? —bromeó

—¡No, por Dios! No es eso, es solo que...

—Tranquila, te entiendo, y no es la primera vez que me lo dicen. —sonrió satisfecho por haberla impresionado y, más aun, verla sonrojarse—. Como te decía, quizás le interese a tu padre ser evaluado por el equipo de nuestra clínica.

Proponiéndoselo, se sacó la billetera del bolsillo de su chaqueta y de esta extrajo una tarjeta con su nombre, más los datos de la consulta en el hospital donde trabajaba.

—Quisiera poder decirte que fueras mañana mismo, pero no tengo claro la cantidad de pacientes que tenemos previsto ver esta semana, ya que es algo que controla mi secretaria; pero la llamaré para que contacte contigo lo antes posible y concierten una cita. ¿Te parece bien?

Romina seguía sin poder emitir palabra alguna. El solo pensar que aquella podía ser la oportunidad que tanto había estado esperando para su padre, la abrumaba y, a la vez, le causaba un estado de euforia tan grande que no pudo evitar dejarse llevar por el impulso de abrazar a Ignacio para agradecerse.

Él, por su parte, gratamente sorprendido por su muestra de afecto, se dejó arrastrar por un cúmulo de sentimientos hasta ese momento reprimidos voluntariamente durante años, mientras que su hermana, a su lado, alzaba las

cejas, sorprendida por la expresión de este al recibir aquel abrazo.

—Discúlpame. ¡Lo siento! Es que no sabes el tiempo que he estado esperando porque esta pequeña esperanza para mi papá llegara. —Se separó de él, emocionada, y con el azul de sus ojos más brillante que nunca, algo que conmovió mucho a Ignacio y le hizo prometerse hacer todo lo posible por agilizar la posibilidad de una evaluación médica para su padre.

—No se diga más entonces —dijo seguro—. Si en veinticuatro horas mi secretaria no se ha comunicado contigo aún, por favor, hazlo tú y llama con mi referencia para que te dé una cita. ¿De acuerdo?

La vio asentir y llevar la vista por encima de su hombro, observando en el auto a su padre, que la esperaba. Ignacio siguió sus ojos, y la casi imperceptible humedad que vio aparecer en su mirada lo enterneció, revelándole cuán emocionada estaba.

—Nosotras vamos allí a por unos dulces. ¿Verdad, Almita? —intervino Viviana, señalando un establecimiento estilo cafetería. Ella, junto a la niña, había permanecido en silencio; pero al observar a Romina intentando contener una lágrima prefirió evitar que la pequeña comenzara a hacer preguntas inapropiadas al ver a su maestra llorar, mal interpretando que la razón fuera la tristeza, cuando en realidad era todo lo contrario.

Alma abrazó a su profesora, despidiéndose, sin dejar de recordarle antes los compromisos que tenían juntas al siguiente día. Mientras, su tía palmeaba el hombro de su padre, tras también abrazar a Romina, diciéndole muy bajo que confiara, ya que seguramente su papá podría recuperarse estando en las expertas manos médicas de su hermano. Las dos se alejaron y los murmullos de la risa de la pequeña se fueron perdiendo hasta que las vieron entrar en el local de dulces que estaba a pocos metros.

—Gracias... —agradeció casi en un susurro de nuevo, haciéndolo volver a mirarla—. No sabes lo que tu ofrecimiento significa para mí.

—Todavía no me agradezcas, esperemos a ver los resultados de la evaluación. —Nuevamente vio tras él al hombre que, paciente, esperaba por ella—. Además, también será necesario saber si tu padre estará dispuesto a...

—Por supuesto que lo estará... —lo interrumpió, suponiendo sus dudas.

—Es que no todos los pacientes tienen la fuerza de voluntad suficiente para someterse a un riguroso tratamiento de rehabilitación ortopédica postrauma, Romina —alegó.

—Eso es porque no has conocido nunca a Armando Sanfield y su gran perseverancia —objetó orgullosa al referirse a su padre; lo que hizo que

Ignacio le sonriera y volviera su vista nuevamente hacia el auto.

—Entonces, créeme, será un placer que me lo presentes un día.

Los dos terminaron despidiéndose. Ignacio la siguió con la vista hasta que subió al auto y la viera despedirse, saludándolo de lejos con la mano. Cuando comenzó a encaminarse a la dulcería, donde estaban su hermana y su hija, el teléfono sonó en su bolsillo y sonrió al ver de quién se trataba.

—¿Cómo va todo, primo? Ya papá me dijo que viajan este domingo. — Escuchó por unos minutos, atento—. Por supuesto, cuenta con ello, yo me haré cargo.

Finalmente, terminó sonriente la llamada y entró en la tienda de ventas de dulces, al encuentro de Alma y Viviana.

—Permiso. Gael, ¿puedo pasar?

Levantó la mirada hacia la puerta encontrándose con Débora asomada en ella, y por instinto vio la hora en su reloj.

—Adelante, Débora, pero no te aseguro que hoy tenga mucho tiempo para dedicártelo, ya que tengo una reunión con el representante de finanzas del Banco Nacional en quince minutos.

No le gustaba mentir, en realidad la reunión sería en una hora, pero conocía a Débora y su facilidad para tomarse más tiempo del necesario en sus temas a tratar. Volvió a mirarla cuando ya la tenía frente a él, con sus manos apoyadas sobre el escritorio y observándolo provocativa, mostrando su escote semiabierto.

Ella tenía sus mañas, y los rumores de una Beatrice saliendo del despacho de Gael toda afectada días atrás, habían llegado hasta sus oídos. La verdad era que no podía regocijarse más imaginando que esos dos, al fin, hubiesen terminado lo que sea que tuvieran juntos.

Los ojos de ella emanaban lujuria mirándolo, y a él no le pasó desapercibido.

—Finalmente, supe que viajas el domingo.

—Así es. —Intentó no prestarle mucha atención. Estaba saturado de pendientes y lo menos que necesitaba era lidiar con ella, así que continuó con lo que hacía antes de que ella llegara.

—Es obvio que estás tenso con el viaje. ¿Es totalmente necesario que acompañes a tu tío? Lo digo porque, la verdad, opino que él puede arreglárselas bien solo y tú estás ahora con todas estas...

—¡Débora! —Enderezó su cuerpo y se apretó las sienes por unos segundos, buscando sosegar. Definitivamente, ella lograba ser agobiante cuando se lo proponía—. Mi viaje es un hecho, el vuelo sale en menos de cuarenta y ocho horas y, sí, tengo mucho aún por resolver y dejar finiquitado. Discúlpame, pero no creo que este sea el momento de... —con la mano se señaló a ambos—, ¿dialogar? ¿O es otro asunto importante el que te trajo hasta aquí?

Una vez más su brusquedad la golpeaba, la hería, y el continuar viendo que sus ojos la observaban totalmente indiferente, la hizo morderse la pared interior de su mejilla con tanta fuerza que casi deja escapar un gemido de dolor. Sentía cada vez más impotencia debido al rechazo de Gael, no sabía a veces cómo lidiar con la confusión que la asaltaba en esas ocasiones en las que creía desearlo y odiarlo a la vez.

—Disculpa, creo que tienes razón, no es buen momento para conversar. —Lo vio asentir en silencio, moviendo entre sus manos una pluma estilográfica de las que habitualmente usaba—. De acuerdo, te deseo un excelente viaje y que todo lo relacionado con el consorcio alemán salga bien.

—Gracias, Débora.

—¿Nos vemos entonces a tu regreso?

—Por supuesto que sí, aunque es un hecho que no será pronto.

No se entretuvo más en su oficina. Era evidente que no estaba para tener una conversación con ella. Así que, como era su costumbre, se le acercó, besó su mejilla y salió del despacho cerrando detrás de sí con cuidado.

Fuera, el silencio de los pasillos, e incluso el no escuchar el acostumbrado teclado de Meredith, al encontrarse esta en su escritorio, le ocasionó un espasmo en el cuerpo. O quizás era la rabia que sentía cuando las cosas no salían como esperaba siempre: según su capricho y deseo.

Apretó fuerte los puños. Se alisó su vestido a cuadros y, después de soltar un poco la tensión que sentía por contraer los músculos de su cara, se dirigió en busca del elevador, maldiciendo muy dentro de sí por su ego herido.

Capítulo 11



Cerró el portátil y consultó la hora. El vuelo ya llevaba más de sesenta minutos de demora, y la verdad era que eso iba en contra de ellos por la diferencia horaria con Alemania. Dio una ojeada a su alrededor, la zona de espera estaba bastante saturada de personas, la gran mayoría retrasadas por diferentes motivos, y el más común era las condiciones climáticas en algunos lugares. Su tío había ido a por alguna bebida caliente, ya que el madrugar en vano, dado que el avión finalmente no salió a la hora prevista, los tenía a ambos exhaustos, especialmente a él, que no pudo dormir lo bien que hubiese querido la noche antes.

—Bebe, el ponche está exquisito y nos hará espantar esta somnolencia.

Rolando llegó por detrás de él y le alcanzó un vaso, mientras tomaba del suyo un trago.

—¿Crees que siga así por mucho tiempo más? —preguntó preocupado su tío, girándose a ver la gran pantalla informativa, donde una franja roja sobre el número de su vuelo seguía anunciando que este continuaba retrasado.

—Espero no sea el caso, tío, o estaremos llegando tan justos de tiempo a Berlín que en cuanto aterricemos nos tocará reunirnos con los ejecutivos de MCB, y no tendremos tiempo ni de echar un pestañazo en el hotel. —Lo vio

fruncir el ceño, frustrado.

—Quizás debimos seguir el consejo de tu abuelo y contratar un servicio de vuelo privado.

—Se intentó, al menos eso me dijo Sandoval, que fue quien se hizo cargo —contestó inseguro, y por un segundo pasaron por su mente algunas hipótesis que esperaba no fueran reales. Dio otro trago del ponche, pensativo.

No quería ser injusto, pero ¿qué tan cierta había sido la gestión que hiciera Sandoval acerca de contratar un vuelo privado? Él le había solicitado pedir este a su secretaria, y luego ella lo sorprendió diciéndole que el abogado jurídico de la empresa se había ofrecido a encargarse del asunto, sin aceptar negativa de su parte.

—¿Y qué impidió que lo consiguiéramos y estuviésemos ya hace horas volando hacia Berlín? —cuestionó su tío haciéndole prestarle atención.

—Imagino que Sandoval nos dará más detalles a nuestro regreso. Hasta donde tengo entendido, la disponibilidad del hangar que contactó no tenía vuelos ni personal accesible que coincidiera con nuestra fecha de viaje.

Observó que Octavio se pasó la mano por la frente, en silencio, pero visiblemente enojado y frunciendo los labios. Ya no tenía dudas: no solo él desconfiaba de Guillermo.

Attention, flight 856 passengers with destination to Berlin present your boarding passes at the assigned departure gate

Atención, pasajeros del vuelo 856 con destino Berlín presenten sus billetes de embarque en la puerta de salida asignada

—¡Pues al fin! Ese es el anuncio de nuestro vuelo, hijo —exclamó aliviado Octavio tras escuchar el anuncio, en varios idiomas, por el altavoz de la sala donde se encontraban.

Los dos se incorporaron, haciéndose de su equipaje de mano cada uno, y encaminándose hacia donde anunciaron debían ubicarse para abordar.

Al llegar y mostrar sus identificaciones, les pidieron pasar a la línea de espera para pasajeros de primera clase. En cuestión de minutos se había formado una gran aglomeración alrededor de todas las puertas aledañas de embarque. Eran varios los vuelos que llegaban o partían con retraso, y había lo mismo personas listas para abordar que otras que recién llegaban.

—¡Abuela, abuelo! ¡Aquí! ¡Aquí!

El corazón le dio un latido fuerte y doloroso cuando escuchó detrás de él

aquella voz. Se volteó de pronto, y ni siquiera tomó en cuenta que con el movimiento dio en el hombro de un señor que estaba junto a ellos, esperando también para subir al mismo avión.

Con sus nervios colapsados tras escuchar ese grito y la desesperación que sentía subir por su cuerpo, lista para consumirlo, intentó abrirse paso y retroceder entre las decenas de personas que había a espaldas de él. La vista se le perdía, desesperado, en la inmensidad de aquella terminal cubierta por un mar de gente. Lo mismo iban sus ojos desde un anciano a una mujer con un niño pequeño en brazos que a un miembro del ejército vestido de uniforme militar y revisando sus pertenencias dentro de una mochila de campaña. De pronto se sintió perdido, mareado y hasta desorientado. La ansiedad lo sobrepasaba, seguía con sus ojos casi escaneando el lugar y, a pesar de tener los pies firmes sobre el suelo, lo invadió un deseo visceral de salir corriendo y... ¡recorrer todo el jodido aeropuerto!

«¡¡No estoy delirando, maldita sea!! ¡¡Era su voz!! ¡¡Era su voz!! ¡¡Jamás la olvidaría ni aunque pasaran cien años!!».

Comenzó a percibir que temblaba su cuerpo. El puño en el asa de su portafolio necesitó apretarlo con fuerza para que este no se le deslizara de entre los dedos. Volteó la cabeza a todos lados, una y otra vez, buscando, intentando creer en un milagro que, evidentemente, se repetía en su interior que era imposible y, aún más, sabía que le estaba negado, pero... ¡¿Y esa voz?!

Sacudió la cabeza negándose a caer en un estado de desesperación como los tantos que padeciera años atrás. Una vez más recorrió el lugar con la vista, los murmullos y ecos de voces lo comenzaron a aturdir y, en una de esas veces, observando a su alrededor, se percató de cómo una mujer cercana a él le lanzaba una mirada de recelo. No le importó lo que fuera que hubiera visto reflejado en su rostro, y le daba lo mismo si le ocasionó con su actitud algún tipo de «paranoia del viajero», como se tendía a nombrar a los miedos injustificados postraumas de las personas al viajar, sobre todo en avión.

—¡Por Dios, Gael! ¡¿Qué sucede?! ¡¿Estás bien?!

Lo sobresaltó la mano de su tío sobre su hombro, y necesitó calmar su respiración, ya que casi hiperventilaba y las gotas de sudor podía sentir las recorrer su espalda y deslizarse por los lados de su frente. Pasó la manga de su chaqueta por esta última para detener la humedad en ella.

—Tú...Tío... ¡Escuchaste esa voz?

Ladeó un poco su rostro para mirarlo y se encontró con el ceño fruncido de Octavio, preocupado y con un gran temor tras su mirada.

—No te entiendo, hijo, mira... —Señaló tras de ellos y Gael giró un poco su cuerpo para mirar—. De pronto has salido corriendo y has retrocedido, desde dónde estábamos, toda esta distancia como si te fuera en ello la vida. Me he asustado como no tienes idea por tu impulso tan intempestivo, ¿y ahora tú me preguntas si escuché una voz? ¡Por Dios, sobrino! ¡¿Te has fijado en la cantidad de personas que hay aquí?! —Lo vio estrujarse el rostro y pasar las manos por su cabello, confundido—. Por favor, hijo, ¿dime si en realidad estás bien y preparado para asumir este viaje? Si te he presionado mucho, y en realidad tu estrés de trabajo no te lo permite, podemos...

—¡Estoy bien! —aseguró—. Fue tan solo un momento de confusión que... —volvió a mirar a su alrededor— no se repetirá. Ahora será mejor que abordemos —le pidió—. Siento este momento, tío, por favor, discúlpame.

Octavio lo observó unos segundos. No dejaba de frotar sus ojos y girar la cabeza en todas direcciones. Pero cuando sintió que le pasó el brazo sobre el hombro, pidiéndole volver a la puerta de embarque, prefirió no seguir indagando más acerca de aquel altercado emocional por temor a alimentar la evidente tensión de su sobrino.

Una vez entregados los pases para abordar, los dos caminaron por la pasarela de acceso hasta la puerta del avión, siendo recibidos por dos sobrecargos que, inmediatamente, los llevaron a sus respectivos asientos.

Gael apenas contestaba con simples monosílabos. Se dejó caer en el confortable asiento del área de primera clase, perdiendo la vista a través de la ovalada ventanilla sobre la inmensa pista del aeropuerto. Inhaló profundo, aún los latidos en su pecho no aminoraban del todo, y solo pudo desear con todas sus fuerzas, después de aquel episodio de delirio, que el sueño lo rindiera durante todo el viaje para ver si con ello podía enmudecer en su mente la voz escuchada minutos antes y que, inevitablemente, se le había clavado como un puñal doloroso en su corazón herido.

—¡Fuerte, fuerte! ¡Déjame abrazarte bien fuerte, abuela!

Romina rodeaba el cuerpo de Esther llenándola de besos en las mejillas.

La llegada de Rigo y ella, desde Cuba, era ese regalo perfecto de navidad que venía a completar su dicha, luego de la esperanza que tenía, gracias a Ignacio, de que su padre pudiera recuperarse por fin.

Todos estaban en el estacionamiento del aeropuerto, acomodando el equipaje en el maletero del miniván de su madre, ese que usaba generalmente

para el negocio de la pastelería. Definitivamente necesitaron usarlo para recoger a sus abuelos en el aeropuerto, ya que de ninguna manera los padres de Ivanna se quisieron perder ese recibimiento. Así que allí estaban todos, Rigo hablando de ajedrez con su contrincante; sus padres, felices ayudando con las maletas, y ella colgada del cuello de Esther ante los ojos complacidos de su abuela materna.

—¡Te hemos extrañado tanto, mi niña! ¡Dios mío, déjame verte! ¡Estás tan hermosa, mi tesoro! —Con lágrimas asomando a sus ojos, Esther le daba una vuelta a su nieta querida llena de felicidad por verla de nuevo.

—Es que han pasado casi tres años, abuela, desde que ustedes vinieron. Y la verdad, no sé por qué razón esperaron tanto para regresar si contaban con la visa.

Su abuela bajó unos segundos los ojos y los secó con la manga de su blusa. No quería contar detalles escabrosos que empañaran la felicidad del reencuentro, menos si estos tenían que ver con su hijo Arturo, pretendía solo hablarlos con Armando, y ese no era el lugar, ni el momento.

—Ya estamos listos. ¿Nos vamos, madre? —Se le acercó este, besando su frente y emanando felicidad por todos lados por tener a sus padres junto a él.

—Por supuesto, hijo.

—¡Eso! Vámonos a casa que este señor de aquí me debe una revancha y no pienso demorarla más. —Palmeó Rigo el hombro del suegro de su hijo, dispuesto a darle guerra en el juego, como dos muchachos y carcajeándose ambos.

Todos se echaron a reír gracias a su efusividad, para, finalmente, subirse al auto y disfrutar de aquella reunificación familiar.

Aquel lugar siempre lograba erizarle la piel sin importar las veces que lo visitara. Se estrujaba las manos, nerviosa, y en varias ocasiones necesitó controlar los impulsos de esa psicosis de autolesión provocada por el desorden obsesivo compulsivo que, según aquella inepta psiquiatra, dijo que padecía. Se dio fuerzas recordando las tres horas en las que descargó todas sus frustraciones contra el saco de boxeo, ese que terminó colgando en su cuarto semanas atrás, recordarlo la llevó a tomar aire en profundidad. Lo hizo con el objetivo de, cuando tuviera una crisis, evitar herir sus brazos o cualquier parte de su cuerpo para que, ni ahora ni en el futuro, él pudiera llegar a verla llena de cicatrices; pero el ser rechazada, y humillada aquel día,

había vuelto a desencadenar su ansiedad.

Observó a su alrededor y no pudo evitar estremecerse. Solo dos mesas, cada una con cuatro sillas, y una minúscula ventana enrejada junto a los dibujos obscenos regados en gran parte de las paredes eran lo que conformaban aquel frío sitio. Escuchó un ruido y dio un brinco en el asiento, aferrando contra sí su bolsa, cuando se abrió la puerta y el chirrido de esta hizo eco en el reducido espacio. Lo vio entrar, seguido de un oficial, vestido con aquel horrible uniforme naranja, esposado y con grilletes en los tobillos. Era la primera vez que lo veía encadenado de esa forma, y esto la impresionó.

Él la observó, y la mueca que hizo su cara volvió a causarle náuseas. Casi una década encerrado allí había pasado por su físico como si arrastrara una cadena perpetua desde la pubertad. Le faltaba gran parte de los dientes, imaginó que gracias a la colección de peleas que había protagonizado en aquel lugar, y era evidente que esa era su rutina diaria, teniendo en cuenta los moretones que adornaban su rostro, especialmente, el mentón.

—Al fin estas aquí, cariño...

Dijo arrastrando las palabras, en voz baja. Con las puntas de los dedos tomó la vieja silla para sentarse en ella y quedarse en silencio. Después, el carcelero le retiró las esposas y le recordó las reglas, retirándose a vigilar desde el final de aquella denigrante sala de visitas.

—Estaba a punto de mandarte un ultimátum. Sabes eso, ¿verdad? Te estás arriesgando y no sabes cuánto.

Tragó en seco antes de contestarle, intentando soportar el fétido olor a humedad que salía de su cuerpo, mezclado con un vaho a cigarro y alcohol desagradable. ¿Acaso podían beber en aquel sitio? ¡Qué ilusa era!, pensó; el dinero, moviéndose en un ambiente como aquel, lo podía todo.

—¿Por qué... estás así? —interrogó nerviosa, haciendo referencia a las esposas y a la cadena del pie.

—¡Lecciones que estos cabrones quieren dar a todo aquel que no se deja coger de mono aquí! —habló rudo, chasqueando la lengua—. Pero eso no viene al caso ni importa. ¡Respóndeme!

—No... había tenido la posibilidad de venir antes, yo...

—¿Por qué mierdas no habías podido venir?! —escupió con furia las palabras por entre los huecos de su incompleta dentadura, lo más bajo que pudo para no alertar a su custodio que, cada cierto tiempo, los observaba a poca distancia.

—He... tenido que hacer muchas gestiones y cumplir con todo lo que...

—¡Escúchame bien, estúpida! —La vio hacer un gesto de dolor, y esbozó una sonrisa casi diabólica.

No podía poner las manos sobre la mesa, solo mantener cada una de ellas sobre los brazos de la silla; así que levantando uno de sus pies, aprisionó debajo el de ella con su pesada bota encima, logrando que un trozo de la cadena del grillete lo apretara aún más contra la pata de la mesa.

—¡Un pajarito me dijo que te has enamorado del imbécil del nieto menor de Román Alcázar, ese que trajo de Cuba poco tiempo antes de que me hiciera caer en esta asquerosa ratonera!

—Eso no es cierto, yo... —Casi chillaba cuando la silenció apretando más sobre su pie.

—¡Cállate, zorra! —exigió bajo, entre dientes, y volviendo a mirar al guardia por el rabillo del ojo—. ¡Sabes bien cuál es nuestro objetivo, y por eso te saqué de aquel agujero en Detroit! ¡Eso no es gratis, mamita! —Finalmente, le soltó el pie, reclinándose en la silla.

—Era tu deber moral hacerlo —refutó bajo también, pero temblándole la voz.

—¿En serio? ¿Y a santo de qué tendría yo que haber sacado de ese burdel clandestino de mala muerte a una putita de diecinueve años, drogadicta y manoseada por a saber cuántos machos? —Soltó un risa ladina y asquerosa.

—¿A santo de que soy... ¡tu hija!, por ejemplo? ¡Igual que lo es él! —dijo asqueada de esa realidad que era su cruz.

—¡A mi hijo no lo menciones, perra! ¡Eres una hija que no pedí! ¡Tu madre se embarazó a propósito, creyendo que iba a tener dinero a manos llenas gracias a su engendro, y terminó destruyendo mi vida! —La rabia de sus ojos sentía que la atravesaban—. Pero las cosas no salieron como ella pensaba, y le cumplí lo que le dije: ¡me largué! ¡Así que agradéceme que al menos te sacara del hoyo donde ella misma te metió!

—¡Me sacaste de ahí porque te convenía utilizarme en tu venganza! ¡Y a él también!

—¡Te inventé una vida, ingrata! ¡La robé para ti! ¡Y mírate! —La señaló con un gesto de su barbilla moviéndola de arriba a abajo—. ¡Todos creen una mentira acerca de quién eres! ¡Esa identidad que tienes me pertenece, y me la debes!

—No sé para qué vine, ¡esto no tiene sentido! —Hizo el intento de levantarse, asustada; pero él la detuvo aplastando su pie de nuevo con fuerza.

—¡Mira, muchachita! ¡Conmigo nadie juega, y menos tú! Los Alcázar me la

deben. Esta... residencia tan lujosa —movió irónico la cabeza entrecerrando los ojos y refiriéndose al lugar donde estaban— es un regalo de ellos, y pretendo cobrarle ojo por ojo y diente por diente a esos... ¡malditos! —Miró de reojo al guardia y lo vio confirmar la hora en su reloj, supo entonces que le quedaba poco tiempo de visita—. Cumple con tu parte, que ya nuestro amigo en común está cumpliendo la suya.

—Se terminó el tiempo —interrumpió el vigilante, y ella soltó el aire, aliviada.

El oficial se acercó y lo agarró por el antebrazo, levantándolo, y volvió a esposarlo, para dirigirse a la puerta. Antes de desaparecer por ella, el presidiario se giró y le dijo lo último que hubiese querido escuchar otra vez en su vida...

—No dejes de cumplir conmigo..., ¡Piola!

Capítulo 12



Tres meses después...

No podía estar más feliz, y todos los que se cruzaban con ella podían ver la alegría que irradiaba su rostro.

Su padre avanzaba a pasos agigantados después de someterse a cirugía; de hecho, en tan solo poco más de un mes, había dejado de lado el bastón, y aunque aún se le podía percibir una leve cojera al caminar, esto para nada era comparable a la situación física que enfrentó con anterioridad. Se podía asegurar que casi volvía a ser el hombre que fue, y todo el tiempo se repetía que la vida no le alcanzaría para agradecerle a Ignacio toda su ayuda.

ÉL, finalmente, no pudo hacerse cargo personalmente de la operación por el compromiso del congreso médico al que fue requerido asistir en representación de la clínica. Pero no solo buscó un programa de salud que cubriera los gastos del tratamiento para su padre, sino que, además, lo puso en las manos de un gran ortopedista y colega suyo, de absoluta confianza, y quien había sido una bendición para la recuperación de Armando.

Por otro lado, Alma cada día avanzaba más y tanto ella como su familia

estaban impresionadas del gran desarrollo y talento innato de la niña para la música. Ya había conocido a sus dos abuelas y también al abuelo, con el que había cruzado alguna que otra palabra cordial las veces que venía a por ella, especialmente a los ensayos del festival, por el cual la pequeña estaba muy entusiasmada. Todos le resultaban una familia muy hermosa y unida, haciéndola sentir feliz por la niña, a la que tanto quería, viendo el amor que le prodigaban a la pequeña y que, sin dudas, demostraba todo el tiempo que ella era el centro de atención de ellos.

Con quien sí había entablado una bonita amistad era con Viviana, ya que ella visitaba la escuela más a menudo, sobre todo los últimos meses, al estar su hermano muy ocupado con el tan mencionado evento médico internacional. De hecho, se habían reunido a tomar varias veces un café y le había presentado a Adara, antes de que esta viajara por trabajo a New York, y con quien congenió desde el primer momento.

Por otro lado, Ignacio no dejaba de seguir siendo muy amable con ella, la llamaba a menudo, y en alguna ocasión aceptó cenar con él para que lo pusiera al día de la rehabilitación de su padre, ya que llevaba muchas semanas fuera de la clínica. En varias ocasiones, lo descubrió observándola con tal detenimiento que llegó a abrumarse, y solo deseaba que esa actitud de él no significara que podría estar viéndola como algo más que una amiga porque... ¡Sí! Continuaba creyendo que era un hombre impresionante, hermoso y con todas las virtudes que cualquier mujer pudiera aspirar; pero, definitivamente, no sentía una atracción por él que la llevara a querer ser algo más. Ignacio le transmitía más bien una sensación de hermandad, de cariño fraternal, y todas aquellas inquietudes que al principio de conocerlo le provocara, terminaron por irse convirtiendo en un profundo afecto y una eterna gratitud por él.

—¡Romina! Pero, hija mía... ¡Detente!

Se giró al escuchar que la llamaban y vio a Marisa, la alegre y divertida profesora de literatura, caminando apurada hacia ella, calzando sus impresionantes zapatos de doce centímetros y con aquel glamur a flor de piel, como era su costumbre siempre.

—¡Ay! Pensé que no te alcanzaba, chica —le dijo sacando de su cartera un abanico de color verde, para no variar su preferencia de colores, y agitándolo ante ella, efusiva.

—¿Pero por qué estas tan alterada? —le preguntó sin ocultar la sonrisa.

Ella era la maestra más alegre y extrovertida del instituto, y en poco tiempo le había tomado un gran aprecio, al igual que se lo tenían sinceramente

todos.

—¡Mira esto! ¡Así no se puede! —Extendió ante ella unos papeles que acababa de imprimir. Romina terminó levantando la vista a su rostro, luego de mirarlos, extrañada, no entendía a qué se refería.

—¿Es que no lo notas?!

Volvió a darle un vistazo para intentar descubrir de qué hablaba.

—La verdad, no, Marisa. ¿A qué te refieres?

—¡Por Dios, Romina! ¡Mira este color de aquí! —Le quitó de las manos los documentos que, aparentemente, trataban de algún tipo de anuncio promocional del festival y señaló un lugar específico en estos con su perfecta manicura—. Este color azul ha quedado más claro que el de arriba. ¡Y conste! Me he asegurado mil veces de que sean del mismo tono. ¡Es que Lidia me matará! —Movi6 su mano en el aire, como muchas veces antes, exagerando y haciendo alusión a la maestra de Arte, que era la encargada de las promociones del festival anual del instituto.

—¡Es que esa jodida impresora me odia! —continuó—. ¡Hoy necesitaré doble ración de mi *white tea*, o este evento acabará con mis nervios y con la lozanía de mi piel!

—Bueno —la observó con cariño—, lo primero es hablar con Lidia, quizás lo único que necesitarás es cambiar el rodillo de colores de la impresora.

—¿Tú crees?

La vio morderse el labio inferior y hacer un gesto chistoso de temor.

—Estoy segura. ¿Vamos a por ese té? Ya me has acostumbrado a tus brebajes.

—Por supuesto. ¡Y no son brebajes! Son infusiones mágicas para mantenerse así de jovial y enérgica. ¿O no me has visto bien? —Se señaló de arriba abajo.

—Vale, ¡por eso me has convencido todo este tiempo de tomarlos! —Se echó a reír y comenzaron a caminar juntas rumbo a la cafetería.

—¿Me hablarás del bombón del papacito de tu alumna? —le preguntó pícaro, levantando las cejas.

—Marisa... —La miró poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué?! Está mono... ¡No! ¡Monísimo! Y, además, me dijiste que te invitó a salir.

—No me invitó en plan de una cita. Es tan solo a la cena que dará su familia el próximo sábado, algo estilo barbacoa, para celebrar las bodas de

oro de sus abuelos, y sé que lo hizo porque Alma habló de ello frente a mí y le pidió invitarme.

—¡Ja! ¡Sigue creyendo eso! —Sacudió la cabeza moviendo sus rubios rizos de un lado a otro, incrédula—. ¿Y Adara, ya regresó? Esa chica me encanta. ¡Definitivamente es de las mías! —Romina se volvió a reír.

—Ella opina lo mismo de ti desde que las presenté, créeme. Y no, regresa este viernes después de dos meses en New York. Ya terminó la remodelación del edificio del contrato que contrajo la compañía para la que trabaja, y, ¡al fin!, la noté ayer más sosegada cuando hablamos por teléfono. ¡No sabes cuánto la extraño!

—Lo imagino, ustedes se ven que son muy unidas.

—Como hermanas —afirmó orgullosa justo al llegar a la puerta de la cafetería, adentrándose en ella y comenzando ambas a saludar a varios colegas que allí se encontraban.

—¿Amor? No tenía idea que ya estabas aquí. ¿Cómo fue la rehabilitación hoy?

Ivanna entraba en la habitación al llegar de su trabajo y se sorprendió al ver a su marido, mucho antes de la hora acostumbrada, en la casa. Se quitó la chaqueta y se acercó, abrazándolo y recibiendo de él su acostumbrado tierno beso de siempre.

—Hoy no fui a la clínica, cariño, me quedé trabajando en casa. —La vio arrugar el ceño y a punto de recriminarlo—. ¡Tranquila! —La besó de nuevo, sellando sus labios antes de que estos comenzaran a protestar—. La puse para el lunes, mi cielo. Hoy Iván me necesita, tenemos una cita importante y acabamos de hablar, a él le es imposible ir esta vez, y le aseguré que yo lo haría. Es obvio que ya no puede continuar solo con la responsabilidad de toda la empresa.

—Cuando mi hermano habló conmigo, hace unos días, me dijo que tenía todo bajo control y que tú estabas ayudándolo mucho, a pesar de estar recuperándote desde la casa, especialmente con lo que tenía que ver con la parte financiera de los contratos que asumieron antes de tu cirugía.

—Cariño... —Masajeó su espalda, teniéndola aún entre sus brazos—, sabes que lo de mi operación fue un imprevisto, necesario de aprovechar en ese momento, es cierto; pero, finalmente, surgió algo con lo que no contábamos ni Iván ni yo, teniendo en cuenta los compromisos que teníamos ya

en marcha. Tu hermano se ha portado increíble. Visitó solo las instalaciones e hizo los tratos pertinentes, lo mismo con la compañía ganadera que con la de los restaurantes. No puedo seguir abusando de eso; además, mírame —se separó de ella y riendo dio la vuelta y movió su pierna—, estoy como me conociste: ¡como un treintañero! ¿O acaso no metimos un buen jonrón anoche? —le recordó, provocándola y volviendo a abrazarla, haciendo que se echara a reír.

—¡Sí, señor Sanfield! Fue un gran partido el de anoche, y el cual quiero repetir —confesó y se mordió el labio, mirándolo fijo y tentándolo esta vez ella.

—No siga por ese camino, señora Sanfield, mire que se me olvidará todo lo que pueda suceder tras esta puerta y la encadenaré a esa cama. —La apretó contra él y comenzó a mordisquear su cuello.

—Creo... que lo mejor será..., ya que dejaste de ir a tu fisioterapia, que... cumplas con Iván —habló casi sin fuerzas, sobrepasada por su sensual caricia.

Se separó de ella y la miró con lujuria, confirmando que jamás se saciaría el deseo que sentía por su esposa, pasara el tiempo que pasara.

—Estoy de acuerdo, o te juro que será como te he dicho: ¡no podré irme!
—Besó la punta de su nariz.

—¿Te espero a cenar?

—Por supuesto y, por cierto, ¿dónde anda el cuarteto dinámico? —Sonrió al hacer esa referencia jocosa de sus padres y sus suegros, provocando que ella riera también por cómo los llamó.

—En el club latino, tenían una competencia de ajedrez mi padre y Rigo, y, ¡ya sabes!, se llevaron a sus dos fanáticas.

Armando se carcajeó imaginándolos, y su mujer le acarició la mejilla sin dejar de mirarlo. Ese gesto de ella, apretando los labios tras un suspiro, siempre le hacía ver que diría o preguntaría algo serio.

—Tu madre y tu conversaron por largo tiempo la otra noche. —Asintió con lentitud y suavemente se separó de ella—. ¿Qué te dijo de él?

—No mucho... —respondió con parquedad, estirando hacia atrás su cuello y metiendo las manos en los bolsillos de sus vaqueros.

—¿La leerás? —La miró sorprendido—. Esther me habló de la carta que te mandó con ella.

—Aún no la he leído y —se frotó el rostro— no sé cuándo esté listo para hacerlo.

Ivanna se acercó y lo abrazó por la espalda, tomando él sus manos y

llevándoselas junto a las suyas al centro del pecho.

—Solo hazlo cuando te sientas listo, estoy segura de que tu madre no te presionará con ello.

—Ha viajado a Canadá, ojalá lo ayuden allá. Sabes que no podría jamás desearle ningún mal; finalmente, es mi hermano. —Tomó aire, percibiendo el hueco que sentía que se le abría siempre en el estómago al tocar el tema de Arturo.

—Lo sé, amor, solo quiero que, cuando tú lo consideres, leas esa carta. Te ayudará a cerrar ciclos que, de alguna forma, siguen abiertos en nuestra vida. ¿Sí? —Se llevó una de sus manos a los labios y la besó de nuevo, dejándolos unos segundos en ella.

—Te prometo hacerlo.

—Vamos, te acompaño a la puerta; pero intenta llegar temprano, por favor —pidió con dulzura.

Se abrazaron, en silencio, después de un beso que a Armando le supo a paz, a sosiego y a toda esa tranquilidad que solo Ivanna podía transmitirle en sus peores momentos. Por ahora no quería tocar el asunto. Su madre y él ya habían hablado lo necesario al respecto. En cada palabra de ella, pudo palpar su sufrimiento de madre, y eso le dolía mucho; pero, indiscutiblemente, había temas del pasado que continuaban siendo difíciles, y ese era uno de ellos...

—Entonces, sobrino, ¿crees poder estar para el sábado junto a nosotros? Te advierto que tu abuela nos va a enloquecer, no cesa de repetir lo mismo exigiéndonos que ya te hagamos regresar.

Octavio hablaba por teléfono con Gael, desde su oficina, mientras con una mano trazaba rayas, ansioso, en una hoja de papel sobre el escritorio.

—No te preocupes, tío, estoy haciendo lo posible por dejar todo en regla de una vez, pero no puedo garantizar aún que pueda llegar a tiempo el sábado. Lo más probable es que esté en Houston a principios de la otra semana —le contestó del otro lado de la línea.

—Pues a ver cómo controlamos a mi madre, está muy ilusionada con que puedas llegar para la fiesta de aniversario. Siento haberte tenido que dejar allá solo, hijo. —Dejó caer el bolígrafo sobre el escritorio, reclinándose en el sillón y llevándose la mano a la frente—. Si no hubiese sido por la emergencia de tu tía, entre los dos hubiéramos terminado todo el proceso más rápido y...

—Tranquilo... —lo interrumpió—, fue un contratiempo inevitable, y tu

lugar estaba al lado de la tía Nancy. Por cierto, ¿cómo se encuentra?

—Mucho más recuperada, pero el susto que nos dio su apéndice fue caótico, y nos costó casi dos semanas en el hospital con ella ingresada. Para ponerle la cereza al pastel, tu primo ha estado sumergido en un congreso médico por más de dos meses, y ya conoces a mi mujer, no confía en otro médico que no sea su hijo, aunque la especialidad a tratar no tenga nada que ver con la de él. —Lo escuchó carcajearse, cuando dos toques en la puerta lo hicieron interrumpir la conversación.

—Adelante.

—Con su permiso, señor Alcázar, pero acaba de llegar el representante de Cardinal Design Construction Group para la reunión programada —informó la secretaria.

—Muy bien. Por favor, hágalo pasar a la sala de juntas y avise a mi hermano.

La mujer afirmó con un gesto, asintiendo, y volvió a dejarlo solo.

—Sobrino, ¿sigues ahí? —preguntó temiendo se hubiese perdido la conexión.

—Aquí sigo, tío, y ya escuché que tienen una reunión.

—Así es, nos reuniremos para cerrar el presupuesto de la remodelación y equipamiento interior de los tres almacenes de la fábrica, y acaba de llegar el directivo de la empresa constructora.

—Entonces te dejo y hablamos más tarde. ¿Todo ha marchado bien con ese proyecto? —se interesó.

—Estupendo, sobrino; acertamos con contratarlos, y creo que fue una suerte del destino que a tu padre le recomendaran tanto esta compañía. Son verdaderos expertos y muy profesionales.

—Me alegro mucho. Nos hablamos cuando terminen la junta, tío, y que todo vaya bien.

—Hijo, espera, ¿algún mensaje para tu padre? —Se hizo un incómodo silencio en la línea.

—Dile que deseo que, lo mismo él que mi mamá, se encuentren bien, aunque sé que lo están porque ayer hablé con ella. —La voz se le escuchó baja y un poco indiferente.

—Entiendo —contestó Octavio con pesar—. Hasta pronto, sobrino.

—Adiós, tío.

Y Octavio colgó la llamada, pensativo.

Armando pasó al interior de la amplia sala de reuniones de la empresa a la que le estaban brindando sus servicios desde hacía casi tres meses, guiado por la secretaria. Esta, antes de retirarse, se mostró muy amable ofreciéndole alguna bebida, a lo que él se negó cortés, y antes de marcharse le aseguró que sus jefes se reunirían con él en breve.

Era la primera vez que estaba ahí. Hasta el momento, su cuñado se había encargado de todo, con mucho esfuerzo, debido al hecho de que él, aunque lo dudó al principio pensando en todos los compromisos que tenían, terminó por convencerse de que lo primero era aprovechar esa milagrosa oportunidad que llegó de pronto y le permitió operarse. Ahora sabía que decidió lo correcto, y nunca se arrepentiría de ello, pero era hora de volver a la marcha.

Recorrió el salón con la vista de un extremo a otro. A través de las grandes ventanas, desde la altura en la que estaba, se podía disfrutar de un hermoso paisaje.

Una extensa mesa rectangular ocupaba el mayor espacio de la habitación, con catorce sillas rodeándolas. Una moderna e inmensa pantalla digital, en la pared del fondo, proyectaba un mapa del tráfico de la ciudad, junto a una barra estilo bar con dos butacas altas y una nevera pequeña en una de las esquinas era lo que completaba el sitio.

Sobre la mesa, en la parte superior de esta, tres sillas esperaban cada una con una carpeta de color verde frente a ellas, con el logo de la empresa, un lapicero marcado con el mismo símbolo y una botella de agua helada con un vaso al lado.

Dio unos pasos a la ventana y se perdió por algunos segundos en la vista detrás del cristal hasta que el sonido de la puerta, abriéndose detrás de él, lo hizo girarse.

—Buenas tardes, y discúlpeme la demora, es que...

Como un golpe macizo que los dejó sin aire fue lo que aquellos dos hombres sintieron al estar frente a frente después de más de una década. El nudo que a ambos se les hizo en medio del pecho, ante la abrumadora impresión que les acababa de producir aquel inusitado encuentro, les cortaba la respiración.

Rolando Alcázar pasó su mano por la frente cuando sintió que un latido fuerte apareció en sus sienes.

Mientras, Armando necesitó dar dos pasos adelante para aferrarse al espaldar de la silla más cercana.

—¿Alcázar?! —habló primero Armando, incrédulo, aturdido por verlo ahí.

—¡Por Dios! ¡Es usted, Sanfield! —se dijo para sí Rolando, como si aún no pudiera creer que lo tenía frente a él.

El silencio se prolongó unos minutos y el ambiente se volvió un pesado manto de recuerdos y preguntas temerosas de escuchar sus respuestas.

—¡Vaya! Ya estás aquí, hermano, y yo buscándote en tu oficina. Ya Iván me había avisado que su otro socio tomaría el mando en el final del proyecto, así que...

Octavio entró a la sala de reuniones casi sin ellos darse cuenta, los dos levantaron la vista hacia él cuando lo sintieron dejar una carpeta sobre la mesa, llena de documentos. Al este observar el rostro de Rolando y de su acompañante, definitivamente se alarmó por notarlos tan descompuestos, ambos estaban pálidos. Conocía demasiado bien a su hermano, y su expresión no solo era de perplejidad o asombro, detrás de su mirada había un miedo oculto que no supo cómo identificar.

—¿Sucede algo, caballeros? —indagó, y el tono de su voz evidenció preocupación.

Rolando arrastró una silla y se dejó caer en ella. Las emociones terminaron por rebasarlo y pasando la vista de Armando, que continuaba en silencio, a su hermano, finalmente logró hablar.

—El destino, hermano, que no entiende de treguas... —expresó abatido, pasándole una y otra vez el rostro de su hijo por la mente, y aterrado, por las respuestas que estaba a punto de recibir de parte de Armando. Eso era lo que tanto lo atormentaba.

—Octavio, no te entiendo, explícate, por favor —pidió su hermano, observando a Armando nuevamente y, viéndolo nervioso abrir una botella de agua de las que había sobre la mesa, para tomar de ella como si padeciera una semana de pura sequía.

—Él... —se aclaró la garganta Rolando— es Armando Sanfield, el padre de la muchacha que fue novia de Gael en su juventud, en Cuba.

—¿La chica que falleció?

—¡Mi hija está viva!

Armando soltó sus palabras de golpe, sin pensarlo un segundo y con una dolorosa furia. No soportó la afirmación tras la pregunta de Octavio, escucharla fue como hurgar en el miedo más terrible de toda su existencia, ese que arrastró por años. Las palabras del, que ya tenía claro, era el hermano de

Alcázar, le hicieron revivir por algunos segundos los momentos desesperantes en los que creyó que perdería al ser que más amaba en la vida.

Rolando se levantó de la silla y dio varios pasos de un lado a otro, pasando las manos constantemente por su frente antes de detenerse a preguntar.

—Romina... —dudó—, ¿ella está también aquí? —La voz le tembló al preguntarle, y lo vio fruncir el entrecejo.

—¿Se refiere a si mi hija vive aquí, en Houston? —lo vio asentir—. Sí, por supuesto, toda la familia vivimos aquí. —Escuchó como soltaba el aire tras responderle.

—Hermano, él acaba de decir que la chica está viva. Hablamos de la misma mujer por la que Gael ha pasado casi una vida sufriendo, amargado, y no te veo...

—Ya lo sabía, Octavio. —Se frotó los ojos.

—¿Sabías que vivía aquí y nunca le dijiste nada?! —se escandalizó su hermano. Él era testigo fiel de todo lo que su sobrino había sufrido por años, y aunque los detalles de los acontecimientos nunca llegó a saberlos con exactitud, se sentía abrumado con lo que estaba imaginando y... ¡No podía creerlo!—. ¡Por Dios! ¡No entiendo todo esto, Rolando!

—¡No! ¡Lo supe justo antes de montarnos en esa lancha que nos sacó de Cuba! —Octavio lo observó aún más confundido.

—Es una situación delicada y muy difícil. —intervino Armando, que parecía recobrar la ecuanimidad lentamente—. Creo ir entendiendo las circunstancias y créanme, las de mi familia no son menos complicadas.

—Sanfield... —se dirigió a él Rolando, buscando mantener la calma—, creo que usted y yo necesitamos tener una larga conversación. ¿Podemos posponer esta reunión de negocios para otro momento? —Armando hizo un gesto de aceptación, tampoco tenía cabeza para nada después de este juego de azar del destino.

—¿Y tú, hermano? —Miró a Octavio con el semblante todo decaído.

—Por supuesto que estoy de acuerdo, Rolando. No logro entender toda esta locura, pero espero que logres dar con una solución que no dañe a mi sobrino más de lo que ya está, y no empeores más las cosas.

El mensaje entre líneas que su hermano le dejó con sus palabras, acerca de la deteriorada relación con su hijo, lo golpeó como un puñetazo, y solo pudo bajar la mirada y pedirle a Armando que lo siguiera a su oficina.

Este recogió su portafolio y se despidió de un Octavio aturdido por todo lo que estaba sucediendo, dejándolo en aquel gran salón con miles de

interrogantes después de lo que se había hablado allí.

En silencio, los dos atravesaron varios pasillos y llegaron al final de un amplio corredor, rodeado de varias puertas de madera rojiza y con una elegante recepción a poca distancia de estas. Rolando se acercó a una secretaria que estaba trabajando en su portátil, y, claramente, Armando lo escuchó pedir que no deseaba ser molestado por nadie; luego abrió la puerta de su oficina para invitarlo a pasar.

Al entrar, le ofreció ponerse cómodo en uno de los sillones que rodeaban una mesa de centro en un lateral del amplio lugar. Se acercó a una nevera, incrustada en la pared, y sacó una botella de whisky junto a dos copas. Se le acercó, sin hablar, y puso todo frente a él, tomando asiento.

—Creo que esta conversación será larga y necesitaremos de esto. ¿No lo cree, Sanfield?

Armando llevó sus ojos de la botella al rostro consternado de su acompañante.

—Yo no bebo, Rolando, hace mucho que me propuse no hacerlo más. Pero no te preocupes, hazlo tú, créeme que si pudiera lo haría también. Y, por favor, creo que deberíamos tutearnos. ¿No te parece? —lo vio hacer una mueca triste y levantarse a por una botella de agua para traérsela.

—¿Empezamos a darle orden por el principio a este rompecabezas de la vida que nos une? —propuso Armando.

—Será lo mejor.

Los minutos fueron fluyendo entre ellos y la impresión del encuentro dio paso al sosiego, pero sin dejar de, a partes iguales, cargar por separado el temor de cómo enfrentar una desafortunada situación que involucraba tanto a los dos seres más importantes de sus vidas.

Rolando le narró todo lo sucedido desde el día en el que Gael fue informado en el hospital de la supuesta muerte de Romina. También de su corazonada, esa que aún no se explicaba, pero que le hizo no creer, estando aún en Cuba, que la chica en realidad había fallecido, y, menos, que toda la familia hubiese dejado Viñales de aquella extraña manera, olvidando el lazo tan fuerte que unía a su hijo con ella. Le habló de todas las hipótesis que entonces manejó, pero al Armando explicarle cómo se había dado todo, no pudo dejar de incorporarse con rabia al saber quién estuvo manipulando la situación: Arturo. El hombre que tanto daño le hizo a su esposa y que, por desgracia, tenía un lazo de sangre con la mujer que amaba Gael. Además, apretó fuerte su puño al conocer la llamada que hizo Ivanna a casa de sus

fallecidos suegros, dejando el mensaje que nunca dieron a su muchacho.

Armando, por su parte, le narró acerca de los seis meses posteriores a su huida de Cuba y de cómo de ellos Romina estuvo otros tres en estado de coma; despertando de este cuando él ya se encontraba sumergido en un mediático caos político. No hubiese querido entrar en detalles, pero Rolando no era un hombre que sacara conclusiones a medias.

—¿Estuviste detenido, Armando? —Solo asintió—. ¿Fue por causa de nuestra huida?

—Ya de nada sirve hablar del tema, Rolando —alegó afectado.

—Para nosotros sí tiene importancia. Mi esposa, después de muchas reflexiones, cree que tú nos ayudaste a que, afortunadamente, no nos atraparan: al menos es una de nuestras hipótesis, al igual que lo es la de que, aquella carta advirtiéndonos, fuiste tú quién la envió. ¿No es así? ¿Qué sucedió? —insistió y lo vio sonreír de lado, confirmándole sus sospechas de años.

Armando suspiró y se reclinó hacia atrás, soltando la pequeña tapa plástica de la botella de agua sobre la mesa, y bebiendo hasta terminársela.

Tomó entonces valor y le confesó sus casi tres meses en prisión, y de cómo salió con un juicio militar pendiente, ayudado de amigos que, a pesar de pertenecer al gremio militar cubano, decidieron anteponer la amistad sincera que sentían por él por encima de cualquier lealtad política. También le contó que, en cuanto los médicos lo permitieron, su hija y su mujer regresaron a Rusia, gracias a la ciudadanía con la que cuentan ambas; sabía que las cosas empeorarían con él en Cuba y no podía arriesgarlas. Por eso, y a pesar de la negativa de su esposa en un comienzo, al final logró convencerla de salir del país por el bienestar de Romina.

Al poco tiempo terminó reuniéndose con ellas, meses después, justo nueve días antes de que se celebrara el juicio del que estaba seguro saldría directo a prisión nuevamente, gracias a que logró concretar una salida secreta, usando a Ecuador como escala y donde permaneció dieciocho días hasta que voló a Moscú. Sonrió de lado cuando le pidió que no le preguntara detalles de su huida clandestina, ya que había personas involucradas y a quienes debía guardarles las espaldas de por vida. Con un gesto, asintiendo, Rolando le dio a entender lo mucho que comprendía ese voto de silencio.

La conversación se extendió, Rolando no dejaba de prestar atención a cada palabra suya. Hablaron de sus casi dos años en Rusia, ensombreciéndosele los ojos al recordar lo que sintió al regresar a ese gélido país, enfrentando una realidad tan diferente, y de cómo, gracias a la familia de su esposa, lograron

tramitar una visa de asilo en Estados Unidos, logrando viajar para reunirse con ellos, que ya residían en el país hacía muchos años.

Aquellos dos hombres, tan diferentes en el pasado y tan similares ahora, en cierta forma desahogaban sus angustias compartiendo ambos las vidas de sus familias durante los últimos años, hasta que llegaron al punto de la conversación más vulnerable: Gael y Romina.

—Entonces, ¿ella no recuerda nada? —preguntó con tristeza Rolando, intentando concentrarse en cada palabra de Armando y alejando en cada intervalo de tiempo, durante aquella conversación, el recuerdo de su hijo en su mente, preocupado por lo que se avecinaba.

—Las terapias y su evolución durante mucho tiempo la han ayudado poco a poco a tener ciertas memorias de su niñez y parte de su adolescencia; pero si tu pregunta se refiere a tu hijo, la respuesta es no. Romina no recuerda nada de ese último viaje a Viñales, ni sabe que Lourdes, tu sobrina, es de quien era el corazón que late en su pecho ahora.

Rolando se incorporó intranquilo.

—¡No entiendo cómo no la ayudaron a recordar; si ella quizás hubiese sabido, podría haber...!

—¡No, Rolando! ¡No te permito reproche alguno! —Se levantó del sillón Armando, visiblemente enojado—. Solo mi esposa y yo sabemos lo que sufrimos al verla despertar del coma en aquel estado. ¡Los primeros diez días no sabía ni quiénes éramos nosotros! Luego vinieron las crisis de ansiedad, los ataques de pánico y, finalmente, un estado depresivo que los médicos no se explicaban. A eso, únele que para entonces nuestra hija era ciega y ni siquiera podía adaptarse a esa condición preexistente en ella cuando despertó porque, simplemente, su cerebro se negaba a recordarlo.

»Era como si su subconsciente rechazara el hecho de su falta de visión, según explicaban los psicólogos. ¡Así que no te permito que nos juzgues! En ese momento, para nosotros había solo dos caminos a seguir: o mantenerla a salvo y estable, después de un trasplante de corazón que la puso al borde de la muerte, o revelarle un pasado doloroso, arriesgándonos a que sus crueles verdades terminaran por destruirla. —Respiró profundo y lo vio agachar la cabeza.

»Nosotros también pensamos que todos ustedes habían muerto durante la travesía. La noticia se regó por todo Viñales como pólvora a los pocos días de la huida, según mis padres. Ellos lo supieron antes de mudarse definitivamente a la capital. ¿Cómo imaginas que nos podíamos atrever a recordarle a nuestra

hija que no solo su mejor amiga murió, dejándole el corazón en su pecho, sino, además, que su novio, para ella el amor de su vida, había muerto en el mar al huir del país con su familia? ¡Dime! ¡¿Qué habrías hecho tú en nuestra situación, Rolando?! ¡¿Acaso tienes una idea de lo que es pasar años con el temor de que el corazón de una hija en cualquier momento deje de latir sin que tú puedas hacer nada para evitarlo?! Porque si no tienes una idea de lo que se siente, puedo explicártela con detalles, ya que así fueron los primeros diecisiete años de la vida de nuestra hija.

Armando alisó hacia atrás su cabello varias veces, dándole luego la espalda. En el silencio de la oficina, solo escuchó los tragos del licor que daba aquel padre, junto al sonido de los cubos de hielo en el vaso. Era consciente de que, como él, se le acababa de venir encima una avalancha de crueles verdades por revelar como si fueran un alud de nieve.

—Lo siento... —balbuceó Rolando—, habla la ignorancia de mi miedo, Armando. Sinceramente, estoy muy feliz de saber que Romina no solo superó su enfermedad cardíaca, sino que además logró someterse a esa cirugía que le devolvió por completo la visión finalmente. Pero no puedo dejar de pensar en mi hijo, Armando. No tienes una idea de lo que ha sufrido, de lo que sufre, y lo que es peor, yo fui el primero en no solo subestimarle, también traicionarlo al dejar pasar los años sin revelar una verdad que él tenía derecho a saber desde el principio para tomar sus propias decisiones. Gael no es ni la sombra del joven alegre, vivaz que conociste, y solo yo soy el responsable de eso.

Los dos se miraron, aquella larga conversación terminó por liquidar sus ánimos. Armando se paseó por el lugar a la par de Rolando. Por unos minutos, cada uno se dio su tiempo para analizar toda aquella realidad que hoy les tocaba compartir. Fue entonces cuando Armando se detuvo frente a una chimenea, llena de portarretratos en su parte superior, y no pudo evitar apretarse con una mano la sien mientras con la otra tomaba una de las fotos que allí estaban.

El rostro risueño de la niña que, en varias ocasiones vio junto a su hija al ir a por ella al instituto, y que, incluso, llegó a presentársela como su alumna más querida, destacaba en la imagen junto a varias personas. Reconoció enseguida el rostro de Gael, mucho más maduro, junto a su madre, Adela, a quien los años no le había dejado huella, y, por último, ahí estaba, el tal doctor Ignacio. No tuvo nunca la oportunidad de verlo muy de cerca, pero era muy bueno recordando rostros, algo que su carrera como estratega militar le había dejado como herencia. Solo alguna vez vio a aquel hombre, a corta distancia,

apresurado por los pasillos junto a varios doctores más mientras estaba en el hospital esperando una de sus tantas citas con el cirujano que, él mismo, le recomendó. ¡Dios! ¡No podía ser lo que estaba pensado! Pero con la fotografía en la mano no le quedaba duda alguna, ¡era él! Romina llegó una vez a señalárselo de lejos como el padre de su alumna, el doctor que lo había ayudado a recuperar su pierna, y ese rostro estaba grabado por siempre en su agradecida memoria.

—Rolando... —Se giró lento hasta chocar con su mirada—. La niña y el joven a su lado en esta foto —señaló con el dedo sobre la imagen—, ¿quiénes son?

Rolando miró la fotografía y luego a él.

—Son mi sobrino Ignacio y su hija, Alma. —Lo vio soltar el cuadro sobre la mesa que tenía frente a él y deslizar sus manos por el rostro, cerrando los ojos—. ¿Por qué lo preguntas? ¿Qué sucede? —Esta vez lo observó con detenimiento, intrigado, mientras Armando se quedaba por unos segundos mirando en silencio a través de la ventana, para luego virar su rostro hacia él y terminar diciéndole:

—Sucede que el destino es como una cabrona enredadera, Rolando; una que, como un muérdago, manipula nuestras vidas a su antojo hasta hacer su santa voluntad.

Capítulo 13



—Esto no será sencillo, amor —dijo soltando el aire que había retenido en las últimas dos horas como un peso profundo en el pecho.

La noche caía tranquila mientras ellos se mantenían en silencio, aún dentro del auto y sin atreverse a entrar al garaje de la casa. Desde su posición podían ver los reflejos de las luces de la sala todavía encendidas. Suponían que sus padres y su hija compartían juntos, viendo la televisión quizás. Para ambos, llegar de aquella reunión con los Alcázar y tener que enfrentarlos les provocaba una silenciosa ansiedad debido a esa realidad que se abría ante ellos, y, especialmente, para ella: su Romina.

—A pesar de lo inesperado de la situación me complació mucho verlos, y aún más saberlos vivos —expresó Ivanna sin dejar de frotar una mano con la otra; evidentemente sobrepasada por los nervios. Armando se giró un poco en el sillón del auto, en un intento de que ambos quedaran más cerca para entrelazar las suyas junto a las de ella y así tranquilizarla.

—Todavía me siento superado por este reencuentro, cariño, te juro que me alegra y asusta a la vez. No sé cómo explicártelo sin que mi instinto protector por nuestra hija sea malinterpretado como un insano egoísmo, pero me es inevitable no pensar en ella primero antes que en nadie.

Ivanna asintió sin dejar de acariciarle los nudillos con la yema de los dedos.

—Te entiendo, amor, me sucede lo mismo al pensar en cómo Romina asimilará esto llegado su momento, y... ¡Estoy aterrada! Lo confieso. —Las lágrimas no se hicieron esperar y rodaron por sus mejillas, libres, confirmando el inmenso temor de madre que padecía.

Armando soltó sus manos y la atrajo hacia él, abrumado. Lo que menos quería era ver a su mujer atormentada por una situación que, definitivamente, no podían controlar y con la que tan solo les quedaba resignarse a enfrentarla. Ya la había visto así en Cuba, años atrás, no soportaría verla pasar por el mismo doloroso estado emocional de nuevo.

—Mi cielo, ni para ellos, ni para nosotros, lo que se avecina será fácil —aseguró—. Ya escuchaste de parte de Adela y Rolando los pormenores de todo lo que han pasado estos últimos años con Gael, y del cambio que este ha dado.

Ivanna sonrió con tristeza al recordar lo que los padres del muchacho le habían narrado durante la cena acerca de él. Siempre supo que el amor de Gael y de su hija había sido especial, único. Mientras escuchaba a Adela contarle con lágrimas en los ojos toda la tristeza por la que durante años había pasado, y pasaba aún el joven, no pudo evitar que su corazón de madre se sintiera profundamente triste y emocionado al mismo tiempo.

Después de aquella coincidencia tan inesperada de la que fue protagonista su marido en las oficinas de la empresa con la que él y su hermano hacía meses tenían un acuerdo de trabajo, sin imaginar quiénes estaban detrás de esta, Armando llegó meditabundo y muy tenso a la casa. Lo notó en cuanto sus miradas se cruzaron, y lo confirmó al ver que apenas cenó, quedándose en silencio más de lo normal durante el tiempo en el que, esa noche, se reunieron todos a la mesa.

Lo veía observar a su hija, callado, muy pensativo y con la preocupación reflejada en el fondo de sus ojos; por lo cual tanto su madre como ella le preguntaron en varias ocasiones qué era lo que le sucedía. Contestó siempre con respuestas evasivas, alegando que tan solo era cansancio, debido a tener que adaptarse a tomar el ritmo del trabajo de nuevo; algo que ella no creyó, demostrándoselo al seguirlo a su habitación cuando este se despidió de todos dejando intacta la comida. Ya estando solos, la noticia cayó de golpe y su marido terminó confesándole el motivo de su zozobra.

Adela no podía creer hasta dónde el destino y la vida se aliaban, sin pedir

permiso, para revolucionarles de nuevo la existencia de un zarpazo. Los Alcázar no solo estaban vivos, algo de lo que se alegraba profundamente, independientemente a todo lo demás, sino que también estaban viviendo muy cerca de ellos; de hecho, en la misma ciudad. Armando le dijo que él y Rolando acordaron reunirse los cuatro tras despedirse ese día y así hacerlas, a ella y a Adela, no solo partícipes de aquel reencuentro, sino darles también la posibilidad de verse ambas y entre todos abordar el tema más importante para los dos matrimonios: sus hijos.

—La cena fue agradable, no puedo negar que me gustó verlos y recordar tantas cosas, aunque estas no fueran del todo buenas —confesó Armando con la cabeza de ella ahora recostada sobre su hombro y el brazo por detrás, rodeándole la cintura.

—También lo creo, fue emocionante encontrarnos después de creerlo un imposible y... ¡Por Dios! Me sentí muy bien abrazando a Adela, ella es una gran mujer —contestó, visiblemente emocionada—. ¿Crees que hablen pronto con Gael?

—Según escuchaste, Rolando dijo que lo hará en cuanto llegue de Alemania, lleva casi tres meses allá por asuntos trabajo; lo esperan en menos de dos semanas.

—¿Cómo lo tomará, mi amor? No puedo imaginar lo que toda esta revelación significará para él —dijo preocupada, recordando a aquel muchacho al que tanto cariño sincero le guardaba desde hacía años.

—Difícil, querida... ¡Muy difícil! —calló de pronto, al imaginarlo—. Pero para nuestra hija no lo será menos, y es lo que más me asusta ahora.

—Ella, por ahora, no recuer...

—¿Y cuando lo haga?! —la interrumpió, haciéndola estremecer—. No sabemos cómo será su reacción, Ivanna, además... ¿Cómo podemos saber si todavía siente lo mismo por él?

—¡No te ciegues, Armando! —reclamó al adivinar el rumbo de sus palabras—. El gran amor de tu hija sigue siendo Gael Alcázar, y nada ni nadie cambiará eso. Estoy segura de que ni siquiera más de una década lo ha hecho, ni lo hará. Solo tienes que prestar atención a lo que han sido estos doce años para ella a pesar de desconocer su pasado. —Respiró hondo y miró hacia la ventana iluminada de la casa.

»Puedo asegurarte algo, mi amor, el que su memoria dormida no la deje descubrirlo aún, no cambiará los sentimientos que, en algún lugar de su mente, están guardados solo para ese joven, de quien se enamoró con toda el alma

cuando era casi una niña. Además, en lo personal, creo que existe una realidad que debemos de una vez aceptar: la de que sus destinos siguen estando unidos desde hace mucho tiempo, si no... ¿Cómo te explicas esto que está sucediendo ahora, ¡doce años después!? ¿Una simple coincidencia? —Escuchó que su marido dejaba escapar un profundo suspiro, más por resignación que por sentirse tranquilo o totalmente convencido por sus palabras.

—¿Sabes si, finalmente, irá a esa fiesta el sábado, en casa de los Alcázar? —preguntó preocupado aún.

—Sí, hoy la acompañé en la tarde a comprar un regalo para los abuelos del doctor Ignacio, y...

—Y para quienes, irónicamente, también son los abuelos de Gael, aunque nos cueste todavía asimilarlo —interrumpió y terminó de decirlo por ella, provocando que ambos se llevaran las manos a la frente en una coincidente coordinación—. La vida juega su ficha final en el momento menos esperado, cariño, pero siendo a veces muy traicionera —expresó, frustrado.

—Pero Dios escribe derecho sobre renglones torcidos, amor, no debemos desesperarnos. —Masajeó su hombro y lo tranquilizó.

—Tienes razón, lo mejor será esperar a que los padres de Gael hablen con él a su llegada y le revelen todo. Tan solo deseo que tengan en cuenta el explicarles las condiciones actuales de Romina y podamos reunirnos con ellos de nuevo antes de que los dos se encuentren. —Frotó sus ojos, evidenciando un gran cansancio tanto físico como emocional.

—No te angusties, pretendo llamar a Milene para ver qué nos aconseja con respecto a nuestra hija, y también para que nos oriente acerca de cómo apoyarla ahora que... su pasado regresa a su vida de esta manera.

—Sí, sin dudas necesitaremos el apoyo de su psicóloga.

—Todo saldrá bien, cariño. —Se separó un poco de él y besó su mejilla—. Será mejor que entremos ahora, mi amor. Mañana será otro día y podremos hablar con tus padres y con los míos con tranquilidad, ellos también deben estar al tanto de toda la situación —diciéndoselo le acarició la mejilla, y Armando solo asintió.

Finalmente, él abrió la puerta del garaje con el control desde el auto y entraron a la casa, cada uno absorto en sus propios pensamientos.

—¡Por todas las capitales europeas, amiga! ¡Esto sí es una mansión!

Junto a Romina, Adara esperaba dentro del vehículo a que se abrieran las

rejas que daban acceso a la gran residencia, pero sin poder impedir que su alma de diseñadora diera brinco en su interior admirando la lujosa casa que, impresionante, se levantaba delante de ellas.

La chica había llegado, después de largas semanas trabajando en New York, dos días antes a Houston, sorprendiéndola con su regreso; razón por la cual Romina, apenada, había intentado explicarle a Ignacio su imposibilidad de asistir a la fiesta de aniversario de sus abuelos, ya que no quería dejar sola a su amiga recién llegada a la ciudad; mucho menos al estar sus padres ausentes, de viaje en Florida, y quienes no regresaban hasta la siguiente semana.

Por su parte, Ignacio, negado a no contar con la presencia de ella en la fiesta Alcázar, y alegando que su hija había estado ensayando para tocar juntas el piano para sus abuelos, le propuso que asistiera con Adara, extendiendo la invitación, sin dejar de insistir en lo mucho que su familia quería compartir con ella.

Romina aceptó con la condición de que no pasara él a buscarlas, sino que tan solo les proporcionara la dirección para ponerla en el navegador de su auto y así llegar con más facilidad.

Mientras comentaban acerca de lo hermoso del lugar, el gran portón se abrió y, finalmente, fue ella, quien conduciendo su recién estrenado Toyota Corolla de color rojo, regalo de su padre y de su tío Iván, se dirigió hasta la entrada de la residencia, donde un joven del servicio les abrió amablemente la puerta del vehículo, ofreciéndose de inmediato para estacionarlo. No había terminado de apearse cuando escuchó la dulce vocecita de Alma llamándola a toda voz.

—¡Ya estás aquí, ya estás aquí! —exclamaba feliz la pequeña bajando los escalones para llegar hasta su maestra y abrazarla—. Estaba muy preocupada, Romi, pensé que no vendrías a la «fiesta del amor» de mis abuelos para interpretar *Balada para Adelina* al piano conmigo.

Romina sonrió escuchándola.

—¿La fiesta del amor? ¿Así la nombraste por fin? —le preguntó tras besar varias veces sus mejillas, recordando que, días antes en la escuela, la niña le había comentado que estaba buscando un título muy especial para la celebración de sus abuelos, a los que evidentemente adoraba.

—Sí, se llama la Fiesta del amor y hemos colgado mi papi y yo un cartel bien grande en la terraza con el nombre. ¡Ah! Y yo pinté las mariposas y los corazones —confesó alegre ante la risa de las dos muchachas.

—¿Y para mí no hay un abrazo? ¿Ya me olvidaste? —Adara se acercó por detrás, sabía que Alma no había reparado en ella e imitó una voz triste para llamar su atención.

—¡Ara! —se soltó de los brazos de Romina para irse a los suyos, echándose la chica a reír al escuchar cómo la llamaba con un diminutivo a ella también.

Era increíble, pero desde que se conocieron, y apenas habiéndose visto en contadas ocasiones cuando visitó a su amiga en la escuela para almorzar juntas, el cariño que nació entre ambas saltaba a la vista cada vez que se encontraban—. ¡Tú también viniste!

—¡Claro que vine! Pero... ¿Te cuento un secreto? —le dijo acucillándose delante de la nena y hablando bajo. Alma movió su cabecita asintiendo, sin dejar de sonreír—. Solo vine por verte a ti, te extrañaba mucho.

—Y yo a ti también, Ara. Romi me dijo que estabas trabajando poniéndole maquillaje a las habitaciones de un gran edificio, pero yo no entendí mucho eso de la *restuluración*.

Romina se echó a reír de nuevo a la par de su amiga al escucharla hablar con su vocabulario «versión infantil» y con las manitas a los lados de su cintura.

—Me sigue gustando mucho el color de tu pelo —le dijo la niña alzando la mano y enrollando uno de los largos rizos de Adara entre sus dedos

—Entonces, como te dije la última vez que nos vimos, cuando seas grande te ayudo a teñirlo.

—Eso le dije a mi papá y se enojó. —Arrugó su pequeña nariz diciéndolo.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué se enojó?

—Porque dice que no le gustan nada..., ¡pero nada!, las chicas de pelo rojo —se sinceró la pequeña.

—¡Vaya! Ahora sí tengo curiosidad por conocer a tu papi, cariño —le contestó y miró a Romina, entrecerrando sus ojos con divertida malicia, quién, conociéndola como lo hacía, temió de esa expresión en su rostro y le negó con la cabeza para que desechara de la suya cualquier locura que en ella se estuviera formando después de lo que la niña le revelara de su padre.

—Te lo presento ahora, Ara. Mira, ahí viene mi papi. —Señaló Alma con el dedo detrás de las chicas.

Romina y ella se giraron, y, efectivamente, Ignacio Alcázar se les acercaba, en todo su esplendor, bajando la escalinata. Vestía unos vaqueros claros y una camisa negra de mangas largas, ajustada tan sensualmente a su

cuerpo que para Adara fue un pecado dejar de admirarlo. Lo observó de reojo, reconociendo lo mucho que impresionaba aquel hombre, y detallando cada una de sus expresiones corporales mientras se acercaba a ellas. Sus gestos parecían gritarle un mensaje de alerta a toda lujuria femenina existente, e impresionada, recordó que durante semanas se lo había imaginado mucho más joven cada vez que su amiga le hablaba de él.

—Romina, qué gusto verte aquí. Hace apenas unos minutos antes he marcado tu número, ya que me tenías creyendo que no llegarías —expresó gentil al llegar al lado de ella, saludándola con un casto beso en la mejilla, pero visiblemente emocionado, más de lo normal desde que lo conocía, según creyó ver Romina.

—Lo siento, Ignacio, quizás sea porque no le he subido el volumen a mi teléfono; por las noches suelo bajarlo, y la mayoría de las veces olvido al día siguiente subirlo, por favor, discúlpame —se excusó, buscando en su cartera el móvil, dándose cuenta de que era cierto: Él la había llamado dos veces, pero, obviamente, estaba en silencio y por esa razón ignoró la llamada.

—Papi, mira, quiero que conozcas a mi amiga Ara —intervino Alma llamando la atención de su padre—. Ella es la amiga de Romi, la que va a almorzar con nosotras al colegio, y es maquilladora de... ¡edificios muy grandes! —concluyó la niña abriendo sus brazos hacia los lados y provocando que nuevamente riera su maestra.

Mientras, Adara tan solo hizo un tímido gesto con sus labios, intrigada, observando sorprendida cómo aquel hombre la analizaba con un oculto y extraño reproche tras sus ojos.

—¿Así que eres la amiga de Romina? —Ella tan solo asintió—. La que le dice a mi hija que se puede teñir su cabello de un... escandaloso color rojo —reprochó, logrando que una sombra de seriedad y contradicción se adueñara de las facciones de la muchacha—. Será interesante tenerte hoy como invitada nuestra —continuó, un poco mordaz e irónico.

Ese comentario perturbó más a Adara, y le hizo arrugar la frente extrañada a Romina, dado que no reconocía tras esas palabras prejuiciosas al hombre educado y atento que llevaba meses conociendo. Esta, preocupada, de inmediato miró a su amiga, y la expresión del suyo no le agradó nada. Comenzaba a dudar si había sido buena idea haber venido.

—¿Tiene usted algún problema con las mujeres *ginger*? —Esta vez fue él quien frunció el ceño—. ¡Ah! ¿No sabe cómo nos dicen a veces a quienes tenemos estos genes... ¡en exceso rojizos!? —Chasqueó los labios, moviendo

un poco su melena, orgullosa, y enredando un mechón de cabello entre sus dedos, imitando el mismo tono irónico con el que se dirigió antes a ella.

Ignacio se acercó a su hija, la atrajo hacia él estrechándola de espaldas contra su abdomen y apoyando sus manos en los hombros de la pequeña. Sin duda era un gesto que denotaba sobreprotección, pero que hizo a Adara tensar su cuerpo, ya que, sin poderse explicar por qué, era evidente que él estaba poniendo distancia entre la pequeña y ella. Estaba a punto de contestarle como se merecía por su grosero gesto, pero uno de Romina al mirarla la detuvo.

—Gracias por el dato, señorita... —prosiguió él, y lo observó seria, ofendida, pero dispuesta a no demostrárselo.

—Carter, Adara Carter para usted, señor Alcázar. —Le extendió la mano, altiva, y él se la estrechó sin saber por qué aquella chiquilla lo encolerizaba sin razón aparente.

—Ignacio, me gustaría mucho saludar a tus abuelos y darles nuestro obsequio —intervino Romina, mostrando la bolsa de regalos que traía en sus manos. Había notado la tensión entre él y su amiga, y esto la tenía confundida; Ignacio nunca se había mostrado tan soez.

Él seguía con la mirada fija en Adara, aquella mujer con su altanería y desafiante mirada lo había desequilibrado como hacía tiempo no le sucedía con ninguna, y, para hacerlo aún más exasperante, tenía ese color de cabello que tanto rechazo le provocaba al recordarle a... ¡Sí! ¡Ahí estaba la causa!

—¿Ignacio...? —insistió Romina, preocupada por la actitud de él y la expresión corporal de Adara.

—Perdóname. —Dejó de mirarla para concentrarse en ella—. Vamos a unirnos a la fiesta, mis abuelos y mi familia están deseando verte de nuevo, fuera ya de lo que es tu trabajo como educadora de Alma y, entre otras razones, también por lo que esta traviesa habla de ti todo el tiempo. —Dio un pequeño apretón en la mejilla de su hija—. Pero lo cierto es que ellos y mis tíos han estado preguntando mucho acerca de si ya habías llegado, y sé que les hace muy feliz que estés aquí. —Creyó notar cierta nostalgia en sus palabras, pero no le dio importancia.

—Entonces, será un placer compartir con ellos —respondió amable.

—Yo te llevo con mis abuelitos, Romi —se ofreció Alma, feliz, tomándola de la mano.

—Está bien, preciosa, vamos juntas a verlos.

—Adelántense ustedes, ya las alcanzo —pidió Ignacio, visiblemente tenso, quien al notar que Adara se disponía a seguirlas, dio unos pasos hacia ella

interceptándola para disculparse, reconociendo su inaceptable e innecesaria grosería al conocerla—. Siento mi brusca manera de abordarla, señorita Carter, le pido me disculpe.

La muchacha continuaba enojada, la primera impresión había sido un desastre y no creía que nada pudiera cambiar la opinión que tenía ya de él. Le parecía un hombre ególatra, altanero y controlador, y ante sus ojos ya era un hecho que el tan nombrado Ignacio Alcázar estaba muy lejos de ser la persona que le describiera su amiga. Reconocía que tenía un físico de infarto y capaz de impresionar a cualquier mujer, pero ella no era de las que solo tenía ese detalle en cuenta.

—No se preocupe, señor Alcázar, estoy acostumbrada a lidiar con ello. —Lo vio volver a fruncir el ceño.

—Seguro se refiere a encontrarse con maleducados y pésimos anfitriones cuando es usted una invitada. —Percibió una leve sonrisa en su rostro, y una oculta molestia se removió en su interior. Aquellos ojos almendrados, de un extraño color que aún no definía, junto a su abundante cabello rojo rodeando el ovalo perfecto de su rostro eran, sin dudas, una combinación peligrosa para él.

—No, a lo que estoy acostumbrada es a los hombres que estereotipan el físico de una mujer con ese ridículo e inexistente derecho de superioridad y razón que creen poseer —respondió segura.

—No ha sido mi intención que...

—¿No cree que es mejor que entremos, señor Alcázar? —lo interrumpió, y lo vio tensar la mandíbula.

—Por supuesto, vamos; pero una última cosa —habló, soltando el aire—: no es necesario que me llame *señor*, ya que...

—No creo que eso sea posible, *señor Alcázar* —contradijo, no dejándolo terminar nuevamente de hablar y enfatizando su nombre. Tras su respuesta creyó ver como su rostro se teñía de una sombra rosácea de ira.

—Es usted difícil a la hora de aceptar una disculpa —afirmó contrariado—. ¿Por qué considera que no sería posible un trato informal entre nosotros? Es amiga de Romina y ella es...

—Ella lo es suya también, lo sé; pero no es una razón suficiente para que lo seamos nosotros cuando es evidente que no hemos... ¡Simpatizado! —Odió que volviera a interrumpirlo—. Además, no se esfuerce, de usar un trato diferente con usted, tendría que otorgarle la misma reciprocidad hacia mi persona y...

—¿Y...? —Le devolvió la misma actitud tomada por ella: interrumpiendo su diatriba.

—Y la verdad... ¡No me apetece hacerlo! —No necesitó bajar la vista a sus manos para saber que él había apretado los puños, la tensión en los músculos de sus antebrazos lo delataban—. Ahora... ¿Nos quedaremos aquí expulsando nuestra evidente y *compartida estrenada antipatía* o, finalmente, me guiará a reunirme con mi amiga? —ironizó.

Ignacio la miró serio por unos segundos más, pensando que... ¡Era un hecho! El orgullo altanero de aquella muchachita lo molestaba y agradaba a la vez de una manera incomprensible para él; pero intentó solo concentrarse en sentir lo primero, ya que mujeres como ella definitivamente las quería fuera de su vida.

—Sígueme, señorita Carter y... ¡Bienvenida! —masculló entre dientes, pasando de largo por su lado, sin mirarla, y esperando que caminara detrás de él.

La tarde caía con pereza como si el sol aún no aceptara su obligada retirada. La residencia de su familia ya se divisaba varios metros adelante, a través de la ventanilla del auto. Incluso, desde esa distancia, pudo divisar la parte delantera de ella rodeada de al menos más de una decena de autos, obviamente, señal de que todos los invitados ya disfrutaban junto a sus abuelos de su fiesta de aniversario, y le complació imaginarlos felices. Respiró profundo y se acomodó en el asiento, aliviado por saber que, finalmente, había logrado llegar a tiempo para compartir con ellos, aunque fuesen las últimas horas del día.

Estaba extenuado y sentía como si cargara piedras en sus piernas, además de la sensación de cerrársele involuntariamente por segundos los ojos, producto del agotamiento por tantas horas de viaje. Y unido a todo eso el cambio de horario, le hacían vaticinar que padecería un complicado *jet lag*. El vuelo había sido extenuante debido a que le fue imposible conseguir a última hora un billete en primera clase, y por esta razón terminó por aceptar viajar en la de turista. Sabía que con una llamada a su tío, o a su abuelo, podía haber resuelto ese inconveniente y hecho la diferencia, pero prefería seguir con su plan sorpresa. Así que no tenía más remedio que sumar a sus anécdotas de viaje a la parlanchina, pero no menos simpática señora, que le sirvió de dulce y a la vez «torturante» compañía durante casi todo el regreso.

—No vaya a la entrada, por favor, me bajaré aquí —pidió al chófer del taxi antes de que este llegara a las verjas del frente.

—¿Está seguro, señor? Puedo llevarlo hasta la casa y así libra esa distancia a pie.

—No se preocupe, intento darle una sorpresa a mi familia, ellos no me esperan. —Vio al hombre sonreír por el espejo retrovisor, asintiendo.

Gael se bajó del auto. Tan solo llevaba su portafolio, una bolsa de regalo, de un brillante color plata, y su liviano equipaje de mano. El resto de las maletas las había enviado por mensajería desde el aeropuerto hacia su apartamento.

—Muchas gracias, y quédese con el cambio —se despidió, amable, extendiéndole varios billetes al conductor.

—Gracias a usted, señor, y espero que su familia se sienta muy feliz con la sorpresa de su regreso —le deseó antes de marcharse, a lo que Gael le agradeció con una leve sonrisa.

Siguió al taxi con la vista mientras se alejaba, y luego observó por unos instantes a su alrededor antes de acercarse al portón de la entrada para llamar por el intercomunicador, evitando ser tomado por la cámara de seguridad.

—Residencia Alcázar, buenas tardes —respondió la voz después de pulsar la tecla de llamada, reconociendo enseguida de quién se trataba.

—Hola, Ligia; soy yo, Gael —contestó.

—¡Ay, hijo, has llegado a tiempo!

—Así es, pero no me delates, quiero sorprender a mis abuelos. ¿De acuerdo?

—¡Por supuesto! Ahora le digo a Robert que te abra. ¿Estás aparcado afuera?

—No, he venido en taxi y le pedí que no me dejara en la entrada principal para no alertar a nadie —le explicó.

—Entonces, también le diré que te alcance por si necesitas ayuda.

—No es necesario, Ligia, no traigo apenas equipaje, lo despaché directo hacia mi casa; tan solo, por favor, dile que me abra, y, como te pedí, no le comentes a nadie de mi llegada. ¿Está toda la familia? ¿Han venido muchas personas? —preguntó sin poder evitar cierta ansiedad en su voz, deseando en silencio que sus abuelos hubiesen optado por una fiesta lo más privada posible; algo que consideraba improbable teniendo en cuenta la cantidad de autos estacionados que ya había visto desde lejos.

—Bueno, ahora solo faltan tus padres, ellos salieron hace como una hora y

dijeron regresarían enseguida; pero por lo demás están todos, y sí, hay muchos invitados, además de que...

Antes de que la empleada terminara de contestarle se abrieron las verjas y Gael la interrumpió.

—Ya Robert ha abierto, voy de camino, Ligia. Recuerda no decirle a nadie, tan solo déjame la puerta lateral abierta, por favor.

—Claro que sí y... ¡bienvenido a casa, muchacho! —exclamó feliz.

—Gracias.

Concluyeron la conversación y Gael se adentró en la propiedad de sus abuelos dispuesto a caminar los metros que lo separaban hasta la casa, atravesando el jardín y con la gran ilusión de sorprenderlos.

Ya adentro, tomó el corredor que daba acceso a las habitaciones del primer piso, buscando que nadie lo viera. Cuando entró al área principal de la casa, se encontró con unas de las empleadas que, feliz, también lo saludó sorprendida, y a quien le pidió lo mismo que a Ligia. Dejó su portafolio y la pequeña maleta en unos de los armarios laterales del recibidor y se encaminó en silencio al salón, desde donde ya le llegaban los ecos de la música de la fiesta que, una vez más, se celebraba en la extensa terraza.

A pesar del agotamiento físico, la satisfacción de haber podido complacer a sus abuelos, estando a su lado para celebrar una fecha tan importante para ellos, compensaba todo el esfuerzo que hizo para lograr llegar a tiempo. Llevaba en sus manos el regalo que había comprado durante su escapada de tres días a Roma, específicamente al Vaticano: una figura de la imagen de la Sagrada Familia hecha en plata y cristal Swarovski, y bendecida por el propio pontífice. Consideró desde que la vio que no había un regalo mejor que ese, ya que Román y Elena siempre habían sido el pilar fundamental de todos, especialmente de él; y la significativa imagen era un símbolo del amor y la dedicación incondicional que como padres les entregaban siempre.

Encontró a un lado de la sala una elegante mesa de cristal donde se estaban dejando todos los regalos; por la cantidad de ellos, era un hecho que no se trataba de solo una decena de personas quienes estaban compartiendo en la terraza, sino muchos más. Dejó el suyo junto a los demás y sacó del bolsillo interior de su chaqueta una bonita tarjeta blanca, en la que previamente ya había escrito una emotiva dedicatoria estando en el avión. Ojeó todos los obsequios, y una gran sonrisa adornó su rostro al ver una bolsa de color rosa. Estaba decorada con pequeños lazos de colores, pegados sin ninguna coordinación entre ellos, y dos conejos de felpa asomaban sus grandes orejas

vestidos con sus trajes de boda respectivamente mientras la conejita sostenía su ramo de flores. Le fue muy fácil adivinar de parte de quién era aquel presente.

—Mi pequeña hormiga... Almita —balbuceó bajo al acercarse la mano y acariciar las largas y suaves orejas de uno de los muñecos.

Fue entonces cuando algunas risas lo hicieron prestar atención hacia el amplio corredor que llevaba al lugar donde se llevaba a cabo la celebración. Decidido, se dijo que había llegado el momento de darle la sorpresa a los patriarcas Alcázar, dirigiéndose seguro hacia allí.

Según se acercaba, los murmullos de las personas, junto a la música de los años setenta de Stevie Wonder, se le iban haciendo más claras. Creyó distinguir incluso la risa de su tía Nancy, algo que lo alegró teniendo en cuenta lo mal de salud que había estado semanas atrás. Con cada paso que daba hacia el encuentro con su familia una gran emoción, por mucho tiempo perdida en su memoria, lo envolvía al punto de hacerlo tomar aire con fuerza. A poca distancia del umbral de la terraza, las risas, las voces conocidas y las conversaciones mezcladas a la vez llenaban todo el lugar. Se desvió por el pasillo que daba al bar y a la cocina exterior, hasta que escuchó a su abuelo conversando con alguien...

—¿Hace cuánto tiempo vives junto a tu familia aquí, en Houston?

—Hace casi nueve años, señor Alcázar.

Entonces fue cuando en fracción de segundos... ¡Aquella voz paralizó su mundo!

Se detuvo como si algo en el suelo los sujetara fuerte, y un alud helado como un glacial le recorrió todo el cuerpo, dejándolo inmóvil. Creyó que el corazón, por milésimas de segundos, le había dejado de latir, y si no fuera porque inmediatamente salió desbocado, y agujijoneando su pecho, hubiese jurado que su espíritu, desde otra dimensión, se burlaba de él por tener la osadía de creerse con vida aún después de esa impresión. Necesitó sujetarse a la encimera de mármol negro que le quedaba cercana, sin saber cuántos minutos pasaron mientras su mente se perdía en aquella conversación que parecía drogar su cordura al punto de llegar a atormentarlo.

—Así es, mi hijo me ha hablado mucho de tu padre y de tu tío, y estamos muy complacidos con el trabajo que su empresa ha hecho en la nuestra.
—Escuchó decir a su abuelo sin tener idea de a qué o a quién hacía referencia.

—Para mí ha sido una sorpresa saber acerca de ese proyecto que los ha terminado por involucrar, señor Alcázar, y...

—No me llames así, hija, mira que no soy tan viejo. —Y las risas de ambos resonaron en sus oídos haciendo que los latidos del corazón se le aceleraran más.

Necesitó recostarse en la pared, ubicada a su lado derecho, de espaldas a donde ocurría la charla, y sin atreverse a mirar porque, de no ser cierto lo que su alma le gritaba a voces desde un lugar apenas recordado por él en su interior, corría el riesgo de sufrir una vez más una fuerte crisis emocional al dejarse arrastrar por, quizás, efímeras ilusiones. Y, de ser así... ¡Esta vez sí terminaría destruido!

—¿Nuevamente haciendo de las tuyas, abuelo? Es imposible que no te adueñes de toda la atención posible, ¿verdad?

Ahora era la voz de su primo la que intervenía, pero no era la que necesitaba escuchar.

«*¡Por favor, habla tú! ¡Vuelve a hacerlo, por lo que más quieras! ¡Necesito escucharte!*», pedía a gritos en su mente que... ¡ya era un tsunami de emociones que lo haría colapsar!

—Es un verdadero gusto conversar con tu abuelo, Ignacio, y soy yo la que estoy halagada como nunca gracias a su amena compañía.

¡Pánico!

¡Ansiedad!

¡Incredulidad!

¡Negación!

¡Esperanza...!

El nudo en su pecho amenazaba con querer asfixiarlo mientras todos esos sentimientos se agolpaban con fuerza en su interior, disputándose una gran batalla contra la realidad que se negaba todavía a creer.

«*¡No me hagas maldecir a la vida de nuevo, Señor! ¡No juegues conmigo! ¡No lo hagas una vez más con lo más sagrado de mi existencia!*», se repetía como un mantra, apretando los ojos.

Se movió lentamente hacia una esquina, donde recostando la cabeza contra la pared, que le sirvió para evitar que se advirtiera su llegada, terminó ocultándose e intentando controlar toda la carga emotiva de la que era víctima.

—Es imposible no disfrutar de la compañía de esta maravillosa chica, hijo. Con razón mi bisnieta no deja de hablar de ella —dijo Román, sin imaginar que muy cerca de ellos su otro nieto seguía cada detalle de la conversación, librando una difícil e increíble batalla personal.

—Trabajar con Alma es un privilegio para mí. Ella es toda ternura y tiene

un talento innato y admirable; créanme que no solo es la niña quien aprende, lo hacemos juntas una de la otra.

A Gael, aquella voz seguía metiéndosele hasta debajo de la piel como si viniera cargada de alfileres que lo pinchaban queriendo hacerlo reaccionar. Advirtió entonces cómo, involuntariamente, estaba moviendo la cabeza a ambos lados, casi de manera imperceptible, negándose una y otra vez a sí mismo. Minutos antes estaba abrumado, pero ahora... ¡estaba aterrorizado! Y el peor de sus miedos era el imaginar que al girarse e intentar enfrentar lo que estaba viviendo, y... ¡sintiendo!, la cruda realidad abofeteara sus esperanzas nuevamente, demostrándole que no era más que una cruel imaginación de su mente herida.

«*¡Me niego a caer una vez más en tu cabrón juego!*», reclamó en silencio a la nada, asustado, con la cabeza hacia atrás, aún contra la pared y mirando el techo con las manos unidas tras la nuca.

—Tenemos tanto que agradecerte —prosiguió Román, mientras sus palabras dulces y sinceras se mezclaban con la música de fondo—. Alma es otra niña desde que está a tu lado. El cambio ha sido impresionante y muy significativo en todos los aspectos, y cada día notamos nuevos avances en ella.

—Esa es mi mayor satisfacción. Y la verdad es que disfruto cada momento a su lado porque no solo me enorgullece ser su maestra, sino que, además, Alma es una criatura a la que es muy fácil llegar a querer desde el primer momento en el que la conoces.

—Gracias, hija, es maravilloso que hayas llegado a esta familia por muchos motivos, ¿verdad, Nacho? —se dirigió a Ignacio, denotando una escondida emoción en el timbre de su voz, ante lo que su nieto mayor bajó la mirada a la mano con la que sostenía su bebida en un gesto apesadumbrado.

—Completamente de acuerdo contigo, abuelo, es una gran bendición que Romina llegara a nuestras vidas, y ella aún no imagina cuánto.

Las palabras de su primo lo golpearon como una oración santa al revelarles aquel nombre. Apretó fuerte los ojos sintiendo que el corazón quería salirse del pecho. Era ya imposible seguir buscando explicación a la guerra interna de preguntas que lo estaba enloqueciendo... Y, llenándose de valor, salió de donde estaba para acercarse, con exagerada lentitud, hasta la entrada de la terraza. Le aturdió por unos instantes el ver tantas personas, pero... ¡Terminó de unírsele el cielo y la tierra de una vez ante sus ojos cuando, finalmente, aquella visión se convertía en su personal reconciliación con Dios!

Comenzó a respirar tan forzado que sentía cómo se abrían cada uno de sus

músculos intercostales, cual si estos estuvieran heridos. Un sudor frío cubrió su frente y sintió nublársele los ojos ante aquel rostro angelical y milagroso que aparecía a pocos metros de él, sonriéndole con naturalidad a su abuelo, y haciendo que todo a su alrededor enmudeciera.

Lo invadió un deseo sobrehumano de gritar hasta quedar sin aliento, pero por alguna extraña razón ni siquiera era capaz de reaccionar con lucidez porque seguía rogando al cielo que... ¡Que no fuera otro maldito engaño de su conciencia resentida aquel momento, como las tantas veces que años atrás lo atormentara! Una necesidad desesperada de llegar hasta ella, de tocarla y llevársela de allí por el terror de que no fuera real lo invadió, rayando casi la locura.

¡Necesitaba encerrar entre sus manos aquel rostro! Mirarse en sus ojos y asegurarse de que realmente fueran los suyos para aniquilar en ellos el sufrimiento padecido por tantos años. Un gemido inaudible le salió del fondo de su pecho, angustiante, herido y unido a una emoción sin límites junto a decenas de memorias dolorosas castigando su mente, y provocando que las lágrimas se perdieran por sus mejillas hasta llegar a los labios y la barbilla al darse cuenta de que ella ya no usaba un bastón.

«*¿Acaso era posible?! ¿Eres realmente tú, mi amor?!*», se preguntaba desesperado.

Atormentado, notó que, según el movimiento de su cabeza y la dirección de su mirada, era evidente que seguía con atención todo a su alrededor. Digerir cuál podría ser la razón lo hizo detener, con mucha dificultad, el sollozo que subía aguerrido por su garganta.

Miró a todos lados, perdido, como si el aire comenzara a faltarle, y agradeció que fuese solo el personal contratado por su familia para la fiesta, y a quienes desconocía, los que se mantenían cerca de la posición donde estaba, llevando bandejas con canapés y bebidas de un lado al otro.

Se adelantó, nervioso, unos pasos más, luchando contra la ansiedad que alcanzaba límites insoportables y con los latidos en su pecho, sin dar tregua. El perfil de ella quedó ahora mucho más visible, y la observó llevar un mechón de cabello detrás de su oreja como si fuera una escena a cámara lenta. Entonces la detalló, incrédulo, como quien es testigo de un milagro que ha añorado y ha creído imposible por demasiado tiempo. Su cabello era diferente... ¡En realidad, todo en ella lo era! Este caía en cascada, atrevido, nada parecido a como sus recuerdos se empeñaron en perpetuarlo; eso sí..., ¡más hermoso, sin lugar a duda!

Logró dar dos pasos más, el cuerpo seguía sin responderle, mientras las lágrimas se negaron a permanecer indiferentes, adueñándose de su rostro. La recorría con la mirada tatuando en su mente cada nuevo detalle y repitiéndose que era real, sí... ¡Era ella y estaba allí! ¡No era un puto sueño!

Ahí estaba su larga melena engalanando aquella espalda, era su sonrisa, era su cuerpo, con más curvas, sí, y con una madurez que le pareció absurda por algunos segundos; pero solo por esos en los que se dejó abrumar por la insensatez de su memoria que se empeñaba en no dejar ir la imagen que de ella había atesorado por tantos años.

No quiso esperar más y se dispuso a llegar hasta donde estaba; pero, tomándolo por sorpresa, su intento fue frenado por un brazo que con fuerza lo sujetó por el hombro, volteándolo y haciéndolo retroceder hasta detrás de la pared que minutos antes lo resguardara.

—¡Padre! —Se aferró con ambas manos a los hombros de Rolando, y a este se le partió el corazón al ver a su hijo en aquel estado.

Era evidente que la situación se le había ido de las manos a todos con su inesperado regreso; y el destino, una vez más, había decidido jugar sus propias cartas.

—Por favor, hijo, respira. Necesito que te calmes y me acompañes al despacho de tu abuelo, necesitamos hablar. —Casi fue un ruego.

—¿Es... ella...?! ¡Dímelo! ¡Es...ella! ¡¿Verdad?!

—Por favor, Gael, primero es urgente que conversemos tú y yo, y...

—¡Maldita sea, padre! ¡¿Cómo me pides alejarme de aquí ahora?! ¡Necesito... Necesito llegar hasta ahí para saber si es...!

—¡Sí es ella, hijo! ¡Es Romina Sanfield! ¡Tu Romina! —confirmó Rolando viéndolo palidecer y llevarse la mano al lado izquierdo de su pecho.

Capítulo 14



Las palabras de su padre casi suplicándole que, por el bien de Romina, era necesario que primero lo escuchara antes de acercarse a ella fueron lo único que hizo que lo siguiera hasta el despacho de su abuelo, a pesar de no entender la insistencia. Su cabeza era un torbellino de preguntas a las que ni siquiera sabía si quería buscarles respuestas, y no dejaba de repetirse una y otra vez que ella estaba ahí, a pocos pasos de él después de más de una década y... ¡Con vida! Eso era lo único en lo que podía pensar y lo único que le importaba.

Entró en la amplia oficina, ido de toda realidad, detrás suyo escuchaba a Rolando, en susurros, pedirle a alguien que le dijera a sus abuelos y a su madre que se reunieran con ellos, enfatizando les avisara de su inesperado regreso.

Recorrió en círculos aquella habitación por varios segundos, frotándose la frente e intentando calmar los latidos que sentía en las sienes; analizado todo el tiempo por la mirada preocupada de su padre. Entonces se detuvo de pronto y se volteó de frente a él.

—¡Repíte lo que me has dicho antes!

Rolando lo miró, conmovido, y bajó la vista al suelo pidiendo en silencio

que sus padres y su mujer aparecieran por la puerta lo antes posible, ya que era un hecho todo el apoyo que iba a necesitar de parte de ellos para poder manejar la situación.

—Es... tal cual como te lo he dicho, Gael —respondió con la voz tomada.

—¡Pero necesito me lo asegures de nuevo! —exigió con fuerza, obligándose enseguida a moderar el tono de voz—. Por favor... —pidió, intentando calmarse y dando dos pasos hacia él, cerrando los ojos y llevando las manos tras la nuca.

Rolando también se le acercó, lo sujetó por los hombros, viéndolo abrir los ojos y quedarse mirándolo como hacía mucho tiempo no lo hacía: como el hijo que alguna vez lo consideró el refugio para todos sus miedos.

—Es ella, Gael; es Romina y..., obviamente, está viva.

Bajo los párpados cerrados, las lágrimas bañaron su rostro semejante al caudal de un río que ha estado bloqueado por alguna roca durante mucho tiempo y esta acaba de ser destruida. Y un fuerte, y doloroso sollozo, hasta entonces prisionero en su pecho, se escapó de este provocando que su padre también le hiciera compañía a su llanto.

—Ahora... —Se secó Rolando el rostro con la manga de la camisa—. Necesitamos calmarnos, es muy importante que...

—¡Gael! —La puerta se abrió y Adela aparecía por ella seguida de sus suegros, llegando en pocos pasos hasta él, abrazándolo—. Ya estás aquí y no avisaste. —Observó a su marido, y al verlo asentir percibiendo la humedad de su cara, comprendió todo—. ¿Ya la viste, hijo?

Él asintió y el amago de una leve sonrisa logró un emotivo contraste entre la tristeza y la felicidad infinita que sentía, junto a sus ojos enrojecidos, haciendo que su madre lo arrojara entre sus brazos de nuevo.

—A pesar de que... lo único que me importa es... verla ahí... ¡Dios! ¡Con vida! —Apuntó a la salida de la habitación, ahogándose con sus palabras y separándose de Adela—. Necesito entender o... ¡Les juro que perderé la poca razón que me queda!

—Por eso estás aquí, hijo —intervino Román esta vez, acercándose por fin y dándole un abrazo que imitó también su esposa; superados ambos por la escena y toda la situación de la que ya era conocedora la familia—. Solo te pedimos que te mantengas ecuánime, sin juzgar y comprendiendo las circunstancias a las que ahora deberás hacerles frente, ya que lo más importante es ella, la mujer que amas tanto y con quien la vida te entrega una segunda oportunidad, devolviéndotela.

—¡Es que aún no lo creo, abuelo! ¡Es mi Romina! —exclamó, dejándose ya arrastrar por la emoción y aceptando esa realidad como lo que era para él: ¡un verdadero milagro!—. Necesito saber, por favor... ¡Necesito ir a por ella! —Se llevó las manos al rostro e intentó encaminarse a la salida; pero su abuelo, con cautela y extrema paciencia, se interpuso ante él y lo detuvo.

—Primero debes escucharnos, hijo —le pidió con dulzura Román, y lo vio fruncir el ceño.

—Abuelo... —respiró profundo—, hace doce años la vida se volvió en mi contra por partida doble, nada... —tragó en seco— ha vuelto a ser igual desde aquella mañana en el hospital de Pinar, donde me dieron la segunda peor noticia que podía recibir en muy poco tiempo y... —Se alejó unos pasos de todos con la ansiedad a flor de piel y sintiendo temblar todo su cuerpo por dentro—. ¡No sé qué pensar! ¡No sé qué creer! ¡Estoy desesperado! ¡¿Acaso no lo entienden?!

Román miró a Rolando y con ello le dijo todo sin necesidad de palabras. Era ahora o nunca que debía desahogarse con su nieto.

—Todo fue un engaño, hijo.

Gael, que permanecía de espaldas, se giró alarmado por lo que escuchó decirle.

—¡¿Qué quieres decir con eso?! —indagó con brusquedad, observando a su padre tomar aire.

—Romina ese día... —dudó—, en el que te dijeron que había muerto, en realidad fue trasladada a La Habana bajo las mismas condiciones en las que hasta ese momento había permanecido, pero para ser ingresada en otro hospital.

Rolando se percató de cómo el semblante de su hijo cambió de color y su mirada recorrió a cada uno de los presentes. Gael apretó con fuerza los ojos al cerrarlos y sacudió la cabeza con lentitud antes de, con voz baja, pero no por ello menos intimidante, indagar.

—¡¿Qué demonios estás diciendo, padre?! —Nervioso, alisó su cabello—. ¡¿Acaso me quieres decir que fue su familia la que nos hizo esto?! —Todos lo vieron apretar los puños.

—¡No, hijo, no! —lo persuadió Rolando—. Ivanna y Armando también fueron víctimas de una mala jugada que, a su tiempo, te explicarán. Ellos dejaron un mensaje para ti el día que sucedieron los acontecimientos con tus abuelos y... —Miró a su esposa y la vio cerrar los ojos, avergonzada; pero era necesario que su hijo supiera cada detalle aunque le doliera en lo más

profundo herirla a ella—, es un hecho que ese aviso nunca llegó hasta ti, ni mucho menos a nosotros y...

—¡Sigo sin entender, maldita sea! ¡Doce años, han sido doce años creyéndola muerta y solo ahora sabemos todo esto! ¡¿Por qué no intentaron dar con nosotros?! ¡¿Acaso no les extrañó que yo no llegara hasta donde fuera que estuviese Romina?! ¡¿Tan poco valoraron mi amor por esa mujer cuya supuesta muerte ha sido la mía pero en vida?! —Estalló en ira y reclamaba desesperado sin dejar de moverse de un lado a otro, superado por la rabia que le causaba cómo llegaban en forma de imágenes toda la secuela de los daños ocasionados por más de una década por aquella mentira.

»¿Cuándo has sabido todo esto, padre? ¡¿Cuándo lo han sabido todos?! —repassó con la vista a todos, de nuevo—. ¡Peor aún! ¡¿Por qué he tenido que enterarme de esta forma?! —continuó reclamando fuera de sí.

Rolando sintió que su corazón se agitaba con fuerza, el momento de la verdad que tanto temía había llegado y no había opción alguna para retroceder ahora.

—¿Lo tienes aquí, padre? —preguntó a Román, y este le respondió afirmando con un parpadeo de ojos, para después acercarse a su escritorio, abrir el último cajón y sacar un sobre, entregándoselo a su hijo, sintiéndose observado por su nieto todo el tiempo.

El silencio los envolvió. Gael miraba intrigado lo que su abuelo le daba a su padre, sin saber hasta cuándo más podría mantener el control. Decidió entonces decir algo, pero Rolando no se lo permitió, levantándole por un instante la mano mientras removía entre sus manos la antigua copia de la historia clínica de Romina que le diera a guardar a su padre hacía pocos días, después de la reunión familiar en la que los puso al tanto de los acontecimientos tras su reencuentro con los Sanfield.

—Por cosas que la vida y el destino solo entienden, hemos coincidido con Armando e Ivanna de una forma que, sinceramente, parecería un imposible si intentáramos buscarle explicación —dijo Rolando, y suspiró hondo—. Son demasiados los detalles que debes saber, hijo, pero solo uno es el más importante de todos. —Tomó aire—. De todos los aquí presentes, solo yo... —Tragó duro—. Solo yo sabía que Romina no había fallecido ese día en Cuba, como te hicieron creer. Todo fue un plan muy bien manipulado por diferentes intereses que espero me des la oportunidad de explicarte y...

—¿Qué acabas de decir...?! —Gael se movió en su dirección, soltándose del brazo de su abuela, que se le había acercado y con una sutil caricia en su

hombro intentaba tranquilizarlo mientras que Adela hiperventilaba y sollozaba.

A Rolando, las palabras se le volvieron un nudo entre pecho y espalda, solo atinó a extender su mano y entregarle el sobre a su hijo.

«¿Para qué seguirle dando vueltas al asunto?!», se dijo.

Gael, tenso, lo tomó y se alejó uno pasos para abrirlo.

Los minutos que pasaron, atentos a su reacción, viéndolo leer aquel amarillo y deteriorado documento debido a los años, le pareció una tortura a cada uno por igual. El joven pasó del asombro a la completa ira, cerró los ojos, estrujó con fuerza el papel dentro de un puño y, sin mirar a su padre, apoyado sobre el lateral del escritorio al cual se había ido acercando, con una mano abierta sobre la pulida superficie y la otra cerrada con aquella verdad casi destruida dentro de ella, preguntó entre dientes con el rostro contraído y los ojos fijos en el suelo como si aquella verdad lo estuviese quemando vivo.

—¡Júrame... que... no tenías esto en tu poder cuando salimos de Cuba!

—La exigente pregunta hizo estremecer a su madre, y su llanto detrás de él se hizo evidente—. ¡Júramelo, maldita sea! —gritó.

—Por favor, Gael, primero escucha a tu...

—¡Abuelo! —interrumpió la intervención de Román—. Sabes lo que tú y mi abuela significan para mí, pero... ¡les pido que, esta vez, no intervengan! —demandó, dirigiendo la mirada a Rolando y esperando su respuesta—. ¡¡Contéstame, padre!! ¡¿Cuándo llegó este documento a tus manos?! Y tú, mamá..., ¡¿también lo sabías?! —cuestionó fuerte, escuchándola sollozar a su espalda, y a pesar de que aquello le rasgaba el alma, cegado de dolor, solo dejó que la rabia por sentirse engañado y manipulado liderara el momento.

—¡Tu madre no sabía nada! —gritó también Rolando—. Si hay alguien a quien no debes culpar es a ella. ¡Solo yo conocía la verdad de tu novia cuando huimos de Cuba!

El puñetazo sobre el escritorio retumbó con un agudo eco ensordecedor en toda la habitación e hizo que Román intentara llegar hasta su nieto; pero este, con un gesto levantando los brazos, exigió que nadie se le acercara. Dio dos vueltas en círculos, su rostro se tiñó de una sombra rojiza y el verde de su mirada se oscureció. Con las manos en la nuca, superado por aquella revelación que había sido como una puñalada, intentaba sin ser posible controlar el rencor que se removía como un condenado encarcelado en su interior buscando ser liberado. Por el rabillo del ojo detectó a su madre al lado de su abuela, ambas llorando, pero a pesar del dolor que le causaba

verlas así, el suyo propio se anteponía como una fiera herida dentro de su ser y sentía que la sangre circulaba caliente por sus venas.

—¿Con qué derecho?! ¿Qué potestad tenías para destruir mi vida de esta forma, papá?!

—¿Destruirla?! ¿Te atreves a reclamarme que destruí tu vida, cuando lo único que hicimos fue luchar porque disfrutaras del bien máspreciado para todo ser humano?!... ¡La libertad!

—Rolando, esa no es la...

—¡No, padre! ¡Él tiene que aceptar que todo lo hicimos por su bienestar, y que nada de lo que es hoy lo habría sido de haber seguido siendo parte de ese oprimido pueblo! —interrumpió la conciliación de Román.

—¡Eso no justifica tu engaño! ¿A qué precio soy «libre»?! —ironizó con rabia—. ¡Yo tenía derecho a decidir, a que escucharas mi opinión y lo que en realidad quería! ¡A cambio, me drogaste, me subiste a una embarcación y me trajiste a este país sin preocuparte por lo que sentía o pensaba, y ahora...! —Apretó con tanta fuerza la mandíbula que sintió resentidas sus mejillas.

»¡Maldita sea! ¡Me dejaste creerla muerta! ¡Muerta! ¡¡Y no un día o un mes!! ¡¡Durante doce malditos años la creí cinco metros bajo tierra!! —reclamó Gael fuera de sí—. ¿Tienes una idea de cuántas noches la lloré?! ¡La sufrí hasta que me sangraba de dolor el alma! ¡He sido un maldito desgraciado cada segundo de estos años sin dejar de reclamarle a la vida mi desgracia!

—¿Cómo decírtelo entonces sin saber antes nada de ellos?! ¿De qué hubiese servido si no creía que pudieras encontrarla porque...?!

—¡Me hubieras dado la mayor paz de mi vida! —le gritó—. ¡Hubiese pasado la vida buscándola tal vez; pero en el fondo, dichoso por saberla viva y por tener la certeza de que no la dejé atrás, bajo una sepultura fría... Tratándose, como es, la razón de mi existencia... Y, además, sin siquiera despedirme de ella! ¿Acaso puedes ser capaz de entenderlo?!

—¡Nos estábamos jugando la vida, por un demonio, Gael! ¡No tienes idea de lo que estábamos pasando! —Respiró profundo, reflexionando, porque en alguno debía existir la cordura y era a él a quien, como padre, le correspondía mantenerla—. Te mantuvimos al margen de muchas cosas, hijo, gracias a ello no fuiste testigo de más de una humillación, entiende que no podíamos dejarte atrás. —Hizo una pausa y volvió a tomar aire.

»Nunca fue mi intención engañarte. ¡Eso puedo jurártelo! Sin saber por qué, tuve mis dudas acerca del supuesto deceso de tu novia, más por cómo la

familia abandono Viñales de una manera tan impropia, sin avisarte. Pedí entonces a alguien de confianza que investigara, pero la información llegó a mis manos muy tarde. Estábamos en medio de la huida en aquel lugar pantanoso, perseguidos como delincuentes. ¿Qué pretendías que hiciera? ¡No había vuelta atrás en ese momento, Gael!

—¿Y después? ¡¿No te importó mirarme a los ojos y descubrir con el tiempo en lo que terminaba convirtiéndome cada día?! Una palabra tuya...

—Detuvo su reclamo y lo miró fijamente levantando el dedo índice en alto, señalándolo—. ¡Una sola palabra, padre, hubiese hecho la diferencia en mi vida, cambiándolo todo! ¡¡Todo!! —le reprochó, y lo vio bajar la cabeza.

—Tanto me importó que, durante meses, intenté de todas las formas posibles dar con ellos, hasta que...

—¿Hasta qué?! ¡Termina de decir lo que sea! —exigió una vez más, siguiendo la mirada de Rolando dirigiéndola a Adela.

—Hasta que supe que los Sanfield también habían abandonado Cuba, varios meses después, con destino a Rusia.

Gael le dio la espalda y se alejó a una esquina, aquello era más de lo que podía soportar. Creía estar viviendo en una pesadilla de la que únicamente no quería huir por la revelación de una Romina con vida en ella. Estaba aturdido, y su expresión corporal, al pasar las manos por el rostro, ansioso, lo evidenciaba. No sabía cómo procesar toda aquella información de golpe. El saberla a poca distancia de él era como un sueño del que aún temía despertar en cualquier momento, y el hecho de conocer el inmenso engaño de su padre se alojó como un dolor sordo en sus entrañas, que sabía sería imposible liberar con facilidad de ahí. El odio batallaba en su interior mientras la voz de la razón le gritaba el lazo que lo unía a aquel hombre que hoy se le hacía un extraño ante sus ojos.

—¿Toda la familia está aquí? —preguntó de espaldas a ellos, con las manos en los bolsillos e intentando sosegar su respiración—. Me refiero a sus padres, sus abuelos, no sé... ¡Su vida!

—Lo están, hijo... —le respondió su madre—. Hace tres días cenamos con ellos y...

—¡Dios! —exclamó y se removió inquieto al escucharla.

—¿Qué pretendías? —retomó la palabra Adela—. ¿Que te llamáramos a Alemania y te contáramos todo esto por teléfono? Nos dijiste que regresarías en dos semanas, y en lo único que pensamos desde entonces fue en prepararnos lo mejor posible para darte esta noticia, teniendo en cuenta que

existen circunstancias que aún desconoces y las cuales tienen que ver especialmente con ella: con Romina. —Se giró de pronto al escuchar sus palabras y se acercó preocupado hasta estar frente a Adela, tomándola por los hombros.

—¿A cuáles circunstancias te refieres, mamá?! ¿Romina se encuentra bien?! La vi solo unos minutos, pero sonreía con el abuelo y, además, noté que no usa su bastón, y esto no sé...

—¡Cálmate, mi cielo! —lo tranquilizó al verlo tan desesperado—. El trasplante de hace años... —Adela sintió contraérsele el pecho y cortársele la respiración al recordar por unos segundos a su sobrina—, fue un éxito y, según sus padres, está totalmente recuperada de su afección cardíaca. Pero, además..., ella ya no es ciega, cariño. —Vio cómo se mordía su labio inferior al decirle esto, y una leve sonrisa aparecía en su rostro junto al brillo de la humedad de sus ojos dispuesta a convertirse en lágrimas y apoderarse de su rostro de nuevo.

»Le fue posible someterse a la cirugía que le devolvió la visión —prosiguió su madre ante su atenta e incrédula mirada—. Armando e Ivanna nos contaron que fue un largo proceso, del cual solo quedó la necesidad de tener que usar siempre lentes de contacto; pero, definitivamente, su vida es totalmente diferente ahora, y para bien, por supuesto. —Gael cerró los ojos y ella secó las lágrimas que aquella revelación le hicieron finalmente derramar.

—Entonces, ¿de cuál circunstancia hablas? —preguntó, y ella volteó a ver a sus suegros y a su esposo, que juntos seguían la conversación de ellos, en silencio.

—A las secuelas que dejó el tiempo en el que estuvo en estado de coma, hijo, de esas no se ha recuperado en su totalidad.

—¿Secuelas...? —Tras su pregunta se asomaba la angustia que lo acechó de inmediato.

—Ella no recuerda, Gael... Romina... —Se llenó de valor tomando aire—. Ella perdió gran parte de su memoria después de despertar de la inconsciencia que, por largos meses, le provocó la cirugía del trasplante.

Nuevamente desaparecieron las palabras y Gael necesitó tomar distancia. Lo que su madre le acababa de decir daba vueltas en sus pensamientos sin encontrar lógica alguna o... ¡Negándose a hallarla!

«¿No recuerda?! ¿Qué es lo que recuerdas?», se preguntaba rozando la desesperación total. Estaba aterrado por escuchar la respuesta, hasta que logró expresar con palabras sus pensamientos, dándoles la libertad con una temerosa

pregunta.

—¿Qué es lo que no recuerda? —cuestionó, y al no recibir respuesta, se acercó de nuevo a Adela—. Por favor, mamá, respóndeme.

—Ivanna me contó que al despertar ni siquiera a ellos los reconocía —prosiguió—. Padeció muchas crisis de ansiedad y estados de pánico durante varias semanas. Incluso no asimiló su discapacidad visual al volver del coma. Solo transcurridos varios días comenzó, gracias a las terapias, a recordarlos a ellos y a parte de su niñez también...

—Pero...—Con mucho esfuerzo pasó el nudo de su garganta para poder hablar—. No me recuerda... ¿Es eso? —la interrumpió, viéndola asentir, lo cual le hizo cerrar los ojos para soportar con entereza el dolor que le ocasionaba saber que ni un solo pensamiento o memoria de su libélula podría ahora llevar su nombre.

—¡Necesito verla! —dijo intentando encaminarse a la salida del despacho.

—¡Espera, Gael! —Quiso detenerlo su padre—. Debes mantener la calma, por el bienestar de Romina, son las recomendaciones que ha dado su doctora, ya que si recibe una fuerte impresión, puede que...

—¡Papá! —cortó de golpe la diatriba de Rolando, inspirando fuerte para mantener la poca cordura que ya le quedaba—. Necesito que de una vez y por todas le des espacio a mi vida y respetes mis decisiones, hace mucho dejé de tener dieciocho años. —Lo miró directo a los ojos—. En lugar de eso, utiliza ese tiempo para imaginar qué hubieses sentido si mi abuelo —señaló a Román a su lado— te hubiese apartado de mi madre; de esa mujer que era y es tu vida entera, a fuerza de engaños tan solo por creer que sus razones eran las únicas que prevalecían e importaban. —Lo vio agachar la mirada.

»Ahí está la diferencia, padre. El abuelo Román respetó no solo tu deseo a pesar de su dolor, sino que, además, te concedió el derecho a decidir el rumbo de tu vida. Lástima que no pensaste en eso hace más de una década con respecto a nosotros... Ya que, tal vez, yo sí los hubiera seguido, o quizás no, pero eso es algo que ya ninguno de los dos sabremos porque no me diste la oportunidad de decidir juntos, y con esto... —Tiró a los pies de su padre los pedazos de la hoja amarillenta que minutos antes le entregara y que aún mantenía arrugada y desecha dentro de su puño—. ¡Con esto acabas de levantar una muralla de dolor entre nosotros que será muy difícil de derrumbar!

Rolando quedó sin palabras. Su dolor y arrepentimiento de padre crecía en su interior llenándolo de dolor y nostalgia a punto de ahogarlo tan solo con

imaginar cuánto había decepcionado a su hijo. Dio dos pasos atrás y se apoyó en un sillón cercano. Se veía sudoroso, pálido, y cuando Adela se acercó a él, preocupada, por instinto Gael hizo un gesto de querer unírseles, muy en el fondo angustiado; pero recordar la desilusión y el engaño del que fue víctima por más de una década, lo hizo detenerse.

—Solo espero que... —carraspeó la garganta Rolando— no me odies por esto toda la vida, hijo.

—No podría aunque quisiera, padre —contestó Gael con la voz tomada, evidenciando lo afectado que estaba—. Pero necesito distancia, pensar y... sanar... Espero que eso sí lo entiendas y respetes. —Tan solo lo vio asentir—. Ahora solo quiero encontrarme con ella —pidió y su corazón latió con fuerza. Todavía no creía que, al traspasar la puerta, estaría frente a su libélula.

—¿Me permites acompañarte, hijo? —ofreció Román, visiblemente emocionado—. La dejé junto a tus primos y tus tíos antes de venir aquí. Ellos están enterados de todo, así que no te preocupes, que está en buenas manos. Solo dime tú, ¿crees estar listo para este reencuentro ahora?

—Abuelo, he soñado con este milagro cada noche durante doce largos años, en silencio y sin tener la más mínima esperanza de que Dios me lo concedería. ¿Eso responde a tu pregunta?

Román vio cómo se aguaron de nuevo los ojos de su nieto, y por primera vez, desde que años atrás lo recibiera en sus brazos, reconoció un brillo especial en el fondo de ellos, unido a una media sonrisa que expresaba todo lo que su corazón sentía: ¡felicidad y esperanza!

—Vamos entonces, hijo y... ¡Que Dios te guíe!

El corredor, desde el despacho de su abuelo, nunca le había parecido tan largo. Román le explicó que tras el aviso de su padre informándole de su llegada, más la situación que se había presentado al ver él a Romina, le había pedido a su tío y a su esposa que se encargaran de los invitados mientras sus primos, justificando que querían que Alma interpretara algunas melodías con su maestra en privado, la llevaron junto a su amiga al salón de la biblioteca, donde habitualmente la niña hacía sus prácticas con el piano, buscando con esto un poco de privacidad dadas las circunstancias. Algo que Gael agradeció en silencio.

Según avanzaban, los nervios pugnaban por ganarle la batalla a su inexistente ecuanimidad. Pocos metros antes de llegar a la biblioteca, ahora

estudio de música de su prima, escucharon las notas que salían, y los recuerdos viajaron como nubes sueltas en su mente al recordar aquel día... Ese en el que su libélula lo sorprendió tocando el piano para él por primera vez.

Llegaron al umbral del amplio lugar, rodeado de inmensas estanterías de libros y donde su primo Ignacio, junto a su hermana, Viviana, y otra chica más que no conocía, permanecían de espaldas a ellos prestando atención a la interpretación de aquella melodía, no dejando distinguir desde la entrada, debido a sus cuerpos de pie frente al piano, a quienes rasgueaban las teclas de aquel instrumento con tanta pasión.

Su abuelo le pidió hacer silencio y le indicó que bordeara la habitación por el otro lado. Con pasos lentos se dispuso a hacerlo...

Poco a poco, la imagen comenzó a aparecer ante él provocando que su corazón golpeará su tórax reiniciando una despavorida carrera. Allí estaba, a muy poca distancia ya de sus brazos, junto a la pequeña Alma, sentadas ante el piano y entre dulces sonrisas robándole a las anacaradas teclas la dulce sinfonía de *Los sonidos del silencio*, de Richard Clayderman.

Le fue imposible evitar que sus ojos se anegaran en lágrimas nuevamente y controlar el impulso de arrojarse a sus brazos, y apretarla contra su pecho casi se vuelve un imposible. Verlas a las dos... ¡Juntas! Eso era mucho más de lo que sus emociones podían soportar. Romina se veía hermosa, diferente hasta en su forma de vestir. ¡Mucho! Y esto fue un golpe de realidad que lo perturbó de nuevo por unos segundos, hiriéndolo al pensar lo ajeno que podría resultar ahora para ella. Detalló cada gesto con verdadera idolatría. Se veía tan segura y desconocida para sus ojos que la observaban desesperados que, asustado como un adolescente, se obligó a rescatar cada memoria del pasado escondida tras su sonrisa; la misma que se mezclaba con el movimiento de sus manos en el teclado junto a las tiernas miradas que le regalaba a su discípula.

Entonces fue consciente de que no era una desconocida para su corazón. Este la reclamaba en su pecho despavorido como quien exige lo que considera solo suyo. Para él era la misma que se adueñó del último de sus latidos.

¡Era ella!

¡La única!

¡Su Romina!

El golpe fuerte queriendo abandonar su pecho le gritaba que ahí estaba... ¡Era su libélula! Solo le faltaba intentar amordazarlo entre sus manos por temor a que se saliera de su cuerpo.

La música se detuvo y los aplausos de su familia, más la voz cantarina de la niña, terminaron por sacarlo de sus profundos pensamientos. Alma lo descubrió detrás de ellos y su alegría al verlo no se hizo esperar.

—¡¡Gaelito!! —Corrió a sus brazos, dejándose alzar por él y aferrándose a su cuello—. ¡Te extrañé mucho, mucho! —Sollozaba, emocionada por volver a estar a su lado después de meses de ausencia, y siendo besada en la frente y sus mejillas por él.

La inocencia de la pequeña se mantenía ajena a la fuerza indescriptible con la que dos miradas se anclaron y se hicieron una sola detrás de ella. Gael, cargándola en brazos, se acercó lento, siguiendo cada gesto de Romina como si la vida le fuera en ello. La vio llevarse la mano al pecho, y no perdió detalle de cada movimiento de ella mientras bajaba a Alma al suelo, percibiendo que hiperventilaba un poco.

Reparó en que su primo se mantenía alerta también, y, conociéndolo como lo hacía, sabía que todos sus instintos médicos estaban esperando la más mínima señal de alarma en ella. Era evidente que estaba al corriente de lo que sucedía, pero al ver su mano apoyada en la espalda de Romina, que acababa de incorporarse de donde momentos antes terminara de interpretar al piano, sin poder controlarlo, le fue imposible no sentir al fantasma de los celos corroer todo su ser por primera vez en su vida, amenazándolo sin piedad alguna.

—¡Bienvenido, primo! —lo saludó Viviana, acercándosele para besar su cara, y a quien apenas correspondió por no poder apartar un segundo la mirada de su libélula.

Miró a Ignacio, y este asintió, su gesto confirmaba lo que suponía: estaba informado de la situación.

—Gael, hijo, quiero que conozcas a alguien... —dijo Román, cauteloso, atento a cada detalle—. Ella es la maestra de música del conservatorio al que ahora asiste Almita, y la que ha logrado un gran avance en nuestra pequeña.

—Sí, Gaelito, ella es Romi, mi maestra de piano —añadió Alma, entusiasmada y feliz.

«¡Dios! ¡Lo lograste, mi amor!», pensó emocionado, imaginándola como toda una profesora de música y recordando lo mucho que lo añoraba, e intentando deshacer el nudo que se alojó en su garganta, luchando por sostenerse en pie cuando en realidad quería caer a los suyos de rodillas hasta quedar sin lágrimas.

Todo parecía tan maravillosamente irreal que por algunos segundos creyó

que no podría frenar los deseos de echarse a llorar como un niño al que le devuelven la esperanza de vivir.

Romina, desde que se incorporó de la banqueta y quedó frente a él, sintió que las frases de todos los presentes se perdieron como odas de cánticos lejanos en su mente. Un golpe de ansiedad inexplicable se apoderó de todo su ser mientras los pálpitos de su corazón se hicieron tan erráticos que terminó asustándose. La sensación de tener un hueco profundo en su pecho, que lentamente iba rebasándola con un cúmulo de sentimientos hasta el momento desconocidos para ella, terminó por causarle un vértigo que la hizo cerrar los ojos y estar a punto de desvanecerse. Pero entonces, en cuestión de segundos, Gael llegó a su lado, sosteniéndola fuerte como el *déjà vu* con el que el destino ejecutaba su jugada maestra.

Romina observó su rostro y se vio reflejada en aquella mirada que acabada de revolucionar su mundo. Dejó que su aliento fresco le golpeará la cara, provocándole que no existiera vello sobre la tersura de su piel que no se erizara al contacto de sus manos sobre la suya. Advirtió que la otra la tenía sobre el pecho de Gael, y eran ahora los latidos de su corazón los que retumbaban bajo la palma de su mano como si quisieran traspasarla. Esto la abrumó, impacientándose por no entender esa absurda necesidad que sentía de sentirse cobijada en esos desconocidos brazos, como si estos fueran un lugar seguro y esperado por ella toda la vida.

«*Sándalo...*», se dijo de pronto, embriagándose con aquel aroma que la hizo estremecer junto a la suavidad con la que él le comenzó a acariciar la mano. Terminó ella por bajar la suya lentamente, del lado izquierdo de su torso; padeciendo un inaudito sentimiento de pérdida. Volvió a dejarse arrastrar por el verdor de aquella profunda mirada, doliéndole sin explicación en lo más profundo de su alma y viendo asomarse la brillante humedad de las lágrimas que parecían querer saltar desde sus ojos. Unos deseos irracionales de abrazarlo, consolarlo y repetirle todas las veces que fueran necesarias que todo estaría bien la consumieron anudándole de emoción el pecho y confundiéndola como nunca. Se dio cuenta de que había vuelto a sentarse en el banco del piano y de que él lo había hecho a su lado y continuaba observándola; pero ahora con una expresión de preocupación desmedida.

—Por favor, dime que estás bien... —lo escuchó susurrarle, e involuntariamente se sonrió por la informalidad de su trato y la indefinible cercanía emocional que sentía por él.

—Ha sido... solo un... leve mareo... —contestó sin dejar de mirarlo,

rodeados ambos por el silencio de todos, inclusive de la pequeña Alma, a quien su bisabuelo cargaba en brazos ahora, luego de asegurarle al oído que no se preocupara, que su maestra estaba bien.

—Romina, ¿puedo medir tu presión arterial? Solo necesito ir a por el...

—No es necesario, Ignacio, te aseguro que estoy bien, gracias... —aseguró pasando su vista de las manos de Gael, que aún sostenía la suyas, hasta sus ojos, sin ser ella capaz de separarlas.

«¡¿Qué me está sucediendo?!», se cuestionaba, sintiéndose un poco perdida

—Amiga... —intervino Adara, asustada.

Ya la chica estaba sobre aviso de toda la historia, gracias a Ivanna. Fue una gran impresión conocer lo que guardaba el pasado de quien era como su hermana. Al recibir la llamada de la señora Sanfield el día antes de su regreso, pidiéndole verse con urgencia en cuanto llegara, y a solas, se angustió e intranquilizó mucho. Después, al estar enterada de la próxima llegada de aquel joven, de quien también le contó Ivanna acerca de la gran y hermosa relación que lo unió con su amiga, le prometió a ella que intentaría mantenerse más cerca que nunca de su hija, de ahí que casi fuera quien le pidiera acompañarla a la fiesta de los Alcázar, algo que ahora agradecía dada la llegada imprevista de Gael. En realidad, todos temían a las consecuencias que podrían traer para Romina el enfrentarse a recordar un pasado con una carga emocional tan dramática.

—Creo que deberías dejar que te revisaran —insistió Adara—. Sé que puede haber sido solo cosa de un poco de vértigo, pero no está de más que el doctor te asegure que no hay por qué preocuparse.

—En eso estoy también de acuerdo con ella...

—Adara, mi nombre es Adara Carter, mucho gusto... ¿Gael? Me parece que así te llamó el señor Román. —Ella frunció un poco el ceño, la situación comenzaba a parecerle cada vez más extraña y abrumadora.

—Así es, un placer conocerte, Adara.

—¿Te llamas... Gael...? —balbuceó Romina, haciendo que la mirara de nuevo tras presentarse con su amiga, sintiéndose él estremecer al escuchar su nombre en aquellos adorables labios.

—Sí, soy Gael Alcázar y... conocerte... es... —tragó en seco, luchando por ignorar todo el dolor que su ser padecía por no poder abrazarla, besarla... ¡Quería llevársela con él adonde ni el aire la rozara!—. ¡Es maravilloso, Romina! —dijo por fin con mucho esfuerzo, pero sin poder ocultar la emoción

sin límites que encerraban sus palabras.

Ella lo observó por algunos segundos más. Seguía sin entender toda la vorágine de sentimientos que le provocaba el conocerlo, más aun, la necesidad de permanecer a su lado que de pronto la envolvió sin poder ni querer explicárselo.

—También para mí es... —no sabía qué palabras apropiadas decir cuando ni ella entendía lo que aquella sensación de inmensa felicidad significaba— increíble conocerte, es como...

—¿Cómo qué? —la interrumpió ansioso, esperanzado y arrepentido en tan solo segundos al imaginar que pudiera estar cometiendo una imprudencia al presionarla con su pregunta.

Parecía que se habían quedado a solas, cuando allí seguían, rodeados por varias personas. Era como si no hubiese cabida para nada ni nadie más dentro de la burbuja que sus miradas hicieron de aquel milagroso reencuentro, hasta que ella la rompió con su pregunta:

—¿Nos hemos conocido antes, Gael?

Los ojos de él fueron como dos puntos brillantes de luz verde, y la sonrisa que se abrió paso en su rostro glorificó como bálsamo de paz y dicha el alma de Romina.

Para Gael, escucharla preguntarle aquello acabó por reconciliarlo con la vida, con el destino y hasta con el tiempo cruel que terminó arrebatándosela, para abrirle paso a la más grande esperanza. Una fe que, ¡en doce años de sufrimiento!, jamás pensó volver a sentir algún día.

—Quizás, preciosa... Puede ser que nos conociéramos en otra vida... —Y vio que una lágrima solitaria se escapaba de su mirada celeste.

Capítulo 15



Les pidió que la dejaran entrar sola al amplio cuarto de baño para invitados asegurándoles que no se iba a desmayar, ya que se sentía bien y solo necesitaba lavarse un poco la cara para refrescarla, además de un momento de intimidad.

Escuchaba el murmullo de la conversación de Adara y Viviana al otro lado de la puerta, hablaban exageradamente bajo, y estaba segura de que el motivo era que no querían ser escuchadas por ella.

Continuaba intranquila. No podía dejar de pensar en el encuentro con él: Gael. Y de quien solo recordar el nombre y repetírselo en silencio le continuaba provocando un sentimiento de felicidad mezclada con una inexplicable angustia. Muy dentro de su ser sabía que todas esas sensaciones que le ocasionaba el haberlo visto significaban mucho más de lo que realmente quería analizar. Si no, ¿cómo justificar lo que estaba sintiendo al recordar la expresión de su rostro al verla, unida a la emoción tan grande que padeció ella con el solo roce de su mano? Definitivamente, la confusión entre su mente y sus pensamientos iba en aumento continuo sin que pudiera hacer nada, y necesitaba mantenerse calmada a como diera lugar.

—¿Quién eres? ¿Por qué siento que te conozco y el no estar segura de ello

me duele tanto? —se preguntaba frente al espejo, con las manos apoyadas en la fría superficie de mármol.

Cerró los ojos por algunos segundos, reviviendo los minutos antes de dejar la biblioteca, al pedir que necesitaba ir al aseo, y, principalmente, ese instante en el que creyó ver miedo tras sus ojos al ella incorporarse para salir. Todavía sentía la tibieza de sus dedos entrelazados a los suyos cuando le aferró, aparentemente por instinto, la mano muy fuerte, dudando en dejarla ir a pesar de que Viviana se ofreció a acompañarla junto a su amiga. Podía atreverse a jurar que detrás de su gesto se asomaba una enmudecida y escondida súplica para que no se separara de su lado, algo que terminó por causarle a ella la misma sensación de desamparo al imaginárselo lejos.

«¡Dios, esto es una absurda locura!», se dijo y sacudió la cabeza. ¡Estaba tan aturdida!

Pasó dos dedos sobre su ceja derecha, agobiada, ya que cada minuto que transcurría analizando la última hora, especialmente desde ese encuentro, la inquietaba más.

«Lo menos que necesito ahora es una fuerte jaqueca», pensó y deseó regresar al refugio que le brindaba su hogar, junto a su familia; pero, a la vez, el solo hecho de hacerse a la idea de que podía quizás no volver a verlo la intimidó como no podía ser capaz de comprender.

Se giró de espalda contra el borde del lavamanos y masajeó sus sienas. Seguía sin encontrar explicación a sus emociones y a los deseos de llorar que la amenazaban cada vez que recordaba esos ojos, esa mirada y... ¡esos labios! Por instinto, rozó los suyos con el pulgar y una sonrisa se adueñó de su rostro.

Se alisó el cabello un poco y pellizcó sus mejillas para contrarrestar la palidez impropia que se había mudado a ellas. Arregló el cuello de su blusa y se soltó el último botón superior, buscando sin sentido alguno que de alguna forma la ansiedad que la embargaba cediera al aflojar un poco su vestuario. El colgante de libélula, que la acompañaba desde que su abuelo se lo devolviera, se dejó ver ahora sobre el impoluto color blanco de la blusa, que terminó por acomodar por dentro del cinturón de la falda que definía su cintura.

—Romina, ¿estás bien? Comienza a preocuparnos tu demora.

Viviana dio suaves golpes con los nudillos en la puerta, llamando su atención, y haciéndola secarse apresurada con un pañuelo de papel una furtiva lágrima incauta que había acompañado sus meditaciones sin siquiera darse cuenta.

—Ya salgo... No se preocupen, que todo está bien. No sé por qué están

tan... aprensivas —contestó intentando escucharse relajada, algo muy lejos de ser real.

—Tranquila, tómate el tiempo que necesites, y no es aprensión, amiga, es que nos preocupas por el mareo que has tenido hace unos momentos —intervino ahora Adara, justo en el momento en el que ella abría la puerta.

—Ya estoy lista. Solo necesitaba un poco de agua fresca en el rostro —les dijo, procurando parecer sosegada, cuando su mayor deseo era regresar hasta donde había dejado a Gael. No podía controlar la necesidad que sentía por volver a estar a su lado.

—¿Seguro que te sientes mejor? La verdad, creo que no hay razón para que te niegues a que mi hermano, al menos, revise tu presión y...

—Estoy bien, Viviana, no te preocupes. Si intuyera algún problema de salud, sería la primera en tomar medidas, créeme.

—Entonces vamos al salón. Ya se han ido la mayoría de los invitados y mi abuelo me dijo que nos iban a esperar allá.

—Por supuesto, vamos... —aceptó sintiendo que Adara la rodeaba con el brazo en un gesto protector.

—Ya despedimos a los Kenton, padre. Fueron los últimos invitados en retirarse, pero ya conoces a Scott, cuando bebe tan solo un poco no hay quien detenga su diatriba a cerca del club y su equipo de polo.

Escuchaba a su tío Octavio hablando con su abuelo mientras él, de espaldas a ellos, daba uno que otro trago constantemente a su bebida, batallando con la sequedad que le ocasionaba en la garganta esa presión que aún no abandonaba su pecho. No se separaba ni un instante del umbral de la entrada divisoria al pasillo, el mismo que llevaba a las habitaciones y a los cuartos de baño. Le había costado hacerse de una fuerza de voluntad a prueba de todo para no salir en busca de ella, solo comparable con el control que necesitó tener ante la ansiedad que lo amenazó al soltar su mano y verla desaparecer por la puerta un rato antes. Veintidós minutos hacía que en compañía de su prima y de la amiga había salido de la biblioteca, y aunque Romina varias veces aseguró que no se sentía mareada ni con ningún otro síntoma alarmante, le era imposible dar tregua a la angustia que casi estaba a punto de enloquecerlo.

«Atarte a mis brazos es lo que necesito y lo que pretendo hacer a partir de hoy, hasta que cada instante a tu lado me asegure que en realidad te he

recuperado ¡Maldita sea! ¡¿Por qué demoras tanto, mi amor?!», se repetía sin sosiego.

En ese corto intervalo de tiempo, su madre había llegado hasta él para decirle que ella y su padre necesitaban irse a su apartamento, ya que a Rolando lo habían superado las circunstancias y tenía un poco alta la presión arterial. Su primer instinto fue interesarse por su padre, pero terminó respondiendo con un irónico gesto por el que Adela le devolvió un semblante triste y acongojado que, inevitablemente, terminó doliéndole. Por segundos, se reprochó el ser tan duro e intransigente; pero nuevamente los recuerdos de tantos momentos de desesperación y lágrimas en soledad, imaginando un mundo donde su libélula no existía, le hicieron ignorar esa voz de su conciencia recordándole que hablaban de su progenitor y no de un desconocido, repitiéndose en su lugar que era el hombre que durante doce años le ocultó una verdad que pudo haberle cambiado la vida.

A su espalda, escuchó con detalle las palabras conciliadoras de su abuelo y de su tío, tranquilizando y animando a su madre; como siempre, eran quienes asumían la tarea de mediar entre ellos. Sin embargo, la profunda decepción provocada por tan cruel engaño seguía como una herida abierta en su alma manteniéndolo indiferente. ¡Necesitaba tiempo para intentar superarlo todo!

Elena y su tía Nancy también se le acercaron, después de avisarles que la fiesta había terminado, un poco antes de lo previsto, y añadiendo que ellas se habían encargado de despedir y disculparse con todos los invitados. Ambas lo abrazaron junto a la pequeña Alma, a quien besó con devoción y deseó las buenas noches con el mismo cariño de siempre, observando a la niña por unos segundos antes de ellas retirarse a descansar, emocionado, ya que aquella criatura había sido el lazo que lo había llevado hasta su Romina.

La desesperación continuaba ahí, retándolo en su interior y haciéndole buscar la forma de vencerla, repitiéndose que de su calma y sosiego ahora dependía todo lo demás. Pero existían mil preguntas en el aire cargadas de incertidumbre y estas no le daban ni un mínimo de paz, provocando que las huellas de sus pasos, de una esquina a la otra, pudieran quedar marcadas en la pulida madera del suelo junto a la impaciencia que estaba a punto de derrumbar su fuerza de voluntad.

—Debes mantener el control ahora más que nunca, hijo, por ti, pero mucho más por ella. —El peso de la mano de Román en el hombro lo extrajo de sus pensamientos.

—Es difícil, abuelo, yo... ¡Aún no sé cómo he podido mantenerla hasta

ahora! Me siento... —Pasó la mano desde su frente a sus irritados ojos—. ¡Aterrado! No sé cómo explicarte todo lo que en este momento me amenaza, me asusta... ¿Y si no recuerda nunca? ¿Qué se supone que puedo hacer si ella...?

—Esperar, y, por ninguna circunstancia, presionarla. Menos queriendo priorizar lo que sientes tú por encima del bienestar de ella —intervino Ignacio con voz neutra y calmada, pero sin dejar de notarse cierta advertencia detrás de cada palabra.

Su primo se encontraba al lado de Octavio, sentado en uno de los elegantes sillones tapizados en damasco color cardenal; con los codos apoyados en sus rodillas e inclinado hacia adelante, con los ojos fijos en el movimiento de sus manos dándole vueltas a la sortija de oro blanco que, con sus iniciales grabadas, siempre usaba en el dedo anular izquierdo.

Gael apretó su puño y dejó la botella, casi vacía, sobre la mesa que tenía a un lado con total parsimonia, acercándose luego a su primo bajo la atenta y preocupada mirada de su abuelo y de su tío.

—Imagino que ya conoces todos los pormenores acerca de nuestra historia —afirmó de frente a él, observándolo levantar su vista antes de incorporarse del asiento, quedando ahora ambos a la misma altura.

—Sí, los conozco, y también soy consciente de que fue una historia importante y significativa para...

—¡No fue! ¡Es! —refutó demandante Gael, evidentemente a la defensiva.

Quería como a un hermano a Ignacio, pero a pesar de toda la emoción que estaba viviendo no le pasó desapercibida su cercanía con Romina, y esto se estaba convirtiendo en una daga de dudas clavada en sus entrañas, que exigía con fuerza ser aclaradas.

—¿Desde cuándo la conoces? —preguntó iracundo.

Ignacio se alejó unos pasos de él antes de contestarle. También se sentía confundido y no sabía identificar qué era en realidad lo que le causaba aquel desasosiego. Cuando conoció a Romina, la impresión lo mantuvo ilusionado por varias semanas. Según la conocía, era como si ella le transmitiera una pacífica esperanza en el futuro y lo hiciera olvidar ese desapego a las relaciones y afectos que tanto se propusiera mantener desde que la madre de Alma lo hiriera de una forma tan despiadada en su amor propio.

Con su dulce carácter e incomparable capacidad de ternura, la muchacha había ido logrando grandes cambios en él. Era un hecho que se replanteó muchas cosas tras coincidir con ella y gracias a las conversaciones que

mantuvieron, entre otros temas, el que casi desechara la idea de que en su vida no existiría jamás un nuevo comienzo.

No se iba a engañar, y mucho menos ahora que la sabía ajena, pero la verdad era que muy pronto se dio cuenta de que Romina no lo veía de la misma forma. Se lo dijeron sus gestos, la forma que evitaba conversaciones íntimas cada vez que lo intentaba y el desvío de su mirada en las ocasiones en que lo descubría con la suya detenida en sus ojos. Todo esto, poco a poco, terminó por aceptarlo, obligándose con mucha dificultad a impedir que creciera cualquier sentimiento por ella que no fuera de absoluto carácter fraternal, para poder ir desterrando de su alma todo lo que comenzaba a provocarle la maestra de su hija. Incluso llegó a justificarlo con la necesidad de ser un poco egoísta por temor a salir herido de nuevo.

Pero ahora... ¿Por qué esa molestia interior removiéndose dentro de él contantemente desde que su familia los reunió para contarles ese pasado de su primo, teniendo por protagonista a Romina? ¿Qué era lo que sentía con esta llegada intempestiva de Gael? ¿Acaso había querido ganar tiempo cuando supo que, supuestamente, regresaba en dos semanas y ahora le perturbaba no haberlo conseguido? ¿Lo movía en realidad una genuina preocupación por la salud de Romina, la gratitud por su cariño incondicional para su hija, o...?

—¿Contestarás a mi pregunta, o necesitas escucharla de nuevo? —insistió rudo Gael, observándolo de espaldas a todos.

—Hijo, Nacho y Romina son solo...

—Quiero que me conteste él, por favor, tío —interrumpió a Octavio justo cuando Ignacio se volteó a verlo.

—Hace varios meses que nos conocemos, Gael. —Vio como tensaba la mandíbula con rabia, evidenciándolo más al presionar la dentadura, siendo notable la contracción del músculo facial marcándosele en la mejilla.

—Lo suponía... —dio una vuelta en el mismo lugar y resopló.

—Siempre has sido bueno llegando a cualquier conclusión, así que no me extraña que lo hicieras —ironizó Ignacio, preguntándose por qué razón quería molestarlo.

«¡Diablos! Es Gael, tu primo del alma el que tienes delante. ¡No un jodido extraño!», se reclamó, pero su orgullo le impidió reconocerlo en voz alta.

—¡No me jodas, Ignacio! —masculló con rabia, adelantándose unos pasos más a él—. ¡Quiero que pongas distancia entre ella y tú a partir de hoy! ¡Y no lo estoy pidiendo como un favor precisamente! ¡¡¿Lo tienes claro?!!

—¡Gael!

—¡No intervengas, abuelo! —exigió viendo como su primo embozaba una media sonrisa y metía las manos en los bolsillos de sus vaqueros, mirando al suelo con engreimiento, y esto lo enervó todavía más.

—Por ese camino, lo único que lograrás es echarlo a perder todo —le aconsejó Ignacio dejando que la sensatez imperara esta vez. Se obligó a recapacitar acerca de con quién mantenía aquel absurdo enfrentamiento de palabras, pero el nieto menor de Román Alcázar no estaba por la labor y aún lo miraba con el reproche liderando sus ojos—. No conocí, como tú, a la Romina de poco más de diecisiete años, pero créeme, dudo que esta mujer que hoy tienes ante ti, y que ha logrado librar batallas muy difíciles, sea la misma jovencita de hace una década. Piénsalo y no cometas errores innecesarios. —Lo escuchó soltar el aire retenido.

»No he sido tu rival y no intentaría serlo, menos ahora; pero no podrás evitar que siga pendiente de ella y esté ahí siempre que me necesite. Te guste o no, primo —afirmó con tal propiedad que hizo que Román y Octavio analizaran preocupados a Gael, temiendo su reacción.

—Solo puedo asegurarte algo... —Frunció el entrecejo este y respiró profundo—. ¡No habrá poder humano que pueda interponerse en este camino que la devuelve a mis brazos!

Ignacio asintió lento ante el silencio de su padre y de su abuelo, que continuaban siendo cautos testigos, deseando que no se mellara con aquella situación su hermandad de siempre.

—¿Ustedes han tenido algún tipo de...? —Se le cortó la voz a Gael solo de suponerlo y, como en cámara lenta, visualizó el instante en el que su primo llevó la mano a la espalda de su libélula como si quisiera protegerla de él cuando llegó hasta ella. Alejó de su mente con rapidez aquella escena, o definitivamente perdería el control de nuevo.

—No, Gael. Somos solo amigos que hemos compartido tiempo una que otra vez. Le estoy profundamente agradecido por todo el amor que le profesa a Alma, más por el apoyo que mi hija ha recibido de ella. Nunca imaginé que Romina era esa mujer por la que has padecido tanto, de lo contrario...

—De lo contrario... ¡¿qué?! ¡Suéltalo todo!

«¡¿Compartido tiempo juntos?! ¡¿Qué demonios quieres decir con eso?! ¡¿Cuánto tiempo?! ¡¿Cuándo?!». Nuevamente le agujearon los celos lentamente y su actitud demandante lo demostraba.

—¡Basta, Gael! ¡¿Qué quieres escuchar?! ¿Que estuve a punto de

enamorarame de ella? —Lo vio tensar el cuerpo, enrojeciéndosele el rostro y apretar los labios con fuerza—. ¡Pues sí! Es imposible no sentirse conmovido y a un paso de caer rendido por su belleza; pero, sobre todo, por su ternura y maravillosa personalidad cuando la conoces. —Los nudillos de Gael palidecieron de la presión que ejercía en sus manos cerradas, y su abuelo se le acercó hasta quedar a su lado, temeroso del rumbo que estaba tomando aquella conversación—. Esa mujer que hoy vuelve a ti, por un milagro, es sin dudas increíble y digna de ser atesorada como lo más preciado de tu vida. —Ignacio suspiró profundo antes de continuar, buscando esta vez decir las palabras correctas.

»Hubiera sido un bendecido si hubiese encontrado un amor como el vuestro, primo. —Los ojos de Gael brillaron tras sus palabras—. Pero no todos los destinos son iguales y tampoco soy tan miserable de interponerme entre ustedes cuando sé que ella ha sido la causa de todo tu sufrimiento. Además... ¿Sabes qué? Estoy seguro de que pronto encontrará en su memoria perdida el camino de luz que te resucitará en sus recuerdos. ¡Eso no lo dudo! Ahora, ten muy claro algo: no podrás impedir que me mantenga también cerca. ¡Como amigos! —Alzó los brazos al verlo resoplar de nuevo—. A Romina le debo cada sonrisa de mi hija, y eso no tiene precio; ni el seguir formando parte de su vida mientras ella me lo permita es negociable.

Gael solo hizo un leve movimiento asintiendo, en el fondo no dudaba de las palabras de su primo; si algo siempre caracterizaba a Ignacio Alcázar era su íntegra honestidad, pero muy dentro de él, escondida en lo más oculto, la espinita de los incorregibles celos seguía haciéndose notar y él continuaba intentando echarlos fuera sin lograrlo, a pesar de recordarse una y otra vez que a quien tenía frente a él era a su casi hermano. El punto era ella... ¡Tratándose de su libélula, cualquier explicación le sobraba!

Nada aplacaba el temor que lo envolvía... Este era como una mordida en su interior sin que pudiera hacer nada para remediarlo. Con las palabras de Ignacio, le cayó de golpe el peso del presente que ahora le mostraba una no menos difícil realidad. Lo aterraba el tiempo que pasó sin él a su lado y a esos años en los que transcurrió de largo su vida sin tener la oportunidad de formar parte de ella. Le dolía cada momento perdido, cada persona que conoció, que le hizo compañía mientras él estaba lejos, que le habló o le sonrió. Cerró fuerte los ojos al imaginar que otros labios pudieran haberla besado durante esos años y que otro cuerpo... ¡¡No!! ¡¡No!! ¡Era un cabrón egoísta! ¡Un hipócrita pensando así! Lo sabía, pero poco le importaba.

«¿Con cuál derecho puedo atreverme a cuestionar nada?!», se reclamó

Él no había sido precisamente un santo a la hora de desahogar su rabia y su dolor contra la vida, pero solo con imaginarla en otros brazos creía sentirse morir. Era doloroso admitir que se perdió todos y cada uno de sus logros, en ninguno de ellos estuvo; y hoy era alguien tan ajeno a sus ojos y tan olvidado para su corazón que su pecho ardía de rabia, de dolor y de celos, junto a la gran desesperación que lo martirizaba. Intentó no pensar en ello o no sería capaz de mantenerse ecuánime por mucho tiempo más.

Dio varios pasos alrededor del salón sabiéndose observado y consciente de que tanto su abuelo como su tío, y el propio Ignacio, preferían darle espacio en silencio a todas sus reflexiones. Cómo explicarles que no podía dejar de sentirse aterrado ante esa madurez que hoy los diferenciaba de los jóvenes inocentes que se amaron con aquel valle de testigo, convertidos ahora en dos extraños bajo un cielo tan distante y con vidas tan diferentes. Unido a ello, se alzaba como un fantasma lo que más lo intimidaba: El preguntarse si alguna vez su libélula podría deshacerse de esas sombras que lo ocultaban de sus ojos, hoy con luz, para finalmente rencontrarlo en sus memorias...

—Bueno, ya estamos aquí, fuimos a la cocina un momento a pedirle a Ligia un analgésico para Romina y evitar que terminara dándole jaqueca.

La voz de su prima lo hizo volverse hacia la puerta, hasta finalmente encontrarse de nuevo con esa mirada azul que hacía ahora de su mundo una verdadera panacea bendita contra todo dolor o angustia.

Viviana pasó de largo y fue a por una bebida al bar del final del salón, y escuchó a su padre reclamarle por servirse otra copa. Seguida de ella entró Adara acompañando a Romina, percatándose con beneplácito que, esta vez, un tenue color rosa en la piel de su rostro había espantado la palidez anterior. Esto lo hizo respirar aliviado.

Permitió entonces a sus ojos detallarla unos segundos. La falda recta hasta la rodilla definía su talle y enaltecía sus caderas, junto a los altos zapatos blancos de tirillas, anudados por encima del tobillo, haciéndola lucir unas piernas dignas de adorar. Se la veía tan madura, tan elegante y sensual que un fuerte pálpito de orgullo golpeteó su pecho con prepotencia, mientras que su mente sobreponía como dos hologramas la imagen tierna de su libélula de Viñales con esta mujer increíblemente hermosa que, con solo mirarlo, lo hacía querer caer de rodillas ante ella.

—¿Te sientes mejor? —inquirió con una timidez para nada propia en él, acercándose y controlando con todas sus fuerzas el instinto de querer abrazarla

contra su pecho.

—Sí..., gracias —balbuceó sosteniéndole la mirada y con una leve sonrisa asomada a la comisura de sus labios.

Ya frente a ella, Gael sintió resquebrajarse en pedazos toda su fortaleza hasta el momento conseguida al ver el colgante de la libélula en su pecho. Una opresión sorda se alojó en la boca de su estómago como un puño pretendiendo dejarlo sin aire, y el asomo tibio de las lágrimas lo amedrentó. En medio de aquella nueva impresión, le fue imposible dejar de llevarse la mano al suyo y sentir bajo la camisa la réplica de aquella joya que, varios meses antes, decidiera no dejar de usar nunca más.

—Es... hermoso... y... —Romina avistó en el verde de sus ojos una traslucida nostalgia al verlo tomar entre sus dedos la libélula y acariciarla; ella bajó la vista hasta allí, siguiendo el lento movimiento que hacían sus dedos en el colgante— simplemente perfecta —dijo uniendo su mirada a la suya.

—Está conmigo... desde hace mucho tiempo —contó y volvió a mirar en su pecho, esta vez siendo ella la que tomaba el significativo accesorio en sus manos.

—¿Es... un regalo? —preguntó él, dejándose arrastrar por la necesidad de vislumbrar algún mínimo recuerdo que llevara su huella.

—Es... —sonrió con tristeza— una pregunta difícil de responder.

Lo vio asentir sin dejar de mirarla, con ternura.

Gael no se reprimió más y llevó una mano a la mejilla de su libélula, acariciándola con suavidad, sintiendo arder la yema de sus dedos con el solo roce en esta. Ambos se miraron con anhelo, con una mutua necesidad tan grande que podía sentirse fluctuar a su alrededor como si aquel instante volviera a paralizar el entorno que los rodeaba.

—Amiga, creo que deberíamos marcharnos ya, pasan de las diez y...

Romina reaccionó a las palabras de Adara confirmando la hora en su reloj de pulsera, e intranquilizando a Gael ante la sola idea de tener que dejarla marchar.

—Puedo llevarlas hasta la ciudad —ofreció ansioso.

—Has bebido, hijo, no es recomendable que conduzcas —intervino cauteloso Román y sus palabras lo inquietaron más. Romina solo saldría de allí junto a él, y respecto a eso no cedería.

—No es necesario, te lo agradezco; pero vine en mi auto y puedo conducir. A penas bebí una copa de cóctel y...

—Pero te sentiste mareada hace un rato y estamos a más de una hora del centro. No, definitivamente no es una buena idea —objetó Gael, posesivo, sin poder ocultar su temor, y por lo que ella lo miró intrigada.

—Estoy de acuerdo con él —insistió Adara—. En todo caso, deberás dejarme conducir a mí.

—Eso sería un acto irresponsable —agregó Ignacio ganándose una mirada hostil de parte de la pelirroja.

—¿Puedo saber qué le hace afirmarlo con tanta seguridad? —inquirió la chica, acomodando un rebelde mechón de su rojo cabello tras la oreja, retándolo.

Ignacio se le acercó con actitud demandante para responderle, mirándola a los ojos. Adara seguía confundiéndolo, el rechazo que, supuestamente, se repetía sentir por ella en su interior todo el tiempo, se convertía en una poderosa atracción de polos opuestos cada vez que le contradecía lo que alegaba.

—Porque usted, señorita Carter, ha tomado mucho más que varias copas de champán esta noche —contesto cínico, enmarcando con la punta de los dedos en alto la palabra «varias»

—Pareciera que se ha dedicado a observarme, señor Alcázar —refutó ella altiva, sin permitir que la hiciera quedar como una irresponsable o una caprichosa delante de todos.

Ignacio apretó los labios, molesto. Adara continuaba dejándolo sin argumentos y esto le despertaba una irracional necesidad de agarrarla fuerte y hacerla retractarse de su actitud con él.

—Creo, después de escucharlos a todos, que no hay motivo para liarse tanto. La mejor opción es que Adara y Romina se queden esta noche. ¿Por qué hacerse rollos con algo tan simple?! —Todos miraron a Viviana, sentada y disfrutando de su copa mientras, naturalmente, daba una solución para lo que consideraba una innecesaria diatriba de opiniones.

—Te lo agradecemos, Viviana, pero no es necesario que...

—Sería una excelente decisión —interrumpió Gael la inicial negativa de Romina—. Pueden quedarse esta noche y... —Tomó aire, profundo—. ¿Saben algo? En mi caso, vine en taxi; así que estoy sin auto propio, por lo que, si me lo permiten, en la mañana puedo llevarlas y, de esta forma, también me hacen un favor a mí. ¿Qué les parece?

Podía parecer infantil aquella propuesta, e incrédula, si se tenía en cuenta que lo que se sobraba en la casa de sus abuelos era medios para trasladarse de

un lugar a otro, pero no le importó con tal de persuadirla.

Romina y Adara se miraron, y esta última, con un discreto gesto levantando los hombros, le hizo notar que no tenía inconveniente alguno; pero ella seguía ansiosa y dudando si era una buena idea aceptar quedarse.

«*¡Por favor, mi libélula! ¡Di que sí! ¡O tendré que implorártelo como un niño!*», pensaba Gael, sintiendo que de alguna forma regresaba en el tiempo.

—Pueden quedarse, hija, será un placer tenerlas aquí. Además, les pido que no me dejen con el pendiente por dejarlas marchar a esta hora. Más aun teniendo en cuenta que no puedo ofrecerles un chófer que las regrese a salvo en este momento —intervino Román.

Aparte de que era peligroso, debido a lo entrada de la noche el dejarlas ir, sabía lo que significaba para Gael después de todo lo vivido en cuestión de horas el que ella se quedara a su lado.

—Bien, se lo agradecemos mucho; pero creo que... —volvió a repasar con la vista a todos hasta encontrarse con la mirada de quien, expectante, esperaba su respuesta— necesitaré llamar a mis padres primero para que no se angustien por no verme regresar. Se escuchará quizás un poco extraño decirlo, pero ellos...

—Sin duda debes avisarles —le dio la razón Gael, pletórico por su aceptación y con una sonrisa en el rostro que decía más que mil palabras.

—Voy a por mi bolsa y el móvil entonces —contestó ella sin dejar de mirarlo.

—¿Puedo acompañarte?

—Por supuesto que sí.

Y ante la mirada feliz de todos, fue ahora él quien, temblando de añoranza y amor, posó su mano protectora y posesiva en la añorada espalda para dirigirse ambos a la antesala donde horas antes ella había dejado su chal y la cartera.

—Tengo solo tres minutos y me han costado dos de los grandes. ¡Así que habla rápido y sin titubeos! —gruñó con el móvil en el oído mientras su compañero de celda vigilaba contra los barrotes.

Por algunos minutos escuchó atento, sobando las comisuras de sus labios con la mano libre y pendiente a todo lo que se le decía.

—¡Seis semanas es demasiado tiempo! —reclamó con fuerza, levantándose del camastro y caminando alrededor del reducido espacio, haciendo que se

agitara una ola de vaho por el desagradable olor a humedad y sudor imperante—. Ya mis contactos aquí me informaron que lo están preparando todo, y sabes que es nuestra última oportunidad. ¡No me falles, maldita sea! Ajusta lo que haga falta para tener todo amarrado, pero tiene que ser en la fecha acordada: ¡en cuatro semanas! ¡Ni un día más!

Continuó, cerca de otro minuto, escuchando lo que le explicaba su interlocutor antes de colgar la llamada y entregarle el teléfono al individuo que, con sobrada malicia en su rostro, lo observaba haciéndosele grotesca, tras su sonrisa ladeada, la cicatriz que atravesaba su cara.

—Voy en esa, te lo recuerdo una vez más. ¡O te jodo el numerito! —Sus palabras intentando intimidarlo fueron recibidas con una mirada que podía paralizar a cualquiera.

—¡Vas en esa porque a mí me da la gana! ¡No te equivoques ni te hagas el listo conmigo! ¡Sabes lo que te costará que te haya tenido en cuenta! Así que ya puedes ir avisando a tu gente para que estén atentos, en cualquier momento recibirán instrucciones —amenazó mascullando entre dientes las palabras y tirándole sobre su cama, con marcado desprecio, dos billetes con la imagen de Benjamín Franklin.

Capítulo 16



—¿Estás segura de que se encuentra bien? ¿No la notaste alterada o quizás...?

—Cariño... —lo interrumpió su esposa—, por favor, sosiégate. Romina se escuchaba tranquila y estoy segura de que el momento más complicado ya pasó; además, Adela me aseguró que, a pesar de la sorpresiva llegada de Gael, lograron controlar la situación. Y sí, es cierto que él ha reaccionado muy consternado, algo que era obvio, pero lo importante es que al conocer las circunstancias ha sido capaz de mantenerse lo más ecuánime que tan increíble encuentro le ha permitido —explicó—. Ahora somos nosotros, mi vida, los que debemos mantener la calma, ya que lo más probable es que en un rato estén aquí y entonces podremos asegurarnos de si en realidad...

—Es que no entiendo... por cuál razón necesitó quedarse en casa de los Alcázar. ¡No he pegado un ojo en toda la noche, Ivanna! —la interrumpió ante la mirada preocupada de ella y de su madre.

Armando se levantó de la mesa donde los tres llevaban varios minutos en silencio, pretendiendo, sin lograrlo, terminar el desayuno después de que su suegro, junto a Svieta y a su padre, saliera rumbo a la dulcería para abrir el negocio. Esa fue la forma que encontraron ellos para cooperar en algo, dado el

grado de tensión que atravesaba toda la familia. Ivanna le permitió a su marido desahogar un poco su angustia mientras lo veía dar un par de vueltas alrededor de ellas, visiblemente muy ansioso.

Cuando recibieron la llamada de Romina la noche antes, avisándoles de que ella y Adara se quedarían en la mansión Alcázar, ninguna de las razones que les dio le pareció sensata a su padre. Adela ya los había llamado previamente contándoles de la imprevista llegada de Gael, lo que provocó que ambos estuvieran a punto de salir corriendo hasta donde se encontraba su hija, atemorizados por cómo podría darse aquel reencuentro. Solo el que Elena interviniera en la comunicación que mantenían con su nuera en ese momento, tranquilizándolos con sus palabras y pidiéndoles que confiaran en ella al asegurarles que la seguridad de Romina ahora era una prioridad para todos, les hizo desistir de hacerlo al temer poder empeorar las cosas con su indiscreta e inesperada aparición en casa de los Alcázar.

—Hijo, tu mujer tiene razón —intervino Esther sin dejar de mover lento un tazón semivacío entre sus dedos, tras llevarlo antes a los labios y dar un trago de este—. Es un momento en el que todos debemos actuar con sensatez y no adelantarnos a los acontecimientos. Ser pacientes, aunque nos sea difícil, es la mejor actitud que debemos tomar por el bien de Romi.

—Es que no puedo dejar de temer que pueda existir una recaída emocional en ella, madre —alegó Armando, dejando salir su mayor miedo mientras se frotaba la frente queriendo alejar de su mente las imágenes de los momentos tan difíciles vividos con su hija tras despertar del coma años atrás. ¡Sabía que jamás podría olvidarlos!

—Ese es el temor de todos, *mijo*, pero no nos queda otra opción que confiar y esperar.

—¿Esperar?! ¡Eso es lo que no puedo darme el lujo de hacer, madre! ¡No puedo sentarme a esperar tranquilo a que a mi hija todo esto termine por provocarle una crisis al recordar, de pronto, ese doloroso pasado, y más aún sin ninguna preparación! —Volvió a caminar de un lado a otro, a punto de perder la poca ecuanimidad que le quedaba al saber que Gael ya había regresado y la posibilidad de que, con ello, todos los planes para poder sobrellevar los acontecimientos terminaran perdiéndose.

—Mi cielo... —Se incorporó Ivanna y lo abrazó, sintiendo bajo las palmas de las manos en su pecho los incontrolables pálpitos del corazón de su esposo, como si este batallara por salirse de su lugar—. Necesito que intentes mantenerte tranquilo. —Él se giró, respiró profundo, cerrando los ojos, y tras

unos segundos miró a su esposa buscando en los de ella la paz que siempre estos terminaban ofreciéndole—. Ve a la oficina a por esos documentos que Iván te dijo hace un rato que debías firmar antes de enviarlos al nuevo cliente, y luego regresas.

—Cariño, yo... —intentó refutar su pedido, pero ella no se lo permitió posando el dedo índice sobre sus labios.

—Por favor, amor, ayúdame también a mí a poder lidiar con esto. —Y esa súplica terminó haciendo la diferencia para él.

Armando miró a su madre y esta asintió con lentitud, logrando que, finalmente, aceptara la sugerencia de su mujer. Besó la frente de Ivanna y luego la de Esther.

La opresión de angustia en su pecho no tenía intención de abandonarlo y se repitió varias veces en su interior que, una vez más, igual a como necesitó hacer en Cuba, hacía más de una década, cuando tomó la decisión de separarse de ella y de su hija para ponerlas a salvo de lo que se le avecinaba, debía reunir todo el valor y el optimismo del que era capaz. Se hizo de su portafolio, el cual había dejado al lado de la mesa, sobre un aparador, y con un gesto le pidió a Ivanna que lo acompañara hasta la salida.

Los dos se encaminaron a ella seguidos de la mirada de Esther, que desde las últimas horas no dejaba de orar y pedir confiada porque, esta vez, todo terminara saliendo a favor de la felicidad de Gael y de su nieta.

En el extenso corredor solo se escuchaba el eco de sus pasos. La noche había sido todo un viacrucis de recuerdos que estuvieron a punto de sumirlo en un estado de desesperación total, unido al profundo dolor que le causaba ser un desconocido para ella. Pero la milagrosa realidad de saberla de regreso, viva, y siendo esto un hecho que jamás se permitió soñar siquiera, terminaba cada minuto que transcurría por ir sanando lentamente, una a una, las heridas emocionales acumuladas por años.

Después de dejarlas en compañía de su prima Viviana, a su amiga, Adara, y a ella en sus respectivas habitaciones la noche anterior, necesitó ir a por un trago más, que terminó de beberse en la soledad de su habitación.

Entre aquellas cuatro paredes, un sentimiento de absoluta posesión y miedo terminó intimidándolo al llegar, incluso, a sopesar la idea de montar guardia delante de su puerta cuando la inaudita amenaza de volver a perderla torturó su ya débil cordura. Intentaba asimilar lo ocurrido como si estuviera viviendo

en un sueño y, al mismo tiempo, esto le provocó por algunos momentos un terror irracional al imaginar quedarse dormido y luego despertar descubriendo que todo era una irreal ilusión; deseando, inclusive, querer batallar contra el agotamiento que amenazaba con vencerlo tras casi veinticuatro horas sin descanso; amedrentado por el temor de que su bendecido milagro terminara deshaciéndose en forma de una cruel pesadilla de nuevo.

De golpe y sin piedad cayó sobre él como un vendaval todos los acontecimientos ocurridos desde que cruzó el umbral de la casa de sus abuelos, e inevitablemente, arrastrado por la vulnerabilidad en la que lo dejaba esa borrasca emocional que terminó arrasando con toda la adrenalina que mantuvo su fortaleza hasta el momento, se dejó caer, de espaldas a la puerta recién cerrada de su cuarto, liberando por fin el torrente de lágrimas y agudos sollozos que por horas había estoicamente retenido tras volver a verla.

Observó en varias ocasiones, sin interés, cada esquina de su habitación en penumbras, mientras que su triste sonrisa se mezclaba con el brillo que la humedad que bañaba su rostro dejaba ver a contraluz sobre el reflejo que entraba por el ventanal; y unos deseos de gritar con fuerza lo consumieron por horas.

No supo cuánto tiempo estuvo en esa posición, el calambre en sus piernas llegó a reclamarle que había sido mucho; pero solo recordaba vagamente cómo se dejó arrastrar hasta su cama y, sin molestarse en quitarse la ropa siquiera, se dejó caer en ella y vencer por el llanto hasta quedar rendido.

Cuando despertó lo hizo acompañado de un gran sobresalto... Asustado, e incrédulo por algunos minutos mientras su mente se aclaraba, llegó a rezar para que no hubiese sido una alucinación lo vivido. De un salto se fue a la ducha, luego de ver la hora en el reloj de su muñeca. Se vistió apresurado, se rasuró la naciente barba de dos días con manos aún temblorosas y salió de su habitación con el alma en vilo y el corazón repiqueteándole en el pecho.

Atravesó el pasillo con la ansiedad y el anhelo haciendo de su cuerpo el más vulnerable prisionero, hasta llegar ante la puerta tras la cual esperaba encontrar la razón que hoy le volvía a dar sentido a su vida.

—¿Romina? ¿Estás despierta? —Golpeó con los nudillos dos veces, esperó ansioso recibir respuesta y, al no escucharla, ese frío de temor e incertidumbre volvió a agobiarlo—. ¿Señorita Sanfield? —insistió, pero los segundos pasaban y aquel silencio terminó por desesperarlo; por lo que, decidido, dio vuelta al pomo que sujetaba con fuerza en la mano y terminó adentrándose en la recámara.

Caminó unos pasos adelante y se encontró con una cama perfectamente arreglada y un conjunto de dormir de seda, color limón, doblado sobre ella. Lo tomó en las manos sin poder evitarlo, embriagándose con su envolvente aroma al llevárselo al rostro.

—Ella se encontraba en la terraza con Almita hace unos instantes, hijo, pero ya deben de haberse reunido con los demás en el comedor.

Al voltearse, se encontró con su abuela, que con dulzura lo miraba desde el umbral de la puerta, sonriéndole.

—Gracias... —Tragó con dificultad el nudo de su garganta. El solo hecho de imaginar que se hubiera ido sin esperar por él lo había paralizado de miedo—. Vine aquí porque...

—Porque aún te parece increíble, mi cielo, lo sé...

Elena se acercó y le acarició el rostro. Venía con unas piezas de mantelería sobre el antebrazo, su intención era llevárselas a Ligia, pero como le extrañó no haber visto temprano a su nieto en el salón, junto a todos allí reunidos esperando para desayunar, decidió pasar por su habitación antes, preocupada, sorprendiéndose más al no encontrarlo tampoco en ella.

—Estoy asustado, abuela —confesó alcanzando y sosteniendo una de sus manos—. Más bien... ¡Aterrado!

—Es normal que te sientas así; ha sido una impresión muy fuerte y es lógico que todavía no puedas orientar tus emociones, mucho menos tus ideas, además...

—Ella ni siquiera me recuerda... —interceptó sus palabras, y los ojos se le aguaron al afirmarlo.

—Pero lo hará, hijo, estoy segura de ello. Solo dale tiempo... —le confirmó.

—¿En realidad lo crees? —Su pregunta se escuchó con un timbre melancólico.

Elena suspiró y lo observó, conmovida. Dejó a un lado las piezas de tela que traía, justo sobre la cama, y acarició el cabello de su nieto.

—Mi Gael, más de setenta años de vida, y, escúchame bien... ¡Te prohíbo repetir esta cifra en voz alta! ¡¿De acuerdo?! —Vio asomarse una tenue sonrisa en su rostro, aún contraído por las dudas y el temor, gracias a su jocosa exigencia—. Te decía que esta larga vida me ha dado certeras razones para estar segura de que los grandes amores siempre resisten cualquier envite en ella, por fuerte que este sea. Y así es como, sin dudas, ha sido el caso del vuestro. ¿Y sabes por qué sucede? —Él negó lento, pero prestándole atención

con un gran cariño asomado a sus ojos—. Porque sin importar cuánto más tengan que enfrentar, sus destinos estarán siempre unidos en el tiempo por la mano de Dios, hijo. Por eso, solo confía, espera; pero, sobre todo, aférrate a esa felicidad que tanto tú como esa preciosa joven merecen.

Su nieto la observó con todo el amor que sentía por ella, dichoso y agradecido por tenerla en su vida. Rozó la tersa y suave mejilla viéndola sonreírle, para sin necesidad de palabras transmitirle la confianza que tanta falta le hacía.

—¿Te he dicho cuánto te quiero, abuela?

—Sí, muchas veces —contestó coqueta—; pero es tan bonito escuchártelo decir que nunca me cansaré de oírlo. —La sonrisa de su nieto le pareció tan hermosa que le fue imposible ocultar el gran orgullo que sentía por él.

—Te quiero mucho, ¡mucho en verdad!... —repitió con los sentimientos a flor de piel y dejándose abrazar por la dulce mujer que era como una segunda madre.

—Vamos, hijo, todos nos esperan, especialmente ella... —Gael asintió y se pasó las manos por el rostro, para luego salir del brazo de Elena.

Mientras se dirigían al comedor, iba reflexionando en cómo había cambiado en cuestión de horas, y de una manera tan abrupta, inesperada e increíble, nuevamente su vida. La diferencia era que esta vez necesitaba creer y asegurarse de que podría retener para siempre entre las manos esa felicidad que por tanto tiempo añoró y creyó perdida.

Cuando entraron al comedor, donde en una extensa mesa su abuelo, sus primos y sus tíos no dejaban de charlar, su mirada solo tuvo espacio y tiempo para aquel rostro maravilloso que lo recibió con la sonrisa más soñada de toda su existencia.

—¡Gaelito! ¡Mira, estamos haciendo un dibujo! ¡¿Sabías que Romi se quedó a dormir aquí para pasar una noche de chicas?! Lo que no estuvo nada bien es que nadie me avisara... ¡Y eso no es justo! —

Como sucedía siempre, Alma, con su intranquila e inagotable infantil personalidad, se incorporó y lo recibió abalanzándose a sus brazos y colgándose de su cuello al levantarla. No dejando de hacer pucheros y de reclamar consecutivamente por haberse enterado de que Romina todavía permanecía en la casa, solo cuando esta pidió despertarla para darle la sorpresa.

Gael le besó la sien y revolvió su flequillo sin dejar de prestar atención por el rabillo del ojo a su libélula, que seguía la escena atenta, enternecida por

aquella hermosa relación entre ellos.

Se percató del cuaderno que estaba sobre la mesa y en el cual, aparentemente, ella y la niña estaban pintando alguna especie de paisaje que no dejaba de tener como toque principal las huellas de la pequeña. Su libélula se veía preciosa; recogía su cabello en una alta cola, y esto le permitía ahora ver la piel de ese cuello desnudo que tanto le pedían sus labios besar.

—Te comprendo y me alegra mucho tu alegría, princesa; pero piensa que lo importante es que tu maestra se quedó a pasar más tiempo contigo, ¿verdad?

—Llevó sus ojos hasta Romina, complaciéndole ver el sonrojo que le provocó con su mirada. Bajó entonces a Alma de sus brazos, dio los buenos días a todos y se le acercó.

—¿Descansaste a gusto? —La vio observarlo por unos segundos con un brillo en sus ojos que lo hizo contener, con mucha dificultad, los inmensos deseos que sentía por abrazarla.

«¡Gracias, Dios, por devolvérmela; pero, aún más, por regresar la luz que tanto merecían sus ojos!», agradeció en silencio, emocionado por ver como aquella mirada celeste, recordada triste y en ocasiones perdida en su pasado, se desdibujaba en su memoria para abrirle paso a esta llena de fulgor y vida.

—Sí, gracias, dormí muy bien...

«¡Miento! ¿Pero cómo explicarte que fue tu rostro, tus labios y tu inexplicable conocida voz lo que me mantuvo hasta casi el amanecer despierta y haciéndome querer buscarte por toda la casa para encontrar refugio en tus brazos? ¡Debo de estar enloqueciendo! ¡¿Qué es lo que me provocas, Gael Alcázar?! ¿Por qué siento todavía esa sensación de placer infinito que me causó el roce de tu mano en mi espalda hace algunas horas? Fue como si, de alguna forma, mi piel te reconociera y te hubiese querido confesar en silencio lo mucho que necesita una caricia tuya. ¿De dónde nace esta añoranza absurda y desmedida que siento crecer por ti a cada minuto? ¡¿De dónde?!», se preguntaba mientras lo veía tomar asiento a su lado.

Estuvo unos minutos más ida de todo aquel entorno e inmersa en su interior, intentando buscar respuesta a sus emociones, hasta que las palabras de alguien llamaron su atención haciéndola salir del sopor que le provocaran aquellos pensamientos.

—Tu tío tiene razón, hijo, no es necesario que regreses a la oficina tan pronto, podemos seguir haciéndonos cargo unos días más. —Escuchó decir a

Román mientras este vertía un poco de crema en una humeante taza de café.

Romina se perdió parte de la conversación que comenzara antes de que ella, ensimismada, se hundiera en la profunda mirada de Gael. Por otro lado, este no dejaba de observarla y la energía entre ellos, cada instante que pasaban cerca uno del otro, se le hacía más intensa y difícil de asimilar. Según servían el desayuno para todos en la mesa, intentó prestar atención temiendo incurrir en una actitud inadecuada frente a la familia que tan amable la había acogido desde el día anterior.

—Creo que tu abuelo tiene razón, sobrino, es hora de que te tomes un merecido descanso después de las gestiones que afrontaste tú solo en Alemania —acordó consecuente Octavio.

—Es un hecho que aceptaré la propuesta, ya que... —sutilmente observó a Romina antes de proseguir— sí quisiera, de ser posible, tener un poco más de tiempo fuera del consorcio. —Sus ojos resplandecieron; no pasando el gesto de felicidad desapercibido para nadie y siendo una gran satisfacción para la familia escucharlo con ese entusiasmo desconocido hasta el momento para ellos, más aun después de años viéndolo envuelto en la más absoluta apatía.

—¿Pasaste mucho tiempo en Alemania?

La pregunta de su libélula, aun siendo tan simple e inocente, le dolió tanto como si tras ella se ocultara un inexistente reclamo.

—Demasiado para mí... —Tomó aire para poder contrarrestar el agudo timbre de su voz—. Hoy me reprocho el no haber regresado mucho antes.

Volvieron a mirarse como si solo ellos existieran en el lugar.

—¿Y qué impresión te dejó Alemania, Gael? —inquirió Adara, interrumpiendo el momento y tomando de su jugo—. He visitado con mis padres a algunos países, pero Alemania terminó siendo un plan que nunca consolidamos debido a la salud de mi papá.

Él sonrió y, con pesar, desvió la atención de Romina hacia la simpática chica que acababa de conocer como su mejor amiga. Adara le parecía tan diferente a su libélula que, a pesar de lo poco que la conocía, ya se había preguntado cómo era posible que se llamaran «casi hermanas», algo que enfatizaron mucho durante la charla que tuvieron la noche anterior cuando ambas aceptaron quedarse. No obstante, era indiscutible que la joven no solo le parecía una mujer auténtica y muy sincera, sino que, unido a ello, se iba ganando su estima a pasos agigantados según él veía el cariño y la hermandad con la que trataba a Romina.

—Alemania es un país que indiscutiblemente es muy hermoso, Adara, pero

con una cultura a la que es muy difícil adaptarse, menos si tus raíces son latinoamericanas.

—Imagino que así es, Gael; pero después de varios meses, ¿qué fue lo que más te impresionó de allí? —prosiguió, buscando con su conversación continuar conociendo un poco más al hombre que ya sabía que había sido el gran amor de su amiga.

—Te podría mencionar varias tradiciones de ellos... —respondió este llevándose la bebida a los labios y siendo seguida la plática con atención por todos en la mesa—, pero creo que el sentido de la puntualidad y el respeto que otorgan a los compromisos asumidos es lo que los caracteriza y los hacen merecedores de admiración y dignos de imitar. En lo personal, puedo añadir que mi experiencia respecto a esto fue excelente.

—¿Y las niñas son muy bonitas? —preguntó Alma, uniendo sus cejas y haciendo que todos rieran.

Gael se inclinó un poco para llegar hasta ella y tomándola por la barbilla, con sincero cariño, le contestó lo que sabía que la pequeña quería escuchar.

—Hay muchas niñas lindas en Alemania; pero créeme, princesa, ninguna tan preciosa como tú. —La nena le sonrió y se llevó una cucharada de cereal a la boca, feliz y orgullosa por la respuesta de su primo favorito; haciendo que a Romina se le aceleraran los latidos de su corazón una vez más ante la dulce actitud de aquel hombre que continuaba removiendo sus emociones a un límite jamás imaginado por ella.

—Mi hija, tras tu afirmación, acaba de sumar una estrella más a tu favor, primo —alegó Ignacio con una sonrisa conciliadora—. Solo te falta prometerle que la llevarás un día a Irlanda, o a Escocia, a conocer las tierras cercanas al reino de su princesa favorita: Mérida. ¿Verdad, cariño? —Vio con dulzura asentir a su chiquita, saboreando todavía el cereal de frutas con leche.

—¿Te gusta la princesa Mérida, Alma? —le preguntó Romina.

—¡Sí, mucho! —respondió emocionada tras pasar de su última cucharada del desayuno—. He visto la peli muchas, ¡muchas veces! Y tengo su tiara, su arco y su vestido —aseguró ante la mirada enamorada de todos.

—Pues entonces creo que debes saber algo... —dijo ella, viendo los ojitos curiosos de la pequeña y dirigiendo la mirada a Adara, pícara, mientras que su amiga ponía los ojos en blanco y le hacía un gesto negando con la cabeza sin dejar de sonreír también, pero adivinando lo que sin remedio sabía que diría—. Te cuento que aquí, nuestra amiga Adara... —la señaló y semicubrió con la mano parte de su rostro como si fuese a decirle un secreto—, quizás es

descendiente del reino de la princesa Mérida.

Alma abrió los ojos muy grande, Romina achicó los suyos, misteriosa, y Gael sentía que moriría de amor y deseo de besarla hasta su último aliento observándola interactuar así de tierna con la pequeña. Mientras, él sonreía junto a los demás, con el mentón apoyado en su mano, enamorado y esperando escuchar cómo terminaría aquella ocurrente conversación entre ellas.

—Mira bien a Adara, cariño... —prosiguió el juego Romina sin que su amiga dejara de reírse—. Tiene el cabello rojo, igual que Mérida, ¿verdad? —Alma asintió, pero aún no se convencía, y Romina lo comprendió. —Pero el detalle más importante y que no sabes todavía es que...

—¿Qué, Romi?! —se impacientó Alma haciendo que Gael no retuviera más su carcajada, provocando que Romina lo viera a los ojos unos segundos, para, involuntariamente, morderse el labio inferior, algo que a él casi termina aniquilándole la poca y reprimida cordura mantenida hasta el momento por querer besarla—. ¿Qué es lo más importante, Romi?! —insistió intranquila Alma, haciendo que le prestara atención solo a ella de nuevo.

—Que Adara nació en Irlanda, preciosa, muy cerquita del gran reino vikingo de la princesa Mérida, y yo creo que son... ¿Primas tal vez? —concluyó como si estuviera leyendo el final de una historia de fantasía.

Alma, asombrada, dejó su servilleta, soltó la cuchara y se bajó rápido del asiento para llegar hasta Adara.

—¿Es eso cierto, Ara?! —le preguntó con acentuada exclamación y convirtiendo su boquita en un simpático e incrédulo círculo.

—¡Creo que ahora sí te ganaste el premio mayor con esta diablilla, muchacha! —Escuchó la pelliirroja decir a Román, y, risueña, repasó con su vista cómo todos reían gracias a la ocurrencia de Romina respecto a su origen, bueno... ¡Todos no!

Ignacio Alcázar analizaba, inmutable, la escena, haciéndosele imposible identificar las emociones o pensamientos que escondía detrás de la expresión fría de su rostro, y eso volvió a molestarlo.

—Bueno, corazón, el que sea pariente de Mérida no me consta —dijo recargando a la niña en el regazo y arrugando un poco la nariz, dubitativa—. Pero lo que sí puedo confirmarte es que es cierto lo que dice Romi: nací en Irlanda y mis papás me trajeron a América cuando yo era aún muy pequeña.

Alma la miró con atención por unos segundos y, en un gesto muy propio de ella, se incorporó ubicando sus manitas en la cintura y simulando estar cavilando la repuesta, para terminar por llegar a una conclusión que hizo una

vez más reír a todos.

—Pues yo creo que debes de ser su prima o tal vez su hermana perdida, Ara. Ahora que te miro bien, hummm... —Achicó los ojitos analizándola, pellizó sus mejillas y enredó en los dedos un mechón de los rizos de su cabello mientras Adara apretaba los labios para poder contener la risa—. ¡Sí! ¡De seguro eres familia de la princesa Mérida!

Las carcajadas en la mesa no se hicieron esperar mientras la joven sentaba en su regazo a la pequeña otra vez y la besaba en ambos cachetes.

—¡Eres una muñeca hermosa, Almita! —expresó sin dejar de abrazarla.

—Es que en serio te pareces —contestó inocente—. Tienes su cara... —Encerró entre sus manitas el rostro de Adara—. Sus ojos y las largas pestañas... —Se los bordeó con los dos deditos índices—. Y también eres un bebé de Irlanda, y tienes el mismo color de cabello de Mérida. ¿Cuál otra prueba quieres? —terminó de argumentar con absoluta seriedad y muy convencida de sus propias conclusiones.

—De acuerdo, preciosa, creo que pensaré en todo lo que me dices e investigaré si soy una prima lejana de tu princesa.

Alma sonrió escuchándose decir, para después de abrazarla a ella, y a Romina, despedirse repartiendo besos a cada uno, haciendo más extenso el de su padre antes de alejarse junto a su abuela Nancy, quien le recordara que debían alistarse para ir a las clases de catecismo.

Luego de que la niña saliera, se quedaron comentando acerca de lo vivaracha y ocurrente que era siempre la chiquilla y contando simpáticas anécdotas de sus innumerables travesuras. Un cuarto de hora después, Román fue avisado de una llamada importante que tenía en el estudio, y tras disculparse y prometer regresar para despedirse de las chicas, salió del comedor seguido de su hijo mayor y su esposa.

Los cuatro jóvenes quedaron solos, y un incómodo silencio se adueñó del lugar por unos minutos, siendo este roto tan solo en una breve ocasión por Romina al preguntar por Viviana, y a lo que Gael respondió que su prima era incorregible en cuanto a los horarios y no había forma alguna de sacarla de entre las sábanas un domingo antes del mediodía. Pero, tras esta explicación de él, ninguno se esperaba el singular comentario de Ignacio.

—Yo estoy seguro de que mi hija está en lo cierto, señorita Carter.

La aludida dirigió sus ojos al hombre que tanta antipatía y atracción a la vez le provocaba, e inmediatamente se mostró recelosa de lo que podría seguir a su intervención.

—¿Perdón...? —lo miró desconfiada.

—Me refiero a sus innumerables similitudes con el personaje de la película favorita de Alma, y lo digo porque, conste, he visto la película en muchas ocasiones también junto a ella —explicó, sin intención de esconder un cierto tono de ironía tras sus palabras.

—¿Se refiere al hecho de tener un origen irlandés? —cuestionó, creyendo adivinar que detrás de su rebuscada elocuencia se ocultaba una vez más el deseo de molestarla, y mirando a Romina, que a su vez hizo para ella un gesto con los ojos intentando persuadirla de no cometer una indiscreción, intentó mantenerse indiferente, aunque segura de que ya era evidente que ella e Ignacio Alcázar no habían congeniado en lo más mínimo, e incluso hasta a Gael le pareció verlo extrañado analizando la actitud de su primo.

Mientras, Ignacio retiró de su regazo la servilleta y comenzó a limpiarse las manos esbozando una cínica sonrisa, tentadora y muy sensual a los ojos de Adara; pero no por ello menos atrevida y provocadora.

—Creo que más que su fisonomía, lo que definitivamente la asemeja a este personaje infantil es su rebelde e inadecuado carácter a menudo, señorita Carter. —Los ojos de Ignacio parecían los de un felino buscando tentar a su presa; y, muy dentro de sí, continuaba preguntándose por qué le complacía tanto molestarla, hasta incluso llegar a disfrutar el hacer enojar a aquella mujer, a la que ahora veía enrojecérsese el rostro, lo cual le hacía sentir un insano beneplácito nunca propio en él al poder lograrlo.

Adara torció el labio, y terminó mordiéndose el interior de una de las comisuras de este para controlar los deseos que tenía de contestarle a aquel engreído como tanto se merecía; pero el que Romina se encontrara con Gael a su lado, sumado a toda la tensión vivida por ella en las últimas horas, hizo que ganara su sentido de la cordura por encima del deseo de darle a conocer la parte menos racional de ella y así poner en su lugar a Ignacio Alcázar.

—Tiene razón, doctor... —aceptó ante la mirada incrédula de este, incorporándose con lentitud de la mesa y haciendo uso de su título profesional para dirigirse a él—. Hoy he llegado a la conclusión de que realmente me identifico con el personaje de esa princesa que tanto admira su hija. ¿Sabe por qué? —Ignacio le levantó una ceja, sarcástico, a la espera de lo que suponía sería una peculiar respuesta.

»Porque, definitivamente, jamás seré una mujer manipulable ni dependiente de nadie; mucho menos, la marioneta de cualquier incauto con aires ególatras y creencias de galán masculino intentando pretender que siga sus conservadores

preceptos como si yo fuera el simple adorno de un aparador. —Ignacio se incorporó de un salto queriendo rebatir su diatriba y frenar lo que consideraba palabras que iban, evidentemente, dirigidas a provocarlo a él, lo cual le hizo mantener la mandíbula totalmente contraída por la frustración, pero ella no le permitió responderle.

»Si todo eso es lo que para usted significa «rebeldía» —enmarcó la palabra con sus dedos—, entérese de una buena vez... ¡Está frente a una «Mérida» del siglo veintiuno! Y mi arco está hecho de mi orgullo, mi dignidad y mi amor propio, señor Alcázar. —Sonrió esta vez ladina, con un aire de altivez y seguridad que hizo que Ignacio deseara hacerla estremecer de una buena sacudida, pero no sin antes atacarle aquella boca viperina y atrevida hasta devorársela a besos para que le suplicara por más.

«¡¿Qué mierda te sucede con esta engreída?! ¡¡Pareces un puto colegial de dieciséis años que quiere molestar a su compañera de clase desde que a ella se le ocurrió dejarte sin argumentos con su soberbia y altanería!!», se reclamó con fuerza, dejando que la rabia le recorriera el cuerpo por volverse a sentir un imbécil gracias a aquella mujercita que convertía el piso bajo sus pies en una losa inestable e insegura de sentimientos que consideraba incompatibles para él.

—Romi, acabo de solicitar desde la aplicación un taxi, y este vendrá a por mí en unos quince minutos.

La escuchó Ignacio decirle a su amiga, y su primer impulso fue ofrecerse a llevarla, pero se contuvo.

—No es necesario, Adara, acordamos ayer que yo las acompañaría. Así que nos despedimos en un momento de mi familia y...

No dejó que Gael terminara de hablar, la verdad era que estaba segura de que Romina a su lado estaba más que protegida, y a ella le resultaba tan necesario como respirar el poder salir de aquella casa cuanto antes y, de ser posible, no coincidir nunca más con aquel hombre cuya presencia sentía como un golpe invisible en su espalda, pudiendo incluso asegurar, sin necesidad de volverse a verlo, que sus ojos parecían en ese momento dagas afiladas sobre su cuerpo.

—Te lo agradezco mucho, Gael, pero lo he pensado mejor y la verdad es que necesito visitar a un amigo. Es Gonzalo, Romi —se dirigió a ella, aclarándose, y esta asintió comprendiendo a quién hacía referencia—. Su casa queda en una dirección completamente contraria a la que ustedes se dirigirán, y es absurdo que, pudiendo yo pedir un servicio de taxi, los retrase,

incluso apresurándolos a irse cuando esto no es necesario.

«¿Quién demonios será ese tal Gonzalo?! ¡Lo más seguro es que sea su conquista de turno! ¡Y eso a ti qué mierda te importa, Ignacio?!», pensaba y se recriminaba a la vez, atento a la conversación pero sumido en un obligado silencio al que lo condenó la osadía de la joven y su respuesta de minutos antes.

La sola idea de que aquella mujer se encontraría con algún hombre que tuviese derechos muy distintos a los de un amigo para con ella, le ocasionó un impacto de rabia y vacío en el estómago, el cual se exigió ignorar repitiéndose más de una vez que era una inaudita inmadurez de su parte dejarse arrastrar por una ficticia sensación de supuestos... ¿celos? ¡Obvio que no! Todo lo que sentía era gracias a su orgulloso ego herido y tan solo deseaba no coincidir en el futuro más con ella. El solo pensar en esta posibilidad lo molestó; pero, una vez más, rechazó la idea de aceptarlo.

—Nos vemos pronto, Ignacio —la despedida de Romina lo tomó por sorpresa, ni siquiera fue capaz de advertir el instante en el que la *ginger* había abandonado el comedor, mucho menos cuando ella y su primo se habían acercado a su lado.

—Por supuesto... que sí, Romina. —Se sintió como un idiota ante la mirada apenada de ella y la interrogante de su primo, que como guardián en celo se mantenía observándolos, advirtiéndole sin palabras que mantuviera las distancias.

Después de amablemente desearles que les fuera bien a ambos, estos lo dejaron solo para dirigirse al estudio de su abuelo y terminar de despedirse de la familia. Ignacio optó por no interiorizar el patético episodio protagonizado con la «indomable» Adara, ni siquiera era capaz de permitirse recordar las últimas palabras de la chica para no remover nuevamente la ira y la frustración que estas les produjeron. Respiró profundo y se alejó hacia su habitación con la firme convicción de que, en adelante, evitaría cualquier contacto con esa mujer que terminaba sacando siempre lo peor de él.

Los cubos de hielo chocando con el cristal de los vasos con licor, cada vez que uno de ellos sorbía un pequeño trago de estos, se volvieron el único sonido audible durante varios minutos tras Román Alcázar colgar la llamada que, por casi media hora, lo mantuvo en vilo.

Octavio, frente a él, seguía cada uno de sus gestos, y en ese corto tiempo ya

más de unas cuatro veces seguidas le había preguntado si se sentía bien, preocupado por su salud.

—¿Qué es lo que debemos esperar ahora? —Rompió el silencio entre ambos con su pregunta, procurando no escucharse tenso; pero era obvio que no lo había logrado al ver el rostro contraído de su progenitor.

—No lo sé, hijo, supongo que esperar a tener noticias. Ya escuchaste a Emerson, las cosas se salieron de control y ni siquiera ellos tienen claro cómo será el procedimiento a seguir —contestó el patriarca Alcázar mientras llevaba una mano hasta su clavícula y rozaba la piel en ella. Su hijo siguió aquel movimiento, conocedor de lo que significaba ese gesto de su padre.

—¡Pero no podemos quedarnos tan tranquilos, papá, tú sabes lo que eso significaría! —expresó impaciente y ansioso, levantándose de la silla y encaminándose hacia la barra del bar para dejar el vaso allí—. Soy partidario de hablarle a toda la familia acerca de esta situación, creo que tienen derecho a conocer a lo que podemos enfrentarnos si lo que suponemos...

—Todavía no, hijo. Te pido que no expliquemos nada hasta que Emerson nos diga algo sobre el desarrollo de la investigación y de cómo se encuentra toda la situación ahora. ¿Para qué alarmar a la familia sin estar seguros si esto terminará siendo peligroso para nosotros o no?

—Pero es arriesgado, papá.

—Lo sé. A pesar de ello, quiero confiar en que nos estamos predisponiendo por algo que en realidad no tendrá repercusión en nuestras vidas. Me niego a sembrar el miedo en los míos si en mis manos está el evitarlo. —Suspiró exhausto. Demasiadas emociones fuertes en muy corto espacio de tiempo habían tenido ese fin de semana—. ¿Escribiste los datos que nos dio Emerson?

—Sí, los tengo todos.

—Entonces, mañana a primera hora contacta con ellos y cítalos en el consorcio para una entrevista lo antes posible. ¿De acuerdo?

—Así lo haré, padre, y... ¡Que Dios nos guíe y no nos permita equivocarnos!

Capítulo 17



Conducir teniéndola a su lado continuaba pareciéndole una maravillosa e increíble visión, pero el aroma de su piel, su sonrisa y el timbre suave de su voz, cada vez más se colaban apacibles en su alma asegurándole que era una realidad el que estuviera de nuevo junto a él.

La notó nerviosa al despedirse de su familia, como si el hecho de regresar solos la superara. Así continuó durante los primeros minutos del trayecto y decidió entonces tomar la iniciativa de distraerla, incitándola a hablar y preguntándole acerca de su vida; a pesar de que su corazón no dejaba de palparle desbocado, y la ansiedad seguía siendo un fuerte contrincante negada a dejarse vencer. Respiró profundo y aferró con fuerza el volante entre sus dedos, exigiéndose mantener una vez más la calma y reprimiendo, con mucha dificultad en el fondo de su ser y al menos por el momento, el anhelo desesperado que lo abrumaba porque ella lograra darle un indicio de que, al menos, algún pequeño detalle de ese pasado que los unía podía ser rescatado de su perdida memoria.

Romina le habló de su familia, y al nombrar a Esther, de quien también le dijo que estaba de visita junto a su abuelo hacía varios meses, a Gael se le dibujó una sonrisa de felicidad con cada detalle que ella le contaba,

visualizando el rostro de la cariñosa abuela, más los recuerdos tan agradables que tenía de ella. Le parecía que retrocedía una década, dejándose acariciar el alma según le hablaba de todos esos fragmentos pasados de su vida que tanto él había atesorado. Sentía como si se hubiese detenido por unos minutos el tiempo a través de aquella conversación; aunque también, en algunos instantes, el dolor que le provocaba su amnesia, según le narraba sus vivencias más recientes y de las que, obviamente, no formó parte, volvía a intimidarlo. ¡Era tan difícil asimilar que solo él recordara su amor!

Romina dialogaba, y él se dejaba embriagar con adoración por cada decibelio del timbre de aquella voz que hasta hacía pocas horas solo se conformaba con retener entre sueños. Sintió nostalgia de los años que la convirtieron en esa increíble mujer que hoy tenía frente a él, y a ello también se le unieron los celos de sus años universitarios junto a todos esos nombres de compañeros de clases que iba nombrando como los protagonistas de sus días de estudiante. En más de una ocasión, su narrativa le hizo apretar la mandíbula y sentir que un puño de dolor se le alojaba en el estómago, haciéndole tener que espantar al rencor y la rabia en su interior, y queriendo volver a maldecir a las circunstancias que terminaron separando sus caminos.

Ella no fue muy explícita en referencia a su salida de Cuba, tampoco ahondó mucho en los casi dos años que vivieron en Rusia tras su emigración. De esa época, simplemente mencionó el hecho de que fueron meses muy difíciles y que solo fueron compensados al poder llegar a reunificarse con su tío y sus abuelos maternos en América. Se percató de cómo evitaba, o simplemente pasaba, de hablar de su trasplante de años atrás, e inclusive de su discapacidad visual de aquel entonces. En ocasiones, se volvió a mirarla y la descubrió dubitativa, con la vista perdida a lo lejos, y esto fue algo que lo consternó, asustó; pero también lo emocionó al mismo tiempo, imaginando que ella, quizás, podría estar esforzándose por recordar.

«¡Contrólate! ¡Debes ser paciente!», no dejaba de exigirse.

Descubrió, además, que había cosas que nunca cambiaban: esos emotivos gestos con los ojos, por ejemplo. Ciertas expresiones al hablar, la forma de mover las manos, el dedo índice derecho pasándolo sobre su ceja, en fin... Iba enumerando cada expresión en su mente como el que repasa con desvelo un bien preciado que consideraba perdido y acaba de recuperar. Volver a ver cada uno de ellos en su libélula, conservados e intactos en el tiempo, engrandecía en su interior una felicidad infinita que sabía le era imposible gritar aún al mundo; pero creyendo en ocasiones que esta podía llegar a

ahogarlo si tenía que retenerla por demasiado tiempo más; como también lo hacía esa bendita costumbre de morderse el labio inferior y que terminaba descontrolándolo ahora igual, o mucho más, a cuando tenía dieciocho años.

—Creo que comienzo a aburrirte —dijo de pronto ella tras percatarse de que era la única que hablaba sin descanso. Por lo que él le devolvió una sonrisa de aquellas que aunque se lo pretendiera negar mil veces, lograban hacerla estremecer.

—No hay la más mínima posibilidad de que puedas algún día llegar a aburrirme, Romina. —Volvió a reír, recordando que hacía muchos años palabras muy similares a esas tuvieron por testigo un pasto verde y la fresca brisa de un valle.

—Lo dices demasiado seguro si tenemos en cuenta que acabamos de conocernos, Gael. Además, lo digo por el tiempo que llevas en silencio, tan solo escuchándome y sin contarme nada de ti.

Él giró el rostro para mirarla a los ojos regalándole otra encantadora sonrisa, y en esta ocasión provocó, otra vez, que hiciera ese mohín con el labio que amenazaba con volverlo a enloquecer como ella no tenía idea.

«¡Volver a sentir esta sensación es la misma gloria!», pensó.

Especialmente, porque necesitaba con todas sus fuerzas ver alejarse todo ese triste pasado de una buena vez en su memoria tras el milagro de su reencuentro. Quería que nada empañara lo que estaba por venir para ellos. Pretendía creer que cada lágrima de dolor iba a desaparecer de sus recuerdos como si quedaran enmarcadas en las hojas de un libro antiguo, uno que solo terminas releendo un día para cerciorarte de que no olvidarás nunca la parte hermosa de esa historia que resguardan sus cuartillas.

—Ayer, cuando... nos vimos... —empezó a decir él con cautela—. Preguntaste si nos habíamos conocido antes, ¿recuerdas?

—Sí, y también recuerdo lo que tú me dijiste. —La miró por un instante más.

—¿Qué crees de eso? ¿Sientes todavía que de alguna forma pudimos habernos conocido en el pasado? —El corazón se saltó un latido al preguntárselo.

Sabía que ella lo observaba con detenimiento, pero se obligó a continuar mirando al camino y a seguir conduciendo. No se giró a verla, temía que su control terminara quebrándose.

—Quiero pensar que sí, que alguna vez nos vimos o, tal vez, coincidimos en algún lugar, porque si no...

—¿Porque si no...? —Le era un imposible no insistir, no anhelar, no suplicar por el más mínimo recuerdo.

—No sé cómo explicarlo...

—Solo di lo que sientes...

Ella sonrió.

—¿Y si no es lo que esperas escuchar?

Otra vez la miró de una forma que a ella le pareció adorable.

—Deja que yo juzgue eso. ¿Quieres? —Por unos segundos sus miradas se hicieron una, hasta que ambos volvieron a llevar la vista al asfalto que tenían frente a ellos.

—Debo confesarlo aunque te parezca extraño, ya que para mí también lo es, pero... —Volvió a dirigir sus ojos a él, notando que la respiración se le hacía más rápida—. Siento que... no ha sido una casualidad conocernos; no sé, es como si detrás de este encuentro presintiera que hay mucho más que no te sé explicar, y que... —A Gael un frío le recorrió la espalda.

—¿Y...?

—Eres persistente, Gael Alcázar. —Lo escuchó chasquear los labios, sonriendo—. ¡Y tal vez pensarás que estoy loca!

Los dos rieron a la vez con ganas, y Gael sintió que aquel puño en su estómago cedía un poco.

—Pensaré muchas cosas, pero jamás dudaré de tu cordura —contestó seductor.

—¿Y qué tantas otras cosas pensarás de mí que te harán desechar a la más divertida de ellas? —Decidió, aunque temblándole el cuerpo por dentro, seguirle el juego.

La mirada de parte de él al hacerle aquella pregunta le heló el pecho, ocasionándole una sensación de placer a la que no supo ponerle nombre.

—Pensaré, y pienso, que eres muy valiente, inteligente..., dulce..., tierna y... —Pasó el nudo que volvió a hacerse en su garganta—. ¡Tan hermosa que duele!

Romina, por instinto, llevó una mano al colgante de libélula, en su pecho; y Gael, por unos segundos, siguió el recorrido de esta, provocándole que sus pulsaciones se volvieran frenéticas.

—Entonces... ¿Lo intentamos? —La vio fruncir el ceño—. Me refiero a descubrir juntos el porqué ambos tenemos esta —dudó, seguían siendo muy difíciles para él los términos bajo los que se veía obligado a conducir la situación—... sensación de que nos hemos conocido hace mucho tiempo.

Romina sacudió un poco a los lados la cabeza debido a las suposiciones que su mente vislumbró. No estaba segura de que tan real o no fuera aquel cúmulo de emociones que la envolvían estando a su lado; pero no quería quedarse con la duda y, mucho menos, no darse la oportunidad de seguir viéndolo, ya que... ¡Sí! ¡Lo aceptaba! Gael Alcázar se había convertido para ella, en un muy corto intervalo de tiempo, en un enigma de sentimientos encontrados que se negaba a reprimir u ocultar.

—Creo que será... interesante —respondió al fin.

Él dirigió sonriente los ojos a los suyos, separó del volante la mano derecha y se la extendió, volviendo a atender el camino con la mirada brillante de satisfacción.

—¿Eso es un sí? —susurró su pregunta.

Romina miró por unos segundos la mano que le ofrecía y, nuevamente, sin saber por qué, la invadieron unos deseos inmensos de llorar que agradeció en silencio haber podido contener a tiempo.

—Sí, Gael..., hagámoslo juntos. —Y unió la mano a la suya, convirtiendo aquel instante para ambos, en silencio, en una irrompible promesa.

Se dirigía a entregarle la lista y el dinero a la chica de servicio para la compra del mes cuando el ruido proveniente del despacho de su esposo la detuvo, estremeciéndola, más que nada por el estruendo de lo que, aparentemente, parecía cristales que acababan de quebrarse, dejándose este escuchar claramente desde el pasillo y haciéndola desviarse hacia allí.

—¡Por Dios, Guillermo! ¡¿Qué ha sucedido aquí?!

Se encontró a su marido inclinado con las manos apoyadas sobre el escritorio al abrir la puerta, junto a varios objetos destruidos que se esparcían hechos pedazos a su alrededor, incluyendo decenas de carpetas con papeles deshechos haciéndole compañía.

—No estoy para hablar con nadie ¡Así que lárgate de aquí! —masculló la respuesta con ira.

—¡No seas grosero! Todo este desastre... —Dio vueltas con la mano en el aire señalando el lugar—. Estoy segura de que tiene una razón y esta lleva escrita un solo apellido: Alcázar. ¿O me equivoco?

—¡No! ¡No te equivocas! ¡¿Contenta con eso?!

—escupía, llenas de rencor, cada palabra sin tener en cuenta que era a su esposa a quien tenía frente a él.

—No sé cuál maquiavélica jugada te salió mal ahora, Guillermo, pero te

advierto algo: ¡tu hija y yo no saldremos salpicadas por toda tu porquería!

En dos zancadas estuvo frente a ella y, sujetándole la barbilla con fuerza mientras parecían dilatársele las pupilas y entreabrírsele las fosas nasales, la miró con rabia, directo a los ojos.

—¡Escúchame bien! —Apretó más los dedos sin que ella pudiera soltarse, a pesar de intentarlo tirando de su antebrazo—. ¡Eso a lo que llamas «porquería» es lo que ha mantenido este lujo con el que te has codeado por años! ¡No lo olvides! —habló con desprecio y la soltó, provocando que casi perdiera el equilibrio—. ¡Y tampoco olvides que tú también estás sucia en todo esto!

—¡Mentira! Yo... —se aclaró la garganta para poder hablar después de aquel maltrato físico— nunca... estuve de acuerdo con todo lo que tú y D...

—¡No me jodas, Nora! ¡Te callaste, te limitaste a recibir tu jugoso beneficio, y eso es más que suficiente! —gritó, regocijándose por el temor que vio aparecer en su rostro.

Guillermo Sandoval se separó de su esposa y fue a por un trago. Estando frente a las botellas de licor, desestimó la idea de hacerse de una simple porción en una copa y optó por una entera, que terminó bebiendo casi hasta la mitad, como si quisiera pretender ahogar con ello toda la ansiedad que lo embargaba.

—¿Qué ha sucedido tan grave para que estés así? —preguntó ella en voz baja, sin poder ocultar el miedo a la que podría ser su respuesta.

Sandoval bebió un poco más y carraspeó la garganta intentando contrarrestar el calor ocasionado por el alcohol al pasar por esta, para entonces clavar sus ojos nuevamente en su mujer y responderle:

—Román está a un paso de descubrir lo que tanto trabajo me ha costado mantener oculto, si es que no lo sabe ya o, al menos, lo supone. —Nora se cubrió la boca con la palma de la mano sin poder emitir palabra—. No entiendo en cuál momento las sospechas llegaron a ellos al punto de mover cielo y tierra hasta lograr abrir nuevamente la investigación, y lo que es peor y que más me preocupa ahora es... ¿Por qué ni él ni Octavio me comentaron nada al respecto en todo este tiempo?

—¿Cómo te has enterado tú entonces? —La expresión de su rostro tras preguntárselo la intimidó más.

—Porque soy como un réptil del desierto, querida: ¡muy difícil de dejarse pisar! —aseguró.

—¡Quiero a nuestra hija fuera de toda esta podredumbre, Guillermo!

—Pues encárgate tú de ello, cariño. ¡No tengo tiempo para sensiblerías!

—¡Es tu hija, por Dios! —Lo escuchó reírse, sarcástico.

—¿Estás segura de eso? ¡Porque yo no!

—¡Eres un cerdo!

Volvió a carcajearse.

—¡Lo sé! Y no me interesa cambiar ese insignificante detalle, cariño, así que... ¡Vive con ello! —espetó con desagrado.

—¡Muérete, Sandoval! —soltó ella con rabia, dándole la espalda para salir del despacho.

—Algún día, esposa mía; pero temo que voy a decepcionarte porque... ¡No será ahora!

La respuesta fue el eco de un portazo unido al tono desagradable de otra carcajada.

—Tan solo tres manzanas...

—¿Cómo dices?

Estacionados frente a la casa de los Sanfield, Gael reflexionaba acerca de la crueldad irónica de la vida, confirmando la absurda y corta distancia que lo había separado por años de su libélula.

—Esa es la distancia entre tu casa y la mía: tan solo tres manzanas.

A Romina le pareció vislumbrar cierta nostalgia en sus palabras, mezclada con la expresión taciturna que de pronto adquirió su mirada y que no supo cómo interpretar.

—Creo que entonces eso facilita el que podamos visitarnos a menudo. Te adelanto que la especialidad de mi familia es el arte culinario, quizás sea un dato que te motive a estar pendiente de esta dirección. ¿No crees? —Le guiñó un ojo y se mordió el labio, pícara, dos combinaciones muy peligrosas para la vulnerabilidad emocional de él, y complacida por lograr con ello su objetivo: verlo sonreír.

«¡Por favor, amor! ¡No pongas más a prueba mi control con esos gestos que me desarman, o no seré capaz de resistirme!», pensó sin apartar los ojos de aquella boca que era su mayor anhelo convertido ahora en una dulce tortura, y de lo cual ella no era consciente.

—Creo que tendré que pedir un taxi, o... ir caminando —dijo, y se sintió un tonto al tartamudear sus palabras.

—¡De ninguna manera! —reprobó ella—. ¿Te parece si mejor entramos y

después decides?

La propuesta lo tomó desprevenido, quizás porque durante todo el camino se concentró tanto en ellos dos que no había dedicado tiempo a pensar en que sería inevitable encontrarse con toda la familia al traerla. De pronto, le recorrió por todo el cuerpo un sentimiento de incertidumbre y temor, no por el hecho de encontrarse de nuevo con los rostros de sus abuelos y sus padres, más bien por él mismo al pensar que hasta cuándo podía permitirse poner a prueba su resistencia emocional.

—Crees que sea... ¿conveniente?

Romina sonrió y apretó los labios a la vez. ¿Eran ideas suyas, o él estaba nervioso?

—Bueno, mis abuelas y mi mamá cada una tiene su propio estilo de charlas, mientras que mis abuelos... ¡Uff! Esos sí son de cuidado, ya que su especialidad es la de interrogar personas. —Gael se echó a reír viéndola virar aquellos hermosos ojos—. Mi padre, por su lado, suele intimidar al principio; pero no lo tomes en serio, es un pan de Dios detrás de esa pose de hombre rudo.

«*¿En realidad me lo dices o me lo preguntaste, amor?!*», se dijo recordando cómo Armando Sanfield casi lo hace quedar sin aliento de la impresión cuando lo conoció con apenas dieciocho años.

—Entonces... ¿Te atreves y entramos?

Gael dio un vistazo a la casa, respiró profundo y solo asintió porque esta vez sí que las palabras se le amontonaron como piedras en medio del pecho.

Ambos salieron del auto y se encaminaron por toda la sencilla, pero no menos cuidada, entrada hasta la puerta, y luego de que le entregara el llavero, Romina buscó la llave indicada para abrir ante el tenso silencio de él.

—¡Hola! ¿Alguien en casa? He regresado, familia.

Mientras ella llamaba y dejaba su cartera en uno de los sillones, Gael se concentró en calmar las palpitaciones que sentía querer salirse del cuerpo. Dio una rápida ojeada a su alrededor y le complació descubrir el cálido estilo que tenía la casa que los Sanfield habían convertido en su hogar en Estados Unidos, donde los colores oscuros de la madera hacían un elegante y sobrio contraste con los más claros de los muebles y las alfombras sobre el piso laminado de un salón que, en realidad, resultaba ser mucho más amplio de lo que se suponía viendo la residencia desde afuera.

Se acercó a una pared al fondo, como si con cada paso que daba en dirección a ella la vida lo llevara de la mano a visualizar lo que durante años

forzara a su mente todo el tiempo a no olvidar. Varios cuadros con marcos exactamente iguales, pero cada uno de un tamaño diferente, adornaban la pared con fotografías, la mayoría de estas de Romina. Ahí estaba ella siendo una adorable bebé, con sus abuelos, otra en los brazos de su madre vistiendo un tradicional vestuario ruso con, aparentemente, muy pocos años y... ¡También aquella! Esa que no pudo evitar tomar en sus manos quitando el portarretratos de la pared. Estaba con aquel vestido que usara en la fiesta de cumpleaños que por sorpresa organizaran para él. ¿En qué momento la tomaron? ¿Y quién lo hizo?

—Esa la tomó mi abuelo Rigo hace muchos años, según me contó él...

—Sin darse cuenta, en su respuesta se escondió la confesión de su amnesia entre líneas, pareciendo, además, que ella escuchaba sus pensamientos por la precisión con la que intervino.

Con cuidado le retiró el cuadro de sus manos, pasando la yema de sus dedos por una parte específica de la foto: La imagen de su mano derecha sosteniendo el bastón color nácar.

Gael la observó y sintió estrujársele el corazón de dolor. Volvió él, esta vez, a tomar la fotografía, devolviéndola a su lugar y haciendo un esfuerzo sobrehumano para no derrumbarse ante la expresión de dolor en el rostro de su libélula. Creyó intuir que esta era porque ella esperaba que él hiciera preguntas acerca de aquel objeto en su mano, y la forma en la que lo miró, tras las palabras que le dijo después, terminaría confirmárselo.

—Te ves preciosa en esa foto, tanto como ahora.

Se volvió a mirarlo, sorprendida.

—Gracias...

—No es un cumplido, es la verdad... —La vio sonreír, aliviado, quedando observándose los dos en silencio.

—Mi cielo, llegaste y no te escu...

Ivanna entraba a la sala, apresurada, y encontrándolos de espaldas a ella, para de inmediato tener que de golpe controlar la impresión tan fuerte que le produjo coincidir con la mirada de Gael al ellos girarse para verla, advirtiéndole su llegada.

No menos impactante fue para él ver caminando lento, callada y con la mirada aguada a la dulce Esther detrás de su nuera y, evidentemente sin saber qué decir. La observó tomar aire y bajar rápido la mano de sus labios tras llevarla a ellos por la conmoción que le ocasionó encontrarlo allí.

—Abuela... Mamá... ¿Están bien?

Las mujeres reaccionaron ante las palabras de Romina, se habían preparado durante días para aquel momento; pero, definitivamente, este estuvo a punto de superarlas a ambas.

—Disculpa, hija, es que... —Necesitó inspirar Ivanna—. No estamos acostumbrados a que pases la noche fuera y... ¡ya nos conoces! Cosas de madre y de abuela. —Vio negar a la muchacha varias veces.

—No tengo doce años, mamá, pero en fin... ¡Ustedes no cambiarán nunca! Eso ya lo sé —dijo abrazando a cada una—. Bien, él es... —de repente una sensación extraña la invadió al querer presentarlo, pero la ignoró—. Él es Gael Alcázar, el primo de Ignacio y quién amablemente me ha acompañado hasta aquí.

—Bueno... —Se aclaró la voz Gael al querer intervenir y viendo que ni a Ivanna, ni mucho menos a Esther, le estaba siendo sencillo tomar el control del momento—. En realidad, me hiciste un favor a mí tú también, ya que yo estaba sin... auto. Y... —Necesitó volver a pasar el nudo en su garganta—. Es un placer increíble...verlas.

—Gracias, *mijo*... —balbuceó Esther sin poder decir más, pero intentando escucharse lo más natural posible.

—¿Y dónde están todos los demás? —preguntó Romina, y el cambio de conversación terminó siendo agradecido por sus tres acompañantes.

—Tu padre fue a reunirse con tu tío y tus abuelos, hoy abrieron el *Bakery*, llegarán más tarde —explicó Ivanna, levantando la vista a Gael de nuevo.

—Bueno, yo necesito un baño y cambiarme esta ropa que lleva conmigo desde ayer. Viviana me ofreció una muda, pero no creí necesario molestar tanto.

Romina hablaba sin dejar de sentirse un poco incómoda por la inmutabilidad de su madre y de su abuela respecto a Gael. Desde Hugo, nunca había invitado a otro hombre a la casa, y atribuyó que el desconcierto de ellas fuera debido a ello. Debía ir pensando en independizarse de una vez, aunque con ello supiera que rompería el corazón de sus padres.

—¿Y Adara? Creí que vendría contigo, hija —indagó Ivanna.

—Tenía otros planes, mamá, es probable que llame o quizás venga más tarde —la vio asentir—. Voy entonces a cambiarme. ¿Esperas por mí, Gael?

Él la observó, saliendo del letargo emotivo en el que estaba abstraído, y los ojos le volvieron a brillar al encontrarse con los de ella.

—Siempre... y el tiempo que quieras... —Romina le sonrió y Esther e Ivanna bajaron la vista, conmovidas, conscientes de cuánto significaba aquella

respuesta.

—¿Me acompañas un momento, mamá?

—Por supuesto, hija. Siéntete como en tu casa, Gael y... ¡Bienvenido de todo corazón! —La emoción amenazó con ahogar las palabras de Ivanna, pero Esther salió en su ayuda.

—Vayan ustedes, que... yo me hago cargo de atender al joven.

—¡Pero te comportas, abuela! —bromeó Romina, logrando que entre todos rieran por primera vez, aliviando la tensión.

—¡Ah, no! Eso no puedo prometerlo. ¿Para qué me traes entonces la tentación a casa, especialmente cuando tu abuelo Rigo está ausente? ¡Tú serás la que des explicaciones luego!

Gael se echó a reír, indudablemente había personas que nunca cambiaban, y la simpática abuela daba fe de ello. Y por fin soltó el aire que hasta ese momento tenía retenido y lo mantenía sin poder apenas articular palabra.

—¿Ves lo que te digo, Gael? —le dijo Romina poniendo en blanco los ojos—. Cuídate de ella. ¡No te la garantizo!

—No te preocupes, ve tranquila que ella y yo nos entenderemos. ¿Verdad, abuela Esther? —contestó él, cómplice, observando a la anciana, que con la mirada a punto de liberar el llanto necesitó hacer un gran esfuerzo para responderle.

—Por supuesto, mi muñe... —Detuvo su frase sin saber si sería prudente o no, pero percatándose de cómo Gael tomó aire y apretó los labios, adivinando de qué forma estuvo a punto de llamarlo—. Por supuesto que sí, mi galán —concluyó, haciendo reír de nuevo a su nieta.

—¡Eres incorregible, abuela! —le dijo, dejándole un beso en la marchita mejilla—. Regreso pronto —se dirigió a Gael antes de alejarse con su madre.

Los dos se quedaron viéndolas marcharse por el corredor rumbo a las habitaciones. Esther, cuando las perdió de vista, necesitó sentarse en el butacón más cercano, mientras que Gael, emocionado al límite de sus fuerzas, la observaba viendo cómo los años, aunque bastante benévolos, habían dejado su huella en ella.

Luego de acomodarse en el sillón, levantó el rostro hacia él y, en ese instante, el torrente de lágrimas retenidas en ambos se negó a reprimirse más. Por unos minutos no supieron qué decir...

Él la miraba en silencio, reencontrándose con la ternura intacta detrás de sus ojos; Esther intentaba reconocer el rostro de su muñeco de jengibre en aquel impresionante hombre adulto que tenía frente a ella.

—¿Acaso no piensas... darme un abrazo, *mijo*? —reclamó entre sollozos—. Porque yo, después de este milagro, es lo que más deseo ahora...

Gael no se contuvo y en poco más de tres largos pasos llegó hasta ella y se acuclilló, escondiendo el rostro bañado en lágrimas en su regazo.

—¡Ay, mi muchacho! ¡Cuán hermoso es tenerte aquí de nuevo!

Los dos lloraron por unos minutos más. Gael desahogó todas las emociones contenidas en los brazos de aquella señora a la que jamás había olvidado, mientras esta acariciaba su cabello y lo dejaba llorar todo lo que necesitara.

—Calma, *mijo*, calma. ¡Todo ahora saldrá bien! —lo consolaba como una madre.

Levantó los ojos y a ella le partió el alma ver el verdor en ellos opacarse por el enrojecimiento que a su paso dejara el llanto. Aquel hombre de espalda mucho más ancha ahora, musculoso cuerpo e impresionante estatura, no tenía nada que ver con el joven que recordaba; sin embargo, lloraba desconsolado como un niño perdido con miedo a la vida en su regazo.

—Ella... —expulsó el aire—. Ella no me recuerda, Esther, soy un completo...

—Lo hará, *mijo*, solo es cuestión de tiempo.

Gael se incorporó y se sentó a su lado, se inclinó adelante con los codos apoyados en los muslos y alisó varias veces su cabello hacia atrás intentando sosegarlo.

—Soy tan feliz por un lado, y por el otro —suspiró—... me siento perdido. Esther le arropó las manos junto a las suyas.

—Te entiendo, *mijo*, pero ten por seguro algo... —La miró atento—. Ella te tiene aquí... —Llevó la mano al lado izquierdo en el pecho de Gael—. Solo necesita señales que le muestren el camino, y para lograrlo es que ha sucedido el milagro de que los dos vuelvan a coincidir.

Una media sonrisa afloró en la comisura de los labios de Gael, y Esther se inclinó para darle un beso en la frente y, junto a este, su bendición

Le había costado más tiempo del previsto burlar la seguridad. El jodido custodio fue a por su cena casi tres cuartos de hora después de lo acostumbrado por estar pegado al teléfono con lo que parecía ser su *affaire* de turno, y eso casi acaba por echar a perder sus planes.

En cuanto lo vio alejarse rumbo a las máquinas de confituras y comida, se

desplazó lo más cerca que pudo de la pared para poder burlar las cámaras de seguridad.

Le tocó arrastrarse sobre la alfombra hasta pasar por debajo del escritorio y dar con el cajón donde el guardia tenía copias de las llaves de las oficinas y... ¡Bingo! Le fue más sencillo de lo que esperaba dar con ellas. El trayecto hasta el piso de Presidencia fue la tarea más complicada por la cantidad de sensores de movimientos y dispositivos de grabación, pero no por gusto pasó casi tres semanas haciendo el mismo recorrido a escondidas, entrenándose para lograr su objetivo. Al entrar al área de Presidencia, realizó la misma operación de cuando se hizo con las llaves: arrastrarse. Logrando de esta forma evitar alguna imagen en los monitores.

Le tomó nueve minutos ubicar los micrófonos en cada oficina, hubiese podido ser menos tiempo, pero la poca visibilidad en ellas y la imposibilidad de poder usar una linterna de mayor alcance no se lo permitieron. Salió rumbo a la salida justo cuando divisó al guardia al final del pasillo regresando a su puesto, supo entonces que tenía un promedio de no más de veinte segundos para alcanzar la puerta, y necesitó echar a andar el plan B.

Punzó el interruptor de la luz con el destornillador de mano que traía, y ese breve apagón fue el que le brindó la tregua para correr hasta la puerta y alcanzar la calle sin descubrirse. Ya allí, sacó el móvil de su bolsillo, conectó un audífono inalámbrico a este y digitó después un número antes de volver a guardar el dispositivo.

—Estoy fuera. ¿Dónde estás? —Esperó respuesta sin dejar de andar y observar a todos lados—. ¡Por supuesto que está hecho! Tal y como se acordó: uno en cada oficina de ellos. ¡Ahora responde! ¿¡Dónde demonios estás, maldita sea?! ¡Quiero largarme de aquí ya!

Terminando de decirlo, el rugir de una moto hizo que se detuviera y volteara en el justo momento en el que esta se detenía a su lado.

—¡Vaya! Bonito atuendo —elogió irónico el motorista, señalándole el cuerpo de arriba abajo y haciendo referencia al vestuario, de piel sintética en color negro, tras levantar la visera de su casco, ofreciéndole otro igual.

—¡No jodas! —contestó mordaz, subiéndose a horcajadas detrás de él y aceptando lo que le entregaba tras retirarse el gorro de lana, también de color negro, y liberar su cabellera que ahora dejaba mechones sueltos fuera del casco—. Llévame a casa —exigió.

—¿Por qué mejor no vamos a divertirnos como en los viejos tiempos?

—Ni en tus mejores sueños, ¡idiota! —bramó y acto seguido le apretó el

costado con una pinza de electricista que traía bajo su cazadora de cuero. Estaba segura de que iba a escuchar su bizarra propuesta mucho antes de hacérsela, y por eso venía preparada. ¡Ni muerta volvería a dejarse tocar por él!

—¡Mierda! ¡Eres una perra bruta! —se quejó torciendo el torso hacia un lado.

—¡Te dije que me lleves a casa! —le gritó al oído.

—¡Como tú mandes..., Piola!

Y dándole una patada al pedal de arranque, la maquina rugió y se perdió a toda velocidad en las solitarias calles de Houston.

Capítulo 18



Una tarde lluviosa solía siempre ser aliada de momentos complicados, y para ella aquel era uno de ellos. Casi cuatro meses transcurrieron desde ese día en el que todo lo logrado se deshizo sin que pudiera evitarlo. Seguido a ello, una semana de terapia y otra de retiro espiritual, en la tranquila residencia metodista de Nashville, de muy poco le habían servido para olvidarlo.

El viaje a Alemania fue la piedra en su camino en cuanto supo que este, finalmente, se realizaría. Le costó mucho hacerse a la idea al respecto, pero terminó por verle el lado positivo y ahora consideraba que, convenientemente, se convirtió en la tregua que ambos necesitaban para intentar retomarlo todo, o, al menos, eso quería creer.

Se encontraba estacionada frente a la gran edificación acumulando valor para decidirse a entrar en ella, ya que no sabía qué esperar, quizás porque en ocasiones la asaltaban las dudas acerca de que no fue sensato de su parte dejar pasar tanto tiempo para buscarlo, pero siempre terminaba sintiéndose intimidada por el temor a arriesgarse y volver a enfrentar su rechazo.

Las gotas de lluvia se escurrían por los cristales del parabrisas y las ventanillas del auto como si fueran lúgubres caudales provenientes de un cielo

plomizo y triste, o podía ser que su decaído y predispuesto ánimo así quería verlas. Dirigió la vista en dos ocasiones al paraguas y a la caja que descansaba sobre el asiento del pasajero, mientras que esa sensación de inquietud y desasosiego volvía lentamente a recorrerle el cuerpo, hasta que decidió agarrarlos y salir a la acera.

Caminó los escasos metros que la separaban de las grandes puertas de cristal, y al pasarlas respiró profundo, encontrándose en el elegante vestíbulo y advirtiendo al final de este a la misma recepcionista de siempre, que amable y cordial terminó dándole la bienvenida al ella acercársele.

—Buenas tardes, señorita Beatrice, es un placer saludarla.

—Buenas tardes para ti también, Annie. ¿Crees que pueda subir al piso de Presidencia? —pidió tras poner sobre el escritorio la caja de color blanco que cargaba, acomodándose luego el asa de la cartera en el hombro y dejando el paraguas dentro de un decorativo accesorio ubicado al lado del extenso escritorio, estilo jarrón y forrado con una bolsa de nailon, donde al menos cinco más, igualmente empapados por la lluvia, habían sido abandonados allí por sus dueños.

—Si necesita hacer llegar algún tipo de entrega, puedo hacerme cargo, ya que la verdad es que... —dudó de pronto la amable muchacha—. No sé si pueda darle acceso a las oficinas. Los Alcázar tienen hoy una junta muy importante y, sobre todo, aparentemente confidencial; han pedido que no se reciba a ninguna visita del exterior en el piso y que cualquier mensajería sea dejada aquí, en la recepción.

—¿Gael estará en esa reunión? —preguntó ansiosa, posando la mano en la caja y moviendo sus dedos ligeramente sobre ella.

—No puedo asegurárselo, señorita Beatrice.

—Pero él regresó de Alemania este pasado sábado. —Pretendió que se escuchara como una afirmación; pero realmente, en el fondo, temía que no fuera así. Además, también era cierto que más que nada buscaba que la chica no intentara mentirle con alguna absurda excusa.

Ella no había dejado de tener información de cada movimiento en la empresa y, específicamente, de los de él, por lo que cada dólar invertido para lograrlo reconocía que había valido la pena. Era un hecho que Gael ya estaba en suelo estadounidense desde el fin de semana anterior. ¡Por supuesto que estaba segura de eso!

—Sí, lo he sabido porque Mery, su asistente personal, avisó hace tres días al departamento de Mantenimiento que necesitaban trabajo extra con la

limpieza en la oficina del presidente; y asumí que la razón era que este había regresado de su viaje; pero yo aún no lo he visto, señorita. —La secretaria la vio arrugar la frente, extrañada.

—Pero... hoy es jueves —afirmó, dubitativa, sin entender cómo era posible que le dijera que no había visto en el consorcio a Gael todavía—. ¿Acaso estabas de baja o de vacaciones estos días?

—No, he trabajado toda esta semana, pero realmente no lo he visto o, tal vez, simplemente sea porque no ha venido aún a la empresa.

—Eso es casi imposible de creer tratándose de él —ironizó con un amago de sonrisa y procurando no mostrarse intranquila, algo inevitable de notar al vérselo frotándose las manos continuamente—. De todas formas, ¿me quisieras dar una credencial para subir? En serio, quiero entregar esto personalmente. —Palmeó sobre la caja—. No molestaré y, si dices que Gael no está, con más razón preferiría ver a Mery primero antes de dejar este paquete en manos de alguien más, es importante y... muy personal.

La chica la observó unos minutos, no estaba segura de si era correcto darle el pase de entrada, pero tampoco lo estaba acerca de si era prudente negárselo. Para nadie era un secreto que ella y el actual presidente eran muy cercanos, aunque no se supiera a ciencia cierta qué tanto significaba dicha cercanía.

—Está bien, señorita Beatrice, aquí tiene la credencial —aceptó finalmente, extendiéndole una tarjeta magnética de color negro y con el logo de la empresa en letras doradas—. Pero eso sí, le pido sea lo más discreta posible y no me haga quedar mal. Le repito, en el ala de presidencia se está llevando a cabo, justo ahora, una junta muy importante según me han comunicado hace unas horas.

—No te preocupes, solo estaré unos minutos con Mery, y de ninguna manera ocasionaré molestias, ni siquiera notarán mi presencia —le aseguró y terminó de agradecerle.

Se dirigió de una vez a los elevadores tras escanear su tarjeta en el visor que elevaba la barrera que daba acceso a esa zona, y justo en ese momento las puertas de uno de aquellos se abrieron.

Ya su interior, marcó el último piso, el cual en su totalidad era ocupado por las oficinas y salones de conferencias del comité ejecutivo y la directiva del consorcio. Inhalaba y exhalaba constantemente, y la parte superior de su pecho daba fe de cuán nerviosa se encontraba; además, en varias ocasiones, dirigió su mirada a lo que cargaba.

«Ojalá todo esto termine demostrándote lo mucho que significas para mí», se dijo.

Por fin las puertas se abrieron y frente a ella apareció el corredor que la llevaría hasta su objetivo. Se acercó a un sillón de plaza doble que le quedaba cercano y el cual tenía dos pequeñas mesas de caoba a ambos lados, más un espejo ovalado en la pared del frente. Dejó allí unos segundos la rectangular caja y su bolso para alisarse un poco el cabello, el cual se había descubierto despeinado al verse en el espejo del elevador, pero que no pudo arreglarse por traer las manos ocupadas.

Decidida, se encaminó para intentar encontrar a Meredith, estaba segura de que ella sí le haría llegar a Gael lo que le llevaba. Según se acercaba a la oficina principal le extrañaba más el silencio que envolvía todo el lugar; no era precisamente que este fuera agitado y bullicioso con normalidad; pero, definitivamente, de no ser por las luces encendidas, podría parecer que la institución no estaba trabajando ese día.

Pasó al lado de las tres primeras puertas, entre ellas la que pertenecía a la oficina del tío de Gael, además de la que comenzó a utilizar su abuelo tras transferirle el puesto, y que solo ocupaba en contadas ocasiones. Según se acercaba a la sala de conferencias, varios murmullos de voces diferentes comenzaron claramente a dejarse escuchar.

—¿Cuándo crees entonces que debemos activar la seguridad personal?

Era sin duda la voz de Román Alcázar la que hacía aquella pregunta, y ella se detuvo a pocos pasos de la entrada, que se encontraba con la puerta semiabierta.

—Mi recomendación sería, sin dudas, que a partir de este momento; no es inteligente dilatar más la situación. Por el contrario, debemos tomar medidas urgentes a pesar de estas parecernos extremas.

Un ruido al arrastrar una silla en el pulido piso de madera se escuchó, y Beatrice se deslizó lentamente un poco más hacia la pared, temiendo que alguien se hubiese levantado y caminara hasta la puerta, sorprendiéndola finalmente allí.

—Bien... —prosiguió Román—. Solo recuerda que preferiría que mi familia no esté enterada de que están siendo seguidos y custodiados, no quiero provocar estados de ansiedad en ellos, especialmente en mi esposa; sabes que a Elena le fue muy difícil superar todo lo acontecido hace años.

—Comprendo, Román. —Escuchó que contestaba esa voz que no tenía idea a quién pertenecía—. ¿Quién es esta chica? ¿Y por qué su foto está junto

a todas estas de la familia que acabas de entregarme?

Desde afuera, ella seguía atenta aquella conversación, pero, obviamente, sin poder ver a la persona que ahora levantaba una fotografía frente al resto de los presentes.

—Es alguien que acaba de llegar a nuestra familia, pero no por ello es menos importante; de ahí nace que su protección sea también una prioridad para todos nosotros. —Esta vez era Octavio Alcázar el que respondía.

—Lo comprendo, Octavio, pero debido a la condición de bajo perfil que piden mantener a partir de activar el código de seguridad personal con la agencia, es necesario que primero sepamos todos los detalles posibles acerca de cada elemento a proteger por el equipo, espero que esto lo comprendan.

—Por supuesto que lo entendemos, Emerson —intervino Román—. Su nombre es Romina Sanfield, y es alguien muy especial que Gael creyó perder hace años y a quien, gracias a Dios, ahora ha vuelto a recuperar. Por eso la hemos incluido en este programa de protección, por lo mucho que la involucra con mi nieto y por la importancia que tiene su relación con ella. Además estamos seguros de que estarán muy unidos a partir de ahora, y no podemos ignorar la posibilidad de que ella pueda correr el riesgo de convertirse en un daño colateral provocado por esta situación que atravesamos.

Si no fuera por la pared en la cual estaba recostada, su cuerpo la habría traicionado quebrando la fuerza de sus piernas y dejándola caer de golpe. Las palabras de Román Alcázar pronunciando aquel nombre, más la revelación seguida a ello, la hirieron como una puñalada y dejaron que la respuesta a continuación terminara escuchándose como un vago eco perdido a lo lejos y que apenas podía ya comprender. Apretó involuntariamente la esquina inferior de la caja que cargaba, hasta casi hundirla por completo, arrugando el cartón. El corazón comenzó a martillarle fuerte mientras un odio visceral se regaba como veneno por todo su cuerpo. No fue consciente de con cuánta fuerza apretó los dientes hasta que el ardor por lastimarse el interior del labio se lo confirmó junto al sabor metálico de la sangre dentro de la boca, haciéndola presionar los párpados y cerrar los ojos creyendo que llegaría a faltarle el aire.

«¡Eso no puede ser cierto!! ¡Es imposible!!», a gritos se repetía en su interior hasta que una voz detrás de ella terminó sacándola de aquel trance, obligándose a buscar aplomo para lograr reaccionar con propiedad.

—¿Señorita Beatrice?

A su espalda, aparecía Meredith cargando una bandeja con varias tazas con

café, seis para ser exactos, algo que le permitió confirmar que eran, obviamente, más de tres personas las que se encontraban en la sala de juntas.

—Hola..., Mery, me... alegra... verte —balbuceó, y necesitó soltar el aire retenido o no podría coordinar palabra o frase alguna.

La mujer la observó, recelosa, y por encima del hombro, inclinando un poco la cabeza, se percató de que no había cerrado completamente la puerta de donde se desarrollaba, hacía casi tres horas, la reunión de los Alcázar, al salir e ir a por el café.

—La familia está reunida; bueno, parte de ella, y pidieron no ser interrumpidos, señorita; pero si quiere, puedo yo...

—Es precisamente a ti a quien vine a ver, Meredith —contestó interrumpiéndola ella y recuperando su control, pero intentando no dejar que se notara la desesperación que la embargaba tras escuchar parte de aquel diálogo.

—Bien, si es así, será un placer colaborarle; sin embargo —hizo un ademán mostrando la bandeja que llevaba—, primero necesito me permita servir el pedido y enseguida estaré con usted.

—Por supuesto... —Se irguió y respiró profundo buscando, al menos por el momento, no pensar en lo que acababa de escuchar; no obstante, se le estaba haciendo tan difícil que casi sintió náuseas por el estado emocional en el que se encontraba.

—¿Sería tan amable de esperarme en la sala, frente a mi escritorio? —pidió la asistente tratando de alejarla del umbral de la puerta, ya que algo le decía que la chica estuvo a hurtadillas escuchando parte de lo que se decía en aquella reunión; de todas formas, no la delataría porque la consideraba una buena persona aunque muy indiscreta en aquel momento, era cierto, pero francamente no creía necesario exponerla.

—Allí te espero y... gracias, Meredith —terminó diciéndole al alejarse al final del corredor y girar a la derecha, en busca del recibidor del que hablaran antes y con el corazón queriendo saltar fuera de su cuerpo.

Agradecía que la lluvia hubiera cesado y que tenues rayos de un tibio sol comenzaran a despertar desde el horizonte, provocando que hermosos colores naranjas aparecieran dispuestos a dar clausura a la tarde.

Llevaba poco más de una hora esperando, y la parte más difícil seguía siendo controlar esa ansiedad que se había convertido en su mayor reto

durante la última semana.

Después de despachar con su tío por la mañana toda la información pendiente, como había estado haciendo los últimos días, no pudo contenerse más y con todo, más el portátil, le había pedido a Ezequiel, uno de los conductores de la empresa, que pasara a por él y lo llevara hasta allí para esperarla.

—¿Ezequiel? —llamó al chófer desde el asiento trasero, pero este no contestó, así que se inclinó y le tocó el hombro, a lo que el hombre de mediana edad reaccionó retirándose un pequeño audífono.

—Disculpe, joven, ¿qué me decía? —respondió apenado.

—Tranquilo, soy yo el que quería disculparme, llevas por mi culpa más de hora y media esperando aquí.

—No se preocupe, si hasta se lo tengo que agradecer —le contestó, risueño.

—Pues no te entiendo —dijo intrigado.

—Es que he disfrutado hoy, mejor que nunca, el último partido de los Texans. —Levantó el audífono y el móvil girándose a verlo.

—¡Ah! Comprendo. ¿Y cómo ha estado el juego? —preguntó contagiándose de su entusiasmo.

—¡Bestial, joven! ¡Ese Hopkins es un cabrón de las grandes ligas! —exclamó como un verdadero fanático, emocionado por la participación de uno de los mejores jugadores del equipo; pero dándose cuenta de pronto de que quizás se había pasado con su crudo vocabulario—. Perdón por mis palabrotas, es que me gana la emoción y...

—¡Ni lo digas, hombre! Si nos escucharas a mis amigos y a mí viendo un juego, no estarías disculpándote —lo cortó Gael, terminando por echarse ambos a reír.

—¡Mire!, creo que ahí ya salen los maestros —exclamó Ezequiel, llamando su atención y haciendo que siguiera la dirección a donde él miraba.

Gael se giró ansioso y su vista se adueñó de la puerta de entrada del colegio, la misma por la que durante más de una hora habían salido los chicos. En aquel momento, a algunos los esperaban sus padres; mientras que otros fueron guiados por las asistentes para subir al transporte escolar. De lejos había visto a su querida Almita y a su prima Viviana, quien era obvio que vino a por la niña. La verdad era que se sintió mal por no abordarlas y haber decidido mantenerse escondido de ellas, dejándolas ir sin saludarlas y sin besar como siempre a su princesa. Pero se contuvo, porque lo más probable

sería que la niña armara un berrinche queriendo quedarse a su lado, e incluso, pretendiendo luego irse con él, algo que definitivamente terminaría arruinando sus planes de la tarde.

Varias personas comenzaron a salir de la institución y a él se le perdían los ojos buscando a su Romina, hasta que por fin la vio aparecer junto a una mujer de cabello ondulado y muy rubio, con quien mantenía una conversación que parecía ser muy divertida, según las expresiones risueñas y alegres de ambas.

—Ahora sí puedes irte, Ezequiel —dijo palmeándole el hombro y dejando a un lado del sillón su portátil, ya después lo recuperaría con su abuelo, pues ese era su carro.

—¿Está seguro de que no me necesita? —contestó el chófer ante la disyuntiva de saberlo sin auto y, a pesar de ello, estarle pidiendo que se marchara.

—Completamente, y gracias por todo.

No esperó más y se bajó del vehículo para cruzar la avenida. Al ver que Romina se disponía a alejarse, luego de despedirse de su amiga, necesitó apresurarse y correr un poco.

—¿Muy agotada hoy, profesora? —le dijo al darle alcance.

Ella se sobresaltó y se detuvo al verlo llegar a su lado.

—¡Por Dios, Gael, me asustaste! Pero... ¿qué haces aquí? —terminó por preguntarle, atropellando las palabras y sin poder ocultar la gran felicidad que le causaba la sorpresa de verlo; mientras que, al mismo tiempo, ambos se hacían a un lado de la acera para no obstaculizar el paso peatonal.

Fue entonces cuando justo en una esquina, cercana a la pared lateral de un comercio, Gael reparó en unas bancas sobre un singular cuadrante en el suelo, cubierto por adoquines en varios colores.

—¿Nos sentamos un momento? —Ella solo asintió, dejándose guiar por él hasta ubicarse uno al lado del otro al final del improvisado y diminuto parque.

—Respondiendo a tu pregunta: vine a invitarte a comer —confesó con cierta ansiedad en el timbre de la voz—. Y, por otro lado, si sorprenderte te va a sonrojar así de hermoso el rostro siempre, pues desde este momento me estoy planteando el darte una sorpresa cada día. ¿Me lo permitirías?

A Romina la mirada le brilló y las palabras se negaron a salir y... ¡Ahí estaba! Ese gesto de morderse el labio que era como un latigazo eléctrico en el pecho de él.

—Me pierdo... cuando haces... eso —murmuró con la mirada fija en aquella carnosa y apetecible boca como si estuviera poseído por ella.

—¿A qué te... refieres? —indagó, dubitativa, sin dejar de mirarlo, con todo el cuerpo exigiéndole a gritos que se decidiera y lo abrazara, y repitiendo el mismo sensual mohín al finalizar la pregunta.

—Esto... —Tan solo pudo murmurar la respuesta, llevando el pulgar a sus labios y sintiendo que aquella caricia en ellos, al delinearlos con la yema del dedo, se convertía en un suplicio por tener que continuar reprimiendo sus impulsos.

—Entonces... ¿A dónde me invitas a comer? —preguntó, rompiendo con mucha dificultad aquel momento que, como todos los anteriores desde que lo vio, siempre que estaba a su lado terminaba por temer develar ante él sus más ocultas emociones.

—Había pensado... —aclaró la garganta para recomponerse también— en comida italiana; pero si tienes una idea mejor, podemos...

—Me encantan las pastas... —lo interrumpió, e involuntariamente, levantó la mano y le rozó el hombro.

Al darse cuenta de que él siguió atento el recorrido de esta, intentó retirarla, pero no contaba con que Gael la atraparía antes de que culminara su acción y, con una lentitud que terminó acelerándole los latidos, él la entrelazó a la suya y se quedó mirándolas, unidas, mientras le decía:

—Entonces comeremos raviolis hasta que nos cansemos de ellos, porque de estar juntos, al menos yo... —La miró a los ojos, posesivo—. De eso no podría cansarme jamás porque tu compañía es como... —Volvía a aparecer esa desesperación en su interior que le hacía difícil encontrar las palabras adecuadas.

—¿Cómo qué, Gael? —insistió, sin querer detenerse a interiorizar el porqué de esa necesidad tan grande de sentirse importante para él.

—Como un sueño, Romina, eres como un hermoso y milagroso sueño.

La sonrisa que le regaló fue lo más parecido a una lluvia de agua bendita sanándole cada herida emocional acumulada durante años, y, definitivamente, a los dos se les hizo por varios minutos muy difícil articular palabras.

Gael le retiró el portafolio de las manos y ella no objetó, ni mucho menos intentó detener su caballeroso gesto al verlo soltar el asa larga de este y colgárselo al hombro. Esa sensación de sentirse protegida, amparada, volvió a estremecerla cuando agarró de nuevo su mano, fuerte, protector, haciendo que una vez más sus miradas se quedaran fijas en los dedos unidos de ambos.

—Creo que me volveré a aprovechar de tu generosidad hoy, bella profesora —le dijo él torciendo el labio y con un chistoso gesto de hombre

desvalido que la hizo reírse.

—¿No me digas...? —Achicó los ojos—. ¡Ya sé! Alemania te dejó en quiebra y me tocará pagar la cena —bromeó, jocosa y divertida, mientras lo veía levantar un ceja y entrecerrar esta vez los suyos.

—¡Ni lo sueñes, preciosa! —contestó haciéndose el enojado.

—¡Vaya! ¡El señor presidente es un machista! —lo provocó con las pupilas rebosantes de picardía y nuevamente volviendo a morderse el labio inferior, a propósito esta vez, ya que se había percatado de lo que al hacerlo le provocaba.

Gael la observó y una sonrisa malditamente sensual apareció en su rostro, preguntándose dónde había quedado aquella tímida jovencita de Viñales. Se sentía orgulloso, pletórico, y terminó haciéndola caer en su propia trampa con esa expresión, logrando que toda la adrenalina acumulada bajara hasta zonas extremadamente pudorosas y jugueteara allí a su antojo como nunca antes la había sentido, o, al menos, no que ella recordara.

—Machista... Hummm... ¡No creo! —afirmó y volvió a acariciar aquellos labios con los dedos como si quisiera calcarlos y que la imagen quedara tatuada en la piel de estos.

«*¡Juro que moriré si no puedo besarte pronto!*», se dijo a punto de perder el control y asaltarle la boca para dejársela marcada y ardiendo a besos.

—¿Estás seguro? —continuó ella la conversación sacándolo del letargo en el que lo sumieron por unos segundos aquellos pensamientos.

—Completamente...

—Entonces, insisto: hoy yo pagaré la comida —lo retó.

—Eso no está a discusión, señorita Sanfield —objetó, seguro pero risueño, sin dejar de mirarla directamente a los ojos y acercándosele más, dejando que sus respiraciones se enfrentaran a esa corta distancia que solo un beso robado podría ser capaz de medir.

—Puedo... ponerte a prueba —balbuceó ella su reto, agitada por lo que la cercanía entre los dos le provocaba.

—Puedes, pero... soy consciente de que contigo siempre saldría perdiendo.

Sin importar el viento que se arremolinaba entre ellos, ni el ruido de los autos pasando por la avenida, junto a los murmullos de voces ajenas, todo alrededor de los dos dejó de existir cuando sus miradas se volvieron una sola.

—¿Por qué lo dices tan seguro? —indagó, viéndolo otra vez sonreír dirigiendo la vista a las manos que mantenían aún unidas.

—Porque tengo la esperanza de que... —tomó aire, pensando por un instante en lo arriesgado que sería decirlo—. De que un día descubras que en realidad eres la única persona ante la cual nunca me importaría rendirme...

A Romina se le hizo un nudo en medio del pecho al sentir con cuánto sentimiento expresó aquellas palabras, unido a la infinita sinceridad que descubría en la profundidad de sus ojos.

«¡Quiero tanto abrazarte! ¡Lo necesito! ¡¿Pero quisiera entender por qué me envuelve este miedo y esta ansia de ti a la vez cuando estoy a tu lado?!», pensándolo, por instinto aferró más su mano a la de él.

No quería seguir analizando ninguna emoción de las tantas que la abrumaban, se negaba a reprimirlas, porque simplemente era ya un hecho que no quería entender ni pensar en ninguna razón cuando ella estaba segura de que solo deseaba una cosa, sin necesidad de querer ahora buscarle explicación a nada más: permanecer junto a Gael Alcázar.

—¿Por fin vamos a por esa comida italiana? —retomó él la conversación temiendo que el rumbo que esta tomara hubiese sido demasiado inquietante para ella.

—Vamos, pero antes aclárame qué significa eso de que necesitas «abusar de mi generosidad». Es que lo dejamos a medias y creo que terminamos desviándonos del tema.

Gael no pudo evitar reírse con ganas al ver su rostro de chica curiosa y, a la vez, muy inquisitivo.

—Solo si me dices, primero tú, por qué me llamaste «presidente».
—Enarcó una ceja haciéndola ahora reír a ella.

—¿Acaso no es lo que eres de la empresa Alcázar Enterprise?

«Por favor, amor, no vuelvas a morderte ese labio o no respondo», rogaba viéndola a punto de hacerlo.

—Sí... Eso dicen por ahí, pero... ¿cómo lo sabes tú? —cuestionó, pues estaba seguro de que era una conversación que no habían tenido todavía.

«¡Y lo hiciste otra vez sin imaginar todo lo que me provocas, mi vida!», repitió en su interior pasando la vista del celeste de sus ojos a esa deliciosa boca a punto de dejarse llevar por su mayor deseo.

—Tu abuelo me habló, el día que nos conocimos, de lo orgulloso que estaba de su nieto menor y quien lo había sustituido en la empresa superando todas sus expectativas, es evidente lo mucho que te quiere —afirmó.

—Lo sé y...yo también lo quiero muchísimo —respondiéndole atrapó un mechón de cabello con el que jugueteaba la brisa y se lo acomodó con ternura

detrás de la oreja—. ¿Ya nos podemos ir?

—Aún no me contestas tú —le respondió.

—Es simple... —Torció el labio, ingenioso—. Solo es que vuelvo a estar sin auto y a la deriva, así que apelo nuevamente a tu generosidad samaritana, y sé, con seguridad, que no dejarás de auxiliarme, ¿verdad? —preguntó seductor.

Romina soltó una carcajada mientras negaba, y aquella formidable risa fue como la gloria misma para Gael; creía poder jurar que hasta cantos celestiales escuchaba. La observaba con el rostro todo iluminado, y la emoción que le ocasionaba, una vez más, asimilar que la había recuperado, continuaba abrumándolo. Verla así, ahora, le hacía querer gritar que en ese momento, sin importar nada más, ¡era el hombre más feliz de todo el jodido mundo!

—¡Eres un manipulador, Gael Alcázar! —Los dos se rieron.

—Eso también lo sé. ¿Crees que puedas lidiar con ello?—la provocó.

—Prometí intentarlo, ¿no? —respondió, y él suspiró profundo sumergiéndose en el mar de esos ojos que tanto amaba.

Estaba fascinado por cada instante en el que continuaba descubriendo a esta Romina adulta, segura, hermosa y tan diferente e independiente, interponiéndose y retando a la atesorada imagen de sus recuerdos.

—Sí, lo prometiste, y me encargaré de que cumplas tu promesa —dijo por fin.

—Entonces mejor comenzamos por esos raviolis. ¿Te parece?

—¡Por supuesto, preciosa! —exclamó, feliz.

—Antes déjame enviar un mensaje a mi madre, para avisarla de que no me espere a cenar, ¿vale? —él solo asintió y esperó a que lo escribiera—. ¡Listo! Ahora sí podemos irnos —exclamó sonriente.

Los dos se incorporaron y Gael se hizo, nuevamente, con el portafolio de ella, tomándola de la mano para encaminarse a la acera en busca del garaje público donde se encontraba estacionado el auto. Mientras andaban, sorteaban con cuidado a varias personas, las cuales se hacían más numerosas según se acercaban a la zona con mayor cantidad de comercios del centro, provocando, finalmente, que la ansiedad lograra vencerlo y le fuera inevitable que su instinto sobreprotector no le ganara la batalla, decidiendo rodear con el brazo a su libélula, atrayéndola a su lado como si pretendiera que ni el aire citadino la rozara; pero complacido al límite de sus fuerzas por sentirla estremecerse contra su cuerpo...

—¡Mierda...!

El sonido del timbre del móvil terminó por hacerla reaccionar. No tenía idea de cuánto tiempo llevaba tirada en la alfombra, pero al incorporarse, y ver a su alrededor, se dio cuenta de que nuevamente había caído en ese abismo que tanto buscaba evitar cada día de su vida.

Sentada, y aletargada como nunca antes, se frotó los ojos con la mano que tenía libre, la otra estaba aún aferrada a aquella botella de Chivas Regal, vacía ahora, y sin saber siquiera si era la única que le había terminado por regalar aquella jaqueca que más bien parecía un taladro queriendo abrirle las sienas.

—¡Cállate ya, maldita sea! —chilló al teléfono que no paraba de llamar, mientras intentaba incorporarse, tambaleándose, pero dejándose caer finalmente sobre el sillón más cercano, ya que todo el salón parecía un jodido viaje en una montaña rusa dentro de su cabeza y a punto de hacerla devolver todo el contenido del estómago.

Se masajeó la nuca y sacudió el rostro, dando una ojeada a lo que la rodeaba, preguntándose cómo se había producido aquel desastre que, a pesar de la vista nublada, podía ser capaz de distinguir. Se miró el cuerpo, semidesnudo, solo traía la ropa interior; dirigió la vista a un lado, donde el conjunto de falda, color nácar marca Gucc, y por el que desembolsó una buena cantidad con su tarjeta de crédito dos días antes, estaba hecho trizas a los pies del amplio sofá, junto a los zapatos y las finas medias de la *atelier* Dorian Grey, haciéndole compañía a su bolso, con todo el contenido desparramado por la alfombra y varios pedazos de sus figuras de porcelana favoritas destruidas, y dándole el último toque dramático decorativo al departamento.

Quien estuviese llamándola la iba a volver loca sin remedio, no daba descanso el sonido del móvil y, aún descoordinada, hizo un esfuerzo y casi a gatas llegó hasta el aparato, también tirado en una esquina del salón y, descubriendo al alcanzarlo, que tenía una grieta en la parte superior de su pantalla.

—¿Qué mierda quieres ahora?! —le gritó al otro lado de la línea cuando vio de quién se trataba—. ¡Eso no te importa! ¡Y sí, no me jodas con eso más, que yo sé muy bien lo que tengo que hacer!

Los gritos y reclamos no se hicieron esperar. Sin fuerzas, separó el dispositivo de la oreja, recostándose en la pared y encogiéndose las piernas para descansar sobre las rodillas los codos, e inclinando la frente contra el

móvil, desde el cual continuaba escuchando toda aquella sarta de frases amenazantes y grotescas.

—¿Ya terminaste...? —dijo agotada y esperó respuesta—. Estaré ahí, no te preocupes; pero recuerda averiguar todo lo que hablamos o... —Su interlocutor la interrumpió—. ¡Te lo dije y te lo repito, cabrón! ¡Esa es mi condición, y si no lo tienes presente, no cuentes conmigo! —Volvió a escuchar—. ¡¡Por mí, él y el tal jefe pueden irse al mismo infierno!! ¡¡No tengo nada que perder ya!!

Su grito provocó un eco sordo junto al golpe del teléfono contra la pared, y las lágrimas rodaron por sus mejillas con una rabia desmedida sin poder evitar que, una vez más, sus brazos fueran las inertes víctimas que recibían una descarga de arañazos hasta que los finos hilos de sangre comenzaron a verse en ellos...

Capítulo 19



El Amalfi Ristorante italiano & Bar era sin dudas el más visitado en su categoría en todo Houston, especialmente por la amplia gama culinaria internacional dentro de su exótico menú, sin dejar de ser la cocina italiana la especialidad principal, y el casi nulo tiempo de espera para que el personal del local se hiciera, finalmente, cargo de estacionar el auto, les demostró la alta preferencia que tenían por el lugar todos los ciudadanos.

Durante el trayecto hasta allí habían vuelto a dejarse llevar por ese nuevo sentimiento, que en ambos nacía, de querer saber cada insignificante detalle uno del otro. Romina le preguntaba todo el tiempo acerca de sus gustos, pasatiempos y sus mayores pasiones, mientras que él le respondía siempre con el oculto anhelo de percibir alguna señal que le hiciera ver que ella podía estar acercándose, aunque fuese un poco, a poder reencontrarlo en sus memorias.

Por su parte, Gael continuaba ansioso por conocer cada instante que se perdió de su vida durante esos doce años, y aunque persistía el mortificarle que el destino lo privara de haber formado parte de ellos, intentaba pasar página y solo concentrarse en el hecho de que ahora la volvía a tener a su lado, repitiéndose que esta vez, sin importar todo lo que tuviese que enfrentar,

así sería para siempre.

Después de aquella visita intempestiva a la casa de los Sanfield, el día en el que la llevó de regreso, Esther junto a Ivanna lo llamó esa misma noche y acordaron reunirse todos al día siguiente, en el horario en el que Romina estuviera impartiendo las clases en el instituto. Nunca creyó poder estar tan nervioso y tenso como ese día, antes de verse con la familia, apenas pudo cerrar un ojo y descansar, terminando por ser testigo del nacimiento del amanecer tras su ventana y contando junto a este cada minuto restante para regresar a casa de los Sanfield.

Casi despuntando la mañana, ya estaba esperando cerca de la entrada de la casa, y también mucho antes de la hora acordada; reconociéndose a sí mismo que el mayor objetivo de aquel desasosiego era el lograr verla de nuevo, pero sin haber previsto cuán difícil le resultaría no poder seguirla cuando la alcanzaron sus ojos desde donde él estaba estacionado, observándola salir en su auto rumbo al trabajo. ¡Se veía tan diferente y hermosa a la vez!

Le era imposible explicarse aún todas esas emociones que se agolpaban cada vez con más fuerza en su pecho según se iba adaptando a esta nueva etapa entre ellos; y fue en ese preciso momento en el que se dio cuenta de cuánto tendría que luchar contra el instinto tan abrumador y desesperado de sobreprotección que iba renaciendo en él, al punto de pasar el límite de lo que podría considerarse normal y apropiado. No tenía claro si podría lograrlo, su naturaleza posesiva, mucho más tratándose de ella, al acecho en un lugar apartado de su interior, le gritaba que se negaba a ser doblegada. Fue entonces que, desde ese preciso instante, decidió intentar controlar sus pensamientos repitiéndose que ella ya no era esa chica sin visión, frágil, enferma del corazón y a la que en muchas ocasiones en el pasado quiso poder resguardar dentro de una burbuja.

¿En realidad podría lograrlo?

¿Sería capaz acaso de adaptarse a la independencia de esta nueva Romina de veintinueve años después de todo lo que había sufrido y padecido por ella?

Y ella... ¿Continuaría siendo la misma al recordarlo un día o, simplemente, ya no lo vería como el hombre capaz de cumplir todas sus expectativas en la vida?

Esto se lo preguntaba constantemente, y no podía negar que en muchas ocasiones necesitó patear fuera de su mente un cúmulo de inseguridades que terminaban por atormentarlo, haciéndole temer lo peor. Ninguno de los dos eran los mismos ahora, y eso era algo que debía aceptar de una vez o

terminaría volviéndose loco.

La conversación con toda la familia no fue sencilla, y, aunque tanto Armando como los padres de Ivanna, a quienes no conociera antes, lo recibieron como si fuera parte de ellos por toda una vida, adoptando una actitud sinceramente reconfortante para él, nada pareció en esa ocasión aliviar la angustia que sentía; menos después de algunas horas conversando y conociendo los detalles de lo acontecido a partir de ese aciago día, en el que fue engañado con la supuesta muerte de ella, y al que se le unió la salida clandestina del país. Saberlo todo terminó por devastarlo y hacerlo maldecir una vez más a cada una de esas viles mentiras que terminaron por robarle tanto tiempo juntos.

—Estás muy callado...

Las palabras de su libélula lo trajeron de vuelta de aquellos pensamientos para devolverlo a la dulce realidad, la de tenerla así: a su lado, con las manos aún entrelazadas y sonriendo solo para él.

—Perdóname, me distraje pensando en algunas cosas, preciosa —contestó con ternura.

—En serio, Gael, si te estoy robando tiempo de tus compromisos, quiero que sepas que...

—De ninguna manera... —interrumpió sus palabras y la atrajo un poco más.

Estaban en el recibidor del restaurante esperando, hacía casi quince minutos, a que estuviera lista su mesa.

—Es que puede que tengas algo pendiente y estamos aquí, y...

—Romina... —insistió, esta vez atreviéndose a tomarla por la barbilla, levantándola un poco y buscando que lo mirara, consiguiendo con ello que un tibio calor le recorriera toda la espina dorsal—. Tal vez no lo entiendas, e incluso puede que pase mucho tiempo para que logres hacerlo. —Se sintió por un breve segundo intimidado por lo que iba a decirle, y la canción de Ed Sheeran, *Thinking Out Loud*, que empezó justo a escucharse de fondo en ese momento, solo logró ponerlo más nervioso—. Pero... quiero que sepas que, a pesar del... poco tiempo que ha pasado... —necesitó tomar aire—, te has convertido en alguien muy importante en mi vida y ahora eres mi mayor prioridad. No sé si tú un día logres comprender que...

El dedo índice de ella selló sus labios, y le aceleró los latidos del corazón la forma como lo miró. Mientras que en Romina, aquellas palabras provocaron en su interior una pugna entre un insólito desconcierto y la sensación de una

incomparable felicidad que ya no sabía cómo explicarse, ya que de alguna forma muy dentro de su ser sentía que no era la primera vez que las escuchaba.

—¿Me crees? —preguntó él, anhelante, viéndola a los ojos y siendo consciente de que la mirada se le humedecía.

Romina solo asintió.

«¿Qué me sucede contigo, Gael Alcázar? ¿Por qué me provocas esta mezcla desesperante de anhelo y dolor al mismo tiempo? ¿Por qué siento que mi mayor deseo es tu felicidad antes que la mía? ¡Dios! ¡El misterio detrás de tu mirada, junto a esas respuestas que no puedo nunca dar a este deseo por ti que siento todo el tiempo al mirarte, terminarán por enloquecerme!», se cuestionaba.

—Señor Alcázar, su mesa se encuentra lista.

La muchacha se les acercó por detrás, interrumpiendo la ola de silenciosas miradas y mudos pensamientos que se dio entre ellos.

—Gracias... —contestó Gael un poco abrumado, pero sin soltar de la mano a Romina; le hizo un gesto, asintiendo, y los dos siguieron a la chica.

Mientras avanzaban entre las mesas, ocupadas por decenas de comensales, ella no pudo evitar admirar lo hermoso del lugar y el gusto tan clásico y exquisito de toda la decoración.

Lo manteles de hilo en tonos pastel resaltaban junto a la fina cristalería y los colores tierra de los muebles, mientras que candelabros y lámparas, con velas de formas diferentes y en tonos naranja, descansaban sobre barrocas bases en bronce, ubicándose en diferentes puntos del extenso espacio. Al igual que en el salón de la recepción, este poseía en el centro una elegante fuente de piedra que armonizaba con sus luces doradas, y a la par del sonido del agua corriendo en ella, todo el ambiente. Para completar el estilo toscano del restaurante, magistralmente este terminaba su diseño dando un toque decorativo al final con amplias paredes construidas de rústicos ladrillos en color borgoña, mostrando a todo el público las extensas estanterías con incontables variedades de botellas de vinos y licores, evidentemente de cosechas muy exclusivas.

—¿Te agrada el lugar? —preguntó él tras apartarle la silla para que tomara asiento mientras la chica del restaurante llenaba de agua las copas de ambos, tras lo cual él ocupó el suyo.

—Es precioso y muy acogedor.

—¿Habías venido antes?

«De ser afirmativa tu respuesta, necesitaré saber con quién. ¡Idiota!

¡Detén ya esos celos posesivos y absurdos!», se recriminó

—No, la verdad es que no había venido nunca; así que gracias por la invitación —respondió sonriente, pero sin siquiera suponer que aquel suspiro profundo que escuchara por parte de él no era precisamente un gesto casual.

—¿Pedirán en este momento las bebidas, o quizás prefieran acompañarlas con uno de nuestros aperitivos? —preguntó amable la chica que los atendía.

—¿Me permites pedir por ti?

—Sí, pero...

—Lo sé, nada de alcohol... —No había terminado de decirlo y de inmediato se dio cuenta de su indiscreción

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, sorprendida, más que nada por el hecho de que él pudiera intuir la imposibilidad que tenía de ingerir bebidas alcohólicas, cuando esto era solo debido a la medicación que, de por vida, debía tomar por el trasplante de corazón, y del que no habían hablado.

—Disculpa, yo... solo lo supuse, ya que hemos venido en tu auto y quizás cualquiera de los dos... necesite conducir después, y...—De pronto se sintió superado—. En fin, sírvanos un *gin-tonic* para mí y una mimosa para ella, ambos solo con agua mineral OGO o VOSS, por favor —concluyó, pidiéndole finalmente a la camarera.

—¿Algún aperitivo? —preguntó la chica, y Gael miró a Romina, esperando que dijera lo que le apetecía; pero ella tan solo negó con un gesto.

—No por ahora, muchas gracias —contestó él a la muchacha, terminando esta por alejarse luego de anotar la primera orden.

Gael deslizó la mano sobre la mesa y se hizo de la de su libélula. Estaba inquieto, el descuido de unos minutos antes había logrado desestabilizarlo y temía que de alguna forma no pudiera ser capaz de evitar que, en el futuro, sucedieran otros.

—Siento el haber sido quizás un poco controlador al pedir las bebidas, pero era tan solo porque... —intentó justificarse.

—No te preocupes —se adelantó a decir ella—. Por supuesto que tienes razón, lo mejor es que ambos evitemos el alcohol esta noche, tan solo me sorprendí porque, casualmente, no puedo beberlo —explicó.

—¿Es por decisión propia que no lo haces, o alguna condición te lo impide?

En momentos como ese, se sentía un miserable al preguntarle por detalles que él conocía muy bien, pero sin importar si demoraba en recordar o no, ya que se negaba siquiera a suponer el que no lo hiciera nunca, necesitaba

encarecidamente que al menos se abriera a él contándole lo del trasplante. Seguía pareciéndole que el hablar de ello la amilanaba, y esto le producía una dolorosa angustia en el alma. Quería imaginar que si por fin dialogaban al respecto, de alguna manera irían cerrando ciclos dolorosos; tal vez podría ser absurdo pensarlo; sin embargo, era así como lo sentía.

—Digamos que... —tomó la copa de agua y dio un trago de ella— es por una condición de salud, y la medicación exige el que tenga que abstenerme de beber; aunque, para ser sincera, no es algo que me importe, porque en realidad nunca he bebido —concluyó más tranquila, pero sin dejar de observar cómo el interiorizaba aquella confirmación.

—¿Es algo serio? —Quería detenerse de buscar respuestas que en realidad no necesitaba, pero simplemente no podía.

Ansiaba con todo el alma que confiara en él, no sabía de qué manera explicárselo; no obstante, lo sentía como una forma de afianzar más su cercanía y esto, de alguna extraña manera, le otorgaba una sensación de paz y esperanza ante todo ese camino de lucha contra la amnesia que tenían aún por delante.

—Ahora no lo es tanto, pero lo fue... —balbuceó la respuesta, y al verla bajar los ojos a la servilleta que sujetaba entre las manos, evidentemente nerviosa, a Gael lo embargaron unos deseos irresistibles de levantarse del asiento y llegar hasta ella para abrazarla fuerte contra su pecho, haciéndole apretar por instinto la mandíbula.

—¿Podemos hablar acerca de esto en otro momento? —le pidió, llegando a la conclusión de que aún no se sentía preparada para tocar el tema y desconcertada porque nunca antes, conversarlo con alguien, le había parecido tan doloroso como le sucedía ahora con él.

—Por supuesto, hermosa... —Volvió a deslizar sobre la mesa su mano y fue como un bálsamo el alivio que le recorrió el cuerpo cuando ella le entregó la suya, permitiéndole soltar lentamente el aire que aprisionaba su pecho.

—¿Qué te parece si curioseamos de una vez el menú? —Le guiñó un ojo y, sonriendo, los dos abrieron las cartas.

El tiempo pasaba y entre los succulentos platillos que pidieron: paella siciliana al pesto y risotto tres quesos con salmón glaseado, dos especialidades del *chef*, continuaron hablando de todo aquello que aún les faltaba por conocer uno del otro, más de una década después.

Gael, casi todo el tiempo prefería escucharla, embobado, recorriéndola y dejándose llevar por cada gesto, cada expresión de su rostro, como el

moribundo que lentamente, y paso a paso, siente que regresa a la vida.

Le enternecía escucharla, apasionada, hablar de sus alumnos, de su música, de todos esos planes que quería lograr realizar ahora que tenía el trabajo con el que tanto soñó; y según le narraba todo aquello, él sentía que su orgullo por ella se subía en un pedestal más alto a cada segundo, y desde allí le sonreía deseando que ahora, sí, la vida le diera la maravillosa bendición de caminar por ella de la mano de aquella mujer que era su remanso de paz y el gran y único amor para él.

—¿Quieres que pidamos de postre Panna cotta o Tiramisú? Aunque reconozco que el Castagnole de este lugar es una verdadera delicia. —La vio levantarle un ceja—. ¿Qué...?

—¿Es en serio? —Lo miró asomando una traviesa sonrisa en la comisura de los labios.

—¿Lo del Castagnole...? Sí, te aseguro que es...

—No... —lo interrumpió—. No me refiero a tu «delicioso postre», Gael —Soltó una pícaro risita—. Me refiero a eso...

Le señaló con el índice los dos platos, totalmente vacíos, que tenía frente a él; quien al comprender lo que quería insinuarle, se apoyó en los codos y se inclinó hacia delante hasta casi quedar rozándole con la nariz la suya, y agradeciendo por ello que los cabrones italianos hicieran bien pequeñas las mesas para dos en sus restaurantes.

—¿Es idea mía, o usted me está llamando glotón, señorita Sanfield?

Ella vio que aquellas pupilas esmeraldas brillaron con lujuria, provocando que su libido, hasta ahora dormido, reaccionara y le hiciera buscar el aire que de pronto sentía que había desaparecido de su alrededor.

—Yo... no puedo afirmarlo aún, pero... lo sospecho. —Se mordió el labio y lo vio seguir el gesto, relamiéndose los suyos—. Creo que es... solo cosa de averiguarlo.

Gael rio bajo sin dejar de mirarla.

—Mi abuela puede darte muchos detalles para que termines por sacar conclusiones, pero...

—¿Pero...? —insistió, necesitando que continuara hablando o, definitivamente, su ropa interior no resistiría esa humedad estremecedora que le estaba lentamente provocando su mirada, uniéndose a la sensual tensión que a toda velocidad se arremolinaba entre ellos.

—Pero es muy probable que también te enteres de lo que les hacía a mis primos cuando me llamaban así, casi siempre por comerme toda la torta de

chocolate y almendras que, aún, hace Ligia, y humm... —Se relamió los labios en un remarcado doble sentido, mirando los de ella, satisfecho por percibir el estremecimiento esperado—. Continúa siendo mi adicción.

—Y... —Pasó el nudo de la garganta—. ¿Qué les hacías a ellos? —Lo vio sonreír de lado, con un gesto de malicia extremadamente seductor.

—Hummm... A Ignacio siempre lo terminaba retando a una carrera...

—¿De autos? —preguntó, impresionada.

—No, de caballos. —Siguió atento su expresión al verla unir las cejas, ¿extrañada quizás?

—¿Te gusta entonces la equitación? —indagó, removiéndose en la silla porque, de pronto, imaginárselo sobre el lomo de un caballo hizo que su corazón se saltara un rápido latido.

—Mucho... Diría que es mi pasatiempo favorito.

—¿Prácticas en el centro hípico? —continuó preguntándole, visiblemente interesada en este nuevo dato que sabía de él y sin poder identificar el porqué, de momento, deseaba tanto verlo como todo un buen jinete.

—He visitado solo en algunas contadas ocasiones el Sam Houston Equestrian Center, pero me gusta más montar cuando visito la hacienda de mi familia, en California.

—Debe de ser muy hermosa.

—Lo es, y podemos ir cuando lo desees; por cierto, en dos semanas será el cumpleaños de mi primo, es tradición irnos a la hacienda y... —inspiró—. Me encantaría que vinieras conmigo; además coincidirá con la semana de vacaciones de primavera de los chicos, así que...

—Será un placer acompañarte... —contestó sin pensarlo mucho. En esta ocasión, fue a él a quien los pálpitos agitados en su pecho terminaron torturándolo—. ¿Y a Viviana? —preguntó, viendo que frunció el ceño, confundido.

—¿Qué pasa con ella?

Romina sonrió de nuevo.

—¿Cuál era su castigo por burlarse de tu «excelente apetito»? —ironizó, coqueta.

—Una guerra de cosquillas, pero sin piedad... —Levantó una ceja, dejando ver una sonrisa provocadora con cierto matiz ladino—. Así que ya sabes a lo que te arriesgas... —Bajó la vista por unos segundos a su boca, justo en el momento en el que se mordía la esquina del labio inferior—. Tal vez tenga también que... —se detuvo y pidió con fuerzas a toda su masculina

anatomía que mantuviese la calma—. Tal vez un día termine encontrando una nueva idea de otro castigo para cada vez que me hagas ese gesto. —Impulsó un poco la boca, señalándole los labios.

—Puede que lo cumpla y puede que no, dependerá de...

—¿De qué? —inquirió ansioso.

—Del tipo de castigo y de ti, joven Alcázar...

Ni ella misma se reconocía cuando estaba a su lado, todo en su interior bullía como si se descubriera siendo una mujer diferente, atrevida y provocadora cada vez que se veía reflejada en esos ojos verdes que lentamente la enamoraban más.

Los dos quedaron como otras veces: mirándose con una intensidad que era imposible ocultar y casi podía palpase. Gael, sin saber por cuánto tiempo más podría contenerse; y ella, luchando con una vorágine de sentimientos que no le daban tregua alguna.

—¡Pero mira a quién tenemos aquí, amigo! ¡Y con una excelente compañía!

Gael se giró al escuchar la voz tras de sí, encontrándose frente a él a Jordán y a Marlon, este último y a quien no había visto en meses, todo sudoroso y, aparentemente, pasado de copas.

Se incorporó del asiento y se dispuso a saludarlos.

—¿Cómo están, muchachos? Qué casualidad el habernos encontrado aquí, a ti llevábamos meses sin verte, Marlon —se dirigió a él, viéndolo con la mirada un poco enrojecida y en ocasiones, incluso, apoyándose y buscando equilibrio en el hombro de Jordán, que rápido le hizo un gesto con los ojos, haciendo alusión, en silencio, al estado de su acompañante.

—Es que... no todos tenemos el privilegio de ser ricos, Alcázar —contestó Marlon con voz entrecortada por la ebriedad, pero sin dejar de ser irónica y un tanto agresiva su respuesta.

—Trabajar es algo que todos hacemos —contradijo Gael, comenzando a sentirse incómodo.

Marlon siempre había sido, entre ellos, el más atrevido y, especialmente, problemático; principalmente por su constante necesidad de enfrentar al peligro y vivir al máximo, sin importar cualquier riesgo. Hasta donde sabía, desde que lo conoció en aquel viaje a Las Vegas, estando aún en la universidad, era un chico de padres divorciados y con una madre viviendo de peligrosas adicciones y del contrabando, razón por la que abandonó su casa a la temprana edad de diecisiete años. Desde entonces, trabajaba en cualquier lugar que encontrara: desde una fábrica, durante la madrugada, hasta haciendo

entregas, también nocturnas, para poder pagar sus cuentas y las deudas universitarias; ya que, aunque no se podía decir de él que fue un alumno muy cumplidor y destacado, era un hecho que siempre se enfrascó mucho para lograr graduarse, hasta que lo consiguió dos años después que Gael y el resto de sus amigos en una universidad del interior.

Muchas veces era un poco huraño y desaparecía por largas temporadas, alegando que había conseguido contratos de trabajo en otros estados, como había sido el caso de los últimos meses y según había dicho unos días antes de irse. Algunos, como Arnold, no creían mucho en él, pero Gael prefería siempre darle el beneficio de la duda alegando que había que reconocer que era como el ave Fénix: siempre resurgiendo de sus cenizas, y consideraba que eso era algo digno de admirar.

—¿Y no nos presentarás a esta muñeca, Gael? —preguntó viendo que a este se le enrojecía el rostro y cerraba la mano en un puño al lado del cuerpo.

—Marlon, es mejor que nos retiremos —intervino Jordán.

—Pero ¿por qué nos iríamos si la velada promete ponerse interesante? ¿Verdad, dulzura? ¿Cómo te llamas?

—Romina Sanfield, mucho gusto —respondió con parquedad sin moverse de su asiento, tensa por la incomodidad que veía surgir en Gael, unido al desagrado que comenzaba a inspirarle aquel hombre.

—Delicioso nombre, igual que su...

—¡Basta, Marlon! —interrumpió Gael, interponiéndose entre su mirada y Romina, apresando entre dientes las palabras, pero sin dejar de arrastrarlas con rabia. Si se dirigía nuevamente a ella en esos términos, juraba que corría el riesgo de olvidarse del lugar en el que estaban y de la embriaguez que su supuesto amigo cargaba en el cuerpo—. Creo que será mejor que escuches a Jordán y...

—Por lo visto, Gael, esos ojillos azules te han tirado el lazo y te tienen...

—Vámonos ya, Marlon, estás haciendo el ridículo y comienzas a decir estupideces —intervino Jordán de nuevo, intentando agarrarlo por el codo y llevárselo a la salida, pero sin éxito.

—¡Suéltame! Yo... solo estoy aquí regocijándome porque nuestro amigo, el «presidente de Alcázar Enterprise» —se burló encasillando con los dedos la última frase—, dejó las andanzas y a las mujeres de un simple revolcón para...

Gael no se aguantó más y se le acercó amenazante, pero el sonido de la silla de Romina tras de él, al correrla y ella incorporarse, junto a sus palabras,

lo detuvo.

—Por favor, Gael... No es necesario... Por favor.

Solo bastó su voz para que el deseo de hacerle tragar su desfachatez, a quien durante mucho tiempo había considerado un amigo, se quedara solo en un impulso.

—Hora de irnos, Marlon —exigió Jordán, consternado por la imprudente situación que casi se da entre los dos hombres, e intentó una vez más hacerse de su brazo; pero este los levantó en alto y se apartó de él para, andando de un lado al otro y tambaleándose, encaminarse a la salida, no sin antes observar por unos segundos más, con un escondido desprecio refulgiendo en los ojos, a Gael y a Romina.

Jordán se disculpó con ambos antes de darle alcance. La verdad era que solo le había hecho el favor de venir a por él cuando lo llamó un camarero del restaurante al encontrar entre sus contactos su número, alegando que si no venía alguien a buscarlo, llamarían a la policía. Al entrar, se lo encontró ahogado en alcohol en medio de la barra del bar y diciendo incoherencias en ocasiones, pero nunca imaginó que se vería presenciando una escena tan desagradable protagonizada por él.

—Lo siento, lo siento... —Se frotaba la frente Gael mientras Romina, a su lado, lo observaba, pretendiendo convencerlo por más de una ocasión de que no era culpa suya el mal rato que pasaron.

—No tienes que disculparte, hay personas que no tienen control sobre el alcohol y, obviamente, este chico es una de ellas.

—Es que no debió suceder algo así en tu presencia. ¿Estás bien? No te alteraste mucho, ¿verdad? —preguntaba con ansiedad, frotándole los hombros y maldiciendo el haberse encontrado con Marlon.

—Por supuesto que estoy bien, no te preocupes.

—Me lo juras...

—Te lo estoy asegurando —afirmaba, preocupada por verlo tan tenso y alterado aún, como si de alguna forma un profundo temor lo amenazara.

—Bien, creo que mejor nos vamos, no sé si quieres pedir algo más y...

—Gael... —Lo tomó de la mano, y el mirarlo a los ojos comenzó a hacer la diferencia—. Todo está bien, y sí, ya podemos irnos. ¿De acuerdo?

Él solo asintió.

Ambos se dirigieron a la entrada y pagaron la cuenta, con su correspondiente propina, directamente al encargado de esa labor; de esta forma ganaron tiempo evitando esperar la gestión de la camarera, cuando lo

único que querían, especialmente él, era salir de allí cuanto antes después del embarazoso contratiempo vivido.

Al salir a la calle, la brisa fresca de la recién entrada noche los azotó, y de inmediato se deshizo de la chaqueta para colocársela sobre los hombros a ella, mientras esperaban que le trajeran el auto.

—¿De verdad te encuentras bien? —preguntó una vez más, atrayéndola hacia su costado y notando, complacido, que este gesto cada vez se hacía más natural entre ellos, provocándole una gran paz.

—Estoy muy bien, olvida ya lo que pasó. —Sonrió y lo sintió exhalar el aire como si fuera un peso que echaba fuera del pecho.

El auto, en poco tiempo, estuvo frente a ambos. Gael entregó la propina al chico que amablemente se lo entregó y, luego de abrir la puerta para Romina, tomó posesión del volante para incorporarse al tráfico de la avenida.

Un inesperado silencio se alzó entre los dos durante el regreso. A Gael le atormentaba que las palabras maliciosas de Marlon hubiesen mellado en algo la opinión que pudiera ella tener de él, y por esa razón giraba el rostro cada pocos minutos para verla, intentando buscar respuestas a sus temores en alguna expresión en ella. Maldijo en su interior su indecisión y recelo durante todo el camino cuando vio que el tiempo se convirtió en un pestañeo y ya estaban frente a la casa de los Sanfield.

—Creo que mejor llamo un taxi —dijo al estacionar, buscando hacerse del móvil, tanteando en el bolsillo interior de su chaqueta, que ya ella se había quitado; pero Romina lo detuvo en su intento.

—No tienes que hacerlo, puedes llevarte mi auto —su propuesta lo tomó por sorpresa.

—No es necesario, puedo, en serio, llamar un UBER, o un taxi y...

—No aceptaré una negativa después de tanto ruego para conducir mi humilde Toyota. ¿No que te gustaba mucho y por eso he tenido que «sufrirte» como chófer más tiempo del que imaginaba? —bromeó, levantando las cejas y fingiendo un enojo poco creíble cuando la picardía, asomándosele a los ojos, la delataba.

En realidad, solo quería quitarle peso al recuerdo de la desagradable escena que se diera en el restaurante y por la cual, estaba segura, era esa cara de desilusión que él tenía.

Al final logró su objetivo, Gael se echó a reír liberando todo el estrés acumulado durante la última hora.

—Te lo agradezco mucho, preciosa; pero mañana debes ir a trabajar —la

persuadió, apoyando en una endeble fuerza de voluntad los deseos por besarla.

—No te preocupes, mi padre puede llevarme.

—Parece que quieres que me odien. ¿Acaso es eso lo que pretendes?

Romina lo observó, divertida.

—Mi padre me adora, lo tengo en mis manos —volvió a bromear, guiñándole un ojo—. Así que no habrá problemas, con mi intervención estás a salvo —respondió con una chistosa expresión de niña buena que lo hizo sentir en segundos que perdía el control totalmente.

—Entonces entiendo mucho a tu padre. —La vio arrugar la frente—. Lo entiendo porque no es solo a él a quien tienes en tus manos...

El pequeño espacio dentro del auto de pronto se convirtió en esa burbuja donde el único sonido que se escuchaba en ella era el de sus respiraciones, haciendo una mancuerna perfecta con los latidos de dos corazones que ya no aceptaban tregua alguna.

Gael le acarició la barbilla, delineó sus labios e hizo un recorrido tan lento por las mejillas y el borde de su rostro que Romina sintió miedo de abrir los ojos y descubrir que lo que estaba sucediendo era tan solo producto de una efímera ilusión.

—¿Lo sientes... igual que yo? Por favor... Dime que este sentimiento, desconocido o no para ti, te ahoga y te amordaza el alma tanto como lo hace conmigo... —imploraba mientras ella seguía con los ojos cerrados, dejándose llevar por el delirio que las caricias de sus dedos esparcían por la piel de su rostro.

Gael se inclinó, temblando, pidiendo ayuda al mismo cielo en su interior para no cometer una imprudencia; pero la verdad era que ya no podía aguantarse más...

—Por favor... Si es necesario, rogaré; pero... ¡Pídemelo! —El pecho de ella se agitó, y él confió. Dejó que los latidos del suyo le dieran alcance; besándole los ojos aún cerrados y viendo cómo el lagrimal dejaba escapar húmedas emociones—. Solo... pídemelo..., o te juro que...

—Bésame...

Un sollozo se escapó de su encierro desde el pecho de Gael al acunarle el rostro entre las manos, temblando, viéndola ahora atravesarle la mirada con aquellos hermosos ojos del color del mar, como si la vida misma renaciera en ellos... ¡Y entonces se hizo real...!

¡Único!

¡Especial!

¡Diferente!

¡Inolvidable...!

Un beso adulto que esperó paciente su momento, que superó una batalla y que soñó por años en silencio...

Sus bocas hambrientas se unieron reconociendo el sabor que en el tiempo se reservaron una a la otra. Cualquier sensatez o raciocinio en Gael voló por los aires, y todas las inhibiciones y dudas en ella desaparecieron, ignorando ambos a la voz de sus conciencias que, embravecida e indiscretas, les reclamaban.

Romina, como si la vida le fuera en ello, deslizó la lengua en aquella boca cálida y tibia que le restauraba el alma y la hacía navegar entre sensaciones desconocidas o, quizás, tan solo olvidadas.

Él la recibía como una bendición, amándola como nunca y adorándola por transformar un imposible en aquel maravilloso reencuentro. Se apoderaba de ella como el sediento que descubre un oasis, como quien estuvo muerto y un día se le premia con volver a la vida, reconociendo una vez más que solo en ella encontraba su paz, su aire, su hogar... ¡Su gloria!

Las caricias se volvieron demandantes, intensas; necesitaban tanto uno del otro que solo pensarlo los aterraba; mientras, sus bocas se apropiaban agresivas, exigentes, incitándolos a pasar el límite de todo y a enterrar cualquier miedo. Aquel era un beso donde la inocencia de una juventud pasada cedía todo el terreno a la pasión desmedida de un nuevo comienzo por descubrir. Doce años de ausencia los contemplaban, uniéndoseles, traicioneros, a las emotivas lágrimas de ambos, que también necesitaban sentirse protagonistas del momento, demostrándolo al rodar altaneras hasta esos labios hinchados, para hacerse notar con su salada esencia.

No quería permitirse pensar en nada más que no fuera ella, se sentía ebrio de amor, de deseo, de felicidad infinita viviendo aquella entrega. Eran tan tiernos como los recordaba, tan suaves, carnosos y tibios como tantas veces los soñó. Quería detenerse, la sabia sensatez se lo advertía, pero no tenía voluntad, menos cuando ella adentró las manos en su pelo y después en su pecho, convirtiendo en un tormento aquellas caricias.

Le mordisqueó los labios, lo sedujo, y con cada movimiento estaba a punto de enloquecerlo. Hasta que el calor de la sangre se volvió en un deseo incontrolable y recorrió aguerrida sus cuerpos, haciéndoles perder por algunos minutos la noción del tiempo.

Los dos se detuvieron, extrañándose sus pieles al segundo de hacerlo. Gael

cerró con fuerza los ojos y retiró con lentitud las manos de debajo de su blusa, donde la tersura de su abdomen parecía querer atesorarlas llorando ahora la ausencia. Adolorido, haciendo un esfuerzo sobrehumano que su vulnerable, palpitante y ardiente hombría no perdonaría. Era como subir al mismo cielo y caer en picado de golpe; pero por ella, por su amor y el recuerdo de un pasado, por el presente y el futuro que solo podía concebir ahora a su lado, era necesario esperar...

Besó su cuello, se impregnó del olor de su piel y contó en silencio uno a uno los latidos de ese corazón tan amado que en cada palpito le partía en dos el alma. La atrajo contra su pecho, buscando entre sus brazos el resguardo de lo eterno, de lo único que le daba ahora sentido y luz a su vida, agradeciendo en silencio a Dios la bendición de su regreso. Las palabras no encontraban su momento y Gael se dejó llevar por esa sensación de alivio que lo envolvía, como si un nudo de cadenas saltara en pedazos desde su pecho y lo liberara. Cerró los ojos, escuchando el apacible ritmo en el de su libélula, igual a un reloj en el tiempo emitiendo melodías cargadas de recuerdos junto a ese inolvidable rostro apareciendo en su memoria. Y entonces, las lágrimas se volvieron cautelosas, pero se negaron a retirarse sin antes escuchar un consuelo...

—Siento que he esperado por este momento toda la vida, aunque ahora no lo comprendas... —confesó él, apartándose un poco y uniendo la frente a la de ella, con los ojos cerrados—. No sé qué sucederá, ni qué hacer a partir de ahora... Reconozco que estoy asustado y... tal vez ayudaría que me hables, y me digas...

—Gracias... —balbuceó ella, y él se separó para mirarla a los ojos.

—¿Eso... qué significa? —murmuró.

Romina le tomó la mano, y junto a una queda caricia, con la yema del pulgar sobre el dorso de esta, decidió abrirse a él.

—Te agradezco porque... —las levantó, entrelazadas, y se las llevó al lado izquierdo del pecho— nunca lo había sentido tan vivo ni tan mío...

—Tragó en seco e intentó, con gran estoicismo, retener las lágrimas que se le amontonaron decididas en los ojos, pero le fue imposible—. Lo he culpado a veces, ¡muchas veces! Le he reclamado por años el no permitirme sentir, solo por creerse con ese derecho al ser un corazón prestado... Le he reprochado en silencio el porqué estaba en mi contra siempre, dejándome padecer este vacío sin ilusión ni motivo; pero, entonces, después le pedía perdón entre lágrimas a ese ser que se fue y lo dejó latiendo en mi pecho, dándome otra oportunidad de

vida. —Al decirlo se soltó de su mano y, con dedos temblorosos, comenzó a desabotonarse, lentamente, la parte superior de la blusa.

Gael cerró los ojos un instante y los volvió a abrir, buscando las fuerzas que sentía abandonarlo, y su rostro se bañó de lágrimas al ver el comienzo de aquella marca que decía tanto, que gritaba amor; estrujándolo por dentro hasta cortarle el aire y necesitar respirar fuerte para no sentirse ahogar.

—No sé qué nos sucede, Gael; o al menos, yo no sé explicarte qué me sucede a mí, especialmente cuando estoy a tu lado. —Él no podía hablar, el nudo en su estómago no se lo permitía, así que volvió a atrapar sus manos, arrojándolas junto a las suyas, para después besarlas—. Solo sé que, por primera vez desde que soy capaz de recordar, quiero arriesgarme... Veo tus ojos y, no te lo negaré, me intimidan y me atraen como un imán a la vez, y yo solo siento al final que no quiero alejarme de ti y que...

No la dejó terminar, pegó sus labios a su boca como si de ello dependiera respirar, y pretendiendo hacerle el amor a besos, imaginando que podía ser posible guardarla debajo de su piel...

«*¡Mi pequeña, mi libélula, mi mujer, mi amor...!*», se repetía, superado por aquel sentimiento que resurgía ahora con una fuerza abrumadora, burlándose del tiempo, del dolor y hasta de esa cruel amnesia que se negaba a hacerse a un lado.

—Por favor, no llores... —Se separaron, y era ella quien le otorgaba ahora consuelo, besándolo y recogiendo con los labios sus lágrimas—. No me gusta que lo hagas... —Ella frunció el ceño, y sonrió al verla secarse el rostro con la manga de la blusa—. Así me gusta... —continuó y tiró un poco con la punta de los dedos de las comisuras de sus labios, intentando ampliar aquella leve sonrisa que se gestaba en su semblante—. Dime, ¿qué puedo hacer yo para que sonrías siempre, Gael Alcázar?

La miró a los ojos, y el brillo de sus sonrisas detuvo el tiempo y dio un vuelco a sus corazones. Él se aclaró la garganta, cubrió con la palma de la mano abierta una de sus mejillas, y ella la dejó descansar allí como si fuera su lugar favorito, para entonces escucharlo decir:

—Tan solo existir...

Y una vez más, su besó pretendió volverse eterno...

De una patada cerró la puerta al entrar, maldiciendo por no haber podido dejar que lo trajeran hasta allí, pero el lugar no podía «quemarse», por lo que

no le quedó más opción que, casi a rastras, llegar por sus propios medios, intentando todo el tiempo no levantar sospechas. Terminó dejándose caer boca arriba en el colchón que, en el medio de la sala, era el único mueble que ocupaba esta. ¡Harto!, así estaba, y necesitaba que todo acabara de una puta vez para volver a su vida y a sus mujeres en Ibiza; o, quizás, la mejor opción podría ser trasladar el negocio finalmente a Ámsterdam, como le había propuesto el turco; pero de esa propuesta él no podía enterarse, lo mejor era que siguiera pensando que lo seguiría. ¡Ni loco lo haría! De cualquier forma, en cuanto todo acabara se largaría bien lejos de la podredumbre de la cual se había visto obligado a ser parte.

Se levantó y trastabilló hasta la pequeña cocina a ver qué se encontraba de comer; donde una encimera, que servía como columna divisoria entre los dos espacios, permanecía llena de vasos de plástico, botellas y cajas desechables con residuos de alimentos que terminaron provocándole una arcada.

Sacó el móvil de su bolsillo trasero, necesitaba buscar cualquier lugar de comida rápida que, al menos, le trajera un par de hamburguesas, llevaba dos días sin apenas probar bocado y al paso que iba, de la mano con el alcohol, estaba a punto de un coma etílico. Al sacar el aparato, este se le resbaló de las manos, si no hubiera sido por la alfombra del salón, a donde había regresado para dejarse una vez más caer en el mugre camastro, se habría hecho pedazos.

Con el golpe, se abrió la cámara y apareció en ella la imagen que tomara antes de salir de aquel lugar, un poco medio fuera de foco, ya que la borrachera no le dio para mucho más, y tuvo que aprovechar que el idiota de Jordán se entretuviera despidiéndose unos minutos para él poder tomarla. La pregunta ahora era: ¿debía mostrársela a ella?

Miró con detenimiento la fotografía unos segundos...

—Lo tienes idiotizado, y no es para menos. ¡Eres una ricura digna de la mejor montada! —se dijo con voz pastosa y desagradable—. Ya veremos entonces para qué nos sirves, muñeca... —concluyó con páfida maquinación y lujuria, pasando el dedo pulgar sobre la imagen de la pantalla.

Capítulo 20



La mañana no podía haber amanecido más cálida, y él llegaba al vestíbulo de la empresa con un aire tan diferente en sus expresiones corporales que sin dudas estaba seguro de que más de uno lo había notado. Y no es que antes fuera con sus subalternos un jefe de modales ácidos, pero era consciente de que usualmente no solía comportarse con la soltura con la que ahora le salía hacerlo tan naturalmente. Su frialdad y su continuo parco carácter comenzaban a desmoronarse lentamente, como si en su vida todo se llenara de una luz que lo acercaba con cautela al hombre que quería ser, ese que aún se escondía en algún recóndito lugar del alma, atento a cualquier señal que lo hiciera regresar desde el oscuro y solitario lugar en el que durante años se mantuvo oculto.

Saludó a todos con un ademán de mano antes de casi correr y entrar en el elevador, destinado este solamente al piso ejecutivo. Ya dentro, sacó el móvil del bolsillo interior de la chaqueta y comenzó a escribir.

¿Cómo amaneciste, preciosa? Ya te extraño.

Esperó impaciente la respuesta al mensaje, iluminándosele el rostro cuando el símbolo de haber sido leído aparecía y los puntitos intermitentes le

confirmaban que escribía.

Hola, amanecí excelente, ya estoy en el instituto, y... también te extraño.

Afloró en su rostro una gran sonrisa y el corazón le dio un salto al leer las últimas palabras.

Dime que te estás mordiendo, justo ahora, ese delicioso labio al confesármelo.

La provocó, sin poder evitar que todo en él se estremeciera al recordar esos besos de la noche anterior cuando creyó tocar el mismo cielo al sentirla temblar entre sus brazos, quedándose estos huérfanos del calor de su piel por tener que dejarla ir cuando, finalmente, la convenció de que no era necesario llevarse el auto, y terminó solicitando un taxi. ¡Nunca había deseado tanto que un servicio de recogida se demorara todo lo que quisiera como en ese momento!

Comienza a conocer mucho de mí, señor Alcázar. ¿Debo asustarme por eso?

La carcajada de él se escuchó a la par del sonido del elevador abriéndose en el piso de su oficina. Al salir, coincidió con un empleado, saludándolo con un apretón de manos apresurado después de contestarle, amable y cordial, a la pregunta de cómo le había ido en el viaje a Alemania. Por fin, agradeció en silencio despedirse de él rápido y retomó la conversación por textos.

Creo que no tienes una idea de lo que ya te conozco, hermosa, pero pretendo demostrártelo muy pronto.

Es un engreído, señor Alcázar, y lo peor es que no le importa serlo, ¿verdad?

Lo volvió a hacer reír, en ese instante hubiera deseado tener toda la mañana para dedicársela a ella o, mejor aún, ir hasta ese colegio y cargarla en hombros para llevársela tan lejos como pudiera, a donde nada ni nadie los molestara o interrumpiera. El corazón quería salirse del pecho y un latido mucho más íntimo se alojaba en su parte sur al solo imaginar lo que sería tenerla solo para él, a merced de esa necesidad de arroparla entre sus brazos, piel con piel, hacerle el amor y hundirse en ella hasta que su cuerpo y mente aceptaran de una buena vez que era cierto, que no soñaban y que ahora sí la

tenía a su lado para siempre.

Se tomó unos minutos, unos pasos antes de entrar al vestíbulo previo a la oficina, recostado en la pared, en medio del corredor; porque sabía que al llegar donde Mery ya todo serían diligencias y pendientes, mucho más teniendo en cuenta que llevaba una semana fuera del consorcio; aunque su tío le había dicho que, prácticamente, cada gestión que tenían en espera ya estaba finiquitada. Y era muy cierto, lo habían dejado todo listo y controlado trabajando varias horas desde la casa, durante los días posteriores a su llegada y en los que no vino a la empresa. La vibración del teléfono en la mano lo trajo desde donde sus pensamientos lo habían llevado, distrayéndolo.

¿Sigue cerca, señor Alcázar?

Frunció, pícaro, el labio y el color verde de los ojos se prendieron como dos luceros. Ella no tenía idea de todo lo que le provocaba que lo llamara así.

De ti, siempre; pues no habrá poder humano que me aleje ahora de usted, señorita Sanfield... ¿Qué harás durante la noche?

Hoy es el festival de música de la escuela, así que terminaré tarde. Por cierto, Alma está muy emocionada, ella es quien cerrará el evento con una interpretación preciosa de Richard Clayderman: Winter Sonata.

Gael enderezó el cuerpo de pronto, incorporándose desde la pared donde estaba recostado. No sabía nada referente a esa actividad, y le sorprendió que su primo no le hubiera comentado acerca de ella. Él siempre había asistido a las actividades escolares de la niña y no entendía por qué no tenía ni idea de esta ahora. Muchas hipótesis atacaron su mente; pero como todas eran cuchillos invisibles dispuestos a atentar contra su confianza y cordura, las desechó antes de comenzar a creer que la intención de Ignacio fuese el compartir solo con Romina, dejándolo fuera a propósito.

¿A qué hora se realizará?

Alas cuatro es la apertura.

¿Tú participarás? Me refiero a si interpretarás al piano como solista, o solo serán los chicos.

Apresurado, se encaminó a la oficina, observó el escritorio de Mery y sintió alivio por no encontrarla allí todavía, quizás estaba donde su tío o con su abuelo; o tal vez entregando alguna documentación en el departamento de finanzas, como generalmente solía hacer a esa hora.

Entró al despacho, dejó el portafolio en uno de los sillones y se dirigió a tomar asiento tras el escritorio, sin dejar de leer la pantalla del móvil, el cual puso sobre aquel mientras programaba una alarma en su Rolex, justo a las tres de la tarde. ¡De ninguna manera se perdería ese festival!

Sí, interpretaré el piano; pero solo para acompañar al coro de los alumnos de cuarto ciclo, y, bueno, también junto a Alison, una chica de quinto año que tiene montado un *performance* muy hermoso con el violín. ¿Acaso me preguntas porque será posible que vengas? De ser así, a Alma le encantaría verte entre el público.

No podía describir la felicidad que lo embargó cuando leyó que le preguntaba si podría asistir, se justificaba con el que Alma se pondría muy feliz, pero él quería creer que era ella quien más quería tenerlo a su lado, y ¡se juró por lo más sagrado que allí estaría!

Te prometo que estaré ahí sin falta, lo haré por mi querida niña, pero... Lo cierto es que tú serás mi mayor inspiración para asistir, y no tienes idea de cuánto deseo escuchar tu música.

Entonces, ambas te esperaremos felices.

Leyó la respuesta en plural y no le fue suficiente. Su instinto posesivo e incontrolable volvió a tomar las riendas y hacer la lucha, así que insistió hasta lograr que le escribiera lo que él quería y necesitaba tanto confirmar.

Pero tú lo harás más deseosa, ¿verdad? ¿Esperarás dichosa por mí...?

**Eres un manipulador, Gael, siempre quieres que se te diga lo que quieres escuchar.
¡No es Justo!**

Leyó lo que le contestaba, poniéndole seguido a la frase una imagen de una carita de emoticono feliz al lado del texto, y otra entrecerrando los ojos, con una tercera riéndose a carcajadas. ¡Definitivamente, esta nueva Romina lo

volvería loco! Y lo peor era que ¡adoraba que así fuera!

Entonces, dime lo que quiero saber, preciosa.

Está bien, tú ganas; sabes que esperaré ansiosa y también dichosa por ti.

¿Cuánto de ansiosa?

¿Será posible, Gael?!

Solo respóndeme y te prometo irme a trabajar tranquilo, ¡eso sí!, pensándote todo el tiempo y contando los minutos para llegar hasta ti.

Muy ansiosa, y también contaré el tiempo hasta verte aparecer. ¿La verdad? Creo que algo hizo su beso conmigo, señor presidente, ya que no coordino bien mis ideas hoy.

Señorita, no me provoque, mire que... ¡Juro que seré capaz de dejar todo tirado aquí e ir a raptarla!

Mejor concéntrese, termine bien su trabajo, y luego no deje de venir al festival, lo estaré esperando. Ahora debo irme, los chicos están llegando al salón. Hasta la tarde.

¿Solo así? ¿Podría enviarme algo más que una simple y escueta despedida que me permita aguantar la tortura que serán estas horas sin verla, profesora?

Esperó unos segundos y tamborileó los dedos, impaciente, sobre el escritorio.

«Respóndeme, preciosa, hazlo, necesito que lo digas tanto como el respirar», pensaba, y cuando creyó que ya ella había dejado el móvil, por la llegada de sus alumnos, del otro lado recibió la respuesta que le hizo aguararse los ojos y dejar escapar la más feliz de sus sonrisas.

Le envío un beso, señor Alcázar. ¿Será acaso que me estoy enamorando de usted?

Yo le devuelvo otro, señorita, porque... lo estoy de usted con toda el alma; más bien creo que... ¡lo he estado toda mi vida!

Suspiró profundo y dejó a un lado el móvil, luego de quedarse releendo

varias veces las últimas palabras que ella escribiera. Se reclinó hacia atrás en el sillón, cruzando detrás de la nuca las manos. Los palpitos dentro del pecho no le daban tregua, mientras la ansiedad lo abrumaba y se repetía en silencio que era necesario mantenerse ecuánime. Volvió a incorporarse, inclinándose adelante para tomar nuevamente el teléfono, abrió el chat y releyó una vez más toda la conversación, dejándose arrastrar emocionalmente por aquel profundo anhelo de que ella lo recordara de una vez.

«*¡Por favor, reencuéntrame! Haz que las memorias de nuestro amor despierten desde tus dormidos recuerdos... ¡Lo necesito tanto, mi libélula!*», rogaba en silencio.

Continuaba con aquel hondo vacío en el estómago, y aunque reconocía que podía verse como una inconformidad egoísta el no querer aceptar que, tal vez, la vida de los dos se reiniciaría a partir de ahora, borrando todos los recuerdos de esa juventud que verdaderamente marcó su historia, le estaba costando un mundo el mantenerse conteniendo todos aquellos sentimientos encontrados que lo atormentaban desde que volvió a verla.

No se resignaba a ser para ella tan solo el hombre que acababa de conocer y del cual se estaba enamorando ahora. ¡No! ¡No quería eso! Necesitaba más, sentía que le era vital que lo reconociera como a su Gael. Ese que la amó desde que la vio por primera vez y que la ha llevado tatuada en cada fibra del alma todos estos años; así como para él ella era su *libélula*, la misma que besó e hizo mujer con aquel valle de testigo. El que ella terminara por recordarlo era lo único que le daría la paz que tanto pedía a gritos su inseguro corazón.

¿Cómo saber que sin reconocerlo podría amarlo tanto como él esperaba?

¿Y si en algún momento dejaba de ser el hombre que deseaba a su lado?

¿Era tan fuerte como en el pasado este sentimiento que nacía por él en ella ahora, o terminaría siendo solo un casual y pasajero deslumbramiento que no llegaría a nada más que a unos meses de enamoramiento?

Se frotó los ojos y se levantó del sillón, dando un intranquilo paseo por el lugar; pensativo, intentando todo el tiempo alejar de la mente cualquier sentimiento de desesperación que, sin duda, podría llevarlo a cometer algún tipo de imprudencia.

Estando aún ensimismado en más de un pensamiento, y los cuales tenían solo que ver con Romina, los golpes de nudillos en la puerta lo hicieron girarse y mirar a ella.

—Adelante.

Al terminar de autorizar el paso a quien fuese que estaba del otro lado, vio que se trataba de Mery, entrando dispuesta hasta donde estaba.

—Buenos días, Gael, siento mi ausencia cuando llegaste, pero tu abuelo me pidió que lo ayudara con algunos documentos que debía archivar, y enviar por correo clasificado. Amina, que suele ser su secretaria cuando él viene a la empresa, se enfermó de gripe, y el señor Román estaba hecho un lío con varios asuntos pendientes.

—No te preocupes, Mery, enseguida nos pondremos al día, gracias por solidarizarte con el abuelo; reconozco que es muy quisquilloso y lo noto hace días un poco más ansioso que de costumbre —contestó agradecido—. Además, no creo sea mucho lo que debemos revisar hoy, mi tío y yo hemos hecho buen equipo y sé que él ya tiene casi todo encaminado.

—Así es, el señor Octavio ha adelantado bastante.

—¿Alguna novedad extra, Mery? —preguntó sentándose, tras quitarse la chaqueta y aflojarse la corbata, abriendo el portátil sobre el buró, mientras la eficiente asistente tomaba asiento delante de él y abría la agenda electrónica que traía.

—Los de la naviera ya firmaron el contrato con los nuevos términos, incluyendo lo referente al seguro. También el señor Aldemar estuvo aquí y dejó toda la información que le solicitaste acerca de las últimas exportaciones a la sucursal de Canadá; por cierto, me enfatizó varias veces que le hicieras llegar el aval de tu parte referente a la última auditoría de los almacenes de Bloomington.

—Hoy mismo se lo envío. ¿Eso es todo lo que tenemos? —indagó, concentrado en el teclado mientras abría varios archivos en el buzón del correo electrónico, rectificando lo que ya estaba listo para darle curso desde días anteriores.

—Bueno, por último, ayer estuvo aquí la señorita Beatrice.

Gael dejó de escribir y de inmediato levantó los ojos hasta los de su secretaria. Lo que acababa de oír era lo último que esperaba.

—¿Beatrice estuvo aquí? —preguntó un poco incrédulo, después de cómo terminaron las cosas entre ellos no esperaba que volviera a buscarlo.

—Sí, ayer, después del mediodía, y te dejó esa caja. —Señaló hacia el mueble, estilo librero, que había detrás de él, a un lado del extenso ventanal. Tenía divisiones bastante amplias y, justo en una de ellas, de donde parecía habían retirado varios libros, se encontraba una caja blanca con una cinta atada del mismo color, que analizó Gael extrañado, tras girarse a verla.

—¿No te dijo lo que era?

—No, solo me pidió que te la entregara personalmente, que se trataba de carácter privado, y que te dijera que la llamaras cuando hubieses visto el contenido. También ha cambiado el número de teléfono, aquí tienes el nuevo. —Del interior de una libreta de apuntes que traía, sacó una hoja de papel doblada y se la extendió.

Gael la abrió y leyó detenidamente. No solo estaba el número telefónico escrito, sino que una corta nota llamó su atención: *«Espero que el viaje a Alemania haya arrojado el éxito que esperabas; además, creo que nos debemos una conversación. Llámame cuando veas mi obsequio, estaré ansiosa esperando.»*

Se quedó pensativo ante la mirada discreta de Mery, le perturbaba el que Beatrice reapareciera en su vida, más en este momento que estaba viviendo. No quería parecer un cabrón insensible, pero después de varios meses, y teniendo en cuenta cómo habían finiquitado ellos, consideró que le había quedado claro que no había nada que dialogar o intentar arreglar.

—¿Necesitas algo más, Gael? —interrumpió la asistente, sacándolo de sus pensamientos.

—No, puedes retirarte, y gracias por todo.

La mujer salió de la oficina, y después de cerrar la puerta, él se dio la vuelta en el sillón giratorio hasta quedar justo de frente a aquel supuesto «regalo» que le trajera Beatrice.

Se incorporó y alcanzó la caja, no advirtiendo nada especial en ella, fuera del lazo que la amarraba en forma de cuadrante y que le pareció excesivo. La analizó detenidamente, incómodo, dejándola sobre el escritorio, y una intranquilidad renuente se apoderó de él. Beatrice no tenía nada suyo, personal, que le perteneciera, mucho menos al punto de tener que tomarse el trabajo de venir a devolvérselo, por eso no entendía a qué se podía deber aquella extraña actitud. No dilató más el hacerse hipótesis ideas y decidió comprobar de qué se trataba todo esto abriendo, por fin, aquel paquete.

Lo que se encontró lo impresionó al mismo tiempo que lo intimidaba. Las palabras de su primo, meses atrás, haciendo énfasis en la relación de él con Beatrice, y de lo que, a sus ojos, evidentemente ella sentía por él, le llegaron claras repitiéndose una y otra vez en su mente. Hojeaba por partes, incrédulo y preocupado, el contenido de lo que ella le había dejado hasta que lo vio... Una furia apenas controlada se apoderó de cada célula de su cuerpo. Dio un puñetazo en la mesa y se maldijo por su estúpida ceguera ante lo que Ignacio

le quiso hacer ver.

De golpe, le cayó la certeza de que, ¡sí!, sin duda alguna, era indispensable que esa conversación entre ellos se diera y terminaran de cerrar ese ciclo de su vida que, definitivamente, ahora estaba seguro de que había sido un grave error...

Dio la vuelta a la llave en la cerradura y entró tras abrir la puerta, dejando esta escapar un sordo chirrido. El fétido olor a comida, humedad y suciedad, parecía haberle dado una bofetada que lo hizo pinzarse con los dedos la nariz, en un evidente gesto repulsivo.

—¡Maldito cabrón! ¡No entiende que esto no es un juego, y me hace llegar hasta esta ratonera que se ha buscado!

Se dejó caer hacia atrás la capucha del abrigo, con la que se cubría la cabeza debido a la fina llovizna que afuera caía, y se dispuso a atravesar el estrecho pasillo hasta la desierta y fría sala.

Ahí estaba, tirado como un desperdicio más en el colchón y rodeado de basura. Quien no supiera de su adición pensaría que estaba muerto, y no completamente borracho o, en el mejor de los casos, pasando una fuerte resaca; esperaba que fuera lo último.

Con la punta de la bota le dio un golpe en la pantorrilla, pero solo un leve movimiento, junto a algún que otro ronco gruñido, fue la respuesta; así que optó por algo más drástico. Se dirigió a la improvisada cocina y, después de echar más de una maldición entre dientes por el precario estado de aquel lugar, el cual le hizo arquear de náuseas más de una vez nuevamente, encontró una vasija vieja, la llenó de agua del sucio grifo y, sin pensarlo mucho, regresó hasta el despojo humano tirado en el deplorable camastro, bañándole el rostro de un tirón y provocando el sobresalto de este.

—¡Mierda! ¡Eres un hijo de puta! —Se incorporó manoteando a todos lados con una mano, mientras que con la otra se frotaba la cara, empapada.

—¡Y tú un completo imbécil que actúa como un idiota queriendo que lo atrapen! ¡Maldita sea, sabes que ya tenemos a ese cabrón pisándonos los talones, y te das el lujo de estar ahí tirado! ¡Con razón no has contestado ni una jodida llamada! —gritó, agarrando el móvil olvidado a poca distancia y mostrándole en la pantalla doce llamadas perdidas, para después aventárselo a un lado.

—¡No me jodas más, Bronco! ¡Pareces mi puta nana! —espetó con rabia,

incorporándose aún soñoliento, tambaleándose y yendo a buscar media botella de agua que quedaba de las que, horas antes, le trajeran junto a la comida basura que pidió al local más cercano.

La encontró tirada junto al desorden de bolsas de plástico con varias botellas de licor vacías. Se la bebió casi de un trago, sin poder dar alivio a la sequía que padecía por las largas horas en las que el alcohol hizo estragos en su cuerpo.

—Agradéceselo a tu difunta madre, solo por ella, y por la eterna gratitud que le guardo, es que me he echado sobre los hombros este castigo de andar de lazarillo tuyo; pero comienzo a cansarme de tus mierdas. ¡Te lo advierto!

Lo miró con desgana, y en la frialdad de su mirada, sin necesidad de palabras, le reclamó el que le mencionara a su progenitora sin tener en cuenta el dolor que le causaba recordarla. Lanzó la botella detrás de él, estaba harto de todo y deseaba más que nunca largarse y volver a su vida de antes, pero para eso sabía que era necesario cumplir con el plan trazado, y así lograr que el Cacique entrara de nuevo a formar parte del ruedo de The Community, o de lo contrario todo se iría a la mierda, incluyendo sus negocios en Ibiza.

—Quiere hablar contigo —dijo el llamado Bronco, mirando su reloj en la muñeca—. Justo ahora está esperando tu llamada.

Supo de inmediato a quién se refería.

—Vale, lo llamo. —Se inclinó a recoger su teléfono, tirado sobre el colchón, pero el rudo hombre lo detuvo.

—No desde tu móvil, tiene que ser desde este. —Se extrajo uno de la parte interior de su chaqueta y se lo alcanzó—. Me pidió que te lo entregara; a partir de ahora, cada vez que te comuniques con él, debe ser a través de este dispositivo, nunca desde otro diferente. ¿Entendido? —enfaticó, mirándolo serio e intentando con un gesto al entrecerrar los ojos que comprendiera de una vez el carácter confidencial y peligroso de la situación.

—¡Comprendido! —masculló la respuesta entre dientes, agarrando el aparato y alejándose unos pasos para hacer la llamada—. ¿Es el mismo número, o eso también cambió?

—Pensé que no llegarías nunca a esa «inteligente» conclusión —ironizó, viéndolo tensar la mandíbula, acercándosele para darle un papel con un número anotado—. Memorízalo, debo destruirlo —exigió, pero no fue necesario decir más; el hombre leyó, y antes de marcar la llamada, buscó una fosforera en el bolsillo de su vaquero y prendió fuego a aquella prueba, dejándola hacerse cenizas en la vasija que, momentos antes, su acompañante

utilizara para tan «amablemente» despertarlo con una improvisada ducha fría.

Después de tres timbres, la voz que tanto conocía respondió del otro lado de la línea.

—¡No me sermonees tú también, con Bronco jodiéndome la vida tengo ya suficiente! —reclamó con rabia al escuchar las primeras palabras de su interlocutor vociferándole y criticando sus actos—. ¡Ya te dije que todo está listo! El lugar es discreto y podrás pasar desapercibido; además con una excelente tecnología de seguridad que nos podrá dar margen para tomar medidas drásticas e imprevistas de ser necesario, después de la primera operación.

Por unos minutos, escuchó todo lo que se le decía bajo la atenta mirada de su acompañante que, en silencio, seguía sus intranquilos movimientos caminando de un lado a otro del lugar.

—¡Eso fue una casualidad, necesitaba desconectar un poco y...! ¡¿Por qué mierda me mandas a seguir?! —preguntándose lo miró con rabia al tal Bronco, seguro de que era él quien estaba siempre detrás suyo como una sombra—. ¡Ya te escuché! Te aseguro que todo estará listo para pasado mañana en la noche. Tú solo controla que la ruta no sea alterada y que no dupliquen la seguridad, o ten la certeza de que se joderá todo, y recuerda que será en el cruce Kinglane, ni un metro antes ni uno después, justo ahí. —Escuchó por unos segundos más, y sin despedirse colgó la llamada, guardándose el nuevo móvil en el bolsillo trasero del pantalón.

—¿Tienes ya todo claro? —preguntó Bronco.

—¡Eso es asunto mío! Mejor contéstame tú. ¡¿Por qué coño me sigues a todos lados?! ¡¿Te lo ordenó él?! ¡No soy un puto crío! —reclamó, demandante, acercándosele dos pasos.

—Ahora soy yo el que te digo que eso es cosa mía, y no tuya.

—¡Sabía a dónde fui ayer y también acerca de mi encuentro en ese lugar! Eso solo confirma una cosa: ¡el gran cabrón me tiene vigilado y algo me dice que eres tú el que se presta para eso! ¡¿Quién, si no?! ¡¿Qué mierda hacías allí?! —

—No es tu asunto. ¡Y basta de reclamos! Dame tu teléfono.

—¡¿Para qué lo quieres?! ¡No me jodas e intentes quitármelo! —le dio la espalda.

—Tú sabes para qué. ¡Ella no puede ver esas fotos o joderá todo el plan, y lo sabes!

Lo miró, sorprendido, era un hecho que lo vio tomar las fotografías antes

de salir del restaurante.

—¡Basta ya, Marlon! Entiende que no solucionarás nada cumpliéndole el caprichito, solamente empeorarás las cosas y afectarás el resultado de la misión. —Se esperaba esa carcajada irónica con la que le contestó, pero no por ello dejó de seguir intentando convencerlo—. No te ciegues, sabes que es así y que esa mujer no es importante para nuestros planes, y solo será...

—Entonces, ¿confirmaron que es ella? ¿Es la chica esa que Rolando Alcázar ha querido encontrar desde hace años? —interrumpió, y lo vio asentir—. ¡¿Y por qué entonces terminaron dándole esa información cuando se acordó no hacerlo?! ¡No entiendo la razón! Después de tanto tiempo, ¡¿acaso se volvieron magdalenas samaritanas permitiendo que el hijo de puta del «principito Alcázar» recupere su juguete perdido?! —Caminó alrededor con las manos en la cabeza sin soltar el móvil de una de ellas, la rabia y el rencor lo corroían por dentro como lava circulándole por las venas. Conocía toda la historia al respecto de esa mujer, por pura casualidad tuvo conocimiento de ello, y por años se regocijó imaginando cómo ese mal nacido sufría por alguien que creía muerto sin saber que no era así.

En el restaurante, cuando vio a aquella joven, tuvo la impresión de que la reconocía de algún lugar, pero la embriaguez del momento, obviamente, no lo dejó analizar de dónde. No obstante, algo le hizo tomar aquellas fotografías, en un principio solo para querer joder en un futuro al maldito de Gael, quien parecía macho alfa en celo resguardando a su hembra incluso hasta de sus ojos, demostrándoselo cuando se incorporó de un impulso de la mesa y se interpuso entre ellos y la muchacha que lo acompañaba, tras ella presentarse y decirle su nombre.

«*Romina Sanfield*», recordó, confirmando que era el mismo que le dijo el Cacique durante aquella primera visita, cuando le preguntó por los expedientes de investigación que encontrara en la casa tras poder realizar aquella arriesgada operación para sacar el dinero restante de la caja fuerte, en el sótano, evadiendo a los federales.

Pero lo cierto era que ella sí lo recordaba muy bien, de hecho, nunca había olvidado ese nombre. Le confesó que los escuchó hablar a ellos dos desde el otro lado de la puerta ese día, confirmando lo que anteriormente oyera también decirle a Rolando Alcázar, cuando apenas llevaba poco tiempo escondida en la casa de Seattle y era entrenada para entrar a formar parte del plan. Pero después conoció al hijo de puta del engreído Alcázar y todo se complicó.

«*¡Maldito seas! ¡No hay nada que a ti se acerque que no se contamine!*»,

se dijo con rabia, recordando que después de una de aquellas fuertes crisis emocionales que padeciera tantas veces, y por la que pasó a su lado una noche completa vigilándola por temor a que se hiciera más daño, nació, años después, el juramento de ayudarla a apartar de su camino cualquier obstáculo que le impidiera lograr lo único que anhelaba en la vida: al cabrón de Gael Alcázar, de quien había terminado obsesionándose; porque, la verdad, no creía ni consideraba que aquello fuera amor.

Podía parecerle una locura a muchos, pero después de conocer su historia, él sabía que tenía una deuda moral con ella aunque no hubiese sido directamente el causante de su desgracia. ¡Y por todo lo más sagrado en su vida, como lo era el recuerdo de su madre, juró que iba a ayudarla! Al final, todo volvería a la normalidad, él regresaría a Ibiza y el Cacique a su mundo de excesos; al menos ella, quizás, podría tener la oportunidad de tener una vida diferente, y por supuesto que se la merecía. Por eso tenía claro lo que debía hacer, creyendo que, ahora sí, las cosas prometían comenzar a dirigirse a su lugar de nuevo.

Estaba seguro de que Gael vio algo en la expresión suya que no le gustó, ya que ahora, sobrio, reconocía que, efectivamente, ese rostro podría decirse que era el mismo, o al menos muy parecido al de aquella imagen de años atrás, realizada por el retratista que contratara Rolando Alcázar, y cuyos bocetos, casi como verdaderas fotografías, encontrara él entre las pertenencias de su padre cuando confiscaron las propiedades en Seattle. Era un rostro más adulto, pero entendía que esos ojos, de un azul tan intenso, difícilmente podrían ser olvidados por alguien, ni siquiera él los olvidaría.

—Nosotros no dimos nunca ninguna información a los Alcázar acerca de ella, recuerda que todo se salió de control y... —retomó Bronco, deteniéndose a pensar las palabras por unos segundos—. Cuando pasó lo que pasó, yo me separé del equipo, evitando que se unieran cabos sueltos y los llevaran hasta mí, así que esa investigación quedó inconclusa, y solo llegamos a saber que esa familia ya no estaba en Rusia, sino aquí, en América; pero esto último jamás se le comunicó a Rolando.

—Entonces, ¿cómo explicas que sea ella y, principalmente, que esté con él ahora?!

—¡No te lo sé explicar, carajo! —le gritó y tomó aire, el muchacho lograba sacar lo peor de él.

Pensaba en lo estúpido que era que perdieran el tiempo hablando de ese tema tan insignificante, cuando existían tantas cosas aún por coordinar; pero

tanto Marlon como la otra desequilibrada podían llevarlo todo a la mierda por culpa de sus obsesiones, y había que tener paciencia con ellos.

—Pensamos que es porque Rolando no se dio por vencido —siguió—. Al parecer, continuó investigando el paradero de esa gente o, quizás, alguien finalmente terminó diciéndole lo que nosotros le ocultamos: que ellos vivían en este país, y es evidente que terminaron descubriéndolo con el tiempo.

—Me niego a creer que ha sido cuestión de suerte que la encontrara. ¡Maldito sea ese cabrón! —Caminó a un lado y pateó una bolsa con varias vasijas vacías dentro de ella—. ¡No solo llega un día siendo un pobre diablo y se encuentra con que le ponen el mundo a sus pies; también, seguido a eso, el abuelo logra joder a toda nuestra familia y ahora, además, la cabrona y benevolente vida lo premia devolviéndole a la mujer por la que, según ellos, había llegado de Cuba convertido en un patético y jodido muerto vivo!

—Eso ya no nos importa, Marlon. Tenemos en nuestras manos la posibilidad no solo de hacerlos pagar, sino también de recuperar lo que nos pertenece a los Carvalho. ¡Es en lo único que tenemos que concentrarnos ahora!

—No le fallaré a ella, se lo advertí al Cacique y te lo advierto a ti. Los dos sabemos cuál será su destino cuando todo esto acabe, y si él no ha querido entrar en razón respecto a ella, yo haré lo que es justo. ¡Se lo prometí! Además, ¡se merece por una puñetera vez, al menos, tener algo que quiere, y no solo ser utilizada y luego tratada como basura!

—¡Maldita sea! ¡¿Acaso no te das cuenta de que no está en sus cinco sentidos?! —espetó con furia, sujetándolo por el hombro al verlo agarrar la cazadora y sacudirla para disponerse a salir—. ¡No puedes cegarte, Marlon! ¡Los años de adicción a la coca la jodieron toda!

Le apartó con fuerza la mano con la que le agarraba el brazo y, sin dejar de mirarlo fijamente mientras se ponía la chaqueta de cuero, contestó con la misma rudeza:

—¡Tú y yo sabemos a cuál hijo de puta ella le debe su locura, tío Bronco! ¡No me vengas con mierdas tú también! ¡Y la cocaína fue lo que menos daño le hizo!

Y sin dejarlo contestar nada más, le cortó las palabras a medio camino y se dirigió a la salida, seguro de lo que tenía y debía hacer.

Había leído más de una decena de veces aquel mensaje y aún no lograba

controlar la ansiedad que le provocaba que él la estuviera citando para verse; sobre todo, haciéndole mención del regalo que le dejara. Se levantó de la cama y se fue al cuarto de baño, pero desvió los ojos de la imagen que le devolvió el espejo, donde las sombras bajo los ojos le atizaron una vez más a la depresión, que amenazaba con torturarla de nuevo tras escuchar aquella revelación de boca de Román Alcázar. No sabía qué esperar, pero tampoco se detendría a columbrar ideas de las que no tenía certeza alguna, y que solo podían ocasionarle más tensión de la que ya sobrellevaba desde el día anterior.

Se deshizo del pijama y se adentró en la ducha, donde minutos antes había dejado correr el agua tibia mientras se cepillaba los dientes. Con el agua deslizándose por su cuerpo cerró los ojos y, una vez más, recordó lo que decía aquel mensaje que había traído un pequeño soplo de esperanza para ella de nuevo:

Beatrice, me han entregado lo que dejaste en la oficina, y creo que tienes razón: debemos hablar. Por favor, hazme saber el momento en el que sea posible que nos veamos, considero que es necesario e importante que lo hagamos cuanto antes.

Esperaré a que te comuniques conmigo.

Gael

Mientras sentía el calor del agua envolviéndola, y dándole una sensación de paz que llevaba mucho tiempo sin poder disfrutar, sonrió recordando el mensaje, sin abrir los ojos, dejándose embriagar por todos los recuerdos y vivencias que tenía junto a él...

Capítulo 21



La tarde había sido toda una vorágine de preparativos en el instituto, causa por la que no se había podido permitir un momento para pensar con detenimiento en nada más que no fuera revisar acordes, partituras y, especialmente, ayudar a los más pequeños a mantenerse tranquilos y confiados en que lograrían una extraordinaria presentación en el festival.

A pesar de ello, en más de una ocasión se colaba un travieso recuerdo con el rostro de Gael como protagonista, provocándole varias sonrisas involuntarias que más de uno a su alrededor ya había advertido.

—Hum... Es más grave el asunto de lo que pensé. Otra sonrisita, querida, y nunca podrás cerrar esa boca normalmente de nuevo. —Romina se echó a reír.

Con su habitual taconeo, Marisa, la profesora de Literatura, pasaba por su lado y le daba un leve codazo en el brazo, sacándola de su burbuja de pensamientos idílicos mientras revisaba el programa entre bastidores.

—¿Los chicos del coro están ya listos? —preguntó intentando evadir la insinuación de su intuitiva amiga, y quien llevaba días interrogándola.

Primero, le dijo que llegó a pensar que se había «concretado el asunto» entre ella e Ignacio, y de ahí atribuía que venía el motivo de verla tan radiante;

pero cuando se enteró de que no era precisamente él quien la tenía entre perdida y pensativa todo el día, sino su recién llegado primo, el intranquilo ímpetu que la caracterizaba se triplicó disparándole los deseos por conocerlo, como justo sucedía en ese momento.

—Hasta ahora, creo que no ha llegado, querida; solo veo padres sosos y abuelos regordetes dentro del público; no hay ningún «buenorro» galán a la vista, excepto el padre de tu alumna, claro; pero ya sabemos que ese está descartado. ¡Lástima! El doctorcito está como para enfermarse cada día e ir a consulta. Yo solo espero que tu Gael, ¡mínimo!, lo supere en gallardía, ya que no admitiré errores genéticos, ¡te lo advierto! —amenazó chistosa, sin mirarla, pendiente a todo lo que ocurría fuera y haciéndola reír como siempre con sus ocurrencias, mientras que continuaba mirando a hurtadillas por la diminuta abertura de la gigantesca cortina del telón del teatro hacia todo el auditorio, que ya se iba llenando de padres, familiares e invitados de varios colegios.

—Tal vez, al final, le sea imposible asistir por algún compromiso de trabajo —justificó Romina, sin poder evitar un vacío de decepción en el estómago al imaginar esa posibilidad.

—¡Ay, no! —Se giró a verla sin alejarse de donde espiaba—. No mates mis ilusiones de conocer al Gael de mis amores, seguro que él si viene, además... —Volvió a echar una ojeada clandestina por la apertura de la tela—. ¡Ven, mira! —Romina ni se inmutó, negando con la cabeza, pero quién le llevaba la contraria a aquella mujer—. ¡Qué vengas aquí te digo, muchacha! —Se le acercó y la levantó por el brazo para llevarla hasta la esquina desde donde vigilaba a los asistentes del evento—. Esos que están ahí, desde el centro de la tercera fila hacia la izquierda, ¿no son todos los familiares de Alma Alcázar?

Romina solo asintió, sin dejar de observarlos.

Efectivamente, eran ellos, cada uno con la hoja del programa del festival en las manos. Había venido toda la familia, al igual que sus padres, que estaban en el extremo contrario. Vio a Román y Elena, los padres de Ignacio; a él y a su hermana, Viviana, y... Se quedó observando al hombre y a la mujer que estaban sentados al lado de la tía de Alma: los padres de Gael. No había tenido oportunidad de conversar con ellos, y tampoco entendía por qué la posibilidad de hacerlo la inquietaba tanto, especialmente por su padre.

—Y entonces... ¿Nada del galán aún? —Escuchó preguntar a Marisa, que se había alejado a la otra punta del cortinaje y solo faltaba que terminara cayendo de bruces por estar parada en puntillas, logrando que al final todos se

dieran cuenta de que pasaba revisión a los presentes del evento como si pretendiera encontrar entre ellos el último eslabón perdido.

—No, no ha llegado; y lo mejor que tú y yo podemos hacer es irnos a terminar de organizar la primera presentación, y coordinar los tiempos entre ellas con todos los demás —diciéndolo señaló hacia el lugar, a pocos metros, en el que se observaba una revolución constante de movimientos y ensayos de último minuto entre alumnos y maestros.

—¡Eres una aguafiestas! —espetó frunciendo graciosamente el labio.

—Solo faltan quince minutos para que empecemos, y tú y yo estamos aquí fisgoneando; además, debo ir con Alma.

—Pero en cuanto llegue me lo presentas, ¡*deal*?! —enfaticó su acento inglés al cerrar el acuerdo, entrecerrando los ojos.

—¡Vale! De ti nadie se libra, ¡es un trato! Si viene, te lo presento; pero ahora vámonos.

—Por supuesto que vendrá —afirmó, guiñándole un ojo y colgándose de su brazo para unirse a la locura de voces y carreras de un lado a otro que se desataban a poca distancia de ambas.

—¿No necesita nada más? Quizás un sobre o tal vez algún papel de regalo y...

—No, gracias, ha sido muy amable y le agradezco infinitamente que me ayudara con la pluma y, aún más, con el favor de hacer llegar estas rosas a su destino.

Mientras varias personas, apresuradas, se dirigían al final del instituto pretendiendo no perder la oportunidad de hacerse con un buen lugar para disfrutar de la función, allí estaba él, sentado frente a la solícita y amable joven secretaria: Susy, según se había presentado, y que lo observaba embobada viéndolo escribir aquella nota para lo cual le pidiera un bolígrafo minutos antes.

Gael, sin dudas, impresionaba enfundado en aquel traje, ese día de color gris, acompañado de una corbata azul cerúleo. No solo le quedaba como un guante y dejaba tras su paso un buen desafío para toda imaginación femenina de los músculos de sus brazos, sino que, además, le hacía resaltar aquella mirada felina que ya más de una vez había provocado que la chica tartamudeara al responderle.

Traía consigo un ramo de rosas rojas y otro de pequeñas margaritas

rosadas. Para el primero, ya le había pedido encarecidamente a la muchacha dónde quería que lo pusiera; al principio, esta dudó de poder lograrlo. ¿Pero qué no conseguía un hombre como él cuando de ser todo un caballero se trataba?

—Entonces... ¿Crees que puedas hacerlo? —preguntó ansioso a la chica.

—No se preocupe, lo haré tal y como me lo pidió —contestó asegurándose y sin poder evitar que un suspiro más que evidente se le escapara.

Gael le entregó el ramo de rosas luego de dejar entre los rojos botones semi abiertos de estas la nota que acababa de escribir.

—¿Me quisieras explicar ahora cómo llegar hasta el anfiteatro? Es la primera vez que vengo al colegio —pidió, haciéndose con el ramo de margaritas.

—Por supuesto. Solo siga todo el pasillo hasta el final, y después de pasar la puerta de la cafetería, que le quedará a mano derecha, gire en esa misma dirección y se encontrará en ese corredor con la entrada del teatro.

Se despidió de la simpática chica, no sin antes volver a agradecerle su amabilidad y recordarle dónde exactamente quería que dejara el ramo de rosas.

Se dirigió, esta vez apresurando más sus pasos, en la dirección que le explicara la joven. Al llegar a la entrada del auditorio, se percató de que este no era tan grande, solo lo necesario y acorde para una institución educativa; pero frustrante para quien, como él, llegaba rayando la hora y se encontraba con que todos los puestos estaban ocupados.

Con la vista recorrió todo el lugar intentando dar con su familia. Le fue difícil localizarlos, ya que varias personas aún se levantaban una que otra vez buscando acomodo, mientras que otras simplemente lo hacían para llamar o hacer señas a alguien al verlo entrar, y para quien habían reservado un asiento a su lado. Cuando finalmente localizó a los suyos, entre las primeras filas, también descubrió, del lado opuesto a ellos, a Ivanna y Armando, un poco más alejados; sin embargo, al intentar acercarse, las luces bajaron en ese instante y el silencio de todos anunció que el evento iba a dar comienzo, no quedándole más opción que quedarse de pie a un lado de las puertas de entrada, cuyo único beneficio era estar justo frente al estrado y el nivel de altura, que le daba un mejor ángulo de este.

Una señora se acercó al micrófono ubicado al lado izquierdo de la plataforma, aún sin levantarse el telón, y dio la bienvenida a todos.

—Familiares e invitados, les agradezco su asistencia el día de hoy a este Festival anual del instituto académico Shepherd School of Music, específicamente, como colegio elemental asociado del campus universitario del mismo nombre.

»Con las presentaciones que hoy disfrutarán, nuestra intención es demostrar el amplio desarrollo del estudiantado en sus diferentes niveles educacionales y, especialmente, en cada variedad y especialidad dentro de la enseñanza de la música que imparte nuestro centro.

»Es mi deber como directora hacer énfasis en que, en este año en particular, hemos contado con el privilegio de agregar a nuestro equipo a varios excelentes maestros, como también talentosos profesores de música; y mi deseo es que, principalmente los padres y familiares que hoy nos acompañan, tengan la oportunidad de conocer e intercambiar opiniones al terminar la actividad. Sin más preámbulo, hago oficial la apertura del vigésimo octavo Festival de Música Clásica instrumental del Conservatorio, con la magnífica interpretación de nuestro coro de cuarto año, a cuatro voces, y acompañado al piano por la profesora Romina Sanfield.

No supo cómo el pecho, e incluso su piel, soportaron el palpito tan fuerte que le dio el corazón al escuchar el nombre de su ángel; pero mucho más difícil le fue controlar sus emociones en el momento en el que la vio aparecer al alzarse lentamente el telón del escenario.

Parecía un hada con aquel vestido blanco perla, de seda y cuyas mangas largas caían sobre sus brazos con una elegancia casi sensual; logrando que la transparencia en ellos contrastara con el ligero estampado color plata de la elegante falda. El cabello, recogido en una cola baja, y el ligero y casi natural maquillaje la hacían ver tan distinguida y perfecta que Gael tuvo la necesidad de repetirse varias veces que solo a él pertenecía aquella criatura, para poder mantener la calma y aguantar los deseos de correr a ella y llevársela de allí, y que ninguna otra mirada la disfrutara.

«¡Sí! ¡En un loco posesivo es en lo que me estoy convirtiendo! ¡Pero no me importa! ¡Mi ángel es mía! ¡Solo mía!», se repetía superado por la emoción y con las lágrimas aflorándole a los ojos.

Necesitó armarse de una estoica fuerza de voluntad para contrarrestar el estremecimiento que le recorría el cuerpo. Era una mezcla de felicidad y orgullo tan infinita y abrasadora que no creía que fuera posible detener por mucho más el llanto que subía a su garganta y desde allí amenazaba con bañarle el rostro. La vio girarse luego de su reverencia al público, que no dejó

de aplaudir por varios segundos; detrás de ella, más de una veintena de jóvenes ataviados con esmoquin negro los chicos; y vestidos de gala, gris plata, las chicas, esperaban atentos las instrucciones del maestro que los dirigiría.

Gael advirtió cuándo su Romina se sorprendió al llegar hasta el piano de cola, al lado izquierdo del director del coro, la joven secretaria había cumplido, allí estaba el precioso ramo de rosas rojas sobre la pulida superficie caoba.

A Romina se le saltó un latido al ver aquellas flores, por instinto se volteó a mirar de nuevo a la audiencia. Inspiró profundo, buscando que la emoción no le ganara, solo una persona podía haber tenido ese detalle, y como si el momento y toda la tensión que encerraba se pusieran de su lado, los jóvenes comenzaron a interpretar la parte de la canción de la que aún no necesitaban el acompañamiento instrumental, dándole un margen de tiempo para, después de posesionarse frente al piano, mirar con detenimiento las rosas y encontrar entre ellas la nota que cuidadosamente había sido colocada entre dos capullos. Con un movimiento discreto, la tomó y la deslizó hasta el atril, al lado del libro de partituras.

Sus dedos abrieron con cuidado la hoja, y fue entonces cuando un profundo vértigo de emoción la envolvió y agitó los pálpitos de su pecho como si de este quisiera salirse el corazón...

*¿Te acuerdas del primero...? Indefinible;
cubrió tu faz de cárdenos sonrojos,
y en los espasmos de emoción terrible,
llenáronse de lágrimas tus ojos.*

*¿Te acuerdas que una tarde en loco exceso
te vi celoso imaginando agravios,
te suspendí en mis brazos... vibró
un beso,
y qué viste después...?
Sangre en mis labios.*

*Yo te enseñé a besar: los besos fríos
son de impasible corazón de roca,
yo te enseñé a besar con besos míos,
inventados por mí, para tu boca.*

*¡Te ves hermosa!
Tu Gael*

Levantó la vista y repasó con ella una vez más a las decenas de personas delante, sintiendo correrle una lágrima por la mejilla que el público más cercano, sentado frente a ella, justificó debido a la emoción por escuchar las voces de aquellos jóvenes. Tuvo el tiempo justo para recomponer sus emociones antes de que llegara el momento en el que tenía que acompañar con el piano al coro; y cuando recibió la señal del director de este, uniéndoseles un chico con el violín, sus finos dedos recorrieron las teclas como no creyó poder hacerlo jamás, como si interpretara un credo de amor, mientras que una sensación de satisfacción la embargó como nunca antes, junto a la suave y envolvente melodía del Concierto de Aranjuez y los bajos y contraltos de aquellas veinticuatro voces.

Saber que él estaba entre el público le ocasionó una colisión interna de sentimientos batallando por tomar la delantera, a la par que en su pecho se libraba un aleteo que iba en *crescendo* de latidos vivos y apasionados, desconocidos para ella. Cada minuto la asaltaba un deseo irrefrenable por llegar hasta él y lanzarse en sus brazos, besarlo hasta que le faltara oxígeno y el cuerpo se lo exigiera, por lo que necesitó respirar lento, dejándose embriagar por la música, ya que sabía que sería como una bendita droga que la ayudaría a terminar aquella presentación con el sosiego que se requería de su parte.

A penas se dio cuenta cuando el coro terminó, los aplausos la sacaron de la burbuja en la que necesitó refugiarse, hasta que vio aparecer a Alison, la otra chica violinista, agradeciendo en silencio que fuera la última presentación por el momento; luego podría ir a refugiarse en la cátedra y esperar a que llegara la hora del *performance* de Alma, y pensar en ello la comenzó a tranquilizar.

Por su parte, desde la zona más alta del teatro, todavía de pie, Gael disfrutaba de aquella bendita imagen que quebrantaba su voluntad haciendo que las lágrimas rodaran por sus mejillas, refugiándose entre las penumbras del teatro.

En su mente, estudiaba y seguía desde el movimiento de sus dedos, arrancándole a las teclas aquellas hermosas melodías, hasta los gestos de su rostro entrecerrando los ojos y dejándose envolver por cada acorde. De pronto, doce años se borraron de golpe, y se sintió vulnerable como un niño al recordar aquella tarde en la que por primera vez tocó para él, retando a la oscuridad de sus ojos. Como un halo de luz se unían en su memoria aquellas dos imágenes: la de una adolescente frágil, desvalida y luchando con una difícil discapacidad, a la de esta mujer que rendía, a sus pies, a aquel majestuoso instrumento frente a un auditorio lleno de público, luciendo tan segura, tan hermosa y absolutamente profesional. Era tal su orgullo que llegaba a aprisionarle el pecho a la par de aquel amor que ya le superaba el alma.

Una ovación cerrada irrumpió mientras su libélula, tomada de la mano de los alumnos y el director, agradecía a los espectadores con una reverencia. Cuando la vio alejarse detrás de bastidores, no se aguantó más, y pegado a la pared se fue alejando cauteloso, intentando no incomodar a quienes, como él, habían tenido que conformarse con disfrutar de la representación de pie. Se encaminaba en busca de la puerta de entrada, y por fin llegó hasta ella. Miró el reloj, había leído en el programa la hora de la presentación de Alma, y faltaba casi una hora, ¡demasiado tiempo esperando para besar y abrazar a su libélula!

Cuando salió al pasillo, algunos estudiantes pasaban de un lado a otro cargando instrumentos, iban tan de prisa que no le dio tiempo abordar a ninguno para que lo orientara de cómo encontrar a Romina. La escuela era inmensa, y la verdad era que no tenía ni idea de hacia dónde podía quedar la oficina privada de ella.

—¡Estuviste estupenda, Romina! ¡Y mira a quién me encontré! —Escuchó la voz de Marisa tras ella, entrando en la cátedra toda entusiasmada y acompañada de Adara.

—¡Tarde pero seguro, Romi! Aquí estoy, al menos logré ver el final de tu interpretación. ¡Todo por culpa de ese jodido arquitecto que no llegó a tiempo con los planos! —protestó antes de darle un abrazo.

—Lo importante es que viniste, además, todavía Alma no se presenta,

acabo de estar con ella y mi niña está nerviosa como una hojita al viento —dijo Romina haciendo un tierno mohín.

—Pues también estoy aquí por ella, ya verás que lo hace estupendamente mi muñeca.

—¿Y este ramo tan hermoso?! —las interrumpió Marisa, admirando las rosas que ya Romina había colocado en un improvisado jarrón y que, definitivamente, se veían preciosas sobre su escritorio—. ¿La envió el galán? ¡¿Ya está aquí?!

Romina sonrió y solo le salió asentir, mirando hacia el ramo de rosas que fue capaz de moverle el piso por completo en esa presentación, junto a la dedicatoria de aquella estrofa de su poema favorito y por la que no dejaba desde entonces de preguntarse si, en realidad, el que él le dedicara precisamente esa estrofa, había sido tan solo una casualidad.

—¿Son de parte de Gael? —preguntó Adara.

Ambas habían tenido una larga conversación en la mañana, por teléfono, acerca de ese beso que entre los dos se diera y del que Romina aún no despertaba. Su amiga se sentía pletórica de dicha por ese rescate del amor que se estaba dando entre ellos, y al igual que Gael, le costaba mucho no poder contestarle sinceramente a ella todas esas interrogantes que la atormentaban, más cuando se mostraba confundida, impresionada, e incluso asustada por todo lo que él le estaba provocando en tan corto espacio de tiempo. Así que lo mejor que podía hacer era, entre líneas, transmitirle la confianza que ella necesitaba para que tan solo se dedicara a disfrutar de lo que estaba viviendo, ya la vida y el tiempo decidirían el resto.

—¿Recuerdas lo que hablamos esta mañana? —Romina asintió—. Solo déjate llevar, amiga, todo lo que tenga que llegar sucederá con el tiempo y... ¡Por Dios! Solo hay que ver a ese hombre un minuto a los ojos para cualquiera darse cuenta de que muere de amor por ti.

—¿Dejarme llevar? —Frotó su frente y deslizó los dedos por el cabello, alisándolo—. Ada, no sé si dejarme arrastrar por esta felicidad que siento, o el temor que me causa, es lo que más me preocupa. No me reconozco cuando estoy a su lado, son tantos los sentimientos que me embargan: dicha, deseo de protegerlo, una angustia insoportable si tan solo sospecho que sufre o algo le preocupa, un amor que me asusta, una necesidad de él que me aterra. Y no sé qué tan normal puede ser todo esto cuando hace... cuánto que nos conocemos, ¿dos semanas? ¿Tal vez tres?

—¡Oye, oye! —La sujetó con ternura Adara por los hombros—. Un día a la

vez, ¿recuerdas?

—Tienes razón... —suspiró—. Solo puedo confesarte que lo necesito, a toda hora de ser posible y de una forma que puede parecer obsesiva, pero es así. ¡Por Dios! —Volvió a frotarse la frente.

—Y yo creo también que Adara tiene razón y te estás ahogando en un vaso de agua. No sé por qué te abrumas tanto, pero si quieres mi consejo, el cual te daré ¡aunque no me lo pidas! —Marisa se puso las manos en la cintura y las hizo reírse a ambas—. ¡Solo vívelo, linda! Lánzate y deja todo en ello, porque al amor, cuando es del bueno, no se le busca explicación, tan solo se atesora contra viento y marea siempre.

Romina les agradeció con un abrazo a las dos, la verdad era que con aquella corta conversación entre ellas había logrado evacuar un poco la opresión emotiva por la que vino a aislarse en la soledad de su oficina.

—¡Bueno! Yo ya quiero ir con la muñeca —pidió Adara, refiriéndose con aquel dulce mote a Alma.

—No sabes lo mucho que le gustará que también estés a su lado —aseguró Romina—. Yo, primero, quiero cambiarme, quitarme este vestido que, confieso, me comienza a asfixiar. —Movié los brazos haciendo alusión a las largas mangas—. ¿Por qué no te adelantas con Marisa?

—Por supuesto, vamos y te guío hasta donde están los chicos con los otros instructores —aceptó dispuesta.

—Por mí, perfecto, lástima que no podré estar cerca de ella cuando interprete; está el teatro al explotar de gente y no hay ni un solo asiento disponible —resintió Adara.

—No te preocupes. Marisa, llévala al asiento que me corresponde en el ala de maestros. Al final, tú y yo estaremos con los chicos tras bastidores, y así Alma puede verla allí cuando salga al escenario.

—Perfecto, ya le cedí el mío al padre, así que la niña se sentirá mucho más segura cuando los vea a los dos casi al lado de ella, y también porque...

—¡Un momento! —interrumpió Adara a Marisa, sobresaltándola—. ¿Estoy entendiendo mal, o quieren decir que me tendré que sentar al lado del «energúmeno con aires de dios griego»?

—¿Al lado de quién? —pregunto Marisa que no entendía qué se perdía.

—Se refiere a Ignacio, no le hagas caso —intervino Romina—. Por favor, Adara, ¡no empieces! Ya te expliqué que entre ustedes solo se han dado insignificantes malos entendidos que pueden...

—¡Romina, ese hombre me crispa y... lo aborrezco!

—¡¿Aborrecer a semejante ejemplar de la raza masculina más pura y...?!
—La mirada que le lanzó Adara a Marisa la hizo cerrar la boca y hacer un chistoso gesto con los dedos de pasarse una cremallera por ella.

La pelirroja impresionaba, así que mejor no seguir alabando al doctorcito, ya había entendido que no era santo de su devoción.

—Hazlo por la niña, Ada. ¿Olvidas cuánto te quiere? —insistió Romina.

—¡Eres una manipuladora! ¡Y te odio!

—Mientes, me amas —la contradujo Romina entre risas.

—¡Tenías que haberlo colgado de los cables de las luces en vez de sentármelo al lado! —seguía rezongando Adara—. ¡Y ya vámonos, Marisa, pero cuidado y vuelves a elogiar al troglodita con cara de Ken frente a mí! —chilló colgándose el bolso en el hombro, mientras que la profesora de Literatura le abría como platos los ojos a Romina y esta le contestaba con un mohín y un gesto de manos para que le restara importancia a los ataques de su amiga—. ¡Ah! —Se giró antes de salir Adara y volvió a dirigirse a Romina, haciendo que Marisa se detuviera en seco tras ella—. ¡Si intento ahorcarlo durante los primeros diez minutos, tú pagas la fianza! —amenazó antes de salir y dejar riéndose sola a su amiga.

No habían caminado mucho cuando Adara vio a Gael, a unos metros de ellas.

—¿Gael?

Él se giró ante la llamada y creyó ver el cielo abierto. Llevaba varios minutos esperando encontrar la cátedra de Romina, ya incluso había entrado en varias por error; los únicos que merodeaban los pasillos eran los del personal de limpieza y ninguno de los dos hombres, a quienes les preguntó, supieron decirle nada con claridad, de hecho, uno de ellos lo dirigió a una de las oficinas equivocadas.

—Hola, Adara, qué gusto verte. —La abrazó y besó la mejilla, cordial.

—Para mí también es un gusto verte. Imagino que buscas a Romina.

—Desde hace un buen rato, ya comenzaba a desesperarme.

—Se encuentra en su oficina, es la... —Los empujoncitos en el antebrazo la hicieron mirar a Marisa, y la expresión de su cara le dijo todo—. ¡Ah, perdón! Gael, te presento a nuestra amiga, la profesora de Literatura, Marisa... —De pronto, Adara se quedó en blanco, dándose cuenta de que no sabía el apellido de ella.

—Mucho gusto, Gael Alcázar —intervino él, pretendiendo no ser descortés, pero evidentemente en un tono apresurado.

—María Louise Galván, el placer es todo mío... —contestó sin dejar de mirarlo.

—Bien, Adara, ¿me dirías dónde está el privado de Romina? —preguntó ansioso, estaba desesperado por llegar junto a ella.

—Por todo este corredor, la segunda entrada a la izquierda y luego tercera puerta a la derecha.

—¡Gracias, gracias! —agradeció y se alejó prácticamente corriendo.

La muchacha se quedó mirándolo por unos minutos alejarse, hasta que giró por donde le indicara, feliz por lo que estaba viviendo su amiga, ya que entre más conocía a Gael, más confirmaba que era el hombre para ella.

—¡Por Dios! ¡Qué bendita genética la de esa familia! —escuchó decir a Marisa a su lado, y le levantó una ceja—. ¿Qué? ¡A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César!

—¡Y nosotras a lo nuestro, vamos!

Se le colgó del brazo y se encaminaron al teatro, desde donde se veía a lo lejos a las personas salir a por un descanso durante los minutos de receso del evento. Ocasión que aprovecharían para llegar hasta Alma y compartir unos minutos con ella.

—¡Tienes que mantener la calma o terminarás echándolo a perder todo! ¡¿Entiendes eso?!

Ya no estaba tan seguro de que el hecho de que supiera la verdad había sido buena idea, y comenzaba a creer que Bronco tenía razón.

Se la había encontrado en la ducha cuando llegó, preocupado porque no le contestó el mensaje cuando le envió las fotos que tomara en el restaurante. Por lo arrugada de la piel de sus dedos, y la palidez en ella, intuía que llevaba tanto tiempo bajo el agua fría que pudo llegar a provocarse una hipotermia.

—La quiero... lejos de su vida —balbuceó entre dientes, envuelta aún en el albornoz y sujetando entre manos temblorosas la taza de té que él le preparara minutos antes.

—Lo sé, pero todo tiene que ser con suma cautela, ya que sabes que...

El estruendo de la taza contra la pared frente a ellos resonó con fuerza, y su impulso dejó una estela de la bebida escurriéndose a lo largo de la impoluta superficie, junto a los pedazos de cerámica regados por todo el piso.

A veces le daban deseos de abandonarla a su suerte y que terminara drogándose en la calle o, peor aún, apareciera un día muerta, pero entonces se

acordaba de que eso precisamente hizo él, y desechaba el no seguirla protegiendo y ayudando por temor a convertirse en la misma clase de monstruo.

La vio dirigirse a la habitación y la siguió. Se dejó caer en la cama y adoptó una posición fetal que hacía, incluso, sentir lástima por ella. Él se le acercó y se recostó a su lado, abrazándola por la espalda.

—Todo estará bien, solo déjalo en mis manos —le dijo.

—Mañana iré al consorcio a verlo, desde que llegó de Alemania no he podido topármelo, me enteré de que no estaba yendo a la empresa. ¡Seguro es por ella! ¡La resucitada! —masculló con rabia.

—En este estado no es conveniente que vayas, lo sabes.

—Estaré bien en la mañana, tomé todos mis medicamentos hoy.

—Deberías tomarlos todos los días, y no solo «hoy» —le reprochó.

—No discutiré acerca de eso contigo. —Lo escuchó resoplar.

—Promete que mañana no cometerás una estupidez —pidió, pero solo el silencio fue la respuesta—. ¡Oye! —La agarró con fuerza y la hizo girarse de frente a él—. ¡Nos estamos jugando la vida y no puedes joderlo! Te dije que te ayudaré, ¡eso es una promesa!, pero a cambio prométeme que harás lo que te digo. —No contestó y eso hizo que perdiera los estribos—. ¡¡Prométemelo, maldita sea!! —le gritó, exigente, apretándole ahora la barbilla con fuerza, pero ella de un manotazo se soltó de su agarre.

—¡¡Solo lo intentaré!! —chilló, incorporándose en la cama y clavándose las uñas en su muslo derecho hasta ver la piel sangrar, mientras él trataba de detenerla.

Capítulo 22



Al quedarse sola, se tomó unos minutos para pensar en lo que habló con las chicas. Continuaba abrumada por esa intensa actitud de él, por su manera de verla, de besarla, de hacerla sentir adorada y especial en tan poco tiempo. Los aleteos en su estómago se negaban a abandonarla desde la mañana tan solo por memorizar aquella última respuesta de su parte en la conversación del chat: «Lo estoy de usted con toda el alma, más bien creo que... ¡Lo he estado toda mi vida!». Recordó esas últimas palabras cerrando los ojos y ocasionándole al hacerlo lo mismo que cuando las leyó: un palpito de emoción que terminó recorriéndole el cuerpo. Sonrió, y una lágrima le rodó por la mejilla mientras se encaminaba al pequeño baño de la oficina.

Entró en él y frente al espejo, que estaba sobre el lavabo, se observó unos minutos. No se lo sabía explicar, o quizás simplemente no le interesaba hacerlo, tal vez porque temía convencerse de que era absurdo sentirse tan superada por un sentimiento que, como un huracán, irrumpía en su vida de forma intempestiva e inesperada. Era un hecho que se estaba enamorando, o al menos era la única sensata explicación que le daba sentido a todo y, principalmente, a lo que con una sola de sus miradas Gael provocaba en ella.

«¡Por Dios, estoy divagando y terminaré loca!», se dijo en silencio

comenzando a deshacerse del vestido con lentitud, para después alcanzar la muda de ropa que dejara colgada horas antes en un perchero tras la puerta.

Sus pensamientos eran a veces lo más cercano a una marea embravecida en su cabeza, con la única misión de no dejarla en paz hasta que lograra darle respuesta clara y concisa a cada uno de ellos. Pero lo cierto era que cada vez más, esa sensación de plenitud, de percibir acercarse a un desconocido destino que la hacía sentirse diferente, e inclusive descubriéndose cada mañana sintiendo que todas esas emociones ya no le eran tan desconocidas, sino más bien intuyendo que formaban parte importante de su vida, fortalecían su deseo de seguir adelante deseando descubrir junto a él lo que era tener una relación con alguien que de verdad fuera capaz de moverle el mundo tan solo con su presencia.

A veces le parecía que estaba pretendiendo luchar contra emociones que iban más allá de toda la objetividad que tanto se exigía tener, más teniendo en cuenta la mujer adulta que era. Se frotó la frente y abrió a los lados del rostro las palmas de sus manos, masajeándose, necesitando liberarse un poco de la tensión que la embargaba cada vez que buscaba dar explicación a cada uno de los acontecimientos de las últimas semanas, especialmente, a los cambios en su estado emocional.

¡Era increíble! Pero a veces creía llegar casi a palpar la lucha que se libraba en su mente con la misma facilidad con la que sus pensamientos se negaban a ser razonables cuando de Gael se trataba. Le resultaba tan desconocido y suyo a la vez que, sin dudas, esto lo convertía en una tentación mortal para cualquier fuerza de voluntad que su raciocinio pretendiera levantar como un muro entre ellos. ¡Imposible negárselo! ¡Gael la atraía como un imán al metal, y de manera inexplicable era vulnerable a él! Pero, definitivamente, quería entregarse, algo que no había hecho jamás con nadie, o al menos, no que ella recordara.

De pronto, le fue inevitable no acordarse de Hugo. Ciertamente que no tenían punto de comparación alguna; sin embargo, quizás pensar en él se debía a que había sido su relación más larga en los últimos años, si era que podía nombrar así a esos esporádicos momentos donde solo parecían colegas de estudios y de tesis, cualquier cosa menos una pareja normal. Quería creer que eso era lo que la hacía ver este nuevo comienzo tan increíble, diferente y especial, ya que ni siquiera recordaba cuántas veces la besó... ¿Dos? ¿Tres? Ahora comprendía por qué jamás imaginó que un beso podría estremecerla tanto como logró hacerlo el que disfrutara de labios de Gael.

Finalmente, sacudió a los lados la cabeza intentando dejar de hacer más conjeturas, cuando solo el futuro terminaría dándole razón o no a cada una de ellas.

Se refrescó la cara un poco y el cálido contacto del agua terminó por relajarla; pasó por ella unas toallitas hidratantes y buscó su estuche de cosméticos para aplicarse un maquillaje neutro y más acorde con su atuendo ahora, antes de terminar de vestirse. Pero, en ese silencio consigo misma, lo que no podía dejar de hacer ni un segundo, era pensar en que él, muy probablemente, la estaba esperando en el teatro.

Gael respiró profundo al llegar frente a la puerta y el corazón se le volvió a estremecer en el pecho. Dos toques de nudillos bastaron para que, al no recibir respuesta tras ellos, la ansiedad le ganara de nuevo haciéndolo dar vuelta al pomo sin pensarlo mucho, y terminar asomándose en su interior. Sin más dilación, se adentró en ella pidiendo en silencio que Romina no hubiera regresado al teatro. ¡No podía tener tan mala suerte y no haber llegado a tiempo! Ya allí consultó su reloj, según el itinerario de las presentaciones todavía la segunda hora del evento no daba comienzo, faltaban poco más de veinte minutos para que reiniciaran, en realidad casi media hora.

«¿Dónde había ido ella entonces?!», se preguntó frustrado al no encontrarla.

Dio una rápida ojeada al lugar, percatándose de que era realmente amplio y que cada pequeño rincón tenía el toque de su ángel: sencillo y fresco como ella.

Tan solo un escritorio blanco, con superficie acristalada, varias agendas y un portátil sobre este, más el alto librero que se alzaba en una esquina, ocupado por decenas de ejemplares de la literatura, daban el toque de elegancia haciendo juego con el sillón giratorio, también de color claro y en el que descansaba una chaqueta blanca femenina en su espaldar. Se acercó, acarició la tela y se inclinó para oler la prenda, impregnándose de aquel aroma que le removía todo su interior. Él mismo se rio de su instinto masculino buscando dejarse arrastrar por la fragancia de su mujer.

«*Porque eso eres: ¡mi mujer!*», se dijo posesivo.

Al levantar la vista y sus ojos chocar con el ramo de rosas, una expresión de satisfacción afloró a su rostro haciéndolo alargar el brazo para acariciar uno de los pétalos que, aparentemente, y gracias al contacto del agua dentro

del jarrón, ya comenzaba a hacerle efecto la humedad y se veía más abierto que al resto de los capullos.

Repasó con lentitud el alrededor. Dos pinturas de paisajes, uno de invierno y otro otoñal, adornaban las dos paredes principales respectivamente; una, detrás del buró y la otra, del sillón de la derecha, estilo diván. En un panel barnizado en la pared, y montado sobre unos esquineros con molduras talladas, apreció una variedad de fotografías armónicamente acomodadas en varios portarretratos, la mayoría de su familia y, algunas, de ella en la universidad, el día de la graduación y con algunos amigos. La espinita de los celos volvió a hincarlo, pero de inmediato la ignoró evitando que le asaltara la pregunta en su mente que tanto odiaba hacerse, pero le fue inevitable que esta lo torturara.

«¿Algún hombre pasó estos años compartiendo su vida?», abrió y cerró los puños varias veces, acompañando el gesto con la contracción de la mandíbula y solo logró tirar a un lado su molestia concentrándose en las siguientes imágenes.

Vio que tenía otras pocas más, pero estas eran junto a su mejor amiga: Adara.

Tomó en sus manos una que llamó su atención y bordeó con las yemas de los dedos el contorno del rostro de Romina en ella. Era preciosa. Aparentemente fue tomada en algún lugar de la ciudad, ya que detrás, casi difuminados por la luminosidad de un día muy soleado, se distinguían los altos edificios de la parte baja de Houston; pero no sabía identificar con exactitud cuál lugar era. Supuso que un parque, evidentemente en primavera, por el paisaje que se descubría alrededor lleno de flores y predominando los colores vivos. Ella estaba sentada sobre el césped sobre una especie de tapete de bambú y rodeada de libros, y un golpe de nostalgia volvió a atizarlo solo de pensar en cuántos momentos se perdió a su lado; algo que lo hizo cerrar los ojos y apretar los párpados como si quisiera con ello deshacerse de pensamientos que continuaban siendo muy dolorosos para él.

—Hola...

Gael, de inmediato, se giró al escucharla, sorprendido, pensaba que estaba solo y comenzaba a resignarse al creer que no la vería hasta terminar el evento.

—Hola, preciosa... —Su primer impulso fue llegar hasta ella y tomarla en sus brazos, devorar esa boca y apretarla contra su pecho; pero, de repente, se detuvo, entendió la necesidad de sosegar todo aquel deseo e ir con más calma,

por más que le doliera. La verdad era que a veces, aunque lo intentara con todas sus fuerzas, el miedo a agobiarla, o, incluso, a asustarla con esa intensidad que lo embargaba, terminaba volviéndolo vulnerable al concienciarse de ese futuro de ellos que todavía le seguía pareciendo tan incierto.

—No te escuché entrar —dijo Romina, acercándose poco a poco—. Estaba cambiándome la ropa por algo más... cómodo... en el baño —murmuró nerviosa, y señaló la puerta detrás de ella, sin apartar la mirada de sus ojos, observándolo sonreír y torturándola con aquel brillo en la mirada.

—Admiraba las fotografías —contestó él con un ademán similar, pero señalando el estante a su espalda, sonriente.

—Gracias por las rosas... —Dirigió la vista al ramo—. Son hermosas, y la estrofa del poema es...

—¿Te gustó? —Por supuesto que le había gustado, estaba seguro. Aquella pregunta debió mejor ser: ¿qué te recordó?

¿Para qué negarlo? Muy escondida en su alma continuaba refugiándose esa clandestina intención de haber escrito aquella dedicatoria con la esperanza de que ella recordara algún detalle. A pesar de que reconocía que le aterraba arriesgarse, más teniendo en cuenta que según sus padres la psicóloga recomendó evitar presiones y sustituir estas por una alta dosis de paciencia, necesitaba confiar en que ella lograría recordar pronto.

—¿Sabes? Mistral es mi poetisa y *Besos* es...

—¿Tu poema favorito de ella? —la interrumpió con una pregunta de la cual sabía su respuesta

—Así es...

—Me alegra mucho que lo disfrutaras... —inspiró fuerte.

—¿Estuviste todo el tiempo en el teatro? No logré verte —preguntó queriendo saber si había visto toda su presentación.

—Desde la primera nota estuve ahí, preciosa. Lo hiciste... ¡maravilloso!
—La vio sonreír.

Cada uno se dio su tiempo, parecía que ambos temieran, de forma muy diferente, a ese sentimiento tan grande que a partes iguales los envolvía, mientras que los recuerdos parecían ponerse de acuerdo reviviendo el momento de la noche anterior, cuando la imagen de ese beso, que aún los dos saboreaban y anhelaban repetir, volvió a estremecerlos.

Gael la devoró con la mirada y los erráticos latidos en el pecho se le hicieron tan fuertes que necesitó respirar hondo, diciéndole a su cuerpo que el

gran amor y el infinito deseo por ella no iban por separado; al contrario, su hombría despertaba con más vehemencia en él a cada segundo que descubría esas sensuales diferencias físicas que los años habían resaltado tanto y que estaban a punto de convertirse para él en una dulce e inaguantable tortura, retándolo a contenerse al límite de sus fuerzas.

Romina, al cambiarse de ropa, había optado por usar un vaquero que se le ceñía al cuerpo como un guante, resaltando la curvatura sensual y perfecta de sus caderas; las mismas que a los ojos de él pretendían embriagarlo hasta enloquecerlo de ansias por poseerla; sin quitarle protagonismo a la estrecha cintura, esa que le hizo tragar en seco de solo imaginarse aferrado a ella para cubrir de besos y caricias esos pechos que, erguidos en su perfecta circunferencia, tras la seda de la blusa color aceituna que caía con suprema elegancia, se marcaban y rendían sensibles a la verde mirada que los reclamaba, haciéndole erizar sus areolas sin siquiera rozarlos aún.

—Gracias por venir... —balbuceó ella.

—No podía dejar de hacerlo por nada del mundo —afirmó él acercándose más, hasta llegar a rozar con la punta de los dedos su mano, apoyada, queda, en la esquina del escritorio.

—¿Qué nos está sucediendo, Gael? —El brillo azul de su mirada al preguntárselo le erizó la piel.

—¿Por qué no lo descubrimos juntos? Sin prisas, sin tiempos, sin... —Dos pasos más y logró alcanzarle el mentón, deslizándole de forma suave el pulgar en la piel de la mejilla—. Sin condiciones...

—Todo es tan intenso, tan invasivo, tan... especial que...

—¿Qué...? —la incitó a seguir cuando la vio retraerse y callar.

—Me abrumba, Gael, me asusta... —Lo vio arrugar la frente y percibió el temblor de sus dedos al detenerlos en su rostro.

—¿Yo... te agobio? —le tembló la voz y a ella le dolió de pronto adivinar un asomo de desconsuelo en el rostro, parecido a una ola de pánico.

—¡No! ¡Por Dios, no! Por el contrario... —Se acercó y fue ella quien, esta vez, encerró entre las manos su rostro e hizo que su mirada llegara al fondo de la suya—. ¿Acaso no lo entiendes? Lo que me asusta es lo que siento yo. Esta inquietud que no perdona espacio ni tiempo, porque a toda hora estoy pensando en ti, y eso me desespera porque yo nunca pensé que en tan poco tiempo pudiera...

—Preciosa... —la interrumpió, uniendo sus manos a las de ella, sin bajarlas de su rostro, donde las sentía suaves, tibias, ¡tan suyas!—. A veces

hay explicaciones que se ocultan de nosotros o que simplemente tienen su propio tiempo para llegar por sí solas... —Una vez más tomó aire, sintiendo que cada músculo de su cuerpo se contraía—. ¡No sabes lo asustado que también estoy! Pero si comparo mi miedo con este entrañable amor que... —Ella cerró y apretó los ojos al escucharle decir aquella palabra que encerraba tanto, junto a un leve movimiento de negación con su cabeza, incrédula—. Por favor, mírame... —pidió temeroso al verla dudar, tomándola nuevamente por la barbilla y alzando el rostro hacia él, jurándose que sería su perdición absoluta si ella no creía sentir lo mismo. Romina abrió los ojos y en ellos vio asomarse las lágrimas.

»Es amor, hermosa, y no lo puedo llamar de otra manera cuando en cada instante desde que te... conocí... —sonrió en el justo momento que sintió humedecerse la cara al recordar aquel festival campesino, aquellas gradas y aquel rostro a lo lejos que ese día le robó el alma para siempre— supe que no hace falta entender nada más, preguntarse por qué... Al menos yo no lo necesito —sabía que se mentía, pero también era consciente de que por encima de todo estaba ella primero, y de la forma que fuese, toda su vida agradecería el milagro de tenerla a su lado de nuevo—. Solo te necesito a ti. Por favor, intentemos reencontrarnos juntos...

Aquella frase decía tanto y ocultaba todo...

Romina lo observó, acarició su cara y deslizó por sus cejas el dedo índice con tanta ternura que otra lágrima conmovida se le escapó a él. Ella la secó con delicadeza, convirtiendo casi en un ritual el movimiento de los dedos en su rostro, como si quisiera descifrar algo en él; siguiendo luego con ellos la marca de expresión de sus pómulos hasta llegar a los labios. Allí descansó las yemas, acariciando después con una lentitud casi dolorosa para Gael la comisura de su boca, luego repitió varias veces el movimiento sin dejar de reparar en cada detalle del rostro, provocándole que quedaran sus labios a punto de abrirse queriendo probarle a besos la piel de las manos.

—Es extraño... Impredecible... Único e intimidante —murmuró ella con una voz ahogada que hizo que Gael abriera los ojos y la observara detenidamente, preocupado—. Pero no puedo ni quiero luchar contra lo que siento porque... es inevitable... —calló, y se quedó mirándolo.

—¿Qué es lo inevitable...?

Ella lo observó, pensativa, por unos segundos más; y a él el corazón se le alojó en la garganta.

—El amarte, Gael. Me será totalmente inevitable no amarte...

Ella lo besó, sí, ¡ella! Mientras el roce carnoso y sensual de su boca le acariciaba los suya, las lágrimas de ambos, una vez más, volvieron a unirse y el deseo se volvió uno solo.

—¡Dios! ¡Cuánto te extrañé! —balbuceó Gael contra su boca, no refiriéndose a las horas pasadas sin verla, sino a esa década en la que no se sintió vivo un solo día.

No soportó tenerla tan cerca sin tocarla. En el momento en el que libraron la mínima distancia que los separaba con aquel beso de ella, Gael no se permitió esperar más y la atrajo con fuerza contra su cuerpo. Ella se perdió en él y no pudo reprimir un gemido desde lo más profundo de su ser cuando el tibio calor de su abrazo la envolvió y su boca encajó, perfecta, en la suya, haciendo una danza de caricias en sus labios; pero esta vez desesperadas, intensas... Casi salvajes.

Cada uno inspiró el aroma del otro: sándalo y violetas, pretendiendo que sus pieles se hicieran una sola mientras se reconocían. Gael no la besaba únicamente, no podía ya conformarse solo con su boca, también acariciaba su cuello y le mordisqueaba entre cada beso el mentón obligándola a aferrarse a su camisa, o no hubiese sido capaz de mantenerse en pie por sí misma. Parecía querer beber de ella, de su esencia, de su espíritu mientras su lengua le recorría casi con veneración toda la curva detrás de la oreja haciéndola temblar en sus brazos.

—¡Te necesito tanto, preciosa! ¡Tanto que duele! ¡Me destruye el no tenerte! ¡Me arrasa!

—Yo... también... te necesito —balbuceó ella sin fuerzas.

Gael descendió a sus pechos y con una lentitud tortuosa los empezó a besar y mordisquear por encima de la fina tela, percibiendo, a pesar del sostén que los cubría, cómo estos se endurecían agradeciendo sus caricias. Estaban rebasando los límites, ¡lo sabía!, pero le asustaba no poder, y menos no querer, detenerse ahora.

Volvió a consentir su cuello con los labios, hasta que se negó a controlarse más y la levantó en brazos para llegar al diván que tenían cerca, dejarse caer y sentarla en su regazo sin dejar de hundir el rostro tras su cabello, justo en una zona vulnerable que la volvía débil a sus caricias y convertía en verdaderos verdugos a sus labios; pero también haciéndolo enloquecer de placer a él por aquella sutil y no menos sensual caricia de parte de ella, enredando los dedos en sus cabellos y siguiendo el ritmo del movimiento que, por instinto, sus cuerpos ya protagonizaban.

Romina, atrevida, se sentó a horcajadas, percibiendo debajo de su pelvis esa dureza que sabía que le provocaba. Se sintió posesiva, dueña, única, y como una sensación de un adictivo frenesí comenzó a gestarse un alud gigante de deseo que comenzó a envolverla en su propia crisálida de placer, llevándola a soltar un gemido sensual que él acompañó con un sordo y muy masculino gruñido.

Gael no se detenía a pensar en el momento ni el lugar, ¡simplemente no podía!, y se lanzó a devorarle la boca casi de forma salvaje.

A ella, su aroma la drogaba y parecía bailarle en sus fosas nasales igual que un elixir adictivo, al punto de elevarle la libido a un nivel que no creía que pudiera haber sentido nunca.

Gael se aferraba en su mente, con fuerza, al poco control que le quedaba como a quien lo amenaza un vasto precipicio bajo los pies; solo que en este caso lo que más deseaba era precisamente dejarse caer al vacío. Las manos en su pequeña cintura parecían que se incendiarían en cualquier momento y si no sacaban fuerzas para detenerse, el roce entre sus piernas terminaría provocando que se derramara como un adolescente en su primera experiencia.

Finalmente, resentidos por no ser el momento idóneo y haciendo acoplo de voluntad, los dos llegaron a un punto en el que la voz de su conciencia, inoportuna pero sensata, los hizo salir de aquel sopor de lujuria y placer para caer en cuenta de dónde estaban.

Las respiraciones eran tan agitadas que necesitaron de varios minutos para rescatar el aire que necesitaban de vuelta. Se quedaron unos segundos con las frentes pegadas y sin fuerzas para decir palabra alguna.

Gael, con suma ternura la giró un poco, haciendo que acomodara las piernas en una sola dirección, pero sin levantarla de su regazo. La verdad era que estaba tan excitado que sentía acalambrada toda su parte baja, adolorida y con sus zonas más íntimas exigiendo ser liberadas entre fuertes latidos donde hasta las venas, allí, podía sentir las estremeciéndose. Se repitió un mantra mental, exigente: no es el lugar, no es el momento.

¡Pero cuán difícil se le hacía aceptarlo!

—Gracias... por detenerte... —logró decir ella casi sin resuello—. Definitivamente nos olvidamos de dónde estamos.

—Créeme, es de las batallas más difíciles que me ha tocado librar, logrando salir medio invicto de ella...

Los dos rieron, unieron sus frentes entre risas, y luego Romina echó hacia atrás la cabeza, quedando recargada de lado aún en sus brazos, pero logrando

verlo a los ojos.

—Aun así, fue... especial. —Él se inclinó adelante y le dio un tierno beso en la frente.

—Sí, pero merece serlo todavía más... —La miró fijamente—. No tienes una idea de cuánto te deseo y te necesito...

Ella lo besó y él la atrajo, quedando abrazados por varios minutos, en silencio, hasta que Romina le levantó la muñeca y vio la hora en su reloj de pulsera.'

—Debemos irnos, ya casi es hora. —Fue a incorporarse, pero Gael la retuvo.'

—Hoy sales de vacaciones. ¿No es así?

—Así es. El festival, precisamente, cierra el semestre.

—¿Puedo pedirte algo? —lo preguntó con temor a un rechazo, y ella lo notó.

—Lo que quieras... —respondió y le acarició la mejilla, atrapando él su mano y besándosela, dejando sus labios en ella unos segundos.

—Ven a almorzar conmigo mañana al consorcio. —La vio fruncir el ceño—. Puede que no lo entiendas, pero como tendré que estar todo el día allí, firmando algunos papeles y enviando algunas solicitudes comerciales, no quiero estar tantas horas sin ti, además...

—Pero terminaré incomodándote en tu trabajo. ¿Por qué mejor no...? —intentó interrumpirlo.

—Por favor, quiero tenerte conmigo allí. No sé, llámalo deseo, ilusión, añoranza o un sueño por cumplir que me haría en extremo feliz.

Se lo veía tan emocionado que a Romina le provocaba abrazarlo fuerte.

—¿Estás seguro? Puede volverse complicado que vaya si tienes que trabajar y...

—Es mi mayor deseo —confesó, dejándose arrastrar por esa sensación de paz que le otorgaría el verla a su lado donde durante tantos años la recordó, la añoró y, sobre todo, la lloró en silencio. Que Romina estuviera con él en aquel lugar le daba la sensación de que estaba rompiendo con parte del dolor que por años lo torturara. Podría escucharse cursi, pero para él era como si por fin la luz barriera con la oscuridad que durante tanto tiempo dejara entrar a ese lugar.

—De acuerdo, acepto, amor. Estaré allí al mediodía y si quieres...

—¿Qué... dijiste? —preguntó de pronto con los ojos húmedos y brillantes.

—Que acepto, que mañana...

—No... Repite lo otro que dijiste.

Romina arrugó la frente.

—Aceptaste y dijiste algo más. ¡Por Dios! —Una lágrima se escapó de uno de los ojos—. Necesito... que me lo repitas...

Y ella comprendió a qué se refería, humedeciéndosele también la mirada.

Romina lo miró a los ojos, encontrando él su propia resurrección de vida en ellos. Encerró entre sus manos su rostro y le besó la frente.

—Acepto... Acepto todo lo que quieras, mi amor...

Y las palabras salieron sobrando, y hasta el aire a su alrededor palideció de envidia cuando él asaltó su boca y la envolvió como lo más sagrado en un abrazo.

El atardecer caía manso y callado en aquel lugar, resignado ante un mal presagio. La soledad se prestaba para todo tipo de situaciones, desde la más clandestina hasta la más peligrosa y extrema; por lo que aquel rincón de aire misterioso, rodeado de árboles y teniendo de fondo el silbido de las hojas de estos al ser batidas por el viento, era el sitio perfecto.

—¿Cuándo mierda piensa llegar?! ¿Acaso cree que estaremos en este jodido lugar toda la noche esperando por él?! —reclamaba de un lado a otro, dándose uno que otro palmazo en los brazos para matar los mosquitos que amenazaban con levantarlo en peso de allí.

—¡Vas a tener que controlar ese genio o nada saldrá bien!

Llevaban casi tres horas esperado por quien les traería el armamento que necesitarían para la primera operación «Hermandad».

¡Patético nombre! ¡Lo sabía! Tanto como lo era él, pero lo único que realmente le interesaba era salir de todo de una puñetera vez.

—Sigo sin confiar en este tipo, y no entiendo por qué razón ustedes lo hacen, cuando salió librado de todo porque se lavó las manos a su conveniencia —comentó, ya que con cada segundo en el que el día se acercaba se ponía más paranoico.

—Es una buena pregunta, pero se la haces a la persona equivocada —contestó su acompañante: Bronco, en tono brusco y hastiado.

—¡Vete a la mierda! ¡Eres un puto títere de él dejándote manejar a su antojo! —Le dio la espalda, pero de pronto sintió el tirón en su hombro y acto seguido la bofetada que le dejó ardiendo como una brasa la cara.

—¡Me tienes jodido, imbécil! ¡He pasado años cuidándote las espaldas

desde que todo se fue a la mierda, Marlon! Pero me tienes harto. ¡Harto! —Lo observó, con desprecio, secarse el hilo de sangre que le salió del labio.

—¡Podrás ser un matón y pegar todos los puñetazos que quieras! ¡Pero sabes que lo que digo es verdad! ¡Te manipula y te controla como si fueras un sirviente, y no su hermano! Y si hoy estamos hundidos hasta aquí de esta porquería —se señaló la barbilla—, en gran parte se debe a que no escuché tus consejos y le ganó la ambición.

—¡Ese es mi jodido asunto! ¡Y por algo tú también estas aquí, ¿o no?! —La carcajada retumbó e hizo eco en el lugar.

—¡Lo único que me mueve es que ese malnacido recupere el dinero y me devuelva la herencia de mi madre! ¿O acaso crees que lo hago por afecto?

—¡Hablamos de tu padre, maldita sea! —Dio dos pasos a él.

—¡No! Hablamos de un cabrón monstruo que no solo me debe lo que es mío por derecho, sino que debe pagar por algo mucho más serio: ¡la muerte de mi madre!

En ese momento, cuando el enfrentamiento entre ellos estuvo a punto de darse con más fuerza, el ruido del motor de un auto, que resultó ser una camioneta, los interrumpió y la vieron ambos acercarse.

—Fue difícil pasar la interestatal, por eso la demora —explicó el recién llegado.

—La próxima vez... avisa. ¿Ves? —Levantó el móvil Marlon a la altura de sus ojos—. Se llama teléfono y se usa para comunicarse. ¡Imbécil!

Le dio la espalda y se dirigió a inspeccionar la carga que guardaba la parte trasera de la camioneta en la que llegó, minutos antes de que los últimos rayos del ocaso desaparecieran y la oscuridad de la noche convirtiera aquel lugar en la boca del mismo infierno.

—¿Y a este qué carajos le pasa?! —preguntó el recién llegado a Bronco mientras seguía con la mirada a su sobrino alejarse.

—No te preocupes, es un síndrome genético, ya eso tú lo sabes, ¿verdad? —contestó restándole importancia—. Dime ahora, ¿cómo va todo con los Alcázar? ¿Qué has logrado averiguar?

—Muy poco, ¡lo de los micrófonos fue un fiasco! Esa estúpida debió poner uno en la sala de juntas, ahí es donde se están reuniendo todo el tiempo.

—¿Pero no has podido estar presente tú en ninguna? —Lo vio estrujarse el rostro, sacar una pequeña petaca del bolsillo interior de la chaqueta, brindarle un trago y, tras negarse, darle él un largo sorbo al licor en ella.

—No, y algo me huele mal —contestó finalmente.

—¡Pues nada puede salir mal! ¡Es mucho lo que nos jugamos! ¡Tú más que nadie! —espetó fuerte, acercándosele amenazante.

—¡No tienes que recordármelo! ¡Por supuesto que lo sé! —dijo con el rostro enrojecido por el efecto del fuerte alcohol, que terminó de beberse hasta el final.

—Entonces... —apostilló con el dedo en el pecho, reafirmando—. ¡Ándate con cuidado y no la jodas! ¡El Cacique te la tiene jurada hace años, y no te dará una tercera oportunidad!

Diciéndolo, se alejó hasta donde estaba Marlon revisando la mercancía, seguido de la mirada de odio de Guillermo.

Capítulo 23



Elena Alcázar subió cada peldaño de los escalones de su residencia con el corazón en vilo. No hizo más que entrar y cerrar la puerta tras ella, y tiró en el sillón estilo colonial del recibidor todo lo que traía: bolsas de compra, el pañuelo de seda, que se retirara momentos antes cuando creyó que el aire le faltaba ante lo que había descubierto, y su cartera junto al llavero del auto. A donde primero se dirigió fue a la terraza, encontrándola en total silencio y sin nadie de la familia. Era cierto que a esa hora todos estaban sumergidos en sus ocupaciones, pero le extrañó no ver allí al menos a su nieta Viviana, soleándose en la piscina, o quizás cuidando a Alma, quien ya estaba de vacaciones de primavera.

Apresuró su andar por el corredor principal de la casa buscando ir al despacho de su marido, y justo en ese momento tropezó con Ligia que, aparentemente, venía de hacer el aseo en el segundo piso.

—¡Ay, señora, me asustó! —se sorprendió la mujer al verla salir detrás de una de las columnas, pues venía con sus audífonos puestos, escuchando música desde el móvil que traía en el bolsillo.

—¿Está el señor en casa? —le preguntó, y a la empleada no le pasó

desapercibido el timbre nervioso y alterado de su voz.

—Sí, señora Elena, hace unas dos horas regresó, y la última vez que lo vi dijo que estaría en su despacho. —La vio asentir y deslizar tres dedos por su frente, un gesto que le dio a entender que algo sucedía.

—Por favor, ¿me quisieras hacer una tisana y llevármela a la habitación? En un rato estaré ahí.

—Con gusto, señora Elena.

—Muchas gracias, Ligia. —Frotó suave el hombro de ella al pasar por su lado, en un gesto de gratitud, y siguió en dirección al estudio de su marido.

Ni siquiera tocó la puerta, simplemente la abrió, descubriendo a Román sentado tras su buró y hablando por teléfono, cuya conversación le dijo que no tendría que explicarse mucho porque era evidente que él ya estaba siendo puesto sobre aviso de lo ocurrido.

—No se preocupe, Smith, ella ya está aquí —le dijo a su interlocutor sin dejar de mirar a su esposa, escuchándolo disculparse por unos segundos más, mientras que le hacía un gesto con la mano a ella pidiéndole que se calmara, y con otro, seguido a ese, que tomara asiento frente a él—. Comprendo, no tiene por qué preocuparse, yo me haré cargo de todo y, tranquilo, su trabajo es muy profesional e impecable. Yo me comunicaré con Emerson para explicarle lo acontecido, déjelo en mis manos —aseguró terminando la llamada.

Al hacerlo miró a su esposa, exhaló fuerte y se recostó en su amplio sillón de cuero.

—Era imposible, después de más de cuarenta años de matrimonio, mantenerte al margen, ya lo sabía. —Ella continuó observándolo, seria e inmutable—. En mi defensa solo diré que lo único que pretendía era protegerte y mantenerte alejada de una situación que...

—Todos los hombres Alcázar parecen que nacen programados con un chip predeterminado —interrumpió sus palabras, viendo que hacía un mohín de lado con la boca—. Siempre creen que las mujeres a su alrededor somos de porcelana. —Le levantó una ceja. En serio estaba enfurecida—. ¡¿Cuándo pretendías explicarme lo que sucedía, Román?! ¡¿En el momento en el que ese mal nacido volviera a atentar contra tu vida y te disparara otro arpón de pesca, o tal vez una bala?! Pero esta vez sí, ¡dando en el blanco!

Su marido se levantó del asiento y dio varios pasos alrededor de la habitación, pasándose varias veces las manos por el pelo. Los recuerdos lo golpearon, agresivos, y se vio de nuevo en aquel yate en medio del océano,

desesperado y creyendo que la perdería.

En ese nefasto día, cuando todo se descubrió, al él verse perdido, por fin mostró al monstruo que escondió por años, pero que siempre habitó en su ser...

Viernes, 17 de agosto del 2007

Cayo Hueso, Florida

«—¡¡Vas a hacer esa transferencia, Román, ¿sabes que ese dinero me pertenece!, o de lo contrario, lo último que verás de tu mujer es su cuello degollado como una toronja, ¡¡en dos tajadas!!

Faltaba una semana para su aniversario y habían decidido adelantar la celebración pasando tres días en el yate, a solas, antes de que él se fuera a Canadá para confirmar el cruce de cría de aquel pura sangre, y no supo en cuál momento, ni cómo, llegaron y abordaron la embarcación.

Hasta donde sabía, después de casi tres meses de juicio, él estaba esperando el veredicto bajo arresto domiciliario, luego de pagar una fianza millonaria; pero el abogado de la defensa le había ya advertido de que lo mejor que se podía esperar era reducir la pena de cincuenta años de cárcel, que pedía el fiscal, a veinte.

Fue un iluso en confiar en él y dejarse embaucar con la falsa fachada de su empresa de inversiones extranjeras, y su pose de empresario de la alta sociedad ucraniana. Sin embargo, era justo consigo mismo al reconocer que en esas fechas estaba enfrascado en un único y principal objetivo: sacar a su hijo Rolando y a su familia de Cuba. Al conocer a Donato, y este ofrecerle los medios para hacerlo, garantizando su total seguridad y poniendo a su disposición todo un plan de apoyo que tenía muy pocas probabilidades de fracasar, terminó por convencerlo a comprometerse con él creando una sociedad entre sus negocios.

¡Catastrófica decisión que terminó por enredarlo en sus ilícitos movimientos sin él siquiera imaginarlo!

El declive vino poco tiempo después, cuando su hijo Octavio, siendo ya un licenciado en Finanzas Administrativas, tomó las riendas de ese departamento y notó de inmediato que los números de la inyección de capital a la empresa estaban muy por encima de los activos físicos que manejaba la compañía.

De inmediato estuvieron seguros de que Alcázar Enterprise estaba siendo utilizada para lavar grandes sumas de dinero, y solo había dos caminos: poner la denuncia a los federales o, simplemente, dejar que el río corriera y exponerse a un día perderlo todo, especialmente lo más importante para ellos: la libertad por la que tanto habían luchado. Definitivamente, desde el primer instante, supieron la decisión que debían tomar.

Se pusieron en las mejores manos, y para eso contaron con la ayuda de Elaine y Maximiliano Robinson, sus dos grandes y entrañables amigos, que no dudaron un segundo en poner a su disposición al departamento legal de la fundación que dirigían; hasta que después de meses de investigaciones, en las que incluso ellos estuvieron en el ojo del huracán, y les resultó muy difícil lograr probar su inocencia ante el Gobierno federal y el FBI, los verdaderos culpables fueron encausados. Finalmente, intentaron volver a la normalidad al trasladarse a Houston con el deseo de, en ese estado y lejos de todo lo ocurrido, construir un nuevo comienzo para la familia.

Pero esa noche, todo regresó como un golpe inesperado del destino. Fueron despertados del sueño más apacible a la peor de las pesadillas, y en pocos minutos ya los arrastraban, a él y a Elena, hasta la proa de la embarcación, en la que habían estado disfrutando su aniversario los últimos dos días.

Aterrorizado, vio que a ella la arrodillaron y uno de esos malditos le pegó en el cuello la hoja de un filoso cuchillo para desollar animales, haciendo que tan solo con un leve roce se le abriera una pequeña herida por la que un fino hilo de sangre terminó deslizándose hasta su pecho, haciéndolo enloquecer de dolor y rabia al verla así, desangrándose.

A él lo levantaron en peso y lo llevaron hasta la mesa de la cabina interior, donde ya lo esperaba allí su portátil en la mesa central.

*—¡Haz la transferencia ahora!! ¡Este es el número de cuenta en Suiza!
—De un manotazo, puso sobre la madera un papel con los datos de una cuenta bancaria y el nombre del titular—. ¡Y nada de mierdas! ¡Veinte millones, Alcázar, ¡hasta el último dólar lo quiero depositado ahí!*

—Sabes que también me congelaron parte de las cuentas, mientras que el caso se cierre del todo, Donato; y de las que no lo están, siguen cada transacción, monitoreadas por el FBI. Al menor movimiento, más si es esa gran cantidad, estarán aquí. ¡Incluso mi teléfono está intervenido! ¡No seas

iluso! Esto solo empeorará tu situación.

El golpe recibido debajo de la costilla lo dejó sin aire y solo pudo escuchar el eco del grito de Elena, rogándole a Donato que no lo golpeará más; pero como si disfrutara de verla sufrir, lo hizo una segunda vez con más fuerza, en esta ocasión en la mandíbula, haciéndolo escupir sangre y doblarse de dolor mientras sus secuaces lo sujetaban.

—¡Para cuando esos hijos de puta estén aquí, ya nos habremos largado! ¡Así que déjate de palabrería y ejecuta la maldita transacción de mi dinero!

—No permitirán que se transfiera esa cantidad, Donato. ¡Entiéndelo, por un demonio! —El dolor del costado se unía al de la boca partida, y a esta última la sentía inflamársele por segundos.

—¡Pues comienza a rezar porque ese dinero salga directo a esa cuenta, pues de ser así...! —Lo agarró por el pelo y le volteó la cabeza para que viera a Elena.

Aún la tenían en la misma posición, pero estaba con el cuello todo bañado en sangre; y como si ella adivinara el pánico que nació en sus ojos, le hizo un gesto con los suyos para que supiera que se encontraba bien y que la herida solo era un rasguño, a pesar de parecer todo lo contrario. De todas formas, se estremeció y sintió que le apretaban las entrañas con aquella imagen de su esposa herida y aterrada.

—Dile a tus matones que me suelten para hacer lo que pides... —Terminó cediendo, convencido de que tenía que ocurrírsele algo porque, entregándole el dinero o no, era consciente de que muy difícilmente él y su mujer saldrían vivos de allí. Al menos, a ella debía ponerla a salvo costase lo que costase.

—¡Vaya! ¡Hasta que entras en razón y me devuelves lo que es mío! —lo miró con un odio que hervía cada uno de sus sentidos.

—¡Sabes que no es tu dinero! ¡El tuyo fue confiscado por provenir del narcotráfico, la asquerosa y enferma pornografía infantil y la trata de blancas! Este es el dinero de mi sudor de años y el cual pretendiste enlodar; pero si dándotelo mi familia y yo nos libramos de una alimaña como tú, ¡créeme que me dará por bien servido!

Otra bofetada, con el puño cerrado y usando como arma los tres grotescos anillos que usaba en la mano derecha, hicieron que por algunos segundos perdiera la audición, del aturdimiento que sintió en toda la cabeza.

Quiso defenderse, pero los cabrones que lo secundaban lo volvieron a sujetar con fuerza.

—¡Eras tan solo un pobre diablo huyendo de esa isla miserable, con un poco de suerte al llegar aquí y heredar las migajas de dos tíos abuelos solterones! —escupió las palabras, haciendo alusión a la herencia que dejaran a su nombre los dos únicos familiares sobrevivientes de su fallecido padre, en la década de los años ochenta—. ¡Te ayudé a levantar una fortuna y a fundar una empresa millonaria! ¡Todo lo que eres me lo debes a mí, ¡incluso hasta el traer a tu segundo bastardo y a su prole...! ¡Y me traicionaste, maldito!

—Te aprovechaste... de mi... desconocimiento y... mi confianza en ti... —Se esforzaba en responderle, retando al dolor de su cara—. Usaste mi empresa y su nombre para lavar... dinero y... apoyar a una... organización de la... mafia..., dedicados... a los negocios más bajos y despreciables... que hay en el... mundo... ¡Jamás secundaría algo así! ¡Nunca! Te di... la oportunidad de enmendar todo y... la rechazaste porque, por ambición..., ¡prefieres vivir en ese estiércol! —le gritó con sus pocas fuerzas.

—¡¡Basta!! —chilló—. ¡Hora de poner todo en su lugar! ¡Hazlo de una puta vez! —Empujó su cuerpo contra la meseta frente a él, logrando que se golpeará con fuerza en el abdomen.

Román se sentía en extremo mareado, los golpes comenzaban a pasarle factura y solo lograba pensar en cómo salvar a su esposa. Si algo le sucedía a Elena, ni muerto lograría perdonárselo.

Justo cuando estaba entrando a la base de datos del banco, vio la señal que Dios, o alguna entidad divina, parecía enviarle. Apareció frente a sus ojos, en la esquina superior derecha de la pantalla, el símbolo del sistema de seguridad y alarma que su hijo había insistido en mandar instalar meses atrás, después de la última mala experiencia de pesca que tuvieron cuando un remolino marino los sorprendió en el océano.

«¡Bendita sea tu previsión, mijo!», pensó, y por instinto, y de la manera más discreta que pudo, ya que sabía que varios pares de ojos lo observaban, levantó los suyos y divisó las luces de la costa destacando en el oscuro horizonte. Esto le confirmó que no estaban muy alejados, por lo que se hacía más probable la rapidez con la que llegaría la respuesta a la señal de auxilio.

Se tomó unos segundos para, por el rabillo del ojo, observar a Donato,

que se mantenía callado detrás de él, atento a que la barra verde apareciera en la pantalla anunciando que la transferencia electrónica daba inicio, y cuando lo vio bajar la mirada al móvil, por escasos segundos, activó desde el portátil la llamada en silencio de auxilio a la guardia costera, una señal que solo se debía usar en el supuesto de estar siendo coaccionado, en peligro de catástrofe o, como era el caso de ellos, siendo víctimas de un secuestro y una amenaza de muerte.

Los minutos que siguieron fueron los más largos de su vida. Escuchaba las risas de los malditos, bebiéndose todo y embriagándose, y agradeció que, milagrosamente, la barra verde, aunque muy lento, comenzara a cargar por fin para que el cabrón de Donato diera su grito de júbilo y al menos le permitiera ganar tiempo. Cuando menos lo imaginó, el foco de luz de dos helicópteros, más el ruido de los motores de dos embarcaciones de la guardia costera levantando las olas, estaban rodeándolos. Todo ocurrió en cuestión de minutos.

Su mirada se clavó en Elena, la vio empujar a su captor y, en medio del forcejeo, caer al agua. Cuando intentó correr a por ella para auxiliarla, los disparos comenzaron a parecer granizos de tormenta a su alrededor, y solo terminó quedando en su memoria el agudo y desgarrador dolor en su hombro izquierdo como si un hierro caliente se lo atravesara. ¿Después? Oscuridad, paz, silencio...

Hasta que, seis días más tarde, despertara en el Jackson Hospital Memorial con medio torso vendado tras una complicada cirugía, y la noticia de que estaban intentando salvarle el brazo que ese mal nacido había atravesado con un disparo del arpón de pesca...

—¿Cariño...? ¿Mi cielo? —La voz de su esposa, pasándole la mano por la espalda, logró arrancarlo de sus más dolorosos recuerdos al sentirla tras él—. Te fuiste lejos con tu mente, y tengo una clara idea de hasta dónde llegaste. Por favor, siempre lo hemos compartido todo, entiende que me niego a que eso cambie ahora.

Román se giró y la abrazó.

—Entiéndeme tú a mí, cielo, solo quise que no padecieras como lo hiciste hace años. No puedes culparme por querer proteger a costa de cualquier cosa a nuestra familia y... ¡eso te incluye! —Ella se giró y lo enfrentó.

—¡Quiero toda la verdad y la quiero ahora, Román, no cargarás con esto

solo!

Él se dejó caer en el sillón más cercano, apoyando los codos sobre los brazos de este, luego levantó la mano y se alisó el cabello hacia atrás. Sabía que no tenía opción, siempre supo que su mujer era muy intuitiva y perspicaz, así que era una misión imposible mantenerla ajena a lo que sucedía.

—Por favor, siéntate —le pidió—. Primero, explícame qué sucedió con tu oficial de seguridad personal, debo informar a Emerson, que es el jefe de ellos. —La vio expulsar el aire retenido por culpa del enojo, y relajar los hombros, al tomar asiento.

—Es simple. Hace días me di cuenta de que me seguían a todos lados, algo que primero noté sucedía también con Adela, y lo cual terminé de confirmar ayer cuando fuimos al colegio de Alma por el festival. —Suspiró, la adrenalina que le corría momentos antes por todo el cuerpo comenzó a ceder—. Hoy me fui al centro comercial y me percaté de que, efectivamente, este individuo venía detrás, como cada uno de los últimos días. Así que entré al primer comercio y desde adentro, a través de los cristales de la tienda, lo observé por un largo rato sin que él ni siquiera lo imaginara.

»Lo vi abrir una carpeta que llevaba y sacar de ella lo que yo creí en ese momento que eran tarjetas o algo similar, pensé que las leía, pero me llamó la atención que luego levantaba la vista hacia todos lados, como si comparara lo que estaba viendo en sus manos con los alrededores fuera del auto. Luego supe que eran fotografías ¡Nuestras! —recalcó—. De nuestros hijos, nuestras nueras, nietos, ¡de nuestra niña!, e incluso una de Romina. Todas ellas junto a la de... ¡esos desgraciados! —enfaticó mirándolo fijo y volviéndole a temblar la voz—. Lo supe cuando salí por la puerta trasera que da al aparcamiento, la que usan los empleados, y lo terminé sorprendiendo al abrir de golpe la de su auto, del lado del pasajero, sentándome a su lado y agarrando la misteriosa carpeta que terminó de revelarme parte de lo que ya sospechaba.

—¡Por el amor de Dios, Elena! ¡¿No se te ocurrió que podía ser alguien peligroso?! ¡¿En qué estabas pensando?! —reclamó inclinándose hacia atrás con las manos apoyadas tras la nuca, visiblemente consternado por lo que consideraba una actitud irresponsable de su parte.

—¡A esas alturas ya sabía que estabas detrás de todo esto! —Inspiró, tomando aliento para continuar—. Lo intuía...

—¡Pues te agradecería mucho que en adelante no llesves tan al pie de la letra tu «brillante intuición», Elena! —Solo de imaginar lo que había hecho,

sin detenerse a pensar en las consecuencias, más sabiendo él lo que los amenazaba en aquel momento, lo hizo cabrearse y aterrarse a partes iguales.

—¡En fin! ¡Lo hecho, hecho está, Román! Ayudaría mucho también que confiaras más en mí en adelante —reclamó ella.

—Sabes que lo hago ciegamente, solo intentaba protegerte y que estuvieras tranquila.

—Pues la verdad, no es algo que te agradezca. Son mis hijos y mis nietos también. ¡Entiende eso! —Lo vio agachar la cabeza—. Y, bueno, retomando, seguramente el resto ya el tal Smith ese te lo ha contado, y solo me queda aconsejarte que tengas en el futuro, aunque espero no sea necesario, en cuenta una empresa de seguridad personal más efectiva —concluyó, haciéndolo medio sonreír a pesar de lo serio que era el tema—. Ahora te toca hablar a ti, te escucho. ¡¿Qué es exactamente lo que está sucediendo?! ¡Y esta vez no te perdonaré que me ocultes nada!

Su marido se levantó del sillón y se acercó a la pequeña barra, necesitaba un trago.

—¿No es muy temprano para beber? —No pudo evitar reprochar.

—Lo es, pero te pido que me des una tregua, al menos hoy. —Ella asintió, pero sin mostrarse totalmente convencida.

El doctor le había pedido evitar por un tiempo las bebidas alcohólicas, en el último control médico, debido a un principio de diabetes que necesitaba seguir vigilándose, pero decidió darle esa tregua que le pedía.

Román regresó con un vaso de whisky en las manos, pero no se fue detrás del buró, se sentó en la silla vacía a su lado.

—Hace unos meses, el FBI contactó con el abogado penalista que nos representó en el caso años atrás. —Elena asintió para que supiera que sabía a qué hacía él referencia—. Habían perdido el contacto exacto con nosotros al dejar Florida y venirnos a Houston, así que él se apoyó en el fiscal para encontrarnos y, obvio, no le resultó muy difícil; al buscar nuestro apellido en esta ciudad, les fue innecesario requerir de esfuerzo extra. —Dio un trago a la bebida antes de proseguir mientras Elena, atenta, lo dejaba tomarse su tiempo, consciente de lo difícil que le era recordar todo lo pasado y, más aún, hablar de ello.

»Han tenido información de que esa organización de la mafia, a la que los Calbaho pertenecían: The community, se esta reorganizando y no saben con cuál intención. —La vio llevarse una de las manos al pecho.

—¿Qué los hace estar tan seguros? ¿O tan solo lo suponen? —preguntó, esperanzada en que fuese un error y visiblemente nerviosa.

—Hay constancia de que varios de ellos han estado entrando y saliendo del país, procedentes de Ibiza. También han confirmado movimientos que indican que planean algún golpe gordo, y a pesar de que no saben si este será aquí o en Europa, de todas formas estamos entre las personas que ayudaron a dismantelar la organización y a atrapar a muchos de ellos hace años, por lo que, naturalmente, las autoridades tienen la obligación de ponernos sobre aviso.

—Ibiza... —dijo, y se quedó unos segundos pensativa—. Casualmente donde Donato dijo siempre que vivía su mujer y su único hijo —concluyó, recordando aquellas falsas conversaciones amistosas en plenas parrilladas, en las que el hombre que más tarde se convertiría en su peor pesadilla, se hacía pasar por un gran amigo hablando de su amada esposa y de su hijo, además de los deseos que tenía de que los conocieran—. Sigo sin comprender por qué tenemos que estar tan a la defensiva. Nuestro problema fue con Donato, y él está en prisión. ¿No creés que exageras con ponernos un guardaespaldas a cada uno en secreto y...?

—Interceptaron un paquete en la cárcel, cuyo destinatario era Donato Calbaho. Las autoridades han decidido trasladarlo a una prisión de máxima seguridad en unos días y... —respiró profundo buscando la forma de decirle aquello sin que le afectara tanto, pero definitivamente no existía una—. Dicha misiva era una caja con fotos nuestras..., actuales, y de cada rutina diaria de los miembros de nuestra familia, con datos muy precisos, incluyendo...

—¿Incluyendo qué?! —insistió cuando lo vio callarse.

—Incluyendo a nuestra bisnieta... También han estado vigilando sus costumbres y tomándole fotos...

La vio cubrirse el rostro y ahogar un sollozo, y, de inmediato, soltó la bebida en la mesa, entre los sillones, y se acercó para abrazarla.

—Cálmate, cariño, todo estará bien, te lo prometo...

—¿Qué... podemos hacer, Román? —cuestionó con el miedo brillando en sus ojos y las lágrimas ya rodándole por el rostro.

—Por el momento, seguiremos con la seguridad personal para cada uno. —Suspiró—. Y también he pensado en irnos antes a la hacienda en Pasadena. Se acerca el cumpleaños de Ignacio y es una tradición en esta fecha irnos, creo que este año podemos viajar antes. No sé, estar allá más días de los que

acostumbramos hasta ver qué investigan las autoridades. —Cerró los ojos un segundo y se frotó la frente—. Así que he analizado la posibilidad de adelantar e irnos. Luego Gael nos puede alcanzar con Romina. Antes de salir ayer de la escuela de Alma, me confirmó que ella aceptó acompañarlo, y estaba feliz. ¿Los viste tomados de las manos?

Elena sonrió asintiendo, mientras se secaba las lágrimas con la manga de la blusa.

—Se están reencontrando uno a otro y... ¡Dios! Nuestro Gael se ve tan diferente.

—Como si hubiera regresado a la vida, cariño.

—¿Les contaremos lo que está pasando? Imagino que Octavio y Nancy ya lo saben. —Él afirmó con un parpadeo—. Lo suponía. Después de todo lo sucedido, ellos fueron los únicos enterados de la situación porque tú así lo decidiste, no quisiste decirle nada a Rolando ni a Adela, y mucho menos a los chicos en aquel momento.

—Y no me arrepiento de haberlo hecho, menos de trasladarlos a todos aquí, dejándolos fuera de aquellos aciagos días que enfrentábamos en Florida. Finalmente, Gael, cuando aquello estaba en su peor momento, libraba sus propias batallas emocionales, y Adela sufría el rechazo de toda su familia unido al luto por la noticia de la muerte de su madre. Además, se puede decir que estaban recién llegados de Cuba e intentando adaptarse a su nueva vida. ¿Qué ganaba con cargarlos con más angustias y preocupaciones?

—En su momento lo entendí, como lo hicieron Octavio y Nancy, que aceptaron dar su apoyo en silencio. Pero no me engaño, sé además, que tu mayor motivo para actuar así fue porque no querías que nuestro hijo Rolando se sintiera culpable al enterarse de que la principal razón por la que te asociaste con Donato fue, precisamente, por la ayuda que él te brindó para sacarlos de la isla en esa lancha. —Su marido solo asintió, cabizabajo.

—Necesito que me ayudes a planear el viaje a la hacienda cuanto antes. Esa propiedad hace muy poco tiempo que la compramos y solo algunas personas saben de su existencia. En realidad, solo la familia y dos o tres amigos muy cercanos. Se lo he comentado a Emerson y le ha parecido una excelente decisión —le pidió, aliviado por, al fin, compartir con ella su angustia.

—Por supuesto, cariño, yo me encargo, llamaré para que tengan todo listo. Pero ten en cuenta que deberás buscar el momento para hablar con todos.

—Lo sé, claro que lo buscaré, por ahora solo necesito, una vez más, saber que tengo a quienes más quiero a salvo...

Elena acarició su rostro y lo abrazó, confirmándole que, sin importar lo difícil que fuera la situación a enfrentar, siempre podría contar con ella. Pero sin dejar de pensar, muy consternada, en que se acababa de levantar sobre la familia una enorme ola de angustia y temor...

Capítulo 24



—¿Mery, estás?

La llamó a través del intercomunicador de la oficina y esperó respuesta.

—Sí, Gael, aquí estoy. ¿Se te ofrece algo? —contestó amable.

—¿No te han llamado de la recepción? —preguntó ansioso mientras giraba una pluma sobre la pulida superficie del escritorio una y otra vez.

—No, Gael, aún no avisan de que llegó tu visita. Pero no te preocupes, que en cuanto ella llegue, les di orden de llamar y comunicárnoslo.

—Por favor, Mery, necesito que te mantengas al pendiente.

—Cuenta con ello, Gael —le aseguró.

—Gracias, Mery.

—Es un placer.

Terminó la comunicación y se dejó caer en el sillón. Miró su reloj, constatando que todavía no era la hora acordada y repitiéndose que no tenía por qué desesperarse. Cuando la llamó, por la mañana, ella volvió a confirmarle que vendría, y, de inmediato, solicitó un servicio completo de cáterin del restaurante que visitaron días antes. Volvió a mirar la hora en su muñeca, en unos cuarenta y cinco minutos deberían estar llegando con el pedido.

Fue al minibar a por un trago, buscando algo que sosegara su ansiedad, y se decantó por el vino. Terminó por servirse media copa de la botella del cabernet sauvignon que le trajo a su abuelo de regalo al regreso de Alemania. Lo cató y degustó con mesura y paciencia, aprovechándose de su textura y aroma para intentar relajarse. Caminó por la oficina como si contara cada paso y marcara el tiempo de uno al otro. Tenía aún algunos pendientes que finiquitar, pero la verdad era que, ¿para qué intentarlo? Su cabeza solo entendía de repetirse una y otra vez que en cualquier momento la vería entrar por la puerta.

Se acercó al ventanal que tantas veces antes le regalara la oportunidad de perderse en la distancia de esa vista citadina, concediéndole un mínimo consuelo para su dolor. Sonrió y cerró un instante los ojos al reconocer cuán distinta era ahora su realidad, y el corazón se saltó otro de sus latidos.

Se llevó la copa a los labios justo cuando sintió, en la mano que tenía dentro del bolsillo izquierdo del pantalón, la vibración del móvil.

Lo tomó, y al ver la pantalla frunció el ceño, sorprendido porque era un mensaje de Mery:

Disculpa, Gael, pero no solo se ganó la simpatía de la chica de la recepción, sino que ya me conquistó el corazón y no pude negarme a dejarla sorprenderte.

En un inicio no entendió el mensaje de su asistente, pero cuando sintió abrirse la puerta detrás y se giró, todo cobró sentido y aquella imagen frente a él le dilató el pecho de emoción y le aceleró los latidos, acompañándolos con la gran sonrisa que afloró en su rostro.

—Hola, amor. Por favor, no reprendas a tu secretaria, te garantizo que es toda una profesional. ¡No sabes lo que me costó convencerla para que no te dijera que ya había llegado! Igual que a la chica de la recepción, que fue a quien primero necesité persuadir —dijo con un gesto provocador de inocencia que casi lo hace soltar la copa de la mano antes de dejarla sobre el buró. Y como si no le fuera suficiente con ello, lo torturó con su más sensual expresión: morderse el labio inferior.

Dos miradas quedaron ancladas y la energía de aquella atracción sin límites los envolvió en un segundo. Él la recorrió con devoción, admirando cada contorno de su silueta.

Romina vestía un conjunto de falda a media pierna, entallado al cuerpo, color rosa, y unas sandalias altas, de cuña, anudadas al tobillo, haciéndola

lucir sofisticada y muy sensual a la vez. Su largo cabello, rodeando su rostro, junto a los celestes ojos, provocó que Gael fuera víctima en tan solo un segundo de ese nudo de emoción que siempre le oprimía el pecho al dejarse embriagar por la expresión angelical de su rostro. ¡Dios, cuánto la amaba!

—Verte entrar aquí es... la sorpresa más maravillosa y... ¡añorada de toda mi vida! —respondió, emocionado al límite, con la mirada brillante, admirándola; amándola más que una década atrás y menos que todos los años que le restaran por vivir, porque, sin duda alguna, sabía que ese amor por ella se alimentaría cada segundo de su existencia.

—Solo quería sorprenderte y...

—¿Y...? —insistió junto a dos pasos más librando la distancia que los separaba.

Disfrutaba mucho de verla como ahora: estremeciéndose según lo observaba acercársele y con aquellos dos ojazos azules brillando solo para él.

—Y bajarle un poquito esa costumbre controladora que comienzo a descubrir que tiene, «señor presidente» de —volvió a morderse el labio—... querer tener el control de todo.

—Hum... ¿Me está diciendo controlador, señorita?

Adoraba cuando se volvía así de juguetona y provocadora, era como si en cada momento que pasaba descubriera nuevas cosas en ella y... ¡Por todo lo más sagrado, juraba que esta Romina lo tenía en sus manos!

—Es que lo eres... ¿O lo negarás? —Le levantó una ceja, y una vez más la expresión de su rostro terminó por rendirlo.

—¡Por Dios, ven acá!

En dos cortas y últimas zancadas estuvo a su lado, abordó su boca con vehemencia y la levantó en brazos, sintiendo que los latidos de ambos corazones se hacían uno solo en la unión de sus pechos. Caminó con ella cargada sin permitir que los pies le rozaran el suelo ni dejar de besarla un instante, llevándola hasta sentarla en un extremo del escritorio, y quedándose él entre sus piernas.

—¡No sé... ya... qué... hacer para... dejar de extrañarte... a cada segundo! —confesaba con palabras entrecortadas por estar regando besos en las mejillas, la frente y sus párpados cerrados hasta terminar una y otra vez en la boca, teniendo su rostro acunado entre las manos y controlando su excitación al límite de lo imposible.

—Creo que padecemos del mismo mal... —le dijo, dejando caer hacia

atrás la cabeza para disfrutar del placer que le causaba que sus labios bajaran y se apoderaran sin compasión alguna de su cuello.

—¿Eso es cierto? ¿También me extrañas? —Detuvo sus caricias y unió la frente a la suya.

—Todo el tiempo... —contestó, y Gael la atrajo para envolverla en un abrazo.

—Pero a veces siento temor de toda esta intensidad de lo que estamos viviendo y...

—¡No, no, preciosa! Decidimos vivir un día a la vez. ¿Recuerdas? —Ella asintió, y Gael le acarició los labios con otro beso.

Cuando se separó de ella, reparó en el colgante de libélula que esta vez, al ser el escote de la blusa un poco más pronunciado, sobresalía en su pecho. Lo tomó en sus manos, le rozó con las puntas de los dedos las alas, y tragó en seco.

Hacía algunos días que se había quitado el suyo, pero no para guardarlo de nuevo, eso no lo haría nunca más, sino para tenerlo en su billetera, siempre en el bolsillo interior de la chaqueta, y evitando que, por el momento, ella lo viera de pronto, ya que consideraba que no era adecuado que advirtiera aún acerca de la réplica que él conservaba. Tenía esperanzas. ¡Sabía que llegaría ese momento de recordarlo juntos!

—Está conmigo desde hace mucho tiempo... —Se atrevió a decirle al verlo observarlo detenidamente.

—¿Algún regalo especial?

De inmediato se arrepintió de hacerle una pregunta tan directa, dadas las circunstancias; pero no podía evitarlo, su instinto se sobreponía siempre ante la más mínima oportunidad de resurgir en sus recuerdos.

—No puedo contestarte con exactitud. Esa es una parte de la historia de mi vida para la que quiero que tengamos un día una ocasión especial, adecuada, y entonces hablar de ella.

—Por supuesto que tendremos esa oportunidad, preciosa. —Le acarició la mejilla con dulzura y unió su boca a la suya.

El beso, en esta ocasión, convirtió en eterna la ternura de las caricias, dejándose llevar por cada roce suave, lento, pausado. Ambos parecían querer dejar a la pasión tomarse el tiempo que sus cuerpos se exigían, cada vez más, para reconocerse antes de dar rienda suelta al deseo, que sería solo cuando ellos así lo mandaran. Arrastrándose por un delicioso letargo en el que sus

bocas y sus cuerpos unidos protagonizaban el momento...

—¡Buenas tardes!

Gael interrumpió el beso y sintió un golpe angustioso en la boca del estómago al saber de quién era aquella voz; igual que una pedrada rompiendo una cápsula de cristal. Eso fue precisamente lo que pareció suceder al escucharla detrás de ellos, y lo cual hizo que se diera, lento, la vuelta.

Romina se deslizó de la esquina del escritorio hasta quedar de pie, pero sin que Gael retirara las manos de su cintura, sonrojada, chocando de pronto con aquella mirada en la que creyó descubrir un sentimiento oscuro, y casi podría jurar que ladino; el cual la hizo fruncir el ceño y le ocasionó un ligero malestar recorriéndole el cuerpo.

—Buenas tardes, Beatrice —saludó Gael y recompuso la postura—. Te hubiese agradecido que te anunciaras —dijo con un marcado matiz de reproche en las palabras, viéndola apretar los dientes y fruncir el labio.

—¿Para esto me pediste vernos?! —reclamó, erguida, moviendo de arriba abajo la mano y señalándolos a ambos—. ¿Para humillarme con tu «resucitada» conquista?!

Gael sintió cómo Romina se estremecía, sin dejar de rodearla por la cintura, y no fue ajeno a la expresión pálida de su rostro al escuchar lo dicho por Beatrice. Por esa razón, cuando adivinó su intención de separarse de él, la atrajo más fuerte a su cuerpo y no se lo permitió.

—¿Perdón, Beatrice?! No sé si leíste bien mi mensaje, pero te pedí comunicarte primero conmigo para concertar una reunión y vernos. No creí que te tomarías el atrevimiento de venir hasta aquí sin acordar una cita o, mínimo, anunciarte con mi secretaria antes. ¿Quieres que te muestre el mensaje por si no lo entendiste bien?!

Hizo el ademán de buscar en el bolsillo el móvil con la mano libre, no le gustaba ser un cabrón; pero en los ojos de ella veía dibujarse una inequívoca y absurda revancha, y no se lo permitiría. ¡Menos estando presente Romina!

Beatrice lo miró con rabia, apretando los puños a los lados.

—Entré sin anunciarme porque tu secretaria no estaba en su escritorio y... creo que ahora me alegra haberlo hecho —ironizó entre dientes, luego miró fijo a Romina—. ¿No nos vas a presentar, Gael?

Él la miró como nunca lo había hecho: con un profundo desprecio.

—Por supuesto... —contestó arrastrando cada palabra e intentando mantener la calma, más que nada por su libélula—. Amor, ella es Beatrice Da

Silva.

—Mucho gusto, Romina Sanfield —se presentó, y odió que su voz temblara. Aunque ella no lo notó, sabía que Gael sí, la forma como acarició su cintura, por detrás, y la atrajo más hacia él, se lo confirmó.

Beatrice los miró a ambos y caminó altanera hacia ellos. La verdad le había caído, primero, como un fuerte golpe en el pecho al escucharla de boca del abuelo de Gael; pero tener aquella mujer frente a ella, confirmando además lo hermosa que realmente era, fue como si le quemaran la piel a sangre fría.

—Necesitamos hablar. ¿Quieres hacerlo delante de ella? —amenazó, cínica; pero Gael no estaba dispuesto a permitirselo.

—Créeme que no me importaría, Beatrice. ¡No tengo nada que ocultar! —contestó seguro—. Pero los asuntos que tú y yo «aclararemos» de una buena vez —enfaticó la palabra—, son tan insignificantes que no merece la pena que sacrifique tiempo de mi novia para ello.

Esta última frase, remarcada por él al decirla, hizo que no solo se le quedara mirando Beatrice con el rostro totalmente descompuesto, sino que también Romina levantara los ojos a los suyos, tratando de pasar el nudo que se le hizo en la garganta al escucharlo darle ese calificativo.

En Romina, una mezcla de molestia, enojo y celos debatían su lugar dentro de ella, y no tenía idea de si podía ser capaz de superar lo que estaba sintiendo. De pronto, se sintió tan posesiva con Gael que prefirió abrirles las puertas de su mente al disgusto visceral que esa mujer empezó a provocarle que intentar analizar el cúmulo de emociones que la embargaban por lo que fuera que ella y él hubieran tenido juntos. No era necesario ser muy inteligente para darse cuenta de qué se trataba aquella embarazosa escena que estaban viviendo los tres.

—¿Por qué lo usa ella?! ¡Qué estúpida soy al preguntarlo! —Se dijo con furia Beatrice. Y no fue precisamente ella la que soltó con tanta ira aquella pregunta apuntando al pecho de Romina y haciendo alusión al colgante de libélula, ¡sino que lo hizo su desorden emocional el que tomó el mando de su personalidad a partir de ese momento!

No pudo controlar el impulso, y, de imprevisto, pretendió acercarse a Romina, y con su actitud traspasó el límite de lo permitido por Gael, quién logró interceptar a tiempo su mano, dispuesta a arrancarle del cuello el colgante que, era evidente, confundía con el suyo.

Tras un breve forcejeo, finalmente logró sujetarla por los brazos, y Romina retrocedió, abrumada por aquella situación.

—Pero... ¿qué pretendes, Beatrice?! ¿Acaso te has vuelto loca?! —Gael la retenía con fuerza mientras luchaba para no perder los estribos.

Buscó con la mirada a Romina, y la expresión de ella lo estremeció. Se la veía rebasada por aquel momento que mil veces maldecía porque se hubiese dado en presencia de ella.

—¡No estoy loca, estoy hecha pedazos por tu culpa! —Le empezó a golpear en el pecho, negándose Gael a apretar más sus antebrazos por temor a hacerle daño. A pesar de todo, jamás abusaría de su fuerza con ninguna mujer.

Beatrice ahogó un sollozo cuando dejó de pegarle, quedando sin aliento, y él la fue llevando, poco a poco, hasta uno de los sillones del funcional salón de su oficina. Justo cuando la dejaba en el asiento, todavía hiperventilando y temblando por la crisis de ira que sufriera, Mery entraba, preocupada por oír los gritos de ella que, al dejar semiabierta la puerta del despacho minutos antes, se escucharon con claridad desde su escritorio.

—Discúlpame, Gael, había cogido mi hora de almuerzo —se disculpó, muy preocupada al suponer lo que sucedía. Sintió al instante no haber estado para detener a Beatrice—. ¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó entonces, discreta, pero obviamente comprendiéndolo todo.

—Gracias... Por favor, búscale un vaso con agua a Beatrice o un tranquilizante. ¿Podrías ayudarme con eso? —pidió sin siquiera mirarla, pues sus ojos estaban fijos en lo único que era su mayor preocupación: Romina.

Estaba a un lado del escritorio, callada, pálida, y el movimiento de su pecho subiendo y bajando le revelaron lo alterada que estaba, y esto lo aterró.

«¡Maldita sea! ¿Por qué no escuché a todos?! ¿En qué momento Beatrice se convirtió en esta mujer tan inestable y obsesiva? ¡Fui un estúpido no viéndolo, y ahora se ha escapado de entre mis manos toda esta situación!», se reclamó.

—Por supuesto, Gael.

La respuesta de Mery la escuchó lejana, la vio pasar por su lado para llegar hasta Beatrice, quien se rodeó con sus propios brazos y parecía un ovillo, recogiendo las piernas en el sillón. No sabía si fingía o no, solo quería que toda aquella inaudita situación terminara. Si Beatrice necesitaba ayuda psicológica, por supuesto que la ayudaría; pero ahora su libélula era su prioridad, y eso no cambiaría por nada ni por nadie, su conciencia estaba

tranquila. ¡Jamás le mintió a Beatrice! Se acercó a Romina y agradeció la dimensión de su despacho como nunca antes. Detrás de él, escuchaba los murmullos de Mery hablándole a Beatrice e intentando tranquilizarla, y volvió a maldecir aquella escena tan embarazosa que acababan de vivir.

—Por favor... Te lo suplico..., dime que estás bien, amor. Perdón por este desagradable momento —rogó, balbuceando las palabras porque la mirada ida y fría de su libélula lo estaba consumiendo por dentro.

—Estoy bien... Creo que es mejor que me vaya ahora y...

—¡No, mi amor! ¡Por favor, no! Solo déjame hablar con ella, te juro que te explicaré esto y que...

—Gael... —lo interrumpió—. No tienes que darme explicaciones, entiendo que entre ella y tú... —Miró hacia donde se encontraba Beatrice, al fondo del enorme despacho, tomando un vaso de agua que le acercara Mery. Suspiró—. Existe un pasado entre ustedes e imagino que deben hablar. Lo mejor será que me vaya para que puedan...

—¡No, Romina! —La tomó por los hombros cuando la vio intentar ir a por su bolso, que había dejado sobre el escritorio—. ¡No hay pasado y no hay nada que nos una, mucho menos tuvimos una relación que le diera el derecho de comportarse de esta forma! ¡Necesito que creas eso!

Aunque con una voz relativamente baja, Gael no pudo controlar la fuerza con la que se expresaron sus palabras. Estaba desesperado, no sabía qué pensar acerca de esa neutralidad en ella, y temía que el brillo aguado de su mirada fuera un signo de decepción que jamás él se perdonaría, y mucho menos le perdonaría a Beatrice.

—Por favor, hermosa, no me hagas esto y no te vayas aún. —Inhaló fuerte, buscando aplomo—. Nos iremos juntos, si quieres a tu casa o a cenar, hablar, te explicaré y...

—Vine en mi auto, Gael, y me voy sola. Para todo lo demás tendremos tiempo, ya que es obvio que tienes un problema que solucionar aquí. —Volvió a interrumpirlo y señaló hacia donde estaba Beatrice.

Ya ese *mi amor* no formaba parte de sus frases, tan solo era su nombre dicho con un matiz de sequedad que terminó desmoronándolo.

—¡No! ¡Yo iré contigo! ¡No te irás sola! —El instinto de posesión se alzando dando guerra a pesar de estarse consumiendo de ansiedad y miedo por dentro. La vio mirarlo a los ojos y, en esta ocasión, la seguridad de su mirada lo intimidó.

—Eso no lo decides tú, Gael. —Ella pasó con dificultad el nudo de su garganta, ese que la apretaba fuerte y se la intentaba cerrar por el dolor sordo y escondido que le causaba hablarle así; pero por mucho que lo quisiera, como ya lo hacía, su capacidad de decisión e independencia era algo en lo que no cedería nunca ante nadie—. Habla con ella, solucionen lo que tengan que solucionar; es evidente que es importante... —dijo, reteniendo la serenidad que sentía quererle escapar y haciéndose del bolso mientras Gael se estremecía ante su respuesta.

—¡Por amor de Dios, Romina! ¡No puedo permitir que te vayas así! ¡No me hagas esto! ¡Entiéndeme! —La sujetó del brazo de nuevo y un gran temor se asomó a sus ojos repicando fuerte en su corazón, y terminando esto doliéndole a ella como si un puño le oprimiera el pecho.

—¿Y acaso me comprendes tú?! —cuestionó, dolida, superada por toda esa vorágine de sentimientos apilados en su alma, amenazantes, dispuestos a torturarla.

¡Confusión!

¡Enojo!

¡Desilusión!

¡Celos!

Estos últimos, gestándose como un alud que a pasos agigantados se convertían en una verdadera tortura.

—Necesito salir de aquí, Gael. ¡Entiéndelo, por favor! —pidió, y al él verle los ojos aguados, el corazón se le hizo añicos por, esta vez, no ser precisamente de emoción esas lágrimas. Eso lo destrozaba.

—Solo respóndeme algo, amor. ¿Confías en mí? —Lo miró unos segundos, fijamente, buscando fuerza en la profundidad de sus ojos antes de contestarle. Y cuando ya él comenzaba a desesperarse por su silencio, asintió—. Entonces, ¡por lo que más quieras! —La abrazó y terminó pidiéndole el resto al oído—: No te vayas... —Se separó de ella y se frotó el rostro, evidentemente la situación comenzaba a superarlo—. ¿Me esperarías afuera, junto a Mery? ¡Por favor, no te niegues! —volvió a suplicar, sosteniéndola una vez más por los hombros mientras ambos escucharon un murmullo de la conversación que sostenían la asistente y Beatrice.

Romina dirigió primero su vista a ellas, por encima del hombro de Gael, y luego a este.

—Está bien, te esperaré afuera. —Las manos de él en sus hombros las

sintió estremecerse junto al suspiro que dejó escapar del pecho.

—Por favor, Mery...

—¿Sí, Gael? —contestó, dispuesta, acercándoseles desde el final de la oficina.

—¿Podrías acompañar a Romina? Ella me esperará, contigo, solo unos minutos. Y si alguien pregunta por mí, no estoy para nadie. También cancela cualquier compromiso previsto para hoy, y envía el servicio del cáterin al lugar que consideres cuando llegue, por favor —pidió esto último volteándose a su asistente, por fin, ya que todo el tiempo estuvo mirando a su libélula, angustiado, dolido al punto del desconsuelo total por no poder evitar que ella padeciera toda aquella absurda escena.

—Por supuesto, Gael, yo me encargo.

Él tomó a Romina de la mano y besó su frente, encaminándose luego a la puerta, donde ya la esperaba Mery.

—En un momento estoy contigo, amor. —aseguró, esta vez levantándole la barbilla, buscando su mirada.

Ella solo asintió y volvió la vista hacia donde estaba Beatrice, completamente en silencio, y ahora de pie frente a una chimenea al final del salón ejecutivo, de espaldas a ellos.

Al cerrarse la puerta y salir las dos mujeres, Gael caminó de inmediato hacia el estante detrás del escritorio y se hizo de la caja que días antes trajera Beatrice, dirigiéndose hasta ella, enfurecido, dejándola caer con fuerza sobre la mesa de centro que los separaba, teniéndola de espaldas a él todavía.

—¡Ahora sí! ¡Tú y yo hablaremos seriamente y de una buena vez, Beatrice! ¡Empieza por explicarme, ¡¿qué significa esto?!

Ella se giró lentamente hasta quedar frente a él, aún con el vaso de agua en las manos que, minutos antes, le diera Mery; y en ese momento, lo que Gael vio tras su mirada estaba muy lejos de ser un sentimiento tan sublime como lo era el amor.

Capítulo 25



Solo sus ojos expresaron algún tipo de reacción cuando, inmutable, los dirigió a la caja, tirada sobre la mesa, y de ella a Gael.

Esta se había abierto dejando ver parte del contenido: un álbum con más de treinta pinturas y bocetos que, durante meses, se dedicara a pintar de él acerca de todos los momentos que compartieron juntos, aprovechando, en la mayoría de las ocasiones, los instantes en los que se quedaba dormido, después de uno de esos episodios de pasión desmedida que tanto bien le hacía a ella recordar.

Pero, justo ahora, al memorizarlos siendo consciente de la existencia de Romina al otro lado de la puerta, sin ser esta ya un fantasma de su pasado, y, por el contrario, inexplicablemente convertida ahora en una inevitable realidad, un lacerante odio visceral le recorría el cuerpo, y los deseos de destruir todo a su alrededor se alzaban como una nefasta necesidad para poder desahogarse que, a duras penas, podía ser capaz de controlar.

—¡Espero por ti, Beatrice! —Rompió Gael el silencio, ansioso, ya que solo necesitaba, lo antes posible, salir de aquella situación para alcanzar a Romina.

Ella lo miró unos segundos más, detenidamente, no para buscar palabras

apropiadas, esas ya salían sobrando, sino para intentar contrarrestar los impulsos que la amenazaban con perder los estribos de nuevo.

—¿Qué quieres saber?! —preguntó, alterada, reparando en cómo él contraía la mandíbula antes de dar dos pasos hacia ella.

—¡No juegues conmigo, Beatrice! ¡Estás mostrándome una parte tuya que no conocía, ¡eso es cierto!, pero mejor no me tienes a mostrarte la mía! ¡Créeme que no te gustará!

La expresión cínica en el rostro de ella no tenía nada que ver con la mujer con la que había compartido momentos agradables meses atrás.

—¿A esto te refieres? —continuó ella, inclinándose y tomando el álbum, hojeándolo con lentitud—. Te contaré... Este, por ejemplo, lo empecé a dibujar después de aquella noche en el hotel Hilton; cuando salimos de la fiesta de los Alfonso, ardiendo de deseo uno por el otro. —Sacó la pintura del nailon que la guardaba y se la mostró en alto, ladina, altanera. ¡Retándolo!

Era él en la pintura, boca abajo en la cama, semidesnudo y cubierto solo por unas impolutas sábanas blancas. Estaba completamente dormido sobre la extensa cama. Viéndola, cayó en la cuenta de que ni siquiera recordaba ese día con claridad, por las varias copas que lo acompañaron hasta allí.

—¡Terminamos sudando y jadeando como locos! ¿Lo recuerdas? —Se echó a reír y lo miró fijamente, con el labio fruncido. De pronto, apareció un sórdido reproche tras su mirada, al cual le fue imposible esconder el veneno que envolvía cada palabra—. ¿Y estas? ¡¿Verdad que son divinas?!

Como desquiciada, sacaba una a una las pinturas de sus sobres con manos temblorosas, regándolas sobre la mesa ante la postura inmutable que se obligaba a mantener Gael y que estaba a punto de romper.

—¡Pero esta es la mejor y, seguramente, la que más te ha gustado! ¡Es única! —expresó, viéndola orgullosa—. Confieso que fue como un verdadero éxtasis para mí crearla. —Levantó los ojos a él, sin que este pudiera identificar lo que se escondía tras esa expresión... ¿compulsiva?

Por un momento sintió lastima, pero solo por uno muy breve; en cuanto volvió a ver aquella pintura en específico, su ira tornó a correrle como lava.

—¿Sabes? —Recorrió con el dedo aquella obra maestra porque... Ciertamente, no podía negar que lo era y que, sin dudas, el talento de Beatrice era digno de admiración, a pesar de las escabrosas y mal intencionadas circunstancias que lo rodeaban ahora—. Usé en ella la técnica *Alla prima*. ¿La conoces? Supongo que no —dijo, irónica, acercándosele un poco más y provocándolo, mientras

que con la yema del pulgar acariciaba el lienzo con la imagen de sus dos cuerpos desnudos.

»Es una técnica compleja pero exquisita en su terminación, ya que esta comprende utilizar la pintura en una forma de sesión continua, utilizando capas de base, pero sin necesidad de esperar a que estas estén totalmente secas para continuar con la obra. ¿Sabías que Van Gogh y Claude Monet las preferían por sus matices de opacidad y brillo dentro de los diferentes pigmentos? Yo creo que justo aquí, en el colgante de la libélula... ¿Puedes verlo? Acércate, mira, es...

—Detente, Beatrice... Basta ya...

—Pero... ¿por qué? —preguntó con una ladina burla tras sus palabras, provocándola a apretar los dientes y tensar la mandíbula—. No me puedes negar que en esta parte de las alas pude lograr que...

—¡Te dije basta, maldita sea!

Gael no pudo aguantarse más, en dos zancadas estuvo a su lado y la agarró fuerte por el brazo, arrebatándole la pintura que, engreída, le mostraba, enfatizando en detalles que él no soportaba ver.

Entre todas, era la imagen que para él fue la más ofensiva en cuanto la vio al abrir aquel maldito obsequio, desvelándole de golpe la verdadera y escondida personalidad de Beatrice; esa que le ocultó detrás de una falsa fachada de comprensión, independencia y control emocional.

Los había pintado a ellos dos, desnudos, en una evidente posición sexual sobre el que, obviamente, era el sofá del salón de su apartamento por el color y la forma. Estaban abrazados, sentados a horcajadas sobre el mueble, él escondía el rostro en su cuello. En el cuerpo desnudo de Beatriz sobre el óleo... ¡Le dolió igual que un puñetazo en su pecho ver la imagen del colgante de la libélula en el de ella, como si con ello quisiera simbolizar un trofeo!

Le hubiera perdonado todo, ya que desde que recibió aquellas pinturas no tuvo dudas de que Beatrice necesitaba ayuda profesional. Incluso quiso pensar que debido a ese pasado de un matrimonio abusivo era a lo que se debía su desequilibrio emocional, llegando a ser hasta cierto punto justificable y entendible. Pero visualizar la pintura superó todo el autocontrol que, con mucho esfuerzo, intentaba lograr mantener a raya. Sin embargo, ahora, observándola con aquella oculta actitud vengativa y viendo cómo ella fue, sin consideración alguna, capaz de profanar de esa manera un recuerdo tan valioso y significativo para él, y el cual le había confiado en un momento de

debilidad y embriaguez... ¡Se sintió un verdadero imbécil por darle entonces el beneficio de la duda a sus verdaderas intenciones!

—¡Tienes un grave problema y necesitas ayuda! —Se miró la mano encerrándole el brazo, y la soltó, sintiendo que estaba pasando límites inquebrantables para él.

Se alejó dos pasos hacia atrás, pasó la mano por su pelo, superado por todo lo que, inevitablemente, se escapó de su control sin darse cuenta y no permitiéndose percibir en su día.

Beatriz lo miraba con ojos enrojecidos, las lágrimas empezaron a aparecer; pero estas eran más por impotencia y una gran vanidad herida que por dolor.

—¡Mi problema siempre fuiste tú, Gael Alcázar! ¡Y tus mentiras han sido el detonante a todo esto! —Movió en círculos la mano, reclamándole.

—¡¿Cuáles mentiras?! ¡Nunca te mentí, Beatrice! ¡Entre nosotros siempre estuvieron muy claras las condiciones! ¡O al menos eso creí yo! —expresó con furia, frustrado.

—¡Condiciones...! —ironizó—. ¡Fui tan solo una jodida víctima en tus manos, y que utilizaste a tu antojo! ¡¿Acaso no te importó, al menos un poco, el que ya llegara a tu vida herida por el maldito que hizo de la mía un infierno?! ¡¿O tu plan siempre fue aprovecharte de ello, manipulándome a tu antojo?! —reprochó con el cuerpo rígido y los hombros contraídos por la rabia que la corroía.

La mirada de Gael la desestabilizó por unos segundos. En ella no se veía odio, ni siquiera molestia. Él bajó la vista al suelo, sopesando lo que diría, y cuando los levantó a ella, sus palabras terminaron por llevarla a la cúspide de la locura total.

—No lo lograrás, Beatrice —le dijo con un mohín de resignación e indiferencia en los labios que la molestó.

—¡¿A qué te refieres?! —cuestionó, soberbia.

—¡A manipularme! —respiró profundo—. Mira, Beatrice... —Buscó sosegar—. No intentes utilizar a tu violento y fracasado matrimonio para mover fichas de persuasión a tu antojo, pretendiéndome tratar como a un títere, porque será en vano. Mi conciencia está tranquila, fuimos dos adultos y como tales actuamos. Nunca te engañé ni mucho menos te prometí nada; es más, sabes que siempre te dije que merecías algo mejor, mucho mejor que permanecer junto a mí y que...

—¿Y crees que esa estúpida es lo mejor para ti?! ¡Imagino que el corazón que tiene sigue siendo ese que le pusieron para alargarle la vida, ¿no?! ¡¿Cuántos años más crees que le dure funcionando?! ¡¿Tres?! ¡¿Cinco?! ¡¿Qué harás entonces cuando se te vuelva a... «ir de las manos»?! —ironizó con una maldad difícil de buscarle explicación—. ¡¿Te convertirás en un témpano de hielo nuevamente?! ¡Para eso era mejor que se hubiera quedado donde estaba: muerta!

No fue capaz de prever el instante en el que lo tuvo agarrándola con fuerza por los hombros, al punto de hacerla soltar un gemido de dolor por la presión que ejercía en ellos.

—¡Malditas sean tus palabras, Beatrice! ¡Maldita sea la hora en la que decidí compartir contigo un breve espacio de mi vida! ¡Tú no amas! ¡No sabes lo que es amar! ¡No tienes una puta idea de ello y solo te mueve el egoísmo y el insano despecho! —le gritó con el cuerpo contraído de rabia, herido como nunca al escuchar sus palabras como un golpe de dolor en el alma. No tenía idea de cuánto aquello lo hirió, para él era su más grande e insoportable calvario.

—¡Me haces daño, Gael! —reclamó casi como una súplica, haciéndolo darse cuenta de que, por la ira que le produjeron sus palabras, terminó sobrepasándose en la fuerza de su agarre. Aun así, aflojó las manos, pero no la soltó.

—Termina con esta obsesión, Beatrice... —Intentó calmar la respiración. Era desgastante aquella conversación y necesitaba terminarla—. Busca nuevos horizontes, en ellos encontrarás lo que realmente te hará feliz y a quien...

—Tú... —lo interrumpió y se detuvo unos segundos, midiendo lo que diría—. ¡No serás feliz con ella! ¡Eso puedo jurártelo!

Su mirada era todo un reto de amenaza, mientras que la de él ya no se preocupó más de disfrazar de compasión el desprecio que, de pronto, se instaló en su ser por aquella mujer.

La soltó y la hizo a un lado. Lentamente, bajo su atenta mirada, recogió una a una las pinturas que estaban desperdigadas sobre la mesa de centro, incluyendo aquella que ni siquiera se atrevió a mirar de nuevo.

—Al menos aprecias en algo nuestros recuerdos, a pesar de que no significan mucho para ti —acotó ella, observándolo y creyendo que guardaría todos los retratos.

Gael, por su parte, con ellos en mano, ni siquiera se giró a verla. Se

encaminó hacia la pared del fondo, donde un gigantesco mueble de madera caoba, con varios cajones a ambos lados y amplios estantes para libros, se empotraba en la pared, con la chimenea como mediadora en su parte central inferior.

Beatrice sonrió, suponiendo que de alguna forma tenía un mínimo de aquella batalla ganada al creer que él atesoraría sus pinturas. Era cierto que hubiese preferido tirárselas a la cara a aquella muchachita, maldiciéndola hasta el cansancio por haber aparecido como un fantasma resucitado, pero se complacía, al menos por el momento, con que Gael los conservara.

¡Lo que sucedió después, en cuestión de minutos, no se lo esperó!

En un rápido movimiento, Gael pulsó el botón de encendido del gas de la chimenea y la llamarada se levantó altiva, atizándolas él aún más al lanzar a ellas el grupo de lienzos que, con el grito de Beatrice de fondo, se consumieron rápido gracias a las sustancias de la pintura. Mientras, Gael la detenía a ella al pretender correr hasta el fuego e intentar evitar que los retratos se quemaran.

—¡Te odio! ¡Te odio! ¡Te odio, maldito! —repetía, golpeándolo en el pecho mientras él volvía a sujetarla.

—¡Ódiame, Beatrice. Si con eso de una vez y por todas entiendes las cosas para siempre, entonces... ¡Ódiame!

—¡No serás feliz con ella porque yo iré y...!

—¡Escúchame bien! —La sujetó fuerte una vez más cuando vio la intención de ella de salir en busca de Romina—. ¡Esa mujer que está allá afuera...! —Apuntó con una mano hacia la puerta cerrada—. ¡Es mi vida entera y la razón de toda mi existencia! —Ella lo miró con profundo rencor—. ¡¡No te atrevas a acercarte, Beatrice, o no solo será mi decepción lo único que recibas de mí!!

Y el eco de aquella exigencia retumbó en las paredes haciéndola estremecerse...

No creía poder esperar más. Dentro de ella, un sinnúmero de emociones libraban por separado sus propias batallas, y había terminado por dejarlas libres... A su albedrío.

Mery la había llevado a la sala de juntas alegando que estaría más cómoda y tranquila, y obvio que no le creyó que fuera solo ese el motivo. Imaginaba

que el tono de la discusión entre Gael y esa mujer probablemente traspasaría las paredes de su despacho, y esto pasó de ser una suposición a una certeza cuando vio a la secretaria cerrar las puertas de cristales que delimitaban la zona de presidencia, y su elegante *lobby*, del corredor que conducía al resto de las oficinas, incluyendo la de reuniones, donde precisamente ella se encontraba.

Desde que salió del despacho de Gael, se preguntó varias veces qué hacía allí. ¿Acaso tenía algún derecho a esperarlo? Si esa relación entre él y la tal Beatrice tuvo trascendencia en su vida, tal vez lo mejor sería que se fuera, manteniendo intacta la dignidad al no permitir que ese sentimiento de sentirse la intrusa en aquella ecuación creciera más, torturándola al punto de las lágrimas solo de pensar que fuera ella, en la vida de Gael, la tercera en discordia.

Caminó hasta las amplias ventanas, que le brindaban una vista hermosa desde esa altura, y dejó que sus pensamientos se perdieran, a lo lejos, admirando una ciudad que se preparaba para recibir el atardecer.

De pronto, un palpito en forma de mal presagio golpeó su pecho y la hizo erizar la piel. Por instinto, agarró su colgante de libélula, encerrándolo en la mano que se llevara al pecho, y volviéndose a quien la saludaba desde la puerta y que no escuchó llegar.

—Hola, eres Romina, ¿verdad?

—Sí, así es, mi nombre es Romina Sanfield, mucho gusto. ¿Y tú eres...?

—Débora... Débora Robinson. Es un placer..., Romina.

Dio unos pasos hacia ella y estrechó la mano que le extendía.

La mujer era muy hermosa. Alta, figura perfecta, piernas de impacto y cabellera castaña con iluminaciones en corte *Bob* sobre los hombros. Tenía unos hermosos ojos cafés, bordeados de abundantes pestañas y enmarcados bajo unas cejas perfectamente depiladas. Y por si fuera necesario agregar más a sus múltiples atributos físicos, venía enfundada en un conjunto de pantalón oscuro que marcaba cada curva como si quisiera invitar a todo ejemplar masculino a reparar en ella, y en su impenetrable seguridad gritando a toda voz: ¡vean, llegó esta supermodelo de Victoria's Secret!

Un sentimiento de inseguridad asaltó a Romina, y a ello se le unieron aquellos celos torturantes que despertaban cada momento más seguros, aguerridos y dispuestos a mortificarla. Aún más al imaginar a aquella mujer trabajando al lado de su Gael.

«¡¿Mi Gael!? ¡Ilusa!», se amonestó, creyéndolo una insensatez y teniendo una clara idea de todo lo que a él lo rodeaba.

La recién llegada la analizaba de una forma que comenzó a incomodarla, pero no por ello estaba dispuesta a demostrarle inseguridad alguna.

—Discúlpeme, pero creo que Mery todavía no viene de las oficinas de finanzas, me dijo que fue a llevar una documentación, y creo que...

—No te preocupes, querida, y pienso que podemos tutearnos. ¿No te parece? —la interrumpió, egocéntrica, removiéndose en su lugar y recargando el cuerpo de una pierna a la otra, intranquila.

La verdad era que no pensó que le molestaría tanto verla, tampoco se lo esperaba. ¡Todo había sido una cabrona coincidencia del destino!

—Precisamente ya Mery me puso al tanto de todo lo sucedido, cariño. —Su humor negro se echó a reír en su interior con aquella mentira

«*¿Yo dialogando cordial con la fulana de Meredith? ¡Ni en mis peores pesadillas pasaría por amiga de una mujer como ella, a la cual aborrezco!*», se dijo.

—De verdad, siento mucho el mal rato que te ha hecho pasar Beatrice.

—No es nada... —respondió bajo, sintiéndose incómoda por el hecho de que aquella desconocida, al menos para ella, tuviera tanta información acerca de lo acontecido en la oficina—. Gael me pidió que lo esperara, pero ya ha demorado bastante y... será mejor marcharme. —Solo decirlo le dolió, no quería irse sin verlo.

Débora hizo una mueca con los labios pretendiendo que pareciera una sutil sonrisa, intento que fracasó completamente, y no pasó desapercibido para Romina que algo la molestaba.

—No tienes que explicarte, yo sé quién eres para Gael —afirmó, intrigante y observándola de arriba abajo.

—¿En realidad lo sabes? —preguntó a la defensiva Romina. No le agradaba la actitud altiva de ella, ni mucho menos el curso un tanto ególatra con el que, aparentemente, pretendía dirigir el curso de la conversación.

Débora se le acercó, mirándose por unos segundos su perfecta manicura y frotándose luego las manos. Procuraba no correr el riesgo de ser muy evidente y que se diera cuenta del gran esfuerzo que hacía para mantener la calma. Encontrarse precisamente ese día con Romina, no era algo que estaba en sus planes en el momento en el que despertó en la mañana; pensó tener más tiempo para prepararse a enfrentarla. Ese día había tenido como único objetivo

coincidir con Gael, después de meses sin verlo, por fin, y tener un momento a solas con él.

—Gael es como una adicción para toda mujer que se cruza en su camino, querida —dijo astuta, teniendo claro por dónde quería encaminar el diálogo—. La pobre Beatrice permaneció a su lado mucho más de lo que esperábamos y, obvio, de lo que también imaginó ella. —Levantó una ceja y la satisfacción la recorrió al ver el rostro pálido de Romina, escuchándola atenta—. En fin, se hizo muchas ilusiones. La pobre ya se veía siendo la nueva señora Alcázar y teniendo los hijos con los que Gael sueña, formando esa familia que, ya sabes, idealizamos todos.

A Romina se le abrió un agujero de dolor en medio del estómago, y por instinto se llevó la mano al pecho, gesto que Débora siguió con los ojos, fijándolos en su colgante por unos segundos y entrecerrándolos luego. De todo lo que le había dicho, y a pesar de no dejar de reconocer que algo dentro de sí le gritaba que no confiara en ella, para Romina solo una parte terminó por herirla al punto de las lágrimas: ¡Gael soñaba con hijos, y ella...!

Sintió que la habitación se le hacía pequeña provocándole una sensación de claustrofobia que jamás creyó sentir.

—Entonces... —suspiró para poder coordinar las palabras y no mostrarse tan consternada—. ¿Ellos tenían planes juntos? —preguntó, viendo a Débora fingir una media sonrisa.

No era tonta, aquella mujer gritaba a los cuatro vientos, sin necesidad de palabras y, obviamente, para añadirle mayor dosis a su dolor, que también tenía un oculto interés por Gael.

—Bueno, cariño —intentó parecer lo más natural posible—, por algún tiempo fui cercana a Beatrice y sí, tenían planes, especialmente ella, es cierto; pero, aparentemente, a Gael estos no le disgustaban, ya que para ninguno de los que estamos a su alrededor es un secreto lo que él añora formar una familia con todos los hijos que la vida quiera darle.

»Ya sabes, los Alcázar son muy tradicionales y conservadores. Ellos aspiran a procrear para que en el futuro no desaparezca su apellido, algo entendible teniendo en cuenta su condición de emigrantes. Están solos en este país, querida, es lógico que Román, el patriarca Alcázar, inculque en ellos ese deseo de formar una familia y dejar herederos para su gran fortuna —concluyó, satisfecha de haber sembrado la espina que quería en ella.

Pero Débora no podía imaginar lo que realmente torturaba a Romina, ya

que más allá de cualquier rival anterior con planes matrimoniales en la vida del hombre que amaba, existía una razón que la atormentó de golpe: su casi total probabilidad de no poder ser madre debido a su trasplante cardíaco.

—Por supuesto, es comprensible... —balbuceó, recibiendo una hipócrita media sonrisa de parte de Débora.

Romina miró su reloj y llegó a la conclusión de que lo mejor era marcharse.

—Debo irme, es demasiado tarde ya. Gracias por tu atenta conversación, Débora. —No pudo evitar la ironía tras sus palabras, pero reconocía que la antipatía fue instantánea.

—El placer ha sido todo mío, querida. ¿Quieres dejarle algún mensaje a Gael? —preguntó entre dientes. De hacerlo, por supuesto que este jamás llegaría a su destino.

—No es necesario, más tarde me comunico con él o, quizás, decidamos vernos —respondió segura; a pesar de estar temblando por dentro, no le daría la satisfacción de verla abrumada, ya que algo le decía que era eso precisamente lo que pretendía.

Débora contrajo el torso y tensó la mandíbula al escuchar aquella respuesta, pero logró controlarse, mientras que a Romina le dolía pensar que aquella posibilidad era muy probable que no sucediera.

Le era tan necesario como respirar salir de allí para intentar romper la roca que entre pecho y espalda se le alojó al escuchar a Débora, y el único lugar donde podría encontrar comprensión y apoyo, sin ser sofocada, era uno solo: la casa de su amiga Adara.

Decidió que llamaría a sus padres y les avisaría que estaría con ella.

—Hasta luego, Débora —se despidió, después de hacerse con su cartera.

—¿Sabes el camino de salida, Romina? —La tomó por el codo al pasar por el lado de ella.

Romina miró los dedos en su brazo y alzó la vista a ella, impresionándola con esta por unos segundos y haciéndola retirar la mano.

—Por supuesto que la conozco, Débora, muchas gracias. Adiós y ten una excelente tarde. —No recibió respuesta y menos se detuvo a esperar por ella.

Romina salió al corredor y dirigió su mirada a la puerta de la oficina de Gael, aún cerrada. Sin aviso, un doloroso deseo de echarse a llorar la amenazó, por lo que sin más dilación se encaminó a la salida esperando superar el golpe de realidad que acababa de caerle encima como una losa...

—¿Todo está en el auto? —preguntó con autoridad mientras acomodaba a su espalda, por dentro de la cinturilla del vaquero, la Smith Wesson automática de nueve milímetros.

—Sí, podemos marcharnos, o se nos irá el tiempo en el camino, Marlon. Además, ya la gente nos espera en el lugar acordado —respondió Bronco, cerrando una mochila negra equipada con todo lo que sabía que iban a necesitar después de la operación.

—Vamos a llegar en tiempo; solo espero que ese inepto de Guillermo no demore como acostumbra siempre. ¡Te juro que si es así, no se libra de que le rompa esa cara de engreído y fanfarrón que tiene!

—Hablé claro anoche con él, y ya sabe que, sin importar su «melodrama», tiene que ponerse para esto o simplemente se jode.

—¿De cuál melodrama hablas? —inquirió Marlon acomodándose a la espalda su propia mochila y mirando hacia él, extrañado.

—¿No te lo dijo?

—¡No jodas, Bronco! Sabes que ese viejo no me tolera, y el «amor es recíproco» —espetó, irónico y enmarcando la frase.

—Pues nada, que su mujer, Nora, se largó —contó carcajeándose bajo—. Guillermo casi destruye la casa cuando llegó y descubrió que le había dejado tan solo una carta sobre el escritorio. Parece ser que se escapó con la hija, a Panamá. Aparentemente junto a su familia y, claro, no se fue sin antes hacerle un significativo hueco a las arcas del viejo: le vació la caja fuerte llevándose todo el efectivo, una buena suma cabe notar, más otras cosas de alto valor, especialmente joyas. Así que no te preocupes... —Pasó por su lado y le palmeó el hombro.

»Ahora, más que nunca, Guillermo Sandoval nos necesita. Tendrá que andar bien fino y no echar a perder esta misión. La mujer acaba de dejarlo prácticamente arruinado, así que depende de que todo nuestro plan salga bien para que agarre su parte y pueda recuperarse. ¡Dudo mucho que a estas alturas no lo tenga claro ya!

—¡Vaya con la vieja! ¡Todas son unas malditas! —dijo entre dientes Marlon, apoyando sobre una silla el pie, para anudarse las rústicas botas que, generalmente, usaba solo en temporada de cacería.

De pronto se detuvo en lo que hacía, bajó la pierna al suelo y se giró hacia

su tío con el ceño fruncido, mientras que este se tomaba el resto de una cerveza que dejara en la mesa de la cocina, a pocos pasos de ellos.

—Bronco... —El aludido se dio la vuelta para encararlo—. ¿Qué tanto sabía la tal Nora de los movimientos de su marido? ¿Él te comentó algo al respecto? —Lo vio negar.

Justo después de la pregunta de Marlon cesaron las palabras, y ambos se miraron, ahora preocupados; percibiendo que alrededor de los dos flotaba la duda, para convertirse en un sordo y silencioso temor...

Capítulo 26



Francamente, ni siquiera sabía cómo había superado los deseos de llorar que la amenazaron sin piedad desde que dejó el piso de Presidencia, pero agradeció en silencio poder lograrlo, ya que no solo se encontró con parte del personal de la compañía Alcázar caminando de un lado a otro al bajar en el elevador e intentar buscar la salida, sino que, además, la simpática recepcionista reparó en ella y le fue imposible no acercársele para despedirse y agradecerle su gentileza al llegar horas antes.

Finalmente, salió del edificio y se encaminó al aparcamiento. Ya dentro del auto, suspiró profundo buscando seguir evitando a las lágrimas que se le amontonaban a los ojos; sin embargo, le fue imposible. Estas corrieron por su rostro dejando libre, por fin, aquella sorda e hiriente angustia que sembraron en su corazón las palabras de Débora.

Se recostó en el sillón del auto, descansando la cabeza atrás y cerrando los ojos. Necesitaba dejar salir todo afuera, y nada como el llanto para lograrlo.

El rostro de Gael se aparecía una y otra vez en su mente con aquella expresión devastada que vio en él antes de salir de su despacho, pidiéndole que lo esperara. Por algunos segundos, sopesó la idea de retornar a esa oficina

y cumplir la promesa de no marcharse sin él; pero el temor, la inseguridad y, sobre todo, lo que dijo Débora, visualizándole el futuro que él esperaba de una relación, cumplieron su cometido: intimidarla y replantearse si el estar junto a Gael seguía siendo una buena decisión.

Buscó el móvil en su cartera y también un pañuelo de papel con el que se secó el rostro antes de marcar el número de su amiga. Después de tres timbres, la voz sofocada de Adara la saludó del otro lado de la línea:

—¡Hola..., amiga! ¿Cómo... te ha... ido?

Adara entrecortaba las palabras como si estuviera haciendo algún esfuerzo, e hizo a Romina fruncir el ceño al escucharla.

—Dime que no interrumpí ningún momento «especial», por favor. —Una carcajada fue la respuesta a su pregunta de parte de la chica.

—¡Ojalá, amiga, pero no! Acabo de regresar del gimnasio, luego de quemar las más de cuatrocientas cincuenta calorías que me sumó la ingesta de seis tazas de helado de chocolate anoche mientras lloraba a moco tendido con el libro de *Me before you*, pero me lo merezco por hacerle caso a tu debilidad por el romance.

Eso encontraba en Adara siempre: la facilidad con la que la hacía reír, incluso en los momentos más difíciles para ella.

—¡No puedo creer que por fin lo leyeras! —exclamó riendo.

—¡Yo tampoco! Culpa al síndrome de mujer aburrída sin planes románticos reales a corto plazo.

Las dos se rieron al teléfono por algunos segundos, suficientes para Romina recomponerse de su abrumadora experiencia del día. Aun así, sabía que solo sería por un corto lapso de tiempo, lo justo para tomar aire, ya que la pregunta de su amiga la regresó de pronto al punto de partida.

—¿Cómo la pasaron Gael y tú? Imagino que sigues viendo todo de color rosa y con fuegos artificiales de fondo ¡Cuenta! ¡Ten piedad de los pobres infelices que no son compatibles con míster Amor! —pidió, jocosa.

El silencio se hizo entre ellas. Romina dirigió su vista al edificio, donde se apreciaba alguna que otra salida de personas; mientras, Adara, del otro lado de la línea, comenzó a preocuparse.

—Romi... ¿Sigues ahí? ¿Qué sucede? —La voz de ella dejó de tener la jovialidad de minutos antes—. ¿Romina? —insistió—. Amiga, me estas angustiando.

—Lo siento... —El llanto volvió a amenazarla casi apoderándose de su

voz, y necesitó aclararse la garganta, algo que no pasó desapercibido para Adara, a pesar de estar lejos.

De inmediato, al escuchar sus palabras a medias y la voz tomada, se levantó de la cama, donde había estado sentada hablando con ella. Activó el altavoz del móvil y dejó este sobre la mesa de noche, empezando a deshacerse de su ropa deportiva para vestirse con algo más adecuado, en caso de tener que ir a por su amiga. ¡Era evidente que algo había sucedido!

—Romina, por favor, amiga, dime algo —pidió mientras, en ropa interior, caminaba hasta el armario y se hacía de unos vaqueros y un jersey, dispuesta a salir a buscarla.

—Tranquila, Ada... —dijo más recompuesta—. Solo quería saber si puedo ir a tu casa hoy.

Adara, al escucharla se giro y miró hacia el móvil, se acercó, lo tomó entre sus manos y se sentó nuevamente sobre la cama, a medio vestir y descalza.

—Eso sabes que no tienes que preguntarlo, amiga. Pero ¿qué sucedió? ¡Y no admito que digas que nada porque es evidente que no es así! Te conozco demasiado y hasta hablando por teléfono sé cuándo algo te angustia.

—¿Por qué mejor no hablamos cuando llegue? —propuso y la escuchó respirar fuerte.

—Está bien. ¿Dónde estás?

—Frente a Alcázar Enterprise.

—Entonces lo que sea que te sucede tiene que ver con Gael. ¿Verdad?

—Te prometo que hablaremos de todo en tu casa, pero primero llamaré a mis padres para avisarles. ¿Puedo quedarme contigo, verdad?

—Lo que te sucedió debe de tenerte muy ida, Romina, me haces preguntas innecesarias, cuando hasta una llave de mi casa tienes desde hace años. Por favor, ven cuanto antes, que ya me tienes con el alma en vilo.

—Voy saliendo para allá. Gracias, amiga. La verdad, hoy necesito hablar, desahogarme, y aunque adoro a mis padres y a mis abuelos, ya sabes que son como escáneres programados para analizar cada una de mis expresiones y estados de ánimo; sinceramente, lo que menos quiero es que me sofoquen con tanta sobreprotección, a pesar de que pueda escucharse egoísta e ingrato de mi parte.

—Te comprendo, Romi. No te preocupes; como siempre, juntas buscaremos solución a todo. ¿Voy preparando nuestro chocolate favorito? Ayer lo compré pensando en esa tarde de chicas que nos debemos desde antes de

irme a New York. No pensé que llegaría tan pronto la oportunidad, así que comprarlo fue un acierto.

—Por supuesto... —Sonrió escuchándola, queriendo levantarle el ánimo—. Pero recuerda...

—¡Ya sé! Solo tres cucharadas a la jarrita de cristal. ¡Aguafiestas! Eso no es chocolate, es *¡brown water!* —interrumpió y reclamó, divertida.

Romina se echó a reír. Adara era adicta al chocolate, y siempre exageraba cuando de ese placer para ella se trataba. No importaban dulces o bebidas, cualquier cantidad de su sabor preferido en el mundo le parecía poco.

—Está bien... —Miró su reloj—. En veinte minutos, si el tráfico coopera, estaré ahí. ¿Vale?

—Aquí te espero y... ¡Recuerda! Nada de angustias. ¿Bien?

—De acuerdo.

—Te quiero, amiga.

—Yo también te quiero mucho, Ada.

Terminó la llamada y echó una última mirada al imponente edificio que se levantaba ante ella. Los deseos de correr hasta él, arrepintiéndose de dejarlo, se asomaban como rostros suplicantes a las puertas de su corazón; pero, por otro lado, su sentido de sobrevivencia emocional se alzaba como la muralla de piedra que delimitaba el precipicio que había del otro lado, el cual, con alevosía y ventaja, o no, Débora había terminado abriendo ante sus ojos.

Dio retroceso al auto y salió del estacionamiento. Al pasar frente a la puerta de entrada de la compañía, y antes de incorporarse al tráfico de la avenida, le fue imposible no mirar una vez más hacia el interior.

¿Con qué se necesitaba encontrar?

¿Con un Gael desesperado y corriendo a la salida en busca de ella para detenerla?...

Sacudió la cabeza espantando cada idea que la atormentaba, repitiéndose varias veces que era el momento de tener un espacio propio y, con ello, replantearse cada una de sus emociones y encontrar respuestas a todas sus interrogantes. No obstante, sabía que solo contra algo no podría luchar nunca: contra ese amor tan grande que se alzaba altivo en todo su ser, marcando territorio y declarándose dueño absoluto de cualquier decisión que pensara tomar.

—Espero que estés, por fin, más tranquila.

Gael se acercaba con un vaso de agua, luego de pasar por la penosa situación de ver a una Beatrice superada por todas sus emociones, desahogarse con él y, finalmente, parecer rendida ante lo que era una realidad que debía aceptar de una vez. A pesar de ello, él no terminaba por sentirse del todo confiado.

—¿Viniste en tu auto? —Ella negó con la cabeza, bebiendo lentamente—. Pediré que alguien te lleve a donde decidas —dijo, haciendo el intento de buscar su móvil y llamar a Mery, pero Beatrice lo detuvo.

—No, prefiero llamar un taxi —contestó en tono serio.

—Puedo solicitar a alguno de los chóferes que te lleve y así podrás...

—¡Te dije que no, Gael! —Se incorporó del asiento, decidida y con un altivo orgullo remarcando su negativa. Dejó el vaso sobre la mesa y se hizo de su cartera, dispuesta a dar por terminado aquel encuentro—. ¡No necesito ni tu compasión ni, mucho menos, tu lástima!

—Sabes que no es así, pero no discutiré más contigo —respondió él, de frente a ella y sosteniéndole la mirada.

Beatrice hizo un irónico mohín con los labios antes de decir:

—No podrás ser feliz con alguien que no llenará tus expectativas, pero eso es algo que el tiempo terminará por demostrarte, Gael Alcázar —expresó herida, desafiante todavía e intentando luchar con aquella sensación de fracaso que la recorría completamente.

—Eso no lo decides tú, Beatrice —afirmó molesto—. Yo, por mi parte, te deseo lo mejor.

Justo la vio apretar la boca y tensar los brazos cuando unos toques en la puerta lo hicieron volverse.

—Adelante —autorizó, viendo que era Mery quien se asomaba y, algo contrariada se le acercaba.

—Lo pensé mucho antes de molestarte, Gael; pero es que...

—¿Qué es lo que sucede, Mery?! —la interrumpió y se adelantó a ella, alarmado, ya que la expresión en el rostro de su asistente le trajo de pronto un presentimiento que, sin aún identificarlo, le provocó que se le anudara el pecho con esa sensación tensa que tanto lo preocupaba siempre.

—Es que dejé a la señorita Sanfield en la sala de juntas unos minutos, para ir a finanzas, a entregar las nuevas pólizas firmadas por ti, y...

—¿Y...?! ¿Dónde está Romina? —Dio dos pasos más a ella, asustado y

con los latidos ahora palpitándole en la garganta.

—Se ha ido, Gael. He llamado a recepción y la chica a cargo me ha confirmado que se despidió de ella hace como media hora, y que...

—¡Maldita sea! —dijo él, aturdido y buscando su móvil para marcarle.

«*¡Contesta, mi amor, contesta!*», pedía mientras escuchaba que la llamada lo remitía al buzón de mensajes, pero no dejaría uno en presencia de Beatrice, así que decidió salir de allí lo antes posible a por su libélula.

—Creo que, definitivamente, le quedaron grande los retos que deberá enfrentar a tu lado la *princesa*, Gael —ironizó Beatrice con burla detrás de él.

Gael se volvió, y su mirada ya no era ni siquiera cortés.

—Mery...

—¿Sí, Gael?

Retrocedió dos pasos, buscando estar de frente a Beatrice.

—La señorita Da Silva ha finiquitado cualquier gestión o encuentro conmigo, y eso incluye esta empresa, de forma permanente. —Parecía querer atravesarla con los ojos—. ¡En lo adelante, ni su visita, ni sus llamadas, y mucho menos alguna misiva suya, están autorizadas! ¡¿Entendido, Mery?!

La asistente tragó en seco por lo incómodo de sentirse en medio de todo aquello e impresionada por el fuerte carácter con el que su jefe exigió cumplir la orden.

—Entendido, Gael —murmuró.

Gael se encaminó al escritorio, recogió su chaqueta, las llaves del auto y se hizo con el portafolio.

—Cuando salga de aquí, Beatrice tiene cinco minutos para abandonar el despacho y la empresa, y, por favor... —miró a la aludida fijamente—, utiliza los elevadores de personal, no me apetece encontrarme una vez más contigo.

Siguió con la vista los puños apretados de ella, así como su expresión de ira en el rostro, pero fue indiferente a ello.

—Te molesto con algo más, Mery... Por favor, en cuanto salga llama a recepción y pide que saquen mi auto al frente del edificio.

—Enseguida, Gael.

No se entretuvo más, la ansiedad lo estaba matando y solo quería estar junto a Romina.

Salió del despacho dejando todo atrás, siéndole casi imposible controlar los deseos de correr y con aquel nudo apretándole el pecho desesperadamente, haciendo que se desanudara en el ascensor la corbata y terminara

arrancándosela con fuerza.

Volvió a marcarle al teléfono mientras veía los números descendiendo, pero volvía a ser enviado al buzón de mensajes y, esta vez, decidió mejor escribirle un wasap:

Por favor, amor, estoy desesperado desde que Mery me dijo que te habías marchado.

Necesitamos hablar, y cada vez que te llamo y no me contestas siento que muero.

No me hagas esto, preciosa.

Dime dónde estás.

Por lo pronto, iré a tu casa, ya estoy saliendo de la empresa.

Nunca le había parecido tan larga la distancia hasta la salida. Le fue inevitable no correr a ella al abrirse las puertas del elevador. Alguien lo saludó, pero solo levantó la mano e hizo un ademán para que entendieran su prisa, ni siquiera reparó en ver quién era.

Agradeció infinitamente al chico de la administración que se había hecho cargo de traer el auto y llevarlo hasta la entrada, dejó una justa propina para él y, sin esperar más, se hizo del volante, dispuesto a conducir directo a casa de los Sanfield.

—¡Sigo creyendo que exageras, Romi! ¡Por Dios! Estás adelantándote a lo que, probablemente y solo según tú, crees que te depara el futuro, como si lo tuvieras comprado y certificado. ¡Tú no eres así y lo sabes!

Adara vivía en un coqueto y moderno apartamento en el centro. El cual, al ser la dueña una licenciada en diseño de interiores, presumía de una decoración minimalista exquisita en tonos claros. Predominaban varias esculturas y pinturas originales como adornos; traídas la mayoría de sus numerosos viajes, más muebles de última generación con la marca de firmas reconocidas. Sin duda, la chica no podía ocultar su afición y pasión por la profesión a la que se dedicaba.

Cuando Adara la sintió llegar y vio el trasfondo de su mirada, supo que el miedo, las preocupaciones y la ansiedad habían hecho equipo en su amiga de la peor manera.

Llevaban más de media hora conversando, tras media taza de chocolate para Romina y dos su amiga, y junto a los detalles de todo lo acontecido en la

empresa de Gael que, evidentemente abrumada, le narrara.

Adara maldijo en silencio a las dos arpías que terminaron, a la manera de cada una, por desestabilizar nuevamente la fe en Romina; pero no iba a permitir que ella se diera por vencida, menos conociendo la historia que la unía a Gael Alcázar.

—No sé qué pensar, Ada, estoy... —Suspiró—. ¿Confundida?

La miró y dio otro sorbo al chocolate, agradeciendo que esta vez su amiga midiera su afición y lo preparara de forma apropiada.

—Tienes que escucharlo a él, seguro que te explicará; además, según lo que me dices, ellos no estaban juntos y solo parece ser el arrebató de una mujer obsesionada, o que simplemente no acepta la separación.

Romina se incorporó, dejó la taza casi vacía en la mesa a su lado y caminó hasta las puertas de cristal que daban al balcón del apartamento, pensativa.

—Lo sé, Ada, pero eso no quiere decir que esa mujer, Débora, no me hiciera ver una realidad que hasta ahora no tuve en cuenta porque la intensidad de este amor, así, tan de repente, imprevisto y... —inhaló profundo—. ¡Abrumador!, no me ha dejado ser objetiva ante lo que sé que no puedo cambiar.

Adara se levantó y la abrazó por la espalda. Se le partía el corazón de verla tan desanimada y no poder contarle todo lo que sabía. Para ella, Romina era la hermana que nunca tuvo, no existía nada en el mundo que no fuera capaz de hacer por ella.

—Empieza por escucharlo, ustedes aún necesitan decirse muchas cosas. Además, Romi, tampoco podías esperar que después de tantos años se mantuviera célibe, incluso creyendo que...

Se había dado la vuelta y se dirigía de nuevo al sillón cuando se dio cuenta de la indiscreción que estuvo a punto de cometer, callando de pronto y dejando en el aire la idea. Adara cerró los ojos y se detuvo en seco, pidiendo en silencio que ella no se percatara de sus palabras; pero eso era como pedirle a la noche que no aceptara nunca compartir espacio con la luna.

—¿A qué te refieres? No te entiendo —Se extrañó Romina, girándose a verla y viendo como ella hacía lo mismo.

—Me refiero a que... —Tragó en seco—. Son adultos, amiga. Y también... ¡Vamos! Gael es un hombre guapísimo, es imposible que no haya tenido relaciones anteriormente. Pero lo único que debe importarte ahora... —se le acercó y la tomó de las manos— es que estoy segura de que nunca ha mirado a

una mujer con la devoción y el gran amor con el que te mira a ti desde el primer día.

Romina asintió, aguándosele los ojos, y las dos terminaron abrazadas.

Se dejó caer en el sillón del auto totalmente desesperado. Se había cansado de esperar frente a la puerta de los Sanfield, pulsando el timbre en ella varias veces; pero, aparentemente, nadie estaba en la casa, lo que terminó por acabar de disparar su ansiedad.

El móvil vibró y lo agarró de inmediato para ver quién llamaba, esperanzado en que, por fin, Romina contestara después de sus decenas de mensajes, lo mismo de texto que al buzón de voz. La decepción al descubrir que era su tío el que lo hacía, lo hizo soltar el aire retenido.

—Hola, tío. ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien, sobrino. Acabo de pasar por tu oficina y Mery me dijo que te fuiste temprano. ¿Todo está bien? —preguntó Octavio, preocupado.

—Por supuesto que estoy bien, tío. ¿Acaso no puedo un día tomarme la tarde libre? —contestó a la defensiva, y enseguida se arrepintió de su brusquedad—. Perdóname, estoy un poco... agotado —se disculpó.

—No te preocupes, hijo. —Lo escuchó suspirar—. Todos tenemos días malos y momentos difíciles, por eso a veces es bueno escapar de ellos.

Gael escuchó a Octavio un poco consternado, y a pesar del tenso momento que vivía al no poder dar con Romina, no pudo ignorar el oírlo decaído y verdaderamente preocupado.

—¿Sucede algo, tío? Te escucho desanimado —se interesó, acomodándose en el sillón y volviendo a mirar hacia la casa de Romina, rogando ver a alguien llegar.

—Nada que no pueda solucionarse, sobrino. —Recompuso un poco la voz—. Solo quería saber si asistirás mañana a la junta de la Cámara de Comercio. ¿Recuerdas que lo teníamos acordado?

Gael quiso negarse a ir, y de hecho lo haría si esa noche no lograba ver a Romina. No le importaba nada, sin verla antes no viajaría a Washington, ni siquiera cuando tan solo serían veinticuatro horas lo que duraría ese viaje.

—Tío, te seré sincero. Necesito ver a Romina, es importante que lo haga y no logro localizarla. Sé que tengo que ir a esa junta para representar a la empresa; pero si no logro hablar antes con ella, no viajaré de ninguna manera.

Conociendo nuestra situación, espero que me comprendas. Tal vez tenga que delegar en Cooper la responsabilidad de ir —propuso, mencionando al administrador de la sucursal en la capital, y a quien ya le había enviado un correo avisándole de la posibilidad de que asistiera solo a la reunión.

—¿Algo serio ha ocurrido entre tú y Romina? —se interesó Octavio.

Gael masajeó su nuca y cerró los ojos un instante. Estaba a punto de dejarse llevar por la desesperación que, lenta y aplastante, lo consumía.

—Espero que no... —murmuró.

—Hijo, imagino lo difícil que es para ti, pero recuerda lo delicado de la condición de ella y el cuidado que debes tener, ya que...

—¡Estoy todo el tiempo atado de pies y manos, y sintiendo que puedo en cualquier momento cometer un error que termine afectándola, tío! ¡Créeme que no es necesario que me lo repitas! ¡Es una tortura que solo el hecho de tenerla a mi lado compensa! —respondió superado por el momento que estaba viviendo y la necesidad de dar con ella lo antes posible.

—Te entiendo, Gael, y no te preguntaré qué sucedió para que estés así; pero sí te aconsejaré que la busques, en su casa o donde sea, y aclaren lo que haya sucedido entre ustedes, hijo.

—¿Y qué crees que he estado haciendo las últimas dos horas? De hecho, estoy justo frente a su casa ahora, pero no hay nadie y Romina no me contesta las llamadas. ¡Estoy desesperado, tío! —Se frotó los ojos y un inesperado nudo se apoderó de su garganta y le oprimió el pecho.

—¿Has intentado saber si está con su amiga? La chica pelirroja, Adara, creo que es su nombre —sugirió.

—Sí, sopesé ya esa posibilidad; pero por desdicha no tengo ni la dirección ni el teléfono de ella. Creo que después de esto me volveré un jodido paranoico y registraré la información de cuanta persona la rodee.

—Pues yo tengo el número de esta chica.

Gael se enderezó y el corazón le latió con fuerza.

—¡Por Dios! Júrame que eso es cierto, tío Octavio —rogó.

—Por supuesto, sobrino, dame un momento y busco en mi billetera su tarjeta. Me la dio el día del festival en la escuela de mi nieta, cuando hablamos de la remodelación de las oficinas de Personal al ella hablarme de su profesión. Se expresaba tan apasionada de su trabajo que le pedí sus datos porque he pensado en contratarla para el nuevo edificio en Canadá si todo sale como esperamos con esa licitación. Espera un minuto...

Gael escuchó aquella explicación tamborileando los dedos sobre el volante, deseando que su tío no se entretuviera con tantos detalles y de una vez le dijera el número de Adara. ¡Los pocos segundos transcurridos le parecieron eternos!

—¡Aquí lo tengo, hijo! —dijo al fin para dar alivio a un Gael al punto de languidecer de angustia—. Adara Carter. Asesora de diseño interior de Magenta Desing & Corporation. ¿Tienes dónde anotar, sobrino?

Gael buscó de inmediato su pluma dentro de la guantera del auto y se hizo de una agenda que también tenía allí. Anotó el número que su tío le diera y terminó la llamada, no sin antes agradecerle por la información, confesándole que ya estaba decidido a esperar frente a la casa de los Sanfield el tiempo que fuera necesario; pues, definitivamente, no descansaría hasta ver a su libélula. Cuando Octavio colgó, sin esperar más marcó el número de Adara.

Cuando Gael la llamó, no supo si haría bien o no, pero su instinto le dijo que lo mejor era no decirle nada a su amiga acerca de que él venía en camino.

Se vistió con unos vaqueros y una blusa casual y antes de que Romina se fuera al cuarto de huéspedes a darse una ducha, después de conversar todo lo que no habían hablado durante meses, le dijo que bajaría a la cafetería Starbucks Coffee, que se encontraba en el primer piso del edificio, a por un capuchino.

Ya le había dicho a Gael que dejaría para él, debajo del tapete de la puerta de entrada, las llaves, agregando el detalle de que Romina estaría sola y ella saldría para que pudieran hablar a gusto. Cuando lo vio bajarse del auto, lanzando el llavero al chico que se le acercaba en la entrada después de cruzar algunas palabras con este, y pasar corriendo frente a ella, sin verla, supo que no se había equivocado en su decisión. Gael atravesó el *lobby* como si en ello le fuera la vida, buscando desesperado los elevadores, y Adara se tomó un minuto para analizar la angustia con la que se movía, ansioso, delante de la metálica puerta, deseando que se abriera.

«¡No! ¡No creo haber errado!», se dijo, convencida de que hizo lo correcto.

Así que, se reclinó en la silla, dio un trago a su bebida y abrió el libro en la página en la que lo había dejado, para seguir torturándose con aquel melodrama hasta las lágrimas, haciéndose a la idea de que sería una tarde y

noche bien larga.

El piso de Adara era el número seis, no tan alto si tenía en cuenta que el edificio contaba con veinte cuatro, razón por la cual se reprochó duramente el no decidir tomar las escaleras y lograr con eso ir más deprisa, evitando así las tres paradas del elevador en varias plantas anteriores. Cuando las puertas se abrieron buscó de inmediato la señalización con la que contaban todos las edificaciones como aquella para guiar a cada persona hacia donde quedaba cada apartamento, según su número, y maldijo en su interior el no encontrarla frente a él. Finalmente la vio en una esquina y supo que debía seguir el ala izquierda hasta el apartamento de la amiga de su libélula: el número 609 F.

Al llegar por fin frente a ella, el corazón casi quería salirse del pecho y la agitada respiración lo subía y bajaba como si el aire en este no fuera suficiente.

Decidido, buscó las llaves, encontrándolas donde se le dijo, y sujetó fuerte el pomo niquelado dándole vuelta a este con las manos sudándole, aún más tenso cuando logró escuchar que cedía el seguro, y con las emociones a flor de piel.

Al pasar a la sala, la recorrió un instante, sin tener en cuenta nada más que no fuera el encontrarse con Romina. Dejó las llaves donde Adara le indicara: en el pequeño cajón superior del mueble de la derecha, el que tenía los tulipanes blancos. Cumplió con lo que le dijo la muchacha y siguió, dispuesto, por el pasillo que daba al final del apartamento, buscando la última habitación como también la chica le explicara.

El ruido de lo que parecía ser un secador del cabello lo terminó por guiar a su destino; pero la imagen que le regaló la entrada semiabierta de la habitación le provocó que un frío recorriera toda su espina dorsal y el corazón, entre palpitos continuos, pretendiera abandonarlo.

Romina estaba sentada frente al espejo, vestía un albornoz blanco e intentaba secarse el cabello, que caía mojado y libre a lo largo de su espalda.

Sus piernas, descubiertas, cruzadas una sobre la otra, y los pies descalzos sobre la alfombra, hicieron que Gael necesitara inyectar de aire sus pulmones profundamente por temor a que el oxígeno no llegara a ellos. Pensó que podría morir a gusto si aquella fuera la última imagen que vieran sus ojos.

Adelantó dos pasos, y el movimiento la alertó a ella que, al volverse, de la

impresión dejó caer el cepillo con el que se peinaba al suelo.

—¿Gael...?! —dijo incrédula, y su respiración se agitó como si tuviera aleteos de palomas en el pecho cuando lo vio allí, mirándola como lo hacía y con un brillo en sus ojos que la hizo olvidar todo y sonreír tontamente al pensar que fue a por ella—. ¿Cómo supiste que estaba aquí?

Romina se incorporó, tímida, cerró un poco más el albornoz y ciñó el cinturón de este como si temiera quedar ante él tal cual estaba debajo de aquel acolchado vestuario: totalmente desnuda.

Gael caminó lento hacia ella después de seguir cada movimiento suyo. Se aclaró la garganta como si se le hubiese quebrado la voz y necesitara reconstruir cada pedazo de esta que quedó desperdigado debido a la sensualidad que su libélula emanaba en aquel momento.

—Nada... impedirá que... siempre llegue a ti, preciosa.

Se siguió acercando hasta invadir ese supuesto espacio vital que creía pertenecerle, tal vez no era así, pero solo cuando él no estuviera cerca. Se sonrió al pensarlo.

—Perdón por irme, pero necesitaba...

—Shsssss... —Con el índice en sus labios, Gael no le permitió continuar disculpándose, menos cuando era absurdo que lo hiciera al no tener ella culpa alguna—. El único que debe pedirte perdón soy yo. Te juro que hubiera hecho cualquier cosa para que no fueras testigo de una escena tan degradante.

—No tienes por qué disculparte.

—Quiero hacerlo. Y quiero también que estés segura de que entre Beatrice y yo no existe nada, ni siquiera un mínimo recuerdo que nos una. No fue una relación, eso puedo jurártelo. —Vio que bajaba la mirada, y sintió su dolor como una puñalada. La atrajo a sus brazos y levantó su barbilla hasta que los hermosos ojos azules se anclaron con los suyos.

»Eres lo máspreciado y amado que tengo en mi vida, Romina. ¡Necesito que, sin temores, ni mucho menos dudas, lo creas! ¡Todo lo que soy te pertenece! Es intenso, sé que lo es y que te asusta, ¡a mí también me aterra!, porque hay muchas cosas que quisiera decirte, demostrarte; pero me exijo día a día ir con calma, pues es más grande el terror que siento de abrumarte y que un día huyas de mis brazos. Hoy tuve esa sensación cuando supe que te fuiste y... —Sintió empañársele los ojos, y ella lo notó. Levantó la mano y con el pulgar le secó el lagrimal—. Por favor..., amor..., no soportaría estar sin ti de nuevo... Simplemente no lo soportaría —continuó. Le parecía que todo el

desespero y la tensión padecida, al no encontrarla, se desvanecía ahora que la tenía entre sus brazos. Y entonces se dio cuenta que lo que sintió horas antes no era más que un miedo terrible a perderla de nuevo, y que este tan solo supo ampararse bajo todas esas emociones para no ser descubierto.

—No iré a ninguna parte... En realidad, me dolió mucho irme, pero me superaron las circunstancias y...—Le acunó el rostro diciéndoselo—. Aún nos queda tanto por hablar, Gael. Necesito que sepas muchas cosas de mí que ignoras y...

Gael la atrajo más a su pecho, encerrándola en un abrazo, luego besó su frente.

«¡Sé tanto de ti, mi amor! A veces creo que te llevo bajo mi piel...», se dijo buscando fuerzas para superar la cruel amnesia tras sus palabras.

—El tiempo será nuestro aliado, amor. ¡Y no! ¡Por supuesto que no te irás a ningún lugar sin mí! Incluso creo que terminarás descubriendo a... ¿Cómo me llamaste? ¿Controlador?

Romina se echó a reír dejando caer hacia atrás la cabeza, instante en el que él no perdió la oportunidad de besarle el desnudo cuello, deslizando sus caricias hasta la clavícula.

—Eres... un... engreído... —balbuceó dejándose arrastrar por la delicias de aquella boca en su piel.

—Lo sé... —contestó recorriéndole el hombro.

—Y... un... controlador... —insistió, olvidando todo lo sufrido ese día.

—Es verdad... —afirmó, rogando no lo detuviera.

—Además... eres... un posesivo.

—Eso..., especialmente..., ya lo sabes..., eres... mía —reafirmaba mordisqueando su barbilla y la zona del lóbulo de la oreja.

—Pero yo...

—Tú... ¿Qué? —insistió mientras sus manos se aferraban a ella como única salvación.

—Yo... te amo...

Ambos ahogaron a la vez un sollozo al asaltarse las bocas, hambrientos uno del otro. Gael la cargó en brazos y la llevó hasta la cama. Estaba fuera de control, y Romina no tenía intención de detenerlo.

Sus manos se escaparon a los lados de sus muslos, aferrándose a ellos mientras su boca se adjudicaba en toda ley la dulce tortura de adueñarse de la suya como si quisiera perderse en ella.

Por debajo del albornoz, ascendió, cauteloso, con un temblor en la punta de los dedos imposible de controlar, y cuando llegó a la altura de esa piel tersa, suave, ¡y libre de ropa!, de sus caderas, el gemido gutural de su masculina naturaleza se liberó con fuerza.

Romina temblaba contra su cuerpo, llegando a sentir que toda aquella tela estorbaba en ese camino que, a gritos, le pedía su libido que siguiera sin miedos ni recelos.

Sus pelvis se rozaban, se buscaban, se exigían una a la otra con la ferocidad de una fuerte tempestad del océano. Llamando a bañar de humedad y lujuria hasta el más casto lugar en ella.

Gael no pudo evitar convertir su lengua en una sensual arma, profundizando sin piedad en aquella ardiente boca. Queriendo encontrar allí el alivio necesario para el deseo casi animal que sentía por hundirse en ella y hacerla suya de todas las formas posibles.

Su olor a lavanda y la persistente humedad del largo cabello, acariciando la piel de su rostro, lo estaban enloqueciendo y arrastrando sin remedio a seguir lo que su necesidad por su libélula ordenaba en su interior: ¡Poseerla hasta languidecer de placer juntos!

Romina contrajo la pierna derecha apoyando la punta de los dedos del pie en el borde de la cama; convirtiendo aquel sensible espacio entre sus muslos en una mancuerna perfecta en la que sus cuerpos encajaron como fichas exactas de un rompecabezas, un orgullo de hembra afloró en ella como una ráfaga.

Él gimió al sentir aquel bendito lugar doblegándole las entrañas con tan solo un roce, y ella jadeó sin poder evitar cómo se formaba aquel delicioso caliente sopor en el bajo vientre y en su entrepierna. Gael le asaltó el cuello, lamió su mentón y se dejó drogar por los gemidos de Romina entre cada caricia. La atrajo hacia él, consciente de la erección de sus pezones, desnudos bajo la felpa de la bata de baño, sintiéndolos como dos pequeñas piedras endurecidas contra su pecho.

Los dos necesitaron tomar aire y se abrazaron fuerte, mientras que el calor de sus pieles se rebelaba exigiendo más. ¡Reclamando todo!

Ninguno quería reprimir toda aquella pasión que los embargaba y, de ambas partes, les estaba siendo casi imposible. Pero como un espasmo de realidad fue lo que les llegó de pronto a sus pensamientos, envolviéndolos, especialmente a Gael.

Ese infinito amor por ella le apretaba el pecho junto a la huraña certeza que barría como una intrusa su mente cada vez que hacía su entrada en ella. No podía negarlo, tampoco aceptarlo; pero era una verdad que como un mazazo golpeaba fuerte y precisa en el instante menos esperado:

¡Ella no lo recordaba aún!

¡No recordaba sus caricias!

¡Ni esos primeros besos!

Menos aún, ¡las tantas lágrimas compartidas!

—Por favor..., amor..., pídemme que me... detenga —rogó sin fuerzas, hundiendo en su cuello el rostro, para dejarse caer luego de lado, rendido y vulnerable, llevándosela con él en brazos y acomodándola en su pecho.

Estaba seguro de que ella sintió la dureza tibia que sus tiernas manos, hasta momentos antes bajo su camisa y erizando con cada roce la piel de su abdomen, había enviado a las zonas más íntimas de su anatomía.

—Sé que no es... el lugar apropiado y... me es tan difícil como a ti... —Dejó inconclusa la frase, y Gael sonrió por su tierna timidez—. ¿Te imaginas si regresa Adara? ¡Por Dios! Tendría una eternidad de sarcasmos de parte suya —concluyó, y los dos rieron.

Romina respiró profundo. Su mano la tenía sobre el pecho de Gael, y él la suya sobre esta; ambos sintieron bajo cada palma como aquel corazón masculino retumbaba con incansable perseverancia el tórax.

Gael la atrajo más hacia sus brazos y le besó le frente.

—Dime que estás bien... —pidió, aún preocupado por los acontecimientos del día.

—Lo estoy, amor.

Ella, debido al descanso de su cabeza sobre su pecho, no lo pudo ver cerrar los ojos y esbozar una sonrisa cuando la escuchó volverlo a llamar así.

—Nos iremos a la hacienda en unos días, recuérdalo, preciosa.

—No lo olvido. Y estoy segura de que tú no permitirías que lo hiciera. —Él se echó a reír—. Es la verdad, no te rías. —Palmeó suave su torso.

—Definitivamente me conoces muy bien —respondió feliz.

Lentamente desaparecía ese peso de angustia que lo llevó hasta allí.

—Mañana debo viajar a Washington. —Romina sintió un vacío desconocido en el estómago.

—¿Serán muchos días? —dijo, y él se llenó de orgullo al escuchar su tono melancólico.

—Solo uno. Viajaré temprano y, terminando la reunión de la Cámara de Comercio, me regreso. Prometo que no te dejaré extrañarme —alegó jocoso.

—No creo lo logres —le respondió ella, y Gael contó cada segundo en el que esa sensación de paz le recorrió todo el cuerpo.

—No negaré que soy muy feliz escuchándote decir eso.

Una expresión de satisfacción se gestó en la mirada de Romina, y, después de reaccionar, se incorporó de pronto.

—¿Esperas por mí en lo que me cambio de ropa? —preguntó, parada frente a él al dejarlo acostado en la cama.

—¿Cambiar te o ponerte ropa...? —la provocó, mirándola hambriento de ella de arriba abajo. Quería demostrarle lo que sentía al ser conocedor de esa oculta desnudez debajo del albornoz, y le encantó verla sonrojarse más de lo que ya estaba.

Romina lo miró con la misma lujuria que recibió de su felina mirada. Se llevó las manos al cinturón de la bata con una lentitud casi a cámara lenta, viéndolo seguir cada instante de la trayectoria de estas hasta su cintura con la respiración alterada y un movimiento errático en el pecho.

Ella se dio la vuelta, caminó hasta el cuarto de baño y, desde su umbral, le dijo, provocadora, lo que jamás creyó que podría decirle:

—La decisión de detenerse fue tuya, yo sigo muriendo porque me hagas el amor...

Se apresuró y se encerró en el baño cuando supuso lo que él haría.

De un salto, Gael llegó hasta la puerta, ahora cerrada, y del otro lado Romina, de espaldas a ella también, controlando los deseos de abrirla.

—¿Sabes que me matas...? —preguntó Gael con las manos apoyadas en el marco de la puerta, la frente inclinada a ella y los ojos cerrados, parecía estar haciendo una súplica.

Se hizo un silencio de varios segundos hasta que escuchó la respuesta que terminó de unir los pedazos de su miedo:

—No, tan solo sé que te amo...

Capítulo 27



El silencio era denso dentro del furgón que los trasladaba, y los ronquidos de los idiotas que venían junto a él lo instigaban a querer romper la mandíbula de cada uno con un buen puñetazo.

Llevaban casi dos horas de camino y sabía que se acercaban al lugar acordado, por lo que la tensión se hacía cada vez más presente, así como el intentar controlar la ansiedad a cada segundo que pasaba.

Se estaba jugando el regresar de lleno al negocio, y muchos esperaban por él.

¡Nada podía salir mal!

¡Tenía que lograr todo según lo había planeado!

El rostro de Román Alcázar se paseó por su mente, y, por instinto, apretó fuerte los puños hasta llegar a sentir dolorosos los dedos.

Observó a todos lados y se sonrió, cínico. Le había costado una pequeña fortuna el que intoxicaran la comida de los otros dos guardias, que también estaban destinados a acompañarlos. ¡Ilusos! Creyeron que era suficiente con que esos dos endebles imbéciles se hicieran cargo de la seguridad del traslado.

¡Patético sistema judicial!

Miró a su alrededor, a cada uno de sus «compañeros» de viaje, catorce en total, obviamente contando también al anciano ese que no podía ni con su vida después de más de treinta años a la sombra. El Cobalto, así tenía entendido que lo llamaban. Nunca había intercambiado más de tres palabras con él, y solo cuando necesitaba de un cigarrillo porque se le había acabado de su remesa, pero sí había escuchado largas anécdotas de su trayectoria en el narcotráfico a finales de los años ochenta, al lado del mismo Pablo Escobar. Lo vio por unos segundos, recostado y durmiendo con la boca semiabierta y un ronquido desagradable. Parecía una uva pasa, todo arrugado, viejo y enfermo, y se dijo con seguridad que primero muerto antes de acabar como él: como un guiñapo humano después de toda una vida de gloria y de haber obtenido lo que le diera la gana.

A través de la malla metálica que separaba la cabina del área en el autobús donde estaban ellos, seguía de cerca los movimientos de los dos custodios de la prisión y del chófer regordete que ya iba por el tercer emparedado del camino.

Según lo que entendía de las cortas palabras y murmullos que le llegaban, hablaban de una situación que se dio en la prisión unos meses atrás, en la que los presos se sublevaron por la falta de higiene en la cocina y los baños. Lo recordaba bien, fue un evento tenso y peligroso en el que muchos terminaron heridos, e incluso el director recibió una puñalada que casi lo lleva a la muerte.

Al final, la huelga dio resultados; los hijos de putas del Gobierno intervinieron y escucharon las exigencias de los presos.

Miró el reloj en la parte superior delantera de la cabina y se sacudió los inútiles pensamientos en los que se sumergiera buscando calmar sus impulsivos nervios. Veinte minutos pasaba de la medianoche y, tal cual habían previsto, a pesar de que las autoridades creyeran que tenían aquel inusual traslado nocturno bajo total secreto, estaban cruzando la curva de Kinglane.

Era la parte más oscura del trayecto, ya que justo hasta esa encrucijada llegaban los altos focos de las luces en los laterales de la avenida, y solo algunos almacenes antiguos, generalmente usados por sus moradores para guardar el heno de la zona ganadera, se veían por los alrededores.

Comenzó a contar de forma regresiva en la mente, asustado, ya que iban casi por la mitad de la angosta vuelta, bordeando la montaña, y no sucedía

nada.

«¡¿A qué esperan, imbéciles?! ¡Si cruzamos el puente, ya no habrá oportunidad de lograrlo!», se dijo secándose con la mano las gotas del sudor frío de la frente.

Solo segundos después a esos pensamientos, eran sacudidos por el estruendo de dos de los neumáticos al explotar estos, impacto que retumbó en la oscuridad de la noche como una detonación, junto a la lluvia de balas que consiguieron que el vehículo perdiera totalmente el control.

Los guardias se pusieron en posición de defensa, haciéndose de sus armas de largo alcance mientras el chófer hacía lo indecible por lograr una mínima estabilidad del furgón. Todo fue en vano y no hubo forma de detener el impacto de este contra el grueso tronco de un árbol, al lado del camino, ocasionando que el conductor se estrellara contra el parabrisas al no llevar puesto el cinturón de seguridad, y a pesar de que los airbags se activaron, era obvio que el golpe de la cabeza había sido mortal.

Uno de los guardias también estaba mal herido por el impacto que sufriera en un lado de la frente, de donde salía un grueso hilo de sangre, pero seguía consciente. Algunos de los reclusos se quejaban del dolor que les produjo los tirones de las esposas en sus muñecas, al estar estas fijadas a los tubos de hierro en la parte superior de los incómodos asientos, más los golpes que inevitablemente sufrieron, unos más que otros.

El intercambio de disparos no se hizo esperar. Por la pequeña ventanilla advirtió a su gente, todos con pasamontañas y armados hasta los dientes. Un proyectil a través del vidrio de la puerta dio en la nuca de uno de los oficiales y este cayó al suelo. El segundo guardia rompió la primera ventana y comenzó a disparar mientras por la radio daba la voz de alarma.

¡Si las patrullas llegaban, todo estaría perdido!

Los reclusos gritaban, unos por dolor y otros eufóricos ante la posibilidad de quedar libres. Un denso humo, de pronto, lo envolvió todo y tras él vio entrar a Marlon, a Bronco y a dos hombres más que no conocía. A ellos, su hijo y su hermano, los pudo fácilmente identificar por la voz cuando, mientras que uno quitaba las esposas a los detenidos, el otro les gritaba que salieran del autobús.

Su hijo se le acercó y le liberó las manos con las llaves que le quitó al custodio que había estado disparando. Echó una ojeada hacia él y lo vio tirado en el suelo, con una herida sangrando en medio del pecho.

—¡Está hecho! ¡Larguémonos de aquí antes de que lleguen las patrullas! Ese cabrón de ahí logró ponerlos sobre aviso, así que tenemos solo unos minutos.

—¿En qué nos moveremos? —preguntó, incorporándose y deshaciéndose de la ropa naranja de la prisión para vestirse con la que Marlon le daba, luego de quitarse los grilletes de los tobillos.

—Cuando llegue la policía seguirán a una camioneta que se dirigirá al norte, nosotros así ganamos tiempo y nos adentraremos en el monte, buscando la interestatal. Allí nos esperan con otro vehículo.

—¿Pero qué mierda te pasa a ti?! ¡Seremos presa fácil si caminamos, estúpido! —dijo y lo agarró fuerte por las solapas de la chaqueta de cuero, pero Marlon de un manotazo se soltó.

—¡Si no ibas a confiar en mí, ¿por qué demonios me pediste ayuda?! ¡Si lo prefieres, termina tú toda esta mierda y yo me largo! —espetó con furia, pegándosele al rostro y deseando partírselo de un puñetazo.

—¡Ustedes dos! ¡Basta ya de discusiones, y menos ahora! —intervino Bronco, después de dejar ir al último recluso y dar orientaciones a los dos cómplices que se encargarían de burlar a la policía cuando llegara—. ¡Vámonos de aquí de una puta vez o nos joderán! ¡Bienvenido a la libertad, Cacique! —Le palmeó el hombro y, a su vez, él le respondió con el mismo gesto.

—¡Andando de una vez! —contestó mirando a su hijo y pasando, altanero, por su lado.

Los tres se encaminaron a la salida del autobús, pero justo al bajar y estar recogiendo las mochilas, listos para ponerse en marcha, el Cacique fue impactado de manera imprevista por una bala en la parte trasera de la pierna derecha.

—¡¡Mierda!! ¡¡Mierda!! —Bronco se dio la vuelta buscando de dónde había salido aquel disparo. Descubrió al policía herido, sin fuerzas, aferrado al borde de una de las ventanillas destrozadas, resollando y con el fusil en la mano a punto de dejarlo caer.

Sin pensarlo mucho, descargó su arma contra él acribillándolo a balazos con saña, antes de socorrer a su hermano, que ya era ayudado por Marlon.

—¡Maldita sea! ¡Esto lo complica todo! —gritó este último mientras veía a su padre retorcerse de dolor y con la pierna bañada en sangre.

Bronco, rápidamente, buscó una prenda de ropa y aplicó un improvisado

torniquete en la pierna del Cacique.

—¡Cambio de planes, Marlon! ¡Nos tenemos que ir en la camioneta!
—afirmó Bronco, decidido y consciente de que no había otra opción.

—¡Eso será un suicidio! ¡Se reducirán mucho las posibilidades de llegar al refugio...! ¡Lo sabes!

—¡¿Y qué pretendes, coño?! ¡¿Que se desangre caminando esas seis millas hasta la interestatal!? ¡Comunícate con los otros y explícales lo que sucede! ¡Vámonos de una puta vez!

Marlon batió con fuerza al suelo la mochila que ya cargaba, frustrado, todo comenzaba a complicarse y él no estaba dispuesto a perder su libertad por culpa de nadie, menos por él. Miró con desprecio a su padre, viéndolo con el rostro contraído de dolor.

Bronco levantó a su hermano y, ayudado por uno de los hombres que lo acompañaban, lo llevó casi a rastras hasta la camioneta, cercana ya a ellos al ser traída por el segundo individuo.

Marlon se sacó el móvil y marcó un número, cuando le respondieron avisó del cambio de planes, dando instrucciones precisas, entre las cuales pidió que avisaran a «ella» de todo lo que estaba sucediendo, para que se preparara.

Sin esperar más, los cinco ocuparon el vehículo y salieron a toda velocidad en busca del nuevo atajo por donde estaban obligados a huir, pero conscientes del riesgo que ahora corrían.

A lo lejos, detrás de ellos y antes de dar una vuelta en un árido terraplén, escucharon claramente las sirenas de las patrullas pareciendo ecos amenazantes en la distancia.

El día amaneció gris, y después de la llamada que recibiera al despuntar el alba, Román Alcázar esperaba en su despacho a toda la familia, bebiendo su habitual café cubano de siempre, pero con el pecho contraído.

Estaba dispuesto a seguir todas las recomendaciones de Emerson, tras comunicarle la fuga de ese mal nacido en plena madrugada. No quiso despertar a Elena, que dormía a su lado plácidamente, al escuchar el móvil vibrar sobre la mesa de noche a su lado, ya que cuando vio de quién se trataba, y verificó la hora, supo de inmediato que no serían buenas noticias las que recibiría. Se había levantado cauteloso de la cama y se fue al cuarto de baño para poder contestarle a Emerson, cayéndole como un mazazo aquella

noticia.

Era un hecho el que no podían esperar al fin de semana para irse a la hacienda; así que lo primero que hizo, tras terminar la conversación con el agente de seguridad, fue coordinarlo todo.

El vuelo privado los estaría esperando en el hangar después del mediodía, por lo que ahora le tocaba la parte más engorrosa de todas: hablar con su familia sobre todo lo que estaba sucediendo, siendo imposible con ello no volver a tocar ese pasado que tanto quería borrar de su vida.

—Cariño, ya vienen todos. Adela y Rolando acaban de llegar, y Viviana e Ignacio estaban dejando a Almita con Ligia en el jardín. La bribona ha insistido hasta el cansancio para que la deje regar las flores sin ayuda del sistema de regadío. ¡Ya la conoces! Lo que busca es jugar con el agua. —Elena llegaba a la oficina de su marido sin ser advertida por él, que estaba inmerso en todas sus preocupaciones.

Se dio la vuelta, y al quedar frente a ella, se dio cuenta que visualizó la angustia que cargaba. La vio detenerse pocos pasos antes de llegar hasta él, y su pregunta alarmada no se hizo esperar.

—¿Qué sucedió, Román?!

Él suspiró profundo y dejó la taza vacía a un lado del escritorio, visiblemente consternado.

—Se ha fugado durante el traslado, cariño. —La vio estremecerse y agarrar el Jesucristo que siempre colgaba de su cuello. Le dolió verla tan asustada, pero no era prudente esconderle los pormenores de la situación—. Lo mejor será irnos a Pasadena lo antes posible. He hecho arreglos para salir esta misma tarde, y he decidido de una vez explicarles a todos esta situación.

Elena solo asintió, y él se acercó para abrazarla en el momento en el que llamaban a la puerta y por ella aparecía el resto de la familia.

—Ya estamos aquí, papá. ¿Qué es eso tan urgente que necesitabas hablar con todos nosotros?

Rolando se acercaba junto a Adela y sus sobrinos. Octavio y Nancy estaban ya coordinando algunos detalles y se encontrarían con ellos en el hangar, fue con quienes primero habló. Por otro lado, a Gael pretendía pedirle que viajara directo a California tras terminar la junta nacional en la Cámara, suponía que no se negaría si sabía que ya Romina estaba allá. Miró a Ignacio, tenía previsto que fuese él quien buscara a la chica y se encargara, sin alarmarla, de decirle que Gael quería que viajara con ellos antes de lo

acordado, y asegurándole que se encontrarían en la hacienda. Estaba mintiendo, era consciente de eso; pero conociendo a su nieto, creía que no debía darle detalles estando en Washington, o definitivamente se desesperaría. Ya llegaría el momento de hablar con él cuando estuvieran todos reunidos en Pasadena.

—¿Papá...? —le habló Rolando, sacándolo de esa vorágine de pensamientos y planes a seguir—. Nos tienes en ascuas, viejo. ¿Qué es lo que sucede? Porque viéndote así ahora, sé que se trata de algo importante. ¿O me equivoco? —Vio a su padre alisarse hacia atrás el cabello, consternado.

—Por favor, hijos, siéntense todos, esta conversación será larga; pero, sobre todo, necesaria y muy importante.

—¡Ay, por Dios, Adara, me has hecho reír como hacía mucho tiempo que no me reía!

Las dos se habían ido a una cafetería cercana en cuanto se despertaron, mucho más tarde de lo previsto, después de una larga desvelada bautizada con el nombre de *Gael Alcázar*, gracias a las ocurrencias de su amiga.

Romina aún sentía el calor de cada uno de sus besos en la piel, unido al vacío que le produjo el tener que dejarlo ir, y ya lo extrañaba como a nada ni a nadie en el mundo, a pesar de que no había dejado de mandarle mensajes a cada hora desde su partida.

Allí estaban, riendo juntas entre aquella multitud de personas, a punto de irse a sus trabajos, pero no sin antes probar una de las exquisitas bebidas de la cafetería Logan & Logan. Un acogedor lugar estilo *vintage* y famoso por su especial Macchiato con chocolate. Obviamente, la chica pelirroja no pudo dejar de pedir que le agregaran doble dosis de su dulce droga favorita.

—No soy yo ni la anécdota de mi enamorado griego lo que te hace reír tanto, querida. Pero sí lo es ese manoseo tan exquisito y divino que te dio anoche el Gael. ¿O fue más allá de eso?

—¡Adara! —Se escandalizó Romina, dejando a medio camino el trago de su bebida—. En ningún momento hablé de... ¡ningún manoseo! —La vio carcajearse mientras el calor se subía a las mejillas de ella.

—Romi, temo decirte que cuando le das a algo un calificativo de *¡Verdaderamente Sublime!*, es porque hubo más que un piquete cordial en la mejilla acompañado de la narración de tu rutina diaria —alegó, levantándole

una ceja y haciendo un gesto de beso chistoso, con la boca en forma de trompita.

Romina achicó los ojos y le lanzó, infantil, un trozo pequeño de la panetela de limón que casi terminaba de comer.

Justo al hacerlo, el móvil, a un lado de la mesa, vibró, y se hizo con él enseguida.

—Treinta y seis, y contando... —dijo ocurrente Adara, segura de que era otro mensaje de Gael, ganándose una mirada a la vez divertida y hostil de su amiga.

**Dieciséis horas, veintiséis minutos y once segundos me separan de tus brazos.
¿Tienes una idea de mi noche, únicamente pensando en ti y sintiendo el aroma de tu
piel a mi lado?**

Extrañarte tanto es un suplicio y no veo la hora de regresar a ti...

Me siento huérfano de tu cuerpo...

**Me exigen apagar el teléfono ahora, por el ridículo protocolo a seguir, y ya odio el
haber venido.**

**Necesito que me extrañes a cada segundo, solo sabiéndolo lograré soportar esta
distancia.**

Te amo...

Tu Gael

La sonrisa de Romina, junto al brillo de sus ojos, lo dijo todo. Adara la miró, radiante releendo una y otra vez aquel mensaje que incluso a ella, una mujer muy difícil de ser doblegada por las lágrimas, le conmovía la imagen de su amiga, sorprendiéndose con el calor que de pronto sintió asomársele a los ojos.

—Soy tan feliz por verte así... —dijo Adara tomándola de las manos, enternecida por verle aguarle la mirada.

—Gracias, Ada, lo sé. Cada día me siento tan abrumada por esta felicidad que me asusto, pero tranquila... —detuvo el impulso de su amiga queriendo una vez más reprocharle el estar recelosa aún respecto a sus sentimientos—, he decidido vivirlo y, sí, aferrarme con fuerzas a este amor que tanto me completa.

—¡Hasta que al fin te escucho decir algo sensato! Definitivamente tenemos que pasar más tiempo juntas, querida. Soy sin dudas una gran influencia —dijo y bebió coqueta, haciéndola reír.

Conversaron de varias banalidades de chicas por un rato más; Adara siempre alegre, dinámica, extrovertida como nadie, y complementando su carácter tranquilo y pasivo, pero divirtiéndola cada dos frases. Más aun con esas anécdotas de conquistas fallidas organizadas por las amigas de la agencia de diseño, y quienes, alguna vez, casi la enloquecen al aceptar salir con ellas.

Estaba Adara entregándole la tarjeta al dependiente para que cobrara el servicio cuando el móvil de Romina timbró, y ambas se rieron cómplices al mirarse, suponiendo que era Gael que no se lograba concentrar en la bendita reunión.

Pero la expresión de Romina fue de sorpresa al ver el nombre de la persona que llamaba: Ignacio.

—Buenos días, Ignacio. ¿Cómo estás? ¿Y cómo esta Almita? —contestó gentil la llamada, viendo frente a ella a Adara poner los ojos en blanco al saber de quién se trataba.

—Estamos bien, Romina. Te llamo porque la familia me ha encomendado ir a por ti, especialmente Gael.

Román los había puesto al tanto de todo lo que estaba aconteciendo, empezando por narrarles lo sucedido años atrás, hasta lo que ahora tenían que enfrentar con la noticia de la peligrosa fuga de Donato, libre y buscado por todo el país por las autoridades.

Al principio, los que no sabían nada al respecto se desesperaron, en especial su hermana, Viviana, y su tía Adela. A él, personalmente, le sorprendió mucho enterarse de que sus padres fueron, en cierta forma, también protagonistas de esos eventos tan difíciles sufridos por sus abuelos, y un sentimiento de orgullo lo invadió por la entereza con la que los apoyaron.

Román le había explicado la necesidad de que Romina, dada la cercanía ahora con Gael, podía convertirse en un inocente daño colateral de todo aquello, algo que jamás la familia se perdonaría. De ahí la petición de que intentara convencerla para que viajara con ellos, incluso, haciendo uso de una mentira necesaria como lo era decirle que Gael estaba al tanto de todo y que este viajaría directamente a California. Una sensación de molestia lo recorría al mentirle, pero la sabia voz de su conciencia se alzaba y le demostraba que era un mal necesario hacerlo.

—No te entiendo, Ignacio. —Dirigió la mirada a Adara, y las dos fruncieron a la vez el ceño. Una, debido a lo que escuchaba; y la otra, ajena a lo que hablaban, pero con la duda revoloteando delante de ella.

—La familia ha adelantado el viaje a la hacienda, salimos esta tarde y Gael se nos unirá mañana desde Washington —explicó intentando que no le temblara la voz, jamás había sido bueno para decir una mentira. De hecho, las detestaba.

—Pero... ¿Por qué tan de repente? —indagó sorprendida, y alzándole los hombros a Adara, que le hacía gestos para que le dijera qué sucedía.

—Bueno, es que... quiero celebrar mi cumpleaños antes para luego planear algo con Alma y... —Le estaba siendo más difícil de lo que supuso, quizás porque después de hablar con su abuelo había quedado impresionado y aterrado, mucho más al conocer que esos desgraciados hasta a su hija habían estado vigilando—. ¿Podríamos vernos, Romina? Me gustaría explicártelo en persona. ¿Dónde estás? Sé que no en la escuela, ya que te encuentras de vacaciones, así que quizás pueda pasar por tu casa y hablamos con calma. ¿Qué te parece? —propuso, imaginando que el hablar en persona le facilitaría las cosas.

—No estoy en mi casa, anoche me quedé con Adara. Ahora estamos en una cafetería cerca de su edificio y, sí, por supuesto que podemos vernos. ¿Conoces la Logan & Logan de la calle Independencia?

—Claro que sí, estoy a unos veinte minutos de ahí. ¿Me esperarás?

—Desde luego, Ignacio, esperamos por ti. —Adara abrió los ojos como platos y negó varias veces con la cabeza. Cuando quiso levantarse, Romina la detuvo y en el intento algunas cosas en la mesa se movieron e Ignacio percibió un ruido en la línea.

—¿Todo bien, Romina? —preguntó, atento a lo que escuchaba.

—Sí, sí, Ignacio, todo bien, y esperamos por ti.

Solo en ese momento él cayó en la cuenta de que hablaba en plural. El nerviosismo del día, unido a la responsabilidad que tenía de convencerla a viajar, no le permitió reparar en ello con anterioridad.

—Entonces... ¿Tu amiga Adara está contigo? —No pudo ocultar un tono ansioso al preguntarle y se arrepintió enseguida de hacerlo.

—Sí, ambas estamos aquí —confirmó, sonriente mientras veía que su amiga quería lanzarle llamas con los ojos.

—Muy bien, en un rato estoy ahí, Romina —aseguró, molesto por el escalofrío que le recorrió la espalda de solo pensar que se encontraría con aquella desesperante pelirroja.

—Aquí te esperamos, Ignacio.

Culminó la llamada y miró a su amiga, que, seria, no dejaba de verla a los ojos.

—¡Por lo pronto, acabas de dejar de ser mi persona favorita! Lo sabes, ¿verdad?! —reprochó Adara, toda consternada por el hecho de que ese insufrible hombre venía en camino al encuentro de ellas.

Quería irse, y lo intentó, pero Romina la detuvo.

¿Por qué demonios no lo hacía ahora?

El cuerpo se lo sentía contraído, y unos movimientos en forma de intranquilos aleteos la recorrían y luego se le alojaban en medio del estómago.

—Ustedes solo necesitan darse la oportunidad de relacionarse, socializar y compartir juntos. Ignacio es un gran hombre y sumamente gentil —acotó Romina, decidida a que aquellos dos limaran asperezas.

—¡Ese hombre ni dormido es gentil, por Dios! ¡Es insoportable! ¡Y, además, un odioso engreído! —espetó Adara torciendo entre sus manos una servilleta de tela, haciendo reír a Romina.

—¡Pues ni modo! Eres mi hermana por elección y él, aparte de ser el primo de Gael y el padre de Alma, es una persona a la que aprecio y le agradezco mucho. ¡Así que te aguantas! —exigió con una oculta diversión tras la mirada.

—¡Lo dicho! ¡Hoy no eres mi persona favorita para nada! —respondió emberrinchada Adara, frunciendo el labio.

—Pero me quieres.

—¡En este momento ni lo sueñes!

—¡Mentirosa!

—¡Engreída! ¡Y te advierto! —Le levantó el dedo índice—. Acabas de poner en riesgo el buen nombre de este lugar. —Haciendo un gesto en círculos con la mano, señaló el espacio que las rodeaba—. ¡A la primera impertinencia de «míster Ken», volarán platos a su cabeza! ¡Y voy al baño! —dijo, dejando la servilleta, que tenía hecha un rollo en las manos, a un lado de la mesa. Pero antes de incorporarse, de pronto vio que Romina era ahora quien le levantaba una ceja.

—¿Qué...?!

—Me pregunto si te retocarás el maquillaje para impresionarlo.

—¡Por Dios! ¡Si Gael te deja así de pesada siempre, no tendré una vejez normal y en paz!

Terminó por tirarle la servilleta y se alejó escuchando su risa.

Mientras lo observaba, tirado en aquella mugrienta cama bajo los efectos del calmante que le diera ese doctor que consiguió uno de los hombres que habían contratado, se preguntaba una y otra vez qué demonios estaba haciendo allí.

La huida no fue sencilla; de hecho, hubo momentos en los que pensaron que no lo lograrían. La policía se movió más rápido de lo esperado y comenzaron a peinar la zona, apoyándose los federales en las autoridades del condado, que de inmediato estuvieron pisándoles los talones.

No les fue posible llegar hasta la vivienda que tenían preparada para refugiarse y poder continuar con el resto del plan. Al final, debían agradecerle a ese tal León, uno de los dos hombres contratados del bajo mundo, el que les brindara esconderse, al menos un día, en su casa.

Repasó con la mirada su alrededor. Un armario viejo, un sillón con un forro hecho trizas y un espejo con varias manchas de óxido acompañaban junto al deterioro de la pintura en la pared la cama de hierro donde estaba su padre. El olor a moho terminaba dando ese detalle de hastío, y sonrió ladino, ya que, de estar despierto y consciente el Cacique moriría de la cólera por verse en un lugar que, probablemente, era más degradante que la cárcel de donde huyó. E irónicamente debía, además, ser agradecido en ese momento por la oportunidad de estar allí.

La puerta detrás de él chirrió como un metal viejo siendo doblado, y apareció Bronco.

—¿Cómo está? —Se interesó con un ademán de cabeza señalando a su hermano, tirado en la cama y profundamente dormido, con la pierna vendada casi hasta por debajo de la rodilla.

—Como dijo el doctor que estaría: casi inconsciente. —Se frotó el rostro.

—¡Carajo! ¡Ese disparo ha venido a joderlo todo! —expresó contrariado Bronco, mirando a su hermano.

—Creo que tendremos que abortar el plan o posponerlo, mientras que podemos escondernos un tiempo y...

—¡Estás delirando?! ¡Ni se te ocurra siquiera sugerirlo! Sabes muy bien que el plan que tenemos para los Alcázar es la única forma de largarnos de este país. Empezando porque las identificaciones falsas cuestan una millonada.

—¡Podemos caer todos! ¡Y te lo advierto! ¡No acabaré en la cárcel! —Se

incorporó y se acercó a una ventana clausurada, donde tan solo por una rendija vertical podía ver al fondo un patio yermo de maleza—. Sabes que hago esto solo por recuperar lo que es mío —confesó volviendo a mirarlo—. Él se gastó en putas y malos negocios de la droga toda la fortuna que dejaron a mi nombre mis abuelos y mi madre. ¡Eso no se lo perdonaré nunca! Mucho menos el que me haya tenido que convertir en un gigoló de cuarta en Ibiza para poder reunir plata, cuando provengo de una familia aristocrática. ¡Por eso desprecio tanto a ese maldito de Gael Alcázar! —expresó con ira y volvió a virarse, para mirar afuera, por las tablas entreabiertas.

»Gael pasó de la miseria, de ser un donnadie, y de la mediocridad, a la riqueza y a disfrutar de un buen nombre en un abrir y cerrar de ojos. Su abuelo veía por sus ojos cuando los conocí, y así sigue siendo, mientras que yo tan solo era el conveniente peón que el Cacique movía a su antojo, a pesar de ser a mí a quien le corre por las venas el rancio abolengo de una familia sefardí: los Montes de Oca.

Oyó respirar profundamente a Bronco. Su tío no le alimentaría el odio por su padre, de eso estaba seguro; pero también lo estaba de que muy en el fondo sabía que tenía razones suficientes para odiarlo. Especialmente cuando la depresión padecida por su madre debido a la pérdida de todos los bienes de su familia, ocasionados por su culpa y malos manejos, siendo el único patrimonio dejado por sus abuelos, se perdieron por las tranzas con el narco y los negocios ilícitos de Donato, alias Cacique. Esto fue lo que la llevó a suicidarse cuando él ni siquiera cumplía los veinte años.

—Mejor no pienses tanto, debemos tener la mente clara y las ideas bien coordinadas. ¡Verás que todo será para bien y...! —Bronco se le acercó, conector de su pena, pero evitando alentar más todo aquel rencor, y le palmeó el hombro—. Yo te garantizo que con esta operación recuperarás todo lo que por derecho te pertenece y regresarás a Ibiza como lo que eres: el nieto de Osvaldo Montes de Oca; uno de los banqueros más grandes que ha tenido Europa.

Marlon no respondió y se acercó hasta donde su padre, drogado por la medicina administrada para el dolor tras sacarle la bala de la pierna y que dormía ido del mundo; pero sin evitar que le llegaran esos malos recuerdos que durante toda su vida habían sido sus más crueles verdugos.

Recordó a su madre siendo abofeteada por aquel hombre, las fiestas en su casa, la misma que debió respetar como un santo recinto familiar, y, en

cambio, la llenó de prostitutas y narcotraficantes, cogiéndoselas en medio del salón de aquella mansión que un día fue sagrada para su familia materna.

Un odio oscuro se removió en su interior como si se tratara del veneno de una cobra. Y se volteó a ver a su tío de nuevo, evadiendo lo que con furia le pedía su conciencia: pegarle un tiro entre ceja y ceja al hombre que, por desgracia, lo había engendrado.

—Lo que sí puedo asegurarte, tío Bronco —apretó los puños—, es que si no logro cumplir la promesa que le hice a mi madre, de recuperar la propiedad familiar que este hijo de puta perdió al evadir los impuestos y más tarde ser sancionado, no será esta vez una bala metida en una de sus extremidades lo que consiga. —Lo miró fijo y Bronco no pudo evitar tragar en seco—. ¡Será en medio del pecho, hasta verlo desangrarse ante mis ojos!

Capítulo 28



Ignacio estacionó el auto del otro lado de la acera de la cafetería y cruzó la calle, apresurado. Al llegar, uno de los dependientes se le acercó, gentil, para ofrecerle una mesa, pero él le explicó que buscaba a alguien mientras recorría con la mirada todo el amplio salón. Por fin logró verlas, al final, en una de las mesas más alejadas de la entrada y, nuevamente, ese escalofrío que tanto lo incomodaba le recorrió la espina dorsal al ser, precisamente, el color rojo sangre del cabello de Adara el que le permitiera identificar dónde se ubicaban; ya que el lugar estaba saturado de personas a pesar de su amplitud.

Se encaminó sorteando a varios meseros que se movían de un lado a otro con grandes bandejas, teniendo incluso que detenerse en varias ocasiones para darles paso y no chocar con más de uno. Según se acercaba a las chicas, una extraña ansiedad, para nada habitual en él, comenzó a embargarlo.

Estando ya a pocos pasos de ellas, necesitó detenerse, y no pudo evitar escucharlas conversar sin que advirtieran su llegada aún; ya que delante de él, un empleado de servicio ocupaba el estrecho pasillo con su mesa camarera, terminando de servirles la orden a unos comensales, y quién después de disculparse por la incomodidad causada, le aseguró que ya estaba acabando.

Por un momento, se sintió frustrado de nuevo. Los lugares tan concurridos de gente, la verdad, no eran de sus favoritos, pero cuando escuchó a la *ginger* hablar, terminó agradeciendo en silencio al dependiente que se convirtiera en ese último obstáculo antes de llegar hasta ellas.

—Solo esperaré diez minutos más, Romi; si no llega, lo siento, pero me marcharé. No estoy para gastar mi tiempo con informales engreídos que creen que pueden contar a su antojo con el tiempo de otros —alegó Adara, recogiendo a un lado su indomable cabello, frustrada y nerviosa a la vez.

Detrás de ambas, sin aún ser visto, Ignacio achicaba los ojos, ladino, y con una expresión tan maliciosa como sensual en el rostro. Atento a cada palabra de aquella mujer que, en contra de su voluntad, lo mismo lo enervaba que comenzaba a prenderlo de un extraño deseo por ella al que no podía darle explicación.

—Ignacio es todo un caballero, Ada. Además, me dijo que se demoraría unos veinte minutos y tan solo se ha retrasado cinco. Estoy segura de que debe de ser por el tráfico, que a veces se vuelve complicado en la zona del centro —justificó Romina, comprensiva, pero decidida a que su amiga e Ignacio terminaran por dar tregua a esa antipatía irracional que desde el primer momento en el que se conocieron levantaron entre ellos.

—En fin, no nos pondremos de acuerdo con nuestros diferentes criterios a cerca de «míster Ken» —dijo torciendo el labio y levantó su bebida, dándole un trago al jugo de manzana por el que se decantó a pedir. ¡Romina tenía razón! Era un hecho que estaba exagerando con tanto chocolate.

—¡Como él te escuche llamándolo así, Ada! ¡Eres tremenda! —expresó Romina, moviendo lentamente la cabeza a ambos lados y sonriendo.

—¡Es la verdad! Es igual a ese muñeco de la Barbie: guapo a rabiar, pero frío, rígido y soso como un pedazo de plástico con ojos bonitos y mirada sexy.

—Al menos me reconforta que me encuentre guapo y sexy, señorita Carter. Ya eso es un punto a favor para que no me suicide debido a la depresión que me produce la opinión que tiene usted de mí.

El gesto de Adara, justo antes de llevarse por segunda vez el vaso de jugo a la boca, quedó suspendido en el aire al escuchar aquella voz detrás de ella. Apretó fuerte los ojos, y Romina, con los suyos muy abiertos por la impresión y los labios apretados, la vio palidecer frente a ella.

Ignacio terminó de escuchar las últimas palabras de la Ginger, como ya se refería a Adara en sus pensamientos, e irónico, intervino en ese momento. Por

un lado, le molestó sobre manera la comparación despectiva acerca de su personalidad; pero, por otro, lo regocijó aquella frase que percibió escucharle decir con cierta coquetería: ¡Guapo a rabiar!

«*¡¿Así que te parezco guapo, querida Ginger?! ¡No sabes en lo que te has metido, ¡pelirroja indomable! ¡Acabas de cruzar esa fina línea y convertirte en todo un reto! ¡Veremos quién doma y doblega a quién y luego...!*», se dijo Ignacio, dejando inconclusa su idea, pero planteándose una estrategia con la que estaba seguro de que saldría ganando.

Iba a terminar dándole una gran lección a aquella irritable y sensual mujer que comenzaba a metérsele en la sangre como un veneno.

—Lo siento... Ignacio, no te sentimos llegar —intervino Romina, apenada, y viendo el rostro de Adara que no cedía y permanecía rígida y aún con expresión desafiante.

Ignacio, caballero al fin, pidió permiso y deslizó una silla de las dos que no estaban ocupadas, se sentó, en silencio, y el enfrentamiento de las miradas entre él y Adara parecieron lanzas al aire en una guerra vikinga.

—Sé que no advertieron que estaba ya aquí, Romina, eso me quedó totalmente claro —respondió, sosteniéndole la mirada a Adara.

Ella, por su parte, hizo lo mismo. ¡Estaba demente si creía que por haber escuchado lo que dijo sobre él la iba a intimidar! Se mantuvo firme, a pesar de que su jodido corazón parecía un reloj en el pecho, remarcando cada segundo que pasaba en aquella mesa con un casi doloroso palpito de ansiedad. ¡Pero primero muerta antes que demostrárselo!

Ignacio, a propósito, desvió la mirada a Romina, intentando parecer indiferente y obviando el preguntarle nada de lo que le escuchó decir de él. Por el rabillo del ojo, la vio contraer la mandíbula, y su ego dio saltos de satisfacción para luego mandar dos inesperados latidos a su entrepierna, provocados por la que le pareció una excitante expresión de rebeldía en aquel rostro enmarcado por ese cabello rojo como el fuego.

—Entonces, querida Romina. ¡Me fue encomendado venir a por ti! Esta tarde viajamos a la hacienda de California y no aceptamos un *no* por respuesta —dijo Ignacio, decidiendo ir directo al asunto y sin dar muchos rodeos.

Debido a que necesariamente tenía que mentirle, creyó que lo mejor era no andar titubeando tanto.

—Ignacio es que... —dudó—. No creí que el viaje se volviera tan inesperado y, la verdad, es que anoche me quedé con Adara... —Dirigió la

mirada a ella, viéndola en silencio, dando otro trago de su bebida, y, conociéndola como lo hacía, era obvio que estaba evitando ser parte de la plática—. Gael ya me había recordado la visita a la hacienda, pero tenía previsto que fuera en unos días y no así tan repentino y...

—En realidad ha sido decisión mía —mintió de nuevo, pero debía lograr convencerla sin revelar la situación que se escondía detrás, al menos no por el momento—. Este año, las vacaciones han sido más largas y he querido hacerlas diferentes, además de que mi cumpleaños ha coincidido con la fecha, y no como en otras ocasiones en que este ha sido antes o después. Por favor, la familia cuenta con que nos acompañes y, especialmente, mi hija esta toda emocionada porque viajará contigo.

—Ignacio, es que no sé... —Se pasó los dedos por la frente, intranquila—. Para la fecha que Gael me había dicho lo tenía todo ya planificado, pero ahora... —Miró a Adara, que sostenía el vaso entre las manos y los ojos fijos en ellas—. La verdad es que Ada y yo teníamos planes estos días antes de irme a celebrar con ustedes y...

—¡No, no, Romi! Por mí no te preocupes, incluso, quizás me decida y alcance a mis padres en Florida durante estos últimos días que estarán por allá...

—Anoche me dijiste que ni siquiera te habías planteado esa posibilidad, Ada. No quieras mentirme ahora, sé que es algo que no te entusiasma hacer, mucho menos en estas fechas —le recordó Romina. Conocedora de que se conmemoraba otro aniversario de la muerte de su tío, el hermano de su padre, y de su esposa; quienes fallecieron en un accidente en el que, incluso, ella viajaba junto a ellos cuando era una niña de apenas nueve años.

Un desafortunado evento que había dejado una triste huella en la muchacha y, a pesar de recordar lo sucedido, nunca quería hablar al respecto de ese trágico día.

Sus padres habían viajado a Florida para asistir a la misa que cada año celebraban en honor de los difuntos, pero estas eran fechas que Adara prefería olvidar y por eso no aceptaba compartir con sus familiares en estas fechas.

Ignacio frunció el entrecejo cuando vislumbró una sombra de tristeza en el rostro de Ginger, lo que le provocó un golpe en el estómago al que no supo ponerle nombre ni darle justificación alguna.

—Es cierto, pero pensándolo mejor hoy, creo que...

—¿Y por qué no viaja con nosotros, señorita Carter? Oficialmente le

extiende la invitación también a usted —la interrumpió Ignacio, quien en un impulso se dejó llevar por una extraña necesidad de tenerla cerca.

Ahora no sabía con certeza si había sido sensata su propuesta, más teniendo en cuenta la mala vibra que ambos estaban acostumbrados a sentir uno por el otro desde que se conocieron.

Ella, aunque sorprendida, casi lo fulmina con la mirada.

—Muchas gracias, doctor Alcázar, pero no creo que sea una buena idea —respondió arrastrando las palabras como si en realidad hiciera un gran esfuerzo para dirigirse a él, por primera vez, desde que llegara y se sentara junto a ellas.

—No entiendo por qué considera que no lo es, además, Alma estará en extremo feliz si también usted nos acompaña —insistió.

—Ignacio tiene razón, Ada, y también...

—Romi, ¡no! —interrumpió el entusiasmo de su amiga—. Además, ¿qué pensará la familia? ¿Que soy una especie de guardaespaldas tuya que siempre va pegada a ti a todos lados? No, amiga, ve tú y diviértete mucho, y puedes...

—En realidad soy yo quien la está invitando, señorita Carter y... —Tomó aire—. Confieso que lo hago también por un interés personal —dijo y la vio abrir los ojos, brillando la furia en ellos.

—¡Le agradecería mucho que se explicara, doctor Alcázar! —respondió entre dientes Adara, en un tono bajo pero remarcando su enojo en cada palabra.

—No se ponga a la defensiva, señorita Carter, tan solo quiero que...

—Señor Alcázar, sinceramente, está muy claro que no simpatizamos, por lo que no entiendo su «repentina amabilidad». —Adara lo interrumpió y se incorporó, dispuesta a marcharse.

Aquel hombre la desestabilizaba emocionalmente cada vez que aparecía en su mismo espacio; y si había algo que no soportaba, era precisamente sentir que no tenía el control absoluto de sus emociones. ¡No le seguiría el juego!

—Mire, doctor... —suspiró. ¡¿Por qué carajos no podía mirarlo a los ojos treinta segundos seguidos sin que le temblaran hasta las pestañas?!—. Lo mejor será mantener las distancias, ya que lo único en lo que somos compatibles usted y yo es en la amistad que compartimos con Romina. —Dirigió la vista a su amiga, esperando la comprendiera, pero solo pudo percibir lo incómoda que se encontraba gracias a la evidente tensión entre ellos.

—Por favor, amiga, no tienes por qué estar así de alterada —intercedió Romina.

—Señorita Carter, quizás no me expresé bien y le pido me disculpe —se excusó Ignacio. Y esta vez, Adara, al mirarlo, creyó ver un vestigio de sinceridad en sus ojos, como si en realidad le afectara el haberla hecho sentir tan fuera de lugar—. Soy consciente de que comenzamos mal, pero lo aseguro que la intención de mi invitación tan solo es para intentar remediarlo. —No tenía idea de por qué estaba justificándose, cuando una parte de él, esa en forma de un escudo de indiferencia que había logrado anteponer siempre a cualquier emoción, después de la decepción más grande de su vida, se levantaba altiva y orgullosa aún—. Se lo repito: me encantaría que nos acompañara, y, además, hará a Alma extremadamente feliz. Estoy seguro de eso.

Los dos se sostuvieron la mirada por varios segundos. En Adara aún permanecía un salto constante en su pecho y una sensación extraña que se debatía entre dos mitades: por un lado, quería alejarse de aquel hombre, como si una especie de premonición le avisara, cautelosa, de que él terminaría haciéndole daño; y por otro, la de una inaudita necesidad de querer conocer qué se escondía detrás de esa fachada impenetrable, fría e indiferente de Ignacio Alcázar.

—¿Me va a hacerle insistir, señorita Carter? Créame, suelo ser muy persistente —aseguró Ignacio sin dejar de mirarla.

—Por favor, Ada, di que sí. Además, imagina lo contenta que estará tu muñeca cuando te vea, —Al decirlo, Romina vio que Ignacio la miró, curioso, y le aclaró a qué se refería con aquel apelativo—: Así le dice ella a Alma desde que la conoció: su muñeca.

Ignacio bajó la mirada y sonrió.

—Espero que no le moleste que me refiera así a su hija —acotó Adara sin dejar de estar a la defensiva.

Aquel hombre le producía una serie de sentimientos encontrados que nunca antes había sentido, y, especialmente, lo que más la intranquilizaba era el no saber qué esperar de él.

—Por supuesto que no me molesta, señorita Carter. Por el contrario, le agradezco mucho todo el cariño que le profesa a Alma —le respondió, sincero—. Entonces... ¿Nos acompañará? —preguntó una vez más, impaciente porque el tiempo corría.

—Por favor, Ada, verás que...

—¡Está bien! Acepto —confirmó, mirando directo a los ojos de Ignacio, quien esbozó una media sonrisa que terminó estremeciéndola sin poder evitarlo—. Solo espero no arrepentirme de esta decisión —concluyó, sosteniéndole aún la mirada.

—Le prometo que, por mi parte, haré todo lo posible porque no sea así, señorita... —dejó la expresión en el aire—. ¿Será que ya podemos tutearnos?

Su pregunta tomó por sorpresa a Adara, haciéndola quedar en silencio por unos segundos.

—Por supuesto... Ignacio —cedió, al fin, y él volvió a sonreír, pero dejando tras esa sonrisa una enigmática expresión que ella no supo identificar y que muy en el fondo la intranquilizó.

—Muchas gracias, Adara.

—Gracias, amiga. Verás lo bonito que seguro la pasaremos con Alma.

Romina se sintió aliviada al escucharla aceptar. La verdad era que se sentía un poco fuera de lugar viajando ella sola con la familia. Tal vez ya lo suponían, pero no estaba segura de hasta qué punto todos sabían acerca de la relación que había nacido entre Gael y ella. Con la compañía de Adara se sentiría menos cohibida, al menos hasta ver llegar a Gael y reunirse con ellos en California.

—Creo entonces que será mejor irnos, tenemos exactamente dos horas para reunirnos en el hangar con el resto de la familia —dijo Ignacio mirando su reloj.

—Pero debemos antes ir a preparar nuestros equipajes. ¿Crees que tenemos tiempo? Además, no puedo irme sin al menos comunicarles a mis padres del adelanto del viaje —explicó Romina.

—¿Cuál casa está más cerca? —preguntó Ignacio.

—La mía —respondió Adara—. Queda a solo dos calles, de hecho, hemos venido caminando hasta aquí.

—Creo entonces que podemos ir a por tu equipaje y luego a casa de Romina —se dirigió a ella—. Así me parece que ganamos más tiempo, ya que el hangar privado nos queda un poco lejos —propuso Ignacio.

—Pero mi auto está en el estacionamiento de tu edificio, Ada. ¿No será mejor que yo me adelante a casa e Ignacio te espere y...?

—¡No! —exclamó de pronto Adara al solo imaginar que se quedaría sola con Ignacio, ¡y en su casa!—. Tu auto se puede quedar todos estos días en el

estacionamiento del edificio sin problema alguno, de hecho, cuento con dos espacios, al igual que el resto de los inquilinos —explicó apresurada, viendo a Romina, pero sin dejar de percibir, por el rabillo del ojo, a un Ignacio con expresión satisfecha y un tanto pícaro bajando los ojos y haciendo un mohín de sonrisa.

«*¡Cabrón engreído!*», se dijo.

—Entonces no perdamos más tiempo. Vamos entonces por tus cosas y luego a casa de Romina a por las de ella. ¿De acuerdo? —propuso una vez más él, incorporándose y viendo a Romina asentir a su lado, a diferencia de Adara, que no podía aún ocultar la expresión de recelo en el rostro.

Ignacio, a pesar de las protestas de las chicas, terminó pagando el resto de la cuenta pendiente, para luego encaminarse los tres hasta el auto de él y finalmente dirigirse al apartamento de Ginger, como ya le era costumbre llamarla, y el cual reconoció que era cierto, quedaba bastante cerca.

Mientras ella en su habitación hacía la maleta, Ignacio recorrió cada detalle de todo el lugar. Intentaba identificar, cada minuto que estaba allí, esa sensación de ansiedad que lo embargó desde que entró en el apartamento.

Agradeció que Adara no se demorara en recoger sus cosas, y en poco más de quince minutos los tres salieron para ir a la casa de los Sanfield.

Por fin tuvo la oportunidad de conocer más de cerca a Armando, quien visiblemente agradecido y cordial lo saludó y lo hizo, junto al resto de la familia, darse cuenta del círculo familiar tan especial y unido en el que había crecido Romina.

Existió una que otra duda en sus padres y abuelos el saber que ella viajaría tan lejos y por varios días, más cuando les explicó que Gael se reuniría más tarde con ellos. Ignacio se sintió mal cuando tanto Ivanna como Armando hicieron preguntas sobre el porqué del apresurado viaje. Como padre le remordió la conciencia al ser conocedor de las verdaderas razones que existían detrás, pero le reconfortó el pensar que Romina estaría a salvo de toda la estresante situación que rodeaba a los Alcázar en aquel momento, y para él y los demás era lo más importante.

Para quien no conociera la historia de la muchacha, quizás podría parecer exagerada la sobreprotección que se percibía tras la inquietud de su familia, más siendo ella toda una adulta; pero él, como padre y además médico, comprendía perfectamente esa preocupación perenne por su hija.

Finalmente, se despidieron de los Sanfield después de estos darles

extensas recomendaciones a las chicas, deseándoles un buen viaje, unidas a la promesa de él de que ambas estarían en buenas manos.

Ignacio se hizo con el equipaje de Romina mientras suponía que ella estaba enviando un mensaje a Gael, al verla escribir en el móvil, preocupado.

—Perdona la indiscreción —alegó, cauteloso, antes de preguntar—: ¿Le escribes a mi primo?

—Sí, quiero que lea el mensaje cuando termine la junta. Al parecer sigue en ella, pues al llamarlo hace un instante me envió al buzón de voz. Así que supongo que continúa con el teléfono apagado.

—Por favor, escríbele diciéndole que también se comunique conmigo al terminar la reunión. Debo explicarle algo importante —pidió, ya que conociendo lo intenso que se volvía su primo cuando de ella se trataba, imaginaba lo que sentiría al conocer la noticia de que Romina iba camino con todos ellos a la hacienda de Pasadena sin él estar informado al respecto.

Romina asintió, e Ignacio dirigió la mirada a Adara, que estaba ya sentada en el asiento trasero del auto viendo algo en su móvil y obviando la posibilidad de hacerlo a su lado, junto al conductor. No pudo evitar tensar la mandíbula y molestarse por esa persistente actitud de ella de mantener la distancia con él, y apretó por instinto las llaves que encerraba en un puño en la mano derecha junto a una decisión y cabreada expresión en su mente que no terminaba por comprender:

«¡Veremos quién tensa más esta cuerda de frialdad, orgullo e indiferencia, Ginger! ¡Cuando acabe por romperse, tal vez termines por recibir una gran lección!», pensó, enojado y observándola a través del vidrio de la ventanilla del auto, segundos antes de que él y Romina subieran a este y, finalmente, condujera en busca del lugar donde abordarían el vuelo privado que los llevaría hasta Pasadena, California.

La junta había terminado hacía menos de media hora, y las decenas de asistentes se levantaban de sus asientos en la extensa sala de conferencias de la Cámara de Comercio.

Lo primero que hizo fue encender el móvil, y en lo que entraba la señal a este, se incorporó, apresurado, abrochó los botones de la chaqueta del traje y guardó el portátil en el portafolio para asirlo e intentar salir de allí cuanto antes.

Algunos conocidos dentro del gremio lo saludaron durante el camino a la salida reteniéndolo, para frustración suya, al enviarles saludos la gran mayoría de ellos para su abuelo y pidiendo que les hiciera llegar su respeto.

Por fin logró acceder a uno de los elevadores, los cuales bajaban saturados de personas, ansioso por salir de aquel inmenso lugar y con el móvil casi quemándole dentro de la mano por el deseo tan grande que lo consumía al necesitar saber de su libélula y poder hablar con ella.

Al salir al salón principal apresuró el paso, buscando la recepción para pedir que le solicitaran un taxi, pero no se pudo aguantar más y abrió la aplicación al ver que tenía un wasap; pero sus pasos se detuvieron en seco cuando leyó:

Gael, amor, Ignacio vino a por mí y ya vamos camino a tomar el vuelo hacia la hacienda.

Deseo que haya sido exitosa tu junta, ojalá pueda hablar contigo antes de tomar el avión, quizás pierda la señal.

Cuídate mucho.

Te amo.

Romina

Necesitó releer el mensaje varias veces y, según lo hacía, un calor recorría como lava prendida su cuerpo y solo podía visualizar una oración de aquel texto como un holograma danzando delante de sus ojos y clavándosele en el cuerpo cada palabra como dagas: «Ignacio vino a por mí y ya vamos camino a tomar el vuelo hacia la hacienda...».

«¿*Qué demonios significa esto, Ignacio?!*», se dijo mientras un cúmulo de emociones se amontonaban en su pecho amenazándolo con colapsar ante aquella inesperada e inexplicable noticia, la cual no podía comprender y por la que se negaba a suponer situaciones que solo terminarían desesperándolo y desconfiando de alguien a quien consideraba su hermano.

De pronto, como una visión, no pudo evitar visualizar en su mente la actitud territorial de su primo el día en que, por fin, se reencontró con Romina en la biblioteca de la casa de su abuelo, mientras tocaba ella el piano junto a Alma. El gesto de Ignacio al rodearle la cintura pasó como una secuencia de la escena de una pésima memoria de su mente, haciéndolo primero contraer la mandíbula y apretar los puños, para después sacudir la cabeza, cerrando los ojos, e intentando evadir a los espantosos celos que amenazaban con

consumirlo.

Marcó el número de Romina y este todo el tiempo lo enviaba al buzón de voz, algo que lo desesperó más.

No optó por esperar a que la asistente de la recepción le solicitara un servicio de recogida, salió a la calle y prefirió buscarlo él mismo a pesar de la fina llovizna que caía en ese momento en la ciudad, acompañando la llegada de una tarde plomiza y muy húmeda.

Agradeció la suerte de que un taxi se detuviera después de pocos minutos frente a él, se subió de inmediato, y ya dentro del mismo se sacudió la humedad del traje y dio las indicaciones al chófer antes de volver a intentar comunicar con Romina o con alguien de su familia:

—Al aeropuerto Ronald Reagan lo antes posible, por favor. Es una emergencia.

El chófer asintió, luego de saludarlo, y se incorporó al tráfico inmediatamente, mientras que él llamaba, primero, al hotel para que su escaso equipaje fuera enviado de regreso a Houston por agencia de transporte. Lo que menos le importaba en ese momento era esa maleta de mano con tan solo algunos pocos objetos personales. Luego de finiquitar esa gestión, se dedicó a intentar comunicarse con alguien que terminara explicándole lo que sucedía, espantando todo el tiempo las funestas hipótesis que rondaban con saña su mente.

Capítulo 29



Cuando llegaron al aeropuerto privado aún se sentía abrumada por el vuelo. Estuvo casi todo el tiempo compartiendo con Alma, a quien ahora veía cansada en los brazos de su abuela Nancy, y con Adara, que no dejó de jugar con la niña durante todo el viaje. Al llegar, debió reconocerse a sí misma que mientras para Adara todo aquel despliegue de comodidades era lo más natural del mundo, para ella, y a pesar de pertenecer a una familia de clase media, el ver que una limosina los esperaba al bajar de aquel *jet* privado terminó por intimidarla.

El camino hasta la zona llamada Linda Vista, y como al parecer también se nombraba a la villa de la familia Alcázar, estuvo lleno de sensaciones nuevas para Romina; especialmente a mitad del camino, al ella confirmarle a Román que nunca había visitado California, mostrándole este, a los lejos, las llamadas montañas de San Gabriel. Un palpito, repetido y fuerte, se le anidó por varios minutos en el pecho cuando su vista se perdió en aquel paisaje, donde las grandes elevaciones resaltaban entre un gran valle lleno de gigantescas áreas de césped verde y árboles que parecían sacados del libro de algún noble pintor. De pronto, en su mente hubo un cambio extraño que la hizo

cerrar los ojos y sacudir un poco la cabeza, aturdida y, sobre todo, un poco confundida cuando el olor a campo y el inconfundible aroma a tierra mojada la embriagaron. Román se percató de su expresión y no pudo dejar de interesarse por ella:

—¿Te encuentras bien, hija?

Después de varios segundos, y al observar que Adara también la miraba con el ceño fruncido mientras el resto de las mujeres Alcázar conversaban en silencio al otro extremo del auto para no despertar a la niña, cayó en la cuenta de que Román se dirigía a ella.

—¡Oh, sí, no se preocupe! —reaccionó—. Quizás un poco de agotamiento —justificó—. Por cierto, ¿se ha comunicado con Gael? Lo he estado llamando desde que aterrizamos, durante el vuelo no tuve buena señal, pero no contesta. Sinceramente, me siento preocupada por él.

—Tranquila, a veces esas reuniones terminan tarde. En cuanto llegemos me intentaré comunicar; y también estarán listas sus habitaciones para que descansen —contestó Román, maldiciendo por tener que mentir nuevamente respecto a su nieto.

Por supuesto que había intentado hablar con Gael, eran pasadas las seis de la tarde y era consciente de que la reunión hacía más de tres horas que había terminado. Durante el vuelo se encerró unos segundos en el baño y logró hablar con el hotel donde sabía que se quedaría esa noche, pero le dijeron que ya lo había abandonado. Supuso entonces que decidió regresar a Houston al cumplir con la asistencia a la reunión. Además, él le había comentado a Octavio, según este le dijo, que de finalizar la junta temprano, cambiaría de vuelo y regresaría esa misma noche.

Román se sentía intranquilo por no saber de él, y cada minuto que pasaba su angustia crecía más.

Parecía un tigre enjaulado en aquella terminal aérea, maldiciendo una y mil veces el momento en el que, por salir a toda prisa, corriendo, para cruzar la avenida al bajarse del taxi, se resbalara de su mano el teléfono y cayera en el pavimento haciéndose añicos la pantalla y, lo que era peor, rompiéndose el aparato.

Corrió al directorio del aeropuerto para ver si existía allí una agencia de su compañía de teléfonos, pero fue en vano, no la había, y su ansiedad se

disparó como un tsunami.

El primer vuelo para California saldría a las seis y cuarto de la mañana, así que no le quedó otra opción que decidir pasar la noche en aquella terminal, más teniendo en cuenta que se había desatado el diluvio universal afuera.

Sentado en un banco, inclinado hacia adelante y con los codos apoyados en las rodillas, pasaba de una mano a la otra el inservible móvil, y una vez más se recriminaba y maldecía su descuido, unido al hecho de que no tenía por costumbre memorizar los números de telefónicos, ya que siempre marcaba por el nombre de cada persona guardado en su registro.

Afortunadamente, el de la casa de sus abuelos sí lo memorizó muchos años atrás, por lo que pudo marcarlo desde un teléfono público al encontrarse algunas monedas en el bolsillo, y gracias a ello le fue posible hablar con Ligia, quien le aseguró que llamaría a su abuelo para avisarle de lo sucedido con su móvil y de que él iba ya en camino a California. Ella le propuso darle el número de su abuelo para que lo anotara, y justo al proponérselo se cortó la comunicación al terminarse el saldo. No se quiso angustiar más por el número de su libélula, y del cual solo recordaba que terminaba en seis, hubiese andado medio aeropuerto en busca de un cajero para hacerse con más efectivo, pero al final de nada serviría, ya que Ligia no tenía el número de Romina.

Cuando el ama de llaves de sus abuelos le confirmó que todos viajaron de manera imprevista, su incertidumbre fue mayor al querer buscar la causa de por qué tomaron una decisión tan apresurada, y más aun estando él fuera de la ciudad.

Se recostó hacia atrás y cerró los ojos, después de tirar el teléfono roto en el portafolio, a su lado, intentando buscar la ecuanimidad que se le había ido al demonio desde hacía varias horas. Buscó paz imaginando el rostro de su libélula, y aunque la inquietud y las dudas, absurdas o no, continuaban atormentándolo, el pensar en ella y el repetirse que lo esperaba, terminó por devolverle un poco de sosiego.

El amanecer en aquel lugar, sin comprender exactamente la razón, le rebotó de añoranza el alma. Al incorporarse de la cama y abrir la puerta que daba al pequeño balcón de la habitación, que le asignara al llegar la abuela de Gael amablemente, unos deseos incontrolables de llorar de pura emoción la embargaron al visualizar aquel paisaje campestre, y, a pesar de no entenderlo,

se dejó arrastrar por ese sentimiento dejando que dos hilillos de lágrimas bañaran su rostro.

Ya se había duchado y vestido con un vaquero color negro y una camisa blanca, junto a una coqueta chaqueta de mezclilla turquesa, previendo que el clima allí era bastante fresco a pesar de la temporada en la que se encontraban. Se maquilló ligeramente y recogió su largo cabello en una cola alta, decidiéndose también por usar unas botas altas al pensar en la posibilidad de caminar toda aquella extensión de área campestre que veía rodeando la preciosa y clásica casa de estilo colonial con maravillosas vistas panorámicas de un campo de golf a lo lejos, más lo que parecían ser, del lado derecho de la extensa propiedad, cuidados terrenos destinados a la equitación, según las bardas que veía los rodeaban junto a varios establos cerca de ellos.

Elena se había mostrado orgullosa dándole un recorrido por la propiedad la noche anterior, después de que todos respiraron tranquilos al saber de Gael, en especial ella, a quien le volvió el alma al cuerpo al escuchar a Román explicarles todo lo que la señora que trabajaba para ellos le comunicara. Gracias a esa información fue que logró dormir tranquila.

Estaba ensimismada, mirando el paisaje, cuando escuchó que llamaban a la puerta y, antes de contestar, vio entrar a Adara. Como siempre, ¡preciosa! Con aquel cabello ensortijado irradiando luz y un conjunto de vaquero azul claro y jersey negro haciéndole resaltar su nívea piel y almendrados ojos.

—¿Lista para una supermañana de aire puro y paseo? ¡Yo no sé tú, pero yo ya me entusiasmé y quiero recorrer todo este bello lugar! —expresó su amiga, entusiasta como siempre.

—¿Quién eres y qué hiciste con la chica que ayer se hizo de rogar para aceptar venir? —alegó Romina levantándole una ceja, sonriéndole al ella acercarse y darle un beso en la mejilla.

—¡Bah! ¡Nadie se acuerda ya de eso! Menos después de que mis ojos diseñadores estén extasiados con el gusto *vintage* tan exquisito de este lugar. ¿Viste los pisos de madera retro? ¿Las vigas torneadas en el techo? ¿Los azulejos italianos? ¡Yo estoy impresionada! —Culminó su diatriba haciendo aspavientos.

—¡Y tanto que lo estás! —afirmó Romina.

—Entonces, ¿nos vamos de paseo después de desayunar? Estoy segura de que Viviana y Alma nos hacen compañía y así nos muestran los alrededores —dijo, frotándose las manos toda emocionada.

—Ada, quiero esperar a Gael.

—Pero no sabemos a qué hora llegará hoy —refutó, torciendo de lado el labio.

—Su abuelo dijo que sería en la mañana, y quiero estar aquí para cuando llegue —le explicó.

—¡Vale! ¡El amor siempre se antepone a todo! —dramatizó exagerando su expresión, lo que provocó que ambas se echaran a reír de nuevo.

—Mejor vámonos a reunir con los demás, quizás ya estén preparándose para desayunar, es algo tarde, y nosotras aquí de mal educadas —alegó Romina dispuesta a encaminarse fuera de la habitación. Acción que Adara imitó sin muchas ganas, ya que lo que le apetecía era irse a recorrer toda la zona.

La casa era tan grande que creyeron perderse al intentar tomar el corredor que, según recordaban, las había conducido la noche anterior a sus cuartos. Iban entre risas murmurando bajo, sobre todo Adara, que no dejaba de detenerse cada cinco pasos para admirar una escultura, un cuadro o, simplemente, el diseño de colores entre una pared y otra. Finalmente, ambas llegaron a la escalera, descendieron por ella y se fueron acercando al pasillo que las conduciría al extenso comedor, encontrándose en este con toda la familia, excepto Alma, que supusieron dormía aún o estaba con su niñera.

—Buenos días para todos —saludó Romina y seguido a ella lo hizo Adara, esta última cruzándose con unos ojos azules penetrantes que como puñales atravesaron en un segundo los suyos.

—Buenos días, queridas, ¿descansaron? —preguntó Elena mientras Ignacio se levantaba y deslizaba una silla al lado de él, siendo imitado por su padre con la que tenía cercana, y que de inmediato prefirió ocupar Adara ante la risa ladina de lado del doctor Alcázar.

La mesa la componían, junto a Ignacio, sus padres, su hermana, Elena, Adela y Rolando. Román no los acompañaba y esto, especialmente a Romina, la extrañó sobremanera.

Después de degustar el desayuno, mantener una amena conversación entre todos, incluyendo los padres de Gael, que terminaron haciendo muy feliz a Romina al sentirlos más comunicativos y cercanos, e incluso su padre dirigirse a ella con una afabilidad que no se esperaba, ellos dos junto a Nancy y Octavio se disculparon, retirándose los cuatro de la mesa, alegando que tenían varias obligaciones que finiquitar a pesar de estar de vacaciones y terminando

por dejar a los cuatro jóvenes solos en ella.

—¿Se sienten bien? ¿Les está gustando el lugar? —preguntó Viviana, rompiendo el breve silencio que se hizo de pronto.

—¡Es precioso, Viviana! Y Adara, como toda una amante y conocedora del diseño, está encantada con el estilo y la decoración de la hacienda —expresó Romina, viendo a su amiga sonrojarse un poco, pero segura de que no era por sus palabras, sino por los ojos que estaban sobre ella, y que la hizo sonreír satisfecha pensando en que, como decía el refrán: del odio al amor hay tan solo un suspiro.

—Todos estamos muy felices de que aceptaran venir a pasar estos días junto a nosotros. ¿Verdad, Nacho? —afirmó Viviana, dirigiéndose luego a su hermano.

—Así es. Y como le aseguré a tu familia, Romina, haremos todo lo posible porque te sientas a gusto entre nosotros.

—¿Conociste a su familia? —Volvió a preguntar su hermana.

—Sí, ayer cuando fui con ella a su casa. —Ignacio miró a Romina, a su lado, sonriente—. Tuve el placer de conocer a los Sanfield, incluyendo a Armando, su padre, y la verdad es que son personas muy amables y encantadoras.

—Para mi padre fue muy gratificante conocerte formalmente, Ignacio. Él te debe mucho... Bueno, toda mi familia te debemos el que esté hoy prácticamente recuperado totalmente. Y pensándolo bien... —lo miró, agradecida—. Creo que te debo un abrazo. Ese que el congreso de medicina en el que estabas me impidió darte cuando mi padre salió ese día de la cirugía, y el doctor que nos recomendaste aseguró que había resultado un éxito la operación. ¿Puedo dártelo ahora, doctor Alcázar?

Ignacio se echó a reír ante la mirada sonriente de su hermana y Adara, ambas sabían lo que la recuperación del padre de Romina significaba para ella.

Ignacio abrió los brazos y Romina lo rodeó agradecida, visualizando en su mente a su padre y lo cambiado y feliz que era en ese momento. Pero hay momentos que a veces suelen mostrar al mundo una idea errónea y aquel, desafortunadamente, cayó entre ellos cuando una voz dominada por la rabia y los hirientes celos se escuchó a sus espaldas.

—¿De esto se trataba, primo?! ¡¿De manipular todo a tu antojo?!

Gael llegaba en ese momento después de atravesar el salón de la entrada,

dejando allí su portafolio y la chaqueta. El rostro cansado y la ropa un poco desaliñada hablaban por sí solas de las horas que había tenido que pasar en la terminal del aeropuerto. Pero su mirada no solo reflejaba en ese momento un gran agotamiento, sino que, además, una profunda ira bailaba de un lado a otro en sus ojos al entrar y ver a su libélula envuelta por los brazos de Ignacio.

Se cegó como no creía poder llegar a hacerlo nunca. En ese momento todo se le unió...

¡El engaño que provocó que la perdiera durante doce dolorosos años!

¡Las personas que pasaron por su vida robándole tiempo a su lado!

¡La amnesia que se interponía como una muralla entre ellos y, mezcúina, borraba la historia de ambos!

Y ahora... ¡El tiempo y espacio que Ignacio logró ganar a su lado al ser él un total desconocido!

¡Y ese abrazo...! ¡Ese maldito abrazo que acababa de ver y lo estaba quemando como una brasa!

—No saques conclusiones ni digas nada de lo que luego te puedas arrepentir, Gael —dijo Ignacio, de pie ya mientras las tres chicas hacían lo mismo.

Romina se quedó sin palabras; primero, por la impresión, y luego por un enojo que comenzó a gestarse rápido y preciso por todo su cuerpo, al ver detrás de la mirada de Gael la injusta duda abriéndole paso a una ofensiva suposición.

—Tú y yo...Ignacio... —le costaba un mundo controlar el tono de voz cuando un volcán de rabia lo consumía—. ¡Créeme que tendremos tiempo de hablar de muchas cosas! ¡Pero este no es el momento! —amenazó, y luego se dirigió a Romina. Adelantándose un par de pasos a ella, le extendió la mano—. ¿Me acompañas, amor?

—No, Gael... —Digna y decidida se negó, para sorpresa de él, sintiendo que se le resquebrajaba el alma al ver la expresión de dolor en sus ojos; pero dispuesta a no permitir que se comportara de esa manera: como si ella no tuviera criterio ni opinión propia. Lo amaba como a nada en el mundo, pero no a cambio de su integridad como mujer.

—Por favor, amor, esto no tiene que ver contigo. Es solo que mi primo y yo —la miró a los ojos— debemos dejar ciertas cosas claras que parece que...

—Basta, Gael. —A él se le contrajo el pecho al ella interrumpirlo. Y lo mismo Adara, que Ignacio y su hermana dirigieron la mirada a ella,

preocupados, temiendo que el embarazoso momento terminara por superarla—. No tienes derecho... —continuó, y un doloroso estremecimiento le recorrió el cuerpo al verle los ojos aguados—. Ignacio es mi amigo, lo quiero mucho y le agradezco más. Nuestra... relación de amistad comenzó... mucho antes de que... tú llegaras a mi vida, y nos merecemos que respetes eso.

A Romina se le partió el alma al notar cómo una puñalada de dolor la atravesaba junto a unos deseos irracionales de abrazarlo y, sin entender por qué, pedirle razón por aquellas palabras que a ella le parecían justas; pero que, a pesar de ello, sentía que él no merecía.

Al verlo cerrar los ojos tras su última frase, dejando correr dos lágrimas, pensó que las piernas no la iban a poder sostener. Detrás de su mirada agotada, húmeda, y ahora destruida por una profunda tristeza, ya no era ira lo que había cuando la observó de nuevo, en silencio, una sombra de miedo y dolor era lo que lideraba el verde de sus ojos.

—Romina, Gael solo está confundido. Lo que pasa es que en realidad no le explicamos bien y...

—No digas nada, Ignacio... —detuvo él las palabras de su primo, quien había quedado conmovido por lo que sabía que aquellas, dichas inconscientemente por ella, lo habían herido—. Romina tiene razón... No tengo derecho alguno a hacerles pasar este mal rato y... Lo siento. —Tan solo logró balbucear su disculpa, pues por dentro se sentía destruido y sin fuerzas.

Entendía que quizás se dejó llevar por un momento de soberbia, de celos y desconfianza, pero la realidad se encargó de darle una lección de la peor manera, hiriéndolo profundamente.

¡No había recuerdos!

¡No era nadie para ella!

¡Ignacio guardaba más vivencias a su lado que él, y tenía que aceptarlo de una puñetera vez!

—¿Qué sucede aquí?

Román entraba al comedor y tan solo al dar pocos pasos hacia ellos, supo que algo delicado estaba sucediendo.

Miró a Romina, discreta, secándose la cara con la manga de su camisa, y cuando vio al rostro de sus nietos, supuso lo que podía estar pasando.

—Gael, hijo, qué bueno que llegaste, porque necesitamos hablar —dijo Román, consciente de la probabilidad de que el desconocimiento de su nieto

acerca de la situación que atravesaban era lo que había ocasionado la querrela que, evidentemente, acababa de suceder.

—Abuelo, primero necesito hablar con Romina y...

—No, Gael, ve con tu abuelo. Yo... necesito estar sola —pidió ella.

Se sentía confundida, abrumada, ¡dolida! A él se le terminó de venir el mundo abajo.

—Por favor, amor, ¡no me hagas esto! —Dio dos pasos a ella, aterrado.

—Gael, tendremos tiempo de hablar; pero ahora tan solo te estoy pidiendo lo que tú me pediste hace dos días: tiempo y confianza. ¿Lo recuerdas?

Gael asintió y a ambos les corrieron dos lágrimas a la vez. Cuando vio la intención de ella de alejarse no pudo evitar indagar, ya que el temor a perderla lo estaba aplastando como una losa.

—¿A dónde irás, amor? —La escuchó suspirar.

—Solo a caminar, a tomar aire...—le respondió, deseando salir de allí. Sentía que la superaba el sentirse tan abrumada.

—Adara o Viviana pueden acompañarte y así no estás sola...

—No. Sé que ellas con gusto lo harían —las miró a ambas—. Pero esta vez necesito un poco de espacio y de soledad, por favor... —Lo vio asentir poco convencido, y doliéndole mucho aún verlo tan abatido—. Disculpe toda esta escena, señor Román.

—No te preocupes, hija, ve tranquila, que afuera hace un día precioso y el jardín es un lugar acogedor —le dijo con dulzura para luego dirigirse a sus dos nietos—. Ustedes dos, ¡los quiero en mi despacho! ¡Ya!

Y antes de verse obligado a seguir a su abuelo y a su primo, Gael siguió con la mirada, y con el corazón en un puño, cómo se alejaba su libélula de él.

Necesitaba alejarse, así que aprovechando la intervención de Román, quien se llevó finalmente a sus nietos con él, se dirigió al jardín en busca del aire que sentía le faltaba desde el primer momento en el que lo vio aparecer.

Se esforzaba por borrar de su mente el instante en el que observó que su rostro se contraía de dolor tras sus palabras, y necesitaba aún más entender el porqué de aquel extraño cargo de conciencia que ahora la torturaba sin piedad. Sabía que era imposible lograrlo fácilmente tras aquel altercado, del que sin querer se volvió protagonista y que la hizo sentir una necesidad imperiosa de buscar un lugar a solas, en silencio, para meditar acerca de todo lo que se

arremolinaba en su ser... Una mezcla extraña de emociones y sensaciones difíciles de explicar la abrumaban. Después de casi una hora sentada en un banco del jardín, dirigió la vista a la entrada de la casa, temiendo que Adara o Viviana aparecieran, todavía no estaba preparada para enfrentarse a hablar de lo sucedido ni en condiciones de dar explicaciones por cosas que ella misma no alcanzaba a comprender.

«¿Por qué me dueles tanto, Gael?! No me arrepiento de haberme hecho escuchar por ti, sé que nunca dejaría que no tuvieras en cuenta mi criterio, pero... ¿Qué explicación tiene este dolor tan fuerte y lacerante que me aprisiona al recordar todo lo que fui capaz de decirte?! ¿Por qué siento que he sido injusta y que te hice daño?!», pensaba a solas y no pudo evitar echarse a llorar.

Lloró como una niña asustada que no encuentra el rumbo a donde ir.

Lloró sintiendo de pronto, y por primera vez en muchos años, que algo dentro de ella se quebraba lentamente al recordar una y otra vez cada palabra que le dijera a Gael.

Se incorporó entonces y miró a todos lados, hasta que decidió alejarse como si en la distancia que pusiera entre ambos pudiera encontrar las respuestas que tanta falta le hacían.

Junto a la premura de sus pasos por alcanzar los caminos laterales de la inmensa propiedad, sus pensamientos se convertían en un ruego desesperado que la hizo tomar el aliento repetidas veces hasta lograr ir sosegándose poco a poco.

Recordó a su familia, extrañándolos enseguida, y pensando que, con suerte, podría obtener finalmente señal en su celular, algo que no había sido posible desde que llegaron. Le era necesario poder llamar a su madre, como le había prometido, de lo contrario sabía que estarían preocupados. Así que, mientras se alejaba caminando, decidió que de no poder hacerlo desde el móvil, usaría el teléfono fijo de la casa; eso sí, cuando se sintiera mejor y sus perceptivos padres no pudieran identificar, incluso a millas de distancia, su fatal estado de ánimo.

De pronto le surgió la duda si había hecho bien en aceptar venir hasta allí con Gael y su familia. Aún hacía muy poco tiempo que se conocían y quizás por eso era que,...

«¿Para qué le estoy dando tantas vueltas?! ¡Dios, Gael! ¿Qué hiciste conmigo que te has convertido hasta en mi respiración?!», reflexionó.

No podía engañarse, solo una cosa tenía clara: su vida y su tranquilidad habían colapsado tras ese encuentro en la fiesta de aniversario de los Alcázar. Cuando creía haber hallado un esperanzador enfoque para su vida, dejando atrás todo lo que entre pesadillas y presentimientos la atormentaban, apareció él y, tras encontrarse con sus ojos ese día, algo muy dentro de su alma le gritó que nada volvería a ser como antes. Aquella tarde, la sensación de sentirse perdida volvió con más presión que nunca, quizás para demostrarle que su realidad no era ni por asomo la vivida hasta el momento y, a pesar de varios meses transcurridos, estaba ahí escondida, como si esperara que sucediera algo y terminara dándole la razón.

Recordó entonces la última entrevista con su terapeuta, Milene, mucho antes de encontrarse con Gael. Junto a ella asumió la necesidad de dejar atrás su ansiedad por tener todas esas respuestas encerradas en el recuerdo perdido de su pasado, y la exhortó a confiar en que solo podría lograrlo cuando no lo viera como su única o mayoritaria prioridad. La psicóloga le había hecho comprender, después de tanto tiempo, que solo con el control personal de sus emociones y, sobre todo, viviendo un día a la vez, tal vez su mente conseguiría abrirse finalmente al ella no presionarla tanto.

No tenía una idea de por qué precisamente ahora hacía todos esos análisis, y solo pudo llegar a una conclusión: se lo había prometido a sus padres, a sus abuelos, y especialmente a ella misma, que nunca más permitiría caer nuevamente en un estado de depresión y angustia igual a los vividos muchos años atrás. Se lo debía a sus seres queridos, y quería pensar que esa era la razón por la que se impuso ante Gael.

¿O no?

Respiró profundo, apuró sus pasos hasta llegar, casi sin darse cuenta, al final de una terraza estilo invernadero, a un lado de la casa. Abrió las puertas de corredera de cristal de esta y vio que daban a unos amplios corredores al aire libre, amueblados con elegantes sillones para exteriores estilo minimalista. Inmediatamente intuyó que si seguía por ellos, podía existir alguna salida hacia las praderas que viera desde la ventana de la habitación horas antes, y no se detuvo a pensarlo mucho.

Bordeó toda el ala norte de la propiedad, pasando por el lateral de lo que suponía era una sala de juegos, al ver a través de sus cristales la extensa mesa de billar. Desde algún lugar le llegaban las risas de Alma y las voces de quien parecía ser su abuela, supuso que estaban en la piscina techada, por el sonido

de que parecía estar jugando con agua. Evitó acercarse mucho, ya que su objetivo era estar sola y que nadie la viera.

Finalmente, terminó el corredor y al doblar, al final de este, dejó salir con fuerza el aire retenido inconscientemente en su pecho hasta el momento, recostando su espalda contra la pared a su lado. Cerró los ojos unos segundos disfrutando del silencio, y al abrirlos corroboró que, definitivamente, aquel lugar solo podía definirse con una palabra: ¡majestuoso!

La pradera que se abría ante sus ojos era de un verde tan brillante y perfecto que cualquiera podría pensar por un momento que se trataba de algo artificial. A lo lejos, se divisaban los campos de manzanos y aunque la primavera aún no hacía su entrada triunfal del todo, sin dudas el clima ya comenzaba a ser generoso con los sembradíos. Parecía una obra de arte convertida en realidad. Algunos caminos tenían el piso de ladrillo formando geométricos dibujos, bordeados por grandes macetones de barro y cuidadas jardineras de piedra, ambos repletos de una gran variedad de flores, perdiéndose hasta lo que parecía ser una cerrada arboleda, y le entraron unas ganas inmensas de llegar hasta allí.

Permitió que el aire jugara en su rostro y le alborotara el cabello mientras se alejaba de la casona. Su respiración se sosegaba haciéndola sentir, por fin, la tranquilidad que tanto había estado añorando las últimas horas. Tanteó en el bolsillo de sus vaqueros buscando el móvil, con la esperanza de ver en este al menos una barra que le garantizara comunicar con la ciudad de Houston. ¡Nada! Ahí estaba el indeseable símbolo rojo confirmándole que seguía fuera de cobertura. Suspiró resignada y guardó el aparato nuevamente en el mismo lugar sin aminorar el ritmo. Se pasó las manos por la frente, frustrada, pero esta vez decidida a no dejarse llevar por la incertidumbre.

Tras una caminata, llegó a los pies de un impresionante y majestuoso cedro que se alzaba en medio de la llanura. Estaba rodeado de árboles frutales que se alineaban por los bordes del camino que limitaba las caballerizas y los corrales; estos últimos separados por una larga y cuidada valla de madera pintada en color blanco. Impresionaba el frondoso follaje, que casi tocaba la tierra desde tan extraordinaria altura, más su poderoso y centenario tronco; además del sonido de las flexibles ramas mecidas por el viento.

Sonrió al mirar arriba, viéndose resguardada por aquel cobertizo natural de color verde que dejaba entre sus hojas entrar hilos brillantes de luz solar, como si estos les pidieran un tímido permiso.

Observó a su alrededor y buscó un lugar donde sentarse a los pies de aquel monarca de la madre naturaleza. Justo lo encontró a su derecha, y luego de que con sus botas allanara un poco la paja seca, decidió que allí pasaría un buen rato. Era probable que la estuvieran buscando, no dudaba que así fuera, específicamente Gael. Le dolía profundamente haber puesto algo de distancia entre ellos, aunque quizás esta fuera necesaria, y en realidad era algo que la estrujaba por dentro, cuando tan solo quería cobijarse en sus brazos.

Respiró profundo, se desabrochó la chaqueta. Y mientras reclinaba al tronco del árbol su espalda, y cerraba los ojos, fue deshaciéndose de la cola de su cabello para dejarlo suelto y masajearse el cráneo, liberando la tensión. Volvió a recorrer con la vista el lugar pensando que todo allí parecía perfecto y apacible, casi paradisíaco; hasta que en la lejanía, los relinchos y galopes desenfrenados de un caballo dejaron de ser un eco para convertirse en la más abrumadora compañía.

Se incorporó y clavó los ojos en el jinete que se acercaba a ella como si en ello le fuera la vida. ¿La había visto acaso? Temió y volvió a dar hacia atrás los pasos que había adelantado involuntariamente. Debía venir de los establos que se divisaban a lo lejos, quizás a correr o a entrenar dentro de los corrales, o simplemente a cabalgar por el inmenso terreno perteneciente a la propiedad. ¿Pero a esa velocidad? Caminó un poco, aproximándose al límite que separaba la pradera del camino; a esa distancia solo podía apreciar al impresionante y elegante alazán negro acercándose a la carrera. La persona que lo montaba no se percibía bien debido al casco de equitación del y a la posición inclinada hacia delante sobre el lomo del animal.

No se quedaría cerca, cayó en cuenta de lo sola que estaba en aquel paraje, y si bien era cierto que un estricto sistema de seguridad rodeaba toda la hacienda, no era tampoco descabellada o improbable la idea de que, por alguna casualidad, se encontrara con gente desconocida, e incluso peligrosa, deambulando por los alrededores.

¡No lo pensó más! Se volteó en cuanto vio que el caballo y su jinete no se dirigían a donde supuestamente estaban las instalaciones hípicas; por el contrario, venían directo hacia ella. Controló los deseos de correr, pero no por eso aminoró el paso, cualquiera que la observara de lejos podía seguro notar en su andar la ansiedad que sentía por alejarse de allí. Cada minuto, el toque fuerte de los cascos del equino contra la tierra polvorienta del sendero estaban más cerca de ella; pero al intentar bordear el árbol para tomar el camino de

regreso, aquella voz que durante semanas la había enamorado estando lo mismo dormida que despierta, paralizó su ímpetu.

—¡Por Dios! ¡Estás aquí! ¡¿Por qué me huyes?!

Las palabras sofocadas de Gael no pudieron ocultar su reproche. Venía angustiado, aterrado al darse cuenta de que no estaba en el jardín como había dicho, y pensó lo peor: ¡que se había ido!

Lo acontecido hacía unas horas lo había superado y el dolor aún laceraba su alma. Luego, la discusión que se dio con su primo, su tío y Román también había sobrepasado sus límites al reprocharles que estaba harto de mentiras y secretos a medias. Por eso necesitó salir a dejar libre tanta ira y frustración con lo único que lo ayudaba: cabalgando a campo través para intentar mitigar aquel dolor que apuñalaba sus entrañas al tener que darle a ella el espacio que le pidió. Y reponerse además de todo lo que le confesara su abuelo que ocurría. Pero casi enloquece cuando Adara le dijo que la estaba buscando y no la encontraba. Había casi peinado toda la hacienda, agradeciendo ahora que, finalmente, pudiera hallarla.

Romina se tomó unos segundos al escucharlo, pero no se volteó. Ladeó la cabeza de lado y, sin mirarlo, le contestó por encima de su hombro.

—No huyo de ti, solo necesitaba estar sola. No es sencillo para mí ser el ojo del huracán gracias a tus equivocadas percepciones, Gael. Menos cuando tu familia está involucrada. Hoy solo pensaste egoístamente en ti —soltó todo de golpe; y al escucharla, él apretó con tal fuerza la mandíbula y los puños que terminó siendo doloroso cada uno de los gestos provocados por la impotencia y el dolor que lo consumía.

—Lo que me pediste no es fácil para mí. Eres lo más importante de mi vida. ¡Aunque no lo entiendas! ¡O simplemente no lo creas! —Ella cerró los ojos ante sus palabras. ¡Dios! ¡¿Por qué le dolían tanto?!

—Jamás he dicho que no lo creo, pero hoy no eras tú cuando llegaste. Me sentí tan mal por ser parte de un momento tan absurdo. Me sentí mal por tu familia y también por...

—¡¿Por Ignacio?! ¡¿Qué sientes por él, maldita sea?!

La sola idea de que en ella naciera algún sentimiento fuerte por su primo, de pronto, lo aterró y atizó como una hoguera los celos de nuevo. Quizás parecía estar enloqueciendo, pero no podía evitar sentir que llegaba al límite de sus fuerzas al constatar que seguía siendo ajeno en los recuerdos de ella.

Romina no le contestó. ¡¿Con qué derecho le preguntaba aquello cuando él,

dos días antes, tenía aquella mujer interfiriendo en su vida?! Estaba cansada de ser el centro de toda aquella discusión sin sentido.

El dolor de Gael, inexplicablemente, seguía siendo el suyo, no soportaba verlo sufrir; pero él tenía que entender que también le hacía daño con aquella actitud. En cuestión de minutos tomó la decisión de volver a Houston, tomar distancia aunque el corazón se le partiera en dos.

—Es mejor que me vaya... No fue una buena idea haber hecho este viaje...
—balbuceó con la voz tomada.

Hizo el ademán de encaminarse para alejarse de él, sin ser consciente hasta qué punto su indiferencia había atravesado el pecho del hombre que, desesperado, la observaba queriendo ahora huir de su lado.

Gael sintió que, por segunda vez, el mundo se le desmoronaba ante sus ojos como un castillo de naipes, y perdió toda noción de la ecuanimidad que hasta el momento se había obligado a mantener. Se negó a razonar, y solo pudo ver que se le escapaba nuevamente de sus manos la razón de toda su existencia, y no estaba dispuesto a aceptarlo.

—¡Por favor, mi libélula! ¡No lo soporto más! ¡No puedo perderte de nuevo!

Y su voz se escuchó desvalida, aterrada, retumbando en todo aquel campo como un llanto de dolor y angustia.

A Romina se le abrió un agujero en el pecho al escuchar como la llamó: ¿Libélula? ¿Perderme de nuevo? Cruzó los brazos abrazándose, como si intentara protegerse de aquellas palabras que tiraron por tierra toda su determinación, y se sintió desfallecer. Sus pies parecían extensiones de las raíces de aquel viejo gigante de madera que era como un guardián del lugar y que ahora le servía de soporte. Aferró su mano a la áspera corteza del tronco a su lado, sin importar el escozor en ella, como si buscara recibir algún poder sobrenatural de su parte que le permitiera controlar el torrente de latidos que se apoderaban de su cuerpo amenazando con cortarle el aliento.

—Por favor... —le escuchó decir una vez más cual lamento.

Aquel susurro lánguido en su voz laceró su alma y la amenazaron unos deseos irracionales de echarse a llorar. Aún escuchaba el resoplido del caballo y los intranquilos movimientos de sus patas tras ella. El miedo que hasta el momento lideraba sus sentidos terminó por ceder y, apenas sin percatarse de ello, comenzó a darse la vuelta para enfrentarlo mientras frases sueltas se repetían en su mente...

«Tu voz es suave y tierna como los aleteos de una... Libélula...».

«Así quiero llamarte: mi libélula... Libélula...».

«Te amo...».

Frente a ella, se alzaba su figura sobre el corcel con la majestuosidad de quien domina a la perfección el arte de la equitación, pero ensombrecida con el temor y la angustia reflejados tras el verde de aquella mirada que seguía provocándole un amor casi hiriente y un sentimiento de dolor mezclado con el deseo insostenible de lanzarse a su pecho y abrazarlo. Recordó entonces, de repente, lo que había escrito en aquel diario muchos años atrás, después de uno de sus extraños sueños, y esta vez cada palabra se volvía un silencioso golpe en su interior, conformando una complicidad perfecta junto al lento regreso de su memoria.

«¿Quién eres? ¿Por qué tu voz estremece mi alma? Mi cuerpo reacciona batallando entre el olvido y el alucinante refugio que me provocan tus palabras... Pierdo sin remedio el control... Veo tus lágrimas de angustia desafiando mis recuerdos... Te lo juro..., es mío tu sufrimiento y solo quiero arrojarme a tus brazos, no lo puedo explicar, pero algo dentro me grita que a ellos pertenezco».

Gael temblaba, no sabía a ciencia cierta si hacía lo correcto al abordarla de aquella manera. La desesperación lo estaba matando con una lentitud torturante. El tiempo se había vuelto su enemigo durante las últimas semanas, y por más que quisiera encontrar razón en los consejos de todos, no estaba dispuesto a arriesgarse a perderla nuevamente.

«¡Esta vez no! ¡Ni por Ignacio ni por nadie!», se dijo.

Y mientras la observaba, sintió un hilo de sudor y escalofrío cruzando su espalda. Y cuando sus ojos siguieron el gesto de su mano, llevándosela al medio del pecho, se asustó.

—¡Dime que estás bien! —No pudo evitar que su pregunta se escuchara con un tono de alarma.

Se bajó del caballo de un salto, sin dejar de sujetar con fuerza las riendas. Las gafas de equitación se las había subido sobre el casco y no dudó en quitarse ambos de una vez, dejándolo caer al árido suelo. Fue a acercarse, pero desistió al ver la perturbación y palidez en el rostro de Romina. ¡Moriría si por su culpa se perjudicaba su salud! Esta vez sintió pavor de haber actuado con total irresponsabilidad llevado por los celos y la desesperación.

«¡Maldita sea! ¡Debí escuchar a todos!», se recriminó.

—Necesito... que me hables... Por piedad... Di algo... —rogó.

Ella continuaba mirándolo. Era como si sus ojos le hablaran mientras el movimiento de la respiración en su pecho se hacía más agitado. Esto Gael no lo perdía de vista, y su angustia crecía. Pero ella parecía buscar en cada línea de expresión de su cara las tan anheladas respuestas para aquel sentimiento que crecía en su interior como el alud de una fiera tormenta.

Romina continuaba reconociéndolo como si por primera vez lo tuviese frente a ella. Deleitándose en los pequeños destellos de recuerdos que comenzaban a invadir su mente como olas de un mar lento y en calma, abriéndose paso poco a poco.

Gael se percató de su gesto interrogante, del dolor de su mirada teñida por la ansiedad de rebuscar en su memoria todo lo que aquellas nieblas de amnesia tenían secuestrado y, ¡justo ahora!, decidían liberar. Sus pensamientos se hicieron una plegaria de ruegos sin quitar los ojos de los suyos, esos... ¡color del cielo!, y que con esa luz eran capaces de ponerlo a él de rodillas. Rogó entonces en silencio.

«Me aferraré a la esperanza. Sé que encontrarás en ese camino dormido la luz que te traerá a mí. ¡Rescátame! Eres mi milagro... Ese que... creía perdido...».

—¿Romina...? —insistió, ignorando el agitado latido de su corazón alojándosele en la garganta.

Ella volteó sus ojos al caballo, que ya había adoptado una pose más relajada y comía del pasto, gracias a que su dueño soltó finalmente el correa, dejándolo libre.

—¿Cuál es su nombre?

Gael frunció el ceño, contrariado. Ella, al notar su confusión, señaló al caballo provocando en él una suave sonrisa ladeada y haciéndolo soltar el aire que hasta el momento había retenido.

—*Neptuno.*

Romina asintió; sorprendiéndolo, se encaminó al animal lentamente y le acarició el lomo con delicadeza.

Mientras sus dedos sentían la gruesa textura y la tibia piel del equino, su mente volvió a ese estado de añoranza y necesidad por recordar todo aquello que sabía con certeza que pertenecía a su pasado. Esta vez no se forzó, no hubo temor y no apresuró a sus recuerdos. Tan solo abrió la mente y se dejó llevar. Las imágenes fluyeron lentas, como secuencias de una película clara y

nítida ante sus ojos. Una por una se abría paso esperando su turno, cautelosas, y ahí estaban...

Viñales, su llegada, la fiesta campesina, las voces de los chicos, la vez que tocó el piano en casa de su abuela Esther para él... Su hermosa declaración y la mágica noche en aquella acampada... El dolor cuando supo que Lourdes...

¡Apretó los ojos con fuerza!

No estaba soñando. Ya no eran solo fugaces alucinaciones que en medio de la noche la hacían despertar entre lágrimas de miedo y angustia. Era su historia, su verdad. ¡Los añorados recuerdos decidiendo al fin regresar a su vida! Aferró inconscientemente el liso pelo del caballo entre sus manos y lo sintió removerse, y en ese instante... Todo fue claridad...

El rostro de la chica sonriéndole, y pidiéndole encontrar su talismán perdido, ya no se volvía borroso. Abrió y cerró los ojos de nuevo... Vio su rostro sonrosado y lleno de pecas, su cabello ensortijado y sus pies descalzos recorriendo el campo mientras su voz cantarina la llamaba a ella y a otros chicos a zambullirse en las cristalinas aguas de un río. Ahora se alejaba de ella, pues una luz la esperaba, pero esta vez no dejaba de sonreír. En esta ocasión, su rostro no era triste, no había melancolía ni dolor; al contrario, lo adornaba una genuina dicha y un brillo sublime... casi irreal...

«¡Míralo todo ahora, Romi! ¡Ahora puedes verlo! ¡¿Lo ves a él?! ¡Está tan cerca! ¡Búscalos! Te necesita, no lo dejes solo, por favor... Ha sufrido tanto... Los dos han sufrido... ¡Ahora lo puedes ver todo...! ¡¿Verdad que sí lo ves, Romina?!».

Las palabras del sueño ya no perdían sus sílabas, ya no eran mudas, no eran frases confusas, ocultas y sin sentido, ahora le devolvían la paz y... su historia...

Las lágrimas comenzaron a correr como finos cauces por su rostro, haciéndola temblar. Las palabras de su terapeuta también le llegaron suaves y la ayudaron a controlarse. Empezó, por instinto, a hacer los ejercicios de respiración que tantas veces fueron de ayuda para sus ataques de ansiedad.

«¡Dios, dame valor!», oró por miedo a desvanecerse ante el mareo que apareció de repente.

«No tengas miedo a recordar, Romina... Abre tu mente y siéntete segura de lo que ella te mostrará», recordó.

Se percató de los pasos de Gael detrás, acercándose, pero no se atrevió a girarse a pesar de que lo sentía casi pegado a su espalda, percibiendo su

respiración tan o más agitada que la suya. No, todavía no podía enfrentarse a sus ojos. El viento los abrazó a ambos como si intentara celebrar a su lado el preludio de un reencuentro esperado por tantos años.

Romina dejó libre su llanto, el de su amor la acompañaba en silencio. Sí, de golpe, la certeza de que aquel hombre quieto y temeroso, que entre roncossollosos aguardaba detrás de ella, era su vida entera, se le clavó en el alma como la más absoluta verdad de su existencia. Las imágenes de lo que creyó había sido una pesadilla se hacían cada vez más claras, como si las estuviera viviendo en aquel preciso momento. Le aterraba que se perdieran y quedar nuevamente a la deriva entre tinieblas; sin embargo, pronto se dio cuenta de que no sucedería.

Su viacrucis de dolor durante más de una década llegaba a su fin como un tibio bálsamo de paz. Tantos años viendo solo oscuridad en su vacía memoria, voces lejanas, rostros difuminados, y ahora...

Neptuno se alejó en busca de más alimento, dejándola con los brazos extendidos. Lo siguió observando hasta que a pocos metros encontró más del fresco pasto. Ante la imagen de aquel ejemplar de negro pelaje todo cobró vida y las interrogantes comenzaron a tener muchas más respuestas.

Mil sensaciones se mezclaron en su mente. De algunas solo era capaz de sentirlas, no visualizar, como cuando sus ojos carecían de luz; y otras, por algún milagro divino, se le revelaban en su memoria como si el objetivo de algún ser celestial fuera el devolverle todo aquello que en su momento no pudo ver con su vista. El corazón le latió fuerte en medio del pecho y un vértigo la hizo llevar las manos a sus sienes. No quería desmayarse, no lo haría ahora, y fue cuando la seguridad llegó en forma de dos protectoras manos sujetando sus hombros junto a un llanto que se mutaba al de ella.

—¡Ay, jiribilla...! —balbuceó y ahogó un sollozo con mucha dificultad. Escuchando otro más agudo y doloroso a su espalda, para acto seguido llevarse su mano, apretándola, al lado izquierdo de su pecho como si el corazón le hubiese palpitado en respuesta a sus palabras.

—Por amor de Dios..., repite lo que... acabo de oír...

Gael necesitó de toda su fortaleza para no caer doblgado al suelo, su voz entrecortada e inestable lo delataba.

«*¿Será posible que por fin ella...?*», pensó.

El miedo, el dolor y, a su vez la esperanza, le golpearon todo su ser solo de imaginarlo.

Quiso girarla para mirarla a los ojos, pero ella se lo impidió poniendo su mano sobre la que él mantenía en su hombro.

—Por favor... —Las lágrimas competían con los apretados sollozos en su pecho—. Déjame hacerlo a mi manera...

Gael no entendió en ese momento a qué se refería, pero lo hizo al verla dar la vuelta lentamente y quedar frente a él con los ojos cerrados.

—Quiero recorrer tu rostro con mis manos, yo...

El llanto no la dejó terminar sus palabras, y para él, recordar aquel momento bajo la arboleda de Viñales, le atravesó el alma de emoción.

Tomó las manos de ella como hiciera más de una década atrás y las llevó a su rostro, del que no quedaba ni un centímetro de piel que no estuviera bañado por las lágrimas.

—Veme..., mi libélula —dijo con voz tomada.

Mientras, sus palmas abiertas sobre las de ella, en sus mejillas, se deslizaban para dejarla reconocerlo nuevamente como alguna vez se lo permitió: tan solo con su tacto y... con tan inquebrantable amor...

Capítulo 30



El tiempo se detuvo en aquella pradera.

Romina acariciaba su cara mientras en su memoria se dibujaban como bocetos de un artista plástico toda esa gama de sensaciones de una vida anterior entre sombras, y que apenas recordaba.

Las yemas de los dedos se volvieron anfitrionas de aquel rostro tan amado, y dos imágenes parecían sobreponerse una sobre la otra: la que imaginó la chica ciega, que tan solo tenía una idea regalada por el sentido de su tacto, y la de esta mujer que con vida y luz en los ojos no pudo contenerse más y los abrió para encontrarse, por fin, con la única y absoluta revelación de su gran amor frente a ella.

Se sentía mareada y aturdida, pero no estaba dispuesta a dejar de vivir aquel instante que lo mismo le provocaba reír a carcajadas que echarse a llorar como una niña asustada.

Gael temblaba bajo el tacto de sus manos, dejándose arrastrar por cada roce de ellas con los ojos cerrados y el corazón agitado queriéndosele salir del cuerpo. El cálido toque de su piel sobre la suya lo conmovía ahora de una manera diferente, como si, finalmente, sus dos almas se estuvieran uniendo,

reconociendo, reencontrándose de una vez y para siempre.

De pronto, un sollozo fuerte de parte de ella, más el sentir su rostro acunado entre sus manos, lo hizo abrir los ojos y encontrarse con aquella mirada celeste bañada en lágrimas.

—¡Eres tú... Mi amor... ¡Siempre has sido tú!

Romina se ahogaba con sus palabras y él la sintió desfallecer como una pluma entre sus brazos, y se asustó. La sujetó con fuerza contra su pecho, desesperado y dejándose caer, mientras que sufría el sollozo que dio paso a un agudo llanto que lo laceraba por dentro, y que por más que lo intentaba no lograba calmar.

—Shss, Shss... Por favor, por favor, mi libélula, tranquila. Respira, amor, respira...

Ambos terminaron de rodillas en el césped; él la abrazaba contra su pecho, escuchándola llorar sin consuelo e intentando no perder el control. Contaba sus latidos como el que sigue con adoración la secuencia de un signo vital en la pantalla de un monitor. Por algunos segundos rezó, imploró, suplicó con el alma una vez más, en silencio, que aquel momento no terminara afectándola.

¡Estaba aterrado!

Lentamente la separó de él. Necesitaba mirarla a los ojos, verificar que respiraba bien. De pronto se dio cuenta de que el momento que por semanas tanto deseó, irónicamente, se había convertido en el instante más desesperante de su vida.

Cuando los dos se miraron, simultáneamente se acunaron los rostros, acariciándose y secándose las lágrimas, que no cesaban, uno al otro. Las palabras quedaron apresadas entre pecho y espalda, mucho más cuando ella, superada por el momento, no se contuvo más y comenzó a regarle besos por toda la cara. Sus labios, sus mejillas, su frente y los párpados cerrados de él recibían con veneración un bautizo de caricias que lo hizo dejar escapar el sollozo hasta ese momento retenido, terminando este por doblegarlo.

—Eres tú... Eres tú ¡Todo este tiempo has sido tú, mi amor! —repetía Romina con la voz tomada por el llanto.

—Sí, mi libélula, sí... Soy yo...

Unieron sus frentes y cerraron los ojos buscando calmar ambas respiraciones que, aceleradas, apenas los dejaban expresarse.

Gael fue el primero que se separó y volvió a rodear con las manos su rostro.

—¿Estás bien? ¡Necesito saber que lo estás! —diciéndoselo, bajó a su pecho una de las manos, percibiendo que se le erizaba la piel al sentir en ella los inquietos pálpitos de aquel corazón bendito para los dos.

Solo la vio asentir, mirándolo como si temiera que en algún momento descubrir que todo no era más que un sueño y regresaría a ser prisionera de su inmutable amnesia.

—¿Lo recuerdas... todo? —preguntó, temeroso, viéndola tomar aire para poder responderle.

—Yo... no lo sé... con exactitud —balbuceó con la voz tomada—. Pero te recuerdo... ¡Nosotros! ¡Viñales! ¡Por Dios...! ¡Lou...! ¡Ella...!

Se llevó la mano al pecho. Las dudas la atacaron y la confusión envolvió su mente. De pronto, varias frases sueltas llegaron como voces resucitadas de la peor de sus pesadillas...

¡Aquel hombre gritando!

¡Culpando!

¡La voz de su madre refutando una dolorosa acusación!

¡La confirmación de una terrible noticia golpeándole el alma!

Luego, solo oscuridad y paz. Hasta que llegó a ella aquel instante, lúgubre, triste y angustioso cuando despertó en el hospital, desesperada y entre sombras; siendo ese el momento más lejano, hasta ahora, que retuviera su mente.

Recordaba lo enloquecida que se sintió al percibir que no podía respirar a causa del tubo que bajaba por su garganta cuando despertó de lo que, supo después, había sido un largo tiempo en coma; y se concienció entonces en cómo había pasado más de una década con la extraña e irreal sensación de que en ese instante fue que comenzó su vida, o, al menos, era lo que su amnesia le forzó a creer.

Sus ataques de pánico y de ansiedad durante esos días en los que se sintió perdida, incluso al no poder de inmediato reconocer a su familia, fueron la parte más difícil.

Volvió a sujetarse el lado izquierdo del pecho, y Gael siguió una vez más, atento, la trayectoria de su mano.

—Es... su corazón... ¡Al final, Lou me dejó su corazón!

Llegar de golpe a aquella dura verdad la hizo estremecerse, cerrar los ojos y dejar libre un mar de lágrimas corriéndole por el rostro.

Gael volvió a abrazarla escuchándola sollozar de nuevo.

—¿Es su corazón, es su corazón! ¡¿Verdad que lo es?! —preguntaba a pesar de saber la respuesta con seguridad.

—Sí, amor... Lo es... Pero, por favor..., cálmate, te lo suplico. ¡Te lo imploro! —le rogó, sintiéndola buscar la calma entre sus brazos—. Vámonos de aquí, mi libélula.

—No... Por favor..., aún no quiero regresar a la casa y...

—No, mi vida, no iremos a la casa, sino a otro lugar. —Gael la ayudó a incorporarse, y ya estando ambos de pie, le besó la frente y volvió a resguardarla en un abrazo—. Solo necesito que te mantengas tranquila, por favor, mi amor.

Ella asintió sin poder expresar palabras.

Gael aún la notaba temblar entre sus brazos, volvió a besarla y la cargó, estremeciéndose al sentirla rodearle el cuello y descansar la cabeza en su hombro. Se encaminó hasta donde estaba el caballo.

—¿Te atreves a dejar que nos lleve a donde yo quiero? —le preguntó a pocos pasos de *Neptuno*. Romina se giró al animal y sonrió levemente.

—¿Será la primera vez que cabalgue junto a ti, o es que todavía no recuerdo el que lo haya hecho antes?

El corazón se le agitó a Gael y lo hizo reír, aliviado al verla un poco más sosegada, aunque su respiración creía que todavía seguía siendo rápida, y esto le hizo exhalar el aire que le aprisionaba el pecho, ansioso, volviendo a besarla en la frente antes de responderle.

—No, mi libélula, no lo hicimos en el pasado, y estoy pletórico de que podamos hacerlo ahora si así lo quieres.

Romina asintió y ambos sonrieron.

—¿A dónde iremos? —preguntó ella cuando la bajó de sus brazos y se hizo con las riendas del caballo.

—A un lugar especial. Déjame sorprenderte —pidió Gael, y ella no necesitó responderle, su mirada se lo dijo todo.

La ayudó a subir primero al lomo del animal para luego, con la agilidad que solo un jinete acostumbrado posee, apoyar el pie en el estribo, y en apenas dos segundos estuvo ya ubicado detrás de ella. Mientras con la mano derecha Gael sostenía, seguro, la correa, con la izquierda la atrajo hacia él, sosteniéndola por la cintura.

—¿Lista, amor? —preguntó.

—Sí, lista —respondió y recibió un beso en la mejilla derecha.

Gael movió las riendas del animal instándolo a trotar, lo cual hizo alejándose más allá de lo que era el área de los corrales y del terreno para uso hípico con el que contaba la hacienda.

A pocos minutos de la cabalgata, ya Romina comenzó a sentirse un poco más relajada, siendo de gran ayuda para lograrlo sentir el calor del torso de Gael en la espalda y que este no dejara de besarla, aferrándola contra él todo el tiempo.

De pronto vio a los lejos lo que parecía ser un lago, tan cristalino y brillante que parecía que el sol del mediodía había decidido descansar sobre él. Un pequeño muelle de madera, con dos botes amarrados a las columnas de este, terminaba de dar el toque mágico. A poca distancia de ellos, comenzó a aparecer en su campo visual lo que sin dudas era una cabaña, relativamente sencilla por fuera, pero con un tejado muy llamativo en un color naranja oscuro.

—¡Es hermoso! ¿De quién es? —indagó con cierto aire entusiasta que hizo que una cálida sensación de alivio recorriera el cuerpo de Gael.

—De mi abuelo, fue lo primero que lo entusiasmó a la hora de comprar esta hacienda. Él es un fanático de la pesca; de hecho, era lo que más disfrutaba cuando vivíamos en Florida, y lo que más sintió dejar atrás al mudarnos a Houston. —Por un momento, recordar la ciudad de donde, ahora sabía, se habían visto obligados los suyos a irse, trajo a su mente todo lo que su abuelo le revelara hacía unas horas en su despacho, junto a su padre, Octavio e Ignacio; pero sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos, ¡no quería ponerse a analizar aquella situación en ese momento!

»Cuando vinimos a ver la propiedad, hará unos dos años, lo que más le motivó a comprarla fue esta cabaña —explicó, deteniéndose ya frente a la acogedora casa—. Decidió remozarla, y no es que te vayas a encontrar nada muy especial adentro, tan solo es una habitación con una sala pequeña y un cocina comedor funcional, también el cuarto de baño, por supuesto; y, bueno, su equipo de televisión, perfecto para alejarse y... Pensé que quizás después...

Sin poder dejar de hablar, evidentemente nervioso y abandonado por toda la adrenalina que lo mantuvo firme momentos antes, se bajó del caballo, ayudándola a ella a desmontar y reteniéndola entre sus brazos, lo que le permitió a Romina callarlo con un beso.

—¿Estás bien? —preguntó él al separar sus labios de los suyos, extasiado;

dejándolo, por varios segundos, con la sensación de que el suelo se movía bajo sus pies.

—Es tu pregunta favorita, ¿verdad? —respondió ella, y la voz se le escuchó un poco afónica debido al llanto pasado, colgada de su cuello, en puntillas y sintiendo tras de sí cómo le daba una palmada al equino, y este, obediente, se separaba de ellos.

Gael la miró, le rozó la mejilla, y arrugando un poco la frente le respondió:

—No sé si algún día pueda bajarle una milésima de intensidad a querer saber siempre que estás bien. ¿Serás capaz de lidiar con eso? —Frunció el labio imitando una súplica, a lo que ella le respondió achicando los ojos y sonriendo de lado.

—Prometo intentarlo... —suspiró.

—¿Qué...? —se interesó al verla perder la vista a lo lejos, más allá del lago, por encima de su hombro.

—Es difícil... —volvió a exhalar—. Me siento aún aturdida y me siguen llegando recuerdos de manera confusa, igual que si me los susurraran. Olores, sensaciones como el miedo, la nostalgia... ¡El amor! —Volvió a mirarlo y le acarició la mejilla—. Ninguno tiene rostro o imágenes, obviamente entiendo que se debe a mi discapacidad visual de entonces... —Bajó la vista, conmovida, y Gael le tomó la barbilla y la hizo mirarlo de nuevo.

—Todo estará bien. Solo te pido que no te presiones. ¿De acuerdo?

—¿Me contarás lo que no pueda recordar? Por ejemplo: ¿por qué nos separamos? Mi memoria ahora solo me muestra el instante en el que llegamos a ese hospital para intentar saber de Lourdes, y luego una discusión que no logro completar con exactitud; pero que sí puedo comprender de qué se trataba y...

—Shss... —Le rozó los labios Gael con la yema del dedo—. Poco a poco hablaremos de todo, pero no quiero que te agobies, menos que sientas ansiedad.

—Necesito saber, Gael. Mis padres me han mantenido oculta la verdad todo este tiempo, y no es justo que no pueda...

—Mi amor... —Le acunó entre las manos el rostro—. No puedes culparlos. Fueron muchas las circunstancias que los llevaron a tomar esa decisión. Y la razón principal que les hizo hacerlo era el pensar, sobre todas las cosas, en tu bienestar. Por eso, no puedo reprocharles nada. Todo lo que Ivanna y Armando, al igual que el resto de tu familia, buscaron siempre, fue

protegerte. —Vio como se le ensombreció y aguló la mirada—. Por favor, mi libélula, no llores más, al menos no por tristeza...

—¿Cómo pude decirte lo que te dije esta mañana? ¡¿Cómo?! Con razón, al instante que terminé de expresar la última palabra, me sentí morir de culpa al ver tus ojos. —Se los acarició, y él se dejó llevar por su tacto de nuevo.

—Me golpeó como un disparo en medio del pecho, no te lo negaré; pero solo por vivir este momento, más el saber que he regresado completamente a tu vida, ¡valió la pena todo! ¡Absolutamente todo!

Romina no dejó de acariciarle el rostro, para ella era como descubrirlo de pronto y reintegrarlo al lugar que siempre le había pertenecido sin ella saberlo: su alma

El sol se escondió al final del horizonte como si una sutil timidez lo empujara a dejar solos a los dos amantes. Mientras, las nubes se unieron y dejaron escapar inesperadas gotas sobre ellos, griseando la tarde y haciendo que una tenue brisa se arremolinara a su alrededor.

Ambos miraron al cielo, y Gael se echó a reír al sentir la tenue y aún lenta llovizna en su cara.

—¿Por qué ríes? —preguntó ella, y lo vio anclar su mirada a la suya.

—Una tarde, hace casi doce años, una lluvia como esta nos interrumpió una conversación, dejando inconclusa la respuesta que debía darte.

Romina frunció el entrecejo y él abrió su palma cubriéndole una de las mejillas, inclinando ella el rostro en esta.

—Me preguntaste, ese día, qué sentí cuando acariciaste mi rostro para visualizarlo con tus manos. —Le agarró una de ellas y la besó, satisfecho al observarla intentando recordar y, luego de hacerlo, sonreír. Los ojos le brillaron, hermosos y felices al lograr encontrar en su memoria aquel instante vivido por ellos.

»Sentí que me desnudabas el alma, que te pertenecía, que mi camino en la vida solo podría ser posible si era de tu mano. Hoy te tengo frente a mí como mi mayor milagro, y el que recuerdes al menos una pequeña parte de lo vivido —respiró profundo—, junto a la dicha de responder esa pregunta que quieta y paciente esperó por toda una década, me hace, mi preciosa libélula, resurgir como ave Fénix de mis propias cenizas. ¡Te amo! ¡Te amo tanto, mi Romina, que la vida se me hace infinita y eterna! Solo pido una bendición: ¡que siempre, lo último que vean mis ojos al cerrarse cada noche sean los tuyos, y lo primero con lo que se deleiten al despertar... sea tu sonrisa.

Fue esta vez ella quien asaltó su boca, haciendo incluso que la lluvia respondiera embravecida y celosa. Gael la levantó en brazos y se encaminó a la entrada de la cabaña, encontrando dentro de una maceta, en la pared, la llave con la que abrió la puerta, sabía que ahí la dejaba su abuelo y el administrador que se encargaba todo el año de mantener el lugar.

Sin dejar de besarse, pasaron dentro con Romina aún rodeándole con las piernas la cintura. Se detuvieron por algunos segundos y se miraron, cada uno descubrió en el otro la llama de deseo que titilaba en sus pupilas, estremeciéndose un cuerpo contra el otro.

—Amor... No sé si tú estás... —balbuceó intimidado como un adolescente, pero ella lo interrumpió al besarlo una vez más.

Estaba nerviosa, ansiosa y, a la vez, la timidez por lo que sería una eminente entrega se asomaba cauta a intranquilizarla. Pero no quería que la viera como la jovencita que sus recuerdos celosamente guardaran, deseaba entregársele a él tal como se sentía: ¡como su mujer!

—No permitiré que dudes ni siquiera que preguntes. Menos que me veas como una frágil figura de porcelana. ¿Crees acaso que doce años no fueron suficientes, amor?

La picardía que tanto lo doblegaba se unió a la fuerte determinación de su mirada, sorprendiéndolo. Y el brillo celeste de sus ojos, junto a la expresión de morderse el labio inferior, terminó por lanzarlo a un viaje del que no quería jamás retornar.

—¡Doce años fueron el más cruel y doloroso de los infiernos! ¡Rescátame de él! ¡Solo tú puedes hacerlo!

Terminando de decirlo, devoró su boca como si de ello dependiera el oxígeno que necesitaba para existir.

Romina devolvió aquel beso con la misma ferocidad, obligándose a olvidarlo todo, a ignorar el dolor de los recuerdos y el tiempo pasado en la oscuridad.

Solo ellos existían en aquel momento.

¡Solo ellos importaban!

Alimentándose de un amor que no resurgía, simplemente despertaba del más paciente de los sueños.

Atrás quedaron los dos jóvenes inexpertos, tímidos y temerosos. Ahora eran adultos convirtiendo en única aquella entrega, queriendo que los besos incendiaran sus almas y que las manos se volvieran dueñas de cada trozo de

piel. Disfrutándose, haciéndose dueños del aroma del otro; provocándose con el gemido más sutil la caricia más atrevida.

Romina, ya de pie, se dejó guiar entre besos hasta el lateral de la cama.

Sus corazones se agitaban serenos, gozando cada sensación y disfrutando de aquella tibia excitación que sin piedad ni tregua los envolvía.

Gael la observó unos segundos, poniendo dos dedos bajo su barbilla y alzando esta a la altura de sus ojos. No era el mismo gesto de antes, Romina lo notó enseguida, era de lujuria, deseo... El hambre ancestral y primitivo de un hombre por una mujer, el que hasta a su más sensible y húmeda feminidad llegó en forma de fuerte latido desesperado, contrayéndole el bajo vientre.

Gael comenzó lentamente a desabotonarle la blusa mientras su pecho subía y bajaba como si la falta de aire lo amenazara. La prenda rodó por la espalda dejando sus pechos tan solo cubiertos por el fino encaje del sujetador blanco, reprimiendo ella los deseos de cubrirse, amenazada por un impertinente escrúpulo y haciéndolo a él estremecerse al ver las dos areolas coronadas por sus erguidos pezones a través de la transparencia de la tela, lo cual le hizo tragar en seco.

Romina se le acercó más para deshacerse, lentamente, de su camisa, sintiendo los dedos temblar sobre cada botón y la respiración agitarse, contraída, con cada parte que descubría de aquel torso trabajado con la precisión del acero.

Mientras, él solo la miraba, adorándola, disfrutando de sus dedos en la piel como la más dulce provocación. A medida que descendía por su abdomen, cada roce convertido en deseable caricia mandaba un latigazo de tortura a su invicta e impaciente hombría.

Los minutos entre ellos parecían pedir permiso para abrirse paso en el tiempo, ya que no supieron en cuál momento terminaron deshaciéndose de sus ropas y quedaron abrazados como la imagen de la más sublime pintura renacentista.

Gael la depositó sobre la cama mientras hacía de su cuello un trofeo y justo ahí, ante su perfecta e idolatrada desnudez, visualizó la bendita huella que se eternizaba a sus ojos como un adorado símbolo de amor.

Besó la cicatriz a todo lo largo, dejando su tibio aliento acariciándola, agradeciéndole, venerándola, escuchándola a ella liberar un sollozo.

—Te busqué en cada rostro, en cada sonrisa ajena... —comenzó a hablar, necesitando que su cuerpo asimilara a quién tenía bajo su desnudez. Ella no

era una de tantas ¡Era la única! Y llegó a sentirse mal por las otras pieles que permitió, en el pasado, unirse a la suya—. En cada aroma, en cada voz... —prosiguió—, reconociendo adolorido cada día cuán incompleto y desgraciado me hacía tu ausencia, y ahora...

Recorrió con los ojos, incrédulos aún, aquella piel que permanecía tibia, desnuda y sonrosada por las marcas que iban dejando en ella las caricias de sus manos y el calor de sus labios.

La mirada volvió a detenerla en aquella casi imperceptible cicatriz, y el nuevo roce en ella con la yema del dedo hizo a Romina estremecerse y cerrar los ojos al sentir la fría humedad de pequeñas gotas de lágrimas cayendo sobre su vientre. Gael besó con veneración su pecho, superado por la emoción, y deslizó con ternura la mejilla sobre él, humedeciéndola con su llanto.

—Te amo... —le escuchó decir a ella, rodeándole el rostro con las manos e incitándolo a deslizarse hacia arriba para besarlo.

Aquel beso se hizo torturante, lento, abrasador como si un fuego con cuidada y premeditada parsimonia pretendiera retar el límite de resistencia de la desesperada avidez con la que se acariciaban.

Las palabras sobraban y los sensuales gemidos comenzaron a impregnarse en cada tronco de los que, unidos, formaban las cuatro paredes de aquella cabaña campestre.

El cuello de Romina fue el escondite perfecto de su boca y el arma precisa de la que se aprovechó su impaciente seducción. ¡No había posibilidad para retroceder ahora! La alevosa lengua se apropió, posesiva, de los sonrosados pechos, pretendiendo convertirse en el perfecto resguardo para ellos. Mordisqueó sus pezones y los delineó como si de sublimes esculturas se trataran mientras los recorría extasiado, enamorado y orgulloso de sentir bajo los labios cómo la tersa piel cedía al encanto de aquella caricia. Gael comenzó a descender, muy en el fondo temiendo que, quizás, lo detuviera; pero un golpe posesivo lo embargó cuando, por el contrario, ella le abrió camino hasta sus zonas más vulnerables.

Romina luchaba contra dos sensaciones que la atormentaban: la de sentirse superada por el momento, luego de tantos años de separación y obvias diferencias en cada uno, convertidas en crudas intermediarias entre ellos ahora, y la necesidad de dejarse arrastrar por el deseo de pertenecerle por completo. Esta última logró abrirse paso, segura y decidida cuando los dedos

de Gael se adueñaron de aquel sensible lugar tan reclamado y exigido por su cuerpo, torturándolo sin piedad y dejándolos empaparse de su esencia.

Se aferró a la estrecha cintura, batallando por controlar que sus manos no terminaran ejerciendo mucha fuerza en ella. Romina acariciaba su cabello mientras aquella boca bordeaba, lamía y descendía como en medio de una ardiente danza, para arremolinarse alrededor de su ombligo con la intención de bajar mucho más allá de su monte de Venus, y sin ser capaz siquiera de tener ella la fuerza suficiente para intentar detenerla.

—Gael... Amor... Yo... —balbuceaba sin fuerzas, alejando una mano del cabello de él y llevándose los nudillos a la boca para aprisionarlos entre los dientes, temiendo que el grito de placer que saliera de lo más profundo de su ser terminara escuchándose en todo el campo.

Casi sucede cuando un dedo de él se hizo por completo de su intimidad, mientras que los labios se apoderaban de su pelvis y regaban en ella sensuales mordiscos a la par de tibios besos en su ingle.

—¡Mía...! ¡Solo mía...! —mascullaba contenido, cortándosele la respiración y asomándose a los ojos las lágrimas.

El aroma de su sexo lo enloquecía, lo drogaba, lo instigaba a llegar más allá, hasta que su sabor se uniera al suyo y jamás se permitiera olvidarlo.

¡No se contuvo más! Sus labios se adueñaron de aquellos, sensibles, íntimos, tibios y sedosos. Los saboreó, los torturó y su boca los hizo suyos de todas las formas posibles, mientras que una mano descansaba sobre su vientre y la otra sostenía con firmeza el raudo y contenido movimiento de su cadera, inevitable de detener al ella arquear la espalda y dejar libre un jadeo tan exquisito para sus oídos que casi pierde el poco control restante al escucharlo.

—¡No puedo... más! Por favor... No puedo más... —balbuceaba al sentirlo dejarla con aquel deseo a punto de colapsar, ascendiendo desde entre sus muslos hasta sus pechos, depositando un alud de besos que le quemaba la piel.

—Yo tampoco... puedo más, mi libélula... —Las dos respiraciones se hacían cada vez más entrecortadas, y sus cuerpos desnudos se volvieron uno—. Necesito estar dentro de ti, mi amor... ¡Hacerte y saberte mía de todas las formas que me permitas! ¡O creo que podré enloquecer por lo que tenerte, así, ¡como tantas veces creí que era una cruel utopía!, significa para mí.

Romina sintió sobre ella mucho más que su cuerpo estremecerse. Su vigorosa masculinidad retaba a todo pudor humano y exigía liberarse en el

único lugar que podía aliviarlo.

—Soy tuya... Desde siempre... lo he sido, mi Gael... —declaró con lánguida voz, dopada gracias a los besos que él paseaba de su cuello a los pechos, adoloridos por tanta excitación.

Gael, cuidadoso, temblando igual que un adolescente, separó sus piernas con ternura y le acarició las caderas como quien venera un lugar sagrado. Se hizo lento de su entrada, adorándola más en aquel instante ¡si es que era posible! Y cuando, despacio, entró en ella, se sintió más territorial y posesivo que nunca. Se alzó triunfante al sentir cómo su carne lo envolvía, lo acunaba y lo recibía junto al más maravilloso gemido que podía serle regalado.

Esperó unos segundos a que su cuerpo se adaptara a la invasión del suyo.

—¿Estás bien? —La vio alzar una ceja, sin abrir los ojos y con la frente perlada por el brillo del sudor.

—¿Te dije cuánto te amo? —preguntó, mordiéndose el labio, que él atrapó entre los suyos.

Gael le contestó rápido, dejando tan solo un milímetro de distancia entre sus bocas:

—No, pero juro que en los próximos minutos haré que no dejes de gritármelo al oído hasta que... ¡la última célula de mi cuerpo lo recuerde por siempre!

Sin apenas terminar la frase, el movimiento de sus cuerpos hizo del momento la mancuerna perfecta entre el amor y el deseo. Los gemidos se volvieron melodías sincronizadas; los besos, sus cautos testigos y el éxtasis que los envolvía en aquella posesión era como un regalo inimaginable que aún los hacía estremecer de emoción y miedo.

Gael pasó por debajo de su espalda las manos, atrayéndola más a él, como si quisiera resguardarla bajo la piel. Los jadeos de ambos se volvieron incontrolables. El temblor de sus cuerpos les abrasaba como una hoguera el alma, y el clímax se arremolinaba en ellos amenazándolos, decidido, consciente de que no les sería fácil retenerlo más.

A Romina, finalmente, la rompió en dos un orgasmo que la hizo aferrarse con ambas manos a las sábanas, dejando escapar un gemido que terminó desarmando a Gael, haciéndolo buscar refugio en su cuello, apretándola más contra él para poder soportar, a su vez, la liberación de su cuerpo en el de ella y contrarrestar al grito de dicha que le devolviera finalmente la vida.

Se abrazaron con fuerza, dejando libres las lágrimas...

—Te amo..., mi Gael... —susurró, rendida sobre su pecho.

—Aún suena igual... —Ella ladeó la cabeza y levantó los ojos a él, sin entender a qué se refería—. Tu voz... —dijo, y bajó los suyos a ella sin dejar de abrazarla—. Continúa siendo suave y melodiosa como los aleteos de las libélulas.

Romina sonrió, y el necesitó una vez más probar sus labios.

La tarde, afuera, comenzó a caer callada, benevolente. Uniéndose a ella el caprichoso destino, que no solo marcaba sus tiempos, también sus escenarios. La lluvia arreciaba y golpeaba las tejas, libre y poderosa al igual que aquel amor. Y junto al relincho de *Neptuno*, desde el cobertizo en el que se refugiara, despertó la necesidad en Gael de elevar una oración de gratitud con su mujer entre los brazos, Libélula, ya que, en ese día de lluvia y relámpagos, no eran lágrimas de tristeza las que se derramaban, sino las que fluían producto de una felicidad infinita en la que dos seres, después de mucho tiempo, lograban rescatar y reunir nuevamente sus almas para pertenecerse por siempre...

Capítulo 31



El auto se detuvo delante de la discreta residencia, al final de la calle, y, antes de bajarse, miró a varios puntos alrededor mientras sacaba un frasco de píldoras de la elegante cartera Louis Vuitton para tomarse dos, bebiendo después de una botella de agua que también llevaba en el bolso, y sobre la cual, tras agarrarla y llevársela a los labios, se percibía con facilidad la inestabilidad y el constante temblor de sus manos.

Una vez que respiró profundo y tras alisarse el vestido, de corte *cheongsam*, desde el control remoto del vehículo activó la alarma de este y se dirigió hasta la puerta del lugar donde sabía que, después de pasarla, necesitaría reunir toda la fuerza de voluntad posible para terminar de lograr lo que le garantizaría la vida que siempre había soñado, y eso incluía soportar a aquel demonio que la engendrara.

Tan solo necesitó dar dos toques, y la anciana que abrió, con aspecto de matrona y que la miró de arriba abajo después de echar una ojeada a todos lados, le indicó a dónde dirigirse:

—Al final, la última puerta a la derecha —dijo y se hizo a un lado para que ella pasara.

El lugar era deprimente, a pesar de que la fachada no lo revelara tanto. El olor a suciedad y sudor parecía estar impregnado en las paredes, pintadas de un lúgubre tono gris; siendo los muebles viejos, las cajas con ropas sucias y las botellas vacías de licor lo que más abundaba allí. Por algunos segundos, el estómago se le contrajo y las náuseas subieron hasta su garganta provocando que se llevara una mano a la boca, cubriéndosela y necesitando respirar varias veces consecutivas. Según atravesaba aquel pasillo, de un lugar que más que cualquier otra cosa parecía un escondite o una especie de almacén del bajo mundo, ese olor tan familiar, a sustancias prohibidas, la golpeó de pronto al pasar frente a una puerta cerrada a su izquierda, y desde donde podía escuchar constantes ruidos parecidos a los de una fábrica en pleno funcionamiento. Se estremeció, luchando contra sus propios demonios, concentrándose en llegar a su destino. Y prefirió entonces no entretenerse en repasar nada más a su alrededor.

«¡¿En qué están pensando para meterse en esta ratonera de fabricantes de drogas?!», se dijo, furiosa por sentirse tan expuesta ante su mayor peligro.

Los estantes, llenos de tubos de ensayo y frascos con sustancias de todo tipo, aparecieron por todos lados, sin querer imaginar lo que había debajo de las telas medio mugrientas que cubrían varias mesas a lo largo de la pared de la zona más amplia, al final del lugar.

Llegó a la puerta indicada y tocó en ella.

—Pase —escuchó desde adentro, reconociendo, para su pesar, de quién era la voz.

—¡Vaya! ¡Al fin se dignó a llegar la marquesa!

La voz del llamado Cacique sonó ruda y hosca cuando ella entró, lo que le hizo apretar los dientes y buscar alrededor suyo a la única persona que sabía que podría ayudarla a pasar por el desagradable momento de tener a aquel desgraciado delante. Al encontrarlo por fin, a un lado, sirviéndose un trago de una botella de lo que parecía ser un ron no tan exclusivo como el que generalmente acostumbraba a beber, expulsó el aire retenido viéndolo acercársele.

—Menos mal que estás ya aquí. Me tenías preocupado —dijo Marlon y le dio un sutil abrazo.

—¡Enternecedor la escena de los hermanitos! —se mofó el tal Cacique en tono burlesco e irónico—. ¡Pero vamos al asunto, que el tiempo corre! ¡¿Tienes la información detallada de todo, Piola?!

—¡¡No me llames así, maldita sea!! —exigió ella con furia, viéndolo sonreír y consciente de que lo hacía a propósito.

El grito hizo que los tres hombres sentados en una deprimente mesa al final de la habitación, y a quienes ni siquiera había observado bien, se dieran la vuelta para mirarla. Por su parte, Donato, alias Cacique, la miró cínico con la risa retozando en su deteriorado y detestable rostro lleno de las marcas que el presidio se había encargado de dejar en él. Se intentó incorporar del sillón de donde estaba, pero un dolor en la pierna herida no se lo permitió, escuchándosele maldecir entre dientes por no poder lograr, como tanto quería, ¡poner en su lugar a la bastarda! Algo que a ella le satisfizo, viéndolo aguantar el dolor, y lo que le hizo recuperar la calma.

—¡Yo te llamo como a mí me dé la gana, estúpida! —chilló, aguantando el escozor de la herida y maldiciendo de nuevo.

—¡Basta ya! —intervino Marlon, sosteniendo por el antebrazo a la mujer en su impulso de hacer algo de lo cual podría arrepentirse—. Bronco llegará en cualquier momento con la gente que nos falta para apoyar la operación, y confirmándonos si pudo dejar a los otros vigilando o no. Es momento de enfocarnos en esto, o lo único que lograremos es que nos atrapen antes de ejecutar el plan.

—¿Por qué están tan seguros de que los Alcázar están aquí? —indagó ella—. Ayer pasé por la empresa, y al provocar una intencional charla con la recepcionista, solo pude sacarle que toda la familia estaba de viaje, según los rumores que llegaban a ella; pero no me pudo dar más detalles. ¿Acaso no es más lógico que se encuentren en Florida? Sus mayores propiedades están allá, y creo que...

—¡No estás aquí para creer nada, sino para actuar! —intervino despectivo nuevamente el Cacique—. Todos están aquí, en Pasadena, eso ya está confirmado. ¡Y nos ha costado un jodido ojo de la cara llegar hasta esta cabrona ciudad detrás de esos hijos de puta! ¡Eso es lo único que debe importarte! —La vio volver a tensar la mandíbula—. Ahora te recomiendo que te quites ese disfraz de señorita de sociedad —dijo con desprecio, señalándola de arriba abajo— y te pongas ropa apropiada que, realmente, vaya más contigo, ¡Piola! —remarcó una vez más aquel nombre, embozando una ladina sonrisa en la que su falta de piezas dentales denotaban, aun más, la maldad tras la expresión de su rostro.

—¡Ya les he enviado de todo a la cabaña! Eladio me hizo el favor de, no solo llevarles el desayuno, sino también un poco de fruta, agua y alguna que otras confituras y emparedados.

Elena se acercaba con expresión cómplice y desbordante de alegría a su marido, quien revisaba una documentación sentado en la terraza y degustando el café que minutos antes la chica de servicio le trajera.

La mañana había sorprendido a todos con la expectativa de querer saber más acerca de la noticia que Gael les diera la noche antes, cuando los llamó desde la línea interna de teléfono con la que contaba la cabaña de pesca de su marido, tranquilizándolos por fin, después de no saber a dónde se habían ido él y Romina, preocupados todos, más que nada por la tensa incertidumbre que los rodeaba.

Al contarles que él y Romina estaban en la cabaña del lago y que decidieron pasar la noche en ella, el que estuvieran juntos no era la única noticia que les causó una gran alegría, lo fue más el saber que ella había recordado su pasado. Algo que terminó por hacerlos a todos en extremo felices, especialmente a su amiga Adara, que, visiblemente emocionada, se retiró a su habitación para que no la vieran superada por la emoción al saber la noticia.

Román recibió el abrazo de su mujer, sonriente, compartiendo igualmente la satisfacción y la tranquilidad que a todos les causaba tan increíble buena nueva.

—La verdad, es un milagro, Elena. No puedo siquiera imaginar lo feliz que debe de estar nuestro muchacho.

—Así es, querido; para Gael, después de superar el dolor por creerla sin vida, seguido a haberla recuperado, lo que continuaba hiriéndolo era esa amnesia que no le permitía a ella recordarlo —dijo, conmovida—. No obstante, no podemos negar que nuestro nieto ha sido muy valiente, perseverante y admirable al anteponer su bienestar siempre a sus propios deseos —expresó orgullosa Elena.

—Actitudes que solo un verdadero amor provoca, cariño.

—Tienes razón, cielo. Y estoy tan feliz por ellos que creo que...

—Con su permiso, señor Román y señora Elena, han llegado unas personas que preguntan por ustedes y dicen que se trata de un asunto urgente.

Angelina, una de las muchachas del servicio de la hacienda, había entrado

a la terraza interrumpiéndoles la conversación, y tras su anuncio, Román frunció el entrecejo, sorprendido, sin imaginar quién o quiénes podían estar solicitando verlos, menos en aquel lugar del que prácticamente nadie tenía conocimiento.

—¿Te dijeron sus nombres, Angelina?

—Uno de ellos me dio esto para usted.

La chica se acercó a él y le extendió una tarjeta, que en cuanto Román tuvo en sus manos lo hizo incorporarse de pronto, en extremo preocupado.

—Por favor, Angelina, lleva a la visita a mi despacho y ofréceles lo que necesiten.

La chica asintió y terminó dejándolos solos, alejándose a través del corredor que llevaba a la entrada y al salón principal de la casa.

—Román, ¡¿qué es lo que está sucediendo ahora?! —preguntó Elena, dejando atrás la expresión sosegada y feliz y sustituyéndola por otra de preocupación y angustia, que terminó por hacerla palidecer.

—Espero que nada grave, mujer. Mejor acompáñame, por favor —pidió Román, visiblemente angustiado también. Tomó la mano de su esposa y se encaminaron al despacho.

—Entonces..., ¿nos acompañarás a la Feria del vino?

Adara levantó la vista del libro que leía en aquella glorieta del jardín al escuchar la voz detrás de ella. Desde que terminara de desayunar en la habitación, tras pedirle a una de las chicas de servicio que le llevara tan solo un poco de fruta, y evitando de esta forma el estar cerca de Ignacio ahora que ni Gael ni Romina estaban en la casa, se había refugiado en aquel cálido rinconcito.

Por su parte, cuando Ignacio entró, un rato antes, al comedor y supo que ella había preferido desayunar en la soledad de su cuarto, una inexplicable molestia se alojó en él al punto de hacerlo dejar más de la mitad del desayuno, ya que ni siquiera fue capaz de disfrutar de los alimentos con sosiego.

La buscó en su habitación y en gran parte de la casa, hasta que la misma muchacha que le informó de la decisión de ella, de permanecer a solas, y lo cual estaba seguro era más que nada por su causa, le confirmó que la había visto leyendo en el jardín lateral de la residencia.

—¿Por qué no fuiste a desayunar con nosotros? —preguntó un poco más

serio de lo que hubiera querido.

—Preferí darle su espacio a la familia —respondió ella, nerviosa por verlo aparecer de pronto, y dejando la cómoda posición que tenía en la banca: con la espalda recostada a un lado y las piernas extendidas sobre ella.

Ignacio la recorrió con la mirada antes de contestarle.

Aquel vaquero desteñado, junto a la juvenil blusa de un neutro estampado y volantes al frente con un escote bastante sugerente le daban ese aire de chica bohemia que tan bien iba con la que consideraba una llamativa y provocadora tonalidad de cabello. Siguió la trayectoria de su gesto al calzarse las zapatillas que dejara en el suelo al subir los pies al banco, y el ver sus diminutos y cuidados pies, con una manicura en el mismo rojo sangre de su pelo, lo hizo tragar en seco. Su melena, como era habitual en ella desde que la conoció, caía rebelde y rizada por debajo de los hombros, pareciendo que con ello solo buscaba querer torturarlo más.

«¡¿Qué demonios estás haciendo conmigo, Ginger?!», se dijo sin dejar de mirarla, sintiéndose cada vez más como el cazador cazado, y notando cómo, sin poder evitarlo, se removía ella, inquieta, en el asiento.

—Eres mi invitada, no tienes que sentirte incómoda y mucho menos fuera de lugar —expresó—. ¿Vendrás entonces a la feria? Vienen los mejores viticultores del estado, en especial de la ciudad de Santa Bárbara. Habrá decenas de juegos y comidas típicas de la región, y Alma está muy entusiasmada —insistió, cambiando el tema y atento a cómo ella dejaba escapar la mirada a los lejos, evitando la suya.

—No sé, he estado sopesando la idea de regresar a Houston.

No había terminado de decirlo y a Ignacio la ansiedad le apretó el pecho como un indoblegable puño.

—¿Tan mal te has sentido que en menos de cuarenta y ocho horas quieres irte? —lanzó sin poder evitar cierto tono irritado en la voz.

—No, por supuesto que no es por eso. Todos han sido muy amables; pero es que, sinceramente, creo que ahora que Romina está nuevamente encontrándose emocionalmente con Gael al haber podido recordar todo lo que los une, no le veo sentido a que me quede. Además la conozco muy bien, tiene alma de madre sustituta conmigo y lo único que lograré es tenerla pendiente de que estoy aquí y de que ella no tiene tiempo para compartir a mi lado, eso me hará sentir peor. ¡Créeme!

—Yo me ofrezco sinceramente a resarcir ese tiempo a tu lado —contestó

Ignacio de pronto, sin detenerse a medir sus palabras, y cuando lo hizo, ya Adara lo miraba con el entrecejo contraído.

—No sabes lo que dices —acotó ella moviendo lentamente la cabeza, negando, y desviando de un lado a otro la vista para no mirarlo—. Es mejor no arriesgarnos, terminaríamos echando a perder esta tregua de «cordialidad negociada» —expresó, mirándolo breves segundos a los ojos y enmarcando entre comillas con los dedos la última frase.

—O por qué mejor no terminamos de quitarnos este deseo... —rebatió él, observándola abrir los ojos y fruncir los labios.

—¡Eres un cabrón engreído! —le espetó Adara, dispuesta a marcharse, pero no previendo que se le interpusiera en el camino y la agarrara del brazo.

—¡Somos dos adultos, Ginger! Dos adultos que tienen en medio de ellos un jodido volcán de deseo a punto de erupcionar y con el cual no sabemos ya cómo lidiar. ¡¿O te atreverás a negármelo en mi cara?! —le dijo dándole un jalón hacia él sin soltarle el brazo.

Adara, en un instintivo impulso, quiso traspasar de una cachetada aquel rostro altanero y egocéntrico; pero Ignacio fue más rápido al prever su intención y con la mano libre atrapar la suya en el aire.

—¡Eres un idiota de lo peor! —le gritó cabreada no solo con él ni por su actitud engreída, sino también por ella, ya que no entendía cómo era posible que el solo escucharlo llamarla con aquel mote le podía mandar un golpe de calor húmedo tan desesperante a su entrepierna.

—¡Y tú una fiera salvaje que pretende volverme loco!

¡No la dejó refutar ni decir media palabra más! Su boca atacó la suya con ferocidad, con deseo desmedido mientras la agarraba por la nuca e inmovilizaba los intentos que, en un muy corto intervalo de tiempo, hiciera para lograr soltarse de sus brazos. El ego de Ignacio dio brincos despavoridos en su interior cuando la sintió desvanecerse como lánguida muñeca entre sus brazos hasta perder las fuerzas.

Su lengua barrió cualquier voluntad en la boca de ella, no queriendo darle tregua ni siquiera para respirar. Sin soltar su nuca, se hizo de la estrecha cintura con la otra mano, atrayéndola fuerte a su cuerpo y demostrándole con la dureza desmedida y dolorosa de su zona sur todo lo que ella le estaba provocando,

Cuando a ambos les llegó de pronto el aviso de su hasta el momento enmudecida conciencia, volvieron a darse cuenta de dónde estaban, y con

mucha dificultad se separaron.

—En... cuarenta y cinco minutos nos vamos a la Feria... del vino —anunció, demandante y con la respiración agitada, pero no tanto como la de ella.

—No he... dicho que... los acompañaré —contradijo, todavía con la voz tomada, aunque sin querer dar el brazo a torcer.

—Mi hija espera que lo hagas. ¿La vas a decepcionar acaso?

—¡Eres un manipulador!

—Lo sé —afirmó, mirándole por un segundo los labios enrojecidos e hinchados y volviendo a sostenerle la mirada. La atrajo de nuevo hacia él agarrándola por la cintura, mordisqueándole el mentón mientras Adara creía sentir que sus piernas eran de gelatina—. ¡Esto recién se enciende, mi *ginger*!

La soltó de pronto y le dio la espalda, sin volverse a mirarla, o juraba que, sin importar consecuencias ni miradas ajenas, la tumbaría en aquella banca y se enterraría en ella hasta escucharla gritar su nombre.

Los rayos del sol se abrieron paso por las imperceptibles separaciones entre algunos de los troncos que formaban las paredes de la cabaña, pareciendo querer demostrar que para ellos no existía lo imposible.

Gael aún creía vivir en un sueño, al punto de sentir un temor irracional al tener que salir de aquel lugar y enfrentar cualquier realidad que pudiera empañar su infinita dicha. Bien temprano, cuando apenas el astro rey despuntaba en el horizonte, escuchó algunos ruidos afuera, y cuando estos cesaron, y después de arropar con la colcha a su libélula, se asomó a ver de qué se trataba, encontrándose con una canasta de víveres dejada con cuidado en la puerta, incluyendo un exquisito desayuno junto a un ramo de las azucenas del jardín de la abuela y una nota que decía:

Por un futuro lleno de amor, hijos míos.

Dios los bendiga.

¡Felicidades!

Sonrió de nuevo mirando la hoja, con la reconocida caligrafía de Elena, encima de la rústica mesita, al lado de la cama, y recordando la algarabía

escuchada al teléfono cuando la noche antes llamara a la casa para decirles que Romina, ¡por fin!, había comenzado a recuperar la memoria.

La observó a su lado y nuevamente un nudo de emoción amenazó con trancarle la respiración. Estaba boca abajo, y su adorada espalda, desnuda ante sus ojos, lo torturaba haciéndole concienciarse, una y otra vez, de que la noche había sido un maratón de pasión entre ellos, sin tiempo ni medida, donde se amaron hasta desfallecer como si no existiera un mañana o se debieran una vida entera; siendo esto último una certeza absoluta. Sonrió y dejó un beso tenue sobre ella, que a pesar del cuidado con que lo dio la hizo removerse un poco y despertar sus más sensibles instintos al ver que la mitad de su muslo se deslizó fuera de las sábanas, y esta terminó corriéndose mucho más abajo de donde terminaba la espalda.

Era demasiado para su cordura. ¡Que después hiciera con él lo que quisiera! Pero no podía dejar de recorrer con los labios aquella piel.

En el rostro de Romina apareció una tenue sonrisa, sin abrir los ojos aún, junto a un imitado pero muy sensual ronroneo, gracias a las caricias con las que era despertada. Se ladeó un poco, hasta que sus iris chocaron con el verde de aquellos que eran su total y única felicidad ahora.

—Buenos días, mi bella y dormilona libélula... —murmuró sin dejar de besar sus piernas. Ascendiendo a sus muslos con una lentitud perversa y la picardía iluminándole los ojos. Mirándolo ella desde la parte superior de la cama.

—Buen día, amor... —balbuceó soñolienta todavía, y también, ¡sí!, no iba a negarlo, disfrutando de la excitación que se gestaba en su entrepierna gracias a aquella sutil caricia aun cuando estaba satisfecha, por no tener un solo centímetro del cuerpo en el que sus labios no se hubieran hecho dueños durante toda la noche.

—Nos trajeron... desayuno... —comentó entre beso y beso, ardiendo un poco más al verla cerrar los ojos, dejando caer atrás la cabeza mientras se apoyaba en los codos sobre la mullida superficie.

—Quiero... darme una... ducha primero... —hablaba ya sin muchas fuerzas al sentirlo llegar cerca del pubis, repartiendo tiernos mordiscos y dejando jugar a su lengua en los alrededores, luego de apartar de un tirón la colcha que la cubría, haciendo que su impulso la estremeciera.

—Eso lo podemos... resolver ahora mismo...

De un salto que no predijo, Gael se incorporó y la tomó en brazos,

escuchándola emitir un grito tras lo que para él siempre sería la más maravillosa de todas las risas.

La instó a rodearle la cintura, colapsando de deseo al sentir la tersa y tibia piel de su sexo, húmedo y desnudo, rozándolo. Un torrente de besos y caricias no se hicieron esperar, hasta llegar a la ducha; agradecido él, en silencio, de que su abuelo tuviera la brillante idea de reconstruir el cuarto de baño mucho más amplio de lo que en un comienzo era cuando vieron por primera vez la cabaña. Deslizó la puerta corrediza y, aguantando estoico la deliciosa tortura de los labios de ella haciéndose de su cuello, junto a sus pechos aguijoneándole con lujuria el torso, abrió el grifo y graduó la temperatura.

No esperaron mucho para estar bajo la tibia agua, envueltos en el vapor que esta dejaba escapar.

Romina le susurró al oído que la bajara al suelo, pero él se negó. Su erguido miembro suplicaba una liberación, y ella fue consciente de eso. Sorprendiéndolo, dejó de una vez su absurdo pudor a un lado y tomó las riendas del momento al guiarlo hasta su entrada e ir bajando poco a poco, deslizándose para abrirle paso en ella. El gruñido que dejó escapar Gael hizo que se sintiera poderosa, su dueña.

La alzó un poco más y la sostuvo apoyada en la pared, manteniendo el ritmo de sus movimientos lo más controlados posibles por temor a hacerle daño; sin embargo...

—Recuérdalo... ¡No soy una muñeca de porcelana! ¡Soy tu mujer!
—demandó ella, segura de que se estaba conteniendo y suponiendo la razón.

Lo escuchó carcajearse antes de asaltar sus pechos y querer tatuarlos a sus labios, logrando que ambos se movieran al fin al compás de toda aquella exigente pasión que, sin pedir permiso ni tregua alguna, los catapultó a la vez a un orgasmo que barrió con todo el quieto y discreto silencio del lugar.

Frente a su esposa, Emerson y los tres oficiales encubiertos que los acompañaban, Román caminaba de un lado al otro de su despacho como fiera enjaulada, sintiendo una mezcla de sufrimiento y rabia que estaba a punto de superarlo. En sus manos, agarrada como si esta le quemara la piel, estaba aquella carta que el oficial del FBI había interceptado en su buzón, como el resto de la correspondencia que se había acordado revisar por protección de su familia. Al parecerle lo suficientemente sospechosa, la clasificó dentro de

las que debían ser abiertas, revelándoles a todos, especialmente a Román, la peor y más cruel verdad que jamás pudo llegar a imaginar.

La traición que nunca esperó le cayó al patriarca Alcázar como una puñalada; pero que se le revelara ante sus ojos aquel abominable secreto, superó todo lo que consideró ser capaz de soportar.

En silencio, todos lo miraban mientras se detenía y, una vez más, repasaba aquella misiva, viendo por el rabillo del ojo a su mujer con el rostro bañado en lágrimas y golpeada por una verdad que los afectaba profundamente al recordar a sus tan queridos amigos: Elaine y Maximiliano Robinson. Dos personas maravillosas, altruistas, desinteresados y con un increíble sentido de solidaridad humana; y por quienes, ahora, un terrible cargo de conciencia al haberles pedido ayuda en aquel momento caía sobre ellos como una lápida de mármol de algún camposanto.

Román y Elena:

Cuando esta carta llegue a sus manos espero estar lo suficientemente lejos, junto a mi hija, y en un lugar donde, por fin, haya sido capaz de ponerla a salvo a ella, que es mi único bien en la vida, de todo el oscuro mundo que rodea a su padre. Sé que este acto mío no justifica el silencio guardado por años, tampoco pretendo que me perdonen por ello, solo busco que mi conciencia tenga un poco de paz dentro de lo que han sido años de zozobra, miedo y de saberme sucia al callarme un acto tan espantoso.

Román, Guillermo no se merece ni por asomo el haber contado con una amistad como la tuya, cuando lo único que de él había para ti era una envidia sin límites, traición y una desmedida ambición que llegó a no tener fin. No quiero que mi hija copie las pautas de vida de su padre, empiezo a visualizar cosas en ella que me aterrorizan y que necesito erradicar con esta distancia que pongo de por medio.

Solo quiero que sepas que he sufrido en silencio al saber durante años las circunstancias que rodearon la muerte del matrimonio médico amigo de ustedes: los Robinson. Y dure los años que dure mi vida, ese es un peso que cargaré en mi conciencia para siempre.

Elaine y Maximiliano fueron asesinados por Donato con la complicidad de mi marido. Pagaron una gran suma a una banda que se encargó de incendiar el centro comunitario que dirigían. Las razones son obvias: primero, por pura venganza ante el hecho de que ellos te apoyaran a demostrar tu inocencia y mandar a Donato a la cárcel. Y el segundo motivo fue el más cruel y malvado: el poder disponer de la fortuna de ambos para cubrir las necesidades de Donato al ser toda su delictiva fortuna confiscada por el gobierno federal.

Seguro que a estas alturas de mi carta te estarás preguntando: ¿cómo era posible que hicieran esto si de por medio se encontraba la hija adoptiva de ellos? Aquí llega la parte que más dolor me da confesar, aunque no lo creas. Soy madre, e imagino lo que

debió ser para ellos morir al lado de su única hija. Sí, Román, es tal cual lo estás pensando: la hija de los Robinson murió junto a ellos, siendo imposible ser su cuerpo identificado al todo quedar prácticamente en cenizas y existir detrás un plan perfectamente planeado. Débora, estimado Román, es en realidad una impostora. No tengo idea exacta de dónde salió ella, menos cuál es su verdadera identidad: pero la idea siempre fue que ella usurpara la de la verdadera señorita Robinson para manipular los fondos que estos dejaron a su nombre, a beneficio de Donato y la organización.

Pero esto, finalmente, no salió como pensaron por la cláusula del testamento de ellos, en el que solo permitirían a su hija manejar los fondos después de los treinta años. Edad que todavía no alcanza, Se aprovecharon de los años que hacía que ustedes no la veían, y, minuciosamente, lograron, incluso con ayuda de varios cambios en ella, un gran parecido con la jovencita fallecida, hasta introducirla en el círculo social universitario de tus nietos. Sé que después de esto te dedicarás a investigar todo aquello que no me es posible decirte porque, por lo más sagrado te juro, no sé más detalles. No apelaré al perdón de ustedes porque yo no me perdonaré nunca. La vida se replantea cuando ves a tu propio hijo en peligro, y solo espero que Dios me dé la oportunidad de enderezar mi camino.

Cuidense mucho, lo siento.

Nora

Era la tercera vez que la leía desde que Emerson había llegado inesperadamente. Primero fue la ira lo que lo abrumó, y luego un odio sin límites lo envolvió, especialmente por la traición de Guillermo. Se miró los nudillos, ensangrentados por el puñetazo que diera a la pared, teniendo incluso que ser sostenido por los acompañantes de su amigo para evitar que se siguiera haciendo daño. Él, un hombre que difícilmente perdía los estribos por nada, aquella verdad había terminado por hundirlo de dolor, rabia y culpa. No podía dejar de repetirse que desde el primer instante en el que aceptó la ayuda de sus amigos, los sentenció a muerte sin saberlo.

Se dio la vuelta, viendo a su esposa sentada en el sillón, mientras que uno de los oficiales, amable y solidario, le acercaba un vaso con agua desde el bar, al final del despacho. Le partió el alma verla tan afectada, pero supo que el pedirle que se fuera y no escuchara todo lo que ellos debían informarle no era una opción, solo le causaría más ansiedad, así que desistió de hacerlo y se dirigió a Emerson, quien, sentado en la parte frontal de su escritorio, revisaba su portátil y manejaba información clasificada.

—Estoy listo para eso que te falta por decirme —afirmó, soltando el aire retenido y demostrando que estaba más calmado después de dejarse llevar por

el odio y la decepción que le produjera aquella revelación, motivo por el que Emerson le exigiera sosegarlo antes de comunicarle lo que aún no sabía. Enfatizando en que ahora más que nunca había que mantenerse ecuánime y con la mente fría.

—Siéntate, Román, esta conversación será larga y viene unida a muchos detalles que debemos tener en cuenta para saber por dónde andan estos cabrones.

Él asintió y, cuando lo vio incorporarse para cederle el sillón de su escritorio, con un ademán de manos le hizo ver que no era necesario, que lo único que necesitaba era estar al día de todo lo que el cabrón de Donato había conspirado en su contra a lo largo de los años.

—¡¡Mierda!! ¡Al fin apareces! ¡¿Acaso todos se creen que estamos de turistas en esta puta ciudad?!

Con el improvisado bastón de madera, dio un fuerte golpe en la silla que tenía a un lado de la cama, haciendo que su pierna protestara de nuevo.

—¡Deja los arrebatos y cálmate! ¡Sabes que nada de esto se prepara en cinco jodidos minutos! —contestó Bronco luego de entrar al precario cuartucho y acercársele, levantando la silla que tirara al suelo tras el golpe.

—¿Todo está listo? —preguntó todavía con una expresión de dolor en el rostro.

—Ya tenemos dos muchachos que nos recomendó la dueña de esto... —dio una vuelta con la mano, señalando el lugar, a lo que el Cacique hizo un gesto despectivo—, vigilando la hacienda. A uno de ellos le di el celular sin registro para que nos avisaran de cualquier movimiento.

—Bien. ¿Les explicaste cuál es el objetivo principal a vigilar?

—Claro, se ubicaron en un lateral de la propiedad, ya que...

—¡Mierda, Bronco! ¡¿Cómo coño podrán ver nada si no están frente a la jodida casona de ese cabrón?!

—¡Cállate de una puta vez y escucha! ¡A veces me jodes las pelotas, *brother*! —dijo exasperado y viéndolo morder en seco y aguantarse su frustración—. La zona de la entrada tiene más de seis cámaras de seguridad. El Alcázar no anda con pasos a medias, y tú y yo lo sabemos. —Fruunció los labios y viró el rostro haciendo un gesto de desprecio—. ¡En fin! Por ambos laterales de la casona, solo hay una cámara y dos del lado izquierdo. Del

derecho están los garajes, ahí ubiqué a la gente, ellos nos avisarán cuando vean que salen quienes nos interesan, y cerca de allí están ya Marlon y los otros en la furgoneta, esperando nuestra llamada.

—¡Solo espero que esos imbéciles que tengo por hijos no jodan todo!
—espetó, repulsivo.

—Y yo que salgamos bien librados de esto y que hayamos logrado despistar en Houston a los federales.

—Estoy tan seguro de eso como de que, esta vez, ¡Román Alcázar me pagará con lágrimas de sangre cada segundo que pasé encerrado por su culpa!

—El trato siempre fue que no asesinaríamos a nadie, Cacique. Tomamos el dinero del rescate, devolvemos a la víctima, y nos largamos. ¡¿Está claro?!
—Lo vio desviar la mirada a sus manos, abriendo y cerrando los puños mientras un brillo aterrador enardecía el brillo de sus ojos.

Y, por primera vez desde que lo ayudaron a escapar, Bronco no estuvo seguro de si había sido una buena idea dejarlo libre...

Capítulo 32



Solo pasaba media hora del mediodía, aun así, dada la cantidad de público que acostumbraban a asistir a la Feria del vino en la región, Ignacio consideraba que no iban a llegar lo suficientemente temprano, y que podía complicárseles un poco la tarde por las largas colas de personas que seguramente se harían para las diferentes atracciones.

Se demoraron más porque Viviana insistió en que Gael y Romina los acompañaran, y pidió ayuda a Alma para poder lograrlo. Al final lo hicieron gracias al poder de convencimiento de su hija, que fue la que los hizo salir de su «madriguera del amor», como su hermana había ya bautizado a la cabaña, al llamarlos e insistirles para que los acompañaran.

Al principio se negaron, especialmente su primo, quien ahora, de camino a la feria y conduciendo Ignacio el todoterreno que escogieron por su amplitud, de vez en cuando lo observaba, viéndolo este por el espejo retrovisor y descubriendo detrás de su mirada una expresión de arrepentimiento y silenciosa disculpa, debida a la discusión que tuvieron el día anterior. Pero ya tendrían tiempo de hablarlo más adelante, ambos siempre creían que a pesar de cualquier circunstancia o desacuerdo, su hermandad era lo más importante.

La camioneta Silverado de su abuelo era bien amplia, y por eso se decantó por ella. En el asiento trasero iba Romina, Gael y su hija, esta última sobre el regazo de Adara, que también los acompañaba.

Cada cierto tiempo, Ignacio levantó la vista al espejo retrovisor y las vio jugando a las palmas, siéndole inevitable sonreír. Ambas no dejaban de hablar, entre risas, mientras Ginger, mote del cual ya le sería imposible librarse, le besaba con dulzura la frente a la pequeña, provocando con ese gesto que a él se le contrajera el pecho en un fuerte y emotivo nudo.

—¿Le avisaste a los abuelos de que vendríamos a la feria? —preguntó Viviana a su lado, mientras tecleaba en el móvil.

—La verdad, no lo hice. ¿Y tú? —respondió Ignacio.

—Yo se lo dije a Angelina y a Ana, ya que estaban todos reunidos en el despacho del abuelo con una visita que había llegado de Houston, según le entendí a ellas.

—¿Supiste de quiénes se trataban? —intervino Gael desde el sillón trasero, dejando un beso en la frente de Romina que, abrazada a él, se recostaba sobre su hombro, adormilada.

—Pues... no, y no quise molestar al suponer que era algún tema importante de la empresa; además, me parece que nuestros padres estaban también con ellos.

—Si hubiera sido algún asunto de la empresa, imagino que me habrían avisado —supuso Gael.

—O quizás no quisieron molestar tu luna de miel, primito —dijo en voz muy baja Viviana, intentando que solo él la escuchara. Pícara, ladeando un poco el torso y sonriendo al mirar a Romina dormida y recostada sobre él.

Gael también sonrió, feliz, pletórico de dicha infinita y dejando otro beso en la frente de su libélula, que se removió en sus brazos, haciendo que la arropara más entre ellos.

—¿Los tíos también? —indagó Ignacio, dirigiendo por un breve segundo la mirada a su hermana de nuevo y retomando el tema.

—Sí, estaban todos encerrados en el despacho, incluyendo tus padres, Gael —confirmó Viviana.

De pronto, en los tres se instaló la duda acerca de la actitud tan extraña ante esa supuesta junta a puerta cerrada, algo en lo que no se había detenido a analizar Viviana, que fue quien lo supo antes de salir. Lo cierto era que solo estaban concentrados en irse un rato a divertirse juntos. Ignacio volvió a

buscar con la mirada a Adara y a su hija, ambas compartían el audífono y veían algo en la tableta de la niña, muy entretenidas y ajenas a lo que ellos hablaban. Algo que agradeció en silencio.

Lo mismo a él que a su primo, y a su hermana, le preocupaba ahora esa extraña reunión en el despacho de Román, y llegó hasta ellos de golpe el recuerdo de la tensa situación que los rodeaba y de la que ya tenían conocimiento por boca de su abuelo.

Ignacio volvió a auxiliarse del espejo para mirar a su primo y lo vio asentir. Dirigió su vista entonces al lateral izquierdo, y detrás de ellos observó al auto con los dos oficiales de seguridad que su abuelo había insistido en que no los dejaran de seguir a todos lados, a pesar de estar a cientos de millas de distancia de Houston.

Miró a su hermana, que ya comenzaba a tener una expresión preocupada al caer en la cuenta de lo que podría estar sucediendo en esa reunión de la familia que dejaron atrás. Un escalofrío, de pronto, la recorrió, pero al mirar a Ignacio, este, con un leve movimiento de la cabeza, negando, le quiso decir que no había de qué preocuparse.

Era obvio que ninguno de los tres haría alusión al tema delante de Adara, Romina y Alma. Consideraban que hablarles de ello era completamente innecesario y solo terminarían asustándolas. Finalmente, se sentían protegidos con los dos oficiales siguiéndolos a corta distancia.

—¿Ustedes podrían llamar al abuelo al llegar a la feria, para saber detalles acerca de esa reunión? —pidió Gael—. Ya saben que estoy sin móvil, espero que cuando regresemos la compañía telefónica haya enviado el que solicité a la casa.

—Yo lo haré, no te preocupes —aseguró Ignacio—. ¡Miren, ya llegamos! —Cambió de tema, al ver que a pocos metros delante de ellos aparecía el anuncio de la feria a un lado de la carretera.

—Entonces, Román, ¿ustedes nunca los conocieron?

Todos llevaban más de tres horas reunidos con los agentes del FBI y Emerson en el despacho de la hacienda. Después del impacto emocional que les causara la carta de Nora Sandoval a Román y a su esposa, y de Emerson darle detalles más precisos de cómo se estaba encaminando la investigación, el patriarca Alcázar pidió que se llamara a sus dos hijos, quienes llegaron

acompañados de sus respectivas esposas, ya que consideró que era de vital importancia que esa información, al menos ellos seis y solo por el momento, debían conocerla de inmediato en caso de necesitar medidas extremas.

Emerson le hacía la pregunta después de girar ante todos ellos su portátil con la imagen de un joven de poco menos de veinte años al lado de una elegante mujer de cabello rubio.

—No... —suspiró Román luego de pasar más de un minuto observando aquella fotografía en la pantalla. Estaba impresionado y a la vez reclamándose el no haber sido más precavido—. Solo nos habló de ellos, y alguna vez, creo recordar, nos mostró una foto; pero su hijo era un bebé. ¡Dios! ¡¿Cómo imaginar esto?! ¡He sido un verdadero estúpido! —se dijo Román, dando varios pasos en el mismo lugar y con las manos cruzadas tras la nuca.

—¡No, padre! ¡Ellos han sido unos cabrones! —contestó Rolando a su lado, viendo también la imagen.

—El punto es que el verdadero nombre de este joven... —señaló la pantalla—, y quien dicen que ha sido parte del círculo de amigos de sus chicos, es Angello Marlon —aseguró Emerson de pie, inclinado sobre el escritorio y con las manos apoyadas sobre este—. Es el hijo de Donato y Susan Montes de Oca, una mujer perteneciente a una aristocrática familia judía de larga historia en Ibiza, y con quien contrajo matrimonio en la década de los noventa cuando ya el chico había nacido.

»Fue un matrimonio muy comentado y mal augurado dentro del círculo social en el que se movía esta pudiente familia —prosiguió, sentándose nuevamente en el sillón a su espalda—. Y a pesar de la negativa de esta, especialmente del padre de Susan y de rodearlos una gran polémica, aparentemente, se piensa que sí estaban enamorados en esa época. Eran como la princesa enamorada de un plebeyo donnadie.

—¿Qué fue de esta mujer? ¿Sigue viviendo en Ibiza? —preguntó Octavio Alcázar, sentado al lado de su madre, de su esposa y de su cuñada, quiénes en silencio seguían toda la conversación muy atentas.

—Se suicidó poco después de la entrada de Donato en la cárcel, aquí en América. Dicen que este había empeñado muchas de sus propiedades con la mafia, y al ellos saberlo prisionero en Estados Unidos comenzaron a coaccionar a su esposa, amenazando con matar al único hijo de ambos, o sea, al que ustedes conocen como Marlon, a secas.

»Ahí es cuando ella decide entregarles todo, perdiendo de esta manera el

patrimonio familiar de sus padres que heredó. Quedó destruida, no solo por perder su dinero, sino por ser la comidilla en la isla, y fuera de ella. Esto la llevó a una profunda depresión y, por ende, a la muerte.

—¡Dios mío...! —se escuchó susurrar a Elena, para luego todos quedar en un total silencio por algunos minutos, solamente interrumpido este por el sonido de las teclas de los portátiles que los dos agentes usaban sobre otra mesa, a un lado de la oficina.

—¿No te ha llegado la otra información? —indagó Román, al que todos veían cada vez más inquieto por cada descubrimiento que salía a la luz.

—En cualquier momento nos llegará todo acerca de quién es en realidad esa Débora que ha estado colaborándoles en la empresa, así como cuánta verdad o mentira esconde la carta de la mujer de Guillermo.

—¡Es que aún no puedo creer que nos hayan estado vigilando como presas dentro de un cerco todo este tiempo! ¡Maldita sea! —espetó sobrepasado por la tensión Román.

—Por favor, cálmate, cariño, es hora de mantenerse ecuánime —le pidió su esposa detrás de él.

—Elena tiene razón, Román. Muy pronto espero tener noticias más concretas —acotó Emerson—. Ya tenemos a dos cómplices de la fuga de Donato. Uno era parte de los prisioneros, al cual lograron agarrar ese mismo día, y está dispuesto a cooperar diciendo todo lo que escuchó durante el asalto a la furgoneta, lo apodan el Cobalto. Y el otro es un pobre diablo al que le dicen León. Este último, cuenta con un largo historial delictivo y lo arrestaron mientras gastaba grandes sumas de dinero en un burdel clandestino situado por la misma zona en la que ocurrió la fuga.

»Además se cree que sea el dueño de la camioneta que utilizaron, ya que se encontraron varias placas falsas de autos en su domicilio, así como huellas de que ahí alojaron a alguien herido. Este último detalle coincide con la declaración que dio ayer el tal Cobalto. El individuo dijo que uno de los guardias había herido a Donato, o el Cacique, como en su caso lo conoce y se refirió a él, antes de que este huyera.

Todos estuvieron pendientes de cada detalle que les iba informando Emerson.

—¡Necesitamos tener más información! —dijo Román acercándosele, visiblemente ansioso, exhalando el aire para calmarse—. Es mi familia la que puede estar en peligro y, ¡entiéndeme!, yo si sé de lo que puede ser capaz ese

cabrón.

—Por supuesto que te comprendo, Román, pero lo fundamental ahora, después de enterarnos de la complicidad de Guillermo y por lo cual ya no estamos seguros del anonimato de esta propiedad, es saber si ellos han llegado a la conclusión de que están aquí y no en Florida como esperábamos que supusieran. Por eso, mi equipo y yo hemos venido.

—¡Pero me dijiste hace unas horas que esos malnacidos hablaban de un secuestro en mi familia, según dijo el cómplice detenido! ¡¿Cómo crees que puedo estar tranquilo con ello?! —gritó Román. En él se cruzaban las imágenes de ese aciago día en el yate y comenzaba a sentirse rebasado por la incertidumbre del momento.

—Papá, debes calmarte, Emerson y su equipo tienen el control de la situación, debemos confiar —intervino Rolando, parándose a su lado y palmeándole el hombro.

—Lo siento, Emerson, esta situación comienza a hacerme perder los estribos —se disculpó Román, frotándose la frente.

—Lo entiendo, no tienes que disculparte. Nosotros también estamos deseando atrapar a esos desgraciados, solo te pido que confíes e intentes mantener la calma. Créeme que será prácticamente imposible que se salgan con la suya con el despliegue investigativo y de operación policial que hay detrás de ellos —respondió el oficial de seguridad, y lo vio asentir.

—¿Alguien sabe de los muchachos? —Se dio la vuelta Román a las mujeres, queriendo saber de sus nietos y de las dos chicas que estaban de visita junto a ellos.

—Hace algunas horas supe que Gael y Romina continuaban en la cabaña, y que mis hijos, junto a Adara, conversaban en la terraza mientras Alma jugaba —respondió Octavio.

—¿Cuándo fue eso? —indagó de nuevo Román.

—Después del almuerzo, cariño —le respondió Elena esta vez.

—Bien... —suspiró Román—. ¿Alguien podría ordenar café? O no sé... lo que sea que ustedes gusten —pidió y se giró a Emerson y los oficiales, que no dejaban de estar atentos a los ordenadores.

—Café y agua estará bien, gracias —agradeció Emerson.

—Yo me encargo, también pediré algunos refrigerios —se incorporó Adela, amable.

—Te acompaño. —La imitó Nancy, también levantándose del asiento,

quien cuando vio a su suegra haciendo el intento de ir con ellas, le puso la mano en el hombro diciéndole en voz baja que no era necesario.

—Gracias, hijas, tendremos una tarde y una noche un poco larga por delante. También localicen dónde andan los muchachos, creo que en cuanto Emerson reciba la información que estamos esperando, debemos llamarlos para informarles. Especialmente acerca de todo esto que hemos descubierto de Marlon y Débora —expresó Román antes de que sus nueras abandonaran la oficina.

—¡Mira, papi, mira!

Alma llamaba feliz, pidiendo la atención de su padre, desde el elefante azul que volaba sobre una plataforma con grandes orejas extendidas al viento, imitando al personaje *Dumbo* del clásico cuento infantil. Seis eran en total, y la niña iba en el asiento delantero de uno de ellos, con capacidad para dos chicos cada uno.

Del otro lado de la valla que rodeaba la atracción, su padre, junto a Adara, Gael, Romina y Viviana la incitaban a que levantara los bracitos mientras daba vueltas en el aire aquel simpático muñeco.

—¡Es muy hermosa cuando sonríe feliz! —murmuró Adara al lado de Ignacio, ambos con las manos sujetas en la parte superior de la valla de metal sin quitar los ojos de la pequeña.

Él la observó unos segundos y le conmovió la tierna mirada con la que miraba a su hija. No lo pudo evitar y posó una mano sobre la suya, apretándola, posesivo e impidiéndole alejarla cuando ella, sin mirarlo, intento liberarse de su agarre.

—Nos quedan muchas cosas por hablar —dijo él en voz baja, inclinándose un poco a ella.

—No lo creo, lo sucedido en la mañana fue un error —respondió Adara, sintiéndole hervir la sangre por la presión que él le hacía en la mano.

—Pues yo estoy seguro de lo contrario, querida Ginger —afirmó Ignacio, esta vez dirigiendo la mirada a su rostro, al mismo tiempo que ella hacía lo mismo con él. Ambos parecían quererse atravesar con la fuerza de sus pupilas.

—Ya la diablilla se va a bajar de su mágico elefante, primo —interrumpió el momento Gael, que, de la mano de Romina y besándola todo el tiempo, parecía otra persona a la que ahora le brillaban los ojos con una intensidad

difícil de explicar.

Ignacio se separó de Adara no sin antes apretar un poco más la mano de esta, sonriendo satisfecho al sentir el temblor de los dedos de ella bajo la suya.

—¡Fue increíble, grandioso! —Llegaba Alma hasta ellos toda emocionada—. ¿Podemos volver a los caballos ahora, papi? ¡Por fissss! —suplicó con las dos manitas unidas mientras su tía, Adara y Romina reían al verla tener embobados a Ignacio y a Gael por igual.

—Cariño, ya has pasado por todas las atracciones, y en dos ocasiones en más de una, debemos regresar —le explicó con ternura Ignacio.

—¡Papi! —protestó Alma con los brazos cruzados a la altura del pecho.

—Mi hormiga, yo... —intentó persuadirla Gael, pero Alma le abrió los ojos muy grande cuando lo escuchó llamarla así.

—¿Qué hablamos Gaelito?!

Todos se echaron a reír al verla ofendida y con las manos en la cintura.

—¡Perdón, señorita Alcázar, perdón! Así fue el acuerdo, ¿verdad? Tengo que llamarla *señorita Alcázar* —se disculpó Gael con las manos en alto mientras Romina, a su lado, no pudo dejar de besarlo en la mejilla, enternecida por ver aquella relación entre él y la niña.

Y sin poder evitarlo, un sordo sentimiento de culpa la embargó al saber que muy difícilmente ella podría concederle la bendición de ser padre.

—Sí, Gaelito, soy chica grande —respondió, con una pose altanera que volvió a hacerlos carcajearse a todos.

—Entonces, ¿yo también puedo pedirte que no me llames «Gaelito»? ¿Verdad que sí? —le preguntó Gael achicando los ojos frente a ella.

—¡Pues no! ¡Gaelito! ¡Ah! ¡Y tú y Romi me tienen que contar la historia de princesa de cuando se hicieron novios y felices por siempre! —reclamó, como toda una mujercita en miniatura, dando la espalda para ir a tomar la mano de Adara y haciéndolos reír, provocando que Gael y Romina se miraran emocionados por la dulzura de su inocente exigencia.

—¡Ay! ¡Qué carácter! —comentó Viviana risueña.

—Parece ser que lo heredó del padre...

Adara murmuró su comentario en voz baja, pero no pudo evitar que Ignacio la oyera, caminando detrás de ella y de su hija, al lado de los demás. No le contestó, como ella esperaba, solo se sonrió de lado y metió las manos en los bolsillos del vaquero, pensativo, con la picardía bailándole en los ojos y la

malicia haciendo gala de la expresión que hizo con el labio fruncido.

—Vamos de una vez hasta donde dejamos la camioneta, me duelen los pies —pidió Viviana adelantándose unos pasos para ubicarse al lado de Adara y tomando la mano libre de su sobrina, mientras que se les unía para entonar la estrofa de la canción infantil favorita de Alma: *Beauty Spring*.

Detrás de ellas, Gael, con Romina de la mano, e Ignacio, a su lado, le preguntó a este:

—¿Llamaste al abuelo?

—No me contestó al móvil, ni mis padres, así que llamé a Angelina, me dijo que seguían reunidos y que tu madre y la mía les habían ordenado preparar una merienda y llevarla al despacho. Creo que es más que nada una visita social de la que no nos enteramos nosotros. Si algo estuviera sucediendo, nos habría avisado el abuelo, ¿no crees? —concluyó Ignacio.

—Quizás tengas razón —respondió Gael, pero poco convencido.

—¿Sucede algo? Los escucho preocupados —preguntó Romina, un poco intrigada por la conversación que mantenían.

—No, preciosa, todo está bien —le respondió Gael llevándose a los labios las manos entrelazadas de ambos y besando la de ella—. ¡Cuidado! Hay un escalón...

Por instinto, él la sostuvo por la cintura al ver algunos peldaños en la acera por la que caminaban, apenas a dos pasos de ellos. De inmediato, se dio cuenta qué provocó su impulso, mucho más al verla a ella mirarlo con la vista brillante por las emotivas lágrimas que se asomaban a sus ojos al comprender la razón de aquella reacción.

—Tienen luz, amor. ¡Y vida también! Esto último gracias a poder verte... —le dijo Romina encerrando su rostro entre las manos y sintiendo correrle una solitaria lágrima por la mejilla.

Gael la besó, allí, en medio de aquel lugar rodeado de árboles. Deseando con todas sus fuerzas que la soledad volviera a envolverlos en otro espacio donde solo existieran ellos. Era un beso que significaba adoración, dicha y la bendición infinita por tenerla a su lado.

—¡Tórtolos! Lamento interrumpirlos, pero tengo un dinosaurio mordiendo mis pies —intervino Viviana rompiéndoles el momento. Gael y Romina se separaron y, sin mirar hacia ella, unieron sus frentes y se echaron a reír.

—¿En serio tienes un dinosaurio en los pies, tía Viviana? —preguntó Alma en su inocencia, impresionada, con los ojos muy abiertos.

—Sí, mi cielo, uno bien ingrato, muy costoso y que se llama Jimmy Choo. En el futuro, huye de él.

La niña frunció el entrecejo. ¡Nunca había escuchado nombrar a ese dinosaurio!

—¡Solo a ti se te ocurre venir a una feria con esos zapatos, hermanita! —le dijo Ignacio, apuntando las coloridas sandalias de tacón cuadrado que calzaba.

—¿Perdón?! ¡Sabes de huesos, pero nada de moda, doctor Alcázar! —rebatió Viviana.

—¡Amén por eso, *mochita*!

—¡Cállate, Nacho! ¡Odio que me llames así! —Lo vio echarse a reír, y aquella carcajada agitó el corazón de Adara.

—¿Cómo te llamó, tía?

—Shss... —calló a la niña con un gesto del dedo en los labios—. ¡¿Ves lo que haces?! —le reclamó luego a su hermano, que seguía riendo y siendo analizado por una pelirroja que nunca lo había visto tan desinhibido.

Viviana se adelantó a todos después de que su hermano la llamara como cuando eran pequeños, por ser una niña gordita y de cachetes redondos como las empanadas llamadas de la misma forma, según él.

Todos, riendo, la siguieron. Gael con su libélula de la mano, y Adara llevando de la suya a Alma, y sin que una mirada profunda dejara de seguir cada uno de sus gestos.

—¿Hermanos?! ¡¿Son hermanos?! —

Junto a Emerson y los dos oficiales, Román se llevaba las manos a la nuca, con sus hijos al lado y viendo toda la información que le era enviada por su agente de seguridad, incluyendo fotos que terminaron por dejarlos a todos sin palabras.

—Para ser exactos: son medio hermanos —rectificó Emerson, moviendo el cursor y abriendo varios archivos que le habían hecho llegar de la oficina central para la que trabajaba—. Maciel Guerrero, alias la *Piola*. Tiene veinticinco años y es hija de Aurora Guerrero, una prostituta de Detroit que trabajó toda su vida atendiendo un burdel clandestino. Suponemos que Donato fue el dueño de ese lugar mucho tiempo, durante el cual mantuvo una relación con esta mujer, la embarazó y luego se negó a reconocer a la criatura.

»Según la investigación, ella intentó durante años que le diera el apellido a

la niña, pero no pudo lograrlo, y él se las valió para que se dudara de su palabra. Al tratarse ella una mujer de vida fácil y sin recursos para pagar un abogado familiar, le fue muy difícil probarlo. Por fin terminó registrándola como hija de madre soltera, y criándola en el burdel. La tal Aurora apareció muerta cuando su Maciel, o Débora, tenía diez años, a pocos metros de donde vivían. Las autoridades manejaron el caso como un crimen pasional, y después de tres años de investigación lo cerraron por falta de pruebas concluyentes.

»La niña quedó en manos de los servicios sociales durante siete años. Dos meses antes de cumplir la mayoría de edad huyó de la casa Foster en la que vivía, volviendo al burdel junto a dos amigas de su difunta madre; hasta que, hace unos cinco años, un hombre, este de aquí y que se hace llamar Bronco, pero en realidad es Damián, el hermano mayor de Donato, la buscó y se la llevó de ese lugar. —Señaló Emerson otra foto en la pantalla.

—¡Por supuesto! ¡Sé quién es! Míralo bien, hijo —le dijo Román a Octavio—. Él fue uno de los dos hombres que nos acompañó a Cuba a por Rolando, Adela y Gael.

—¡Tienes razón, padre! ¡Es el mismo!

—¡Por el amor de Dios! ¡Es un maldito que nos manipuló todo el tiempo! Además... ¡Permitió hasta que su propia hija creciera en un lugar como ese siendo apenas una niña! —expresó Román con una vorágine de emociones golpeándolo al saber toda la información que Emerson les mostraba en la pantalla del portátil.

—El objetivo siempre fue poder utilizar la fortuna de los Robinson al hacer pasar por la hija de ellos a la suya. Solo por eso Donato la sacó del burdel. Pero al no poder conseguirlo, debido a la cláusula testamentaria del matrimonio exigiendo que la chica debería vivir tan solo de un pago del fideicomiso mensual, la utilizó junto a su hermano. Primero, introduciendo en el círculo social de amigos de Gael, Ignacio y Viviana a Marlon, y luego a ella en la empresa, haciéndola pasar por Débora Robinson, manipulándolos esta con la supuesta necesidad de sentirse útil al poder trabajar y así luchar contra la depresión que padecía.

»Su único propósito fue mantener a su padre informado de los movimientos de Alcázar Enterprise, además de entregarle mensualmente el dinero del fideicomiso que ella recibía del banco donde los Robinson dejaron sus cuentas a beneficio de su única hija adoptiva.

—Dinero que, aparentemente, le ha permitido a Donato acumular lo

necesario para su fuga y, obvio, pagar a esos elementos del bajo mundo que hoy lo están ayudando —concluyó Rolando.

—¡Bingo! —expresó Emerson dándole la razón.

—Es indudable que han estado trabajando juntos, miren... —Mostró en la pantalla uno de los oficiales las fotos de todos los micrófonos que se habían encontrado en las oficinas de cada uno de ellos en la empresa, después de que se autorizara una revisión completa de la misma, con el temor de que el plan que estuvieran tramando fuese algún tipo de atentado contra uno o varios miembros de la familia—. A raíz de conocer la complicidad de Guillermo, la agencia revisó minuciosamente el edificio, todos estos fueron encontrados en cada uno de sus despachos, excepto la sala de reuniones.

—Entonces no han podido monitorear nuestras conversaciones —dedujo Octavio.

—¡Exactamente!

En ese momento, el teléfono de Emerson timbró y este, tras disculparse, se alejó de ellos para contestar.

Román lo siguió con la mirada y analizó cada expresión en el rostro del agente, y según pasaban los minutos, se convencía más de que algo importante le estaba siendo comunicado.

Emerson se acercó finalmente a ellos al colgar la llamada.

—¡Los tenemos, ya sabemos que están aquí y dónde! ¡El tal León acaba de soltarlo todo! Fue él precisamente quien los ayudó a trasladarse de Houston hasta aquí y los puso en contacto con los individuos que ahora los están ayudando.

—¡Malnacidos! ¡Todas las lacras del país se conocen! —dijo Rolando.

—Así es, pero las autoridades del estado y del condado de Pasadena ya están recibiendo instrucciones en este momento, y me han orientado que me reúna de inmediato con el capitán que estará al frente de la policía —explicó.

—¡Perfecto! Cuenta con nosotros para lo que haga falta —se ofreció Román, y sus hijos asintieron apoyando sus palabras—. Además, creo que...

—¡Román!

Fue interrumpido por Elena, que entraba de imprevisto en el despacho, luego ir a coordinar algunas cosas en la cocina.

—¿Qué sucede, cariño? —le preguntó, contrariado al verla tan ansiosa.

—Estamos preocupadas, los muchachos se han ido de paseo a la Feria del vino. Se llevaron la camioneta y, según Angelina, fue poco después del

mediodía. Incluso Gael y Romina vinieron de la cabaña y se cambiaron de ropa, y nosotros ni nos percatamos de eso. —Su esposa atropellaba las palabras, nerviosa—. Nancy ha llamado a Viviana y a Ignacio, pero ninguno contesta. Gael sabemos que no tiene en este momento el móvil, de hecho, acabo de ver sobre la mesa del salón que le ha llegado el que pidió a la compañía telefónica en sustitución del que se rompió, pero no tenemos el número de las chicas —explicó refiriéndose a Adara y Romina.

—Yo tengo el de Adara, madre. Fui yo quien se lo dio a Gael. Voy a por mi móvil a la habitación, allí lo dejé.

Octavio salió de inmediato y su hermano se apresuró detrás de él. Ambos, al ver a su madre tan alterada, y después de tantas horas conociendo detalles tan escabrosos de esos delincuentes, terminaron por inquietarse al saber que los muchachos no estaban en la casa.

—Quédate tranquila, mujer, verás que ya vienen de regreso —expresó Román, atrayéndola a él y abrazándola, mientras que por encima del hombro de ella le hacía una señal con la mirada a Emerson y este salía, apresurado y seguido por los dos oficiales bajo su mando.

La camioneta la habían tenido que dejar estacionada al final del aparcamiento, ocupando una de las hileras horizontales que colindaba con el último campo de uvas. Inconveniente que quiso evitar Ignacio al querer llegar más temprano a la feria, pero ya de nada servía lamentarse. Aunque su hermana era la que más había resentido la larga caminata gracias a su insensata idea de usar aquellos inadecuados zapatos.

Según se iban acercando, Ignacio se alarmó y palmeó, discreto, el hombro de Gael. Al sortear algunos autos que estaban antes de llegar al suyo, algo le resultó extraño. Los dos supuestos guardaespaldas que su abuelo había contratado, y que les llamó la atención no ver en ningún momento detrás de ellos en la feria, parecían estar descansando en su auto con las cabezas reclinadas hacia atrás. Habían llegado a pensar que eran tan buenos agentes que no se hicieron notar entre la multitud mientras estaban custodiándolos. «¡Perfil bajo!», así dijo Román que había sido el trato con ellos para que no incomodaran su privacidad, pero ahora algo estaba resultando mal según la intuición de Ignacio.

Los dos primos se miraron, Ignacio se adelantó varios pasos e hizo que su

hermana, su hija y Adara retrocedieran. Las tres lo observaron extrañadas; pero él, con el índice en los labios, les indicó que no hablaran, algo que las preocupó pero terminaron obedeciendo. Mientras, Gael pasaba a Romina a su espalda, maldiciendo no haber traído al menos el arma que sabía que su abuelo siempre guardaba en la hacienda para la protección personal de todos.

El lugar estaba en extremo solitario, solo eran unas decenas de autos lo que los rodeaban; y, al fondo, un extenso viñedo. Los ecos de las personas se escuchaban a lo lejos, todos cataban a voz en cuello del otro lado de la plantación, frente a la tarima que hacía de escenario, disfrutando del concierto de música country de uno de los cantantes más populares del momento. El ocaso de la tarde ya comenzaba a caer griseándolo todo, y una sensación de angustia los recorrió de diferente forma a cada uno de ellos.

Como salida de una escena de horror, Ignacio vio a los dos agentes de seguridad con una herida cruzándole el cuello a uno, y el segundo con otra más profunda tras la nuca, evidentemente fueron hechas con un arma blanca. Sus pies parecieron sembrarse en la tierra por algunos segundos y al darse la vuelta, y percibir un movimiento, les gritó... Pero ya no hubo tiempo:

—¡¡Suban a la camioneta!! ¡¡Ahora!!

Todo quedó en el intento.

De detrás de los autos salieron dos individuos armados que usaban pasamontañas, y procedentes de la frondosa vegetación otros tres más se les unían, los cinco apuntándolos. Uno de ellos agarró a Viviana, y el segundo intentó hacer lo mismo con Adara; pero esta fue más rápida y se alejó con Alma, cargándola mientras la pequeña gritaba y lloraba aterrada.

—¡Esto lo hacen fácil o trágico! ¡La niña se va con nosotros!

—¡Por encima de mi cadáver, imbécil!

Ignacio se tiró encima del que estaba más cerca de él, y al lograr sujetarle y levantarlo con fuerza el brazo hacia arriba, el arma se disparó, rompiendo el silencio del lugar. Un hecho a su favor, ya que esperaban que apareciera la gente al escuchar el impacto.

—¡¡Imbécil!! ¡Te dije que aquí no podíamos disparar! —gritó el que tenía agarrada a Viviana. Momento que la muchacha aprovechó para darle un codazo en el estómago y correr, bordeando el auto de los custodios asesinados, hasta llegar a Adara, que resguardaba a Alma con su cuerpo.

Gael no dejaba de proteger a Romina, impidiendo que llegaran hasta ella. La suerte lo acompañó al encontrar lo que parecía una vara de hierro, suelta

de las bardas que delimitaba el aparcamiento. Se hizo con ella, solo un poco más tranquilo ahora que sabía que los delincuentes eran conscientes de que no podían volver a disparar o la policía estaría en cuestión de minutos a su lado. Se tiró sobre el que tenía más próximo, recibiendo un golpe en el pecho que lo hizo trastabillar y gritar a Romina, espantada; pero se recompuso y se le lanzó de nuevo con una fuerza que ni él mismo creyó tener, pero solo podía pensar en sacar de allí a su libélula, sabía que su primo pondría a salvo a las demás.

Ignacio dejó a uno de ellos tirado en el suelo después de darle con una piedra en la cabeza y este soltar el arma, algo le decía que aquellos cabrones eran delincuentes de barrio, sin grandes experiencias delictivas. Su ridícula forma de luchar se lo daba a entrever.

Vio a uno de ellos ir a por Alma; sin embargo, en un movimiento rápido, Adara le vació el gas pimienta que siempre llevaba en su bandolera, especialmente por las veces que debía visitar las propiedades en oferta de esos lugares nada seguros a los que la mandaba su jefe. En ese momento agradeció más que nunca el traerlo al ver a aquel hijo de puta retorcerse, y a Ignacio mirarla con orgullo, para inmediatamente terminar de derrumbar a golpes al malnacido.

Otro disparo se escuchó, y todos se aterraron; pero al darse la vuelta, Ignacio vio que su primo, que se había hecho con una de las armas, acababa de dispararle en una rodilla a uno de los que lo habían atacado a él, pero se quedaba paralizado ante la imagen del último de ellos agarrando a Romina y pegándole un filoso cuchillo en el cuello.

—¡¡Dan un paso más y a esta belleza le vuelvo a abrir el pecho en dos!!
—amenazó aquella voz que, aunque distorsionada por el pasamontañas, les pareció en extremo conocida a los dos primos Alcazar.

Capítulo 33



Un vacío helado le recorrió el pecho mientras en su interior gritaba: ¡no, no, no! ¡Ella no, maldita sea!

Ver a aquel enmascarado agarrando a su libélula y pegando en su cuello el afilado cuchillo era más de lo que podía soportar.

—¿Quién eres?! ¡Creo reconocer tu voz!

Escuchó gritar detrás de él a Ignacio, pero su mente y toda su concentración estaban en el rostro de ella. A Romina le rodaban las lágrimas por la mejilla, y aunque notaba que parecía buscar mantener la calma, sus ojos le decían el terror que estaba padeciendo su libélula, y esto lo desgarraba por dentro de la desesperación.

¡Juraba que iba a matar a ese bastardo cuando pudiera ponerle las manos encima!

Gael estaba muriendo de angustia, no solo por aquel maldito y el daño que podría hacerle con un solo movimiento en falso de su parte, sino, además, por cómo aquella fuerte tensión podría afectarle a ella en su especial condición.

¡Estaba a punto de enloquecer!

¡Estaba aterrado!

—¿Qué es lo que quieren?! ¡Suéltenla y podremos negociar! —Volvió a escuchar decir a Ignacio, porque a él las cabronas palabras se le volvieron piedras en medio del pecho y solo podía mirar a los ojos de su libélula para intentar transmitirle un poco de sosiego.

—¡El negocio no lo trataremos con ustedes! —escupió con ira la frase el bastardo. Gael e Ignacio intentaban identificar aquella voz, pero ninguno podía dar con la persona detrás de ella—. ¡¿Ven esa furgoneta de ahí?! —Señaló a un lado, detrás de él, con un gesto de la cabeza, justo en la salida hacia el terraplén que conducía a la avenida—. ¡¡Me dirigiré con esta belleza hasta ella y ustedes ni pestañearán si no quieren que este precioso metal se entierre en su piel como bizcocho en una gelatina!! —dijo y comenzó a dar pasos hacia atrás, arrastrando a Romina con él y manteniéndola como escudo delante de su cuerpo.

—¡¡NOOOO!! —gritó Gael fuera de sí, intentando acercarse, pero siendo agarrado por Ignacio.

El delincuente hizo un movimiento con el arma en la mano al ver su impulso, terminando por rozar la fina piel de la parte baja del cuello de Romina y provocando con ello que un fino hilo de sangre corriera y manchara su blusa, haciendo pedazos el alma y la cordura de Gael al verlo.

—¡¡Ni un paso más o juro que la mato!! ¡¡Y a ellas también!! ¡Miren!

Al decir aquello, Gael e Ignacio se dieron la vuelta para ver donde había señalado el cabrón con un movimiento de los ojos, y entonces, la luz de un punto láser sobre el cuerpecito de Alma, que estaba en los brazos de Adara, aferrada a ella y con Viviana a su lado, los aterrorizó.

Ambos se habían hecho de las armas de los tres individuos que estaban tirados en el suelo, mayormente golpeados en la cabeza dos de ellos y el tercero golpeado y sangrándole la pierna. Gael buscó con la vista desde dónde apuntaban a la niña; hasta que vio la silueta del quinto asaltante en la furgoneta. Ya estaba oscureciendo, y él solo podía seguir el lento movimiento de aquel desgraciado retrocediendo con su libélula, de espaldas al vehículo, mientras notaba el pecho de ella subir y bajar constantemente, algo que lo estaba desesperando a límites inimaginables.

Tanto Ignacio como él apuntaban directo al mafioso, pero no podían dispararle desde sus posiciones sin el riesgo de herir a Romina.

Inesperadamente, unas voces se escucharon acercarse, y fue evidente que era la guardia de caminos que custodiaba la actividad, y a quienes el disparo

no terminó por pasarles desapercibido.

—¡¡AYUDA, AYUDA!! —gritó desesperada Viviana, y todo lo que siguió sucedió en cuestión de segundos.

El disparo que estaba siendo dirigido a las muchachas y a la niña, como un milagro, impactó en la carrocería de un auto cercano a ellas gracias a la rapidez con la que Adara reaccionó y se tiró al piso con Alma, protegiéndola debajo de su cuerpo, y el que Viviana hiciera lo mismo, a su lado, cubriéndose la cabeza con ambas manos.

Gael salió corriendo al ver como aquel maldito se llevaba a Romina casi cargada a la furgoneta mientras le gritaba a la persona que allí lo esperaba:

—¡¡ARRANCA. MALDITA SEA!! ¡¡ARRANCA!!

En un abrir y cerrar de ojos ya entraba en ella por la puerta lateral abierta y esta aceleraba, dejando una extensa polvareda atrás y llevándose en ella a la razón de su vida.

—¡¡ROMINA!!

Su grito estremeció hasta a las piedras del lugar y el pecho sentía que se le rajaba como si en él hubiese recibido un hachazo.

Reaccionó y salió corriendo como alma en penitencia en busca de la camioneta de ellos.

—¡¡Dame las llaves Ignacio!!

—¡Cálmese, joven! ¡Ya vienen en camino las autoridades!

La guardia del evento ya estaba allí, algunos de ellos esposando a dos de los individuos, que ya parecían estar recuperando la conciencia, mientras que otro, aparentemente, había intentado huir en un último intento arrastrándose con la pierna herida, y al que traía agarrado otro de los guardias desde el campo de uvas.

—¡Maldita sea, Ignacio! ¡Las llaves! —insistió Gael sin tomar siquiera en cuenta al oficial. Su primo no lo contradujo, por el contrario:

—¡Vámonos! ¡Yo voy contigo!

Gael no esperaba menos de él. Uno de los hombres de la guardia intentó persuadirlos, pero ya ambos estaban corriendo hacia la camioneta sin deshacerse de las armas que le quitaran a los delincuentes, y que no permitieron que advirtieran en su poder los oficiales.

Ignacio se detuvo un instante y se acercó a su hermana y a Adara, esta aún con su hija en brazos. Las abrazó a las tres, y le partió el corazón ver a su Alma sin poder hablar, producto al shock que le había producido todo lo

ocurrido.

—¡Gracias! —le dijo a Adara con la voz tomada y los ojos aguados. Ella tampoco pudo hablar, la tensión la superaba y solo la podía mantener tranquila el sentir los bracitos de la pequeña rodeándole el cuello y escondiendo su rostro bajo este. Todavía la sentía temblar entre sus brazos—. La policía vendrá a por ustedes, ellos se están comunicando con mi abuelo y el resto de la familia en este momento, pero no puedo dejar que Gael vaya solo —La vio asentir de nuevo, y dirigió sus ojos un breve segundo más a Viviana, quien prestaba declaración a la guardia.

Ignacio no dijo más, solo pegó fuerte los labios a los de Adara, sintiendo que aquella mujer acababa de meterse en su alma, y cayéndole de golpe todo lo que le provocó cuando la vio proteger a su hija con su propio cuerpo, como si ella fuera una... ¡verdadera madre! Le acarició la mejilla y no esperó más para reunirse con su primo en la camioneta, la cual salió quemando casi los neumáticos de aquel lugar.

La humedad del terreno les ayudó a seguir las huellas de la furgoneta hasta que estas terminaron por perderse en el pavimento al llegar a la avenida principal de la entrada de los viñedos, pero al menos supieron que los malditos habían girado a la izquierda al salir de allí.

Gael conducía como alma en pena, sin rumbo, mirando a todos lados y con el sudor bañándole la frente, junto a más de una lágrima que se asomaba a su ojos y que él terminaba limpiándose con rabia e impotencia.

Ignacio agradeció que su móvil tuviera señal, logrando así no solo poner sobre aviso a la familia, sino también permitirle saber que Adara, su hermana y su hija ya estaban a resguardo con ellos.

Su abuelo se escuchaba desesperado al teléfono y le pidió que le prestara atención, y así lo hizo.

Según Román le relataba los acontecimientos, Ignacio no podía dejar de tensar la mandíbula y apretar el puño de la mano libre. No dejaba de mirar a Gael, a la vez que tenía la conversación con su abuelo al teléfono. Necesitó explicarle que su primo conducía y que se negaba a hablar con nadie por el momento cuando Román pidió que se lo pasara o pusiera el manos libres del auto. Gael se negó hablar con nadie, enfatizándolo con un movimiento de cabeza; ido de toda realidad.

Su abuelo le dijo finalmente a Ignacio que él, junto al equipo de Emerson, su tío y su padre estaban dirigiéndose a la dirección donde ya sabían que se

escondía Donato y su grupo de delincuentes. También le aseguró que la policía los tenía rodeados y que acababan de comunicar que cerca de allí habían encontrado una furgoneta abandonada. Al Ignacio pedir detalles de la dirección, Román pretendió negarse a dársela, pidiéndole que los dejaran a ellos y a la policía hacerse cargo del secuestro de Romina. Ignacio cambió la opción de llamadas por la de mensajes, y le escribió recordándole lo que pensaba Gael acerca de los engaños y lo mucho que, como producto a ellos, había sufrido. Si no les daba la información, él, más que nadie, sabía que su primo jamás se lo perdonaría, menos tratándose una vez más de Romina.

Román leyó las palabras escritas por su nieto mayor y supo que tenía razón, así que decidió enviarle la ubicación exacta de la madriguera de esos desgraciados, pidiéndole en silencio a Dios que los protegiera a todos.

Ignacio recibió el wasap con el mapa de Google, que detallaba la ubicación exacta de la dirección a la que debían dirigirse. Y le llegó la hora más complicada: decírselo a Gael, quien, a su lado, parecía conducir a punto de colapsar.

—Gael... —Él lo miró unos segundos y volvió a prestar atención al camino. Al ver sus ojos, Ignacio supo el infierno que libraba una vez más en su vida, y se juró que no lo dejaría solo ni un minuto—. Tengo una dirección.

—¿De qué hablas?! —respondió por fin después de más de media hora sin decir nada y conducir sin rumbo fijo.

—Es una larga historia que acaba de contarme el abuelo, pero ahora lo único que debe importarnos es llegar hasta allí. Están seguros de que es donde han llevado a Romina —explicó Ignacio.

—¿Seguros?! ¿Quiénes están seguros?! —indagó aterrado, soltando una mano del volante y frotándose la frente. Las sienes parecían querer reventarse.

—Gael, hermano, tienes que ser más ecuánime que nunca. —Apoyó la mano en su hombro diciéndoselo—. El abuelo y nuestros padres van para allá junto a la policía, ya después sabremos con detalles todo. Ahora solo tenemos que dirigirnos a donde ellos...

Ignacio tecleó en su móvil y se puso a la tarea de pasar la información del lugar al sistema de navegación del auto. A los pocos segundos aparecían en la pantalla las coordenadas con un punto en rojo indicando que estaban a seis millas y media. Gael dio una ojeada a aquella flecha en el monitor del GPS y pegó el pie con fuerza en el acelerador mientras apretaba la mandíbula y se aferraba tenso al volante, producto al agujero de pánico que se abría cada vez

más en la boca de su estómago.

La habían bajado a empujones por la parte trasera de la camioneta, en un lugar que parecía abandonado, o al menos era la impresión que daba al tener tantos trastos y suciedad en un patio cercado por una alta valla de aluminio. Durante el trayecto, se dieron varias discusiones entre sus captores, dándole a entender que ella no fue de inicio el objetivo del secuestro, sino Alma. Se alegró profundamente, a pesar de sus circunstancias, de que los planes se le hubieran deshecho a esos desgraciados y que la niña estuviera a salvo.

No le fue difícil percatarse de que eran un hombre y una mujer los que la secuestraron, incluso debajo de los pasamontañas y de las ropas muy parecidas, en color negro, las facciones eran totalmente visibles, especialmente las de ella, quien le provocaba cierta repulsión y familiaridad a la vez. Él la mandaba callar todo el tiempo y le reclamaba el que se echara a perder la supuesta operación contra los Alcázar por culpa de una supuesta obsesión y de su terquedad.

Ahora, un cuarto de hora después de que la llevaran allí, estaba amarrada a una silla; pero antes fue la mujer quien la había dejado atada de una viga en el techo, prácticamente colgando de los brazos, luego de meterla en aquel cuarto lleno de desperdicios y objetos viejos. Irónicamente agradeció que su cómplice llegara, al menos en él existió un mínimo de humanidad y la desató, a pesar de las protestas de ella, para sentarla, atarla con los brazos en la espalda, las piernas a las patas del mueble y apretar más su mordaza.

No negaría que estaba aterrada, pero cuando sintió en alguna ocasión que el cuerpo se le contraía y los latidos del corazón comenzaron a agitarse de manera peligrosa, pensó en Gael y en el sufrimiento que le causaría que a ella le sucediera algo. ¡No! No permitiría de nuevo que su vida se despedazara por su culpa. Lucharía por evitarlo si de ella dependía.

Oró en silencio durante el camino hasta allí, y aún lo hacía, confiando en que podrían superar esta nueva prueba.

De pronto, del otro lado de la pared, parecía librarse la peor discusión, donde los gritos y ensordecedores ruidos parecían querer traspasarla:

—¡¡Sois una partida de ineptos!! ¡¡Ya los tenemos ahí afuera a los muy hijos de puta por culpa de ustedes!! —Sin importar el dolor de la pierna, el Cacique se arrastraba, apoyado en su bastón de un lado a otro del lugar.

La cuadrilla que le había recomendado el tal León había salido huyendo al escuchar a lo lejos las sirenas de la policía, como ratas que huyen del barco que se hunde. Solo quedaban junto a él Bronco y los dos imbéciles de sus hijos, que terminaron por joderlo todo al contratar a una partida de inútiles. El disparo de su pierna durante la fuga lo había terminado de echar a perder todo al no permitirle llevar a cabo la operación él mismo, y maldecía una y otra vez por ello.

—¡Bronco! —El hombre se giró a mirarlo desde donde observaba el despliegue de militares rodeando la casa—. ¡Ten cerca todas las armas que tenemos! ¡Si quieren guerra, la tendrán, y vamos a utilizar a esa insulsa que trajeron estos a ver qué sacamos canjeándola!

Débora se adelantó para enfrentarlo, devolver a Romina a Gael no entraba en sus planes, ¡la quería lejos de él!; pero Marlon la sujetó por el codo, deteniéndola, consciente de que su padre no dudaría en pegarle un tiro a su propia hija si osaba esta atravesarse en su camino bajo aquellas circunstancias que lo tenían como una fiera acorralada.

—¡Ustedes dos! ¡Háganse cada uno con una buena arma! ¡Ni se imaginen que solo estarán ahí mirando cómo tumbamos policías!! —espetó con furia.

Gael e Ignacio tuvieron que dar la vuelta por una especie de zona boscosa que rodeaba el lugar. Cuando llegaron a ella ya la policía tenía cerrada la calle a ambos lados, con vallas y miembros del SWAT bloqueando las vías de acceso.

—¿A dónde piensas que vas?!

Ignacio detuvo a su primo en cuanto dejaron la camioneta y lo vio hacerse de una gorra, que estaba tirada sobre la pizarra del vehículo, y guardarse el arma que traía de uno de los delincuentes en la cintura a la espalda.

Ya habían advertido cuál era la vivienda donde supuestamente estaba Romina secuestrada, los curiosos enseguida se aglomeraban en la zona, a pesar de las autoridades pedirles que se alejaran, y las especulaciones y comentarios de la mayoría, acerca del lugar, les dieron detalles que les revelaron, especialmente a Gael, la posibilidad de entrar por la parte trasera de la casa.

—¡Suéltame! —Se deshizo del agarre de su primo.

—¡Estás loco si piensas que te dejaré meterte ahí! ¡Vamos con la policía y

los nuestros, de seguro que tienen un plan y Romina...!

—¡No! —lo interrumpió—. ¡¡Demente estás tú si crees que esperaré detrás de una valla de esas sentado, mientras que la razón por la que respiro en esta jodida vida está allá dentro. ¡Dios sabrá en qué condiciones!! —respondió señalando hacia la casa de los delincuentes.

Ignacio no supo qué decirle, pensó por un instante en la posibilidad que hubo de que fuera su hija la que estuviera ahora en lugar de Romina, y era un hecho que él habría actuado de la misma forma que su primo.

—¡Entonces, vamos los dos! —contestó, y a Gael, a pesar del momento, le salió una imperceptible sonrisa de orgullo por contar con aquel hombre, que más que su primo era su hermano.

—No, tú mejor localiza al abuelo y a nuestros padres donde quiera que estén junto a la policía, seguro necesitare apoyo para sacar a Romina de ahí.

—Esto será una locura, Gael —murmuró Ignacio, pasándose las manos por el rostro.

—Mi locura y mi muerte absoluta sería perderla de nuevo, primo. ¡Te juro que no lo soportaría!

Los dos terminaron abrazándose, e Ignacio siguió a Gael con la vista hasta que lo perdió entre la gente, que cada vez era más en los alrededores. Luego se encaminó al centro de la calle, bordeando las vallas, y le mandó un mensaje a su abuelo.

Le fue difícil abrirse paso entre la maleza del fondo del caserío que pertenecía a aquella zona rural. Incluso una especie de canal proveniente de alguno de los lagos que abundaban en las cercanías pasaba por allí, obstaculizándole un poco el paso y volviéndolo más lento.

Cuando logró llegar a un lado de la barda metálica que rodeaba la vivienda, se tiró sobre la hierba, percatándose de que la policía estaba cubriendo también esa área. Si lo veían, antes de dar explicación alguna, le dispararían sin remedio.

Meditó por unos segundos en las opciones que tenía, hasta que vio que podía, quizás, romper una parte baja y muy oxidada de la cerca, y de esta forma abrirse paso por ella. Buscó en los alrededores y se hizo de una piedra con la mano libre, ya que no soltaría el arma que empuñaba por nada del mundo. Nunca le había disparado a alguien, aquel imbécil había sido el

primero en romperle de un disparo la rodilla, pero se juraba que no dudaría en partírle el alma a cualquiera que pretendiera interponerse en el camino para llegar hasta su libélula.

Le costó varios minutos de esfuerzo que el metal oxidado cediera, ya que no podía golpearlo o llamaría con el ruido la atención. No tuvo otra opción que utilizar la piedra solo para hacer presión sobre este hasta que, como una tostada, terminó deshaciéndose en pedazos.

Era probable que al pasar por la apertura correría el riesgo de herirse la piel al no ser lo suficientemente amplia, pero era lo que menos le importaba.

Sin pensarlo más, se deslizó a través de ella y, efectivamente, sintió la quemadura que le hizo el metal al rasgarle la camisa en el hombro, cortándolo, seguido a la frialdad de la sangre al rodar por el brazo.

No se detuvo siquiera a mirar la herida. En pocos pasos logró pegarse a la pared de la casa, empuñó con ambas manos el arma a la altura del pecho y caminó, bordeándola. Escuchó lo que las autoridades, por un altavoz, intentaban negociar con los delincuentes, pero su objetivo era dar con el lugar donde tenían a su libélula.

Al mirar a través del cristal superior de una puerta, a la que logró llegar deslizándose pegado a la pared, el alma se le vino abajo al verla atada en aquella silla, amordazada y con los labios secos por las casi tres horas que seguramente llevaba con aquella mordaza atravesándole la boca. La furia lo consumió en cuestión de minutos, se arrancó un pedazo de la camisa y envolvió el mango de la pistola, y con ella pudo, con un golpe seco, romper el cristal y pasar su brazo hasta el pomo interior de la puerta.

Romina ya comenzaba a sentirse mareada, pero al escuchar el ruido dirigió su mirada hacia donde este provenía, y al ver a Gael su corazón casi termina por abandonarle el cuerpo.

—¡Ya estoy contigo! ¡Estoy aquí, mi libélula, mi ángel!

Gael llegó hasta ella y lo primero que hizo fue empezar a desatarla sin dejar de besarle el rostro al retirarle la mordaza. Ella necesitó tomar aire antes de hablarle, se sentía la boca acalambrada y los labios tan doloridos que no sabía si podría ser capaz de decir algo.

—¿Te hicieron algo?! ¿Esos malnacidos te golpearon?! —preguntó con rabia y consciente de que no sabía de lo que sería capaz de hacer si la respuesta de ella era afirmativa.

—No... No, mi... amor... —respondió lento—. Solo me ataron.

Gael volvió a besarla.

De pronto, algunos disparos sueltos se escucharon, luego otros de lo que parecían ser armas de largo alcance.

—¡Tengo que sacarte de aquí, mi vida! Intenta apoyarte en mí y...

—¡Vaya, vaya, vaya! ¡Debo reconocer que siempre has superado mis expectativas, principito Alcázar!

Gael se dio la vuelta y el impacto que le causó ver a Marlon allí, apuntándolos con un arma y el pasamontañas subido, lo dejó sin palabras. ¡Era él! ¡Por eso la voz le pareció tan conocida y la amenaza acerca de abrirle el pecho a Romina una vez más comenzaba a tener sentido! ¡¿Pero cómo lo supo?! Miles de interrogantes comenzaban a abrumarlo junto a la impresión de descubrir que él estaba detrás de todo aquello.

—¿¿Marlon?!

—Sí, yo. Veo que te he sorprendido —le respondió mordaz.

—¿¿Por qué demonios estás haciendo todo esto?! —preguntó Gael ubicándose delante de Romina.

—Es una larga historia, la cual veo no te ha contado tu familia todavía, o quizás es que acaban de descubrirla. ¡Ya no interesa! No tenemos tiempo ahora y ustedes serán nuestro salvoconducto, después que el cabrón de nuestro padre nos quisiera traicionar al hacer tratos con la policía. ¡Merecido se tiene, junto a mi tío, haber terminado acribillado!

—¿Nuestro padre? No te entiendo... —indagó Gael, confundido, atrayendo a Romina a su lado y maldiciendo por no poder sacarla de una vez de allí al tener que dejar el arma para poder desatarla, y la cual miraba en el piso por el rabillo del ojo.

—¡Verdad! ¡Qué fallo el mío con no aclararte ese punto! —ironizó Marlon—. ¿Podrías venir, linda? —dijo mirando hacia el pasillo por donde había entrado, y cuando Gael vio aparecer a Débora, con una expresión desquiciada en el rostro y los brazos llenos de arañazos, creyó que estaba viviendo en una pesadilla.

Romina también la reconoció de su encuentro en la empresa, y, obviamente, llegó también a la conclusión de que ella era la mujer que junto a Marlon la trajera hasta allí horas antes.

—Te presento a mi hermanita, Gael —dijo cínico, jalándola hacia él y besándole la cabeza mientras ella solo miraba a Romina.

—¡¡Esto es... inaudito!! —dijo Gael, incrédulo.

—¡Eso lo analizarás luego! ¡Ahora salen afuera con nosotros! ¡Tenemos siete minutos para canjear nuestra libertad con esos hijos de puta! —gritó Marlon.

Las cosas se habían salido de control cuando su padre quiso jugarles sucio dejándolos encerrados en la habitación, e intentando hacer un trato con la policía sin tenerlos a ellos dos en cuenta. En ese momento cumplió la promesa que se hiciera durante años: llenarle de balas el cuerpo a Donato hasta verlo desangrarse. Sintió que su tío Bronco terminara igual, le tenía cierto cariño; pero eran él o Débora, y, al final, el cariño por aquella hermana desvalida y sola al, igual que él, pudo más.

—¡Ella sale con Débora, y tú conmigo, principito!

En un abrir y cerrar de ojos, Gael se tiró sobre él y le agarró el brazo que sostenía el arma y ambos rodaron por el mugriento suelo. Aprovechando la ocasión, Débora encañonó a Romina, impidiendo su intento de alcanzar el arma que Gael dejara tirada.

—¡Ven aquí, maldita resucitada! ¡Debiste quedarte muerta y no regresar nunca! —le gritó al oído al agarrarla con fuerza y pegarle el cañón de la pistola bajo las costillas.

Romina sufría viendo los golpes de Gael con aquel hombre, temiendo que terminara herido al no poder todavía arrebatarle el arma.

—¡¡Llévatela, Débora, llévatela!! —ordenó Marlon en medio de la pelea; palabras que incendiaron de ira a Gael, haciéndolo arreciar más su lucha al ver como a punta de pistola aquella mujer se alejaba hacia afuera con su libélula.

Al salir, la multitud comenzó a hacer exclamaciones al verla escudarse tras el cuerpo de Romina. Toda la policía apuntó sus armas a ella, y por algunos segundos el pulso le tembló.

La familia Alcázar, al verlas salir sin Gael, pensaron lo peor y sintieron que el alma se les congelaba de angustia, todos estaban allí: Román junto a Emerson y el grupo que lideraba la operación, y sus hijos con Ignacio, a un lado de ellos.

El estremecimiento fue general, pues dos minutos después y desde el interior, se escuchó un disparo, haciendo que Romina se llevara las manos a la boca y sintiera que las fuerzas de sus piernas la abandonaban; pero Débora presionó más contra su piel la boca del cañón del arma y exigió hablar con el jefe de la policía.

Justo en el momento de terminar de pedirlo, todo pasó como a cámara lenta...

—¡¡Débora!!

Gael salió por su derecha, golpeado, sangrándole la frente y también el hombro. Romina no se pudo contener, y de un fuerte empujón se soltó de su captora, corriendo hacia él al verlo.

Los ojos de Gael siguieron la trayectoria del brazo de Débora cuando este se levantó para dispararle por la espalda a su libélula, y para él todo se oscureció de pronto, quedando en el más aterrador silencio.

—¡¡Nooo!! —aulló hasta quedar sin aliento.

Y entonces, como la mayor demostración de amor de un padre, Rolando se interpuso en la trayectoria de aquella bala que amenazaba la única felicidad de su hijo... ¡Recibiéndola él!

Once disparos seguidos recibió el cuerpo de Débora de parte de la policía antes de caer al suelo sin vida.

Gael, junto a Romina a su lado, y después de aquel abrazo que fue posible gracias al acto de su progenitor, corrió hasta él, que yacía en el suelo rodeado de paramédicos que de inmediato comenzaron a auxiliarlo.

—¡¡Padre, papá!! —Cayó de rodillas ante su cuerpo un Gael aterrado y bañado en lágrimas.

—Perdóname..., hijo... Perdón... —balbuceaba sin fuerzas Rolando, rodeado de la familia y del equipo médico que estaba ya a su lado, intentando detener la hemorragia del lateral del pecho, mientras que su hijo le besaba la frente.

—¡No hables, por favor, no hables, papá! ¡Soy yo al que no le alcanzará la vida para pedirte perdón! ¡Te necesito, maldita sea, papá! ¡No se te ocurra dejarme ahora! ¡No ahora que tengo tanto tiempo que devolverte! —suplicaba Gael sin consuelo.

—Debemos llevárnoslo ya, antes de que tenga una nueva hemorragia, aún no sabemos qué daño ha ocasionado la bala —explicó uno de los paramédicos mientras otros dos lo pasaban a la camilla y un tercero sostenía la vía intravenosa que acababan de ponerle.

—Yo me voy en la ambulancia, hijo; tú encárgate de Romina —dijo Román, luego de abrazarlo y viéndolo superado por el momento. Todos estaban ahora con el alma en vilo por Rolando.

—Yo los sigo en el auto, padre —expresó Octavio con la voz tomada y

lágrimas en los ojos.

—Muy bien, padre; nosotros tres vamos a por la camioneta y también los alcanzamos allá. ¿Verdad, Gael? —propuso Ignacio.

Gael solo asintió, Romina lo abrazaba y lloraba sin consuelo mientras él solo quería resguardarla bajo su piel.

Finalmente, se encaminaron en busca del vehículo, estando ella más tranquila. Pero antes, todos se impresionaron al ver el cuerpo de Débora en medio de un charco de sangre y a los otros tres cadáveres siendo sacados de la casa por las autoridades. Gael se negaba a sentir lástima por ellos, y apartó de inmediato los recuerdos que le llegaban de sus tiempos de juventud compartiendo juntos, mientras que declaraba al oficial acerca de cómo murió Marlon, en medio del forcejeo, al dispararse el arma en el pecho en su afán de hacerse con ella.

La espera en el hospital fue angustiada hasta que, después de seis horas, los médicos salieron de la cirugía comunicándoles que su padre estaba fuera de peligro y que, milagrosamente, la bala no había afectado a ningún órgano vital.

En medio de la sala, su abuelo terminó por explicarle todo aquel macabro rompecabezas del pasado, haciéndole hervir la sangre cada vez más según escuchaba todos los detalles.

Gael esperó junto a Romina, que no quiso abandonarlo ni un segundo, hasta que pudo entrar a ver a su padre ya de madrugada, y después que en la enfermería le curaran el hombro y él y Romina terminaran aseándose un poco en el baño del hospital, cambiándose con la ropa que Adara les trajera.

En silencio, viéndolo conectado a todos aquellos aparatos, terminó por dejar caer aquella muralla de orgullo, dejándola hacerse pedazos y demostrando entre lágrimas el gran amor que sentía por su papá, a pesar de cualquier error, de cualquier diferencia. ¡Era su padre! El haber estado a punto de perderlo, y el que hubiera expuesto su vida a cambio de la de Romina, hizo la gran diferencia en la suya.

Estaban en su habitación de la hacienda. ¿Para qué guardar las formas? Todos sabían que ella era su mujer. Habían pasado siete días desde el

secuestro, y en cuanto le dieran el alta médica a Rolando la familia regresaría a Houston.

Esa tarde, por primera vez después de superar las emociones tan traumáticas que ese atentado contra ellos les dejara, habían hecho el amor hasta casi desfallecer, exigiéndose en aquella entrega con cada poro de sus cuerpos, como si en cierta manera se curaran de todo lo vivido.

Los Sanfield casi enloquecieron al saber lo ocurrido, y a pesar de que, con justa razón, reclamaron y no fue fácil hacerles entender por qué no se les dijo nada de lo que sucedía, cuando involucraba la seguridad de su hija, Gael se sentía satisfecho por haberles hablado con la verdad.

¡Nunca más permitiría el engaño en su vida por ningún motivo! Miró a Romina a su lado, viendo la luz de la tarde que entraba por la ventana caer sobre su hermoso cabello, y el corazón parecía quererle estallar a toda hora por aquella mujer, que era su vida eterna hecha realidad. Besó su pelo, y ella se removió entre sus brazos; pero no le fue suficiente y necesitó bajar su boca a la suya...

—Te amo...

La escuchó decir entre sueños con la cabeza sobre su pecho y su cuerpo desnudo bendiciendo al suyo bajo las sábanas.

—Y yo te adoro..., mi preciosa libélula... Eternamente te adoro.

Capítulo 34



Tiempo después...

—¡Por Dios! ¡No puedo creer esto, Ada!

Las dos se abrazaron en medio de aquel pasillo, sin importar las personas que pasaban de un lado a otro junto a ellas.

—Te dije que sería un milagro posible, amiga —le contestó emocionada mientras la veía leer el documento que tenía en las manos y echaban a andar hacia la salida.

—Que no lo hubiera sido así sin tu amor de hermana, tu fuerza, tu ánimo y tu sincera entrega para ayudarme a vencer mis miedos y mis dudas cuando más lo necesité. Sabes cuánto te quiero, ¿verdad? —le dijo Romina, con los ojos aguados y tomándole las manos.

—Tanto como yo a ti, hermana, tanto como yo a ti... —respondió ella conmovida, sintiendo la necesidad de abrazarla de nuevo al recordar aquel terrible día del secuestro, cuando creyó que la perdería.

Ese día, Adara se juró que no habría nada en el mundo que no hiciera por

la hermana que la vida le permitió elegir, y hoy estaba feliz, pletórica de alegría porque, finalmente, la felicidad de ella sería completa muy pronto.

El timbre del móvil de Romina las hizo separarse, y al ver ella de quién se trataba levantó la vista a Adara, que reía; pero acto seguido guardó el teléfono y no lo contestó.

—¡Lo vas a matar de ansiedad! —dijo Adara, carcajeándose al confirmar que era Gael el que, después de una decena de veces llamando desde que ellas llegaron a aquel lugar, lo hacía una vez más.

—No te preocupes, me encargaré de calmarlo ahora que vaya a su oficina.
—Vio a su amiga abriéndole exageradamente los ojos.

—¿Quién eres y qué hiciste con mi Romi?!

—¡El amor que es todo un embrujo! —dijo riendo—. Pero dime, ¿cómo van tú e Ignacio? —preguntó, y la expresión de ella la inquietó—. ¿Ada...? —insistió y la escuchó suspirar.

—A veces, todo está maravilloso y creo que la relación avanza, pero otras... no sé. Por ejemplo, anoche no fue a la discoteca en la que quedamos para presentarle a mis amigos —contó decepcionada.

—Pero te avisó, ¿no? —indagó Romina al verla tan decaída.

—Sí, me envió un mensaje diciéndome que se había complicado en el hospital con un paciente nuevo.

—Es médico, Ada. Nunca tienen un horario estable —acotó, palmeándole la mano para que se animara—. ¿Ya hablaste con él? Acordamos que lo harías esta semana.

—Lo sé. De hecho, voy a su casa ahora, dijimos de vernos esta tarde.

—¿Crees que reciba bien lo que le dirás, tu decisión? —preguntó Romina dejando ver cierta luz de preocupación aflorándole al rostro.

—Estoy completamente segura de que lo entenderá y me apoyará.

—Entonces ve, y recuerda: Ignacio y tú solo necesitan más tiempo juntos, ¡dialogando!, y no solo... ¡ya sabes! —La miró pícara, echándose a reír con ella.

—¿Ves!? ¡Lo repito! ¡¿Quién eres y qué hiciste con mi amiga?! —

Con la felicidad a flor de piel, ambas se despidieron y fueron a por sus autos, cada una con la misión de trazar su destino.

Copa de vino en mano, Ignacio caminaba de un lado a otro en la sala de su

apartamento de soltero, y entre sorbo y sorbo parecía pretender que todas las dudas, miedos y angustias que lo embargaban encontrarían sus porqués en aquella bebida.

Una y otra vez en su mente se visualizaba la imagen de la noche anterior, frente a la puerta de aquella discoteca, la primera que en muchos años visitara después de que la madurez le cayó dolorosa y de golpe. Cerraba los ojos y veía su cabello rojo mezclándose con el brillo del sudor de su rostro en aquella pista de baile, las risas, la bebida en alto, mientras sus caderas era toda una lujuriosa provocación, y los movimientos sensuales de su torso, que casi le provocan correr a ella y sacarla de allí en su hombro como un jodido neandertal.

El dolor, la angustia, el pánico a otro fracaso cuando comenzaba a involucrarse sentimentalmente, lo torturaron toda la noche y le hicieron tomar en la mañana esa decisión de la que, ahora, no sabía si arrepentirse o no.

El timbre de la puerta lo sacó de toda aquella vorágine de análisis, y al abrirla, su mayor vulnerabilidad se presentó frente a él en forma de una vikinga del siglo veintiuno, de cabello sangre y ojos brujos que con solo verla le provocaba aquella reacción, pecaminosa para muchos, en sus partes más íntimas.

—Hola, galán —saludó Adara y le dio un tenue beso en los labios, dejándole su aroma bailando en las fosas nasales como una droga.

—Me alegra que vinieras —contestó Ignacio al dejarla pasar y luego cerrar la puerta.

—Bueno, confieso que anoche tuve hasta el último momento la esperanza de que aparecieras; pero comprendo que ser médico no es una profesión sencilla.

Adara lo notó tenso, se detuvo frente a ella tomándose unos segundos antes de volver a levantar la vista a sus ojos.

—¿Sucede algo? —preguntó, sintiéndose un poco cohibida por su actitud. ¿Acaso era otro episodio de sus tantos variables estados de humor?

—Solo es que tengo que decirte algo importante —le dijo, analizando su reacción al mirarla y luchando con todas sus fuerzas, guardando las manos en los bolsillos del vaquero, contra los deseos que lo estaban quemando por dentro por cargarla, llevarla a la habitación y enterrarse en ella más profundo que la última vez.

—También tenemos que conversar acerca de algo muy especial —confesó

ella.

—Entonces, empieza tú —propuso Ignacio, comenzaba a sentir aquella ola de dudas atizándole el alma, aliándose a la voz que le susurraba, ladina, que era momento de enfrentarse a sus miedos.

—No, prefiero que seas tú primero el que diga lo que sea que necesite decir. No sé, te noto tenso y...

—Me iré a Canadá la próxima semana —soltó de pronto, viéndola tomar la noticia naturalmente.

—¿Por cuánto tiempo viajarás? ¿Es algún congreso igual al de Sídney de hace tres meses? —indagó, intentando romper aquella especie de frialdad que sentía estarse levantando entre ellos, y que comenzaba a provocarle ansiedad.

—Es indefinido, Adara, el contrato en el hospital de Toronto puede ser desde un año hasta... indefinidamente.

Ahí estaba el tiro de gracia haciendo en sus entrañas un agujero profundo y doloroso, por lo cual necesitó dos veces tragar en seco. Le dio la espalda e hizo la pregunta de cuya respuesta dependía si valdría la pena «dialogar», como le aconsejaba siempre su amiga.

—Nosotros... —Volvió a pasar el nudo de la garganta—. ¿Qué decidiremos referente a... nosotros? —preguntó sin girarse, algo que Ignacio agradeció en silencio, ya que no sabía si tendría el valor de decírselo mirándola a los ojos.

Antes de contestarle, se repitió una vez más que estaba haciendo lo correcto. Las diferencias entre ellos anunciaban un fracaso a largo o corto plazo, lo mejor era que fuese ahora, antes de que, especialmente su hija, siguiera involucrándose más emocionalmente.

—Siempre supimos que esta relación duraría según nuestros tiempos y...

—Y ya este caducó... —lo interrumpió Adara, aún de espaldas, cerrando los ojos y luchando con las lágrimas que la amenazaban—. Simplemente se acabó el tiempo de vida a esto... —se dio la vuelta a él, provocándole que un puño se le cerrara en el pecho al verle la mirada brillante por la humedad de sus ojos—, como quiera que se llame lo que tuvimos estos meses.

Adara remarcó la última frase, haciendo sentir a Ignacio como un miserable. Se alejó de él, y se volvió a hacer de su cartera, la cual dejara minutos antes en uno de los sillones.

—Adara... Ginger...

—Por favor, no vuelvas a llamarme así... —En el fondo de sus palabras

había un tono exigente, herido.

—No tiene por qué terminar de esta forma, Adara; además, también tienes algo que decirme, y podemos...

—No, Ignacio, no se termina algo que jamás empezó realmente —dijo visiblemente dolida—. Y no hay nada que tenga que decirte, ya no es necesario hacerlo, y mucho menos tiene ya que ver con los dos...

Adara tuvo la sensación de que aquel apartamento se achicaba y que en cualquier momento el techo la aplastaría. Se encaminó a la puerta, y con una mano el pomo, dijo:

—¿Podré... despedirme de Alma?

Solo faltaba un segundo para que las lágrimas rodaran por sus mejillas. Quería a aquella criatura con el todo el corazón y solo imaginar que era probable que no la volviera a ver... la estaba matando de dolor.

—Mi hija te ama... —Ignacio sentía desgarrársele algo en medio del pecho. Nunca imaginó que le iba a ser tan difícil tomar aquella decisión—. Podrán verse cuando quieran, Adara. El problema soy yo, que... estoy roto, que no necesito... No quiero que me amen y por eso te pedí que nunca involucráramos nuestros sentimientos, mucho menos llegáramos a enamorarnos.

El silencio se hizo entre ellos...

—¿No dirás nada? —preguntó Ignacio, abrumado, confundido.

—Sí... —respondió ella.

—Te escucho...

Adara se dio la vuelta lentamente, sin quitar la mano de la puerta. No dejó que una lágrima corriera por su rostro, estoicamente las reprimió todas, aunque por dentro moría.

—El miedo te paraliza, Ignacio. Y solo tú puedes luchar con tus fantasmas, nadie más... —Sus miradas se volvieron de hielo—. Y hoy, en este momento, te digo que los sentimientos no son un diagnóstico que se resuelve con una de tus prescripciones, doctor Alcázar. Por eso, te pediré algo... —Se giró y abrió la puerta, para decirle lo que difícilmente él olvidaría—. Cada día que nos encontremos de hoy en adelante, sin importar cuánto tiempo pase, prohíbeme amarte, Ignacio Alcázar.

Y el sonido de la puerta cerrándose tras ella fue un eco doloroso que no pudo escapar de un corazón herido.

Meses más tarde...

—Vamos, intentémoslo una vez más, Adara, respira, ¡respira! Con un pequeño esfuerzo más lo logramos.

—¡No puedo, no puedo!

Sentía que se estaba partiendo en dos por dentro y que en cualquier momento podría perder las fuerzas. Nueve horas de trabajo de parto habían liquidado todas sus energías, y la criatura parecía no tener mucho interés en conocer el mundo.

Romina estaba a su lado, pasando todo el tiempo una compresa fresca por su frente mientras veía al fondo a Gael, a punto de desmayarse y frotándose las manos caminando de un lugar a otro sin poder acercarse; aunque, bueno, cuando lo quiso hacer, ella, por pudor, le dijo que ni lo intentara.

—Ada... Dime que estás bien —preguntó Romina, que no se apartaba de su lado ni un segundo y las lágrimas se le veían rodar de sus ojos, angustiada por ella, y a pesar de ser una día tan especial y feliz, le había repetido varias veces que no podía verla sufrir tanto. Pero al final todo valía la pena por esa criaturita de Dios que estaba a punto de llegar al mundo.

—Estoy bien, solo necesito que me ayudes, y que esto lo hagamos juntas —pidió.

—Por supuesto, hermana, ¡siempre juntas!

Adara asintió con un gesto a la doctora y a las enfermeras que estaban delante de ella, tomó aire profundo, aferrándose a las manos de su amiga para pujar con toda el alma.

Por fin, después de algunos minutos, un llanto inundó la sala con la fuerza de quien viene al mundo a marcar o a sellar con su bendición una historia.

Romina rompió a llorar, besando a su amiga, y cuando levantó la mirada vio a Gael frente a ellas, paralizado, prendido de aquella criaturita rosada de cabello castaño, que aún era atendida por las enfermeras. Mientras Adara, desfallecida, recibía las mismas atenciones.

Romina se fue al lado de Gael, ambos rebasados por una felicidad que no había palabras que pudieran describirla. Se tomaron de las manos, sin perder detalle de todo lo que hacían las enfermeras con la criatura. Hasta el momento en el que la envolvieron como si fuera un pequeño capullito y se la trajeron hasta donde ellos estaban.

—¡Felicidades, papás! ¡Es una niña hermosa!

La manos de Gael temblaron al coger a su pequeña hija en brazos, y Romina acariciaba su cabello y descubría el mismo color de sus ojos en ella; ambos con el rostro bañado en un llanto emotivo que apenas los dejaba hablar sin que en el intento se escapara un sollozo, como los que, finalmente, no pudo reprimir él.

Gael, junto a su libélula, y ahora con su pequeña en brazos, se acercó a la cama de hospital desde donde una agotada y casi dormida Adara los miraba feliz, satisfecha y sonriente.

—No hay palabras... con las que hoy pueda agradecerte y demostrarte el sincero cariño de hermano que siento por ti, mi querida Adara. Te has convertido en esa hermana que la vida me negó. Por favor, no dejes nunca de verme de la misma manera.

—Gracias..., y créeme... que así te veo ya, Gael.

Las dos, ella y Romina, estaban emocionadas con las palabras de él.

—Cuando nos propusiste lo de la fertilización in vitro, y la posibilidad de gestar tú a nuestro bebé al ser un alto riesgo para Romina un embarazo, nos regalaste la bendición de cumplir este sueño; pero nunca imaginé que este momento me superaría y me embargaría de una felicidad que llega a ahogarme —confesó Gael, con el dedo pulgar de su mano agarrado por la manita de aquella flor de su vida, que acababa de ponerlo a sus pies para siempre.

—Llevar a esta princesa en mi vientre es lo más hermoso que he hecho, y mi premio es ver los rostros de ustedes ahora: ¡tan felices! Solo prométanme que jamás permitirán que el amor de esta criatura se les escape de sus manos. Que será una niña segura, feliz y muy decidida —pidió, superada por el momento y dejando ver en el fondo de sus palabras el dolor que cargaba.

Romina y Gael lo notaron y ambos bajaron la mirada después de hacerle aquella promesa, pero él no pudo evitar intervenir una vez más.

—Deberían hablar, Adara, y aclarar este malentendido; mi primo tiene que saber que...

—No, Gael, y te recuerdo que lo prometiste, ¡lo prometieron todos!

Y él volvió a sentirse atado de pies y manos. ¿Cómo negarle algo a Adara? Miró a su recién nacida en su regazo y ni siquiera era una opción, por mucho que quisiera a su primo.

Mientras, Adara recordaba aquel día en el que Ignacio, de forma imprevista regresara después de varios meses, supuestamente por ella, y al

abrirle la puerta de su apartamento y verla embarazada, los celos y la soberbia lo ganaran y terminara humillándola de la peor manera:

«—*¿Cuánto me pedirás tú?! ¡Por Alma fue medio millón! ¿En qué rango estará tu precio, Ginger?!*».

Adara cerró los ojos unos segundos, intentando olvidar aquellas palabras que tanto daño le hicieron. El último día que se vieron, ella fue decidida a contarle la decisión que había tomado para ayudar a Gael y Romina; pero tras él comunicarle la suya, consideró que no tenía caso. Por eso, ese día en que la ofendió no se arrepintió ni de la bofetada que le diera ni, mucho menos, de hacerle creer que el embarazo era de otro hombre. Su vida la tenía decidida, en un mes viajaría a Irlanda, su tierra natal, sin fecha de regreso.

Vio a Romina junto a Gael y a la bebé, y supo entonces que podía irse tranquila aunque le partiera el alma dejarlos, necesitaba poner tierra de por medio, a pesar de que Ignacio siguiera o no en Canadá.

—¿Por fin cuál será el nombre de mi ahijada? ¿Acaso ya me lo dirán?
—preguntó Adara casi dormida.

Gael y Romina se habían sentado en el sofá de la habitación, disfrutando y enamorados de su hija. Sabían que la familia llegaría en cualquier momento, incluyendo los padres de Adara, que habían participado en todo el proceso. Solo faltarían sus tíos, su primo y Alma, quienes sabían del nacimiento, pero no acerca de quién había sido la madre sustituta. Esta fue una condición de Adara sin opción a réplica que ellos tenían que respetar.

—*Lourdes...* —respondió Gael, y a Romina le corrieron las lágrimas, llevándose la mano al lado izquierdo del pecho—. *Bienvenida al mundo, mi hermosa Lourdes Alcázar Sanfield* —concluyó, emocionado, mirando a su pequeña y luego a su libélula, a quien besó con adoración, ambos entre lágrimas y haciendo de aquella imagen de los tres una postal inolvidable de su amor eterno.

Mientras, un rayo de luz, como designio del cielo, caprichoso, se escapó de un horizonte que a lo lejos celebraba la llegada del nuevo ser, llegando a través de los cristales de la ventana e iluminando el rostro de aquel pedacito de viva ternura, también de ojos zafiros.

—¿Tienen una idea de cuánto las ama este hombre, mis libélulas?
—preguntó Gael con el corazón queriendo salirse del pecho, uniendo su frente a la de Romina y con su ángel entre ellos.

—Si es tan solo la mitad de lo que nosotras te amamos, entonces ambas

tenemos una idea de cuán grande es... —respondió su eterna libélula.

Y la pequeña Lourdes mostró carácter al hacer su primera protesta en este mundo, con fuerza y sin soltar el dedo de su padre, al exigir con su llanto sentir también el calor del cuerpo de Romina, su madre...

Un epílogo y tres corazones...

Mientras el paisaje corría ágil a través de la ventanilla, removiéndole todas las emociones que por años se mantuvieron ocultas, calladas y pacientes esperando su gran momento, besó a su tesoro en la frente, lo que la hizo removerse en sus brazos y recoger sus piernecitas, dejándolo con aquel aroma exquisito a bebé revoloteándole en las fosas nasales hasta llegar, una vez más, a anidarse en su posesivo y enamorado corazón de padre.

Pasó la mano por debajo de los castaños rizos, notando que estaba sudando un poco, pero pensó que mejor no hacía siquiera el intento de quitarle el pequeño jersey de manga larga que le pusieran durante el vuelo, o terminarían con un pequeño torbellino de quince meses de edad despertando y, nuevamente, dejándolos a ambos sin fuerzas en los brazos al intentar seguirle el paso a su traviesa necesidad de querer descubrir el mundo solita. Además, la tarde estaba bastante fresca y al salir del auto sería otra la temperatura.

—Humm... Ya lo siento, amor... —dijo su libélula de pronto, inspirando profundo a su lado.

Romina llevaba casi todo el trayecto con la cabeza recostada en su hombro, agotada por el viaje. Gael, al escucharla, la besó en el cabello, sonriendo, feliz y con los latidos haciendo remolinos en su pecho debido a la emoción, al estar seguro de a qué estaba haciendo referencia.

—¿No abrirás los ojos aún, Libélula? —preguntó, sintiendo a la pequeña Lourdes nuevamente moverse sobre su pecho.

—No, ya te dije dónde quiero que me avises para abrirlos, ahora solo

quiero disfrutar del aroma. Es increíble —dijo, rodeándolo junto a su hija con un brazo, sin separarse de su hombro—. Antes sentía que me desagradaba, ahora... no sé... ¡Siento tanta emoción al dejarme embriagar por él!

Ninguno creyó volver a vivir aquella maravillosa experiencia de nuevo. Ambos estaban nerviosos, más que nada por todas esas emociones diferentes que ahora, como si estas fueran a ser grandes espectadoras de un increíble momento, luchaban entre sí por un primer puesto en sus almas.

—Amor... —susurró Gael emocionado, con la voz tomada al ver el paisaje que se abría ante ellos mientras el auto se acercaba cada vez más a él—. Ya puedes abrir los ojos...

Romina levantó la cabeza de su hombro y, sin poder evitarlo, dos lágrimas corrieron por sus mejillas junto a las de Gael, haciéndole compañía.

Frente a ellos se levantaba el mágico Viñales y, al fondo, los milenarios mogotes los recibían con su inigualable verdor y su perfecta majestuosidad.

Dos latidos se saltaron aquel corazón que parecía reconocer el lugar al que pertenecía.

—¡Es tan hermoso, mi amor...! —expresó Romina superada por el momento, temblando por ver al fin aquel paisaje que tantas veces él le describiera en el pasado, y que tanto ella intentara retener en su imaginación durante años, en esa época en la que su visión languidecía oscureciendo su vida lentamente.

—Sí, Libélula... ¡Lo es! —le respondió, volviendo a besar su frente y sintiéndose el hombre más feliz del mundo al volver a aquel lugar junto a los dos seres que más amaba en la vida. ¡Sus dos libélulas!

—¡Este momento completa los tres mayores deseos que nos propusimos cumplir, mi amor! —exclamó, feliz como una niña, besándole los labios y provocando que Gael sintiera que el pecho se le expandía cada vez más de una silenciosa dicha sin límites.

Dos semanas después de nacer la pequeña Lourdes, pudieron hacer su segundo sueño realidad: el convertirse en marido y mujer ante los ojos de Dios y de los hombres.

La ceremonia fue sencilla, como lo pidió su libélula, y él... ¡Él solo respiraba en la vida para vivir por ellas y lograr todo aquello que las hiciera felices! Las costas de las vírgenes playas de Sanibel Island, en Florida, fueron cómplices de su unión. Y bajo el alto arco tras el cual el sacerdote, el juez y él esperaban la entrada de su ángel, decorado con azucenas y libélulas montadas

al aire, así como las cintas que engalanaban las hileras de asientos en medio de la arena, divididas en dos filas por una alfombra de pétalos de rosas rojas, esperó impaciente y con el corazón vibrando constante en su pecho el momento en que aquella mujer, que más que su gran y único amor era su eterna gloria, terminara convertida en su esposa.

Le dolió mucho no contar con su primo como padrino, siendo Jordán, su amigo, el que ocupara su lugar junto Viviana, que fue la madrina de la boda después del berrinche que armara porque Adara sería la que ocupara ese lugar en la vida de la pequeña Lourdes, junto a su tío Octavio oficiando el papel de padrino de la pequeña. Su familia no sabía lo mucho que la pelirroja se merecía ese derecho.

El malentendido entre Ignacio y ella lo hizo a él, nuevamente, encerrarse en una cápsula de resentimiento y rencor por la vida, aunque no lo aceptara, enclaustrándose en la fría ciudad de Toronto y disculpándose, como siempre, con el cúmulo de trabajo en el hospital para no asistir a la boda, solo asistiendo a esta sus tíos y su querida Alma, cuando todos sabían que su motivo principal era no encontrarse con Adara.

Muchas veces quiso decirle la verdad, pero él y Romina le debían demasiado a ella, no podían romper la promesa hecha de que, excepto los padres de Adara, nadie más conocería la identidad de la mujer que llevó en el vientre a su hija. Ese secreto, mortificaba muchas veces a Gael, quien se resistía a tenerlos por lo mucho que situaciones similares habían afectado su vida; pero el día de la boda, al ver a Adara con su niña en brazos frente a él, como una pequeña princesa entre encajes blancos esperando la llegada de su madre al altar, supo que, por ser el padre de esa criatura hermosa, todo sacrificio valía la pena.

El atardecer y su ocaso se estremecieron junto al corazón de Gael cuando su preciosa Romina apareció ese día igual que un hada, del brazo de un emocionado Armando, caminando hacia él con un vestido blanco, sencillo y hermoso como ella, donde tan solo destacaba la cenefa bordada con pequeñas rosas acariciadas por libélulas. Ese era el detalle más tierno de todo el impoluto escenario que hacía del color blanco, predominando incluso en el vestuario de los invitados, un símbolo a la pureza de su amor, a la paz y a la bendición de su tan ansiada unión.

Ahora estaban cumpliendo su tercer mayor deseo: regresar juntos a aquel valle entre montañas que viera nacer su historia hacía tantos años.

Después de la boda, Adara partió a Irlanda, su tierra natal, una decisión que entristeció mucho a Romina, y razón por la cual, sin comentarle nada a ella, Gael intentó de nuevo solicitar visa de entrada a Cuba, sorprendiéndose y alegrándose al infinito cuando esta les fue otorgada bajo la categoría de turistas.

—¿Cuál de ellas es la casa, amor? —preguntó Romina sacándolo de sus pensamientos.

El auto se adentraba en el poblado. De un lado, la vegetación se perdía a los pies de los mogotes con las palmeras reales mirándolos, altivas, desde sus alturas. Y del otro, las pintorescas casas familiares, junto al caminar de los lugareños a lo largo del extenso terraplén, terminaban dando la perfecta imagen fresca y campestre de aquel lugar.

—Es la última, al final del vecindario... La que tiene el muro de piedra delante.

Al decirlo, un nudo se le instaló en el pecho, igual al que sintió horas antes al ver a través de la ventanilla del avión su tan añorada isla; pero ahora lo provocaba esa imagen en el recuerdo de cuatro niños pequeños jugando a las escondidas tras aquel muro de la que fuera la casa de sus abuelos, y que hoy era la de sus tíos, Jacinto y Sofía.

Un mes antes, coordinando aquel viaje, sopesó el darles una sorpresa; sin embargo, al haber tantos años de separación, unido a las tristes circunstancias que los involucraban, prefirió avisarles con una llamada, agradeciendo que el antiguo número de sus abuelos permaneciera siendo el mismo con los años.

El auto se detuvo frente a la vivienda, hoy pintada de azul y aparentemente remozada, también un poco más amplia. Gael y Romina se miraron, muy ansiosos, y sonrieron a su pequeña; a quien el movimiento del vehículo fue lo que la mantuvo entre sueños, y ahora se incorporaba del hombro de su padre con la carita enrojecida por mantenerla recostada tanto tiempo, y frotándose los preciosos ojos azules para luego mirar a todos lados.

—¿Te gusta Viñales, mi libelulita? Ya llegamos —le dijo su padre, besándole el gordito cachete mientras la bebé pegaba su cara a la de él y le rodeaba el cuello con sus manitas, aún adormilada.

Con ella en brazos, se bajó del auto y esperó a que Romina lo bordeara, al salir del otro lado, llegando hasta él y haciéndose de su mano. Quedaron frente a los escalones que llevaban al portal de la vivienda mientras el chófer bajaba su equipaje y recibía su pago, unido al agradecimiento de ambos antes de

marcharse.

En pocos minutos aparecieron frente a ellos Jacinto y Sofía, y detrás sus primos, Adrián y Tomás. La emoción que cargó el silencio que trajo la brisa del valle hasta ellos solo fue acompañada por las lágrimas, hoy adultas, que expresaban más que mil palabras lo que aquel reencuentro significaba.

A sus tíos, los rebasó la emoción al conocer a la pequeña Lourdes. La tomaron en los brazos, sonriéndole la niña como si los conociera de toda la vida. Adrián y Tomás se acercaron a Gael, tímidos, demostrándole entre lágrimas su arrepentimiento al dejar que el dolor por la pérdida de su hermana se convirtiera en un equivocado rencor hacia él años atrás. Los tres, muy lejos ahora de ser aquellos jóvenes, se fundieron en un abrazo, mientras que por sus mentes las tiernas imágenes de su niñez y juventud se abrían paso junto a la voz cantarina de aquella inolvidable jovencita que viviría siempre en sus corazones.

Las palabras de su tía Sofía, acercándose a Romina, lo hicieron darse la vuelta y volver a estar pendiente únicamente de su libélula, a quien también la conmovedora escena la había superado, y su húmedo rostro daba fe de ello.

—¿Puedo...? —preguntó aquella madre, con manos temblorosas y lágrimas surcándole las mejillas.

Jacinto caminó detrás de su esposa con la pequeña aún en brazos, atento.

Los años no habían sido precisamente benévolos con Sofía, fue lo primero que Gael apreció al verla, pues era evidente que el dolor por la falta de su hija lo cargaba en el alma como si hubiese ocurrido el día anterior, en lugar de catorce años, como ya hacía.

De ahí brotaba la tensión de su esposo e hijos al verla acercarse a Romina. Sin embargo, a ella no solo se le iluminó el rostro al ver a la niña y saber que llevaba el nombre de su hija, también un brillo especial afloró a su mirada al observar a la madre, como si de alguna forma, al saber vivo aquel corazón latiendo en su pecho, recibiera un balsámico consuelo a su infinita tristeza.

—Por supuesto que sí... —respondió Romina sin necesidad de pedirle que le explicara a qué se refería.

Sofía abrió la palma de su mano sobre el pecho de ella, y aquellos latidos parecieron reconocer el calor de su piel al agitarse veloces bajo ella.

Un sollozo necesitó que aquella madre se cubriera la boca con la otra, y un abrazo de Romina, junto a un susurrado «gracias» al oído de Sofía, terminó por sellar de verdadero amor aquella escena, restaurando sus almas.

La tarde aún era incipiente y los rayos de sol parecían querer ser dignos anfitriones hasta el último minuto del día. Recorrieron junto a Tomás y Adrián todo el valle. Reconocieron cada esquina, recordaron cada instante. Vivieron la nostalgia de ver la antigua casa de Esther y Rigo, que tanta historia guardaba entre sus paredes, y la de Manuela, hoy convertida en un centro de exposición del cultivo de tabaco.

Su recorrido terminó en aquel humilde camposanto donde cada uno dejó frente a una lápida, de color blanco, un ramo de nomeolvides, mientras que parecían en silencio hablarle a aquella sonrisa resguardada eternamente en el rostro grabado en aquella pulida losa.

Jacinto y Sofia parecían que volvían a la vida con la preciosa Lourdes dando sus recién estrenados primeros pasos, de sus manos, en el verde pasto de la arboleda, en el que todos improvisaron un picnic en la segunda tarde que pasaban juntos. Romina y Gael veían, enamorados, a su pequeña libélula siendo el centro de atención y la adoración de todos. Consintiéndola, con las manitas sucias por comer del turrón de leche que le daba la tía Sofia, sentada con ella en su regazo sobre el mantel que abriera bajo la vieja ceiba que sembrara, cinco décadas atrás, su padre en aquel rincón del valle, y que hoy veía con silencioso orgullo renacer generaciones nuevas.

Seguros de que su tesoro estaba en buenas manos, Gael y su gran amor se quisieron dar ese tiempo a solas en el lugar que siempre anidaría en sus almas: la arboleda de las libélulas.

Era igual a como lo recordaba: fresco, quieto, callado y escondido entre los árboles, amparados por las ramas que caían de la decena de sauces llorones a su alrededor. Romina lo observaba todo intentando que el aroma reinante la transportara en el tiempo y le devolviera muchos más recuerdos...

Él...

Cada vez que la veo a mi lado siento que nazco de nuevo, que el dolor no existe. Su mirada me devuelve, paciente, cada día la esperanza que una vez perdí, y sus besos hacen que mis días parezcan eternos y que mis noches sean benditas. ¿Será que alguien ha sido capaz de amar con la misma intensidad de mi amor por ella? ¿O estoy pecando de soberbio?... No lo

creo. No cuando, para mí, mi libélula significa vida, significa amor, significa... ¡gloria!

Ella...

Él me encontró cuando yo no existía, me vio cuando nadie más lo hacía. Sus besos fueron y son mi refugio; sus caricias, mi credo, y el recuerdo de su amor es la fuerza que me mantuvo de pie durante ese tiempo en el que las tinieblas envolvieron mis recuerdos... ¿Cómo no amarte, mi Gael, hasta que el mundo acabe, hasta que el aire falte, o hasta que los ojos se cierren a un sueño eterno?

—¿Eres feliz, Libélula?

—Tanto como un día lo soñé, mi Gael. ¿Y tú, lo eres?

—¡Mucho más de lo que fui capaz de soñar! Porque siempre supe que solo podría volver a serlo... cuando mis besos acariciaran por siempre tus alas...

Y un beso cerró aquella confesión, y las caricias se unieron a él para dar paso al deseo, a la unión de dos cuerpos que terminaban por cumplir un juramento lanzado mucho tiempo atrás al viento.

La brisa batió y resguardó aquel desnudo e íntimo instante.

Mientras, dos siluetas de luz: una, octogenaria y la otra, muy joven, juntas y de la mano se alejaban, perdiéndose en la magia del atardecer bajo los mogotes, felices y dichosas por el buen fin de su misión: verlos nuevamente juntos. Dieron una última mirada a la pareja y se marcharon...

Eternamente vivas en la memoria de un inolvidable valle.



Fin

Agradecimientos

Para nadie es un secreto que de las mayores alegrías que me deja esta bilogía es la de regalarme amistades entrañables. Pero nunca es suficiente agradecimiento para quien te entrega de corazón el mayor de los regalos: ¡tiempo! Ese que no se regresa y que solo puedes devolver con el mismo cariño y la misma sinceridad con la que lo has recibido. ¡GRACIAS, Marisa Maverick! Hace poco más de dos años este era tan solo un sueño entre almohadas cada noche, hoy es una realidad que se ha hecho posible gracias a tus consejos, tus innumerables enseñanzas y, por supuesto, ¡tu infinita paciencia! (Ya sabes cuál cara estoy haciendo ahora, ¿verdad?).

Gracias a Martina Bennet, por su amistad sincera, su solidaridad y sus constantes consejos y ánimos en la distancia. A Beatriz Betegón, por su ayuda, sus lindas vibras, su contagiosa energía y hermosa compañía.

Y para alguien muy especial y en extremo solidaria, cual amistad también es un regalo de *Libélula*, le hago llegar mi eterna gratitud: A ti, Tiaré Pearl. No solo por ese maravilloso *booktrailer* con el que me hiciste llorar una madrugada entera, sino, además, por estar para mí cuando más te necesité. Por el cariño, por la paciencia, por tu hermosa amistad. Gracias, sevillana bonita.

A mi querida Lidia S. Balado, la ilustradora de los dos destellos de la bilogía, y una chica muy talentosa a la vez que gran amiga. A mis lindas lectoras cero (las tengo que consentir un poco, ¡lo sé!): Luce, Daida, Yenny, estoy en deuda con ustedes siempre, chicas. ¡Gracias de todo corazón!

A mis lectoras en general, ustedes son siempre el motor que nos impulsa, muchas de ellas son muy importantes para mí, y creo que ellas saben a quiénes me refiero. ¡Gracias!

Por último, a mis mayores tesoros, y los que han llevado una gran cuota de sacrificio esta vez: mi familia. Ustedes son la respuesta a todos mis porqués de cada día. Son mi gloria y mi mayor bendición. ¡Los adoro!

¡Gracias a todos!

Ciega traición



Sinopsis

Armando Sanfield es un hombre de personalidad fuerte, con una trayectoria política intachable y una gran carga emocional en su alma... Dedicarse a su carrera diplomática era su prioridad, por lo que dejó de lado cualquier relación personal que lo desviara de ese propósito. Distante, callado e intransigente es como lo describen quienes se relacionan con él.

Sin embargo, en la vida se tejen senderos que son imposibles de evadir..., porque escapar nunca fue una opción. Así, lejos de su tierra natal, una esclava de ojos azulados y piel perlada le robará el corazón, convirtiéndose en su bendición y... ¿en su condena?

Pero ¿acaso puede sobrevivir un gran amor a la sospecha de haber sido traicionado? ¿Qué se es capaz de hacer por despecho? ¿Conseguirá un alma atormentada y herida encarcelar el dolor con tal de no perder lo que más ama? Odiar y amar a la vez, ¿es eso posible?... ¿Dónde está la frontera entre la razón y la locura?

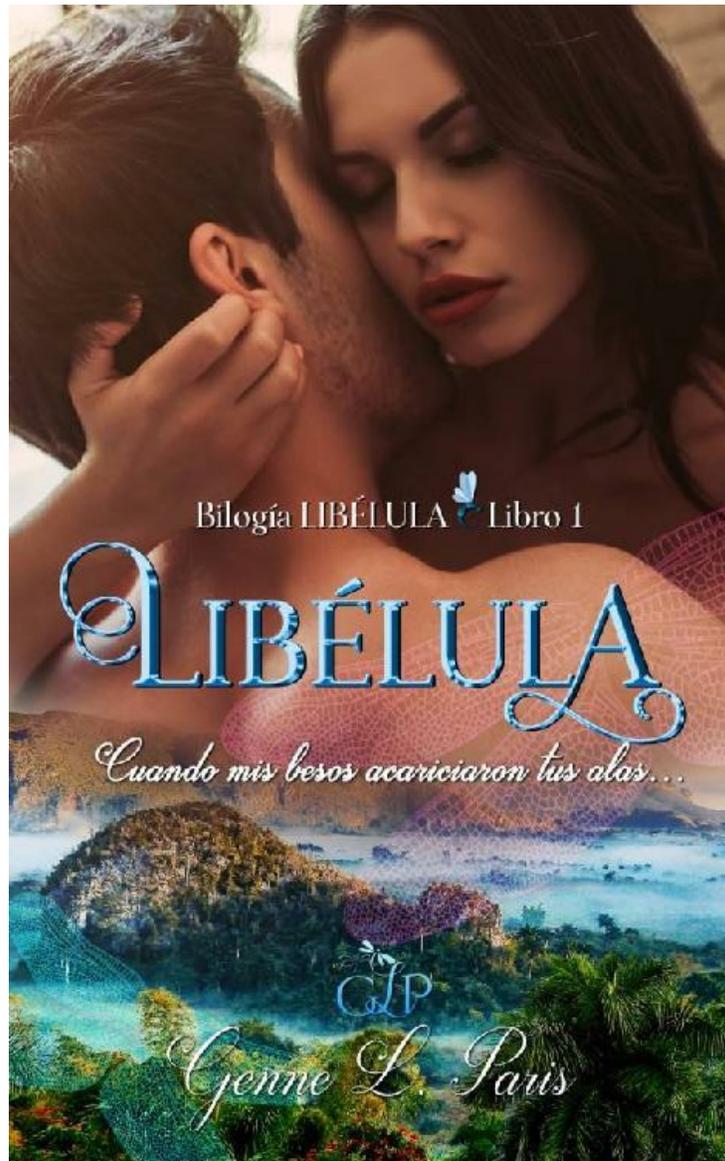
El destino, imprevisible, lanza sus redes al viento como hojas marchitas de otoño que se tejen entre sí, enlazándonos a nosotros y, a veces, marcando el futuro de aquellos a los que tanto amamos...

Descubre los detalles de un pasado que pueden resquebrajar la historia de Armando e Ivanna... Un gran amor, una ardiente pasión. Dos culturas diferentes y una dolorosa duda que te llevará con ellos a descubrir...

Donde nace el vuelo de una libélula...

Bilología *Libélula*
Libro 1

Cuando mis besos acariciaron tus alas...



Sinopsis

Ante los ojos del mundo puede creerse que lo tenemos todo: inteligencia, belleza sin igual, una vida confortable y buena posición social; pero... ¿qué hay detrás de esos difíciles retos con los que nos golpea la vida sin diferencias ni compasión alguna? ¿Damos paso a la amargura, o nos mantenemos fuertes a pesar de todo?

Romina Sanfield es capaz de robarle el aliento a cualquier mortal; no solo por su aspecto angelical, sino por su maravillosa personalidad, aunque lleve sobre sus hombros lo que muchos considerarían un doloroso castigo. Risueña, dulce, tierna y con una valentía sin par, así la describen quienes la conocen. Nacida y criada entre dos culturas, rodeada de un cariño sin límites y resignada a que su corazón no conozca ese amor que le haga desplegar las alas y volar.

Hay seres que vienen al mundo con una triste misión y que viven ajenos a secretos desgarradores. En ese espinoso camino, el rencor y la maldad serán las afiladas lanzas que apuntarán al más noble de los sentimientos, provocando actos *¿imprevisibles?* y decisiones *¿erróneas?* en nombre de la libertad.

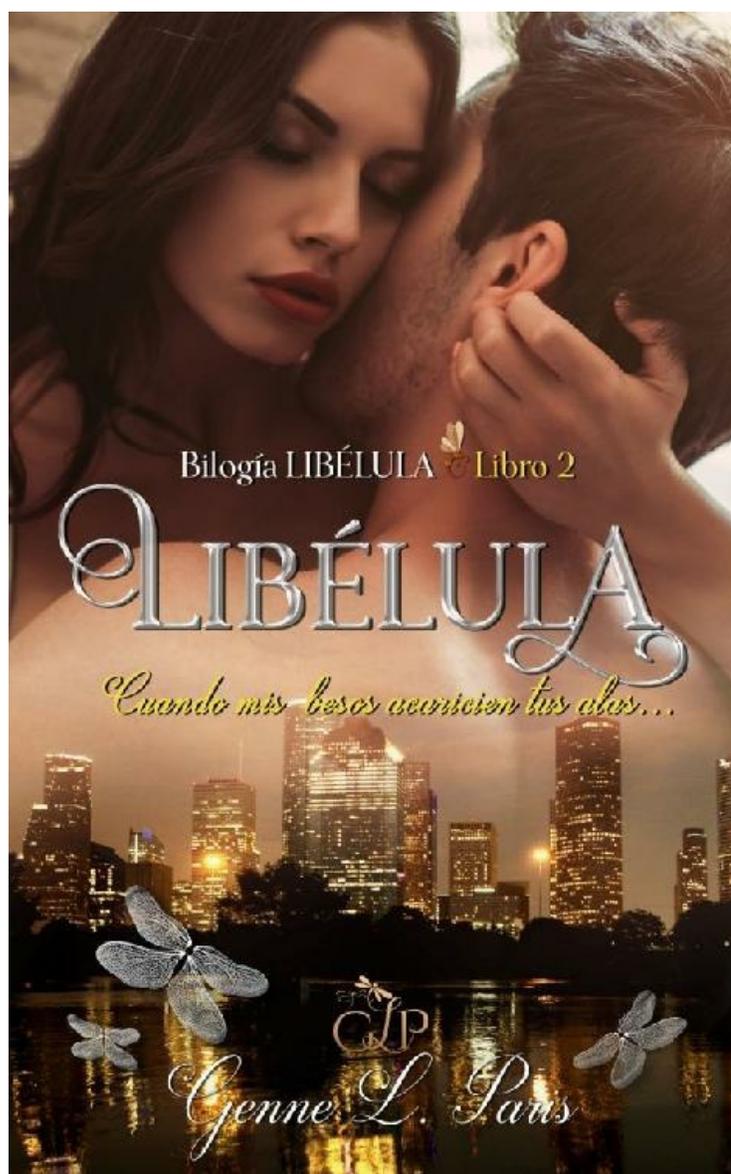
Sin embargo, nuestro destino lo escriben las estrellas, y para Romina serán las de un mágico valle y sus redondeadas montañas las que marcarán su existencia.

Mientras, una frase quedará suspendida en el viento, retando al tiempo y a la vida misma para hacer nacer con ella la más sublime y eterna historia de amor...

«Cuando mis besos acariciaron tus alas...»

Bilología *Libélula*
Libro 2

Cuando mis besos acaricien tus alas...



Sinopsis

¿Es posible existir cuando todo se destruye a tu alrededor? ¿Cómo sentirse vivo si la fe desaparece y la esperanza se vuelve un ideal efímero?

Gael Alcázar dejó de creer, de sentir y de esperar. Solo le había pedido al futuro cumplir sus sueños de juventud al lado de su amada *libélula*, pero todo se volvió en su contra y... ¡Jamás perdonaría a la vida por ello!

El paso de los años no ha sido benévolo con su corazón herido, consumiéndolo para convertirlo en un ser distante y vacío. La apatía, la amargura y su intransigente carácter a prueba de toda sensibilidad humana lo llevan a buscar en brazos extraños esa paz que necesita su alma. ¿Será una gran equivocación intentarlo? La indiferencia se convierte en su escudo protector hasta que... las verdades comienzan a revelarse y la maldad vuelve a rondar decidida.

¿Se alzarán el amor en un grito? ¿Será quien luche y lo haga resistir? Gael tendrá que aprender a confiar para que esa bendición que creía perdida pueda salvarlo y su recuerdo más doloroso, encerrado en una frase jamás olvidada, termine por ser su mayor dicha, y no su más desesperante tortura...

«Porque solo seré completamente feliz en esta vida... cuando mis besos acaricien tus alas».

Próximamente...

Prohíbeme amarte



¿Querrá el futuro que Adara conozca el amor?
¿Podrá Ignacio superar sus miedos y prejuicios?
Quizás sus caminos no estén destinados a cruzarse...

Genne L. Paris es el seudónimo que utiliza la autora para darse a conocer en el mundo de las letras.

Apasionada de ellas desde la infancia, activamente participó en diversos talleres literarios, así como en publicaciones juveniles en su añorada Cuba natal. Licenciada en Pedagogía, profesión que ama y a la que se dedica, emigró a Estados Unidos. En la actualidad reside en el estado de Kentucky; su mayor tesoro es la familia que forma con sus tres hijos y su esposo, el gran amor de su vida.

Además de leer género romántico, sus otras pasiones son el baile, la música, tener muchos amigos y reír a carcajadas siempre que puede; opina que la risa, sin duda, purifica y sana el alma.

Ciega Traición ha sido su primera incursión en solitario; se trata de un «spin off» de la biología *Libélula*, dos manuscritos que estuvieron durante años guardados en un cajón acumulando ilusiones. Las dos entregas ya están publicadas, y ahora se encuentra trabajando en su cuarta obra literaria: *Prohíbeme amarte*.

Escribir no solo se ha convertido en una motivación diaria maravillosa y en un sueño cumplido, sino en la causa de un profundo agradecimiento hacia las personas que, gracias a ello, han llegado a su vida. Su ferviente deseo es poder tocar más corazones a través de su inquieta pluma, pues como dijo uno de los grandes: «Queda prohibido no sonreír a los problemas, no luchar por lo que quieres, abandonarlo todo por miedo, no convertir en realidad tus sueños». (Pablo Neruda)

